Fernando Pessoa

Libro del desasosiego

Traducción del portugués,
organización, introducción y notas de

ÁNGEL CRESPO

Fernando Pessoa



1888-1935

Poeta portugués que introdujo en la literatura europea el modernismo portugués, pero que sólo alcanzó reconocimiento tras su muerte en Lisboa, en 1935. Pessoa nació en Lisboa, pero durante su infancia viajó a Durban, en Suráfrica, donde su padre era cónsul. El inglés se convirtió en su segunda lengua: fue bilingüe y trabajó como traductor técnico; publicó sus primeros poemas en inglés. Al tiempo que trabajó como traductor se convirtió en el principal foco estético de la vanguardia portuguesa y colaboró en diversas publicaciones como Orfeo, órgano de la literatura vanguardista. Influido por la filosofía de Schopenhauer y de Nietzsche, y por los simbolistas franceses, introdujo en su país las corrientes literarias en boga de la época; desde el modernismo al futurismo. No publicó poesía en portugués hasta un año antes de su muerte, cuando apareció una colección de poemas firmados con diferentes nombres, como si fueran distintos alter egos. Es la suya una obra que verdaderamente puede decirse que representa todos los aspectos diferentes de la personalidad del poeta con su completa variedad de voces y diferentes estilos individuales. Después de su muerte han aparecido sus Obras Completas publicadas con diferentes nombres. I-Poesías, 1942, de Fernando Pessoa; II-Poesías, 1944, de Alvaro de Campos; III-Poemas, 1946, de Alberto Caeiro; IV-Odas, 1946, de Ricardo Reis; V-Mensajes, 1945; VI-Poemas dramáticos; y VII y VIII-Poesías inéditas. Destaca también El libro del desasosiego (aparecido en 1982), que inició el poeta en 1912 y que se compone de aforismos, divagaciones y fragmentos de su diario.

INTRODUCCIÓN

Una importante laguna en el conocimiento de uno de los mayores poetas europeos de nuestro tiempo ha sido colmada con la publicación, en 1982, del *Livro do Desassossego* de Fernando Pessoa, muy esperado desde que, cuarenta años antes, la editorial lisboeta Ática inició, bajo la dirección de Joao Gaspar Simóes y Luis de Montalvor, la edición de las obras completas del creador de los heterónimos; y la expectativa aumentó cuando, en 1961, las ediciones portuenses Arte & Cultura dieron a la luz una selección de este mismo libro, muy incompleta por cierto, pero en la que figuraban algunos de sus mejores fragmentos. La historia de la redacción y la publicación del que en adelante llamaremos *Libro del desasosiego*, a la que en seguida he de referirme, me parece de gran importancia, no sólo desde el punto de vista filológico, sino también desde el punto de vista artístico, y ha condicionado, por supuesto, el trabajo de traductor y publicista en castellano que me ha sido encomendado y en el que tanta devoción y cuidado he puesto.

En 1913, Fernando Pessoa (1888-1935) publicó en la revista *A Águia* un original en prosa, titulado «Na Floresta do Alheamento» (En la floresta de la enajenación), del que se decía ser parte del Libro del desasosiego, en preparación. Dicho escrito iba firmado por Fernando Pessoa, sin que se hiciese la aclaración, o salvedad, de que su autor lo atribuyese a Bernardo Soares ni la a cualquier otro de los personajes que, como hemos de ver, dio posteriormente por autores del libro. Pessoa era entonces un joven escritor poco conocido que había publicado en *A Águia*, en 1912, una serie de artículos sobre poesía portuguesa en los que hablaba de la inminente aparición de un supra-Camoens que sería el iniciador de un resurgimiento poético portugués de importantes consecuencias para la cultura occidental. Dicho supra-Camoens no era, según creo haber demostrado en otro de mis escritos, y según piensan algunos críticos portugueses que han estudiado el asunto, otro que el autor de los mencionados artículos.

El año anterior a aquel en que dio a conocer «En la floresta de la enajenación», Pessoa había considerado la posibilidad de escribir una serie de poemas en nombre de un supuesto poeta llamado Ricardo Reis, el cual sería, más que un pseudónimo suyo, un heterónimo, es decir, uno de los personajes de un *drama em gente* (un drama en personajes, en lugar de en actos o jornadas) perfectamente diferenciado, en su personalidad y en su pensamiento, de su creador, es decir, del mismo Pessoa, pero fue en 1914, y tras haber escrito treinta y tantos poemas en verso libre, que en seguida atribuyó a un poeta llamado Alberto Caeiro, cuando empezó a escribir en nombre, no sólo del ya mencionado Ricardo Reis, sino también de otro personaje llamado Álvaro de Campos. De esta manera, los principales heterónimos de Pessoa acababan de comparecer, como poetas con personalidad propia, y diferenciada de la del autor de «En la floresta de la enajenación», si no en el panorama público de las letras portuguesas, cosa que no tardaría en suceder, al empezar a ser publicados sus poemas, sí en el mundo de la creación poética portuguesa.

«En la floresta de la enajenación» plantea con toda claridad el problema de la doble personalidad, un problema que arranca, en los tiempos modernos, de la obra de los románticos alemanes -Goethe, Hölderlin, Novalis, etc.- y que, por otra parte, es uno de los principios del hermetismo de todos los tiempos. En este sentido, pues, ni puede extrañarnos que Pessoa escribiese y publicase dicho escrito en el periodo de incubación de sus heterónimos ni que, con el tiempo, tratase de atribuirlo -y digo tratase por lo que luego se verá- a algunos de ellos, y no precisamente a los ya citados.

El año de la creación de los tres grandes heterónimos, Pessoa seguía, sin embargo, considerando al *Libro del desasosiego* como obra propia u ortónima. Es lo que demuestra su correspondencia con el poeta azoriano Armando Côrtes Rodrigues, en la que le habla, unas veces en serio y otras en broma, de los personajes del *drama em gente*. En la carta del 4 de octubre de 1914, le dice, tras haberse referido a otros trabajos recientes, y entre ellos a unas odas de Reis, que «el resto han sido rotos e inconexos pedazos del *Libro del desasosiego*», y se consuela dando cuenta al amigo del

descubrimiento de un nuevo género de «paulismo», un ismo pesoano de carácter decadentista que pronto dejaría de interesar a su inventor. Poco después, en una carta del 19 de noviembre, Pessoa confía a Côrtes-Rodrigues que se encuentra en un estado de «abulia absoluta». «Soy -escribe- un fragmento de mí conservado en un museo abandonado. Ahora, que mi familia que estaba aquí se ha ido a Suiza, ha caído sobre mí toda casta de desastres que pueden suceder. Por eso me encuentro en una abulia absoluta, de modo que hacer algo me cuesta tanto trabajo como leer un volumen de Teófilo [Braga].» Poco más adelante, se refiere a su «estado actual de no-ser» y concluye que semejante «estado de espíritu [le] obliga a trabajar mucho, sin querer, en el *Libro del desasosiego*. Pero todo fragmentos, fragmentos, fragmentos».

En lo transcrito hay, por lo menos, tres declaraciones que conviene no olvidar, la primera de las cuales es la correspondencia entre el estado fragmentario de la personalidad del poeta y su imposibilidad de escribir otra cosa que fragmentos del Libro; la segunda, que dicha obra aparece como ortónima, es decir, que se corresponde con la personalidad real de Pessoa y no con la fingida de uno de sus heterónimos; y, en tercer lugar, que es el producto de lo que el poeta llama un «estado de no-se». Y el lector podrá comprobar que, aunque el estilo del libro cambie espectacularmente a lo largo de los años de su redacción, estas características se mantendrán invariables en él.

Durante aquellos últimos meses del año 1914, Pessoa se refiere una vez más a su falta de «sosiego de espíritu» (carta del 4 de diciembre) y, en una de estas epístolas, escrita el 9 de enero del año siguiente, hace esta confidencia a Côrtes-Rodrigues: «...vivo desde hace meses en una continua sensación de incompatibilidad profunda con las criaturas que me rodean –incluso con las cercanas, amigos, literarios es claro, porque los otros no son individuos con quien yo tenga que poder tener intimidad espiritual- y por eso, como, en materia de relaciones sociales, me llevo bien con todo el mundo, me llevo bien con ellos». Es algo que el lector encontrará afirmado en el *Libro del desasosiego*, atribuido, ahora, a Bernardo Soares. Pero antes de esta atribución ha habido otras que considero de gran interés, puesto que Pessoa pensó atribuirlo -parece que antes que a cualquier otro de sus personajes al heterónimo, poco importante por lo que de él sabemos, Vicente Guedes. No me resisto a traducir, dada la luz que vierte sobre nuestro asunto, y sobre la heteronimia en general, este escrito pesoano, titulado «Aspectos», posterior a 1915 pero de fecha indeterminada, pensado, al parecer, para encabezar a sus obras completas:

> La obra compleja, cuyo primer volumen es éste, es de substancia dramática, aunque de forma varia -aquí de trechos en prosa, en otros libros de poemas o de filosofías.
> ... ...
> A cada personalidad más dilatada que el autor de estos libros ha conseguido vivir dentro de si, le ha concedido una índole expresiva, y ha hecho de esa personalidad un autor con un libro, o libros, con las ideas, las emociones, y el arte de los cuales él, el autor real (O por ventura aparente, porque no sabemos lo que es la realidad), nada tiene, salvo el haber sido, al escribirlas, el médium de unas figuras que él mismo ha creado.
> Ni esta obra, ni las que le seguirán, tienen nada que ver con quien las escribe. No concuerda él con lo que en ellas está escrito, ni discuerda. Como site fuese dictado escribe; y, como si le fuese dictado por quien fuese un amigo, y por lo tanto con razón le pidiese que escribiese lo que dictaba, le parece interesante -por ventura sólo por amistad- lo que, dictado, va escribiendo.

> El autor humano de estos libros no conoce en sí mismo personalidad ninguna. Cuando acaso siente una personalidad emerger dentro de si, pronto ve que es un ente diferente del que él es, aunque parecido; hijo mental, quizás, y con cualidades heredadas, pero (con) las diferencias de ser otro.
> ... ...
> Estos libros serán los siguientes. Primero, este volumen, Libro del desasosiego, escrito por quien dice de sí mismo llamarse Vicente Guedes; después, el Guardador de rebaños y otros poemas y fragmentos del (también, y del mismo modo, fallecido) Alberto Caeiro, que nació cerca de Lisboa en 1889 y murió donde había nacido en 1915. Si me dicen que es absurdo hablar así de quien nunca ha existido, respondo que tampoco tengo pruebas de que Lisboa haya existido alguna vez, o yo que escribo, o cualquier cosa donde quiera que sea.
> ... .
> Con una falta tal de literatura como la que hay hoy, ¿qué puede hacer un hombre de genio sino convertirse, él solo, en una literatura?

El hecho de que Pessoa proyectase en ocasión de la redacción de esta nota -pues sus planes de publicación variaron posteriormente- que el libro que nos ocupa fuese el primero de la serie de sus obras completas desvirtúa en cierto modo su atribución heteronímica a Vicente Guedes, pues parece como si ello insinuase que este libro es el más pesoano -casi el más ortónimo- de su autor, como efectivamente creo que lo es, de entre los atribuidos a sus personajes. En mi ponencia para el simposio pesoano celebrado en la Universidad de Vanderbilt poco después de haber sido publicado el *Libro del desasosiego* me ocupo de esta atribución y de la realizada en favor del barón de Teive, otro heterónimo menor. Debo añadir aquí que nuestro poeta publicó en 1929, en los números 2 y 4 de la revista Soluçao Editora sendos fragmentos de esta obra y que el aparecido en el primero de dichos números iba firmado -según los editores portugueses- por Fernando Pessoa, como el aparecido en *A ´Aguia* dieciséis años antes, mientras el del segundo de ellos aparecía, si, firmado por Pessoa pero atribuido a Bernardo Soares. Es la costumbre que observaría en adelante siempre que se decidiese a publicar un fragmento de este libro, lo cual parece indicar dos cosas: que fue alrededor de 1929 -y carecemos de testimonios para afirmar otra cosa, o yo no los conozco, silos hay- cuando Pessoa, que nunca había dejado de escribir muy intermitentemente fragmentos de este libro, sintió renovado su entusiasmo por él y que fue también por entonces cuando inventó al personaje literario Bernardo Soares, el cual, como no tardaremos en ver, le creó varios problemas, tanto en relación con la heteronimia como en lo que se refiere al estilo y a la organización de la magna obra. Y, dicho sea de paso, los datos recién indicados parecen señalar por su parte que el fragmento más arriba transcrito debe de ser anterior a 1930.

Este año parece, en efecto, ser crucial en lo que se refiere a la atribución definitiva del Libro del desasosiego, pues en él, y tras haber publicado sus dos fragmentos a que acabo de referirme, Pessoa escribió a J. G. Simoes una carta, fechada el 28 de junio, en la que le prometía enviarle, para la revista presença, «uno de los triunfales de Álvaro de Campos y otra cosa de lo mio mio», resultando ser lo «suyo suyo» -si es que no cambió de intención- un fragmento de nuestro libro. Ello parece translucir un arrepentimiento momentáneo -¿o se trató sólo de un significativo olvido?- en cuanto a la atribución del libro a Soares, pues lo cierto es que el fragmento publicado en la revista conimbrigense fue atribuido a este personaje. Creo que si hubo arrepentimiento, aun momentáneo, se debió a la

dificultad de caracterizar a Soares como heterónimo o, para decirlo de otra manera, de atribuir a un heterónimo el *Libro del desasosiego*, pues no debemos olvidar que tanto Guedes como Teive, ambos heterónimos, fueron desposeídos de una autoría que ya les había sido otorgada. Pessoa, en efecto, se había dado cuenta de que Soares no era una figura heteronímica, y prueba de ello es la carta al mismo Simoes, del 28 de julio de 1932, en la que le dice que Soares «no es un heterónimo, sino una personalidad literaria». Esta carta es interesante, además, por ser un testimonio de los problemas que esta obra le planteaba. «Sucede, sin embargo -escribe Pessoa-, que el *Libro del desasosiego* tiene muchas cosas que equilibrar y revisar...» Y una de las cosas que debía de pensar en equilibrar sería, casi con seguridad, la personalidad de Soares en relación a los heterónimos y al poeta ortónimo.

Finalmente, y en una carta escrita a Adolfo Casais Monteiro el 13 de enero de 1935, es decir, unos meses antes de su muerte, Pessoa parece dar por resuelta y cerrada la cuestión cuando afirma que Soares «Es un semiheterónimo porque, no siendo la personalidad la mía, es, no diferente de la mía, sino una simple mutilación de ella. Soy yo menos el raciocinio y la afectividad». Pessoa murió el 30 de noviembre y pienso que, de haber vivido más, es posible que Bernardo Soares hubiese dejado de ser un semiheterónimo o, quizás, hubiese dejado, sencillamente, de ser otra cosa que un personaje literario, según ya había pensado su creador. Por lo demás, el fragmento 1 de nuestra edición presenta al autor de este libro como tal personaje literario, independientemente de que dicho fragmento fuese escrito pensando en Guedes, en Teive o en Soares.

Resumiendo todo lo anterior, vemos que la autoría de esta obra fue atribuida, a lo largo de menos de tres decenios, de la siguiente manera: Vicente Guedes-barón de Teive, Bernardo Soares-personaje literario y Bernardo Soares, semiheterónimo. ¿Qué pensar a la vista de tales datos? A la vista de ellos, y sólo de ellos, podría pensarse que nunca estuvo perfectamente claro para Pessoa el carácter de esta escritura en relación con su *drama em gente*, pero esto sólo podría pensarlo quien no se detuviese a recordar la extremada lucidez de nuestro poeta y su gusto por el fingimiento y la paradoja. Lo que parece es que Pessoa se negaba a admitir ante los demás -tal vez debido a su pudor y a su discreto retraimiento- que el *Libro del desasosiego* era, antes que nada, obra ortónima, lo que casi llega a confesar cuando llama a Soares personalidad literaria, pues claro es que la mayor parte de los personajes literarios son creados por o para obras ortónimas, o pseudónimas, lo que, en lo esencial, es lo mismo. Ahora bien, hay personajes literarios de muy diferentes categorías pero, esencialmente, de dos: los que no representan a su autor y los que lo representan en mayor o menor grado, dicho sea con toda sencillez y sin recurrir a inútiles complicaciones terminológicas. En el caso que nos ocupa, el personaje no parece sino una literaturización del Pessoa ortónimo, según un procedimiento ya empleado, y explicado, por el poeta en otra ocasión. Oigámosle: «La campana de mi aldea (...) es la de la Iglesia de los Mártires, allá, en el Chiado [de Lisboa]. La aldea en que nací fue la Plaza de San Carlos [de Lisboa]», que es semejante a decir: «El Bernardo Soares ayudante de contabilidad soy yo, corresponsal en inglés y francés de varias casas comerciales, y la Calle de los Doradores, en la que se halla la firma en la que Soares trabaja, es el Campo de las Cebollas, en el que se encuentra la oficina en que yo trabajo, muy cerca de aquélla, pues ambas se encuentran en la Baja lisboeta».

Las dificultades que Pessoa encontró para convertir en heterónimo al autor del Libro proceden, sin duda, y sobre todo, de la calidad de intermitente diario íntimo que tiene la casi totalidad de sus fragmentos. Un examen de todos ellos demuestra que el personaje Soares fue creado a posteriori, pues parece ser que cuantos se refieren a la oficina de la Calle de los Doradores y a la cualidad de oficinista de Bernardo están escritos en el estilo más maduro y evolucionado de la obra, lo que permite, sin temor a equivocarse, pensar que fueron redactados durante, todo lo más, el último decenio de la vida de Pessoa.

«Como es sabido -ha escrito Jacinto do Prado Coelho en su introducción a esta obra-, el autor de un diario instintivamente se desdobla en el yo-personaje ofrecido a los lectores virtuales» y, como en seguida vamos a ver, hay desdoblamiento, aunque no grande, en ella, puesto que, como observa Maria da Glória Padráo, a la vista de la edición incompleta de 1961, «al final, ninguna novedad aporta en relación a lo que de más importante conocemos del poeta, a no ser por las diferencias de registros

poéticos». Y, en efecto, las coincidencias, tanto estilísticas como temáticas, entre el Pessoa ortónimo y las páginas finalmente atribuidas a Soares han sido señaladas, además de por Jacinto do Prado Coelho y la recién citada estudiosa, por Jorge de Sena, y a los trabajos de los tres me remito, no sin recordar que entre las mencionadas coincidencias se cuentan la inadaptabilidad de Pessoa y Soares a la realidad vulgar -es más, su repudio de ella-; ciertos «hallazgos sintácticos», de algunos de los cuales hablan las notas que he puesto a esta traducción; la coincidencia de los paisajes urbanos de Pessoa y Soares; la semejanza de sus trabajos comerciales; sus reacciones ante la sociedad, su soltería y su vida en cuartos alquilados, etc. Pero también hay otras coincidencias no menos significativas, tales como el conocimiento del francés por ambos y el no haber estado ninguno de ellos en Francia y, sobre todo, el ambiente decadente, el tedio de Soares, que viene a coincidir en casi todo con el que se refleja en los versos del *Cancioneiro* ortónimo. De ahí que tanto Maria Aliete Galhoz como el ya citado do Prado Coelho consideren a esta obra como un diario, y que este último estudioso, ya en un libro de 1949, afirmase que «Tal vez por encontrarlo demasiado confesional, autobiográfico, directo, Pessoa dejase a Bernardo Soares un tanto informe y en la penumbra», opinión con la que coincido totalmente. Y es que, como escribió el propio Pessoa, «en prosa es más difícil otrarse -el neologismo es pesoano- que en verso»

Sea de ello lo que quiera, lo cieno es que nuestro poeta murió sin haber publicado el Libro del desasosiego y, lo que es peor, sin haber pasado a limpio la inmensa mayoría de sus fragmentos ni haberlos ordenado y estructurado en vistas a su publicación. No tardaré en referirme a las dificultades que para la edición de esta obra ha representado el estado de sus materiales y la falta de una organización de ellos realizada por su autor, pero creo que, antes de hacerlo, conviene referirse, aunque sea en pocas palabras, a la historia o, si se prefiere, a la crónica de dicha edición.

En 1960, Jorge de Sena, que entonces era profesor en el Brasil, inició una larga y complicada negociación con la editorial Ática, encaminada a la publicación del Libro, cuyos originales se encontraban en poder del coronel Gaetano Dias, cuñado del poeta. Inmediatamente, Maria Aliete Galhoz se dedicó, en Lisboa, a compilar, descifrar y organizar hasta donde fuese posible los materiales que habían de ser puestos a disposición de Sena, cuyo propósito era dar a la luz, no una selección de la obra, sino cuantos fragmentos considerase publicables. A primeros de febrero de 1962, el primer paquete de fotocopias y transcripciones hechas por la Galhoz llegó a las manos de Jorge de Sena, quien comunicó en seguida a la editorial que «Todo es fragmentario, aunque del mayor interés; todo es de fecha insegura o de ordenación insegura; gran parte de los originales es de lectura dificilísima. Se trata de una gran aventura, en el plano de la crítica textual», con lo que definió perfectamente las principales dificultades que suponía la edición del Libro.

En noviembre de aquel mismo año, Sena firmó el contrato de edición, en el que se establecía que el texto del libro -y su introducción, escrita por este poeta y estudios deberían ser entregados a la editorial antes de enero de 1964. Como se trataba de un trabajo «extremadamente difícil», Sena firmó el contrato pero haciendo la salvedad de que la fecha de entrega sería, precisamente, enero de 1964. Sin embargo, en diciembre de dicho año Sena se vio obligado a disculparse ante a Ática por no haber cumplido con el término establecido en el contrato debido a las dificultades que la edición suponía, al mismo tiempo que descargaba parte de la responsabilidad en la propia editorial por no haber respondido a las preguntas y consultas que le había hecho. En vista de ello manifestó que no podría entregar el original del *Libro del desasosiego* hasta junio del 65.

Mientras tanto, había aparecido la edición de Petrus, de 1961, y ello hacia más urgente que nunca la publicación del texto completo. Pero las cosas se complicaron, cuando Sena había escrito ya una larga introducción a la obra21, debido a que Georg Rudolf Lind, otro de los editores de la prosa pesoana, le escribió una carta en la que le comunicaba que «se han encontrado más de 100 hojas manuscritas con la señal L. do D.» dispersas «en los diferentes paquetes de prosa» hallados entre los papeles del poeta. La reacción de Sena no se hizo esperar: pidió que le enviasen inmediatamente fotocopia de dichos fragmentos. Habiéndose trasladado, por razones de trabajo universitario, a Wisconsin, Sena recibió en 1966 sólo parte de este último material. Una serie de complicaciones

posteriores, en la que no voy a detenerme, tuvo por resultado que, en 1969, Sena desistiese de continuar trabajando en la edición del libro, en vista de lo cual, la Atica y los familiares de Pessoa pusieron en otras manos el difícil trabajo.

Fueron éstas las de Maria Aliete Gaihoz y Teresa Sobral Cunha, que realizaron la recolección y transcripción de los textos y sus variantes, y las de Jacinto do Prado Coelho, que se encargó de su organización. Por fin, el año 1982, es decir, trece después de la renuncia de Sena -lo que demuestra la ímproba tarea que fue llevada a cabo por estos tres estudiosos- apareció la edición de la que es traducción este volumen.

Los originales del *Libro del desasosiego* se encuentran actualmente en nueve sobres. Los cinco primeros son el desglose de uno que el mismo Pessoa rotuló de su puño y letra, mientras los cuatro restantes contienen los originales encontrados por sus estudiosos, algunos de ellos en cuadernos manuscritos. En la edición príncipe se indica la procedencia de cada uno de los fragmentos y a ella remitimos al lector curioso y, por supuesto, a los estudiosos, pues consideramos que una como la presente no debe ser sobrecargada con estos detalles.

Pessoa dejó entre sus papeles varias notas que se refieren a la organización del *Libro del desasosiego* pero que no son de decisiva utilidad debido a las dudas y contradicciones que en ellas se encuentran, cosa que no puede parecer sino natural, dado, de una parte, que son muchas las diferencias estilísticas entre los distintos fragmentos y grupos de ellos, y, de otra, el estado no definitivo de la mayor parte de los textos. Pero hay una tercera circunstancia a la que Jacinto do Prado Coelho se refiere, en la «Nota sobre la ordenación de los textos», con las siguientes palabras: «El orden aleatorio del inventario del legado literario de Fernando Pessoa me pareció rechazable *in limine*, ya que, al desorientar la lectura, obligaría a cada uno de los lectores a hacer él mismo un montaje, juego de puzzle que, además de ser penoso, exigirla una capacidad de construcción de la que sólo dispondrían los lectores privilegiados. No era por cierto el *Libro del desasosiego* en estado informe, caótico, lo que se esperaba de los responsables de esta edición. Otra hipótesis, aparentemente plausible, seria adoptar el orden cronológico. También me pareció, sin embargo, inadecuado. En primer lugar, la gran mayoría de los textos y fragmentos a integrar no se encontraban datados ni eran datables. Es verdad que, tanto mediante el análisis de los contenidos como mediante el análisis de la letra, del papel y, eventualmente, de la tinta, se podría intentar situarlos en determinado período de la vida de Pessoa. ¿Pero valdría la pena? ¿Sería pertinente la intención? Nada nos asegura que él, llegado el momento, aplazado hasta la muerte, de proceder a la organización del Libro, los hubiese sometido a una cronología veraz, de historiador, que ni siquiera su memoria estaría en condiciones de reconstruir; si hubiese decidido datar los textos, probablemente habría fingido una cronología, ajustada al estatuto ficcional de Bernardo Soares, de acuerdo con una "biografía interior" en que el otrora se produce ahora, como dice un verso famoso del poeta; esa cronología obedecería, por otro lado, a una estrategia para una lectura que se quería literaria».

En vista de lo anterior, Do Prado Coelho decidió -acertadísimamente a mi juicio- organizar el Libro del desasosiego «en manchas temáticas, sin vallas que las separasen, sugiriendo nexos y contrastes mediante la simple yuxtaposición, colocando, sin embargo, al comienzo del itinerario, textos y fragmentos a los que atribuye una función periférica, introductoria, y llevando al lector a concentrar su atención en zonas de relativa homogeneidad... »

Por mi parte, y respetando en lo esencial la organización llevada a cabo por el estudioso portugués, me he permitido cuatro modificaciones. La primera de ellas consiste en la supresión, tanto de una serie de textos introducidos por Maria Aliete Galhoz inmediatamente antes del comienzo del Libro, como de los diez puestos por Do Prado Coelho al principio de éste. Los primeros son notas sobre la organización de la obra de Pessoa, fragmentos de cartas y el titulado «Aspectos» que figura, más arriba, en esta introducción. Dichos documentos son importantes para la organización del Libro pero no pertenecen a él, y si su inclusión está plenamente justificada en el caso de la primera edición original, creo que, por el contrario, resultaría ociosa en esta traducción. Los segundos tienen un

carácter tan semejante al de los primeros que las mismas razones que me han aconsejado suprimir unos abonan el que haya suprimido los otros.

La segunda modificación consiste en el desplazamiento al principio del libro de los siguientes textos: el que en la edición portuguesa lleva el número 192 pasa a ser, en nuestra traducción, el número 2; el 194 pasa a ser el 3; el 195, el 4; el 114, el 6; el 91, el 7; el 155, el 8, y el 85 pasa a figurar con el número 9. El objeto de estos cambios no es otro que el de situar al lector, desde el principio, en el ambiente cultural del libro –cuestión importante para su autor- y dar a conocer el de la oficina en la que trabaja Soares. A partir del fragmento 10 de la traducción, se mantiene el orden de la edición original, salvo que se desplaza al último lugar, es decir, al señalado con el número 476, el fragmento 369, cosa que aconsejan su título y la fecha de su composición.

La tercera modificación requiere una justificación más detenida. Pessoa empezó a escribir el Libro del desasosiego en un año muy próximo al 1912, si no fue ese mismo año, y lo terminó el de su muerte o el anterior. Consecuencia de ello es que, a lo largo de todo este tiempo, cambiasen sus ideas respecto a la naturaleza, la organización y el contenido de esta obra; y, por supuesto, evolucionase su visión de la poesía y de la literatura en general. Así, en el texto número 3 de la edición portuguesa -que es una nota en la que figuran diez de los títulos que habían de formar parte del Libro vemos que uno de ellos es el de su célebre poesía «Chuva obliqua» (Lluvia oblicua), mientras que en el texto número 7, que lleva el titulo de «Nota para las ediciones propias (y aprovechable para el "Prefacio")», se lee: «Reunir más tarde, en un libro aparte, los poemas que tenía la equivocada intención de incluir en el Libro del desasosiego; este libro debe tener un titulo más o menos equivalente a decir que contiene residuos o intervalos, o cualquier palabra igualmente distanciadora». Quedan, pues, excluidos los versos del *Libro del desasosiego*. En el texto número 8 se lee que «La organización del libro debe basarse en una selección, tan rígida como sea posible, de los trechos variadamente existentes, adaptando, sin embargo, los más antiguos, que no obedezcan a la psicología de Bernardo Soares, tal como ahora surge, a esa verdadera psicología. Aparte de esto, hay que hacer una revisión general del propio estilo, sin que éste pierda, en la expresión íntima, el devaneo y el desconexo [sic] lógico que lo caracterizan». Y continúa: «Hay que estudiar el caso de si se deben incluir trechos grandes, clasificables bajo títulos grandiosos, como la Marcha Fúnebre del Rey Luis de Baviera, o la Sinfonia de la Noche Inquieta. Existe la hipótesis de dejar como está el trecho de la Marcha Fúnebre, y existe la hipótesis de transferirla a otro libro, en el que quedasen los Grandes Trechos juntos».

Por supuesto, la misma prudencia que ha llevado a Jacinto do Prado Coelho a no suprimir ninguno de los trechos que ha considerado susceptibles de publicación, por muy incompletos que apareciesen, me ha llevado a seguir su ejemplo, teniendo en cuenta, desde luego, el interés, unas veces mayor y otras menor, que todos ellos tienen. Y claro es que sólo el mismo Pessoa era la persona apta para hacer las correcciones de estilo a que se refiere el primero de los párrafos transcritos. En cambio, y aceptando la idea pesoana expresada en el segundo, he reunido en un «Apéndice» la «Marcha Fúnebre» y los textos semejantes a ella; y lo que me ha movido a hacerlo es que, lo mismo que Pessoa, he comprendido que estilo y la naturaleza lírica de estos fragmentos es muy diferente del estilo y la naturaleza de los demás, hasta el punto de que, según mi propia experiencia de lector y traductor, interfieren en una lectura coherente del Libro. Estos textos reflejan el ambiente decadentista de la primera época de Pessoa y representan a un personaje que poco tiene que ver, a mi juicio, y espero que al del lector, con el Bernardo Soares ayudante de contabilidad, de estilo nada espectacular ni grandilocuente y, por supuesto, no dominado por las aspiraciones aristocratizantes que se descubren en estos trechos.

La cuarta modificación consiste en haber suprimido, -o, mejor dicho, en no haber traducido- los seis poemas y esbozos de poemas atribuidos a B. Soares y reunidos en apéndice por los editores. Se trata de poesías poco significativas -salvo, si queremos, de que Soares no era poeta- que, cuando no recuerdan al Pessoa ortónimo, hacen pensar en los heterónimos Ricardo Reis o C. Pacheco.

La prosa del *Libro del desasosiego* es en ocasiones difícil, no sólo de traducir, sino también de entender, debido tanto a su calidad innovadora como a la provisionalidad -ya irremediable- de gran

parte de ella, que sólo ha sido abocetada. De ahí que el lector vaya a encontrarse con frases incompletas -ya por no haber sido completadas por Pessoa, ora por haber resultado imposible leerlas enteras-, con algunos anacolutos y con no pocas ambigüedades. Nada de lo cual obsta, en una visión de conjunto, a la extraordinaria calidad de este libro; es más, debido a un verdadero prodigio artístico, las frases incompletas o abocetadas llegan a convenirse, en esta prosa admirable, en recursos estilísticos, tal vez no queridos por su autor, y hasta en insólitas figuras de dicción (o de no dicción). De ahí que, al hacer la traducción, haya respetado escrupulosamente, y sin pretender completarlas o aclararías, las lagunas y las ambigüedades del texto original.

Wittgenstein discute, en su obra *Philosophical Investigation*, la posibilidad de un lenguaje que sólo pueda ser entendido por un individuo, y por él oído, y que se refiera a acontecimientos mentales interiores y, por lo tanto, ocultos o secretos para los demás. Si ese lenguaje existe, Wittgenstein piensa que es intraducible debido a que el lenguaje es un hecho social cuya formación y comprobación -y aun corrección- depende, no de la falible memoria individual, sino de la memoria colectiva, que es la condición precisa para que el lenguaje sea propiamente tal, sea comunicable y, por lo tanto, traducible. Sin llevar las cosas tan lejos, hay que advenir que el lenguaje de el *Libro del desasosiego* es, en ocasiones, un idiolecto que tiende a 10 secreto, a lo incomunicable, y que, debido a ello, bordea, también en ocasiones, la intraducibilidad. El individualismo de Bernardo Soares, su retraimiento ante los demás, su falta de solidaridad con ellos, y sobre todo su dolor individual -factor, este del dolor, al que Wittgenstein atribuye gran importancia como causa de los lenguajes secretos-, inclinan a Pessoa a crear un lenguaje casi privado, un lenguaje «in isolation» que tiene, según el autor recién citado, algo del juego de los solitarios; y Pessoa se refiere precisamente a este libro como a un juego de solitarios.

Una dificultad menor de la traducción del *Libro del desasosiego* consiste en decidirse por una de las variantes que, en muchas ocasiones, se encuentran en los fragmentos y que han sido escrupulosamente consignadas en la edición original. Cuando he adoptado alguna de las que figuran en nota a pie de página, he indicado, en mis notas a la traducción, cuál es la palabra –o palabras- del texto a la que ha sustituido la variante por mí adoptada, y he hecho seguir, entre paréntesis, su traducción.

De la misma manera, y teniendo en cuenta lo insólito -y a veces desconcertante-, tanto en portugués como en español, de determinadas construcciones y expresiones pesoanas, he hecho constar en las notas, tanto mis dudas sobre la interpretación de unos pocos pasajes, como la autenticidad de determinadas particularidades gramaticales, naturalmente heterodoxas. En este sentido, debo y deseo dar públicamente las gracias al poeta e hispanista José Bento y a Teresa Sobral Cunha, una de las editoras del *Libro del desasosiego*, por haberme resuelto cuantas cuestiones sobre los pasajes dudosos les he planteado -cosa que han hecho en colaboración-, incluidas las relativas a la literalidad de algunos de ellos, es decir, a la no existencia en la edición original de erratas de imprenta o de lecturas erróneas. Gracias a la desinteresada ayuda de ambos, esta traducción habrá incurrido en menos errores que los que sin ella habría podido contener.

Como el paciente lector habrá observado, he dado a esta traducción el titulo de *Libro del desasosiego de Bernardo Soares* -y no «por Bernardo Soares», como consta en la edición original. Ello se debe a que me parece que dicho título define con toda precisión la materia de la obra y a que se justifica, por otra parte, con el ejemplo del mismo Pessoa, quien, en el número 27 de la revista presença, aparecido en 1930, publicó un «*Trecho do Livro do Desassossego de Bernardo Soares*».

ÁNGEL CRESPO

NOTA. Agradezco a la Fundaçao Calouste Gulbenkian, de Lisboa, la ayuda recibida para la realización de este trabajo.

SIGNOS UTILIZADOS

/ / Reserva del autor acerca de una palabra o expresión.
( ) Duda del autor en cuanto a la oportunidad de la inclusión de una o más palabras.
(...) Pasaje dejado incompleto por el autor.
[ ] Palabras añadidas por los editores.
[...] Palabra o pasaje ilegible.

Libro del desasosiego
de Bernardo Soares

1

(PREFACIO)

Hay en Lisboa unos pocos restaurantes o casas de comidas en los que, encima de una tienda con hechuras de taberna decente, se alza un entresuelo que tiene el aspecto casero y pesado de un restaurante de ciudad pequeña sin tren. En esos entresuelos poco visitados, excepto los domingos, es frecuente encontrar tipos curiosos, caras sin interés, una serie de apartes en la vida.

El deseo de sosiego y la conveniencia de los precios me han llevado, durante un período de mi vida, a ser parroquiano de uno de esos entresuelos. Sucedía que, cuando tenía que cenar a las siete, casi siempre encontraba a un individuo cuyo aspecto, que al principio no me interesó, empezó a interesarme poco a poco.

Era un hombre que aparentaba unos treinta años, magro, más alto que bajo, encorvado exageradamente cuando estaba sentado, pero menos cuando estaba de pie, vestido con cierto descuido no totalmente descuidado. A la cara pálida y sin facciones interesantes, un aire de sufrimiento no le añadía interés, y era difícil definir qué especie de sufrimiento indicaba aquel aire; parecía indicar varios: privaciones, angustias y ese sufrimiento que nace de la indiferencia de haber sufrido mucho.

Cenaba siempre poco, y terminaba fumando tabaco de hebra. Observaba de manera extraordinaria a las personas que había allí, no de modo sospechoso, sino con un interés especial; pero no las observaba como escrutándolas, sino como si le interesasen y no quisiera fijarse en sus facciones o analizar las manifestaciones de su carácter. Fue este rasgo curioso el que primero hizo que me interesase por él.

Pasé a verle mejor. Me di cuenta de que un aire inteligente animaba de cierto modo incierto sus facciones. Pero el abatimiento, la inercia de la angustia fría, ocultaba tan regularmente su aspecto que era difícil entrever, además de éste, cualquier otro rasgo.

Supe incidentalmente, por un camarero del restaurante, que era un empleado comercial, de una firma de allí cerca.

Un día sucedió algo en la calle, por debajo de las ventanas: una escena de pugilato entre dos individuos. Los que estaban en el entresuelo corrieron hacia las ventanas, y yo también, y también el individuo del que estoy hablando. Cambié con él una frase casual, y me respondió en el mismo tono. Su voz era empañada y trémula, como la de las criaturas que no esperan nada, porque es perfectamente inútil esperar. Pero resultaba, por ventura, absurdo conceder esa importancia a mi compañero vespertino de restaurante,

No sé por qué, empezamos a saludarnos desde aquel día. Un día cualquiera, en el que tal vez nos aproximó la circunstancia absurda de coincidir el que ambos fuésemos a cenar a las nueve y media, empezamos una conversación accidental. A cierta altura, me preguntó si escribía. Respondí que sí. Le hablé de la revista Orpheu, que había aparecido hacía poco. La elogió, la elogió mucho, y yo me quedé verdaderamente pasmado. Me permití hacerle la observación de que me extrañaba, porque el arte de los que escriben en Orpheu suele ser para pocos. Por lo demás, añadió, aquel arte no le había ofrecido verdaderas novedades: y tímidamente observó que, no teniendo dónde ir ni qué hacer, ni amigos a los que visitar, ni interés en leer libros, solía gastar sus noches, en su cuarto alquilado, escribiendo también.

2

(TRECHO INICIAL)

He nacido en un tiempo en que la mayoría de los jóvenes habían perdido la creencia en Dios, por la misma razón que sus mayores la habían tenido: sin saber por qué. Y entonces, porque el espíritu humano tiende naturalmente a criticar porque siente, y no porque piensa, la mayoría de los jóvenes ha escogido a la Humanidad como sucedáneo de Dios. Pertenezco, sin embargo, a esa especie de hombres que están siempre al margen de aquello a lo que pertenecen, no ven sólo la multitud de la que son, sino también los grandes espacios que hay al lado. Por eso no he abandonado a Dios tan ampliamente como ellos ni he aceptado nunca a la Humanidad. He considerado que Dios, siendo improbable, podría ser; pudiendo, pues, ser adorado; pero que la Humanidad, siendo una mera idea biológica, y no significando más que la especie animal humana, no era más digna de adoración que cualquier otra especie animal. Este culto de la Humanidad, con sus ritos de Libertad e Igualdad, me ha parecido siempre una resurrección de los cultos antiguos, en que los animales eran como dioses, o los dioses tenían cabezas de animales.

Así, no sabiendo creer en Dios, y no pudiendo creer en una suma de animales, me he quedado, como otros de la orilla de las gentes, en esa distancia de todo a que comúnmente se llama la Decadencia. La Decadencia es la pérdida total de la inconsciencia; porque la inconsciencia es el fundamento de la vida. El corazón, si pudiese pensar, se pararía.

A quien como yo, así, viviendo no sabe tener vida, ¿qué le queda sino, como a mis pocos pares, la renuncia por modo y la contemplación por destino? No sabiendo lo que es la vida religiosa, ni pudiendo saberlo, porque no se tiene fe con la razón; no pudiendo tener fe en la abstracción del hombre, ni sabiendo siquiera qué hacer de ella ante nosotros, nos quedaba, como motivo de tener alma, la contemplación estética de la vida. Y, así, ajenos a la solemnidad de todos los mundos, indiferentes a lo divino y despreciadores de lo humano, nos entregamos fútilmente a la sensación sin propósito, cultivada con un epicureísmo sutilizado, como conviene a nuestros nervios cerebrales.

Reteniendo, de la ciencia, solamente aquel precepto suyo central de que todo está sujeto a leyes fatales, contra las cuales no se reacciona independientemente, porque reaccionar es haber hecho ellas

que reaccionásemos; y comprobando que ese precepto se ajusta al otro, mas antiguo, de la divina fatalidad de las cosas, abdicamos del esfuerzo como los débiles del entrenamiento de los atletas, y nos inclinamos sobre el libro de las sensaciones con un gran escrúpulo de erudición sentida.

No tomando nada en serio, ni considerando que nos fuese dada, por cierta, otra realidad que nuestras sensaciones, en ellas nos refugiamos, y a ellas exploramos como a grandes países desconocidos. Y, si nos empleamos asiduamente, no sólo en la contemplación estética, sino también en la expresión de sus modos y resultados, es que la prosa o el verso que escribimos, destituidos de voluntad de querer convencer al ajeno entendimiento o mover la ajena voluntad, es apenas como el hablar en voz alta de quien lee, como para dar objetividad al placer subjetivo de la lectura.

Sabemos bien que toda obra tiene que ser imperfecta, y que la menos segura de nuestras contemplaciones estéticas será la de aquello que escribimos. Pero, imperfecto y todo, no hay poniente tan bello que no pudiese serlo más, o brisa leve que nos dé sueño que no pudiese darnos un sueño todavía más tranquilo. Y así, contempladores iguales de las montañas y de las estatuas, disfrutando de los días como de los libros soñándolo todo, sobre todo para convertirlo en nuestra íntima substancia, haremos también descripciones y análisis que, una vez hechos, pasarán a ser cosas ajenas que podemos disfrutar como si viniesen en la tarde.

No es éste el concepto de los pesimistas, como aquel de Vigny, para quien la vida es una cárcel, en la que él tejía paja para distraerse. Ser pesimista es tomar algo por trágico, y esa actitud es una exageración y una incomodidad. No tenemos, es cierto, un concepto de valía que apliquemos a la obra que producimos. La producimos, es cierto, para distraernos, pero no como el preso que teje la paja, para distraerse del Destino, sino como la joven que borda almohadones para distraerse, sin nada más.

Considero a la vida como una posada en la que tengo que quedarme hasta que llegue la diligencia del abismo. No sé a dónde me llevará, porque no sé nada. Podría considerar esta posada una prisión, porque estoy compelido a aguardar en ella; podría considerarla un lugar de sociabilidad, porque aquí me encuentro con otros. No soy, sin embargo, ni impaciente ni vulgar. Dejo a lo que son a los que se encierran en el cuarto, echados indolentes en la cama donde esperan sin sueño; dejo a lo que hacen a los que conversan en las salas, desde donde las músicas y las voces llegan cómodas hasta mí. Me siento a la puerta y embebo mis ojos en los colores y en los sonidos del paisaje, y canto lento, para mí solo, vagos cantos que compongo mientras espero.

Para todos nosotros caerá la noche y llegará la diligencia. Disfruto la brisa que me conceden y el alma que me han dado para disfrutarla, y no me interrogo más ni busco. Si lo que deje escrito en el libro de los viajeros pudiera, releído un día por otros, entretenerlos también durante el viaje, estará bien. Si no lo leyeran, ni se entretuvieran, también estará bien.

29-3-1930

3

1ST ARTICLE

Cuando nació la generación a la que pertenezco, encontró al mundo desprovisto de apoyos para quien tuviera cerebro, y al mismo tiempo corazón. El trabajo destructivo de las generaciones anteriores había hecho que el mundo para el que nacimos no tuviese seguridad en el orden religioso, apoyo que ofrecernos en el orden moral, tranquilidad que darnos en el orden político. Nacimos ya en plena angustia metafísica, en plena angustia moral, en pleno desasosiego político. Ebrias de las fórmulas exteriores, de los meros procesos de la razón y de la ciencia, las generaciones que nos precedieron derrocaron todos los fundamentos de la fe cristiana, porque su crítica bíblica, ascendiendo

de la crítica de los textos a la crítica mitológica, redujo los evangelios y la anterior hierografía de los judíos a un montón dudoso de mitos, de leyendas y de mera literatura; y su crítica científica señaló gradualmente los errores, las ingenuidades salvajes de la «ciencia» primitiva de los evangelios; y, al mismo tiempo, la libertad de discusión, que sacó a pública discusión todos los problemas metafísicos, arrastró con ellos a los problemas religiosos donde perteneciesen a la metafísica. Ebrias de algo dudoso, a lo que llamaron «positividad», esas generaciones criticaron toda la moral, escudriñaron todas las reglas de vida, y de tal choque de doctrinas sólo quedó la seguridad de ninguna, y el dolor de no existir esa seguridad. Una sociedad indisciplinada así en sus fundamentos culturales no podía, evidentemente, ser otra cosa que víctima, en la política, de esa indisciplina; y así fue como despertamos a un mundo ávido de novedades sociales, y que con alegría iba a la conquista de una libertad que no sabia lo que era, de un progreso que nunca definió.

Pero el criticismo ordinario de nuestros padres, si nos legó la imposibilidad de ser cristianos, no nos legó el contentamiento con que la tuviésemos; si nos legó la incredulidad en las fórmulas morales establecidas, no nos legó la indiferencia ante la moral y las reglas de vivir humanamente; si dejó dudoso el problema político, no dejó indiferente a nuestro espíritu ante cómo se resolvería ese problema. Nuestros padres destruyeron alegremente porque vivían en una época que todavía tenía reflejos de la solidez del pasado. Era aquello mismo que destruían lo que prestaba fuerza a la sociedad para que pudiesen destruir sin sentir agrietarse al edificio. Nosotros heredamos la destrucción y sus resultados.

En la vida de hoy, el mundo sólo pertenece a los estúpidos, a los insensibles y a los agitados. El derecho a vivir y a triunfar se conquista hoy con los mismos procedimientos con que se conquista el internamiento en un manicomio: la incapacidad de pensar, la amoralidad y la hiperexcitación.

4

Pertenezco a una generación que ha heredado la incredulidad en la fe cristiana y que ha creado en sí una incredulidad de todas las demás fés. Nuestros padres tenían todavía el impulso creyente, que transferían del cristianismo a otras formas de ilusión. Unos eran entusiastas de la igualdad social, otros eran enamorados sólo de la belleza, otros depositaban fe en la ciencia y en sus provechos, y había otros que, más cristianos todavía, iban a buscar a Orientes y Occidentes otras formas religiosas con que entretener la conciencia, sin ella hueca, de meramente vivir.

Todo esto lo perdimos nosotros, de todas estas consolaciones nacimos huérfanos. Cada civilización sigue la línea íntima de una religión que la representa: pasar a otras religiones es perder ésta y, por fin, perderlas a todas.

Nosotros perdimos ésta, y también las otras.

Nos quedamos, pues, cada uno entregado a sí mismo, en la desolación de sentirse vivir. Un barco parece ser un objeto cuyo fin es navegar; pero su fin no es navegar, sino llegar a un puerto. Nosotros nos encontramos navegando, sin la idea del puerto al que deberíamos acogernos. Reproducimos así, en la especie dolorosa, la fórmula aventurera de los argonautas: navegar es preciso, vivir no es preciso.

Sin ilusiones, vivimos apenas del sueño, que es la ilusión de quien no puede tener ilusiones. Viviendo de nosotros mismos, nos disminuimos, porque el hombre completo es el hombre que se ignora. Sin fe, no tenemos esperanza, y sin esperanza no tenemos propiamente vida. No teniendo una idea del futuro, tampoco tenemos una idea de hoy, porque el hoy, para el hombre de acción, no es sino un prólogo del futuro. La energía para luchar nació muerta con nosotros, porque nosotros nacimos sin el entusiasmo de la lucha.

Unos de nosotros se estancaron en la conquista necia de lo cotidiano, ordinarios y bajos buscando el pan de cada día, y queriendo obtenerlo sin trabajo sentido, sin la conciencia del esfuerzo, sin la nobleza de la consecución.

Otros, de mejor estirpe, nos abstuvimos de la cosa pública, nada queriendo y nada deseando, e intentando llevar hasta el calvario del olvido la cruz de existir simplemente. Imposible esfuerzo en quien no tiene, como el portador de la Cruz, un origen divino en la conciencia.

Otros se entregaron, atareados por fuera del alma, al culto de la confusión y del ruido, creyendo vivir cuando se oían, creyendo amar cuando chocaban contra las exterioridades del amor. Vivir, nos dolía, porque sabíamos que estábamos vivos: morir, no nos aterraba, porque hablamos perdido la noción normal de la muerte.

Pero otros., Raza del Final, límite espiritual de la Hora Muerta, no tuvieron el valor de la negación y el asilo en sí mismos. Lo que vivieron fue en la negación, en el desconocimiento y en el desconsuelo. Pero lo vivimos desde dentro, sin gestos, encerrados siempre, por lo menos en el género de vida, entre las cuatro paredes del cuarto y los cuatro muros de no saber hacer.

5

Envidio -pero no sé si envidio- a aquellos de quienes se puede escribir una biografía, o que pueden escribir la propia. En estas impresiones sin nexo, ni deseo de nexo, narro indiferentemente mi biografía sin hechos, mi historia sin vida. Son mis Confesiones y, si nada digo en ellas, es que no tengo nada que decir.

¿Qué tiene alguien que confesar que valga o que sirva? Lo que nos ha sucedido, o le ha sucedido a todo el mundo o sólo a nosotros; en un caso, no es novedad, y en el otro no es cosa que se comprenda. Si escribo lo que siento es porque así disminuyo la fiebre de sentir. Lo que confieso no tiene importancia, pues nada tiene importancia. Hago paisajes con lo que siento. Hago fiestas de las sensaciones. Comprendo bien a las bordadoras gracias a la amargura, y a las que hacen punto de media porque hay vida. Mi tía vieja hacía solitarios durante lo infinito de la velada. Estas confesiones de sentir son solitarios míos. No los interpreto, como quien usase cartas para saber el destino. No los ausculto, porque en los solitarios las cartas no tienen propiamente valor. Me desenrollo como una madeja multicolor, o hago conmigo figuras de cordel, como las que se tejen entre los dedos estirados y se pasan de unos niños a otros. Sólo me preocupo de que el pulgar no estropee el lazo que le corresponde. Después, vuelvo la mano y la imagen resulta diferente. Y vuelvo a empezar.

Vivir es hacer punto de media con una intención de los demás. Pero, al hacerlo, el pensamiento es libre, y todos los príncipes encantados pueden pasear por sus parques entre zambullida y zambullida de la aguja de marfil de pico al revés. Punto de ganchillo de las cosas... Intervalo... Nada...

Por lo demás, ¿con qué puedo contar conmigo? Una acuidad horrible de las sensaciones, y la comprensión profunda de estar sintiendo... Una inteligencia aguda para destruirme, y un poder de ensueño ávidamente deseoso de entretenerme... Una voluntad muerta y una reflexión que la arrulla, como a un hijo vivo... Sí, punto de ganchillo...

6

Encaro serenamente, sin nada más que lo que en el alma represente una sonrisa, el encerrárseme siempre la vida en esta Calle de los Doradores, en esta oficina, en esta atmósfera de esta gente. Tener lo que me dé para comer y beber, y donde vivir, y el poco espacio libre en el tiempo para soñar, escribir -dormir-, ¿qué más puedo yo pedir a los Dioses o esperar del Destino?

He tenido grandes ambiciones y sueños dilatados -pero también los tuvo el cargador o la modistilla, porque sueños los tiene todo el mundo: lo que nos diferencia es la fuerza de conseguir o el destino de conseguirse con nosotros.

En sueños, soy igual al cargador y a la modistilla. Sólo me diferencia de ellos el saber escribir. Sí, es un acto, una realidad mía que me diferencia de ellos. En el alma, soy su igual.

Bien sé que hay islas del Sur y grandes amores cosmopolitas y (...)

Si yo tuviese el mundo en la mano, lo cambiarla, estoy seguro, por un billete para [la] Calle de los Doradores.

Tal vez mi destino sea eternamente ser contable, y la poesía o la literatura una mariposa que, parándoseme en la cabeza, me torne tanto más ridículo cuanto mayor sea su propia belleza.

Sentiré añoranzas de Moreira, ¿pero qué son las añoranzas ante las grandes ascensiones?

Sé bien que el día que sea contable de la casa Vasques y C. será uno de los grandes días de mi vida. Lo sé con una anticipación amarga e irónica, pero lo sé con la ventaja intelectual de la certidumbre.

7

El patrón Vasques. Siento, muchas veces, inexplicablemente, la hipnosis del patrón Vasques. ¿Qué es para mi ese hombre, salvo el obstáculo ocasional de ser el dueño de mis horas, durante un tiempo diurno de mi vida? Me trata bien, me habla con amabilidad, salvo en los momentos bruscos de preocupación desconocida en que no habla bien a alguien. Sí, ¿pero por qué me preocupa? ¿Es un símbolo? ¿Es una razón? ¿Qué es?

El patrón Vasques. Me acuerdo ya de él en el futuro con la nostalgia que sé que he de sentir entonces. Estaré tranquilo en una casa pequeña de los alrededores de algo, gozando de un sosiego en el que no haré la obra que no hago ahora, y buscaré, para continuar el no haberla hecho, disculpas diferentes de aquella en que hoy me esquivo a mí mismo. O estaré internado en un asilo de mendigos, feliz por la derrota completa, mezclado con la ralea de los que se creyeron genios y no fueron más que mendigos con sueños, junto con la masa anónima de los que no tuvieron poder para triunfar ni renuncia generosa para triunfar A revés. Esté donde esté, recordaré con nostalgia al patrón Vasques, a la oficina de la Calle de los Doradores, y la monotonía de la vida cotidiana será para mí como el recuerdo de los amores que no tuve, o de los triunfos que no habrían de ser míos.

El patrón Vasques. Veo hoy desde allí, como le veo hoy desde aquí mismo -estatura media, achaparrado, ordinario con límites y afectos, franco y astuto, brusco y afable-, jefe, aparte su dinero, en las manos peludas y lentas, con las venas marcadas como pequeños músculos coloreados, el pescuezo lleno pero no gordo, los carrillos colorados y al mismo tiempo tersos, bajo la barba oscura siempre afeitada a tiempo. Le veo, veo sus ojos de vagar enérgico, los ojos que piensan para dentro cosas de fuera, recibo la perturbación de su ocasión en que no le agrado, y mi alma se alegra con su sonrisa, una sonrisa ancha y humana, como el aplauso de una multitud.

Será, tal vez, porque no hay cerca de mí una figura más importante que el patrón Vasques por lo que, muchas veces, esa figura vulgar y hasta ordinaria se me enreda en la inteligencia y me distrae de mí mismo. Creo que hay símbolo. Creo o casi creo que en alguna parte, en una vida remota, este hombre fue en mi vida algo más importante que lo que es hoy.

8

¡Ah, comprendo! El patrón Vasques es la Vida. La Vida, monótona y necesaria, dirigente y desconocida. Este hombre trivial representa la trivialidad de la Vida. Él lo es todo para mí, por fuera, porque la Vida lo es todo para mí por fuera.

Y, si la oficina de la Calle de los Doradores representa para mí la Vida, este segundo piso mío, donde vivo, en la misma Calle de los Doradores, representa para mí el Arte. Sí, el Arte, que vive en la misma calle que la Vida, aunque en un sitio diferente, el Arte que alivia de la Vida sin aliviar de vivir, que es tan monótono como la misma Vida, pero sólo en un sitio diferente. Sí, esta Calle de los

Doradores comprende para mi todo el sentido de las cosas, la solución de todos los enigmas, salvo el de que existan los enigmas, que es lo que no puede tener solución.

9

A veces, cuando levanto la cabeza aturdida de los libros en que escribo las cuentas ajenas y la ausencia de la propia vida siento una náusea física, que puede ser de inclinarme, pero que trasciende a los números y a la desilusión. La vida me disgusta como una medicina inútil. Y es entonces cuando siento con visiones claras lo fácil que sería alejarse de este tedio si tuviese la simple fuerza de querer alejarlo de verdad.

Vivimos gracias a la acción, es decir gracias a la voluntad. A los que no sabemos querer -seamos genios o mendigo nos hermana la impotencia. ¿De qué sirve llamarme genio si soy ayudante de contabilidad? Cuando Cesário Verde hizo que le dijeran al médico que era, no el señor Verde, empleado de comercio, sino el poeta Cesário Verde, se valió de uno de esos verbalismos del orgullo inútil que exudan el olor de la vanidad. Lo que siempre fue, pobrecillo, fue el señor Verde, empleado de comercio. El poeta nació después de su muerte, porque fue después de su muerte cuando nació la estimación por el poeta.

Hacer, he ahí la inteligencia verdadera. Seré lo que quiera. Pero tengo que querer lo que sea. El éxito está en tener éxito, y no en tener condiciones para el éxito. Condiciones de palacio las tiene cualquiera en la ancha tierra, pero ¿dónde está el palacio si no lo hacen allí?

10

Prefiero la prosa al verso, como modo de arte, por dos razones, la primera de las cuales, que es mía, es que no puedo escoger, pues soy incapaz de escribir en verso. La segunda, sin embargo, es de todos, y no es -lo creo de verdad- una sombra o disfraz de la primera. Vale, pues, la pena que la deshile, porque afecta al sentido íntimo de todo el valor del arte.

Considero al verso una cosa intermedia, un paso de la música a la prosa. Como la música, el verso es limitado por leyes rítmicas que, aunque no sean las leyes rígidas del verso regular, existen sin embargo como defensas, coacciones, dispositivos automáticos de opresión y castigo. En la prosa hablamos libres. Podemos incluir ritmos musicales y, a pesar de ello, pensar. Podemos incluir ritmos poéticos y, sin embargo, estar fuera de ellos. Un ritmo ocasional de verso no estorba a la prosa; un ritmo ocasional de prosa hace tropezar al verso.

En la prosa se engloba todo el arte, en parte porque en la palabra está contenido todo el mundo, en parte porque en la palabra libre está contenida toda la posibilidad de decirlo y pensarlo. En la prosa lo damos todo, por transposición: el color y la forma, que la pintura no puede dar sino directamente, en ellos mismos, sin dimensión Intima; el ritmo, que la música no puede dar sino directamente, en él mismo, sin cuerpo formal, ni ese segundo cuerpo que es la idea; la estructura, que el arquitecto tiene que formar con cosas duras, dadas, exteriores, y nos erguimos en ritmos, en indecisiones, en decursos y fluideces; la realidad, que el escultor tiene que dejar en el mundo, sin aura ni transubstanciación; la poesía, en fin, en la que el poeta, como el iniciado en una orden oculta, es siervo, aunque voluntario, de un grado y de un ritual.

Estoy seguro de que, en un mundo civilizado perfecto, no habría otro arte que la prosa. Dejaríamos los ponientes a los ponientes, procurando tan sólo, en arte, comprenderlos verbalmente, transmitiéndolos así en una música inteligible del corazón. No haríamos escultura de los cuerpos, que guardarían, propios, vistos y tocados, su relieve móvil y su tibieza suave. Haríamos casas sólo para vivir en ellas, que es, al fin, aquello para lo que son. La poesía quedaría para que los niños se acercasen a la prosa futura; que la poesía es, por cierto, algo infantil, mnemónico, auxiliar e inicial.

Hasta las artes menores, o aquellas a las que podemos llamar así, se reflejan, susurrantes, en la prosa. Hay prosa que danza, que canta, que se declama a sí misma. Hay ritmos verbales que son bailes en que la idea se desnuda sinuosamente, con una sensualidad translúcida y perfecta. Y hay también en la prosa sutilezas convulsas en que un gran actor, el Verbo, transmuta rítmicamente en su substancia corpórea el misterio impalpable del Universo.

18-10-1931.

11

Todo se penetra. La lectura de los clásicos, que no distinguen los ocasos, me ha vuelto inteligibles muchos ocasos, en todos sus colores. Hay una relación entre la competencia sintáctica, por la que se distinguen los valores de los seres, de los sonidos y de las formas, y la capacidad de comprender cuándo el azul del cielo es realmente verde, y qué parte del amarillo existe en el verde azul del cielo.

En el fondo es lo mismo: la capacidad de distinguir y de sutilizar. Sin sintaxis no hay emoción duradera. La inmortalidad es una función de los gramáticos.

12

Me gusta decir. Diré mejor: me gusta palabrear. Las palabras son para mí cuerpos tocables, sirenas visibles, sensualidades incorporadas. Tal vez porque la sensualidad real no tiene para mí interés de ninguna especie -ni siquiera material o de ensueño-, se me ha transmutado el deseo hacia aquello que crea en mí ritmos verbales, o los escucha de otros. Me estremezco si dicen bien. Tal página de Fialho, tal página de Chateaubriand, hacen hormiguear a mi vida en mis venas, me hacen rabiar trémulamente quieto de un placer inaccesible que estoy teniendo. Tal página, incluso, de Vieira , en su fría perfección de ingeniería sintáctica, me hace temblar como una rama al viento, en un delirio pasivo de cosa movida.

Como todos los grandes enamorados, me gusta la delicia de la pérdida de mí mismo, en la que el gozo de la entrega se sufre completamente. Y, así, muchas veces, escribo sin querer pensar, en un devaneo exterior, dejando que las palabras me hagan fiestas, niño pequeño en su regazo. Son frases sin sentido, que corren mórbidas, con una fluidez de agua sentida, un olvidarse de riachuelo en el que las olas se mezclan e indefinen, volviéndose siempre otras, sucediéndose a sí mismas. Así las ideas, las imágenes, trémulas de expresión, pasan por mi en cortejos sonoros de sedas esfumadas, donde una claridad lunar de idea oscila, batida y confusa.

No lloro por nada que la vida traiga o se lleve. Hay sin embargo páginas de prosa que me han hecho llorar. Me acuerdo, como silo estuviera viendo, de la noche en que, siendo todavía niño, leí por primera vez, en una antología, el célebre paso de Vieira sobre el Rey Salomón. «Fabricó Salomón un palacio...» Y seguí leyendo, hasta el final, trémulo, confuso; después rompí en llanto feliz, como el que ninguna felicidad real me hará llorar, como el que ninguna tristeza de la vida me hará imitar. Aquel movimiento hierático de nuestra clara lengua majestuosa, aquel expresar las ideas en las palabras inevitables, correr de agua porque hay un declive, aquel asombro vocálico en que los sonidos son colores ideales; todo esto me embriagó instintivamente como una gran emoción política. Y, lo he dicho, lloré; hoy, al acordarme, lloro. No es –no- la añoranza de infancia, de la que no tengo añoranzas: es la añoranza de la emoción de aquel momento, la tristeza de no poder leer ya por primera vez aquella gran seguridad sinfónica.

No tengo ningún sentimiento político o social. Tengo, sin embargo, en un sentido, un alto sentimiento patriótico. Mi patria es la lengua portuguesa. No me pesaría que invadiesen o tomasen Portugal, siempre que no me molestasen personalmente. Pero odio, con odio verdadero, con el único

odio que siento, no a quien escribe mal portugués, no a quien no sabe sintaxis, no a quien escribe en ortografía simplificada, sino a la página mal escrita, como a persona propia, a la sintaxis equivocada, como a gente a la que golpear, a la ortografía sin ípsilon, como al escupitajo directo que me enoja independientemente de quien lo haya escupido.

Sí, porque la ortografía también es gente. La palabra es completa vista y oída. Y la gala de la transliteración grecorromana me la viste con su verdadero manto regio, gracias al cual es reina y señora.

13

Por más que pertenezca, por el alma, al linaje de los románticos, no hallo reposo más que en la lectura de los clásicos. Su misma estrechez, a través de la cual su claridad se expresa1 me consuela no sé de qué. Capto en ellos una impresión alegre de vida ancha, que contempla amplios espacios sin recorrerlos. Los mismos dioses paganos reposan del misterio.

El análisis supercurioso de las sensaciones -a veces de las sensaciones que suponemos tener-, la identificación del corazón con el paisaje, la revelación anatómica de todos los nervios, el uso del deseo como voluntad y de la aspiración como pensamiento, todas estas cosas, me resultan demasiado familiares para que, en otro, me aporten novedad, o me procuren sosiego. Siempre que las siento, desearía, precisamente porque las siento, estar sintiendo otra cosa. Y, cuando leo a un clásico, esa otra cosa me es dada.

Lo confieso sin rebozo ni vergüenza... No hay un trecho de Chateaubriand o un canto de Lamartine -trechos que tantas veces parecen ser la voz de lo que yo pienso, cantos que tantas veces parecen serme dichos para conocer- que me embelese y me eleve como un trecho de prosa de Vieira o una u otra oda de esos pocos clásicos nuestros que siguieron de veras a Horacio.

Leo y soy liberado. Adquiero objetividad. He dejado de ser yo y disperso. Y lo que leo, en vez de ser un traje mío que apenas veo y a veces me pesa, es la gran claridad del mundo exterior, toda ella aparente, el sol que ve a todos, la luna que mancha de sombras al suelo quieto, los espacios anchos que terminan en el mar, la solidez negra de los árboles que hacen señas verdes arriba, la paz sólida de los estanques de las quintas, los caminos cubiertos por las parras, en los declives de las cuestas.

Leo como quien abdica. Y, como la corona y el manto regios nunca son tan grandes como cuando el Rey que parte los deja en el suelo, depongo en los mosaicos de las antecámaras todos mis trofeos del tedio y del sueño, y subo la escalinata con la nobleza única de la mirada.

Leo como quien pasa. Y es en los clásicos, en los calmos, en los que, si sufren, no lo dicen, donde me siento sagrado transeúnte, ungido peregrino, contemplador sin razón del mundo sin propósito, Príncipe del Gran Exilio, que dio, al partir, al último mendigo, la limosna extrema de su desolación.

14

Detesto la lectura. Siento un tedio anticipado de las páginas desconocidas. Sólo soy capaz de leer lo que ya conozco. Mi libro de cabecera es la Retórica del Padre Figueiredo, donde leo todas las noches, por la cada vez más milésima vez, la descripción, en el estilo de un portugués conventual y perfecto, las figuras retóricas, cuyos nombres, mil veces leídos, no he aprendido todavía. Pero me arrulla el lenguaje (...) y sí me faltasen las palabras justas escritas con C, dormirla inquieto.

Debo, a pesar de ello, al libro del Padre Figueiredo, con su exageración de purismo, el relativo escrúpulo que siento –todo lo que puedo sentir- de escribir la lengua en que registro con la propiedad que...

Y leo:

(un trecho del P. Figueiredo)
y esto me consuela de vivir
o, si no,
(un trecho sobre figuras)
que vuelve en el prefacio

No exagero una pulgada verbal: siento todo esto.

Como otros pueden leer trechos en la Biblia, los leo de la Retórica. Tengo la ventaja del reposo y de la falta de devoción.

15

No conozco un placer como el de los libros, y poco leo. Los libros son presentaciones a los sueños, y no necesita presentaciones quien, con la facilidad de la vida, entre en conversación con ellos. Nunca he podido leer un libro entregándome a él; siempre, a cada paso, el comentario de la inteligencia o de la imaginación me ha interrumpido la secuencia de la propia narrativa. Después de unos minutos, quien escribía era yo, y lo que estaba escrito no estaba en ninguna parte.

Mis lecturas predilectas son la repetición de los libros triviales que duermen conmigo a mi cabecera. Hay dos que nunca me dejan -la Retórica del Padre Figueiredo y las Reflexiones sobre la Lengua Portuguesa del Padre Freire. Estos libros los releo siempre, y bien; y, si es cierto que ya los he leído muchas veces, también es cierto que no he leído seguido ninguno de ellos. Debo a estos libros una disciplina que casi creo imposible en mí; una regla de escribir objetivado, una ley de la razón de que las cosas estén escritas.

El estilo afectado, claustral, humilde, del Padre Figueiredo es una disciplina que hace las delicias de mi entendimiento. La difusión, casi siempre sin disciplina, del Padre Freire entretiene a mi espíritu sin cansar, y me educa sin causarme preocupaciones. Son espíritus de eruditos y de sosegados que le sientan bien a mi ninguna disposición para ser como ellos, o como cualquier otra persona.

Leo y me abandono, no a la lectura, sino a mí mismo. Leo y me adormezco, y es como entre sueños como sigo la descripción de las figuras retóricas del Padre Figueiredo, y es por bosques encantados por donde oigo al Padre Freire enseñar que se debe decir Magdalena, pues Madalena sólo lo dice el vulgo.

16

He meditado hoy, en un intervalo de sentir, en la forma de prosa que uso. En verdad, ¿cómo escribo? He tenido, como todos han tenido, el deseo pervertido de querer tener un sistema y una norma. Es cierto que he escrito antes de la norma y del sistema; en esto, por tanto, no soy diferente de los demás.

Analizándome esta tarde, descubro que mi sistema de estilo se asienta en dos principios, e inmediatamente, y con la buena manera de los buenos clásicos, erijo estos dos principios en fundamentos generales de todo estilo: decir lo que se siente exactamente como se siente -claramente, si es claro; oscuramente, si es oscuro; confusamente, si es confuso- comprender que la gramática es un instrumento, y no una ley.

Supongamos que veo ante nosotros una muchacha de modales masculinos. Un ente humano vulgar dirá de ella, «Esa muchacha parece un muchacho». Otro ente humano y vulgar, ya más cerca de la conciencia de que hablar es decir, dirá de ella «Esa muchacha es un muchacho». Otro igualmente consciente de los deberes de la expresión, pero más animado por el afecto de la concisión, que es la lujuria del pensamiento, dirá de ella «Ese muchacho». Yo diré «Esa muchacho», violando la más

elemental de las reglas gramaticales, que manda que haya concordancia de género, como de número, entre la voz substantiva y la adjetiva. Y habré dicho bien: habré hablado en términos absolutos, fotográficamente, fuera de la vulgaridad de la norma, y de la cotidianeidad. No habré hablado: habré dicho.

La gramática, al definir el uso, hace divisiones legítimas y falsas. Divide, por ejemplo, los verbos en transitivos e intransitivos; sin embargo, el hombre de saber decir tiene muchas veces que convertir un verbo transitivo en intransitivo para fotografiar lo que siente, y no para, como el común de los animales hombres, el ver a oscuras. Si quiero decir que existo, diré «Soy». Si quiero decir que existo como alma separada, diré «Soy yo». Pero si quiero decir que existo como entidad que a si misma se dirige y forma, que ejerce junto a si misma la función divina de crearse, ¿cómo he de emplear el verbo «ser» sino convirtiéndolo súbitamente en transitivo? Y entonces, triunfalmente, antigramaticalmente supremo, diré «Me soy». Habré dicho una filosofía en dos palabras pequeñas. ¿Cuán preferible no es esto a no decir nada en cuarenta frases? / ¿Qué más se puede exigir de la filosofía y de la dicción? /

Obedezca a la gramática quien no sabe pensar lo que siente. Sírvase de ella quien sabe mandar en sus expresiones. Cuéntase de Segismundo, Rey de Roma, que, habiendo, en un discurso público, cometido un error gramatical, respondió a quien le habló de él, «Soy Rey de Roma, y además de la gramática». Y la historia narra que fue conocido en ella como Segismundo «supergrammaticam». ¡Maravilloso símbolo! Cada hombre que sabe decir lo que dice es, a su manera, Rey de Roma. El titulo es regio y la razón del titulo es serse.

17

Desde que las últimas lluvias han dejado el cielo y se han quedado en la tierra -ciclo limpio, tierra húmeda y brillante- la claridad mayor de la vida que como el azul ha vuelto a lo alto, y en la frescura de haber habido agua se ha alegrado abajo, ha dejado un cielo propio en las almas, una frescura suya en los corazones.

Somos, por poco que lo queramos, siervos del tiempo y de sus colores y formas, súbditos del cielo y de la tierra. Aquel de nosotros que más se embreñe en sí mismo, despreciando lo que le rodea, ese mismo no se embreña por los mismos caminos cuando llueve que cuando el cielo está sereno. Oscuras transmutaciones, sentidas tal vez sólo en lo íntimo de los sentimientos abstractos, se producen porque llueve o porque ha dejado de llover, se sienten sin que se sientan porque, sin sentir, se ha sentido al tiempo.

Cada uno de nosotros es varios, es muchos, es una prolijidad de si mismos. Por eso, aquel que desprecia al ambiente no es el mismo que por él se alegra o padece. En la vasta colonia de nuestro ser hay gente de muchas especies, pensando y sintiendo de manera diferente. En este mismo momento, en que escribo, en un intervalo legítimo del hoy escaso trabajo, estas pocas palabras de impresión, soy yo quien las escribe atentamente, soy yo el que está contento de no tener que trabajar en este momento, soy yo el que está viendo el cielo allá fuera, invisible desde aquí, soy yo el que está pensando todo esto, soy yo el que siente al cuerpo contento y a las manos vagamente frías. Y todo este mundo mío de gente ajena entre sí proyecta, como una multitud diversa pero compacta, una sombra única –este cuerpo quieto y escribiente con que me reclino, de pie, contra el escritorio alto de Borges, donde he venido a buscar mi secante, que le había prestado.

30-12-1932.

18

Todo se me evapora. Mi vida entera, mis recuerdos, mi imaginación y lo que contiene, mi personalidad, todo se me evapora. Continuamente siento que he sido otro, que he sentido otro, que he pensado otro. Aquello a lo que asisto es un espectáculo con otro escenario. Y aquello a lo que asisto soy yo.

Encuentro a veces, en la confusión vacía de mis gavetas literarias, papeles escritos por mi hace diez años, hace quince años, hace quizá más años. Y muchos de ellos me parecen de un extraño; me desreconozco en ellos. Hubo quien los escribió, y fui yo. Los sentí yo, pero fue como en otra vida, de la que hubiese despertado como de un sueño ajeno.

Es frecuente que encuentre cosas escritas por mí cuando todavía era muy joven, fragmentos de los diecisiete años, fragmentos de los veinte años. Y algunos tienen un poder de expresión que no recuerdo poder haber tenido en aquel tiempo de mi vida. Hay en ciertas frases, en varios períodos, de cosas escritas a pocos pasos de mi adolescencia, que me parecen producto de tal cual soy ahora, educado por años y por cosas. Reconozco que no soy el mismo que era. Y, habiendo sentido que me encuentro hoy en un progreso grande de lo que he sido, pregunto dónde está el progreso si entonces era el mismo que soy ahora.

Hay en esto un misterio que me desvirtúa y me oprime.

Hace unos días sufrí una impresión espantosa con un breve escrito de mi pasado. Recuerdo perfectamente que mi escrúpulo, por lo menos relativo, por el lenguaje data de hace pocos años. Encontré en una gaveta un escrito mío, mucho más antiguo, en que ese mismo escrúpulo estaba fuertemente acentuado. No me comprendí en el pasado positivamente. ¿Cómo he avanzado hacia lo que ya era? ¿Cómo me he conocido hoy lo que me desconocí ayer? Y todo se me confunde en un laberinto donde, conmigo, me extravío de mí.

Devaneo con el pensamiento, y estoy seguro de que esto que escribo ya lo he escrito. Lo recuerdo. Y pregunto al que en mí presume de ser si no habrá en el platonismo de las sensaciones otra anamnesis más inclinada, otro recuerdo de una vida anterior que apenas sea de esta vida...

Dios mío, Dios mío, ¿a quién asisto? ¿Cuántos soy? ¿Quién es yo? ¿Qué es este intervalo que hay entre mí y mí?

19

Otra vez encontré un fragmento mío escrito en francés, sobre el que ya habían pasado quince años. Nunca he estado en Francia, nunca he contendido de cerca con franceses, nunca he hecho un uso, por lo tanto, de aquella lengua del que me hubiese desacostumbrado. Leo hoy tanto francés como siempre. Soy más viejo, soy más práctico de pensamiento: deberé haber progresado. Y ese fragmento de mi pasado lejano muestra una seguridad que ya no poseo hoy en el uso del francés; el estilo es fluido, como hoy no podré tenerlo en ese idioma; hay trozos enteros, frases completas, formas y modos de expresión, que acentúan un dominio de aquella lengua del que me he extraviado sin que me acordase de que lo tenía. ¿Cómo se explica eso? ¿A quién me he sustituido dentro de mí?

Bien sé que es fácil formular una teoría de la fluidez de las cosas y de las almas, comprender que somos un decurso interior de vida, imaginar que lo que somos en una cantidad grande, que pasamos por nosotros, que hemos sido muchos... Pero aquí hay otra cosa que no el mero decurso de la personalidad entre las propias márgenes: hay el otro absoluto, un ser ajeno que fue mío. Que perdiese, con el acrecentamiento de la edad, la imaginación, la emoción, un tipo de inteligencia, un modo de sentimiento, todo eso, aunque me produjese pena, no me asombraría. ¿Pero a qué asisto cuando me leo como a un extraño? ¿A qué orilla estoy si me veo en el fondo?

Otras veces encuentro trechos que no me acuerdo de haber escrito -lo que es poco de admirar-, pero que ni siquiera me acuerdo de poder haber escrito, lo cual me aterra. Ciertas frases pertenecen a otra mentalidad. Es como si encontrase un retrato antiguo, sin duda mío, con una estatura diferente, con unas facciones desconocidas, pero indiscutiblemente mío, pavorosamente yo.

20

OMAR KHAYYÁN

Omar tenía una personalidad; yo, afortunada o desgraciadamente, no tengo ninguna. De lo que soy a una hora, a la hora siguiente me separo; de lo que he sido un día, al día siguiente me he olvidado. Quien, como Omar, es quien es, vive en un solo mundo, que es el exterior; quien, como yo, no es quien es, vive no sólo en el mundo exterior, sino en un sucesivo y diverso mundo interior. Su filosofía, aunque quiera ser la misma que la de Omar, forzosamente no podrá serlo. Así, sin que de verdad lo quiera, tengo en mí, como si fuesen almas, las filosofías que critique; Omar podía rechazarlas todas, pues eran exteriores a él; no las puedo rechazar yo, porque son yo.

21

Al final de este día queda lo que quedó de ayer y quedará de mañana: el ansia insaciable e innúmera de ser siempre el mismo y otro.

22

Mi hábito vital de incredulidad en todo, especialmente en el instinto, y mi actitud natural de insinceridad, son la negación de obstáculos en que hago esto constantemente. En el /fondo/, lo que sucede es que hago de los otros mi sueño, doblándome sus opiniones para, expandiéndolas por medio de mi raciocinio y mi intuición, volverlas mías y (yo, no teniendo opinión, puedo tener las de ellos lo mismo que cualesquiera otras) para doblarías a mi gusto y hacer de sus opiniones cosas emparentadas con mis sueños.

De tal manera antepongo el sueño a la vida que consigo, en el trato verbal, (no teniendo otro) continuar soñando, y persistir, a través de las opiniones ajenas y de los sentimientos de los demás, en la línea fluida de la vida, una personalidad amorfa.

Cada otro es un canal o una reguera por donde el agua del mar sólo corre a gusto de ellos, marcado, con los resplandores del agua al sol, el curso curvo de su orientación más realmente que podría hacerlo su sequedad.

Pareciéndole a veces, a mi análisis rápido, parasitar a los otros, lo que sucede en realidad es que les obligo a ser parásitos de mi posterior emoción. Hábito de vivir las /cortezas/ de sus individualidades. Calco sus pisadas en arcilla de mi espíritu y así, más que ellos, llevándolas para dentro de mi conciencia, he dado sus pasos y andado por su(s) camino(s).

En general, debido al hábito que tengo de, desdoblándome, seguir al mismo tiempo dos, diferentes operaciones /mentales/, yo, al paso que me voy adaptando en exceso y lucidez al sentir de ellos, voy analizando en mí su desconocido estado de alma, haciendo el análisis puramente objetivo de lo que ellos son y piensan. Así, entre sueños, y sin abandonar mi devaneo ininterrumpido, voy, no sólo viviéndoles la esencia refinada de sus emociones a veces muertas, sino comprendiendo y clasificando las lógicas interconexas de las diferentes fuerzas de su espíritu que yacían a veces en un estado simple de su alma.

Y, en medio de todo esto, su fisonomía, su traje, sus gestos, no se me escapan. Vivo al mismo tiempo sus sueños, el alma del instinto y el cuerpo y actitudes suyas. En una gran dispersión unificada, me ubiquito en ellos y creo y soy, a cada instante de la conversación, una multitud de seres, conscientes e inconscientes, analizados y analíticos, que se reúnen en un abanico abierto.

23

LA SOCIEDAD EN QUE VIVO

Toda de sueño. Mis amigos soñados. Sus familias, hábitos, profesiones y (...)

24

Mi alma es una orquesta oculta; no sé qué instrumentos tañe o rechina, cuerdas y harpas, timbales y tambores, dentro de mi. Sólo me conozco como sinfonía.

25

Hoy he llegado, de repente, a una sensación absurda y justa. Me he dado cuenta, en un relámpago intimo, de que no soy nadie. Nadie, absolutamente nadie. Cuando brilló el relámpago, aquello donde había supuesto una ciudad era una llanura desierta; y la luz siniestra que me mostró a mí no reveló un cielo encima de ella. Me han robado el poder de ser antes de que el mundo fuese. Si tuve que reencarnar, he reencarnado sin mi, sin haber reencarnado yo.

Soy los alrededores de una ciudad que no existe, el comentario prolijo a un libro que no se ha escrito. No soy nadie, nadie.

No sé sentir, no sé pensar, no sé querer. Soy una figura de novela por escribir, que pasa aérea, y deshecha sin haber sido, entre los sueños de quien no supo completarme.

Pienso siempre, siento siempre; pero mi pensamiento no contiene raciocinios, mi emoción no contiene emociones. Estoy cayendo, desde la trampa de allí arriba, por todo el espacio infinito, en una caída sin dirección, infinítupla y vacía. Mi alma es un maelstrom negro, vasto vértigo alrededor del vacío, movimiento de un océano infinito en torno a un agujero de nada, y en las aguas que son más giro que aguas boyan todas las imágenes de lo que he visto y oído en el mundo -van casas, caras, libros, cajones, rastros de música y sílabas de voces, en un remolino siniestro y sin fondo.

Y yo, verdaderamente yo, soy el centro que no existe en esto sino mediante una geometría del abismo; soy la nada en torno a la cual gira este movimiento, sin que ese centro exista sino porque todo circulo lo tiene. Yo, verdaderamente yo, soy el pozo sin muros, pero con la viscosidad de los muros, el centro de todo con la nada alrededor.

Y es, en mí, como si el infierno mismo riese, sin por lo menos la humanidad de los diablos riéndose, la locura graznada del universo muerto, el cadáver rodante del espacio físico, el fin de todos los mundos fluctuando negro al viento, disforme, anacrónico, sin Dios que lo hubiese creado, sin él mismo que está rodando en las tinieblas de las tinieblas, imposible, único, todo.

¡Poder saber pensar! ¡Poder saber sentir!

Mi madre murió muy pronto, y yo no llegué a conocerla...

1-12-1931.

26

Dar a cada emoción una personalidad, a cada estado de alma un alma.

27

No teniendo nada que hacer; ni que pensar en hacer, voy a poner en este papel la descripción de un ideal: apunte.

La sensibilidad de Mallarmé dentro del estilo de Vieira; soñar como Verlaine en el cuerpo de Horacio; ser Homero a la luz de la luna.

Sentirlo todo de todas las maneras; saber pensar con las emociones y sentir con el pensamiento; no desear mucho sino con la imaginación; sufrir con coquetería; ver claro para escribir justo; conocerse con fingimiento y táctica; naturalizarse diferente y con todos los documentos; en suma, usar por dentro todas las sensaciones, quitándoles las cáscara hasta llegar a Dios; pero envolver de nuevo y reponer en el escaparate como ese dependiente que desde aquí estoy viendo con las cajas pequeñas de betún de la nueva marca.

Todos estos ideales, posibles o imposibles, se acaban ahora. Tengo la realidad ante mí: no es ni siquiera el dependiente, es su mano (a él no le veo), tentáculo absurdo de un alma con familia y suerte que hace muecas de araña sin tela en el estirarse de la reposición de allí enfrente.

/Y una de las cajas se ha caído, como el destino de todo el mundo./

¿1930?

28

«Sentir es un tostón.» Estas palabras casuales de la conversación de unos minutos de no sé qué comensal se han quedado brillando para siempre en el suelo de mi memoria. La misma forma plebeya de la frase le pone sal y pimienta.

29

Crear dentro de mí un estado con una política, con partidos y revoluciones, y ser yo todo esto, ser yo Dios en el panteísmo real de ese pueblo mío, esencia y acción de sus cuerpos, de sus almas, de la tierra que pisan y de los actos que hacen. Ser todo, ser ellos y no ellos. ¡Ay de mi! Éste es todavía uno de los sueños que no logro realizar. Si lo realizase tal vez me moriría, no sé por qué, pero no se debe poder vivir después de esto, tamaño el sacrilegio cometido contra Dios, tamaña usurpación del poder divino de serlo todo.

¡El placer que me proporcionaría crear un jesuitismo de las sensaciones!

Hay metáforas que son más reales que la gente que anda por la calle. Hay imágenes en los escondrijos de los libros que viven más nítidamente que muchos hombres y mujeres. Hay frases literarias que tienen una individualidad absolutamente humana. Pasos de parágrafos míos hay que me hielan de pavor, tan nítidamente gente los siento, tan recortados contra las paredes de mi cuarto, en la noche, en la sombra, (...) He escrito frases cuyo sonido, leídas en voz alta o baja -es imposible ocultar su sonido- es absolutamente el de una cosa que ha cobrado exterioridad absoluta y alma enteramente.

¿Por qué expongo yo de vez en cuando procedimientos contradictorios e inconciliables de soñar y de aprender a soñar? Porque, probablemente, tanto me he acostumbrado a sentir lo falso como lo verdadero, lo soñado tan nítidamente como lo visto, que he perdido la distinción humana, falsa creo, entre la verdad y la mentira.

Basta que yo vea nítidamente, con los ojos o con los oídos, o con otro sentido cualquiera, para que sienta que aquello es real. Puede, incluso, ser que yo sienta dos cosas inconjugables al mismo tiempo. No importa.

Hay criaturas que son capaces de sufrir durante largas horas por no serles posible ser una figura de un cuadro o de un naipe de baraja de cartas. Hay almas sobre quien pesa como una maldición el no serles posible ser hoy gente de la edad media. Este sentimiento me sucedió en tiempos. Hoy no me sucede. Me he refinado más allá de eso. Pero me duele, por ejemplo, no poder soñarme dos reyes en reinos diferentes, pertenecientes, por ejemplo, a universos con diferentes especies de espacios y tiempos. No conseguir esto me disgusta verdaderamente. Me sabe a pasar hambre.

Poder soñar lo inconcebible visualizándolo es uno de los grandes triunfos que ni yo, que soy tan grande, consigo sino raras veces. Si, soñar que soy por ejemplo, simultáneamente, separadamente, inconfusamente, el hombre y la mujer de un paseo que un hombre y una mujer se dan a la orilla de un río. Verme, al mismo tiempo, con igual nitidez, del mismo modo, sin mezcla, siendo las dos cosas con igual integración en ellas, un navío consciente en un mar del Sur y una página impresa de un libro antiguo. ¡Qué absurdo parece esto! Pero todo es absurdo, y el sueño es, sin embargo, lo que menos lo es.

30

Me he creado eco y abismo, pensando. Me he multiplicado profundizándome. El más pequeño episodio -una alteración que sale de la luz, la caída enrollada de una hoja seca, el pétalo que se despega amarillecido, la voz del otro lado del muro o los pasos de quien la dice junto a los de quien la debe escuchar, el portón entreabierto de la quinta vieja, el patio que se abre con un arco de las casas aglomeradas a la luz de la luna-, todas estas cosas, que no me pertenecen, me prenden la meditación sensible con lazos de resonancia y de añoranza. En cada una de esas sensaciones soy otro, me renuevo dolorosamente en cada impresión indefinida.

Vivo de impresiones que no me pertenecen, perdulario de renuncias, otro en el modo como soy yo.

31

He creado en mí varias personalidades. Creo personalidades constantemente. Cada sueño mío es inmediatamente, en el momento de aparecer soñado, encarnado en otra persona, que pasa a soñarlo, y yo no.

Para crear, me he destruido; tanto me he exteriorizado dentro de mi, que dentro de mí no existo sino exteriormente. Soy la escena viva por la que pasan varios actores representando varias piezas.

32

Encontrar la personalidad en la pérdida de ella -la misma fe abona este sentido de destino.

33

Dijo Amiel que un paisaje es un estado de alma, pero la frase es una felicidad indolente de soñador débil. Desde que el paisaje es paisaje deja de ser un estado de alma. Objetivar es crear, y

nadie dice que un poema hecho es un estado de estar pensando en hacerlo. Ver es tal vez soñar, pero si le llamamos ver en vez de llamarle soñar, es que distinguimos soñar de ver.

Por lo demás, ¿de qué sirven estas especulaciones de psicología verbal? Independientemente de mí, crece hierba, llueve en la hierba que crece, y el sol dora la extensión de la hierba que ha crecido o va a crecer; se yerguen los montes desde muy antiguo, y el viento pasa del mismo modo como Homero, aunque no existiese, lo oyó. Más certeza sería decir que un estado de alma es un paisaje; habría en la frase la ventaja de no contener la mentira de una teoría, sino tan solamente la verdad de una metáfora.

Estas palabras ocasionales me han sido dictadas por la gran extensión de la ciudad, vista a la luz universal del sol, desde el alto de San Pedro de Alcántara. Cada vez que así contemplo una extensión ancha, y me abandono desde el metro setenta de altura, y sesenta y un quilos de peso, en que físicamente consisto, tengo una sonrisa grandemente metafísica para los que sueñan que el sueño es sueño, y amo la verdad de lo exterior absoluto con una virtud noble del entendimiento.

El Tajo al fondo es un lago azul, y los montes de la Otra Banda son los de una Suiza achatada. Sale un barco pequeño -vapor carguero negro- del lado del Pozo del Obispo hacia la barra que no veo. Que los dioses todos me conserven, hasta la hora en que cese este aspecto de mí, la noción clara y solar de la realidad exterior, el instinto de mi inimportancia, el consuelo de ser pequeño y de poder pensar en ser feliz.

34

No creo en el paisaje. Sí. No lo digo porque crea en el «el paisaje es un estado de alma» de Amiel, uno de los buenos momentos verbales de la más insoportable interioridad. Lo digo porque no creo.

35

Desde que los últimos calores del estío dejaban de ser rigurosos al sol empañado, comenzaba el otoño antes de que llegase, en una leve tristeza prolijamente indefinida, que parecía un deseo de no sonreír del cielo. Era un azul unas veces más claro, otras más verde, de la propia ausencia de substancia del color alto; era una especie de olvido en las nubes, púrpuras indiferentes y difuminadas; era, no ya un torpor, sino un tedio, en toda la soledad quieta por donde las nubes pasan.

La entrada del verdadero otoño era después anunciada por un frío dentro del no-frío del aire, por un difuminarse de los colores que todavía no se habían difuminado, por algo de penumbra y de alejamiento en lo que había sido el tono de los paisajes y el aspecto disperso de las cosas. No iba todavía a morir, pero todo, como en una sonrisa que todavía faltaba, se transformaba en añoranza para la vida.

Venía, por fin, el otoño verdadero: el aire se tornaba frío de viento; sonaban las hojas con un tono seco, aunque no fuesen hojas secas; toda la tierra tomaba el color y la forma impalpable de un pantano indeterminado. Se decoloraba lo que había sido sonrisa última, en un cansancio de párpados, en una indiferencia de gestos. Y así todo cuanto siente, o suponemos que siente, apretaba, íntima, al pecho su propia despedida. Un son de remolino en un atrio fluctuaba a través de nuestra conciencia de otra cosa cualquiera. Agradaba convalecer para sentir verdaderamente la vida.

Pero las primeras lluvias del invierno, llegadas también en el otoño ya riguroso, lavaban estas tintas como sin respeto. Vientos altos, rechinando en las cosas paradas, desordenando cosas presas, /arrastrando/ cosas móviles, erguían, entre los clamores irregulares de la lluvia, palabras ausentes de protesta anónima, sones tristes y casi rabiosos de desesperación sin alma.

Y por fin el otoño menguaba, a frío y ceniciento. Era un otoño de invierno el que venia ahora, un polvo vuelto del todo barro, pero, al mismo tiempo, algo de lo que el frío del invierno trae de bueno: verano riguroso terminado, primavera por llegar, otoño definiéndose en invierno, en fin. Y en el aire alto, por donde los tonos empañados ya no recordaban ni calor ni tristeza, todo era propicio a la noche y a la meditación indefinida.

Así era todo para mi antes de pensarlo. Hoy, si lo escribo, es porque lo recuerdo. El otoño que tengo es el que he perdido.

29-1-1932

36

ENCOGIMIENTO DE HOMBROS

Damos comúnmente a nuestras ideas de lo desconocido el color de nuestras nociones de lo conocido: si llamamos a la muerte un sueño es porque parece un sueño por fuera; si llamamos a la muerte una nueva vida, es porque parece una cosa diferente a la vida. Con pequeños malentendidos con la realidad construimos las creencias y las esperanzas, y vivimos de las cortezas a las que llamamos panes, como los niños pobres que juegan a ser felices.

Pero así es toda la vida; así, por lo menos, es ese sistema de vida particular al que, en general, se llama civilización. La civilización consiste en dar a algo un nombre que no le compete, y después soñar sobre el resultado. Y, realmente, el nombre falso y el sueño verdadero crean una nueva realidad. El objeto se vuelve realmente otro. Manufacturamos ideales. La materia prima sigue siendo la misma, pero la forma, que el arte le ha dado, la aleja de continuar siendo efectivamente la misma. Una mesa de pino es pino pero también es mesa. Nos sentamos a la mesa y no al pino. Un amor es un instinto sexual, pero no amamos con el instinto sexual, sino con la presuposición de otro sentimiento. Y esa presuposición es ya, en efecto, otro sentimiento.

No sé qué efecto sutil de luz, o ruido vago, o memoria de perfume o música, tañida por no sé qué influencia externa, me ha traído de repente, en pleno ir por la calle, estas divagaciones que anoto sin prisa, al sentarme, en el café, distraídamente. No sé a dónde iba a conducir los pensamientos, o dónde preferiría conducirlos. El día es de una leve niebla húmeda y caliente, triste sin amenazas, monótono sin razón. Me duele un sentimiento que desconozco; me falta un argumento no sé sobre qué; no tengo deseo en los nervios. Estoy triste por debajo de la conciencia. Y escribo estas líneas, realmente mal-anotadas, no para decir esto, ni para decir nada, sino para dar un trabajo a mi distracción. Voy llenando lentamente, a trazos flojos de lápiz -que no tengo sentimentalismo para afilar- el papel blanco de envolver los bocadillos que me han dado en el café, porque no necesitaba uno mejor y cualquiera servía, siempre que fuese blanco. Y me doy por satisfecho. Me reclino. La tarde cae monótona y sin lluvia, con un tono de luz desalentado e inseguro... Y dejo de escribir porque dejo de escribir.

37

Cantaba, con una voz muy suave, una canción de un país lejano. La música volvía familiares a las palabras desconocidas. Parecía un fado para el alma, pero no tenía con él ninguna semejanza.

La canción decía, con las palabras veladas y la melodía humana, cosas que están en el alma de todos y que nadie conoce. Cantaba él con una especie de somnolencia, ignorando con la mirada a los oyentes, en un pequeño éxtasis callejero.

La gente reunida le oía sin gran zumba visible. La canción era de todo el mundo, y las palabras hablaban a veces con nosotros, secreto oriental de alguna raza perdida. El ruido de la ciudad no se oía si le oíamos, y pasaban los coches tan cerca que uno me rozó el faldón de la chaqueta. Pero lo sentía y no lo oí.

Había una absorción en el canto del desconocido que le hacia bien a lo que en nosotros sueña o no consigue. Era un acontecimiento callejero, y todos nos fijamos en que el policía había doblado la esquina despacio. Se acercó con la misma lentitud. Se quedó parado un rato detrás del chico de los paraguas, como quien ve algo. En aquel momento, el cantor se detuvo. Nadie dijo nada. Entonces intervino el policía.

38

y desde lo alto de la majestad de todos los sueños, ayudante de contabilidad en la ciudad de Lisboa.

Pero el contraste no me abruma -me alivia; y la ironía que hay en él es sangre mía. Lo que debiera humillarme es mi bandera, que despliego; y la risa con que debería reírme de mí es un clarín con el que saludo y creo una alborada en la que me convierto.

¡La gloria nocturna de ser grande no siendo nada! La majestad sombría de esplendor desconocido... Y siento, de repente, la sublimidad del monje en el yermo, del eremita en el retiro, informado de la substancia del Cristo en los arenales y en las cavernas que son la negación del mundo, que son la estatuaria vacía.

Y en la mesa de mi cuarto soy menos despreciable, empleado y anónimo, escribo palabras como la salvación del alma (...) anillo de renuncia en mi dedo evangélico, joya sin brillo de mi desdén extático.

(Posterior a 1913.)

39

El personaje individual e imponente, que los románticos imaginaban en sí mismos, varias veces, en sueños, he intentado vivirlo y, tantas veces como he intentado vivirlo, me he encontrado riéndome a carcajadas de mi idea de vivirlo. El hombre fatal, al final, existe en los sueños propios de todos los hombres vulgares, y el romanticismo no es sino el volver del revés del dominio cotidiano de nosotros mismos. Casi todos los hombres sueñan, en los secretos de su ser, un gran imperialismo propio, la sujeción de todos los hombres, la entrega de todas las mujeres, la adoración de los pueblos y, en los más nobles, de todas las eras... Pocos habituados, como yo, al sueño, son por eso lo bastante lúcidos para reírse de la posibilidad estética de soñarse así.

La mayor acusación contra el romanticismo no se ha formulado todavía: es la de que representa la verdad interior de la naturaleza humana. Sus exageraciones, sus ridiculeces, sus poderes varios de conmover y seducir, residen en que es la figuración exterior de lo que hay más dentro en el alma, más concreto, visualizado, hasta imposible, si el ser posible dependiese de otra cosa que no fuese el Destino.

¡Cuántas veces yo mismo, que me río de semejantes seducciones de la distracción, me encuentro suponiéndome que sería bueno ser célebre, que seria agradable ser halagado, que seria brillante ser triunfal! Pero no consigo visualizarme en esos papeles de cima sino con una carcajada del otro yo que tengo siempre cerca como una calle de la Baja. ¿Me veo célebre? Pero me veo célebre como contable. ¿Me siento exaltado a los tronos del ser conocido? Pero la cosa sucede en la oficina de la Calle de los Doradores48 y los muchachos son un obstáculo. ¿Me oigo aplaudido por multitudes variadas? El

aplauso llega al cuarto piso en el que vivo y tropieza con el mobiliario basto de mi cuarto barato, con lo que me rodea, y me humilla desde la cocina [...] al sueño. Ni siquiera he tenido despreciables castillos en España, como los grandes españoles de todas las ilusiones. Los míos han sido los naipes, viejos, sucios, de una baraja incompleta con la que no se podría jugar más; no se me han caído, hubo que destruirlos, con un gesto de la mano, bajo el impulso impaciente de la criada vieja, que quería extender en toda la mesa el mantel echado en la mitad de allá, porque había sonado la hora del té como una maldición del Destino. Pero incluso esto es una visión inútil, pues no tengo la casa provinciana, con las tías viejas, a cuya mesa se tome, al final de una velada familiar, un té que me sepa a reposo. Mi sueño ha fracasado hasta en las metáforas y en las figuraciones. Mi imperio no ha llegado ni a las cartas viejas de jugar. Mi victoria ha fracasado sin una tetera ni un gato antiquísimo. Me moriré como he vivido, entre el baratillo de los alrededores, tasado al peso entre los proscritos de lo perdido.

40

Lo que hay de más deleznable en los sueños es que todos los tienen. En algo piensa en la oscuridad el cargador que se amodorra de día contra la farola en el intervalo de los carreteos. Sé en qué entrepiensa: es en lo mismo en que yo me abismo entre asentamiento y asentamiento en el tedio estival de la oficina tranquilísima.

41

Me da más pena de los que sueñan lo probable, lo legítimo y lo próximo, que de los que devanean sobre lo lejano y lo extraño. Los que sueñan en grande, o están locos y creen en lo que sueñan y son felices, o son devaneadores sencillos, para quienes el devaneo es una música del alma que los arrulla sin decirles nada. Pero el que sueña lo posible tiene la posibilidad real de la verdadera desilusión. No puede pesarme mucho el haber dejado de ser emperador romano, pero puede dolerme el no haberle hablado nunca a la costurera que, hacia las nueve, dobla siempre la esquina de la derecha. El sueño que nos promete lo imposible ya nos priva con eso de ello, pero el sueño que nos promete lo posible se entromete en la propia vida y delega en ella su solución. Uno, vive exclusivo e independiente; el otro, sometido a las contingencias del acontecer.

Por eso amo los paisajes imposibles y las grandes zonas desiertas de las llanuras en las que nunca voy a estar. Las épocas históricas pasadas son de pura maravilla, pues, desde luego, no puedo pensar que se realizarán conmigo. Duermo cuando sueño lo que no existe; me despierto cuando sueño lo que puede existir.

Me asomo, desde una de las ventanas de la oficina abandonada a mediodía, a la calle en la que mi distracción siente movimientos de gente en los ojos, y no los ve, desde la distancia de mi meditación. Me duermo sobre los codos, donde me duele la barandilla, y sé de nada con una gran promesa. Los pormenores de la calle sin animación por la que muchos andan se me destacan en un alejamiento mental: los cajones apiñados en el carro, los sacos a la puerta del almacén del otro y, en el escaparate distante de la tienda de ultramarinos de la esquina, el vislumbre de las botellas de ese vino de Oporto que sueño que nadie puede comprar. Se me aísla el espíritu de la mitad de la materia. Investigo con la imaginación. La gente que pasa por la calle es siempre la misma que ha pasado hace poco, es siempre el aspecto fluctuante de alguien, manchas sin movimiento, voces de incertidumbre, cosas que pasan y no llegan a suceder.

La anotación con la conciencia de los sentidos, antes que con los mismos sentidos...La posibilidad de otras cosas...Y, de repente, suena, detrás de mí, en la oficina, la llamada metafísicamente abrupta del mancebo. Siento que podría matarlo por haber interrumpido lo que no estaba pensando. Le miro,

volviéndome, con un silencio lleno de odio, escucho anticipadamente, con una tensión de homicidio latente, la voz que va gastar en decirme algo. Se sonríe desde el fondo de la casa y me da las buenas tardes en voz alta. Le odio como al universo. Tengo los ojos pesados de sopor.

42

Como los días en que la tronada se prepara y los ruidos de la calle hablan alto con una voz solitaria.

La calle se fruncía de luz intensa y pálida y la negrura sucia tembló, de este a oeste del mundo, con un estruendo de reventones ecoantes... La tristeza dura de la lluvia bruta empeoró al aire negro de intensidad fea. Frío, tibio, caliente -todo al mismo tiempo-, el aire estaba equivocado en todas partes. E, inmediatamente, por la amplia sala, una cuña de luz metálica abrió brecha en los reposos de los cuerpos humanos y, con el sobresalto helado, un pedrizal de sonidos golpeó en todas partes, destrizándose en un solo silencio grande. El sonido de la lluvia disminuye como una voz de menos peso. El ruido de las calles ha disminuido angustiosamente. Una nueva luz, de un amarillento rápido, entolda la negrura sorda, pero ha habido ahora una respiración posible antes que el puño del son trémulo ecoase súbito desde otro punto; como una despedida malhumorada, empezaba a no estar aquí.

Con un susurro arrastrado y acabado, sin luz en la luz que aumentaba, el temblor de la tronada se calmaba en las anchas lejanías -rodaba en Almada...

Una súbita luz formidable se astilla (...) Todo se ha parado de repente. Los corazones se han parado un momento. Todos son personas muy sensibles. El silencio aterra como si hubiera muerte. El sonido de la lluvia que aumenta, alivia como lágrimas de todo. Hay plomo.

43

Desde el principio empañado del día caliente y falso, unas nubes oscuras y de contornos mal rotos rondaban a la ciudad oprimida. Por los lados a los que llamamos de la barra, sucesivas y torvas, esas nubes se superponían, y una anticipación de tragedia se entendía con ellas desde el indefinido torpor de las calles contra el sol alterado.

Era mediodía y ya, a la salida para el almuerzo, pesaba una esperanza mala en la atmósfera empalidecida. Harapos de nubes harapientas negreaban en su delantera. El cielo, hacia los lados del Castillo, estaba limpio, pero de un azul malo. Hacía sol pero no apetecía disfrutar de él.

A la una y media de la tarde, al regresar a la oficina, parecía más limpio el cielo, pero sólo hacia un lado antiguo. Sobre los lados de la barra estaba, verdaderamente, más descubierto. Sobre la parte norte de la ciudad, sin embargo, las nubes se juntaban lentamente en una sola nube -negra, implacable- que avanzaba lentamente con garras romas de blanco ceniciento en la punta de los brazos negros. Dentro de poco alcanzarla al sol, y los ruidos de la ciudad parece que se sofocaban con el esperarla. Estaba, o parecía, un poco más límpido el cielo por los lados del este, pero el calor resultaba más desagradable. Se sudaba en la sombra de la habitación grande de la oficina. «Por ahí viene una buena tormenta», dijo Moreira, y volvió la página del Libro Mayor.

A las tres de la tarde ya había fracasado toda la acción del sol.Fue preciso -y era triste porque era verano- encender la luz eléctrica: primero al fondo de la habitación grande, donde estaban empaquetando las remesas, después ya en medio de la habitación, donde se hacia difícil hacer sin cometer errores las guías de las remesas y anotar en ellas los números de las señales del ferrocarril. Por fin, ya eran casi las cuatro, hasta nosotros -los privilegiados de las ventana- no veíamos agradablemente para trabajar. La oficina fue iluminada. El patrón Vasques tiró de la antepuerta del despacho y dijo al salir: «Moreira, yo tenía que ir a Bemfica pero no voy; se va a hartar de llover». «Y es por aquel lado», respondió Moreira, que vivía al lado de la Avenida2. Los ruidos de la calle se

destacaron de repente, se alteraron un poco, y era, no sé por qué, un poco triste el sonido de la campanilla de los tranvías en la calle paralela y cercana.

44

(STORM)

Sobra silencio oscuro lívidamente. A su modo, cerca, entre el errar raro y rápido de los carros, un camión truena: eco ridículo, mecánico, de lo que va, real, en la distancia próxima de los cielos.

De nuevo, sin aviso, borbotea luz magnética, pestañeando. Late el corazón una aspiración breve. Se rompe una redoma en lo alto, en astillas grandes de cúpula. Una sábana dura de lluvia mala agrede al sonido del suelo.

(patrón Vasques) Su cara lívida está de un verde falso y desorientado. Lo noto, entre el aire difícil del pecho, con la fraternidad de saber que también estaré así.

45

Como una esperanza negra, algo más anticipador pairó; la misma lluvia pareció intimidarse; una negrura sorda se calló sobre el ambiente. Y de pronto, como un grito, un formidable día se astilló. Una luz de infierno frío había visitado el contenido de todo y llenado los cerebros y los rincones. Todo desmayó. Un peso cayó de todo porque el golpe había pasado. La lluvia triste era alegre con su ruido bruto y humilde. Sin querer, el corazón se sentía, y pensar era un aturdimiento. Una vaga religión se formaba en la oficina. Nadie estaba siendo quien era, y el patrón Vasques apareció a la puerta del despacho para pensar en decir algo. Moreira sonrió, teniendo todavía en los alrededores de la cara la amarillez del miedo súbito. Y su sonrisa decía que sin duda el trueno siguiente debería sonar más lejos. Un coche rápido estorbo alto los ruidos de la calle. Involuntariamente, el teléfono tiritó. El patrón Vasques, en vez de retroceder hacia la oficina, avanzó hacia el aparato de la habitación grande. Se produjo un reposo y un silencio y la lluvia caía como una pesadilla. El patrón Vasques se olvidó del teléfono, que no había sonado más. El mancebo se movió, al fondo de la casa, como una cosa incómoda.

Una alegría grande, llena de reposo y de liberación, nos desconcertó a todos. Trabajamos medio aturdidos, agradables, sociables con una profusión natural. El mancebo, sin que nadie se lo dijese, abrió las ventanas de par en par. Un olor a cosa fresca entró, con el aire de agua, por la habitación grande. La lluvia, ya leve, caía humildemente. Los ruidos de la calle, que seguían siendo los mismos, eran diferentes. Se oía la voz de los carreteros, y eran gente de verdad. Nítidamente, en la calle de al lado, las campanillas de los tranvías mostraban cierta sociabilidad con nosotros. Una carcajada de niño desierto hizo de canario en la atmósfera limpia. La lluvia leve decreció.

Eran las seis. Se cerraba la oficina. El patrón Vasques dijo, con la antepuerta entreabierta, «Pueden salir.», y lo dijo como una bendición comercial. Me levanté en seguida, cerré el libro y lo guardé. Puse el cortaplumas, visiblemente, en la depresión del tintero y, avanzando hacia Moreira, le dije «hasta mañana» lleno de esperanza, y le estreché la mano como después de un gran favor.

46

Cuando otra virtud no haya en mi, hay por lo menos la de la perpetua novedad de la sensación libre.

Bajando hoy por la Calle Nueva de Almada, me fijé de repente en la espalda del hombre que bajaba delante de mí. Era la espalda vulgar de un hombre cualquiera, la chaqueta de un traje modesto en una espalda de transeúnte ocasional. Llevaba una cartera vieja bajo el brazo izquierdo, y ponía en el suelo, al ritmo de ir andando, un paraguas cerrado, que cogía por el puño con la mano derecha.

Sentí de repente por aquel hombre algo parecido a la ternura. Sentí en él la ternura que se siente por la común vulgaridad humana, por lo trivial cotidiano del cabeza de familia que va a trabajar, por su hogar humilde y alegre, por los placeres alegres y tristes de que forzosamente se compone su vida, por la inocencia de vivir sin analizar, por la naturaleza animal de aquella espalda vestida.

Volví los ojos a la espalda del hombre, ventana por la que vi estos pensamientos.

La sensación era exactamente idéntica a la que nos asalta ante alguien que duerme. Todo lo que duerme es niño de nuevo. Tal vez porque en el sueño no se puede hacer mal, y no se da cuenta de la vida, el mayor criminal, el más redomado egoísta es sagrado, por una magia natural, mientras duerme. Entre matar a quien duerme y matar a un niño no conozco diferencia que se sienta.

Ahora duerme la espalda de este hombre. Todo él, que camina delante de mi con pasos iguales a los míos, duerme. Va inconsciente. Vive inconsciente. Duerme, porque todos dormimos. Toda vida es un sueño. Nadie sabe lo que hace, nadie sabe lo que quiere, nadie sabe lo que sabe. Dormimos la vida, eternos niños del Destino. Por eso siento, si pienso con esta sensación, una ternura informe e inmensa por toda la humanidad infantil, por toda vida social dumiente, por todos, por todo.

Es un humanismo directo, sin conclusiones ni propósitos, el que me asalta en este momento. Sufro una ternura como si un dios viese. Los veo a todos a través de una compasión de único consciente, los pobres diablos de hombres, el pobre diablo de la humanidad. ¿Qué está haciendo aquí todo esto?

Todos los movimientos e intenciones de la vida, desde la sencilla vida de los pulmones hasta la construcción de ciudades y el trazado de fronteras de los imperios, los considero una somnolencia, cosas como sueños o reposos, sucedidas involuntariamente entre una realidad y otra realidad, entre un día y otro día de lo Absoluto. Y, como alguien abstractamente maternal, me inclino de noche sobre los hijos malos igual que sobre los buenos, comunes en el sueño en que son míos. Me enternezco con una largueza de cosa infinita.

Desvío los ojos de la espalda de mi adelantado, y pasándolos a todos los demás, cuantos van andando por esta calle, a todos los abarco nítidamente en la misma ternura absurda y fría que me ha llegado de los hombros del inconsciente al que sigo. Todo esto es lo mismo que él; todas estas chicas que hablan camino del taller, estos empleados jóvenes que ríen camino de la oficina, estas criadas con senos que regresan de las compras pesadas, estos mozos de los primeros transportes: todo esto es una misma inconsciencia diversificada por caras y cuerpos que se distinguen, como marionetas movidas por las cuerdas que van a dar a los mismos dedos de la mano de quien es invisible. Pasan por todas las actitudes con que se define la conciencia, y no tienen conciencia de nada, porque no tienen conciencia de tener conciencia. Unos inteligentes, otros estúpidos, son todos igualmente estúpidos. Unos viejos, otros jóvenes, son de la misma edad. Unos hombres, otros mujeres, son del mismo sexo que no existe.

47

Hay días en que cada persona que encuentro y, aún más, las personas con las que convivo cotidianamente y a la fuerza, asumen aspecto de símbolos y, o aislados o juntándose, forman una escritura profética u oculta, descriptiva en sombras de mi vida. La oficina se me vuelve una página con palabras de gente; la calle es un libro; las palabras cambiadas con los habituales, los desacostumbrados que encuentro, son decires para los que me falta el diccionario pero no del todo el entendimiento. Hablan, expresan, sin embargo no es de ellos de quien hablan, ni es a ellos a quienes expresan; son palabras, lo he dicho, y no muestran, dejan transparecer. Pero, en mi visión crepuscular,

sólo vagamente distingo lo que esas vidrieras súbitas, reveladas en la superficie de las cosas, admiten del interior que velan y revelan. Entiendo sin conocimiento, como un ciego al que hablasen en colores.

Pasando a veces por la calle, oigo trozos de conversaciones íntimas, y casi todas son de la otra mujer, del otro hombre, del muchacho de la alcahueta o de la amante de aquel...

Llevo, sólo por haber oído estas sombras de discurso humano que es, a fin de cuentas, todo aquello en que se ocupan la mayoría de las vidas conscientes, un tedio de asco, una angustia de exilio entre arañas y la conciencia súbita de mi encogimiento entre la gente real; la condenación de ser vecino igual, ante el señorío y el sitio, de los otros inquilinos de la aglomeración mirando con asco, por entre las verjas traseras del almacén del entresuelo, la basura ajena que se amontona con la lluvia en el zaguán que es mi vida.

48

Tres días seguidos de calor sin calma, tempestad latente en el malestar de la quietud de todo, han traído, porque la tempestad se ha escurrido hacia otro sitio, un leve fresco tibio y grato a la superficie lúcida de las cosas. Así a veces, en este decurso de la vida, el alma, que ha sufrido porque la vida le ha pesado, siente súbitamente un alivio, sin que haya sucedido en ella nada que lo explique.

Concibo que seamos climas sobre los que gravitan amenazas de tormenta, realizadas en otro sitio.

La inmensidad vacía de las cosas, el gran olvido que hay en el cielo y la tierra...

49

/DIARIO AL ACASO/

Todos los días la Materia me maltrata. Mi sensibilidad es una llama al viento.

Paso por una calle y estoy viendo en la cara de los transeúntes, no la expresión que realmente tienen, sino la expresión que tendrían para conmigo si conociesen mi vida, y cómo soy yo, si se transparentase en mis gestos y en mi rostro la ridícula y tímida anormalidad de mi alma. En ojos que no miran, sospecho burlas que encuentro naturales, dirigidas contra la excepción inelegante que soy entre un montón de gente que hace y goza; y en el fondo supuesto de fisonomías que pasan, carcajada de la tímida gesticulación de mi vida, una conciencia de ella que sobrepongo e interpongo. En vano, después de pensar esto, procuro convencerme de que de mí, y sólo de mí, la idea de la burla y del oprobio sutil parte y chorrea. No puedo ya llamar a mí la imagen del verme ridículo, una vez objetivado en los demás. Me siento, de repente, sofocar y dudar en una estufa de mofas y enemistades. Todos me apuntan con el dedo desde el fondo de sus almas. Me lapidan con alegres y desdeñosas burlas todos los que pasan junto a mí. Camino entre fantasmas enemigos que mi imaginación enferma ha imaginado y localizado en personas reales. Todo me abofetea y escarnece. Y a veces, en pleno en medio de la calle -inobservado, al final-, me paro, dudo, busco algo así como una súbita nueva dimensión, una puerta hacia el interior del espacio, donde huir sin demora de mi conciencia de los demás, de mi intuición demasiado objetivada de la realidad de las vivas almas ajenas.

¿Será que mi costumbre de colocarme en el alma de los demás me lleva a verme como me ven los demás, o me verían si se fijasen en mí? Sí. Y una vez que me doy cuenta de cómo sentirían respecto a mí si me conociesen, es como silo sintiesen de verdad, lo estuviesen sintiendo, y sintiéndolo, expresándolo en aquel momento. Convivir con los otros es una tortura para mí. Y tengo a los otros en mí. Incluso lejos de ellos, estoy forzado a su convivencia. Solo, me rodean multitudes. No tengo hacia dónde huir, a no ser que huya de mí.

¡Oh grandes montones al crepúsculo, calles casi estrechas a luz de la luna, tener vuestra inconsciencia de las (...) vuestra espiritualidad de Materia sólo, sin criterio, sin sensibilidad, sin dónde poner sentimientos ni pensamientos, ni desasosiegos espirituales! ¡Árboles tan sólo árboles con una verdura tan agradable a los ojos, tan exterior a mis cuidados y a mis penas, tan consoladora para mis angustias porque no tenéis ojos con que mirarlas ni alma que, mirable por esos ojos, puedan no comprenderlas y burlarse de ellas! ¡Piedras del camino, troncos /mutilados/, mera tierra anónima del suelo de todas partes, hermana mía porque vuestra insensibilidad ante mi alma es una caricia y un reposo [...] al sol o bajo la luna de la Tierra, mi madre, tan enternecidamente madre mía, porque ni siquiera puedes criticarme, como puede mi propia madre humana, porque no tienes alma con que, sin pensar en eso, analizarme, ni rápidas miradas que traigan pensamientos de mí que ni a ti misma te confieses. Mar enorme, mi ruidoso compañero de la infancia, que me descansas y me arrullas, porque tu voz no es humana y no puede un día citar en voz baja a oídos humanos mis flaquezas, y mis imperfecciones. Cielo vasto, cielo azul, cielo cercano al misterio de los ángeles [...] (...) tú no me miras con ojos verdes, tú, site pones el sol al pecho, no lo haces para atraerme, ni si te (...) de estrellas la antehaces para desdeñarme... Paz inmensa de la Naturaleza, materna por su ignorancia de mí; sosiego apartado [...] tan hermano en tu nada poder saber de mí... Yo querría rezar a vuestra unidad y a vuestra calma, como muestra de gratitud que nos trae el poder amar sin sospechas ni dudas; querría prestar oídos a vuestro no poder oír, [...] dar ojos a vuestra sublime [...] y ser objeto de vuestras atenciones por esos supuestos ojos y oídos, consolado de estar presente ante vuestra Nada, atento, como de una muerte definitiva, para lejos, sin esperanza de otra vida, más allá de un Dios y de una posibilidad de que fueses voluptuosamente viejo y del color espiritual de todas las materias.

50

Hablar es tener demasiadas consideraciones con los demás. Por la boca mueren el pez y Oscar Wilde.

51

Desde que las últimas lluvias han pasado hacia el sur, y sólo ha quedado el viento que las barrió, ha regresado a las aglomeraciones de la ciudad la alegría del sol seguro y ha aparecido mucha ropa blanca colgada saltando en las cuerdas estiradas por los palos en las ventanas altas de las casas de todos los colores.

También me he puesto yo contento, porque existo. He salido de casa con un gran objetivo, que era, al final, llegar a tiempo a la oficina. Pero, este día, la propia compulsión de la vida participaba de aquella otra buena compulsión que hace que el sol venga a las horas del almanaque, conforme a la latitud y a la longitud de los lugares de la tierra. Me he sentido feliz porque no podía sentirme desgraciado. He bajado la calle reposadamente, lleno de seguridad, porque, en fin, la oficina conocida, la gente conocida que hay en ella, eran seguridades. No es de admirar que me sintiese libre, sin saber de qué. En los cestos puestos en los bordes de las aceras de la Calle de la Plata, los plátanos en venta, bajo el sol, eran de un amarillo grande.

Me contento, después de todo, con muy poco: el que haya cesado la lluvia, el que haya un sol bueno en este Sur feliz, plátanos más amarillos porque tienen manchas negras, la gente que los vende porque habla, las aceras de la Calle de la Plata, el Tajo al fondo, azul verdoso tirando a oro, todo este rincón doméstico del sistema del Universo.

Llegará el día en que ya no vea esto, en que sobrevivirán los plátanos del borde de la acera, y las voces de las vendedoras sagaces, y los periódicos del día que el pequeño ha desplegado de un lado a otro de la esquina en la otra acera de la calle. Bien sé que los plátanos serán otros y que las

vendedoras serán otras, y que los periódicos tendrán, para quien se incline a verlos, una fecha que no es la de hoy. Pero ellos, porque no viven, duran aunque sean otros; yo, porque vivo, paso aunque sea el mismo.

Este momento, podría solemnizarlo comprando plátanos, pues me parece que en éstos se ha proyectado todo el sol del día como una linterna sin máquina. Pero me da vergüenza de los rituales, de los símbolos, de comprar cosas en la calle. Podrían no envolver bien los plátanos, no vendérmelos como deben ser vendidos por no saber yo comprarlos como deben ser comprados. Podrían extrañar mi voz al preguntar el precio. Más vale escribir que atreverse a vivir, aunque vivir no fuese más que comprar plátanos al sol, mientras hay sol y hay plátanos en venta.

Más tarde, quizá... Sí, más tarde... Otro, quizá... No sé...

52

Cuando duermo muchos sueños, salgo a la calle, con los ojos abiertos, todavía con el rastro y la seguridad de ellos. Y me pasmo de mi automatismo, con el que los demás me desconocen. Porque atravieso la vida cotidiana sin soltar la mano de la nodriza astral, y mis pasos por la calle van de acuerdo y consonantes con oscuros designios de la imaginación del sueño. Y, por la calle, voy seguro; no voy oscilando; respondo bien; existo.

Pero, cuando se produce un intervalo, y no tengo que vigilar el curso de mi marcha, para evitar vehículos o no estorbar a los peatones, cuando no tengo que hablarle a alguien, ni me pesa la entrada de una puerta próxima, me voy de nuevo por las aguas del sueño, como un barquito de papel, y de nuevo regreso a la ilusión mortecina que me arrulla la vaga conciencia de la mañana que nace entre el ruido de los carros de hortaliza.

Y entonces, en plena vida, es cuando el sueño tiene grandes funciones de cine. Bajo por una calle ideal de la Baja y la realidad de las vidas que no existen me ata, con cariño, a la cabeza un trapo blanco de reminiscencias falsas. Soy navegante en un desconocimiento de mí. Lo he vencido todo donde nunca he estado. Y es una brisa nueva esta somnolencia con que puedo andar, inclinado hacia delante con una marcha casi imposible.

Cada cual tiene su alcohol. Tengo alcohol suficiente con existir. Borracho de sentirme, vagabundeo y voy seguro. Si es hora, me recojo en la oficina como cualquier otro. Si no es hora, voy hasta el río a mirar el río, como cualquier otro. Y, por detrás de esto, cielo mío, me constelo a escondidas y tengo mi infinito.

20-7-1930.

53

Una sola cosa me maravilla mas que la estupidez con que la mayoría de los hombres vive su vida: es la inteligencia que hay en esa estupidez.

La monotonía de las vidas vulgares es, aparentemente, pavorosa. Estoy almorzando en este restaurante vulgar, y miro, más allá del mostrador, la figura del cocinero; y aquí, a mi lado, está de pie el camarero viejo que me sirve, como hace treinta años, creo, sirve en esta casa. ¿Qué vidas son las de estos hombres? Hace cuarenta años que aquella figura de hombre vive casi todo el día en una cocina; tiene unas breves vacaciones; duerme relativamente pocas horas; va de vez en cuando al pueblo, del que vuelve sin duda y sin pena; almacena lentamente dinero lento, que no se propone gastar; se pondría enfermo si tuviera que retirarse de su cocina (definitivamente) para irse a los campos que ha comprado en Galicia; está en Lisboa hace cuarenta años y nunca ha ido, ni siquiera a la Rotonda ni a un teatro, y tiene un solo día de Coliseo:º payasos en los vestigios interiores de su vida. Se casó no sé

cómo ni porqué, tiene cuatro hijos y una hija, y su sonrisa, al inclinarse, desde el lado de allá del mostrador hacia donde estoy, expresa una gran, una solemne, una contenta felicidad. Y no simula, ni qué razón tiene para simular. Si la siente es porque verdaderamente la tiene.

¿Y el camarero viejo que me sirve, y que acaba de poner ante mí el que debe ser el millonésimo café de su puesta de café en las mesas? Tiene la misma vida que el cocinero, apenas con la diferencia de cuatro o cinco metros: los que hay de la localización del uno en la cocina a la localización del otro en la parte de fuera de la casa de comidas. Por lo demás, sólo tiene dos hijos, va más veces a Galicia, ha visto Lisboa más que el otro, y conoce Oporto, donde estuvo hace cuatro años, y es igual de feliz.

Examino, con un asombro asustado, el panorama de estas vidas, y descubro, cuando voy a sentir horror, pena, indignación ante ellas, que quien no siente horror, ni pena, ni indignación, son los mismos que tendrían derecho a sentirlos, son los mismos que viven esas vidas. Es el error central de la imaginación literaria: suponer que los otros son nosotros y que deben sentir como nosotros. /Pero afortunadamente para la humanidad, cada hombre es solamente quien es, siéndole dado el genio, únicamente, el algunos otros más./

Todo, a fin de cuentas, se da en relación a aquello en que se da. Un pequeño incidente callejero, que llama a la puerta al cocinero de esta casa, le entretiene más que me entretiene a mí la contemplación de la idea más original, la lectura del mejor libro, el más grato de los sueños inútiles. Y si la vida es esencialmente monotonía, el hecho es que él se ha librado de la monotonía con más facilidad que yo. Y se escapa de la monotonía más fácilmente que yo. La verdad no está con él ni conmigo, porque no está con nadie; pero la felicidad está verdaderamente con él.

Sabio es quien monotoniza la existencia, puesto que entonces cada pequeño incidente tiene un privilegio de maravilla. El cazador de leones no tiene aventuras más allá del tercer león. Para mi cocinero monótono, una escena de bofetadas en la calle tiene siempre algo de apocalipsis modesto. Quien no ha salido nunca de Lisboa viaja al infinito en el tranvía cuando va a Bemfica y, si un día va a Cintra, siente que ha ido a Marte. El viajero que ha recorrido toda la Tierra, de cinco mil millas en adelante no encuentra novedades, porque sólo encuentra cosas nuevas; otra vez la novedad, la vejez de lo eterno nuevo, pero el concepto abstracto de novedad se quedó en el mar con la segunda de ellas.

Un hombre puede, si posee verdadera sabiduría, disfrutar del espectáculo completo del mundo en una silla, sin saber leer, sin hablar con nadie, sólo mediante el uso de los sentidos y el alma no saber estar triste.

Monotonizar la existencia, para que no sea monótona. Tornar anodino lo cotidiano, para que la más pequeña cosa sea una distracción. En medio de mi trabajo de todos los días, oscuro, igual e inútil, me surgen visiones de fuga, huellas soñadas de islas lejanas, fiestas en avenidas de parques de otras eras, otros paisajes, otros sentimientos, otro yo. Pero reconozco, entre dos asientos, que si tuviese todo eso, nada de eso sería mío. Más vale, en realidad, el patrón Vasques que los Reyes del Ensueño, más vale, en realidad, la calle de los Doradores que las grandes avenidas de los parques imposibles. Teniendo al patrón Vasques, puedo disfrutar del sueño de los Reyes del Ensueño; teniendo la oficina de la calle de los Doradores, puedo disfrutar de la visión interior de los paisajes que no existen. Pero si tuviese a los Reyes del Ensueño, ¿que me quedaría por soñar? Si tuviese los paisajes imposibles, ¿que me quedaría de imposible?

La monotonía, la igualdad sin brillo de los días iguales, la ninguna diferencia entre hoy y ayer -que esto me quede siempre, con el alma despierta para disfrutar de la mosca que me distrae, cuando pasa por casualidad ante mis ojos, de la carcajada que se levanta voluble desde la calle indeterminada, la vasta liberación de ser hora de cerrar la oficina, el descanso infinito de un día de fiesta.

Puedo imaginarlo todo, porque no soy nada. Si fuese algo, no podría imaginar. El ayudante de contabilidad puede soñarse emperador romano; el Rey de Inglaterra está privado de ser, en sueños, otro rey distinto del que es. Su realidad no le deja sentir.

Y así como sueño, raciocino si quiero, porque esto es apenas otra especie de sueño.

Príncipe de mejores ocasiones, otrora fui tu princesa, y nos amamos con un amor de otra especie, cuya memoria me duele.

55

El calor, como una ropa invisible, dan ganas de quitárselo.

56

TORMENTA

Este aire bajo de nubes paradas. El azul del cielo estaba sucio de blanco transparente.

El mozo, al fondo de la oficina, suspende durante un minuto el cordel alrededor del bulto eterno...

«Qué [...] hace», comenta estadísticamente.

Un silencio frío. Los ruidos de la calle como si fueran cortados a cuchillo. Se ha sentido, prolongadamente, como un malestar de todo, un suspender cósmico de la respiración. Se ha parado el universo entero. Momentos, momentos, momentos. La tiniebla se ha encarbonado de silencio.

Súbitamente, acero vivo, (...)

¡Qué humano era el campanillazo metálico de los tranvías! ¡Qué paisaje alegre la simple lluvia en la calle resucitada del abismo!

¡Oh Lisboa, hogar mío!

¿1930?

57

Me sentí inquieto ya. De repente, el silencio había dejado derespirar.

Súbitamente, de acero, un día infinito se astilló. Me agaché, animal, contra la mesa, con las manos garras inútiles encima del tablero liso. Una luz sin alma entró en los rincones y en las almas, y un sonido de montaña próxima se precipitó de lo alto, rasgando con un grito el velo duro81 del abismo. Se paró mi corazón. Me latió la garganta. Mi conciencia sólo vio un borrón de tinta en un papel.

58

Primero es un sonido que forma otro sonido, en la concavidad nocturna de las cosas. Después es un aullido vago, acompañado del oscilar rozado de los letreros de la calle. Después, todavía, hay un alto de pronto en la voz lavada del espacio, y todo se estremece, y no oscila y hay silencio en el miedo de todo esto con un miedo sordo que sólo [...] cuando ha pasado.

Después no hay nada más que el viento, y me doy cuenta con sueño de que las puertas se estremecen presas y las ventanas producen un sonido de cristal que resiste.

No duermo. Entresueño.

Tengo vestigios en la conciencia. Pesa en mi el sueño sin que la inconsciencia pese... No soy. El viento... Despierto y vuelvo a dormirme, todavía no me he dormido. Hay un paisaje de ruido alto y

torvo más allá de que mc desconozco. Disfruto, recatado, la posibilidad de dormir. En efecto duermo, pero no sé si duermo. Hay siempre en lo que creemos que es el ruido un ruido de final de todo, el viento en lo oscuro, y, si sigo escuchando, el ruido de los pulmones y del corazón.

59

El viento se levanta... Primero era como la voz de un vacío... un soplar del espacio dentro de un agujero, una falta en el silencio del aire. Después eleva un sollozo, un sollozo del mundo, el sentirse que temblaban vidrieras y que era realmente viento. Después sonó más alto, bramido sordo, un bramar sin ser un crujir de cosas, un caer de pedazos, un átomo del fin del mundo.

Después, parecía que (...)

(Posterior a 1923.)

60

Entré en la barbería de la manera acostumbrada, con el placer de serme fácil entrar sin embarazo en las casas conocidas. Mi sensibilidad de lo nuevo es angustiosa: tengo calma sólo donde ya he estado.

Cuando me senté en la butaca, pregunté, por un acaso que recuerda, al muchacho barbero que me estaba poniendo al cuello un paño frío y limpio, qué tal le iba al compañero de la butaca derecha, más viejo y con ingenio, que estaba enfermo. Le pregunté sin que me apremiase la necesidad de preguntar: se me ocurrió la oportunidad por el local y el recuerdo. «Se murió ayer», respondió sin entonación la voz que estaba detrás del paño y de mí, y cuyos dedos se levantaban de la última inserción en la nuca, entre mi y el cuello de la camisa. Toda mi buena disposición irracional se murió de repente, como el barbero eternamente ausente de la butaca de al lado. Hizo frío en todo cuanto pienso. No dije nada.

¡Añoranzas! Las tengo hasta de lo que no ha sido nunca mío, debido a una angustia de fuga del tiempo y una enfermedad del misterio de la vida. Caras que veía habitualmente en mis calles habituales, si dejo de verlas, me entristezco; y no han sido nada mío, a no ser el símbolo de toda la vida.

¿El viejo sin interés de las polainas sucias, que se cruzaba frecuentemente conmigo a las nueve y media de la mañana? ¿El vendedor de lotería cojo que me molestaba inútilmente? ¿El vejete redondo y colorado del puro a la puerta de la tabaquería? ¿El dueño pálido de la tabaquería? ¿Qué se ha hecho de todos ellos, que, porque los vi y volví a verlos, fueron parte de mi vida? Mañana también desapareceré yo de la Calle de la Plata, de la Calle de los Doradores, de la Calle de los Lenceros. Mañana, también yo -el alma que siente y piensa, el universo que soy para mi- si, mañana yo también seré el que dejó de pasar por estas calles, el que otros vagamente evocarán con un «¿qué será de él?» Y todo cuanto hago, todo cuanto siento, todo cuanto vivo, no será más que un transeúnte menos en la cotidianeidad de las calles de una ciudad cualquiera.

¿1934?

61

Cualquier cambio de las horas habituales trae siempre al espíritu una novedad fría, un placer levemente desconsolador. Quien tiene la costumbre de salir de la oficina a las seis, y por casualidad

sale a las cinco, tiene desde luego una vacación mental y algo que parece una pena de no saber qué hacer de sí.

Ayer, porque tenía que resolver un asunto lejos, salí de la oficina a las cuatro, y a las cinco había terminado mi tarea distante. No suelo estar en la calle a esa hora, y por eso estaba en una ciudad diferente. El tono lento de la luz en las fachadas habituales era de una dulzura inútil, y los transeúntes de siempre pasaban junto a mí en la ciudad de al lado, marineros desembarcados de la escuadra de ayer noche.

Era todavía hora de que estuviese abierta la oficina. Me recogí en ella ante el asombro general de los empleados, de quienes ya me había despedido. De vuelta, ¿eh? Si, de vuelta. Estaba allí libre de sentir, solo con los que me acompañaban sin que, espiritualmente, estuviesen allí para mí... Era en cierto modo el hogar, es decir, el lugar en el que no se siente.

62

Amo, en las tardes demoradas del verano, el sosiego de la parte baja de la ciudad, y sobre todo ese sosiego que el contraste acentúa allí donde el día se sumerje en un bullicio mayor. La Calle del Arsenal, la Calle de la Aduana, la prolongación de las calles tristes que se arrastran hacia el este a partir de donde termina la Aduana, toda la línea apartada de los muelles tranquilos –todo esto me consuela tristemente, si me introduzco, esas tardes, en la soledad de su conjunto. Vivo una época anterior a aquella en que vivo; disfruto de sentirme coevo de Cesário Verde, y tengo en mí, no otros versos como los suyos, sino la substancia igual a la de los versos que fueron suyos.

Arrastro por allí, hasta que llega la noche, una sensación de vida parecida a la de esas calles. De día, están llenas del bullicio que no quiere decir nada; de noche, están llenas de una falta de bullicio que no quiere decir nada. Yo, de día soy nulo, y de noche soy yo. No existe diferencia entre mi y las calles del lado de la Aduana, salvo que ellas son calles y yo soy alma, lo que puede ser que no valga nada ante lo que es la esencia de las cosas. Hay un destino igual, porque es abstracto, para los hombres y para las cosas -una designación igualmente indiferente en el álgebra del misterio.

Pero hay algo más... En estas horas lentas y vacías, me sube del alma a la mente una tristeza de todo el ser, la amargura de ser al mismo tiempo una sensación mía y una cosa exterior, que no está en mi poder alterar. ¡Ah, cuántas veces mis propios sueños se me imponen como cosas, no para substituirme a la realidad, sino para confesárseme sus pares en no quererlos yo, en surgirme por fuera como el tranvía que da la vuelta en la curva del extremo de la calle, o la voz del pregonero nocturno, de no sé qué cosa, que se destaca, tonada árabe, como un borbotón súbito, de la monotonía del atardecer.

Pasan matrimonios futuros, pasan las parejas de modistillas, pasan jóvenes con urgencia de placer, fuman en el paseo de siempre los jubilados de todo, en una u otra puerta se resguardan los vagos parados que son dueños de las tiendas. Lentos, fuertes y débiles, los reclutas sonambulizan en grupos ora muy ruidosos, ora más que ruidosos. Gente normal surge de vez en cuando. Allí, los automóviles no son muy frecuentes a estas horas [...] En mi corazón hay una paz de angustia, y mi sosiego está hecho de resignación.

Pasa todo esto y nada de todo esto me dice nada, todo es ajeno a mi sentir, [...] cuando el acaso tira piedras, ecos de voces desconocidas -ensalada colectiva de la vida.

El cansancio de todas las ilusiones y de todo lo que hay en las ilusiones: su pérdida, la inutilidad de tenerlas, el antecansancio de tener que tenerlas para perderlas, la amargura de haberlas tenido, la vergüenza intelectual de haberlas tenido sabiendo que tendrían tal fin.

La conciencia de la inconsciencia de la vida es el más antiguo impuesto a la inteligencia. Hay inteligencias inconscientes... brillos del espíritu, cadenas del entendimiento, voces y filosofías que tienen el mismo entendimiento que los reflejos corporales, que la administración que el hígado y los riñones hacen de sus secreciones.

63

Tengo grandes estancamientos. No es que, como todo el mundo, tarde días y días en contestar con una postal la carta urgente que me han escrito. No es que, como nadie, retrase indefinidamente lo fácil que me resulta útil, o lo útil que me resulta agradable. Hay más sutileza en mi falta de entendimiento conmigo mismo. Me estanco en el alma misma. Se produce en mí una suspensión de la voluntad, de la emoción, del pensamiento, y esta suspensión dura magnos días; sólo la vida vegetativa del alma -la palabra, el gesto, el hábito- me expresan yo para los demás, y, a través de ellos, para mí.

Durante estos períodos de sombra, soy incapaz de pensar, de sentir, de querer. No sé escribir más que guarismos, o rayas. No siento, y la muerte de quien amase me haría la impresión de haber sucedido en una lengua extranjera. No puedo; es como si durmiese y mis gestos, mis palabras, mis actos acertados, no fuesen más que una respiración periférica, instinto rítmico de un organismo cualquiera.

Así pasan días y días; no sé decir cuánto de mi vida, si hiciera la suma, no se habría pasado así. A veces me sucede que, cuando me desnudo de esta paralización, tal vez no me encuentre en la desnudez que supongo, y haya todavía prendas impalpables cubriendo la eterna ausencia de mi alma verdadera; se me ocurre que pensar, sentir, querer también pueden ser estancamientos, ante un más íntimo pensar, un sentir más mío, una voluntad perdida en algún lugar del laberinto de lo que realmente soy.

Sea como sea, dejo que sea. Y al dios o a los dioses que haya, abandono lo que soy, conforme la suerte manda y el acaso hace, fiel a un compromiso olvidado.

64

Estoy en un dia en que me pesa, como un ingreso en la cárcel, la monotonía de todo. La monotonía de todo no es, sin embargo, sino la monotonía de mí. Cada rostro, aunque sea el de quien vimos ayer, es otro hoy, puesto que hoy no es ayer. Cada día es el día que es, y nunca ha habido otro igual en el mundo. Sólo en nuestra alma se encuentra la identidad -la identidad sentida, aunque falsa, consigo misma- mediante la cual todo se asemeja y se simplifica. El mundo es cosas destacadas y aristas diferentes; pero, si somos miopes, es una niebla insuficiente y continua.

Mi deseo es huir. Huir de lo que conozco, huir de lo que es mío, huir de lo que amo. Deseo partir -no para las indias imposibles, o para las grandes islas del sur de todo-, sino para el sitio cualquiera -aldea o yermo- que tenga en sí el no ser este sitio. Quiero no ver ya estos rostros, estas costumbres y estos días. Quiero reposar, ajeno, de mi fingimiento orgánico. Quiero sentir al sueño llegar como vida, y no como reposo. Una cabaña a la orilla del mar, una caverna, incluso, en la falda rugosa de una sierra, puede darme esto. Desgraciadamente, sólo mi voluntad no puede dármelo.

La esclavitud es la ley de la vida, y no hay otra ley, porque ésta tiene que cumplirse sin insurrección posible ni refugio que encontrar. Unos nacen esclavos, otros se vuelven esclavos, y a otros les es dada la esclavitud. El amor cobarde que todos tenemos a la libertad -que, si la tuviésemos, la extrañaríamos, por nueva, y la repudiaríamos- es la verdadera sañal del peso de nuestra esclavitud. Yo mismo, que acabo de decir que desearía la cabaña o la caverna donde estuviese libre de la monotonía de todo, que es la de mí, ¿osaría yo partir para esa cabaña o caverna, sabiendo, por conocimiento, que, puesto que la monotonía es de mí, la habría de tener siempre conmigo? Yo mismo, que me ahogo donde estoy y porque estoy, ¿donde respiraría mejor, si la enfermedad es de mis pulmones y no de los aires que me rodean? Yo mismo, que anhelo alto el sol puro y los campos libres, el mar visible y el horizonte entero, ¿quien me asegura que no extrañaría la cama, o la comida, o no

tener que bajar los ocho tramos de escalera hasta la calle, o no entrar en la tabaquería de la esquina, o no darle los buenos días al barbero ocioso?

Todo lo que nos rodea se vuelve parte de nosotros, se nos infiltra en la sensación de la carne y de la vida, y, baba de la gran araña, nos liga sutilmente a lo que nos rodea, enredándonos en un lecho suave de muerte lenta, donde oscilamos al viento. Todo es nosotros, y nosotros somos todo,, ¿pero de que sirve esto, si no es nada? Un rayo de sol, una nube cuya sombra súbita dice que pasa, una brisa que se levanta, el silencio que llega cuando cesa, un rostro u otro, algunas voces, la risa casual entre ellas, que hablan, y después la noche en que emergen sin sentido los jeroglíficos rotos de las estrellas.

20-6-1931

65

Escribo un domingo, mañana alta de un día amplio de luz suave en que, sobre los tejados de la ciudad interrumpida, el azul del cielo siempre inédito encierra en el olvido la existencia misteriosa de los astros...

También en mí es domingo...

También mi corazón va a la iglesia que no sabe dónde está, y va vestido con un traje de terciopelo de niño, con la cara colorada de las primeras impresiones sonriendo sin ojos tristes por encima del cuello muy grande.

(Posterior a 1923.)

66

Siempre que pueden se sientan enfrente del espejo. Hablan con nosotros y se cortejan con los ojos a sí mismos. A veces, como en los noviazgos se distraen de la conversación. Siempre les he resultado simpático porque mi aversión adulta por mi aspecto me ha impulsado siempre a escoger el espejo como cosa a la que volver la espalda. Así, y ellos lo reconocían instintivamente tratándome bien siempre, yo era el muchacho escuchador que les dejaba siempre libres la vanidad y la tribuna.

En conjunto, no eran malos chicos; en particular, eran mejores y peores. Tenían generosidades y ternuras insospechables para un contable, bajezas y sordideces difíciles de adivinar por cualquier ser humano normal. Miseria, envidia e ilusión -así los resumo, y en esto resumiría aquella parte de ese ambiente que se infiltra en la obra de los hombres de valía que alguna vez han hecho de esa estancia de resaca un barbecho de engañados.

Unos tienen gracia, otros tienen sólo gracia, otros todavía no existen. La gracia de los cafés se divide en dichos ingeniosos sobre los ausentes y dichos insolentes a los presentes. A este género de ingenio se le llama, ordinariamente, tan sólo grosería. Nada hay mas indicador de la pobreza de la mente que no saber ser ingenioso más que a costa de las personas.

Pasé, vi y, al contrario que ellos, vencí. Porque mi victoria ha consistido en ver. Reconocí la identidad de todos los aglomerados inferiores: vine a encontrar aquí, en la casa donde tengo un cuarto, la misma alma sórdida que me habían revelado los cafés, salvo, gracias a todos los dioses, la noción de triunfar en París. La dueña de esta casa se atreve con la Avenida Nueva en algunos de sus momentos de ilusión, pero se encuentra a salvo del extranjero, y mi corazón se enternece.

Conservo de este paso por el túmulo de la voluntad la memoria de un tedio nauseabundo y de algunas anécdotas ingeniosas.

Van de entierro, y parece que ya, camino del cementerio se ha olvidado el pasado en el café, pues va callado ahora.

...y la posteridad nunca sabrá de ellos, escondidos de ella para siempre bajo la mole negra de los pendones ganados en sus victorias por vencer.

67

Todo es allí quebrado, anónimo e impropio. He visto allí grandes impulsos de ternura que me parecieron revelar el fondo de pobres almas tristes; he descubierto que aquellos impulsos no duraban más que el momento en que eran palabras, y que tenían su raíz -cuántas veces lo he notado con la sagacidad de los silencioso- en la analogía de algo con lo piadoso, perdida con la rapidez de la novedad de la anotación, y, otras veces, en el vino de la cena de lo enternecido. Había siempre una relación sistematizada entre el humanitarismo y el aguardiente de orujo, y han sido muchos los grandes gestos que han sufrido del vaso superfluo o del pleonasmo de la sed.

Esas criaturas habían vendido todas ellas el alma a un diablo de la plebe infernal, avariento de sordideces y de relajamientos. Vivían la intoxicación de la vanidad y del ocio, y morían blandamente, entre cojines de palabras, en un arrugamiento de escorpiones de esputo.

Lo más extraordinario de toda aquella gente era la ninguna importancia, el ningún sentido, de toda ella. Unos eran redactores de los principales diarios, y conseguían no existir; otros tenían lugares públicos a la vista en el anuario y conseguían no figurar en nada de la vida; otros eran poetas hasta consagrados, pero un mismo polvo de ceniza les ponía lívidas las faces necias, y todo era un túmulo de embalsamados yertos, puestos con la mano a la espalda en posturas de vidas.

Guardo del poco tiempo que me empantané en aquel exilio de vivacidad mental un recuadro de buenos momentos de gracia libre, de muchos momentos monótonos y tristes, de algunos perfiles recortados contra la nada, de algunos gestos ofrecidos a las sirvientas del acaso, y, en resumen, un tedio náusea física y la memoria de algunas anécdotas ingeniosas.

En ellos se intercalaban, como espacios, unos hombres de más edad, algunos con dichos de espíritu pasado, que decían mal como los otros, y de las mismas personas.

Nunca he sentido tanta simpatía por los inferiores de la gloria pública como cuando les vi criticados por estos inferiores sin querer esa pobre gloria. Reconocí la razón del triunfo porque los parias de lo Grande triunfaban en relación a éstos, y no en relación a la humanidad.

68

Pobres diablos siempre con hambre o con hambre de almuerzo, o con hambre de celebridad, o con hambre de los postres de la vida. Quien los oye, y no los conoce, cree estar escuchando a los maestros de Napoleón y a los instructores de Shakespeare.

Hay los que triunfan en el amor, hay los que triunfan en la política, hay los que triunfan en el arte. Los primeros tienen la ventaja de la narración, pues se puede triunfar ampliamente en el amor sin que haya conocimiento célebre de lo sucedido. Es cierto que, al oír contar a cualquiera de estos individuos sus Maratones sexuales, una vaga sospecha nos invade, al llegar al séptimo desfloramiento. Los que son amantes de señoras de título, o muy conocidas (lo son, además, casi todos), hacen tal gasto de condesas que una estadística de sus conquistas no dejaría por serias y comedidas ni a las bisabuelas de los títulos actuales.

Otros se especializan en el conflicto físico, y han matado a los campeones de boxeo de Europa una noche de juerga, en la esquina del Chiado. Unos son influyentes con todos los ministros de todos los ministerios, y éstos son aquellos de los que menos hay que dudar, pues no repugna.

Unos son grandes sádicos, otros son grandes pederastas, otros confiesan, con una tristeza de voz alta, que son brutales con las mujeres. Las llevaron allí, a latigazos, por los caminos de la vida. Al fin se quedan debiendo el café.

Hay los poetas, hay los (...)

No conozco mejor cura para todo este lamazal de sombras que el conocimiento directo de la vida humana corriente, en su realidad comercial, por ejemplo, como la que surge en la oficina de la Calle de los Doradores ¡Con qué alivio volvía yo de aquel manicomio de títeres hacia la presencia real de Moreira, mi jefe, contable auténtico y sabedor, mal vestido y mal tratado, pero lo que ninguno de los otros conseguía ser, lo que se dice un hombre...!

69

Comparados con los hombres sencillos y auténticos, que pasan por las calles de la vida, con un destino natural y callado, esas figuras de los cafés asumen un aspecto que no sé definir sino comparándolas con ciertos duendes de los sueños -figuras que no son de pesadilla ni de disgusto, pero cuyo recuerdo, cuando despertamos, nos deja, sin que sepamos por qué, un sabor a asco pasado, un disgusto de algo que está con ellos pero que no se puede definir como siendo suyo.

Veo las caras de los genios y de los triunfadores reales, incluso pequeños, singlar en la noche de las cosas sin saber lo que hienden sus proas altivas, en ese mar de sargazos de paja de embalaje y virutas de corcho.

allí se resume todo, como en el suelo del zaguán de la casa de la oficina, que, visto a través de las verjas de la ventana, del almacén, parece una celda para la basura.

70

Abajo, apartándose de la altura en que estoy en desnivelamientos de sombra, duerme al claro de luna, álgida, la ciudad entera.

(Una desesperación de conciencia, una angustia de existir atado a mi mismo, rebosa por todo mi sin rebasarme componiéndome el ser con ternura, miedo, dolor y desolación.)

Un tan inexplicable exceso de angustia absurda, un dolor tan desolado, tan huérfano, tan /metafísicamente/ mío, (...)

71

..barcos que pasan por la noche y ni se saludan ni conocen.

72

Surge por Oriente una luz rubia de la luna de oro. El rastro que forma en el río ancho abre serpientes en el mar.

73

(CLAROS DE LUNA)

...mojadamente sucio de castaño muerto

en los resbalamientos nítidos de los tejados superpuestos, blanco ceniciento, mojadamente sucio de castaño muerto

74

y se desnivela en conglomerados de sombra, recortados de un lado en blanco, con diferencias azuladas de madreperla fría.

75

Llueve, llueve, llueve...

Llueve constantemente, gemidoramente, (...)

Mi cuerpo me tiembla al alma de frío... No un frío que hay en el espacio, sino un frío que hay en que yo soy el espacio.

76

Llueve mucho, más, cada vez mas... Hay como una [...] que va a desmoronarse en el exterior negro...

Todo el amontonamiento irregular y montañoso de la ciudad me parece hoy una planicie, una planicie de lluvia. Por donde quiera que aleje los ojos, todo es color de lluvia, negro pálido.

Tengo sensaciones extrañas, todas ellas frías. Ahora me parece que el paisaje esencial es bruma y que las casas (es lo que) son la bruma que lo vela.

Una especie de anteneurosis de lo que seré cuando ya no sea me hiela cuerpo y alma. Una especie de recuerdo de mi muerte futura me escalofría desde dentro. En una niebla de intuición me siento materia muerta, copa bajo la lluvia, gemido por el viento. Y el frío de lo que no sentiré muerde al corazón actual.

77

PAISAJE DE LLUVIA

En cada gota de lluvia mi vida fracasada llora en la naturaleza.

Hay algo de mi desasosiego en el goteo, en el aguacero tras aguacero con que la tristeza del día se vierte inútilmente /por/ sobre la tierra.

Llueve tanto, tanto. Mi alma está húmeda de oírlo. Tanto... Mi carne es líquida y aguanosa alrededor de mi sensación de ella.

Un frío desasosegado pone unas manos gélidas alrededor de mi pobre corazón. Las horas cenicientas y (...) se prolongan, se aplanan con el tiempo; los instantes se arrastran.

¡Cómo llueve!

Los canalones vomitan torrentes mínimos de aguas siempre súbitas. Baja por / mi saber/ que hay alcantarillas un ruido perturbador de bajada de agua. Golpea contra la ventana, indolente gemidoramente la lluvia; en la (...)

Una mano fría me aprieta la garganta y no me deja respirar la vida.

¡Todo muere en mí, incluso el saber que puedo soñar! De ninguna manera física estoy bien. Todas las blanduras en que me reclino tienen aristas para mi alma. Todas las miradas hacia donde miro están tan a oscuras de golpearías esta luz empobrecida del día que se muere sin dolor.

78

Hoy, en uno de los devaneos sin propósito ni dignidad que constituyen gran parte de la sustancia espiritual de mi vida, me he imaginado liberado para siempre de la calle de los Doradores, del patrón Vasques, del contable Moreira, de todos los empleados, del mozo, del chico y del gato. He sentido en sueños mi liberación, como si los mares del Sur me hubiesen ofrecido islas maravillosas por descubrir. Sería entonces el reposo, el arte conseguido, el cumplimiento intelectual de mi ser.

Pero de repente, y en el propio imaginar, que realizaba en un café durante la modesta vacación del mediodía, una impresión de disgusto asaltó a mi sueño: sentí que me daría pena. Sí, lo digo como si lo dijese circustanciadamente: me daría pena. El patrón Vasques, el contable Moreira, el cajero Borges, todos los buenos muchachos, el chico alegre que lleva las cartas a Correos, el mozo de todos los fletes, el gato cariñoso, todo esto se ha vuelto parte de mi vida; no podría dejar todo esto sin llorar, sin comprender que, por malo que me pareciese, era una parte de mí lo que se quedaba con todos ellos, que el separarme de ellos era una mitad y semejanza de la muerte.

Además, si mañana me alejase de todos ellos, y me quitase este traje de la calle de los Doradores, ¿a qué otra cosa me acercaría -porque la otra me habría de llegar?, ¿con qué otro traje me vestiría -porque con otro me habría de vestir?

Todos tenemos al patron Vasques, para unos visible, para otros invisible. Para mí se llama realmente Vasques, y es un hombre saludable, agradable, de vez en cuando brusco pero sin recámara, codicioso pero en el fondo justo, con una justicia de la que carecen muchos grandes genios y muchas maravillas humanas de la civilización, derechas e izquierdas. Para otros será la vanidad, el ansia de más riqueza, la gloria, la inmortalidad... Prefiero al Vasques hombre, mi patrón, que es más rentable, en los momentos difíciles, que todos los patrones abstractos del mundo.

Considerando que yo ganaba poco, me dijo el otro día un amigo, socio de una firma que es próspera porque tiene negocios con el Estado: "tú estás siendo explotado, Borges". Me recordó eso que lo soy; pero como todos tenemos que ser explotados en la vida, me pregunto si valdrá menos la pena ser explotado por el patrón Vasques de los tejidos que por la vanidad, por la gloria, por el despecho, por la envidia o por lo imposible.

Los hay a los que explota el mismo Dios, y son profetas y santos en la vanidad del mundo.

Y me recojo, como al hogar que tienen otros, en la casa ajena, oficina amplia, de la calle de los Doradores. Me acerco a mi escritorio como a un baluarte contra la vida. Siento ternura, ternura hasta el llanto, por mis libros de otros en los que escribo, por el tintero viejo de que me sirvo, por las espaldas encorvadas de Sergio, que hace guías de unas remesas un poco más allá de mí. Le tengo cariño a todo eso -o quizá, también porque nada valga el cariño de un alma, y, si tenemos que darlo por sentimiento, tanto vale darlo al pequeño aspecto de mi tintero como a la gran indiferencia de las estrellas.

79

Me irrita la felicidad de todos estos hombres que no saben que son desgraciados. Su vida humana está llena de todo cuanto constituiría una serie de angustias para una sensibilidad verdadera. Pero, como su verdadera vida es vegetativa, lo que sufren pasa por ellos sin tocarles el alma, y viven una vida que se puede comparar únicamente con la de un hombre con dolor de muelas que hubiese recibido una fortuna -la fortuna auténtica de estar viviendo sin darse cuenta, el mayor don que los dioses conceden, porque es el don de ser semejante a ellos, superior como ellos (aunque de otro modo) a la alegría y al dolor.

Por eso, a pesar de todo, los amo a todos. ¡Mis queridos vegetales!

80

Siento la náusea física de la humanidad vulgar, que es, además, la única que hay. Y me obstino, a veces, en profundizar esa náusea, como se puede provocar un vómito para aliviarse del deseo de vomitar.

Uno de mis paseos predilectos, en las mañanas en que temo la trivialidad del día que va a venir como quien teme a la cárcel, es el de seguir lentamente por las calles, antes de la apertura de las tiendas y los almacenes, y oír los retazos de frases que los grupos de muchachas, de muchachos, y de los unos con las otras, han dejado caer, como limosnas de ironía, en la escuela invisible de mi meditación abierta.

Y es siempre la misma sucesión de las mismas frases... «Y entonces dijo ella...» y el tono habla de la intriga de ella. «Si no fue él, fuiste tú...» y la voz que responde se eleva en una protesta que ya no oigo. «Lo dijiste, si señor, lo dijiste...» y la voz de la costurera afirma estridentemente «mi madre dice que no quiere...» «¿Yo?» y el asombro del muchacho que trae el almuerzo envuelto en papel parafinado no me convence, ni debe de convencer a la rubia sucia. «A lo mejor era...» y la risa de tres de las cuatro chicas cerca de mi oído, la obscenidad que (...) «Y entonces yo me puse delantito del tipo, y allí mismo, en su cara: en su cara, ¿eh, Pepe...?» y el pobre diablo miente, pues el jefe de la oficina -sé por la voz que el otro contendiente era jefe de la oficina que desconozo- no le recibió en el circo, entre las secretarias, el gesto de gladiador de /palabras/. «... Y entonces me fui a fumar al retrete...» ríe el pequeñajo de las culeras oscuras.

Otros, que pasan solos o juntos, no hablan, o hablan y yo no lo oigo, pero todas las voces me resultan claras mediante una transparencia intuitiva y rota. No me atrevo a decir -no me atrevo a decírmelo a mí mismo por escrito, aunque luego lo rompiese- lo que he visto en las miradas ocasionales, en su dirección involuntaria y baja, en sus atravesamientos sucios. No me atrevo porque, cuando se provoca el vómito, es preciso provocar sólo uno.

«El tipo estaba tan gordo que no veía que la escalera tenía escalones». Levanto la cabeza. Este muchachote, por lo menos describe. Y esta gente, cuando describe, es mejor que cuando siente, porque al describir se olvida de sí. Se me pasa la náusea. Veo al tipo. Le veo fotográficamente. Hasta la jerga inocente me anima. Bendito aire que me da en la frente -el tipo tan grueso que no veía que la escalera era de escalones- tal vez la escalera por la que la humanidad sube a tumbos, palpándose y atropellándose en la falsedad pautada del declive de acá del zaguán.

La intriga, la maledicencia, la jactancia hablada de lo que no se ha osado hacer, el contentamiento de cada pobre bicho vestido con la conciencia inconsciente de su propia alma, la sexualidad sin lavado, los chistes como cosquillas de mono, la horrorosa ignorancia de la falta de importancia de lo que son... Todo esto me produce la impresión de un animal monstruoso y despreciable, hecho, en lo involuntario de los sueños, de las cortezas húmedas de los deseos, de los restos desmenuzados de las sensaciones.

10-4-1930.

81

¡Cuánto tiempo hace que no escribo! He pasado, en unos días, varios siglos de renuncia insegura. Me he estancado, como un lago desierto, entre paisajes que no existen.

Mientras tanto, me corría bien la monotonía variada de los días, la sucesión nunca igual de las horas iguales, la vida. Corría bien. Si durmiese, no me correría de otro modo. Me he estancado, como un lago que no existe, entre paisajes desiertos.

Es frecuente el desconocerme -lo que sucede con frecuencia a los que se conocen... Me hago compañía en los varios disfraces con que estoy vivo. Poseo, de cuanto muda, lo que siempre es lo mismo; de cuanto se hace, lo que no es nada.

Recuerdo, lejano en mí, como si viajara para dentro, la monótonía todavía diferente, de aquella casa provinciana... Allí pasé la infancia pero no sabría decir, si quisiese hacerlo, si con más o menos felicidad que paso la vida hoy. Era otro el quien soy que vivía allí: son vidas diferentes, distintas, incomparables. Las mismas monotonías, que las aproximan por fuera, eran sin duda diferentes por dentro. No eran dos monotonías, sino dos vidas.

¿Con qué propósito me acuerdo?

El cansancio. Recordar es un descanso, porque no es hacer.

Qué de veces, para que el descanso sea mayor, recuerdo lo que no fui, y no hay nitidez ni añoranza en mis memorias de las provincias en que estuve como los que moran, tabla a tabla del entarimado, oscilo el oscilo de otras, en las vastas salas donde nunca viví.

De tal modo me he convenido en la ficción de mí mismo que cualquier sentimiento natural que tengo, desde luego, desde que nace, se me transforma en un sentimiento de la imaginación: la memoria en sueños, el sueño en olvidarme de él, el conocerme en no pensar en mí.

De tal modo me he desnudado de mi propio ser que existir es vestirme. Sólo disfrazado es cuando soy yo. Y, en torno a mí, todos los ocasos incógnitos doran, al morir, los paisajes que nunca veré.

31-3-1934.

82

Cultivo el odio a la acción como una flor de estufa. Me alabo conmigo mismo de mi clarividencia de la vida.

¿1915?

83

En la niebla leve de la mañana de media-primavera, la Baja despierta entorpecida y el sol nace como con lentitud. Hay una alegría sosegada en el aire con mitad de frío, y la vida, al soplo leve de la brisa que no hay, tinta vagamente por el frío que ya ha pasado, por el recuerdo del frío más que por el frío, por la comparación con el verano próximo, más que por el tiempo que está haciendo.

No han abierto todavía las tiendas, salvo las lecherías y los cafés, pero el reposo no es de torpor, como el del domingo; es tan sólo de reposo. Un rastro rubio se antecede en el aire que se revela, y el azul se colorea pálidamente a través de la bruma que se extingue. El movimiento comienza poco a poco por las calles, destaca la separación de los peatones, y en las pocas ventanas abiertas, madrugan también apariciones. Los tranvías trazan a medio-aire su surco móvil amarillo y numerado. Y, de minuto en minuto, sensiblemente, las calles se desdesiertan.

Fluctúo, atención sólo de los sentidos5 sin pensamiento ni emoción. Me he despenado temprano; he salido a la calle sin prejuicios. Examino como quien medita. Veo como quien piensa. Y una leve niebla de emoción se levanta absurdamente ante mí; la bruma que va saliendo de lo exterior parece que se me infiltra lentamente.

Sin querer, siento que he estado pensando en mi vida. No me di cuenta, pero así ha sido. Creí que solamente vela y oía, que no era más, en este recorrido ocioso, que un reflejador de imágenes, un

biombo blanco sobre el que la realidad proyecta colores y luz en vez de sombras. Pero era más, y no lo sabia. Era también el alma que se niega, y mi propio abstracto observar era también una negación.

Se entolda el aire de falta de niebla, se entolda de luz pálida, en la que parece que se ha mezclado la niebla. Me doy cuenta súbitamente de que el ruido es mucho mayor, que existe mucha más gente. Los pasos de los más transeúntes son menos apresurados. Aparece, rompiendo su ausencia y la menor prisa de los demás, el correr andado de las pescaderas, la oscilación de los panaderos, monstruos con cesto, y rial igualdad divergente de las vendedoras de todo lo demás se desmonotoniza sólo en el contenido de las cestas, donde los colores divergen más que las cosas. Los lecheros cencerrean, como llaves huecas y absurdas, las latas desiguales de su oficio andante. Los policías detienen la circulación en los cruces, mentís uniformado de la civilización al movimiento invisible de la subida del día.

Ojalá, en este instante lo siento, fuera alguien que pudiese ver esto como si no tuviese con ello más relación que el verlo: ¡contemplarlo todo como si fuera el viajero adulto llegado hoy a la superficie de la vida! No haber aprendido, del nacimiento en adelante, a dar sentidos dados a todas estas cosas, poder verlas con la expresión que tienen separadamente de la expresión que les ha sido impuesta. Poder conocer en la pescadera su realidad humana independiente de que se la llame pescadera, y de saber que existe y que vende. Ver al policía como Dios lo ve. Fijarse en todo por vez primera, no apocalípticamente, como revelaciones del Misterio, sino directamente, como floraciones de la Realidad.

Suenan -deben ser las ocho las que no cuento- campanadas de horas de campanario o reloj grande. Despierto de mí debido a la trivialidad de haber horas, clausura que la vida social impone a la continuidad del tiempo, frontera en lo abstracto, límite en lo desconocido. Despierto de mí y, mirando a todas las cosas, ahora ya lleno de vida y de humanidad acostumbrada, veo que la niebla que se ha salido de todo el cielo, salvo lo que en el azul flota de todavía no bien azul, me ha entrado verdaderamente en el alma, y al mismo tiempo ha entrado en la parte de dentro de todas las cosas, que es por donde ellas tienen contacto con mi alma. He perdido la visión de lo que veía. Me he cegado con vista. Siento ya con la trivialidad del conocimiento. Esto, ahora, no es ya la Realidad: es simplemente la Vida.

...Si, la Vida a la que yo también pertenezco, y que también me pertenece a mi; no ya la Realidad, que es sólo de Dios, o de si misma, que no contiene misterio ni verdad, que, puesto que es real o finge serlo, en algún lugar existirá fija, libre de ser temporal o eterna, imagen absoluta, idea de un alma que fuese exterior.

Vuelvo lentos los pasos más rápidos de lo que creo hacia la puerta por la que subiré de nuevo a casa. Pero no entro; sigo hacia delante. La Plaza de la Figueira, bostezando venderes [sic] de varios colores, me cubre desparroquiándose el horizonte de vendedor ambulante. Avanzo lentamente, muerto, y mi visión ya no es nada: es sólo la del animal humano que ha heredado sin querer la cultura griega, el orden romano, la moral cristiana y todas las demás ilusiones que forman la civilización en la que siento.

¿Dónde estarán los vivos?

84

Enrollar el mundo alrededor de nuestros dedos, como un hilo o una cinta con la que jugase una mujer que sueña a la ventana.

Todo se resume, en fin, en procurar sentir el tedio de modo que no duela.

Seria interesante poder ser dos reyes al mismo tiempo (: ser, no un alma de ellos dos, sino las dos almas.)

¿1914?

85

Le he pedido tan poco a la vida, y ese mismo poco la vida me lo ha negado. Un haz de parte del sol, un campo [...], un poco de sosiego con un poco de pan, no pesarme mucho el conocer que existo, y no exigir nada de los demás ni exigir ellos nada de mí. Esto mismo me ha sido negado, como quien niega la sombra no por falta de buenos sentimientos, sino para no tener que desabrocharse la chaqueta [...]

Escribe, triste, en mi cuarto tranquilo, solo como siempre he estado, solo como siempre estaré. Y pienso sí mi voz, aparentemente tan poca cosa, no encarna la substancia de millares de voces, el hambre de decirse de millares de vidas, la paciencia de millones de almas sumisas como la mía, en el destino cotidiano, al sueño inútil, a la esperanza sin resquicios. En estos momentos, mi corazón late más alto debido a mi conciencia de él. Vivo más porque vivo mayor. Siento en mi persona una fuerza religiosa, una especie de oración, una semejanza de clamor. Pero la reacción contra mí me baja de la inteligencia... Me veo en el cuarto piso alto de la Calle de los Doradores, me siento con sueño; miro, sobre el papel medio escrito, la vida vana sin belleza y el cigarro barato [...] sobre el secante viejo. ¡Aquí yo, en este cuarto piso, interpelando a la vida! Haciendo prosa [...]

86

Pienso a veces que nunca saldré de la Calle de los Doradores. Y esto escrito, entonces, me parece la eternidad.

87

SINFONÍA DE UNA NOCHE INQUIETA

Dormía todo como si el universo fuese una equivocación; y el viento, fluctuando indeciso, era una bandera sin forma desplegada sobre un cuartel sin ser.

Se desgarraba cosa ninguna en el aire alto y fuerte, y los marcos de las ventanas sacudían los cristales para que al lado de acá se oyese. En el fondo de todo, callada, la noche era el túmulo de Dios (el alma sufría con pena de Dios).

Y, de repente -un nuevo orden de las cosas universales se movía sobre la ciudad-, el viento silbaba en el intervalo del viento, y había una noción dormida de muchas agitaciones en la altura. Después, la noche se cerraba como una trampilla, y un gran sosiego daba ganas de haber estado durmiendo.

(Posterior a 1923.)

88

No es en los anchos campos o en los jardines grandes donde veo llegar la primavera. Es en los pocos árboles pobres de una plazuela de la ciudad. Allí, el verdor destaca como una dádiva y es alegre como una tristeza buena.

Amo estas plazuelas solitarias, intercaladas entre calles de poco tránsito, y sin más tránsito, ellas mismas, que las calles. Son claros inútiles, cosas que esperan, entre tumultos distantes. Son de aldea en la ciudad.

Paso por ellas, subo cualquiera de las calles que afluyen a ellas, después bajo de nuevo esa calle, para regresar a ellas. Vista desde el otro lado es diferente, pero la misma paz deja dorarse de añoranza súbita -sol en el ocaso- el lado que no había visto a la ida.

Todo es inútil y yo lo siento como tal. Cuanto viví se me ha olvidado como silo oyera distraído. Cuanto seré no lo recuerdo como si lo hubiera vivido y olvidado.

Un ocaso de congoja leve flota vago en torno a mí. Todo se enfría, no porque se enfríe, sino porque he entrado en una calle estrecha y la plazuela ha cesado.

31-5-1932.

89

Doblaron la curva del camino y eran muchas jóvenes. Venían cantando por la carretera, y el sonido de sus voces era felices. Ellas, no sé lo que serían. Las escuché un rato de lejos, sin sentimiento propio. Una amargura por ellas me sintió en el corazón.

¿Por su futuro? ¿Por su inconsciencia? No directamente por ellas o, ¿quién sabe?, tal vez tan sólo por mí.

(Posterior a 1923.)

90

La crueldad del dolor -gozar y sufrir, por gozar la propia personalidad consubstanciada con el dolor. El último refugio sincero del ansia de vivir y de la sed de gozar;

Amores crueles

Serás quien yo quiera. Haré de ti un ornamento de mi emoción puesta donde quiero, y como quiero, dentro de mí. Contigo no tienes nada. No eres nadie, porque no eres consciente; apenas vives.

Mi espíritu está [...] como hacen los clásicos, y con lo que dicen los decadentes.

91

La tragedia principal de mi vida es, como todas las tragedias, una ironía del Destino. Recuso la vida real como una condenación; recuso el sueño como una liberación innoble. Pero vivo lo más sórdido y lo más cotidiano de la vida real; y vivo lo más intenso y lo más constante del sueño. Soy como un esclavo que se emborracha por la siesta os miserias en un solo cuerpo.

Si veo nítidamente, con la claridad con [que] los relámpagos de la razón hacen destacarse de la negrura de la vida a los objetos cercanos que nos la forman, lo que hay de vil, de laso, de abandonado y de facticio, en esta Calle de los Doradores que es para mí la vida entera -esta oficina sórdida hasta su médula de gente, este cuarto mensualmente alquilado donde no sucede otra cosa que vivir un muerto, esta tienda de ultramarinos de la esquina a cuyo dueño conozco como la gente conoce a la gente, estos muchachos de la puerta de la taberna antigua, esta inutilidad trabajosa de todos los días

iguales, esta repetición persistente de los mismos personajes, como un drama que consistiese tan sólo en el escenario, y el escenario estuviese del revés...

Pero veo también que huir de esto seria o dominarlo o repudiarlo, y yo no lo domino, porque no lo excedo dentro de lo real, ni lo repudio porque, sueñe lo que sueñe, me quedo siempre donde estoy.

¡Y el sueño, la vergüenza de huir hacia mí, la cobardía de tener como vida esa basura del alma que los otros sólo tienen en el sueño, en la figura de la muerte con que roncan, en la calma con que parecen vegetales que han progresado!

¡No poder tener un gesto noble que no sea de puertas adentro, ni un deseo inútil que no sea de veras inútil!

Definió César toda la estatura de la ambición cuando dijo aquellas palabras: «¡Antes el primero en la aldea que el segundo en Roma!». Yo no soy nada ni en la aldea ni en Roma ninguna. Por lo menos, el tendero de la esquina es respetado desde la calle de la Asunción hasta la calle de la Victoria; es el César de una manzana. ¿Yo superior a él? ¿En qué, si la nada no admite superioridad, ni inferioridad, ni comparación? Es César de toda una manzana y les gusta a las mujeres condignamente.

Y así arrastro haciendo lo que no quiero, y soñando lo que no puedo tener, mi vida (...), absurda como un reloj público parado.

Aquella sensibilidad tenue, pero firme, el sueño largo pero consciente (...) que forma en su conjunto mi privilegio de penumbra.

(Posterior a 1923.)

92

Después de que el fin de los astros ha blanqueado para nada en el cielo matutino, y la brisa se ha tornado menos fría en el amarillo mal anaranjado de la luz sobre las pocas nubes bajas, he podido por fin levantar lentamente el cuerpo exhausto de nada de la cama desde la que he pensado en el universo.

Me he acercado a la ventana con los ojos calientes de no estar cerrados. Sobre los tejados lentos, la luz creaba diferencias de amarillo pálido. Me he quedado contemplándolo todo con la gran estupidez de la falta de sueño. En los volúmenes erguidos de las casas altas, el amarillo era aéreo y nulo. Al fondo del occidente, hacia donde yo estaba vuelto, el horizonte era ya de un blanco verde.

Sé que el día va a ser para mí pesado como no entender nada. Sé que todo cuanto haga hoy va a participar, no del cansancio del sueño que no he disfrutado, sino del insomnio que he padecido. Sé que voy a vivir un sonambulismo más acentuado, más epidérmico, no sólo porque no he dormido, sino porque no he podido dormir.

Hay días que son filosofías, que nos insinúan filosofías de la vida, que son notas marginales, llenas de una gran crítica, en el libro de nuestro destino universal. Este día es uno de los que siento tales. Me parece, absurdamente, que es con mis ojos pesados y mi cerebro nulo con los que, lápiz absurdo, se van trazando las letras del comentario inútil y profundo.

93

El cielo del estío prolongado despertaba todos los días de azul verde empañado, y en breve se tornaba de azul ceniciento, de blanco mudo. En el occidente, sin embargo, era del color que suelen llamarlo, a todo él.

Decir la verdad, encontrar lo que se espera, negar la ilusión de todo -¡cuántos lo usan en la subsidencia y en el declive, y de qué manera los nombres ilustres manchan de mayúsculas, como las de las tierras geográficas, las agudezas de las páginas sobrias y leídas!

¡Cosmorama de suceder mañana lo que no podría haber sucedido nunca! ¡Lapislázuli de las emociones discontinuas! ¿Cuántas memorias alberga una suposición facticia, te acuerdas, visión solamente? Y en un delirio intersticiado de certidumbres, leve, breve, suave, el murmullo del agua de todos los parques nace, emoción, del fondo de mi conciencia de mí. Sin nadie los bancos antiguos, y las avenidas arrastran donde están ellos su melancolía de trazados vacíos.

¡Noche en Heliópolis! ¡Noche en Heliópolis! ¡Noche en Heliópolis! ¿Quién te dirá las palabras inútiles, me compensará la sangre e indecisión?

94

El reloj que está allá detrás, en la casa desierta, porque todos duermen, deja caer lentamente el cuádruple son claro de las cuatro de cuando es de noche. Todavía no me he dormido, ni espero dormir. Sin que nada me ocupe la atención, y así no duerma, o me pese en el cuerpo, y por eso no me tranquilice, acuesto en la sombra, que el lugar vago de los faroles de la calle torna más desacompañada todavía, al silencio amortecido de mi cuerpo extraño. No sé pensar, de tanto sueño como tengo; no sé sentir, de tanto sueño que no consigo tener.

Todo en torno a mi está el universo, desnudo, abstracto, hecho de negaciones nocturnas. Me divido entre cansado e inquieto, y llego a tocar con la sensación del cuerpo un conocimiento metafísico del misterio de las cosas. A veces se me ablanda el alma, y entonces los pormenores sin forma de la vida cotidiana se me flotan a la superficie de la conciencia, y estoy efectuando botaduras a la superficie de no poder dormir. Otras veces me despierto desde dentro del mediosueño en que me he estancado, e imágenes vagas, de un colorido poético e involuntario, dejan escurrir por mi distracción su espectáculo sin ruidos. No tengo los ojos completamente cerrados. Me orla la vista débil una luz que viene de lejos; son los faroles públicos encendidos allá abajo, en los confines abandonados de la calle.

¡Cesar, dormir, substituir esta conciencia intervelada por mejores cosas melancólicas, dichas en secreto al que me desconociese!.. ¡Cesar, pasar fluido y ribereño, flujo y reflujo de un mar vasto, en costas visibles por la noche en que verdaderamente se durmiese!... ¡Cesar, ser incógnito y exterior, movimientos de ramas en paseos apartados, tenue caer de hojas, conocido por el ruido más que por la caída, mar alto fino de los surtidores a lo lejos, y todo lo indefinido de los parques por la noche, perdidos entre enmarañamientos continuos, laberintos naturales de las tinieblas!... Cesar, acabar finalmente, pero con una supervivencia translaticia, ser la página de un libro, la madeja de un cabello suelto, el oscilar de la enredadera al pie de la ventana entreabierta, los pasos sin importancia en la grava fina de la curva, el último humo alto de la aldea que duerme, el olvido del látigo del arriero a la vera matutina del camino... El absurdo, la confusión, el apagamiento -todo lo que no fuese la vida...

Y duermo, a mi manera, sin sueño ni reposo, esta vida vegetativa de la suposición, y bajo mis párpados sin sosiego flota, como la espuma quieta de un mar sucio, el reflejo lejano de las farolas mudas de la calle.

Duermo y desduermo.

Del otro lado de mí, allá por detrás de donde yazgo, el silencio de la casa toca al infinito. Oigo caer al tiempo, gota a gota, y ninguna gota que cae se oye caer. Siento a la cabeza materialmente colocada en la almohada en que la tengo haciendo un valle. La piel de la funda tiene, con mi piel, un contacto de persona en la sombra. La propia oreja, sobre la que me acuesto, se me grata matemáticamente contra el cerebro. Pestañeo de cansancio, y mis pestañas producen un ruido pequeñísimo, inaudible, en la blancura sensible de la almohada erguida. Respiro, suspirando, y mi respiración sucede: no es mía. Sufro sin sentir ni pensar. El reloj de la casa, lugar seguro allá en medio del infinito, da la media hora seca y nula. ¡Todo es tanto, todo es tan hondo, todo es tan negro y tan frío!

Paso tiempos, paso silencios, mundos sin forma pasan por mí.

Súbitamente, como una criatura del Misterio, un gallo canta sin saber de la noche. Puedo dormir, porque es mañana en mi. Y siento a mi boca sonreír, dislocando levemente las arrugas de la funda que me prende el rostro. Puedo abandonarme a la vida, puedo dormir, puedo ignorarme... Y, a través del sueño nuevo que me oscurece, o recuerdo al gallo que ha cantado, o es él, de veras, quien canta por segunda vez.

¿1929?

95

FLORESTA

¡Pero ah, ni la alcoba era verdad: era la alcoba vieja de mi infancia perdida! Como una niebla se ha alejado, ha atravesado /materialmente/ las paredes blancas de mi cuarto real, y éste ha emergido nítido y menor de la sombra, como la vida y el dia, como el paso del carretero y el chasquido vago del látigo que ponen músculos de levantarse en el cuerpo echado de la bestia somnolienta.

¿1930?

96

Vivir es ser otro. Ni sentir es posible si hoy se siente como ayer se sintió: sentir hoy lo mismo que ayer no es sentir: es recordar hoy lo que se sintió ayer, ser hoy el cadáver vivo de lo que ayer fue la vida perdida.

Apagarlo todo en el cuadro de un día para otro, ser nuevo con cada nueva madrugada, en una revirginidad perpetua de la emoción: esto, y sólo esto, vale la pena ser o tener, para ser o tener lo que imperfectamente somos.

Esta madrugada es la primera del mundo. Nunca este color rosa amarilleciendo para blanco caliente se ha posado así en la faz con que el caserío del oeste encara lleno de ojos vidriados el silencio que viene en la luz creciente. Nunca hubo esta hora, ni esta luz, ni este ser mío. Mañana, lo que será otra cosa, y lo que yo vea será visto por unos ojos recompuestos, llenos de una nueva visión.

¡Altos montes de la ciudad! Grandes arquitecturas que las cuestas escarpadas sostienen y engrandecen, resbalamientos de edificios diferentemente amontonados, que la luz teje de sombras y quemazones, sois hoy, sois yo, porque os veo sois lo que [...] y os amo desde la amurada como un navío que pasa junto a otro navío y tiene añoranzas desconocidas en el paisaje.

18-5-1930

97

Desde la terraza del café miro trémulamente hacia la vida. Poco veo de ella -el bullicio- en esta concentración suya en esta plazuela nítida y mía. Un marasmo como un comienzo de borrachera me elucida el alma de cosas. Transcurre fuera de mí en los pasos de los que pasan [...] la vida evidente y unánime.

En este momento, los sentidos se me han paralizado y todo me parece otra cosa: mis sensaciones un error confuso y lúcido, abro las alas pero no me muevo, como un /cóndor/ ficticio.

Hombre de ideales que soy, ¿quién sabe si mi mayor aspiración no es realmente no pasar de ocupar este lugar a esta mesa de este café?

Todo es vano, como remover cenizas, vago como el momento en que todavía no es alborada.

¡Y la luz brota tan serenamente y perfectamente en las cosas, las dora tan de realidad sonriente y triste! ¡Todo el misterio del mundo baja hasta delante de mis ojos a esculpirse en trivialidad y calle!

¡Ah, de qué manera las cosas cotidianas rozan misterios para nosotros! ¡De qué manera en la superficie, que la luz toca, de esta vida compleja de tan humana, la Hora, sonrisa incierta, sube a los labios del Misterio! Qué moderno suena todo esto! ¡Y, en el fondo, es tan antiguo, tan oculto, tan teniendo otro sentido que el que luce en todo esto!

98

Sabiendo cómo las cosas más pequeñas tienen con facilidad el arte de torturarme, a propósito me esquivo al roce de las cosas más pequeñas. Quien como yo, sufre porque una nube pasa por delante del sol, ¿cómo no ha de sufrir en lo oscuro del día siempre cubierto de su vida?

Mi aislamiento no es una busca de felicidad, que no tengo alma para conseguir; ni de tranquilidad, que nadie obtiene sino cuando nunca la pierde, sino de sueño, de apagamiento, de renuncia pequeña.

Las cuatro paredes de mi cuarto son para mí, al mismo tiempo, celda y distancia, cama y ataúd. Mis horas más felices son aquellas en que no pienso nada, no quiero nada, no sueño querer, perdido en un torpor de vegetal /equivocado/, de mero /musgo/ que creciese en la superficie de la vida. Disfruto sin amargor de la conciencia absurda de no ser nada, el antesabor de la muerte y del apagamiento.

Nunca he tenido a nadie a quien pudiese llamar «Maestro». No ha muerto por mí ningún Cristo. Ningún Buda me ha indicado el camino. En lo alto de mis sueños, ningún Apolo o Atenea se me han aparecido, para que me iluminasen el alma.

¿1920?

99

Todo se me ha vuelto insoportable, excepto la vida: la oficina, la casa, las calles; hasta lo contrario, /si lo tuviese/, me sobresalta y me oprime; sólo lo contiguo me alivia. Sí, algo de todo esto es suficiente para consolarme. Un rayo de sol que entra eternamente en la oficina muerta; un pregón disparado que sube rápido hasta la ventana de mi cuarto; la existencia de gente; el existir del clima y el cambio del tiempo, la asombrosa objetividad del mundo...

El rayo de sol ha entrado de repente para mi, que lo he visto de repente... Era, sin embargo, un trazo de luz agudo, casi sin color cortando a cuchillo desnudo el suelo negro y maderoso, avivando, alrededor de donde pasaba, los clavos viejos y los surcos de entre las tablas, negras pautas de lo no-blanco.

Durante minutos seguidos he seguido el efecto insensible de la penetración del sol en la oficina tranquila... ¡Ocupaciones de cárcel! Sólo los enclaustrados ven así moverse al sol, como quien mira a las hormigas.

100

Espaciada, una luciérnaga va sucediéndose a si misma. En torno, oscuro, el campo es una gran falta de ruido que huele casi bien. La paz de todo duele y pesa. Un tedio informe me ahoga.

Pocas veces voy al campo, casi ningunas paso allí un día, o de un día para otro. Pero hoy, que este amigo, en cuya casa estoy, no me ha dejado no aceptar su invitación, he venido aquí lleno de embarazo -como un tímido a una fiesta grande-, he llegado aquí con alegría, me ha gustado el aire y el paisaje amplio, he comido y cenado bien, y ahora, noche honda, en mi cuarto sin luz, el lugar vago me llena de angustia.

La ventana del cuarto donde voy a dormir da al campo abierto, a un campo indefinido, que es todos los campos, a la gran noche vagamente constelada donde una brisa que no se oye se siente. Sentado junto a la ventana, contemplo con los sentidos toda esta cosa ninguna de la vida universal que está ahí fuera. La hora se armoniza en una sensación inquieta, desde la invisibilidad visible de todo hasta la madera vagamente rugosa por haber estallado la pintura vieja del antepecho blanqueante, donde está extendidamente apoyada de lado mi mano izquierda.

¡Cuántas veces, a pesar de todo, no ansío visualmente esta paz de la que casi huiría ahora, si fuese fácil o decente! ¡Cuántas veces juzgo creer -allá abajo, entre las calles estrechas de casas alta que la paz, la prosa, lo definitivo estarían antes aquí, entre las cosas naturales, que allí donde el tapete de la civilización hace olvidar el pino ya pintado en que se asienta! Y ahora, aquí, sintiéndome saludable, cansado y bien, estoy intranquilo, estoy preso, estoy añorante.

No sé si es a mí a quien le sucede, si a todos los que la civilización hizo nacer por segunda vez. Pero me parece que para mí, o para los que sienten como yo, lo artificial ha pasado a ser lo natural y es lo natural lo que es extraño. No digo bien: lo artificial no ha pasado a ser lo natural; lo natural ha pasado a ser lo diferente. Prescindo de ellos y detesto los vehículos, prescindo de ellos y detesto los productos de la ciencia -teléfonos, telégrafos- que hacen a vida fácil, o los subproductos de la fantasía -gramófonos, receptores hertzianos- que, a los que divierten, se la hacen divertida.

Nada de esto me interesa, nada de esto deseo. Pero amo al Tajo porque hay una ciudad grande a su orilla. Disfruto del cielo porque lo veo desde un cuarto piso de una calle de la Baja. Nada el campo o la naturaleza me puede dar que valga la majestad irregular de la ciudad tranquila, bajo la luna, vista desde la Gracia o desde San Pedro de Alcántara. No hay para mi flores como, bato el sol, el colorido variadísimo de Lisboa.

La belleza de un cuerpo desnudo sólo la sienten las razas vestidas. El pudor vale sobre todo para la sensualidad como el obstáculo para la energía.

La artificialidad es la manera de disfrutar la naturalidad. Lo que he disfrutado de estos campos vastos, lo he disfrutado porque no vivo aquí. No siente la libertad quien nunca se ha visto oprimido.

La civilización es una educación de naturaleza. Lo artificial es un camino para una aproximación a lo natural.

Lo que es preciso, sin embargo, es que nunca tomemos lo artificial por natural.

Es en la armonía entre lo natural y lo artificial en lo que consiste la naturalidad del alma humana superior.

101

Una vista breve del campo, por cima de un muro de los alrededores, me libera más completamente que un viaje entero liberaría a otro. Todo punto de vista es un ápice de una pirámide invertida cuya base es indeterminable.

102

En los primeros días del otoño súbitamente entrado, cuando el oscurecer muestra una evidencia de algo prematuro, y parece que tardamos mucho en lo que hacemos de día, disfruto, incluso entre el trabajo cotidiano, esta anticipación de no trabajar que la propia sombra trae consigo, por eso de que es

de noche y la noche es sueños, hogares, liberación. Cuando las luces se encienden en la oficina amplia que deja de ser oscura, y hacemos tertulia sin que dejásemos de trabajar de día, siento un consuelo absurdo como un recuerdo de otra persona, y estoy tranquilo con lo que escribo como si estuviese leyendo hasta sentir que voy a dormirme.

Somos todos esclavos de circunstancias exteriores: un día de sol nos abre campos anchos en medio de un café de callejuela; una sombra en el campo nos encoge hacia dentro, y nos abrigamos mal en la casa sin puertas de nosotros mismos; un llegar de la noche, hasta entre cosas del día, ensancha, como un abanico [que] se abriese lento, la conciencia íntima de deber descansar.

Pero, con esto, el trabajo no se atrasa: se anima. Ya no trabajamos; nos recreamos con el asunto al que estamos condenados. Y, de repente, por la hoja vasta y pautada de mi destino numerador, la casa vieja de las tías antiguas alberga, cerrada contra el mundo, el té de las diez somnolientas, y la lámpara de petróleo de mi infancia perdida brillando solamente sobre la mesa lino, me oscurece, con la luz, la visión de Moreira, iluminado con una electricidad negra a infinitos más allá de mí. Traen el té -es la criada más vieja que las tías quien lo trae con los restos del sueño y el mal humor paciente de la ternura del viejo vasallaje- y yo escribo sin equivocarme una partida o una suma a través de todo mi pasado muerto. Me reabsorbo, me pierdo en mí, me olvido de las noches lejanas, impolutas de deber y de mundo, vírgenes de misterio y de futuro.

Y tan suave es la sensación que me enajena del debe y el haber que, si acaso una pregunta me es hecha, respondo suavemente, como si tuviese hueco mi ser, como si no fuese más que una máquina de escribir que llevo conmigo, portátil de mí mismo abierto. No me choca la interrupción de mis sueños: de tan suaves como son, continúo soñándolos detrás de hablar, escribir, responder, hasta conversar. Y a través de todo el té perdido termina, y la oficina se va a cerrar.. Levanto el libro, que cierro lentamente, los ojos cansados del llanto que no han llorado, y, en una mezcla de sensaciones, sufro que, al cerrar la oficina, se me cierre también el sueño; que, con el gesto de la mano con que cierro el libro, encubra también el pasado irreparable; que me vaya a la cama sin sueño, sin compañía ni sosiego, en el flujo y reflujo de mi conciencia mezclada, como dos mareas en la noche negra, al fin de los destinos de la añoranza y de la desolación.

¿1929?

103

Una ráfaga de sol torvo quemó en mis ojos la sensación física de miran Un amarillo de calor se estancó en el verde oscuro de los árboles. El torpor (...)

104

La espada de un relámpago flojo volteó sombríamente en el cuarto ancho. Y el sonido venidero, suspenso un huelgo amplio, retumbó, emigrando profundo. El ruido de la lluvia lloró alto, como plañideras en el intervalo de las conversaciones. Los pequeños ruidos se destacaron acá dentro, inquietos.

105

¿Niebla o humo? ¿Subía de la tierra o bajaba del cielo? No se sabía: era más como una enfermedad del aire que una bajada o una emanación. A veces, parecía más una enfermedad de los ojos que una realidad de la naturaleza.

Fuese lo que fuese, iba por todo el paisaje una inquietud turbia, hecha de olvido y de atenuación. Era como si el silencio del mal sol tomase por suyo un cuerpo imperfecto. Se diría que iba a suceder algo y que por todas partes había una intuición, debido a la cual lo visible se velaba.

Era difícil decir si el cielo tenía nubes o más bien nieblas. Era un torpor empañado, aquí y allí colorido, un acenizamiento imponderablemente amarillento, salvo donde se deshacía en color rosa falso, o donde se estancaba azuleando, pero allí no se distinguía si era el cielo que se revelaba, si era otro azul que lo encubría.

Nada era definido, ni lo indefinido. Por eso apetecía llamar humo a la niebla, porque no parecía niebla, o preguntar si era niebla o humo, porque no se advertía nada de lo que era. El mismo calor del aire colaboraba en la duda. No era calor, ni frío, ni fresco; parecía componer su temperatura con elementos sacados de otras cosas que el calor. Se diría, de verdad, que una niebla fría a los ojos era caliente al tacto, como si tacto y vista fuesen dos modos sensibles del mismo sentido.

No era, en torno a los contornos de los árboles, o de las esquinas de los edificios, aquel esfumarse de salientes o de aristas, que la verdadera niebla trae, al estancarse, o el verdadero humo, natural, entreabre y entreoscurece. Era como si cada cosa proyectase una sombra vagamente diurna, en todos los sentidos, sin luz que la explicase como sombra, sin lugar de proyección que la justificase como visible.

Ni visible era: era como un comienzo de ir a verse algo, pero en todas partes por igual, como si lo a revelar dudase en ser aparecido.

¿Y qué sentimiento había? La imposibilidad de tenerlo, el corazón deshecho en la cabeza, los sentimientos confundidos, un torpor de la existencia despierta, un apurar de algo anímico como lo oído, hacia una revelación definitiva, inútil, siempre apareciendo ya, como la verdad, siempre, como la verdad, gemela del nunca aparecer.

Hasta las ganas de dormir, que recuerdan al pensamiento, desaparté por parecer un esfuerzo el mero bostezo de tenerlas. Hasta dejar de ver hace doler los ojos. Y, en la abdicación incolora del alma entera, sólo los ruidos exteriores, lejos, son el mundo imposible que todavía existe.

¡Ah, otro mundo, otras cosas, otra alma con que sentirlas, otro pensamiento con que saber de esa alma! ¡Todo, hasta el tedio, menos este esfumarse del alma y de las cosas, este desamparo azulado de la indefinición de todo!

2-11-1932.

106

Después de todos los días de lluvia, de nuevo el cielo trae el azul, que había escondido, a los grandes espacios de lo alto. Entre las calles, donde los charcos duermen como charcas del campo, y la alegría clara que se enfría en lo alto, hay un contraste que torna agradables las calles sucias y primaveral el cielo del invierno empañado. Es domingo y no tengo nada que hacer. Ni soñar me apetece, de tan bueno como está el día. Disfruto con una sinceridad de sentidos a los que se abandona la inteligencia. Paseo como un dependiente liberado. Me siento viejo, sólo para tener el placer de sentirme rejuvenecer.

En la gran plaza dominical hay un movimiento solemne de otra especie de día. En Santo Domingo hay una salida de misa, y va a empezar otra. Veo a unos que salen y a los que todavía no entran, esperando a algunos que no están viendo quién sale.

Todas estas cosas carecen de importancia. Son, como todo en lo vulgar de la vida, un sueño de los misterios y de las almenas, y yo miro, como un heraldo que ya ha dicho a qué iba, la planicie de mi meditación.

Otrora, siendo niño, yo iba a esta misma misa, o por ventura a otra, pero debía de ser a ésta. Me ponía, con el debido esmero, mi mejor traje, y disfrutaba de todo, hasta de lo que no tenía razón de

disfrutar. Vivía por fuera, y el traje era limpio y nuevo. ¿Qué más quiere quien tiene que morir y no lo sabe de la mano de su madre?

Otrora, disfrutaba de todo esto, por eso es sólo ahora, quizá, cuando comprendo cuánto lo disfrutaba. Entraba a oír misa como a un gran misterio, y salía de la misa como hacia un claro. Y así es como era de verdad, y todavía es de verdad. Sólo para el ser que no cree y es adulto, con alma que recuerda y llora, son la ficción y el trastorno, el desaliño y la losa fría.

Sí, lo que yo soy sería insoportable si no pudiese acordarme de lo que he sido. Y esta multitud ajena que persiste todavia en salir de la misa, y el principio de la multitud posible que empieza a llegar para entrar a otra -todo esto son como barcos que pasan junto a mí, río lento, bajo las ventanas abiertas de mi hogar alzado sobre la orilla.

Memorias, domingos, misas, placer de haber sido, milagro del tiempo que quedó por haber pasado, y no olvida nunca porque ha sido mío... Diagonal absurda de las sensaciones probables, ruido súbito del carruaje de la plaza que suena ruedas en el fondo de los silencios ruidosos de los automóviles, y de cualquier modo, por una paradoja maternal del tiempo, subsiste hoy, aquí mismo, entre el que soy y el que he perdido, en el anteromirar mío que soy yo...

¿Qué sé? ¿Qué busco? ¿Qué siento? ¿Qué pediría si tuviese que pedir?

1-2-1931.

107

Devaneo entre Cascaes y Lisboa. He ido a pagar en Cascaes una contribución del patrón Vasques, de una casa que tiene en Estoril. Disfruté anticipadamente el placer de ir, una hora para allá, una hora para acá, viendo los aspectos siempre diferentes del gran río y de su desembocadura atlántica. En verdad, al ir, me perdí en meditaciones abstractas, viendo sin ver los paisajes acuáticos que me alegraba ir a ver, y al volver me he perdido en la fijación de estas sensaciones. No sería capaz de describir el más pequeño pormenor del viaje, el más pequeño trecho de visible. He ganado estas páginas por olvido y contradicción. No sé si eso es mejor o peor que lo contrario, que tampoco sé lo que es.

El tren afloja, es el Caes do Sodré. He llegado a Lisboa, pero no a una conclusión.

108

Hoy, como me oprimiese la sensación del cuerpo aquella angustia antigua que a veces rebosa, no he comido bien, ni he bebido lo de siempre, en el restaurante, o casa de comidas, en cuyo entresuelo fundamento la continuidad de mi existencia. Y como al salir yo, el camarero comprobase que la botella de vino había quedado mediada, se volvió hacia mi y dijo: «Hasta luego, señor Soares, que se mejore».

Al toque de clarín de esta frase sencilla mi alma se alivió como si en un cielo de nubes las apartase de repente el viento. Y entonces reconocí lo que nunca había reconocido claramente: que en estos camareros de café o restaurante, en los barberos, en los mozos de cuerda de las esquinas, yo provoco una simpatía espontánea, natural, que no puedo enorgullecerme de recibir de los que me tratan con más intimidad, impropiamente dicha...

La fraternidad tiene sus sutilezas.

Unos gobiernan el mundo, otros son del mundo. Entre un millonario americano, con bienes en Inglaterra o Suiza, y el jefe socialista de la aldea no hay diferencias de calidad, sino de cantidad. Abajo [...] de éstos, nosotros, los amorfos, el dramaturgo inadvertido William Shakespeare, el maestro de escuela John Milton, el vagabundo Dante Alighieri, el mozo de cuerda que me hizo ayer el recado,

el barbero que me cuenta chistes, el camarero que acaba de hacerme la fraternidad de desearme esa mejoría, porque sólo me he bebido la mitad del vino.

109

El hombre delgado sonrió indolentemente. Me miró con una desconfianza que no era malévola. Después sonrió de nuevo, pero con tristeza. Bajó, después, otra vez, los ojos al plato. Continuó cenando en silencio y absorción.

18-9-1917.

110

Los carros de la calle runrunean, ruidos separados, lentos, de acuerdo, parece, con mi somnolencia. Es la hora del almuerzo pero me he quedado en la oficina. El día está templado y un poco velado. En los ruidos hay, por alguna razón, que tal vez sea mi somnolencia, lo mismo que hay en el día.

111

He descubierto que pienso siempre, y atiendo siempre, a dos cosas al mismo tiempo. Todos, supongo, serán un poco así. Hay ciertas impresiones tan vagas que sólo después, porque nos acordamos de ellas, sabemos que las hemos tenido; de esas impresiones, creo, se formará una parte -la parte interior, quizá- de la doble atención de todos los hombres. /Me sucede que tienen igual relieve las dos realidades a que atiendo. En esto consiste mi originalidad. En esto, tal vez, consiste mi tragedia, y su comedia./

Escribo atentamente, inclinado sobre el libro en que hago con los asentamientos la historia inútil de una firma oscura; y, al mismo tiempo, mi pensamiento sigue, con igual atención, la ruta de un navío inexistente por paisajes de un Oriente que no existe. Las dos cosas son igualmente nítidas, igualmente visibles para mí: la hoja en que escribo con cuidado, en las líneas pautadas, los versos de la epopeya comercial de Vasques y Cía., y el convés donde veo con cuidado, un poco al lado de la pauta alquitranada de los intersticios de las tablas, las tumbonas alineadas, y las piernas salidas de los que descansan del viaje.

(Si yo fuera atropellado por la bicicleta de un niño, esa bicicleta infantil se volvería parte de mi historia.)

Interviene el saliente de la sala de fumar; por eso, sólo se ven las piernas.

Adelanto la pluma hacia el tintero y de la puerta de la sala de fumar -[...] incluso al pie de donde siento que estoy- sale la figura de un desconocido. Me da la espalda y avanza hacia los otros. Su manera de andar es lenta y el trasero no dice mucho [...] Empiezo otro asiento. Trato de ver por qué me había equivocado. Es en el debe y no en el haber la cuenta de Marques. (Le veo gordo, amable, chistoso y, en un momento, el barco desaparece).

112

Por entre el caserío, en intercalaciones de luz y sombra -o, mejor, de luz-, la mañana se desata sobre la ciudad. Parece que no viene del sol, sino de la ciudad, y que es de los muros y de los tejados de donde la luz de lo alto se desprende -no de ellos físicamente, sino de ellos porque están allí.

Siento, al sentirla, una gran esperanza; pero reconozco que la esperanza es literaria. Mañana, primavera, esperanza –están unidas en música por la misma intención melódica; están unidas en el alma por el mismo recuerdo de una igual intención. No: si me observo a mí mismo, como observo a la ciudad, reconozco que lo que tengo que esperar es que este día se acabe, como todos los días. La razón también ve a la aurora. La esperanza que he puesto en ella, si la hubo no fue mía: fue la de los hombres que viven la hora que pasa, y de quienes he encarnado, sin querer, el entendimiento exterior de este momento.

¿Esperar? ¿Qué tengo yo que espere? El día no me promete más que el día, y yo sé que éste tiene transcurso y fin. La luz me anima pero no me mejora, pues saldré de aquí como para acá vine -más viejo en horas, más alegre una sensación, más triste un pensamiento. En lo que nace, tanto podemos sentir lo que nace como pensar lo que ha de morir. Ahora, a la luz amplia y alta, el paisaje de la ciudad es como de un campo con casas -es natural, es extenso, es combinado. Pero, aun en el ver de todo esto, ¿podré yo olvidar que existo? Mi conciencia de la ciudad es, por dentro, mi conciencia de mí.

Me acuerdo de repente de cuando era niño y veía, como hoy no puedo ver, a la mañana rayar sobre la ciudad. Entonces no rayaba para mí, sino para la vida, porque yo, entonces (no siendo consciente), era la vida. Veía la mañana y sentía alegría; hoy veo la mañana, y siento alegría, y me pongo triste. Ha quedado el niño, pero ha enmudecido. Veo como vela, pero por detrás de los ojos me veo viendo; y sólo con ello se me oscurece el sol y el verde de los árboles es viejo y las flores se marchitan antes de aparecer. Sí, antes yo era de aquí; hoy, a cada paisaje, por nuevo que sea para mí, regreso extranjero, huésped y peregrino de su presentación, forastero de lo que veo y oigo, viejo de mí.

Ya lo he visto todo, hasta lo que nunca he visto, y lo que nunca veré. Por mi sangre corre hasta el mejor de los paisajes futuros, y la angustia del que tendré que ver de nuevo es para mí una monotonía anticipada.

Y asomado al antepecho, disfrutando del día, sobre el volumen variado de la ciudad entera, sólo un pensamiento me llena el alma: el deseo íntimo de morir, de acabar, de no ver más luz sobre ninguna ciudad, de no pensar, de no sentir, de dejar atrás, como un papel de envolver, el curso del sol y de los días, de quitarme, como un traje pesado, al borde del gran lecho, el esfuerzo involuntario de ser.

¿1932?

113

La vulgaridad es un hogar. Lo cotidiano es maternal. Después de una incursión prolija en la gran poesía, hacia los montes de aspiración sublime, hacia los peñascos de lo transcendente y de lo oculto, sabe mejor que bien, sabe a cuanto es cálido en la vida, regresar al albergue donde ríen los necios felices, beber con ellos, necio también, como Dios nos ha hecho, contento del universo que nos ha sido dado y dejando lo demás alos que escalan montañas para no hacer nada allí en lo alto.

Nada me conmueve que se diga, de un hombre al que tengo por loco o necio, que supera a un hombre vulgar en muchos casos y éxitos de la vida. Los epilépticos son, durante el ataque, fortísimos; los paranoicos raciocinan como pocos hombres normales consiguen discurrir; los delirantes con manía religiosa reúnen multitudes de creyentes como pocos (si alguno hay) demagogos las reúnen, y con una fuerza íntima que éstos no logran transmitir a sus secuaces. Y todo esto no prueba sino que la

locura es locura. Prefiero la derrota con el conocimiento de la belleza de las flores a la victoria en medio de los desiertos, llena de la ceguera del alma a solas con su nulidad apartada.

Qué de veces el propio sueño fútil me deja un horror a la vida interior, una náusea física de los misticismos y las contemplaciones. Con qué prisa me alejo corriendo de casa, donde así he soñado, hacia la oficina; y veo la cara de Moreira como si por fin arribase a puerto. Considerándolo bien todo, prefiero a Moreira al mundo astral; prefiero la realidad a la verdad; prefiero la vida, vamos, al Dios que la ha creado. Así me la ha dado, así la viviré. Sueño porque sueño, pero no sufro el mal propio de dar a los sueños otro valor que el de ser mi teatro íntimo, como no doy al vino, del que todavía no me abstengo, el nombre de alimento o de necesidad de la vida.

114

He rechazado siempre que me comprendiesen. Ser comprendido es prostituirse. Prefiero ser tomado en serio como el que no soy, ignorado humanamente, con decencia y naturalidad.

Nada podría indignarme tanto como que me extrañasen en la oficina. Quiero gozar conmigo la ironía de que no me extrañen. Quiero el cilicio de que me crean igual a ellos. Quiero la crucifixión de que no me distingan. Hay martirios más sutiles que aquellos que se mencionan de los santos y de los eremitas. Hay suplicios de la inteligencia como los hay del cuerpo y del deseo. Y de estos, como de los otros suplicios existe una voluptuosidad.

115

... desdeñable como los fines de la vida que vivimos, sin que queramos nosotros tales fines.

La mayoría, si no la totalidad, de los hombres vive(n) una vida desdeñable, desdeñable en todas sus alegrías, y desdeñable en casi todos sus dolores, salvo en aquellos que se fundamentan en la muerte, porque en éstos colabora el Misterio (y la misma vida se desmiente).

Oigo, filtrados por mi distracción, los ruidos que suben /fluidos/ y dispersos, en ondas interfluyentes al acaso y desde fuera, como si viniesen de otro mundo: gritos de vendedores, que venden lo natural, como hortalizas, o lo social, como lotería; rayar redondo de ruedas -carros y coches a saltos- automóviles, más oídos en el movimiento que en la rotación; el tal sacudir de cualquier tejido en cualquier ventana; el silbido del chico; la carcajada del piso alto; el gemido metálico del tranvía en la otra calle; lo que de mezclado emerge de lo transversal; subidas, bajadas, silencios de lo variado; truenos torpes del transporte; algunos pasos; principios, medios y fines de voces -y todo esto existe para mí, que duermo pensarlo, como una piedra entre hierba, de cualquier modo atisbando desde fuera de lugar.

Después, y al lado, es dentro de la casa donde los ruidos confluyen con los otros: los pasos, los platos, la escoba, el cantar interrumpido -(medio-fado)-; la víspera en la combinación del balcón; la irritación de lo que falta en la mesa; la petición de los cigarros que se han quedado encima de la cómoda –todo esto es la realidad, la realidad anafrodisiaca que no entra en mi imaginación.

Leves los pasos de la doncella, chinelas que revisualizo de trencilla encarnada y negra y, si así las visualizo, el sonido toma algo de la trencilla encamada y negra; seguros, firmes, los pasos de botas del h4o de la familia que sale y se despide alto, con el portazo cortando el eco del luego que viene después del hasta; un sosiego, como si el mundo se acabase en este cuarto piso alto; ruido de loza que va a ser lavada; correr de agua; «pues no te dije que» ...y el silencio pita desde el río.

Pero yo me amodorro, digestivo e imaginador. Tengo tiempo, entre cenestesias. Y es prodigioso pensar que yo no querría, si ahora me preguntasen y yo respondiese, mejor breve vida que estos lentos minutos, esta nulidad del pensamiento, de la emoción, de la acción, casi de la misma sensación, el

ocaso-nato de la voluntad dispersa. Y entonces reflexiono, casi sin pensamiento, que la mayoría, si no la totalidad, de los hombres, así vive, más alto o más bajo, parados o andando, pero con la misma modorra para los fines últimos, el mismo abandono de los propósitos formados, la misma /sensación/ de la vida. Siempre que veo un gato al sol me recuerda a la humanidad. Siempre que veo dormir me acuerdo de que todo es sueño. Siempre que alguien me dice que ha soñado, pienso si piensa que nunca ha hecho más que soñar. El ruido de la calle aumenta, como si una puerta se abriese, y tocan el timbre.

Lo que ha sido no era nada, porque la puerta se ha cerrado en seguida. Los pasos cesan al final del pasillo. Los platos llevados alzan la voz de agua y loza [...]

116

Me levanto de la silla con un esfuerzo monstruoso, pero tengo la impresión de que me la llevo conmigo, y que es más pesada, porque es la silla de la subjetividad.

117

Cosas de nada, naturales de la vida, insignificancias de lo usual y de lo vulgar, polvo que subraya con un rasgo apagado y grotesco la sordidez y la vileza de mi vida humana.

-el Libro de Caja abierto ante los ojos cuya vida sueña todos los orientes; el chiste inofensivo del jefe de la oficina que ofende a todo el universo; el avisar al patrón que telefonee, que es su amiga, por nombre y doña [...] en medio de la meditación del período más asexual de una teoría estética y mental.

Todos tienen un jefe de oficina con el chiste siempre inoportuno y el alma fuera del universo en su conjunto. Todos tienen un patrón y la amiga del patrón, y la llamada al teléfono en el momento siempre inoportuno en que la tarde admirable cae y las amantes (...) se arriesgan a hablar al amigo que está haciendo pipí como sabemos los demás.

Pero todos los que sueñan, aunque no sueñen en oficinas de la Baja, ni delante de un escrito del almacén de tejidos, todos tienen un Libro de Caja delante de sí -sea la mujer con quien se han casado, sea la [...] de un futuro que le viene por herencia, sea lo que sea siempre que positivamente sea.

Después los amigos, buenos chicos, buenos chicos, tan agradable estar hablando con ellos, cenar con ellos, y todo, no sé cómo, tan sórdido, tan bajo, tan pequeño, siempre en el almacén de tejidos aunque en la calle, siempre delante del Libro de Caja aunque en el extranjero, siempre con el patrón aunque en el infinito.

Todos nosotros, que soñamos y pensamos, somos ayudantes de contabilidad de un almacén de tejidos, o de otra cualquier mercancía en una Baja cualquiera. Inscribimos y perdemos; sumamos y pasamos; cerramos el balance y el saldo invisible está siempre en contra nuestra.

Escribo sonriendo con las palabras, pero mi corazón está como si se pudiese partir, partir como las cosas que se rompen, en fragmentos, en trozos, en basura, que el cajón se lleva con un gesto de por cima del hombro al carro de lo eterno de todos los Ayuntamientos.

Y todo espera, abierto y adornado, al Rey que vendrá y ya llega, que el polvo del cortejo es una nueva niebla de oriente lento y las lanzas relucen ya en la distancia con una madrugada suya.

118

Cada vez que mi propósito se ha elevado, por influencia de mis sueños, por cima del nivel cotidiano de mi vida, y durante un momento me he sentido alto, como el niño en un columpio, cada

vez de éstas he tenido que bajar como él al jardín municipal, y conocer mi derrota sin banderas desplegadas para la guerra ni espada que tuviese la fuerza de desenvainar.

Supongo que la mayoría de aquellos con quienes me cruzo en el acaso de las calles lleva consigo -lo noto en el movimiento silencioso de los labios y en la indecisión confusa de los ojos o en la elevación de la voz con que rezan juntos- una igual proyección para la guerra inútil del ejército sin pendones. Y todos -me vuelvo para atrás y contemplo sus dorsos de vencidos pobres- tendrán, como yo, la gran derrota vil, entre los limos y los juncos, sin claro de luna en las márgenes ni poesía en los pantanos, miserable y hortera.

Todos tienen, como yo, un corazón exaltado y triste, los conozco bien: unos son dependientes de tiendas, otros son empleados de oficina, otros son comerciantes de pequeños comercios; otros son los vencedores de los cafés y de las tascas, gloriosos sin saberlo en el éxtasis de la palabra egotísta, (...) Pero todos, pobrecillos, son poetas, y arrastran, a mis ojos, como yo a sus ojos, la igual miseria de nuestra común incongruencia. Tienen todos, como yo, el futuro en el pasado.

Ahora mismo, que me hallo inerte en la oficina, y todos salvo yo se han ido a almorzar, miro, a través de la ventana empañada, al viejo oscilante que recorre lentamente la acera del otro lado de la calle. No va borracho; va soñador. Está atento a lo inexistente; quizás espere todavía. Los Dioses, si son justos en su justicia, nos conserven todavía los sueños cuando sean imposibles, y nos concedan buenos sueños, aunque sean bajos. Hoy, que no soy todavía viejo, puedo soñar en las islas del Sur y con Indias imposibles; mañana quizá me sea concedido por los mismos Dioses el sueño de ser dueño de una tabaquería pequeña, o jubilado en una casa de los alrededores. Cualquiera de los sueños es el mismo sueño, porque todos son sueños. Cámbienme los Dioses los sueños, pero no el don de soñar.

En el intervalo de pensar esto, el viejo se ha salido de mi atención. Ya no lo veo. Abro la ventana para verlo. Todavía no lo veo. Se ha salido. Ha tenido, para conmigo, el valor visual del símbolo; ha terminado y ha doblado la esquina. Si me dijeran que ha doblado la esquina absoluta, y nunca ha estado aquí, lo admitiré con el mismo gesto con que cierro ahora la ventana.

¿Conseguir?...

¡Pobres semidioses horteras que conquistan imperios con la palabra y la intención noble y tienen necesidad de dinero con el cuarto y la comida! Parecen las tropas de un ejército desertado cuyos jefes tuviesen un sueño de gloria del que a éstos, perdidos entre los limos de los pantanos, queda tan sólo la noción de grandeza, la conciencia de haber sido del ejército, y el vacío de no haber sabido lo que hacía el jefe que nunca han tenido.

Así, cada uno se sueña, un momento, el jefe del ejército de cuya retaguardia ha huido. Así, cada uno, entre el barro de los riachos, saluda a la victoria que nadie pudo lograr, y de la que ha quedado una especie de migas entre manchas en el mantel que se han olvidado de sacudir.

Llenan los intersticios de la acción cotidiana como el polvo los intersticios de los muebles cuando no se los limpia con cuidado. En la luz vulgar del día común se les ve luciendo como gusanos cenicientos contra la caoba rojiza. Pueden sacarse con un clavo viejo. Pero nadie tiene prisa de sacarlos.

¡Pobres compañeros míos que sueñan en voz alta, cómo los envidio con vergüenza! Conmigo están los otros -los más pobres, los que no tienen más que a sí mismos a quien contar los sueños y hacer lo que serían versos, si los escribiesen- los pobres diablos sin más literatura que la propia alma, (...) que mueren asfixiados por el hecho de existir (...)

Unos son héroes y derriban cinco hombres en una esquina de ayer. Otros son seductores y hasta las mujeres inexistentes no osan resitírseles. Se lo creen cuando lo dicen y todos lo dicen porque se lo creen. Otros (...) Para todos ellos, vencidos del mundo, porque quien sean son gente.

Y todos, como anguilas en un barreño, se enroscan entre sí y se cruzan unos por cima de los otros y no salen de los barreños. A veces hablan de ellos los periódicos (...) pero la fama, nunca. Estos son los felices, porque les es concedido el sueño (...) de la estupidez. Pero a los que, como yo, tienen sueños sin ilusiones (...)

119

El propio sueño me castiga. He adquirido en él tal lucidez que veo como real cada cosa que sueño. Era extravío, por consiguiente, todo cuanto la valorizaba como soñada.

¿Me sueño famoso? Siento todo el desprendimiento que hay en la gloria, toda la pérdida de la intimidad y del anonimato con que es dolorosa para nosotros.

¿1915?

120

Cuántas veces, presa de la superficie y del hechizo, me siento hombre, Entonces vivo con alegría y existo con claridad. Sobrenado. Y me resulta agradable recibir la paga e irme a casa. Siento el tiempo sin verlo, y me gusta cualquier cosa orgánica. Si medito, no pienso. Esos días me gustan mucho los jardines.

No sé qué cosa extraña y pobre hay en la substancia íntima de los jardines ciudadanos que sólo puedo sentirla bien cuando me siento bien a mi. Un jardín es un resumen de la civilización -una modificación anónima de la naturaleza. Las plantas están allí, pero hay calles: calles. Crecen árboles, pero hay bancos debajo de una sombra. En la alineación vuelta hacia los cuatro lados de la ciudad, allí sólo plaza, los bancos son mayores y casi siempre tienen gente.

No odio la regularidad de las flores de los arriates. Odio, en cambio, el empleo público de las flores. Si los arriates estuviesen en parques cerrados, si los árboles creciesen en rincones feudales, si los bancos no tuviesen a nadie, habría con qué consolarme en la contemplación inútil de los jardines. Así, en la ciudad, pautados pero inútiles, los jardines son para mí como jaulas en que las espontaneidades coloridas de los árboles y de las flores no tienen espacio para no tenerlo, lugar en él para no salir, y la belleza propia sin la vida que le pertenece.

Pero hay días en que éste es el paisaje que me pertenece, y en el que entro como un figurante en una tragedia cómica. Esos días estoy equivocado, pero, por lo menos en cierto modo, soy más feliz. Si me distraigo, me creo que tengo realmente casa, un hogar, a donde volver. Si me olvido, soy normal, reservado para un fin, cepillo otro traje y me leo un periódico entero.

Pero la ilusión no dura mucho, tanto porque no dura como porque se hace de noche. Y el color de las flores, la sombra de los árboles, la alineación de paseos y arriates, todo se esfuma y encoge. Por cima del error de que yo sea un hombre se abre de repente, como si la luz del día fuese un telón de teatro que se escondiese para mi, el gran escenario de las estrellas. Y entonces olvido con los ojos el patio de butacas amorfo y espero a los primeros actores con un sobresalto de niño en el circo.

Estoy libre y perdido.
Siento. Resfrío fiebre. Soy yo.

12-4-1930.

121

PROSA DE VACACONES

La playa pequeña, que forma una bahía pequeñísima, excluida del mundo por dos promontorios en miniatura, era, durante aquellas vacaciones de tres días, mi retiro de mí mismo. Se bajaba a la playa

por una escalera tosca que empezaba, arriba, en escalera de madera, y hacia la mitad se convertía en escalones tallados en la roca, con pasamanos de hierro ferrugiento. Y, siempre que yo bajaba la escalera vieja, y sobre todo de la piedra a los pies para abajo, salía de mi propia existencia, y me encontraba.

Dicen los ocultistas, o algunos de ellos, que hay momentos supremos del alma en que ésta recuerda, con la emoción o con parte de la memoria, un momento, o un aspecto, o una sombra de una encarnación anterior. Y entonces, como regresa a un tiempo que está más cerca que su presente del origen y del comienzo de las cosas, siente, en cierto modo, una infancia y una liberación.

Se diría que, bajando aquella escalera poco usada ahora, y entrando lentamente en la playa pequeña siempre desierta, empleaba yo un procedimiento mágico para encontrarme más cerca de la mónada posible que soy. Ciertos modos y aspectos de mi vida cotidiana -representados en mi ser constante por deseos, repugnancias, preocupaciones- desaparecían de mí como emboscados de la ronda, se apagaban en las sombras hasta no percibirse lo que eran, y yo accedía a un estado de distancia íntima en que se me hacía difícil acordarme de ayer, o conocer como mío al ser que en mi está vivo todos los días. Mis emociones de constantemente, mis hábitos regularmente irregulares, mis conversaciones con otros, mis adaptaciones a la constitución social del mundo, todo esto me parecía cosas leídas en alguna parte, páginas inertes de una biografía impresa, pormenores de una novela cualquiera, en aquellos capítulos intervalares que leemos pensando en otra cosa, y el hilo de la narración se afloja hasta serpentear por el suelo.

Entonces, en la playa rumorosa sólo de las olas propias, o del viento que pasaba alto, como un gran avión inexistente, me entregaba a una nueva especie de sueños: cosas informes y suaves, maravillas de la impresión profunda, sin imágenes, sin emociones, limpias como el cielo y las aguas, y sonando, como las volutas al desenredarse del mar que se alza del fondo de una gran verdad; trémulamente de un azul oblicuo a lo lejos, verdeciendo a la llegada con transparencias de otros tonos verdes sucios, y, después de romper, crujiendo, los mil brazos deshechos, y desalargarlos en arena amorenada, y espuma desbabada, que congrega en sí todas las resacas, los regresos a la libertad del origen, las añoranzas divinas, las memorias, como ésta, que informemente no me dolía, de un estado anterior, o feliz por bueno o por otro, un cuerpo de añoranza con alma de espuma, el reposo, la muerte, el todo o nada que rodea como un mar grande a la isla de náufragos que es la vida.

Y yo dormía sin sueño, desviado de lo que veía sintiendo, crepúsculo de mí mismo, ruido de agua entre árboles, calma de los grandes ríos, frescura de las tardes tristes, lento jadear del pecho blanco del sueño infantil de la contemplación.

122

Cuanto más alta la sensibilidad, y más sutil la capacidad de sentir, tanto más absurdamente vibra y se estremece con las cosas pequeñas. Es necesaria una gran inteligencia para sentir angustia ante un día oscuro. La humanidad, que es poco sensible, no se angustia con el tiempo, porque siempre hace tiempo; no siente la lluvia sino cuando le cae encima.

El día empañado y lánguido escalda húmedamente. Solo en la oficina, paso revista a mi vida, y lo que veo en ella es como el día que me oprime y me aflige. Me veo niño contento por nada, adolescente que aspira a todo, adulto sin alegría ni aspiración. Y todo esto ha sucedido en la languidez y en lo empañado, como el día que me lo hace ver o recordar.

¿Cuál de nosotros puede, volviéndose en el camino en el que no hay regreso, decir lo que ha seguido como debía haberlo seguido?

123

Quien quisiera hacer un catálogo de monstruos no tendría más que fotografiar con palabras esas cosas que la noche trae a las almas somnolientas que no consiguen dormir. Planean como murciélagos sobre la pasividad del alma, o vampiros que chupasen la sangre de la sumisión.

Son larvas del declive y del desperdicio, sombras que llenan el valle, vestigios que quedan del destino. Unas veces son gusanos, nauseabundos para la propia alma que los alimenta y cría; otras veces son espectros, y rondan siniestramente a nada; otras veces, también, emergen, culebras, de los antros absurdos de las emociones perdidas.

Lastre de lo falso, no sirven sino para que no sirvamos. Son dudas del abismo, echadas en el alma, que arrastran arrugas somnolientas y frías. Duran humos, pasan rastros, y no hay más que el haberlos sido en la substancia estéril de haber tenido conciencia de ellos. Uno u otro es como pieza íntima de fuego artificial: chisporrotea un rato entre sueños, y el resto es la inconsciencia de la conciencia con que lo vivimos.

Cinta desatada, el alma no existe en si misma. Los grandes paisajes son para mañana, y nosotros ya hemos vivido. Ha fracasado la conversación interrumpida. ¿Quién diría que la vida había de ser así?

Me pierdo si me encuentro, dudo si opino, no tengo si obtuve. Como si me pasease, duermo, pero estoy despierto. Como si durmiese despierto, y no me pertenezco. La vida, al final, es, en sí misma, un gran insomnio, y hay un aletargamiento lúcido en todo cuanto pensamos y hacemos.

Sería feliz si pudiese dormir. Esta opinión es de este momento, porque no duermo. La noche es un peso inmenso por detrás del ahogarme con el cobertor mudo de lo que sueño. Tengo una indigestión en el alma.

Siempre, después de después, llegará el día, pero será tarde, como siempre. Todo duerme y es feliz, menos yo. Descanso un poco, sin osar dormir. Y grandes cabezas de monstruos sin ser emergen confusas del fondo de lo que soy. Son dragones del Oriente del abismo, con lenguas encarnadas al margen de la lógica, con ojos que miran sin vida mi vida muerta que no los mira.

¡La tapa, por el amor de Dios, la tapa! ¡Conclúyanme la inconsciencia y la vida! Afortunadamente, por la ventana fría, con los postigos abiertos hacia atrás, un hilo triste de luz pálida empieza a sacar sombra del horizonte. Afortunadamente, lo que va a rayar es el día. Sosiego, casi, del cansancio del desasosiego. Un gallo canta, absurdo, en plena ciudad. El día lívido comienza en mi vago sueño. Alguna vez dormiré. Un ruido de ruedas hace carro. Mis párpados duermen, pero no yo. Todo, en fin, es el Destino.

4-11-1931.

124

Para sentir la delicia y el terror de la velocidad no necesito automóviles veloces ni trenes expresos. Me basta un tranvía y la espantosa facultad de abstracción que poseo y cultivo.

En un tranvía en marcha, sé, gracias a una actitud constante e instantánea del análisis, separar la idea de tranvía de la idea de velocidad, separarlas del todo, hasta que son cosas-reales diferentes. Después, puedo sentirme siguiendo, no dentro del tranvía, sino dentro de su mera-velocidad. Y, cansado, si acaso quiero el delirio de la velocidad enorme, puedo transportar la idea a la Pura imitación de la velocidad y a mi gusto aumentarla o disminuirla, ampliarla más allá de todas las velocidades posibles de vehículos trenes.

Correr riesgos reales, además de empavorecerme, no es por miedo que yo sienta excesivamente, me perturba la perfecta atención a mis sensaciones, lo que me molesta y despersonaliza.

Nunca voy a donde hay riesgo. Le tengo miedo al tedio de los peligros.

Un ocaso es un fenómeno intelectual.

125

La vida es para nosotros lo que concebimos en ella. Para el rústico cuyo campo lo es todo, ese campo es un imperio. Para el César cuyo imperio le parece todavía poco, ese imperio es un campo. El pobre posee un imperio; el grande posee un campo. En verdad, no poseemos más que nuestras propias sensaciones; en ellas, pues, que no en lo que ellas ven, tenemos que fundamentar la realidad de nuestra vida.

/Esto no viene a propósito de nada./

He soñado mucho. Estoy cansado de haber soñado, pero no cansado de soñar. De soñar nadie se cansa, porque soñar es olvidar, y olvidar no pesa y es un sueño sin sueños en el que estamos despiertos. En sueños lo he conseguido todo. También he despertado, ¿pero qué importa? ¡Cuántos Césares he sido! ¡Y los gloriosos, qué mezquinos! César, salvado de la muerte por la generosidad de un pirata, manda crucificar a aquel pirata después de que, buscándolo bien, consigue prenderlo. Napoleón, haciendo su testamento en Santa Helena, deja un legado a un facineroso que había intentado asesinar a Wellington. ¡Oh grandezas iguales a las del alma de la vecina bisoja! ¡Oh grandes hombres de la cocinera del otro mundo! ¡Cuántos Césares he sido, y sueño todavía ser!

Cuántos Césares he sido, pero no de los reales. He sido verdaderamente imperial mientras he soñado, y por eso nunca he sido nada. Mis ejércitos fueron derrotados, pero la derrota fue blanda, y nadie murió. No perdí banderas. No he soñado hasta el punto del ejército, donde aquéllas apareciesen a mi vista en cuyo sueño hay una esquina. Cuántos Césares he sido, aquí mismo, en la Calle de los Doradores. Y los Césares que he sido viven todavía en mi imaginación; pero los Césares que han sido están muertos, y la Calle de los Doradores, es decir, la realidad, no puede conocerlos.

Tiro la caja de cerillas, que está vacía, al abismo que es la calle más allá del antepecho de mi ventana sin voladizo. Me levanto de la silla y escucho. Nítidamente, como si significase algo, la caja de cerillas vacía suena en la calle que [se] me declara desierta. No hay más sonido ninguno, salvo los de la ciudad entera. Sí, los de la ciudad de un domingo entero -tantos, que no se entienden, y todos exactos.

Cuán poco, en el mundo real, forma el soporte de las mejores meditaciones. El haber llegado tarde a almorzar, el haberse terminado las cerillas, el haber tirado, individualmente, la caja a la calle, la mala disposición por haber comido a deshoras, el ser el domingo la promesa aérea de un ocaso malo, el no ser nadie en el mundo, es toda la metafísica.

¡Pero cuántos Césares he sido!

27-6-1930.

126

Pienso, muchas veces, en cómo sería si, resguardado del viento de la suerte por el biombo de la riqueza, nunca hubiese sido traído, de la mano moral de mi tío, a una oficina de Lisboa ni hubiese ascendido de ella a otras, hasta esa cumbre barata de buen auxiliar de contabilidad, con un trabajo como una especie de siesta y una paga que da para ir viviendo.

Sé bien que, si ese pasado que no hubiese sido, yo no sería hoy el capaz de escribir estas páginas, en todo caso mejores, por algunas, que las ningunas que en mejores circustancias no habría hecho más que soñar. Es que la trivialidad es una inteligencia y la realidad, sobre todo si es estúpida y áspera, un complemento natural del alma.

Debo al ser contable gran parte de lo que puedo sentir y pensar como la negación y la fuga del cargo.

Si tuviese que inscribir, en el sitio sin letras de la respuesta de un cuestionario, a qué influencias literarias estaba agradecida la formación de mi espíritu, abriría el espacio punteado con el nombre de Cesário Verde, pero no lo cerraría sin inscribir los nombres del patrón Vasques, del dependiente Vieira y de Antonio, el mozo de la oficina. Y a todos les pondría, con letras magnas, la dirección clave LISBOA.

Bien mirado, tanto Cesário Verde como éstos han sido para mi visión del mundo coeficientes de correción. Creo que ésta es la frase, cuyo sentido exacto evidentemente ignoro, con que los ingenieros designan el tratamiento que se da a las matemáticas para que puedan andar hasta la vida. Si es así, ha sido eso mismo. Si no lo es, pase por lo que podría ser, y valga la intención por la metáfora fracasada.

Considerando, además, y con toda la claridad que puedo, lo que ha sido aparentemente mi vida, la veo como una cosa colorida -envoltorio de chocolatina o vitola de puro- barrida, por el cepillo leve de la criada que escucha desde arriba, del mantel por levantar hacia el cogedor de las migajas, entre las cortezas de la realidad propiamente dicha. Se destaca de las cosas cuyo destino es igual debido a un privilegio que también va a tener el cogedor. Y la conversación de los dioses continúa por cima del cepillar, indiferente a estos incidentes del servicio del mundo.

Sí, si yo hubiese sido rico, protegido, cepillado, ornamental, no habría sido ni ese breve episodio de papel bonito entre las migas; me habría quedado en un plato de la suerte -"no, muy agradecida"- y me recogería el aparador para envejecer. Así, rechazado después de haberme comido el meollo práctico, voy con el polvo de lo que queda del cuerpo de Cristo al cubo de la basura, y no me imagino lo que viene después, y entre qué astros; pero siempre es seguir.

127

El mozo ataba los paquetes de todos los días en el final crepuscular de la vasta oficina. «¡Qué trueno tan grande!», dijo, a nadie, con un tono alto de «buenos días», el crudelísimo bandido. Mi corazón empieza a latir nuevo. El apocalipsis había pasado. /Se hizo una pausa./

Y con qué alivio -luz fuerte y clara, espacio, trueno duro- este tronar próximo ya alejado nos aliviaba de lo que había habido. Dios había cesado. Me sentí respirar con los pulmones enteros. Me doy cuenta de que había poco aire en la oficina. Noté que había allí otra gente, que no era el mozo. Todos habían estado callados. Sonó una cosa trémula y encrespada: era la hoja espesa del Libro Mayor que Moreira había vuelto para delante, bruscamente, para comprobar.

¿1930?

128

la lluvia caía todavía triste, pero más suave, como en un cansancio universal; no relampagueaba, y apenas, de vez en cuando, con el ruido de ya lejos, un trueno corto gruñía duro, y a veces como se interrumpía, cansado también. Como de repente, la lluvia disminuyó todavía más. Uno de los empleados abrió las ventanas de la Calle de los Doradores. Un aire fresco, con restos muertos de caliente, se insinuó en la habitación grande. La voz del patrón Vasques sonó alta al teléfono del despacho, «¿Entonces todavía está hablando?» Y hubo un ruido de habla seca y aparte –comentario, obsceno (se adivina), sobre la señorita lejana.

129

Hay sosiegos del campo en la ciudad. Hay momentos, sobre todo en los mediodías de estío, en que, en esta Lisboa luminosa, el campo, como un viento, nos invade. Y aquí mismo, en la Calle de los Doradores, tenemos el sueño bueno.

¡Qué bueno es para el alma ver entrar, bajo un sol alto quieto, estos carros de paja, estos cajones por hacer, estos transeúntes lentos de la aldea transferida! Yo mismo, mirándolos desde la ventana de la oficina, donde estoy solo, me transmuto: estoy en un pueblo tranquilo de provincias, me remanso en una aldehuela desconocida, y porque me siento otro soy feliz.

Lo sé bien: si levanto los ojos, tengo ante mi la línea sórdida de las casas, las ventanas por lavar de todas las oficinas de la Baja, las ventanas sin sentido de los pisos más altos donde todavía se vive, y, en lo alto, en el ángulo de los tragaluces, la ropa de siempre, al sol entre tiestos y plantas. Lo sé, pero es tan suave la luz que dora todo esto, tan sin sentido el aire tranquilo que me rodea, que no tengo una razón ni siquiera visual para abdicar de mi aldea postiza, de mi pueblo provinciano donde el comercio es un sosiego.

Lo sé, lo sé... Aunque sea verdad que es la hora del almuerzo, o del descanso, o de la interrupción. Todo discurre bien por la superficie de la vida. Yo mismo duermo, aunque me asome al balcón, como si fuera la amurada de un barco sobre un paisaje nuevo. Yo mismo pienso, como si estuviese en la provincia. Y, súbitamente, otra cosa me surge, me envuelve, me domina: veo, por detrás del mediodía del pueblo, toda la vida en todo lo del pueblo; veo la gran felicidad estúpida del sosiego en la sordidez. Veo, porque veo. Pero no he visto y me despierto. Miro alrededor, sonriendo, y, antes de nada, me sacudo de los codos del traje, desgraciadamente oscuro, todo el polvo de la barandilla del balcón, que nadie ha limpiado, ignorando que tendría un día, aunque sólo fuese un momento, que ser la amurada sin polvo posible de un barco que singla en un turismo infinito.

29-8-1933.

130

Vi y oí ayer a un gran hombre. No quiero decir un gran hombre atribuido, sino un gran hombre que verdaderamente lo es. Tiene valía, si la hay en este mundo; saben que tiene valía; y él sabe que lo saben. Tiene, pues, todas las condiciones para que yo le llame un gran hombre. Es, efectivamente, lo que le llamo.

El aspecto físico es el de un comerciante cansado. La cara muestra trazos de fatiga, pero tanto podrían ser de pensar demasiado como de no vivir higiénicamente. Los gestos son cualesquiera. La mirada tiene cierta viveza -privilegio de quien no es miope-. La voz es un poco embrollada, como si un principio de parálisis general viciase esta emisión del alma. Y el alma emitida discurre sobre la política de los partidos, sobre el alza o la devaluación del escudo, y sobre lo que hay de despreciable en los colegas de grandeza.

Si yo no supiese quién es, no lo adivinaría por la estampa. Sé bien que no hay que hacerse de los grandes hombres esa idea heroica que se forman las almas simples: que un gran poeta ha de ser un Apolo y un Napoleón de la expresión; o, con menos exigencias, un hombre con distinción y un rostro expresivo. Sé bien que estas cosas son humanidades naturales y absurdas. Pero, si no se espera todo o casi todo, todavía se espera algo. Y, cuando se pasa de la figura vista al alma hablada, no hay sin duda que esperar ingenio o vivacidad, pero hay por lo menos que contar con inteligencia, con, por lo menos, la sombra de la elevación.

Todo esto -estas desilusiones humanas- nos hace pensar en lo que puede realmente haber de verdad en el concepto vulgar de inspiración. Parece que este cuerpo destinado para comerciante y esta alma destinada para hombre educado son, cuando están a solas, investidos misteriosamente de algo interior que es exterior a ellos, y que no hablan, sino que se habla en ellos, y la voz dice lo que seria mentira que ellos dijesen.

Son especulaciones casuales e inútiles. Llego a sentir pena de hacerlas. No disminuye con ellas la valía del hombre; no aumenta con ellas la expresión de su cuerpo. Pero, en verdad, nada altera a nada, y lo que decimos o hacemos roza sólo las cimas de los montes en cuyos valles duermen las cosas.

131

Es una oleografía sin remedio. La miro sin saber si veo. En el escaparate están otras y aquélla. Está en el centro del escaparate en el punto que me impide la visión de la escalera.

Ella estrecha a la primavera contra el seno y los ojos con que me mira son tristes. Sonríe con brillo del papel y los colores de su faz son encarnados. El cielo por detrás de ella es azul de tela clara. Tiene una boca perfilada y casi pequeña sobre cuya expresión postal los ojos me miran siempre con una gran pena. El brazo que sostiene las flores me recuerda al de alguien. El vestido o blusa está abierto en un escote ladeado. Los ojos son realmente tristes: me miran desde el fondo de la realidad litográfica con una verdad cualquiera. Ha llegado con la primavera. Sus ojos tristes son grandes, pero no es por eso. Me separo de enfrente del escaparate con una gran violencia encima de los pies. Atravieso la calle y me vuelvo con una rebelión impotente. Ella sostiene aún la primavera que le han dado y sus ojos son tristes como lo que yo no tengo en la vida. Vista a distancia, la oleografía acaba por tener más colores. La figura tiene una cinta de color de más rosa rodeándole lo alto del cabello; no me había fijado. Hay en unos ojos humanos, aunque litográficos, algo terrible: el aviso inevitable de la conciencia, el grito clandestino de haber alma. Con un gran esfuerzo, me levanto del sueño en que me mojo y sacudo, como un perro, las humedades de la tiniebla de bruma. Y por cima de mi despertar, en una despedida de otra cosa cualquiera, los ojos tristes de la vida toda, desde esta oleografía que contemplamos a distancia, me miran como si yo supiese de Dios. El grabado tiene un calendario en la base. Está enmarcado, por arriba y por abajo, por dos listones negros de una convexidad pintada malamente. Entre lo alto y lo bajo de lo suyo definitivo, por sobre 1929 con viñeta obsoletamente caligráfica que cubre el inevitable primero de Enero, los ojos tristes me sonríen irónicamente.

Es curioso de dónde, al final, conocía yo la figura. En la oficina hay, en el rincón del fondo, un calendario idéntico que he visto muchas veces. Pero debido a un misterio, oleográfico o mío, la idéntica de la oficina no tiene ojos de pena. Es sólo una oleografía. (Es de un papel que brilla y que duerme por cima de la cabeza del Alves zurdo su vivir de esbatimento).

Quiero sonreirme de todo esto, pero siento un gran malestar. Siento un frío de enfermedad súbita en el alma. No tengo fuerzas para rebelarme contra este absurdo. ¿A qué ventana hacia qué secreto de Dios me arrimaría yo sin querer? ¿Para dónde da el escaparate del vano de la escalera? ¿Qué ojos me miraban en la oleografía? Estoy casi temblando. Alzo involuntariamente los ojos hacia el rincón distante de la oficina donde está la verdadera oleografía. Estoy elevando los ojos hacia ella constantemente.

¿1929?

132

A veces, sin que lo espere o deba esperarlo, la sofocación de lo vulgar se me agarra a la garganta y siento la náusea física de la voz y del gesto de lo llamado semejante. La náusea física directa, sentida directamente en el estómago y en la cabeza, maravilla estúpida de la sensibilidad despierta... Cada individuo que me habla, cada cara cuyos ojos me miran, me afectan como un insulto o como una porquería. Reboso horror de todo. Me atonto de sentir sentirlos.

Y sucede, casi siempre, en esos momentos de desolación estomacal, que hay un hombre, una mujer, hasta un niño, que se yergue ante mí como un representante real de la trivialidad que me acongoja. No representante debido a una emoción mía, subjetiva y pensada, sino debido a una verdad objetiva, realmente conforme por fuera con lo que siento por dentro que surge por magia simpática y me trae el ejemplo para la regla que pienso.

133

Releo pasivamente, recibiendo lo que siento como una inspiración y una liberación, esas frases sencillas de Caeiro, en la referencia natural de lo que es consecuencia del pequeño tamaño de su aldea. Desde allí, dice él, porque es pequeña, puede verse más del mundo que desde la ciudad; y por eso la aldea es mayor que la ciudad...

«Porque yo soy del tamaño de lo que veo
Y no del tamaño de mi estatura.»

Frases como éstas, me parecen crecer sin voluntad que las hubiera dicho, me limpian de toda la metafísica que espontáneamente añado a la vida. Después de leerlas, me acerco a mi ventana que da a la calle estrecha, miro al cielo grande y a los muchos astros, y soy libre como un esplendor alado cuya vibración me estremece todo el cuerpo.

«¡Soy del tamaño de lo que veo!» Cada vez que pienso esta frase con toda la atención de mis nervios, me parece más destinada a reconstruir consteladamente el universo. «¡Soy del tamaño de lo que veo!» Qué gran posesión mental va desde el pozo de las emociones profundas a las altas estrellas que se reflejan en él y, así, de cierta manera, están allí.

Y ahora ya, consciente de saber ver, miro la vasta metafísica objetiva de todos los cielos con una seguridad que me da ganas de morir cantando. «¡Soy del tamaño de lo que veo!» Y el vago claro de luna, enteramente mío, empieza a viciar de vaguedad el azul medio negro del horizonte.

Tengo ganas de levantar los brazos y gritar cosas de un salvajismo ignorado, de decir palabras a los misterios altos, de afirmar una nueva personalidad vasta a los grandes espacios de la materia vacía.

Pero me reprimo y sereno. «¡Soy del tamaño de lo que veo!» Y la frase sigue siendo para mí el alma entera, apoyo en ella todas las emociones que siento, y sobre mi, por dentro, como sobre la ciudad, por fuera, cae la paz indescifrable del duro claro de luna que empieza ancho con el anochecer.

24-3-1930.

134

El cielo negro al fondo del sur del Tajo era siniestramente negro contra las alas, por contraste, vívidamente blancas de las gaviotas de vuelo inquieto. El día, sin embargo, no estaba ya tempestuoso. Toda la masa de la amenaza de la lluvia había pasado hacia la otra orilla, y la ciudad baja, húmeda todavía de lo poco que había llovido, sonreía desde el suelo a un cielo cuyo norte se azulaba todavía un poco blancamente. El fresco de la primavera era levemente frío.

En una hora como éstas, vacía e imponderable, me place conducir voluntariamente el pensamiento hacia una meditación que nada sea, pero que retenga, en su limpidez de nada, algo de la frialdad yerma del día esclarecido, con el fondo negro a lo lejos, y ciertas intuiciones, como gaviotas, evocando por contraste el misterio de todo en una negrura grande.

Pero, de repente, en contra de mi propósito literario íntimo, el fondo negro del cielo del sur me evoca, por un recuerdo verdadero o falso, otro cielo, tal vez visto en otra vida, en un norte de río

menor, con juncares tristes y sin ninguna ciudad. Sin que yo sepa cómo, un paisaje para patos salvajes se arrastra por mi imaginación y, con la nitidez de un sueño raro, me siento cerca de la extensión que imagino.

Tierra de juncares a la orilla de ríos, terreno para cazadores y angustias, las márgenes irregulares entran, como pequeños cabos sucios, en las aguas color de plomo amarillo, y se curvan en bahías limosas, para barcos casi de juguete, en riberas que tienen el agua luciendo a ras de limo oculto entre los tallos verdinegros de los juncos, por donde no se puede andar.

La desolación es la de un cielo ceniciento muerto, que se arruga acá y allá en nubes más negras que el tono del cielo. No. siento viento, pero lo hay, y la otra orilla, al final, es una isla larga por detrás de la cual se divisa -¡grande y abandonado río!- la otra orilla verdadera, echada en la distancia sin relieve.

Nadie llega allí, ni llegará. Aunque, mediante una fuga contradictoria del tiempo y del espacio, pudiese yo evadirme del mundo hacia ese paisaje, nadie llegaría allí nunca. Esperaría en vano lo que no sabría que esperaba, no habría, sino al fin de todo, un caer lento de la noche, tomándose todo el espacio, lentamente, del color de las nubes más negras, que poco a poco se sumergían en el conjunto abolido del cielo.

Y, de repente, siento aquí el frío de allí. Me toca el cuerpo, llegado de los huesos. Respiro alto y despierto. El hombre, que cruza conmigo bajo la Arcada de al pie de la Bolsa, me mira con una desconfianza de quien no sabe interpretar. El cielo negro, apretándose, ha descendido más duro sobre el sur.

4-4-1930.

135

Una de mis preocupaciones constantes es el comprender cómo es que otra gente existe, cómo es que hay almas que no sean la mía, conciencias extrañas a mi conciencia, que, por ser conciencia, me parece ser la única. Comprendo bien que el hombre que está delante de mí, y me habla con palabras iguales a las mías, y me ha hecho gestos que son como los que yo hago o podría hacer, sea de algún modo mi semejante. Lo mismo, sin embargo, me sucede con los grabados que sueño de las ilustraciones, con los personajes que veo de las novelas, con los personajes dramáticos que en el escenario pasan a través de los actores que los representan.

Nadie, supongo, admite verdaderamente la existencia real de otra persona. Puede conceder que esa persona esté viva, que sienta y piense como él; pero habrá siempre un elemento anónimo de diferencia, una desventaja materializada. Hay figuras de tiempos idos, imágenes espíritus en libros, que son para nosotros realidades mayores que esas indiferencias encarnadas que hablan con nosotros por cima de los mostradores, o nos miran por casualidad en los tranvías, o nos rozan, transeúntes, en el acaso muerto de las calles. Los demás no son para nosotros más que paisaje y, casi siempre, paisaje invisible de calle conocida.

Tengo por más mías, con mayor parentesco e intimidad, ciertas figuras que están escritas en los libros, ciertas imágenes que he conocido en estampas, que muchas personas, a las que llaman reales, que son de esa inutilidad metafísica llamada carne y hueso. Y «carne y hueso», en efecto, las describe bien: parecen cosas recortadas puestas en el exterior marmóreo de una carnicería, muertes que sangran como vidas, piernas y chuletas del Destino.

No me avergüenzo de sentir así porque ya he visto que todos sienten así. Lo que parece haber de desprecio entre hombre y hombre, de indiferente que permite que se mate gente sin que se sienta que se mata, como entre los asesinos, o sin que se piense que se está matando, como entre los soldados, es que nadie presta la debida atención al hecho, parece que abstruso, de que los demás también son almas.

Ciertos días, a ciertas horas, traídas a mi por no sé qué brisa, abiertas a mí por el abrirse de no sé qué puerta, siento de repente que el tendero de la esquina es un ente espiritual, que el hortera, que en este momento se inclina a la puerta sobre el saco de patatas, es, verdaderamente, un alma capaz de sufrir.

Cuando ayer me dijeron que el dependiente de la tabaquería se había suicidado, sentí una impresión de mentira. ¡Pobrecillo, también existía! Lo habíamos olvidado, todos nosotros [,] todos nosotros que le conocíamos del mismo modo que todos los que no le conocieron. Mañana le olvidaremos mejor. Pero que tenía alma, la tenía, para que se matase. ¿Amores? ¿Angustias? Sin duda... Pero a mi, como a la humanidad entera, me queda sólo el recuerdo de una sonrisa tonta por cima de una chaqueta de mezclilla, sucia, y desigual en los hombros. Es cuanto me queda, a mí, de quien tanto sintió que se mató de sentir porque, en fin, de otra cosa no debe de matarse nadie... Pensé una vez, al comprarle cigarrillos, que se quedaría calvo pronto. Al final, no ha tenido tiempo de quedarse calvo. Es uno de los recuerdos que me quedan de él. ¿Qué otro me había de quedar si éste, después de todo, no es suyo, sino de un pensamiento mío?

Tengo súbitamente la visión del cadáver, del ataúd en que le han metido, de la tumba, enteramente ajena, a la que tenían que haberle llevado. Y veo, de repente, que el dependiente de la tabaquería era, de cierta manera, chaqueta torcida y todo, la humanidad entera.

Ha sido tan sólo un momento. Hoy, ahora, claramente, como hombre que soy, él ha muerto. Nada más.

Sí, los demás no existen... Es para mi para quien este ocaso remansa, pesadamente alado, sus colores neblinosos y duros. Para mi, bajo el ocaso, tiembla, sin que yo le vea correr, el río grande. Ha sido hecha para mi esta plaza abierta sobre el río cuya marca se acerca. ¿Ha sido enterrado hoy en la fosa común el dependiente de la tabaquería? No es para él el ocaso de hoy. Pero de pensarlo, y sin que yo quiera, también ha dejado de ser para mí...

26-1-1932.

136

Se extiende ante mis ojos añorantes /la ciudad incierta y silente./

Las casas se distinguen en un conglomerado retenido, y la claridad lunar, con manchas de incertidumbre, estanca de madreperla las sacudidas muertas de la confusión. Hay tejado y sombras, ventanas y edad media. No hay de qué haber alrededores. Pernocta en lo que se ve un vislumbre de lejanía. Por encima de donde /veo/ hay ramas negras de árboles, y yo tengo el sueño de la ciudad entera en mi corazón disuadido. ¡Lisboa al claro de luna y mi cansancio de mañana!

¡Qué noche! Pluguiera a quien produjo los pormenores del mundo que no hubiese para mí mejor estudio o melodía que el momento lunar destacado en que me desconozco conocido.

Duermo y, ni brisa, ni gente, interrumpe lo que no pienso. Tengo sueño del mismo modo que tengo vida. Sólo que siento en los párpados como si existiese lo que me los hace pesar. Oigo mi respiración.

/Me cuesta un plomo de los sentidos moverme con los pies por donde vivo. La caricia del apagamiento, la flor gratuita de lo inútil, mi nombre nunca pronunciado, mi desasosiego entre las orillas, el privilegio de deberes cedidos, y, en la última curva del parque familiar, el otro sueño como una rosaleda./

137

Lento, en el claro de luna de la noche lenta, el viento agita allá fuera cosas que hacen sombra al moverse. No es quizá más que la ropa tendida en el piso más alto, pero la sombra, en si, no sabe de camisas y fluctúa impalpable en un acuerdo mudo con todas las cosas.

He dejado abiertas as contraventanas, para despertarme pronto, pero hasta ahora, y la noche es ya tan vieja que nada se oye, no he podido abandonarme al sueño ni estar bien despierto. Hay un claro de luna más allá de las sombras de mi cuarto, pero no pasa por la ventana. Existe, como un día de plata hueca, y los tejados de la casa de enfrente, que veo desde la cama, están líquidos de blancura ennegrecida. Como parabienes de lo alto a quien no oye, hay una paz triste en la luz dura de la luna.

Y sin ver, sin pensar, con los ojos ya cerrados sobre el sueño ausente, medito con qué palabras verdaderas se podrá describir un claro de luna. Los antiguos dirían que la luz de la luna es blanca, o que es de plata. Pero la blancura falsa de la luz de la luna es de muchos colores. Si me levantase de la cama, y viese por detrás de los cristales fríos, sé bien que, en el alto aire aislado, la luz lunar es de un blanco ceniciento azulado de amarillo esfumado; que, sobre los tejados varios, en desequilibrios de negrura de unos para con otros, ya dora de blanco negro las casas sumisas, ya alaga de un color sin color el encarnado castaño de las tejas altas. En el fondo de la calle, abismo plácido, donde las piedras desnudas se redondean irregularmente, no tiene color salvo un azul que procede tal vez del ceniciento de las piedras. Al fondo del horizonte será casi de azul oscuro, diferente del azul negro del cielo del fondo. En las ventanas en que da, es de un amarillo negro.

Desde aquí, desde la cama, si abro los ojos que tienen el sueño que no tengo, es un aire de nieve vuelta color en el que flotan filamentos de madreperla tibia. Y, si lo pienso con lo que siento, es un tedio vuelto sombra blanca, que se oscurece como silos ojos se cerrasen sobre esa confusa blancura.

138

Hoy me he despertado muy temprano, en un repente embarullado, y me he levantado en seguida de la cama bajo el estrangulamiento de un tedio incomprensible. Ningún sueño lo había provocado; ninguna realidad lo podría haber hecho. Era un tedio absoluto y completo, pero fundado en algo. En el fondo oscuro de mi alma, invisibles, fuerzas desconocidas trababan una batalla en la que mi ser era el suelo, y todo yo temblaba con el embate desconocido. Una náusea física de la vida entera nació con mi despertar. Un horror a tener que vivir se levantó conmigo de la cama. Todo me pareció hueco y tuve la impresión fría de que no hay solución para ningún problema.

Una inquietud enorme me hacia estremecer los gestos mínimos. Sentí recelo, de enloquecer, no de locura, sino de allí mismo. Mi cuerpo era un grito latente. Mi corazón latía como si hablase.

Con pasos anchos y falsos, que en vano procuraba tornar diferentes, recorrí descalzo, la largura pequeña del cuarto, y la diagonal vacía del cuarto interior, que tiene la puerta en el rincón que da al pasillo de la casa. Con movimientos incoherentes e imprecisos, toqué los cepillos de encima de la cómoda, descoloqué una silla, y una vez di con la mano que se balanceaba en el hierro acre de los pies de la cama inglesa. Encendí un cigarrillo, que fumé por subconsciencia, y sólo cuando vi que había caído ceniza en la cabecera de la cama -¿cómo, si yo no me había puesto allí?- comprendí que estaba poseso, o cosa análoga en ser, si no en nombre, y que la conciencia de mí, que yo debería tener, se había intervalado con el abismo.

Recibí el anuncio de la mañana, la poca luz fría que da un vago azul blanco al horizonte que se revela, como un beso de gratitud de las cosas. Porque esa luz, ese verdadero día, me liberaba, me liberaba no sé de qué, me daba el brazo a la vejez desconocida, hacia fiestas a la infancia postiza, amparaba al reposo mendigo de mi sensibilidad rebosada. ¡Ah, qué mañana es ésta, que me despierta a la estupidez de la vida, y a su gran ternura! Casi lloro, viendo aclararse ante mi, debajo de mi, la vieja calle estrecha, y cuando los cierres de la tienda de la esquina ya se revelan castaño sucio en la luz que se extravasa un poco, mi corazón siente un alivio de cuento de hadas verdaderas, y empieza a conocer la seguridad de no sentir.

¡Qué mañana esta amargura! ¿Y qué sombras se apartan? ¿Y qué misterios ha habido? Nada: el ruido del primer tranvía como un fósforo que va a iluminar la oscuridad del alma, y los pasos altos de mi primer transeúnte que son la realidad concreta que me dice, con voz de amigo, que no esté así.

139

No comprendo sino como una especie de falta de aseo esta inerte permanencia en que yazgo de mi misma e igual vida, quedada como polvo o suciedad en la superficie de nunca cambiar.

Así como lavamos el cuerpo, deberíamos lavar el destino, cambiar de vida como nos cambiamos de ropa -no para salvar la vida, como comemos y dormimos, sino por ese respeto ajeno a nosotros mismos, al que con propiedad llamamos aseo.

Hay muchos en quienes el desaseo no es una disposición de la voluntad, sino un encogerse de hombros de la inteligencia. Y hay muchos en quienes lo apagado y lo mismo de la vida no es una forma de quererla, o una natural resignación con el no haberla querido, sino un apagamiento de la inteligencia de sí mismos, una ironía automática del conocimiento.

Hay puercos a los que repugna su propia porquería, pero no se alejan de ella por ese mismo extremo de un sentimiento por el que un empavorecido no se aleja del peligro. Hay puercos de destino, como yo, que no se apartan de la trivialidad cotidiana por esa misma atracción de la propia impotencia. Son aves fascinadas por la ausencia de serpiente; moscas que vuelan por los troncos sin ver nada hasta que llegan al alcance viscoso de la lengua del camaleón.

Así paseo lentamente mi inconsciencia consciente, en mi tronco de árbol de lo usual. Así poseo mi destino que anda, pues yo no ando; mi tiempo que sigue, pues yo no sigo. No me salva de la monotonía sino estos breves comentarios que hago desde sus alrededores. Me contento con que mi celda tenga vidrieras por dentro de las rejas, y escribo en los cristales, en el polvo de lo necesario, mi nombre en letras grandes, firma cotidiana de mi escritura con la muerte.

¿Con la muerte? No, no con la muerte. Quien vive como yo no muere: termina, se marchita, se desvegetaliza. El lugar donde estuve se queda sin estar él allí, la calle por donde andaba se queda sin ser él visto allí, la casa donde vivía es habitada por no-él. Es todo, y le llamamos la nada; pero ni esta tragedia de la negación podemos representarla con aplausos, pues ni de verdad sabemos si no es nada, vegetales de la verdad como de la vida, polvo que tanto está por dentro como por fuera de los cristales, nietos del Destino e hijastros de Dios, que se casó con la Noche Eterna cuando ella enviudó del Caos del que verdaderamente somos hijos.

(Posterior a 1923)

140

En la perfección clara del día se estanca sin embargo el aire lleno de sol. No es la presión presente de la tormenta futura, malestar de los cuerpos involuntarios, vago empañado del cielo azul de veras. Es el torpor sensible de la insinuación del ocio, pluma que roza leve la faz adormecida. Es estío pero verano. Le apetece el campo hasta a quien no le gusta.

Si yo fuera otro, pienso, éste seria para mí un día feliz, pues lo sentirla sin pensar en él. Concluiría con una alegría de anticipación mi trabajo normal: el que me resulta monótonamente normal todos los días. Tomaría el tranvía para Benfica, con amigos citados. Comeríamos en pleno fin de sol, entre las huertas. La alegría en que estaríamos sería parte del paisaje, y por todos cuantos nos viesen reconocida como deallí.

Como, sin embargo, soy yo, disfruto un poco lo poco que es imaginarme ese otro. Sí, luego él-yo, bajo el emparrado o árbol, comerá el doble de lo que sé comer, beberá el doble de lo que me atrevo a

beber, reirá el doble de lo que puedo pensar en reír. Luego él, yo ahora. Si, un momento he sido otro: he visto, he vivido, en otro, esa alegría humilde y humana de existir como animal en mangas de camisa. ¡Gran día el que me ha hecho soñar así! Es todo azul y sublime en lo alto como mi sueño efímero de ser dependiente de comercio con añoranza de no sé qué vacaciones de fin de día.

2-7-1932.

141

Cuando el estío entra me entristezco. Parece que la luminosidad, aunque acre, de las horas estivales deberá acariciar a quien no sabe quién es. Pero no, a mí no me acaricia. Hay un contraste excesivo entre la vida exterior que rebosa y lo que siento y pienso, sin saber sentir ni pensar: el cadáver perennemente insepulto de mis sensaciones. Tengo la impresión de que vivo, en esta patria informe llamada el universo, bajo una tiranía política, que aunque no me oprima directamente, ofende, sin embargo, a algún oculto principio de mi alma. Y entonces desciende sobre mí, sordamente, lentamente, la añoranza anticipada del exilio posible.

Tengo principalmente sueño. No un sueño que trae latente, como todos los sueños, incluso los mórbidos, el privilegio físico del sosiego. No un sueño que, porque va a olvidar la vida, y por ventura traer sueños, trae en la bandeja con la que viene a nuestra alma las ofrendas plácidas de una gran abdicación. No: éste es un sueño que no consigue dormir, que pesa en los párpados sin cerrarlos, que junta en un gesto que se siente ser de estupidez y repulsa las comisuras sentidas de los labios incrédulos. Este es un sueño como el que pesa inútilmente /sobre/ el cuerpo en los grandes insomnios del alma.

Sólo cuando llega la noche, de algún modo siento, no una alegría, sino un reposo que, porque otros reposos están contentos, se siente contento por analogía con los sentidos. Entonces, el sueño pasa, la confusión del crepúsculo mental, que ese sueño ha producido, se amortigua, se aclara, casi se ilumina. Vive, un momento, la esperanza de otras cosas. Pero esa esperanza es breve. Lo que sobreviene es un tedio sin sueño ni esperanza, un despenar malo de quien no ha llegado a dormir. Y desde la ventana de mi cuarto miro, pobre alma cansada del cuerpo, muchas estrellas, nada, la nada, pero tantas estrellas...

9-6-1934.

142

El olfato es una vista extraña. Evoca paisajes sentimentales mediante un dibujar súbito de lo subconsciente. He sentido esto muchas veces. Paso por una calle. No veo nada o, mejor, mirándolo todo, veo como todo el mundo ve. Sé que voy por una calle que existe con lados hechos de casas diferentes y construidas por seres humanos. Paso por una calle. De una panadería sale un olor a pan que da náuseas por lo dulce de su olor: y mi infancia se yergue desde determinado barrio distante, y otra panadería me surge de aquel reino de hadas que es todo lo que se nos ha muerto. Paso por una calle. Huele de repente a las frutas del tablero inclinado de la tienda estrecha; y mi breve vida en el campo, no sé ya cuándo ni dónde, tiene árboles al final y sosiego en mi corazón, indiscutiblemente niño. Paso por una calle. Me trastorna, sin esperármelo, un olor a los cajones del cajonero: oh Cesário mío , te apareces ante mí y soy, por fin, feliz porque he regresado, gracias al recuerdo, a la única verdad, que es la literatura.

143

Tengo ante mí las dos páginas grandes del libro pesado; levanto de su inclinación sobre el pupitre vicio, con ojos cansados, un alma más cansada que los ojos. Más allá de la nada que esto representa, el almacén, hasta la Calle de los Doradores, alinea los anaqueles regulares, los empleados regulares, el orden humano y el sosiego de lo vulgar. En la ventana hay un ruido de lo diferente, y el ruido diferente es vulgar, como el sosiego que hay junto a los anaqueles.

Bajo unos ojos nuevos a las dos páginas blancas, en las que mis números cuidadosos han puesto los lucros de la sociedad. Y, con una sonrisa que guardo para mí, recuerdo que la vida, que tiene estas páginas con nombres de tejidos y dinero, con sus blancos, y sus trazos a regla y de letras, incluye también a los grandes navegantes, a los grandes santos, a los poetas de todas las épocas, todos ellos sin escritura, la vasta prole expulsada de los que hacen valer al mundo.

En el propio registro de un tejido que no sé lo que es, se me abren las puertas del Indo y de Samarcanda, y la poesía de Persia, que no es de un sitio ni de otro, hace de sus cuartetos, desrimados en el tercer verso, un apoyo lejano para mi desasosiego. Pero no me engaño, escribo, sumo y la escritura sigue, hecha normalmente por un empleado de esta oficina.

¿1929?

144

Desde antes de la mañana temprano, contra el uso solar de esta ciudad clara, la niebla envolvía, en un manto leve, que el sol fue crecientemente dorando, las casas múltiples, los espacios abolidos, los accidentes de la tierra y de las construcciones. Llegada, sin embargo, la hora alta de antes del mediodía, empezó a deshilacharse la bruma blanda, y, en hálitos de sombras de velos, a cesar imponderablemente Hacia las diez de la mañana, sólo un tenue mal-azular del cielo revelaba que había habido niebla.

Las facciones de la ciudad renacieron del resbalar de la máscara de la veladura. Como si una ventana se abriese, el día ya rayado rayó. Hubo un leve cambio en los ruidos de todo. Aparecieron también. Un tono azul se insinuó hasta en las piedras de las calles y en las auras impersonales de los transeúntes. El sol era caliente, pero todavía humedad caliente. Se filtraba invisiblemente la niebla que ya no existía.

El despertar de una ciudad, sea entre niebla o de otro modo, es siempre para mí algo más enternecedor que el rayar de la aurora sobre los campos. Renace mucho más, hay mucho más que esperar, cuando, en vez de sólo dorar, primero de luz oscura, después de luz húmeda, más tarde de oro claro, los céspedes, los relieves de los arbustos, las palmas de las manos de las hojas, el sol multiplica sus posibles efectos en las ventanas, en las paredes, en los tejados, -[...] cuando mañana [...] a tantas realidades diferentes. Una aurora en el campo me hace bien; una aurora en la ciudad, bien y mal, y por eso me hace más que bien. Sí, porque la esperanza /mayor/ que me trae tiene, como todas las esperanzas, ese amargor lejano y añorante de no ser realidad. La mañana del campo existe; la mañana de la ciudad promete. Una hace vivir; la otra hace pensar. Y yo he de sentir siempre, como los grandes malditos, que más vale la pena pensar que vivir.

10 y 11-9-1931.

145

Después de una noche mal dormida, no le gustamos a todo el mundo. El sueño ido se ha llevado consigo algo que nos hacía humanos. Hay una irritación latente con nosotros, parece, en el mismo aire inorgánico que nos rodea. Somos nosotros, al final, quienes nos reprobamos, y es entre nosotros y nosotros donde se riñe la diplomacia de la batalla sorda.

Hoy he arrastrado por la calle los pies y el cansancio grande. Tengo el alma reducida a una madeja atada, y lo que soy y he sido, que soy yo, ha olvidado su nombre. Si tengo mañana, no sé sino que no he dormido, y la confusión de varios intervalos pone grandes silencios en mi habla interior.

¡Ah, grandes parques de los demás, jardines usuales para tantos, maravillosas arboledas de los que nunca me conocerán! Me estanco entre vigilias, como quien nunca ha osado ser superfluo, y lo que medito se sobresalta con un sueño al fin.

Soy una casa viuda, claustral de si misma, embrujada por espectros tímidos y furtivos. Estoy siempre en el cuarto de al lado, o están ellos, y hay grandes ruidos de árboles en torno a mí. Divago y encuentro; encuentro porque divago. ¡Mis días de niño, vestidos vosotros mismos de delantal!

Y, en medio de todo esto, voy por la calle, dormilón de mi vagabundeo hoja. Cualquier viento lento me ha barrido del suelo, y yerro, como un final de crepúsculo, entre los acontecimientos del paisaje. Me pesan los párpados en los pies arrastrados. Quisiera dormir porque ando. Tengo la boca cerrada como si fuese para que se pegasen los labios. Naufrago mi deambular.

Sí, no he dormido, pero estoy mejor así, cuando nunca he dormido ni duermo. Soy yo verdaderamente en esta eternidad casual y simbólica del estado de media-alma en que me engaño. Una u otra persona me mira como si me conociese y me extrañase. Siento que los miro también con órbitas sentidas bajo unos párpados que las rozan, y no quiero saber de haber mundo.

¡Tengo sueño, mucho sueño, todo el sueño!

2-7-1931.

146

El socio capitalista de esta firma, siempre enfermo en un sitio indeterminado, ha querido, no sé por qué capricho de qué intermitencia de la enfermedad, tener un retrato del grupo de personal de la oficina. Y así, anteayer, nos alineamos todos, por indicación del fotógrafo alegre, contra el tabique blanco sucio que divide, con madera frágil, la oficina general del despacho del patrón Vasques. En el centro, el mismo Vasques; a los dos lados, en una distribución primero definida, después indefinida, de categorías, las otras almas humanas que aquí se reúnen en cuerpo todos los días para pequeños fines cuyo último objeto sólo el secreto de los dioses conoce.

Hoy, cuando he llegado a la oficina un poco tarde y, en verdad, olvidado ya del acontecimiento estático de la fotografía dos veces tirada, he encontrado a Moreira, inesperadamente matutino, y a uno de los dependientes inclinados disimuladamente sobre unas cosas ennegrecidas, que he reconocido en seguida, con un sobresalto, como las primeras pruebas de las fotografías. Eran, al final, sólo dos de una, de la que había quedado mejor.

He sufrido la verdad al verme allí, porque, como es de suponer, fue a mí mismo al que primero busqué. Nunca he tenido una idea noble de mi presencia física, pero nunca la he sentido tan nula al compararla con las otras caras, tan conocidas mías, en aquel alineamiento de diarios. Parezco un vulgar jesuita. Mi cara delgada e inexpresiva no tiene inteligencia, ni intensidad, ni nada, sea lo que sea, que la eleve sobre la marea muerta de las otras caras. De la marea muerta, no. Hay allí rostros verdaderamente expresivos. El patrón Vasques está tal cual es -el ancho rostro apacible y duro, la mirada firme, completado por el bigote rígido-. La energía, la sagacidad, del hombre -a fin de cuentas triviales, y tantas veces repetidas por tantos millares de hombres en todo el mundo- están escritas en aquella fotografía como un pasaporte psicológico. Los dos viajantes están admirables; el dependiente

está bien, pero ha quedado casi por detrás del hombro de Moreira. ¡Y Moreira! ¡Mi jefe Moreira, esencia de la monotonía de la continuidad, aparece mucho más importante que yo! Hasta el mozo -me doy cuenta sin poder reprimir un sentimiento que procuro suponer que no es envidia- tiene una seguridad de cara, una expresión directa que dista (sonrisas) de mi apagamiento nulo de esfinge de papelería.

¿Que quiere decir esto? ¿Que verdad es ésta que no engaña a una película? ¿Que certidumbre es ésta que una lente fría documenta? ¿Quien soy, para que sea así? Sim embargo... ¿Y el insulto del grupo?

-"Tu has quedado muy bien -dice de repente Moreira. Y después, volviéndose hacia el dependiente-: Es su mismita cara, ¿eh?". Y el dependiente ha asentido con una alegría amiga que arrojó a la basura.

5-4-1930

147

Nubes... Hoy no tengo conciencia del cielo, pues hace días que no lo miro pero lo siento, viviendo en la ciudad y no en la naturaleza que la incluye. Nubes... Son ellas hoy la principal realidad, y me preocupan como si el velarse del cielo fuese uno de los grandes peligros de mi destino. Nubes... Pasan desde la barra hacia el Castillo, de Occidente a Oriente en un tumulto disperso y desnudo, blanco a veces, se ven desharrapadas en la vanguardia de no sé qué; medio-negro otras, si, más lentas, tardan en ser barridas por el viento audible; negras de un blanco sucio, si, como si quisiesen quedarse, ennegrecen más de la venida que de la sombra lo que las calles abren de falso espacio entre as líneas cerradas de las casas.

Nubes... Existo sin saberlo y moráré sin quererlo. Soy el intervalo entre lo que soy y lo que no soy, entre el sueño y lo que la vida ha hecho de mí, la medida abstracta y carnal entre cosas que no son nada, siendo yo también nada. Nubes... ¡Qué desasosiego si siento, qué desconsuelo si pienso, qué inutilidad si quiero! Nubes... Están pasando siempre, unas muy grandes, pareciendo, porque las casas no dejan ver si son menos grandes de lo que parecen, que van a ocupar todo el cielo; otras de tamaño incierto, que pueden ser dos juntas o una que va a partirse en dos, sin sentido en el aire alto contra el cielo cansado; otras aún, pequeñas, que parecen juguetes de poderosas cosas, bolas irregulares de un juego absurdo, sólo hacia un lado, en un gran aislamiento, frías.

Nubes... Me interrogo y me desconozco. Nada he hecho de útil ni haré de justificable. He gastado la parte de la vida que no perdí en interceptar confusamente cosa ninguna, haciendo versos en prosa a las sensaciones intransmisibles con que hago mío el universo desconocido. Estoy harto de mí, objetiva y subjetivamente. Estoy harto de todo, y del todo de todo. Nubes... Son todo, desarreglos de lo alto, cosas hoy sólo ellas reales entre la tierra nula y el cielo que no existe; harapos indescriptibles del tedio que les supongo; niebla condensada en amenazas de color ausente; algodones en rama sucios de un hospital sin paredes. Nubes... Son como yo, un pasar desfigurado entre el cielo y la tierra, al sabor de un impulso invisible, tronando o no tronando, alegrando blancas u obscureciendo negras, ficciones del intervalo y del error, lejos del ruido de la tierra y sin tener el silencio del cielo. Nubes... Siguen pasando, siguen siempre pasando, pasarán siempre siguiendo, en un enrollamiento discontinuo de madejas empañadas, en un alargamiento difuso de falso cielo deshecho.

15-9-1931.

148

Hay momentos en que todo cansa, hasta lo que nos descansaría. Lo que nos cansa porque nos cansa; lo que nos descansaría porque la idea de obtenerlo nos cansa. Hay abatimientos del alma por debajo de toda la angustia y de todo el dolor; creo que no los conocen sino los que se hurtan a las angustias y a los dolores humanos, y tienen diplomacia consigo mismos para esquivarse al tedio propio. Reduciéndose, así, a seres acorazados contra el mundo, no es de admirar que, en determinado momento de su conciencia de si mismos, les pese de repente la coraza, y la vida sea para ellos una angustia al revés, un dolor perdido.

Me hallo en uno de esos momentos, y escribo estas líneas como quien quiere al menos saber que vive. Todo el día, hasta ahora, he trabajado como un adormilado, haciendo cuentas con los procedimientos del sueño, escribiendo a lo largo de mi torpor. Todo el día me he sentido pesar sobre los ojos y contra las sienes -sueño en los ojos, presión hacia fuera de las sienes, conciencia de todo esto en el estómago, náusea y desaliento.

Vivir me parece un error metafísico de la materia, un descuido de la inacción. No miro al día, para ver lo que tiene que me distraiga de mí, y, escribiéndolo yo aquí en descripción, tape con palabras la jícara vacía de mi no quererme. No miro al día, e ignoro con la espalda inclinada si es sol o falta de sol lo que hay ahí fuera, en la calle subjetivamente triste, en la calle desierta por la que pasa el ruido de la gente. Lo ignoro todo y me duele el pecho. He dejado de trabjar y no quiero moverme de aquí. Estoy mirando al secante blanco sucio, que se extiende, pegado a los lados sobre la gran edad del pupitre inclinado. Miro atentamente los rasgos de absorción y distracción que están borrados en él. Varias veces mi asignatura al revés y al envés. Algunos números acá y allá, así mismo. Unos dibujos de nada, hechos por mi distracción. Miro a todo esto como un aldeano de secantes, con la atención de quien mira novedades, con todo el cerebro inerte por detrás de los centros cerebrales que producen la visión.

Tengo más sueño intimo del que cabe en mí. Y no quiero nada, no prefiero nada, no hay nada a donde huir.

12-6-1930.

149

Ningún problema tiene solución. Ninguno de nosotros desata el nudo gordiano; todos nosotros o desistimos o lo cortamos. Decidimos bruscamente, con el sentimiento, los problemas de la inteligencia, y lo hacemos o por cansancio de pensar, o por timidez de sacar conclusiones, o por la necesidad absurda de encontrar un apoyo, o por el impulso gregario de regresar a los demás y a la vida.

Como nunca podemos conocer todos los datos de una cuestión, nunca podemos resolverla.

Para llegar a la verdad nos faltan datos suficientes, y procesos intelectuales que agoten la interpretación de esos datos.

18-7-1916.

150

Se ha ido hoy, dicen que definitivamente, a su tierra natal el llamado mozo de la oficina, ese mismo hombre que he estado acostumbrado a considerar como parte de esta casa humana y, por lo tanto, como parte de mí y del mundo que es mío. Se ha ido. En el pasillo, al encontrarnos casualmente para la sorpresa esperada de la despedida, le di un abrazo tímidamente devuelto, y tuve suficiente fuerza de ánimo como para no llorar, como, en mi corazón, deseaban si mí mis ojos ardientes.

Cada cosa que ha sido nuestra, aunque sólo por los accidentes de la convivencia o de la visión, porque fue cosa nuestra se vuelve nosotros. El que se ha ido hoy, pues, a una tierra gallega que ignoro, no ha sido, para mí, el mozo de la oficina: ha sido una parte vital, por visual y humana, de la substancia de mi vida. Hoy he sido disminuido. Ya no soy el mismo del todo. El mozo de la oficina se ha ido.

Todo lo que sucede donde vivimos es en nosotros donde sucede. Todo lo que cesa en lo que vemos es en nosotros donde cesa. Todo lo que ha sido, si lo vivimos cuando era, es de nosotros de donde ha sido quitado al partir. El mozo de la oficina se ha ido.

Es más pesado, más viejo, menos voluntario como me siento al pupitre alto y empiezo la continuación de la escritura de ayer. Pero la vaga tragedia de hoy interrumpe con meditaciones, que tengo que dominar a la fuerza, el proceso automático de la escritura como es debido. No tengo ánimo para trabajar sino porque puedo, con una inercia activa, ser esclavo de mí mismo. El mozo de la oficina se ha ido.

Sí, mañana, u otro día, o cuando quiera que suene para mí la campana sin sonido de la muerte o de la vida, yo seré también quie ya no está aquí, libro copiador antiguo que va a ser almacenado en el armario de debajo de la escalera. Sí, mañana o cuando lo diga el Destino, tendrá fin todo lo que fingió en mí que he sido yo. ¿Me iré a mi tierra natal? No sé a dónde me iré. Hoy, la tragedia es visible debido a la falta, sensible por no merecer que se sienta. Dios mío, Dios mío, el mozo de la oficina se ha ido.

16-12-1931

151

Hay sensaciones que son sueños, que ocupan como una niebla toda la extensión del espíritu, que no dejan pensar, que no dejan hacer, que no dejan claramente ser. Como si no hubiésemos dormido, sobrevive en nosotros algo del sueño, y hay un torpor del sol del día que calienta la superficie estancada de los sentidos. Es una borrachera de no ser nada, y el deseo es un balde vertido al corral por un movimiento indolente del pie al pasar.

Se mira pero no se ve. La larga calle hirviente de bichos humanos es una especie de letrero tumbado en el que las letras fuesen móviles y no formasen sentidos. Las casas son solamente casas. Se pierde la posibilidad de dar un sentido a lo que se ve, pero se ve bien lo que es, si.

Los martillazos a la puerta del cajonero suenan con una extrañeza cercana. Suenan muy separados, cada uno con eco y sin provecho. Los ruidos de los carros parecen los de un día de tormenta. Las voces salen del aire, y no de las gargantas. Al fondo, el río está cansado.

No es tedio lo que se siente. No es pena lo que se siente. Es un deseo de dormir con otra personalidad, de olvidar con aumento de sueldo. No se siente nada, a no ser un automatismo acá abajo, que hace a unas piernas que nos pertenecen que lleven golpeando el suelo, en una marcha involuntaria, a unos pies que se sienten dentro de los zapatos. Ni quizá se siente esto. Alrededor de los ojos, y como dedos en los oídos, hay un ahogo de dentro de la cabeza.

Parece un constipado del alma. Y con la imagen literaria de estar enfermo nace un deseo de que la vida fuese una convalecencia, sin andar; y la idea de convalecencia evoca las quintas de los alrededores, pero por allá dentro, donde los hogares, lejos de la calle y de las ruedas. Sí, no se siente nada. Se pasa conscientemente, sólo durmiendo con la imposibilidad de dar al cuerpo otra dirección, la puerta por la que se debe entrar. Se pasa todo. ¿Qué es del pandero, oh oso parado?

Leve, como algo que comenzase, el olor a mar de la brisa ha venido, desde encima del Tajo, a esparcirse suciamente por los comienzos de la Baja. Mareaba frescamente, con un torpor frío de mar tibio. He sentido a la vida en el estómago, y el olfato se me ha transformado en algo que estaba detrás de los ojos. Altas, se apoyaban en nada unas nubes ralas, mechones, de un ceniciento que se

desmoronaba hacia blanco falso. La atmósfera era de una amenaza de cielo cobarde como la de una tormenta inaudible, hecha tan sólo de aire.

Había estancamiento en el propio vuelo de las gaviotas; parecían cosas más leves que el aire, dejadas en él por alguien. Nada sofocaba. La tarde caía en un desasosiego nuestro; el aire refrescaba intermitentemente.

¡Pobres de las esperanzas que he tenido, nacidas de la vida que he tenido que tener! Son como esta hora y este aire, nieblas sin niebla, hilvanes sueltos161 de tormenta falsa. Tengo ganas de gritar, para acabar con el paisaje y con la meditación. Pero hay un reflujo en mi propósito, y la bajamar ha dejado descubierta en mí la negrura lodosa que está allá fuera y no veo sino por el olor.

¡Tanta inconsecuencia en querer bastarme! ¡Tanta conciencia sarcástica de las sensaciones supuestas! ¡Tanto enredo del alma con las sensaciones, de los pensamientos con el aire y el río, para decir que me duele la vida en el olfato y en la conciencia, para no saber decir, como en la frase sencilla y total del libro de Job: «¡Mi alma está cansada de la vida!»

21-4-1930.

152

(LLUVIA)

Y por fin, por cima de la oscuridad de los tejados lustrosos, la luz fría de la mañana tibia raya como un suplicio del Apocalipsis. Es otra vez la noche inmensa de la claridad que aumenta. Es otra vez el horror de siempre: el día, la vida, la utilidad ficticia, la actividad sin remedio. Es otra vez mi personalidad física, visible, social, transmisible mediante palabras que no dicen nada, usable por los gestos de los demás y por la conciencia ajena. Soy yo otra vez, tal cual no soy. Con el principio de la luz de tinieblas que llena de dudas cenicientas las rendijas -¡bien lejos de herméticas, Dios mío!-, voy sintiendo que no podré aguantar más mi refugio de estar echado, de no estar durmiendo pero poder estarlo, de ir soñando, sin saber que hay verdad ni realidad, entre un calor fresco de ropas limpias y un desconocimiento, salvo de consuelo, de la existencia de mi cuerpo. Voy sintiendo huirme la inconsciencia feliz con que estoy gozando de mi conciencia, el amodorramiento de animal con que acecho, por entre unos párpados de gato al sol, los movimientos de la lógica de mi imaginación desprendida. Voy sintiendo sumírseme los privilegios de la penumbra, y los ríos lentos bajo los árboles de las pestañas entrevistas, y el susurro de las cascadas perdidas entre el mido de la sangre lenta en los oídos y el vago perdurar de la lluvia. Me voy perdiendo hasta vivo.

No sé sí duermo, o si sólo siento que duermo. No sueño el intervalo verdadero, pero noto, como si empezase a despertar de un sueño no dormido, los primeros ruidos de la vida de la ciudad, que suben, como una inundación, del pozo'63 vago, allá abajo, donde quedan las calles que Dios hizo. Son ruidos alegres, filtrados por la tristeza de la lluvia que cae o, quizá, que ha caldo -pues no la oigo ahora... -sólo el ceniciento excesivo de la luz agrietada hasta más lejos, que me da, en las sombras de una claridad floja, insuficiente para esta hora de la madrugada, que no sé cuál es-. Son ruidos alegres y dispersos y me duelen en la conciencia como si viniesen, con ellos, a llamarme para un examen o una ejecución. Cada día, silo oigo rayar desde la cama donde ignoro, me parece el día un gran acontecimiento mío que no tendré el valor de afrontar. Cada día, silo siento alzarse del lecho de las sombras, con un caer de ropas de la cama por las calles y los callejones, viene a citarme ante un tribunal. Voy a ser juzgado en cada hoy. Y el condenado perenne que hay en mí se agarra a la cama como a la madre que ha perdido, y acaricia la almohada como si el ama le defendiese de la gente.

La siesta feliz del bicho grande a la sombra de los árboles, el cansancio fresco del desarrapado entre la hierba alta, el torpor del negro en la tarde tibia y lejana [,] la delicia del bostezo que pesa en

los ojos flojos [,] todo lo que acaricia el olvido cuando se tiene sueño, el sosiego del reposo en la cabeza, apoyado, un pie ante el otro, en las contraventanas, el halago anónimo de dormir.

Dormir, ser lejano sin saberlo, estar echado, olvidar con el propio cuerpo; tener la libertad de ser inconsciente, un refugio del lago olvidado, estancado entre frondas verdes, en los vastos alejamientos de las florestas.

Una nada con respiración por fuera, una muerte leve, de la que se despierta con añoranza y frescor, un ceder de los tejidos del alma al ropaje del olvido.

Ah, y de nuevo, como la protesta reanudada de quien no se ha convencido, oigo el alarido brusco de la lluvia chapotear en el universo aclarado. Siento un frío hasta en los huesos supuestos, como si tuviese miedo. Y agachado, nulo, humano a solas conmigo en la poca tiniebla que todavía me queda, lloro, sí, lloro de soledad y de vida, y mi pena fútil como un carro sin ruedas yace al borde de la realidad entre los estiércoles del abandono. Lloro por todo, entre la pérdida del regazo, la muerte de la mano que me daban, los brazos que no supe cómo me ciñesen, el hombro que nunca podría tener... Y el día que raya definitivamente, la pena que raya en mí como la verdad cruda del día, lo que be soñado, lo que he pensado, lo que se ha olvidado en mí -todo esto, en una amalgama de sombras, de ficciones y de remordimientos, se mezcla en el rastro por el que van los mundos y cae entre las cosas de la vida como el esqueleto de un racimo de uvas, comido en la esquina por los chicos que lo han robado.

El ruido del día aumenta de repente, como el sonido de una campanilla que llama. Estalla dentro de la casa el cerrojo suave de la primera puerta que se abre hacia el universo. Oigo unas zapatillas en un pasillo absurdo que va a dar a mi corazón. Y con un gesto brusco, como de quien por fin se matase, arrojo de sobre el cuerpo duro las ropas profundas de la cama que me cobija. Me he despertado. El ruido de la lluvia se esfuma hacia más arriba en el exterior indefinido. Me siento más feliz. Ha cumplido algo que ignoro. Me levanto, me acerco a la ventana, abro los batientes con una decisión de mucho valor. Luce un día de lluvia clara que me ahoga los ojos en luz empañada. Abro hasta las contraventanas de cristal. Y el aire fresco me humedece la piel caliente. Llueve, sí, pero, aunque sea lo mismo, ¡es al final tan menos! Quiero refrescarme, e inclino el cuello ante la vida, como ante un yugo inmenso.

(Posterior a 1923.)

153

He construido, mientras me paseaba, frases perfectas de las que después no me acuerdo en casa. La poesía inefable de esas frases no sé si será parte de lo que fueron, si parte de no haber sido nunca (escritos).

154

El sentimiento apocalíptico de la vida.

155

Todo es absurdo. Éste dedica la vida a ganar un dinero que guarda, y no tiene hijos a quien dejarlo ni la esperanza de que un cielo le reserve una trascendencia de ese dinero. Aquél dedica su esfuerzo a conseguir fama, para después de muerto, y no cree en esa supervivencia que le haría conocer su fama. Este otro se consume por conseguir cosas que en realidad no le gustan. Más adelante hay uno que (...).

Uno lee para saber, inútilmente. Otro se divierte para vivir, inútilmente.

Voy en un tranvía, y voy fijándome lentamente, de acuerdo con mi costumbre, en todos los detalles de las personas que van delante de mí. Para mí, los detalles son cosas, voces, frases. En este vestido de muchacha que va frente a mí, descompongo el vestido en la tela de que se compone, el trabajo con que lo han hecho -pues lo veo como vestido y no como tela- y el bordado leve que rodea a la parte que da la vuelta al cuello se me separa de un torzal de seda, con el que se lo bordó, y el trabajo que fue bordarlo. E inmediatamente, como en un libro elemental de economía política, se desdoblan ante mí las fábricas y los trabajos: la fábrica donde se hizo el tejido; la fábrica donde se hizo el tonal, de un tono más oscuro, con el que se orla de cositas retorcidas su sitio junto al cuello; y veo las secciones de las fábricas, las máquinas, los obreros, las modistas; mis ojos vueltos hacia dentro penetran en las oficinas, veo a los gerentes procurar estar sosegados, sigo, en los libros, la contabilidad de todo esto; pero no es sólo eso: veo, hacia allá, las vidas domésticas de los que viven su vida social en esas fábricas y en esas oficinas... Todo el mundo se despliega ante mis ojos sólo porque tengo ante mí, debajo de un cuello moreno, que al otro lado tiene no sé qué cara, un orlar irregular verde oscuro sobre el verde claro de un vestido.

Toda la vida social yace ante mis ojos.

Más allá de esto, presiento los amores, las intimidades, el alma, de todos cuantos trabajan para que esta mujer esté delante de mi en el tranvía, lleve, en torno a su cuello mortal, la trivialidad sinuosa de un torzal de seda verde oscura tejido verde menos oscuro.

Me aturdo. Los asientos del tranvía, de un entrelazado de paja fuerte y menuda, me llevan a regiones distantes, se me multiplican en industrias, obreros, casas de obreros, vidas, realidades, todo.

Salgo del tranvía agotado y sonámbulo. He vivido la vida entera.

¿1931?

156

En la gran claridad del día, el sosiego de los ruidos es también de oro. Hay suavidad en lo que sucede. Si me dijesen que había guerra, yo diría que no había guerra. En un día así, nada puede haber que pese sobre el no haber más que suavidad.

157

Han pasado meses sobre lo último que escribí. Me he mantenido en un sueño del entendimiento mediante el cual he sido otro en la vida. Una sensación de felicidad translaticia ha sido frecuente en mí, No he existido, he sido otro, he vivido sin pensar.

Hoy, de repente, be vuelto a lo que soy o me sueño. Ha sido un momento de mucho cansancio, después de un trabajo sin relevo. He puesto la cabeza entre las manos, hincados los codos en el pupitre alto inclinado. Y, cerrados los ojos, me he reencontrado.

En un sueño falso lejano, he recordado todo cuanto he sido, y ha sido con una claridad de paisaje visto como se ha alzado ante mí de repente, antes o después de todo, al lado ancho de la quinta vieja, desde donde, en medio de la visión, la era surgía vacía.

He sentido inmediatamente la inutilidad de la vida. Ver, sentir, recordar, olvidar: todo esto se me ha confundido, en un vago dolor de codos, con el murmullo confuso de la calle cercana y los ruiditos del trabajo tranquilo de la oficina quieta.

Cuando, puestas las manos en lo alto del pupitre, he lanzado sobre lo que allí veía la mirada que debía ser de cansancio lleno de mundos muertos, la primera cosa que he visto ha sido un moscardón (¡aquel vago zumbido que no era de la oficina!) posado encima del tintero. Lo he contemplado desde

el fondo del abismo, anónimo y despierto. Tenía tonos verdes de azul oscuro, y tenía un lustre repulsivo que no era feo. ¡Una vida!

¿Quién sabe para qué fuerzas superiores, dioses o demonios de la Verdad a cuya sombra erramos, no seré sino la mosca lustrosa que se para un momento ante ellos? ¿Observación fácil?¿Observación ya hecha? ¿Filosofía sin pensamiento? Tal vez, pero yo no pensé: sentí. Fue carnalmente, directamente, con un horror profundo y [...] como hice la comparación risible. Fui mosca cuando me comparé con la mosca. Me sentí mosca cuando supuse que me lo sentí. Y me sentí un alma a la mosca, me dormí mosca, me sentí rematadamente mosca. Y el horror mayor es que al mismo tiempo me sentí yo. Sin querer, alcé los ojos al techo, no fuese a caer sobre mi una regla superior, para aplastarme lo mismo que yo podría aplastar a aquella mosca. Afortunadamente cuando bajé los ojos, la mosca, sin que se oyese un ruido, había desaparecido. La oficina involuntaria se había quedado otra vez sin filosofía.

16-3-1932.

158

Hace mucho -no sé si hace días, si hace meses- que no anoto ninguna impresión; no pienso, y por lo tanto no existo. Me he olvidado de quién soy; no sé escribir porque no sé ser. Mediante un adormecimiento oblicuo, he sido otro. Saber que no me recuerdo es despertar.

Me he desmayado durante un trozo de mi vida. Vuelvo en mí sin memoria de lo que he sido, y la de lo que fui sufre de haber sido interrumpida. Hay en mí una noción confusa de un intervalo desconocido, un esfuerzo fútil de parte de la memoria por querer encontrar la otra. No consigo reanudarme. Si he vivido, me he olvidado de saberlo.

No es que sea este primer día del otoño sensible -el primero de frío no fresco que viste al estío muerto de menos luz- el que me dé, en una transparencia enajenada, una sensación de designio muerto o de voluntad falsa. No es que haya, en este interludio de cosas perdidas, un vestigio confuso de memoria inútil. Es, más dolorosamente que esto, un tedio de estar recordando que no se recuerda, un desaliento de lo que la conciencia ha perdido entre algas o juncos, a la orilla no sé de qué.

Conozco que el día, límpido e inmóvil, tiene un cielo positivo y azul menos claro que el azul profundo. Conozco que el sol, vagamente menos de oro que era, dora de reflejos húmedos los muros y las ventanas. Conozco que, no habiendo viento, o brisa que lo recuerde o niegue, duerme sin embargo una frescura despierta en la ciudad indefinida. Conozco todo esto, sin pensar ni querer, y no tengo sueño sino por el recuerdo, ni nostalgia sino por el desasosiego.

Convalezco, estéril y lejano, de la enfermedad que no he tenido. Me predispongo, ágil de despertarme, a lo que no me atrevo. ¿Qué sueño no me ha dejado dormir? ¿Qué halago no me ha querido hablar? ¡Qué bien ser otro con este sorbo frío de primavera fuerte! ¡Qué bien poder al menos pensarlo, mejor que la vida, mientras a lo lejos, en la imagen recordada, los juncos, sin viento que se sienta, se inclinan glaucos desde la ribera!

¡Cuántas veces, recordando a quien no he sido, me medito joven y olvidado! Y eran otros que han sido los paisajes que no he visto nunca; eran nuevos sin haber sido los paisajes que vi de veras. ¿Qué me importa? He terminado con acasos e intersticios, y, mientras el fresco del día es el del mismo sol, duermen fríos, en el poniente que veo sin tenerlo, los juncos oscuros de la ribera.

28-9-1932.

159

Hay amarguras íntimas que no sabemos distinguir, por lo que contienen de sutil e infiltrado, si son del alma o del cuerpo, si son el malestar de estar sintiendo la futilidad de la vida, o si son la mala disposición que procede de algún abismo orgánico: estómago, hígado o cerebro. ¡Cuántas veces se me nubia la conciencia vulgar de mí mismo, con un sedimento torvo de estancamiento inquieto! ¡Cuántas veces me duele existir, con una náusea hasta tal punto confusa que no sé distinguir si es un tedio o si es el anuncio de un vómito! Cuántas veces...

Mi alma está hoy triste hasta el cuerpo. Todo yo me duelo, memoria, ojos y brazos. Hay una especie de reumatismo en todo cuanto soy. No influye en mí ser la claridad límpida del día, cielo de un gran azul puro, marea alta parada de luz difusa. No me ablanda nada el leve soplo fresco, otoñal como si el estío no olvidase, con que el aire tiene personalidad. Nada es nada para mí. Estoy triste, pero no con una tristeza definida, ni siquiera con una tristeza indefinida. Estoy triste allí fuera, en la calle sembrada de cajones.

Estas expresiones no traducen exactamente lo que siento porque sin duda nada puede traducir exactamente lo que alguien siente. Pero de algún modo trato de dar la impresión de lo que siento, mezcla de varias especies de yo y de calle ajena que, por lo que veo, también, de un modo íntimo que no sé analizar, me pertenece, forma parte de mí.

Quisiera vivir distinto en países distantes. Quisiera morir otro entre banderas desconocidas. Quisiera ser aclamado emperador en otras eras, mejores hoy porque no son de hoy, vistas en vislumbre y colorido, inéditas a esfinges. Quisiera todo cuanto puede tornar ridículo lo que soy, y porque torna ridículo lo que soy. Quisiera, quisiera... Pero hay siempre sol cuando el sol brilla y noche cuando la noche llega. Hay siempre la amargura cuando la amargura nos duele y el sueño cuando el sueño nos arrulla. Hay siempre lo que hay, y nunca lo que debería haber, no por ser mejor o por ser peor, sino por ser otro. Hay siempre...

Por la calle llena de cajones van los cargadores limpiando la calle. Uno a uno, con risas y dicharachos, van poniendo los cajones en los carros. Desde lo alto de mi ventana de la oficina, yo los voy viendo, con ojos lentos en los que los párpados están durmiendo. Y algo sutil, incomprensible, ata lo que siento a los cargamentos que estoy viendo hacer, una sensación desconocida hace un cajón de todo este tedio mío, o angustia, o náusea, y lo sube, a hombros de quien bromea en voz alta, a un carro que no está aquí. Y la luz del día, serena como siempre, luz oblicuamente, porque la calle es estrecha, sobre donde están levantando los cajones -no sobre los cajones, que están a la sombra, sino sobre la esquina, allá al final, donde los cargadores están haciendo no hacer nada, indeterminadamente.

2-11-1933.

160

Desde que cesó el calor, y la primera levedad de la lluvia creció hasta oírse, quedó en el aire una tranquilidad que el aire del calor no tenía, una nueva paz en que el agua ponía una brisa suya. Tan clara era la alegría de esta lluvia blanda, sin tempestad ni oscuridad, que aquellos mismos, que eran casi todos, que no tenían paraguas ni impermeables, estaban riéndose al hablar a su paso rápido por la calle lustrosa.

En un intervalo de indolencia, me acerqué a la ventana abierta de la oficina -el calor la hizo abrir, la lluvia no hizo cerrarla- y contemplé con la atención intensa e indiferente, que es mi manera, aquello mismo que acabo de describir con exactitud antes de haberlo visto. Sí, por allí iba la alegría de los dos triviales, hablando sonriendo por la lluvia menuda, con pasos más rápidos que apresurados, en la calidad limpia del día que se había velado.

Pero de repente, de la sorpresa de una esquina que ya estaba allí, rodó hacia mi vista un hombre viejo y mezquino, pobre y no humilde, que andaba impaciente bajo la lluvia que se había mitigado. Aquél, en el que por cierto no me había fijado, tenía por lo menos impaciencia. Le miré con la atención, no ya distraída, que se presta a las cosas, sino definidora, que se presta a los símbolos. Era el

símbolo de nadie; por eso tenía prisa. Era el símbolo de quien nada había sido; por eso sufría. Formaba parte, no de los que sienten sonriendo la alegría incómoda de la lluvia, sino de la misma lluvia -un inconsciente, tanto que sentía la realidad.

No era esto, sin embargo, lo que yo quería decir. Entre mi observación del transeúnte que, finalmente, perdí en seguida de vista, por no haber continuado mirándolo, y el nexo de estas observaciones se me ha metido algún misterio de la distracción, alguna emergencia del alma que me ha dejado sin prosecución. Y al fondo de mi desconexión, sin que yo los oiga, oigo los ruidos de las conversaciones de los embaladores, allá en el fondo de la oficina al principio del almacén, y veo sin ver los cordeles de embalar los encargos postales, pasados dos veces, con los nudos dos veces corridos, en torno a los paquetes de papel pardo fuerte, en la mesa al pie de la ventana que da al zaguán, entre chistes y tijeras.

Ver es haber visto.

11-6-1932.

161

INTERV[ALO]

Esta hora horrorosa que disminuya para posible o crezca para mortal.

Que la mañana nunca raye, y que yo y esta alcoba entera, y su atmósfera interior a la que pertenezco, todo se espiritualice en Noche, se absolutice en Tiniebla y no quede de mi una sombra que manche de mi recuerdo lo que quiera que sea que /no muera/.

162

Oh noche en la que las estrellas mienten luz, oh noche, única cosa del tamaño del Universo, vuélveme, cuerpo y alma, parte de tu cuerpo, que yo me pierda en ser mera tiniebla y me vuelva también noche, sin sueños que sean estrellas en mí, ni sol esperado cuyo esperarlo ilumine desde el futuro.

163

Los clasificadores de cosas, que son aquellos hombres de ciencia cuya ciencia consiste sólo en clasificar, ignoran, en general, que lo clasificable es infinito y por lo tanto no se puede clasificar. Pero en lo que consiste mi pasmo es en que ignoren la existencia de clasificables desconocidos, cosas del alma y de la conciencia que se encuentran en los intersticios del conocimiento.

Tal vez porque yo piense demasiado o sueñe demasiado, lo cierto es que no distingo entre la realidad que existe y el sueño, que es la realidad que no existe. Y así intercalo en mis meditaciones del cielo y de la tierra cosas que no brillan de sol ni se pisan con pies -maravillas fluidas de la imaginación.

Me doro con ponientes supuestos, pero lo supuesto está vivo en la suposición. Me alegro con brisas imaginarias, pero lo imaginario vive cuando se imagina. Tengo un alma para hipótesis varias, pero esas hipótesis tienen alma propia, y me dan por lo tanto la que tienen.

No hay problema sino el de la realidad, y ése es insoluble y vivo. ¿Qué sé yo de la diferencia entre un árbol y un sueño? Puedo tocar el árbol; sé que tengo el sueño. ¿Qué es esto, en su verdad?

¿Qué es esto? Soy yo quien, solo en la oficina desierta, puedo vivir imaginando sin desventaja de la inteligencia. No sufro interrupción de pensar por parte de los pupitres abandonados y de la sección de remesas sólo con papel y rollos de cuerda. Estoy, no en mi banco alto, sino recostado, por un ascenso sin realizar, en la silla de brazos redondos de Moreira. Tal vez sea la influencia del lugar la que me unge de distraído. Los días de mucho calor dan sueño; me duermo sin dormir por falta de energía. Y por eso pienso así.

25-7-1932.

164

Desde que las últimas gotas de la lluvia han empezado a espaciarse en la caída de los tejados, y por el centro empedrado de la calle el azul del cielo ha empezado a reflejarse lentamente, el ruido de los vehículos ha adquirido otro canto, más alto y alegre, y se ha oído el abrir de ventanas contra el desolvido del sol. Entonces, por la calle estrecha, desde el fondo de la esquina cercana, ha prorrumpido la invitación del primer vendedor de lotería, y los clavos clavados en los cajones de la tienda de al lado reverberaban en el espacio claro.

Era un día de fiesta dudoso, legal y que no se observaba. Había sosiego y trabajo juntos, y yo no tenía nada que hacer. Me había levantado pronto y tardaba en prepararme para existir. Paseaba de un lado a otro del cuarto y soñaba en voz alta cosas sin ilación ni posibilidad -gestos que me había olvidado de hacer, ambiciones imposibles realizadas sin rumbo, conversaciones completas y continuas que, si existiesen, habrían existido. Y en este devaneo sin grandeza ni calma, en este demorar sin esperanza ni fin, gastaban mis pasos la mañana libre, y mis palabras altas, dichas en voz baja, sonaban múltiples en el claustro /de mi simple aislamiento/.

Mi figura humana, si la consideraba con una atención exterior, era de la ridiculez que todo cuanto es humano asume siempre que es íntimo. Me había puesto, encima de las ropas sencillas del sueño abandonado, un gabán viejo, que me sirve para estas vigilias matutinas. Mis zapatillas viejas estaban rotas, especialmente la del pie izquierdo. Y, con las manos en los bolsillos de la chaqueta póstuma, recorría la avenida de mi cuarto con pasos largos y decididos, realizando con el devaneo inútil un sueño igual que los de todo el mundo.

Todavía, por la frescura abierta de mi única ventana, se ola caer de los tejados las gotas gordas de la acumulación de la lluvia ida. Todavía, vagos, había frescores de haber llovido. El cielo, sin embargo, era de un azul conquistador, y las nubes que quedaban de la lluvia derrotada o cansada cedían, retirándose hacia el lado del Castillo, los caminos legítimos de todo el cielo.

Era la ocasión de estar alegre. Pero me pesaba algo, un ansia desconocida, un deseo sin definición, ni siquiera bajo. Se me retrasaba, quizá, la sensación de estar vivo. Y, cuando me asomé desde la ventana altísima a la calle que miré sin verla, me sentí de repente uno de aquellos trapos húmedos de limpiar cosas sucias que se ponen a secar en la ventana, pero se olvidan, enrollados, en el pretil que van manchando lentamente.

25-12-1929.

165

El silencio que sale del ruido de la lluvia se extiende, en un crescendo de monotonía cenicienta, por la calle estrecha que miro. Estoy durmiendo despierto, de pie contra la vidriera, en la que me recuesto como en todo. Busco en mí qué sensaciones son las que tengo ante este caer deshilachado de

agua sombríamente luminosa que se destaca de las fachadas sucias y, aún más, de las ventanas abiertas. Y no sé lo que siento, no sé lo que quiero sentir, no sé lo que pienso ni lo que soy.

Toda la amargura retrasada de mi vida se quita, ante mis ojos sin sensación, el traje de alegría natural que usa en los acasos prolongados de todos los días. Compruebo que, tantas veces alegre, tantas veces contento, estoy siempre triste. Y el que en mí comprueba esto está detrás de mi, como quien se asoma a mí arrimado a la ventana y, por cima de mis hombros, o hasta de mi cabeza, mira, con ojos más íntimos que los míos, la lluvia lenta, un poco ondulada ya, que afiligrana con su movimiento el aire pardo y malo.

Abandonar todos los deberes, incluso los que nos exigen, repudiar todos los hogares, incluso los que no han sido nuestros, vivir de lo impreciso y del vestigio, entre grandes púrpuras de locura, y encajes falsos de majestades soñadas... Ser algo que no sienta el pesar de la lluvia exterior, ni la amargura de la vacuidad íntima... Errar sin alma ni pensamiento, sensación sin sí misma, por un camino que rodea montañas, por valles sumidos entre laderas escarpadas, lejano, inmerso y fatal... Perderse entre paisajes como cuadros. No ser de lejanía y colores...

Un soplo leve de viento, que por detrás de esa ventana no siento, rasga en desniveles aéreos la caída rectilínea de la lluvia. Clarea cualquier sitio del cielo que no veo. Lo noto porque, por detrás de los cristales medio limpios de la ventana de al lado, ya veo vagamente el calendario en la pared, allá dentro, que hasta ahora no veía.

Olvido. No veo, sin pensar.

Cesa la lluvia, y de ella queda, un momento, una polvareda de diamantes mínimos, como si, en lo alto, algo así como un gran mantel se sacudiese azulmente esas migajas. Se siente que parte del cielo ya está azul. Se ve, a través de la ventana de al lado, más claramente el calendario. Tiene una cara de mujer, y el resto es fácil porque lo recuerdo, y la pasta dentífrica es la más conocida de todas.

¿Pero en qué pensaba yo antes de perderme viendo? No lo sé. ¿Voluntad? ¿Esfuerzo? ¿Vida? Con un gran progreso de luz, se siente que el cielo es ya casi todo azul. Pero no hay sosiego -¡ah, ni lo habrá nunca!- en el fondo de mi corazón, pozo viejo al final de la quinta vendida, recuerdo de infancia encerrada y polvorienta en el sótano de la casa ajena. No hay sosiego -y, ¡ay de mí!, ni siquiera hay deseo de tenerlo...

14-3-1930.

166

No sé por qué -lo noto de repente- estoy solo en la oficina. Ya, indefinidamente, lo había presentido. Había en algún aspecto de mi conciencia de mí una amplitud de alivio, un respirar más hondo de pulmones diferentes.

Es ésta una de las más curiosas sensaciones que nos puede ser proporcionada por el acaso de los encuentros y de las faltas: la de estar solos en una casa de ordinario llena, ruidosa o ajena. Tenemos, de repente, una sensación de posesión absoluta, de dominio fácil y ancho, de amplitud -como he dicho- de alivio y sosiego.

¡Qué bien estar solos a nuestras anchas! Poder hablar alto con nosotros mismos, pasear sin estorbos de miradas, reposar hacia atrás en un devaneo sin llamada! Toda casa se vuelve un campo, toda habitación tiene la extensión de una quinta.

Los ruidos son todos ajenos, como si perteneciesen a un universo cercano pero independiente. Somos, por fin, reyes. /A esto aspiramos todos, en fin, y los más plebeyos de nosotros -quién sabe- con más fuerza que los de más oro falso./ Por un momento somos pensionistas del universo y vivimos, puntuales del suelo concedido, sin necesidades ni preocupaciones.

Ah, pero reconozco, en ese paso en la escalera, que sube hasta mí no sé quién, el alguien que va a interrumpir mi soledad distraída. Va a ser invadido por los bárbaros mi imperio implícito. No es que el

paso me diga quién es quien viene, ni que recuerde el paso de éste o aquél a quien yo conozca. Hay un instinto más sordo en el alma que me hace saber que es hacia aquí a donde viene el que sube, de momento sólo pasos, por la escalera que súbitamente veo, porque pienso en él que la sube. Sí, es uno de los empleados. Se para, se oye la puerta, entra. Lo veo todo. Y me dice, al entrar: «¿Solo, señor Soares?» Y yo respondo: «Sí, hace ya tiempo...» Y él dice entonces, pelándose de la chaqueta con la mirada en la otra, la vieja, que está en la percha: «Qué fastidio que uno tenga que estar aquí solo, y además de eso...» «Un gran fastidio, no cabe duda», respondo yo. «Hasta dan ganas de dormir», dice él, ya con la chaqueta vieja, y yendo hacia el escritorio. «Sí que dan», confirmo sonriente. Después, estirando la mano hacia la pluma olvidada, reingreso, gráfico, en la salud anónima de la vida normal.

29-3-1933.

167

Dicen que el tedio es una enfermedad de inertes, o que ataca sólo a quienes nada tienen que hacer. Esa enfermedad del alma es sin embargo más sutil: ataca a quienes tienen disposición para ella, y perdona menos a los que trabajan, o fingen trabajar (lo que para el caso es lo mismo) que a los inertes de verdad.

Nada hay peor que el contraste entre el esplendor natural de la vida interior, con sus Indias naturales y sus países desconocidos, y la sordidez, aunque en realidad no sea sórdida, de la rutina de la vida. El tedio pesa más cuando no tiene la disculpa de la inercia. El tedio de los grandes esforzados es el peor de todos.

No es el tedio de la enfermedad del aburrimiento de no tener nada que hacer, sino la enfermedad mayor de sentirse que no vale la pena hacer nada. Y, siendo así, cuanto más hay que hacer, más tedio hay que sentir.

¡Cuántas veces levanto del libro en que estoy escribiendo y en el que trabajo la cabeza vacía de todo el mundo! Más me valdría encontrarme inerte, sin hacer nada, sin tener que hacer nada, porque ese tedio, aunque real, por lo menos lo disfrutaría. En mi tedio presente no hay reposo, ni nobleza, ni bienestar en el que haya un malestar hay un apagamiento enorme de todos los gestos hechos, no un cansancio virtual de los gestos por no hacer.

18-9-1933.

168

Paso horas, a veces, en el Terreiro do Paço, a la orilla del río, meditando en vano. Mi impaciencia me quiere arrancar constantemente de ese sosiego, y mi inercia, constantemente me detiene en él. Medito, entonces, en una modorra física, que se parece a la voluptuosidad casi como el susurro del viento recuerda voces, en la eterna /insaciabilidad de mis deseos vagos,/ en la perenne inestabilidad de mis ansias imposibles. Sufro, principalmente, del mal de poder sufrir. Me falta algo que no deseo y sufro porque eso no es propiamente sufrir.

El muelle, la tarde, el olor del mar, entran todos, y entran juntos, en la composición de mi angustia. Las flautas de los pastores imposibles no son más suaves que el no haber aquí flautas, y eso me las recuerda.

Los idilios lejanos, al pie de los riachuelos, me duelen por dentro a esta hora análoga, (...)

169

No son las vulgares paredes de mi cuarto vulgar, ni los escritorios viejos de la oficina ajena, ni la pobreza de las calles intermedias de la Baja habitual, tantas veces recorridas por mí que ya me parecen haber usurpado la fijeza de la irreparabilidad, las que producen en mi espíritu la náusea, frecuente en él, de la cotidianeidad insultante de la vida. Son las personas que habitualmente me rodean, son las almas que, desconociéndome, me conocen todos los días con la convivencia y el habla, las que me ponen en la garganta del espíritu el nudo de saliva del disgusto físico. Es la sordidez monótona de su vida, paralela a la exterioridad de la mía, es su conciencia íntima de ser mis semejantes, la que me pone el uniforme de condenado, me proporciona la celda de presidiario, me instituye apócrifo y mendigo.

Hay momentos en que cada detalle de lo vulgar me interesa en su existencia propia, y tengo por todo la inclinación de saber leerlo todo claramente. Entonces veo -como Vieira dijo que describía Sousa- lo común con singularidad, y soy poeta con aquella alma con que la crítica de los griegos creó la edad intelectual de la poesía. Pero también hay momentos, y éste que me oprime ahora es uno de ellos, en que me siento a mí mismo más que a las cosas exteriores, y todo se me convierte en una noche de lluvia y barro, perdida en la soledad de un apeadero de desviación, entre dos trenes de tercera.

Sí, mi virtud íntima de ser frecuentemente objetivo, y extraviarme así de pensarme, sufre, como todas las virtudes, e incluso como todos los vicios, menguas de afirmación. Entonces, me pregunto a mí mismo cómo es posible que me sobreviva, cómo es posible que ose tener la cobardía de estar aquí, entre esta gente, con esta igualdad exacta respecto a ellos, con esta conformidad verdadera con la ilusión de basura de todos ellos. Se me representan con un brillo de faro distante todas las soluciones con que la imaginación es mujer: el suicidio, la fuga, la renuncia, los grandes gestos de la aristocracia de]a individualidad, el capa y espada de las existencias sin escenario.

Pero la Julieta ideal de la realidad ha cerrado sobre el Romeo ficticio de mi sangre la ventana alta de la entrevista literaria. Ella obedece a su padre; él obedece al suyo. Continúa la riña de los Montescos y de los Capuletos; cae el telón sobre lo que no ha sucedido; y yo arreglo la casa -aquel cuarto en el que es sórdida el ama de casa que no está allí, los hijos que raras veces veo, la gente de la oficina a la que sólo veré mañana- con el cuello de una chaqueta de empleado de comercio levantado sobre el pescuezo de un poeta, con las botas compradas siempre en la misma tienda evitando inconscientemente los charcos de lluvia fría, y un poco preocupado, mezcladamente, de haberme olvidado siempre del paraguas y de la dignidad del alma.

5-2-1930.

170

El poniente está esparcido por las nubes sueltas separadas que tiene todo el cielo. Reflejos de todos los colores, reflejos suaves, llenan las diversidades del aire alto, flotan ausentes en las grandes angustias de la altura. Por las cumbres de los tejados erguidos, mediocolor, mediosombras, los últimos rayos lentos del sol que se va adquieren formas de color que no son suyas ni de las cosas en que se posan. Hay un vasto sosiego por cima del nivel ruidoso de la ciudad que también se va sosegando. Todo respira más allá del color y del sonido, con una inspiración honda y muda.

En las cosas coloridas que el sol no ve, los colores empiezan a adquirir tonos de su color ceniciento. Hay frío en las diversidades de esos colores. Duerme una pequeña inquietud en los valles falsos de las calles. Duerme y sosiega. Y poco a poco, en las más bajas de las nubes altas, comienzan a ser de sombra los reflejos; sólo en aquella nubecilla, que planea águila blanca por cima de todo, el sol conserva, de lejos, su oro que ríe.

Todo cuanto he buscado en la vida, yo mismo he dejado de buscarlo. Soy como alguien que buscase distraídamente lo que, en el sueño entre la busca, olvidó ya lo que era. Se vuelve más real que la cosa buscada ausente el gesto presente de las manos visibles que buscan, revolviendo, apartando, colocando; y existen blancas y largas, con cinco dedos cada una, exactamente.

Todo cuanto he tenido es como este cielo alto y diversamente el mismo, harapos de nada tocados por una luz distante, fragmentos de falsa vida que la muerte dora desde lejos, con su sonrisa triste de verdad entera. Todo cuanto he tenido, si, ha sido el no haber sabido buscar, señor feudal de pantanos por la tarde, príncipe desierto de una ciudad de túmulos vacíos.

Todo cuanto soy, o cuanto he sido, o cuanto pienso de lo que soy o he sido, todo esto pierde de repente -en estos pensamientos míos y en la pérdida súbita de luz de la nube alta- el secreto, la verdad, la ventura tal vez, que hubiese en no sé qué que la vida tiene por debajo. Todo esto, como un sol que falta, es lo que me queda, y sobre los tejados altos, diversamente, la luz deja escurrir sus manos de cascada, y surge a la vista, en la unidad de los tejados, la sombra íntima de todo.

Vaga gota trémula, clarea a lo lejos la primera estrella.

7-10-1931.

171

Alcanzar, en el estado místico, sólo lo que ese estado tiene de grato, sin lo que tiene de exigente; ser el extático [...] el místico o [...] sin iniciación: pasar el transcurso de los días en la meditación de un paraíso en el que no se cree -todo esto le sabe bien al alma, si conoce lo que es desconocer.

Van altas, por cima de donde estoy, cuerpo dentro de una sombra, las nubes silenciosas; van altas, por cima de donde estoy, alma cautiva en un cuerpo, las verdades desconocidas... Va alto todo... Y todo pasa en lo alto como abajo, sin nube que deje algo más que lluvia, sin verdad que deje algo más que dolor... Sí, todo lo que es alto, pasa alto y pasa; todo lo que es de apetecer está lejos y pasa lejos... Sí, todo atrae, todo es ajeno y todo pasa.

¿Qué me importa saber, al sol o a la lluvia, cuerpo o alma, que también pasaré? Nada, salvo la esperanza de que todo sea nada y, por lo tanto, la nada sea todo.

29-6-1934.

172

El éxtasis violeta exilio del fin del poniente con los montes.

173

Sí, es el poniente. Llego a la desembocadura de la Calle de la Alfándega vagoroso y disperso, y, al clarearme el Terreiro do Paço veo, claro, lo sin sol del cielo occidental. Ese cielo es de un azul verdoso que tira a ceniciento blanco, donde, por el lado izquierdo, por los montes de la otra margen, se agacha, amontonada, una niebla acastañada de color rosa muerto. Hay una gran paz que no tengo dispersa fríamente en el aire otoñal abstracto. Sufro, por no tenerla, el placer vago de suponer que existe. Pero, en realidad, no hay paz ni falta de paz: cielo tan sólo, cielo de todos los colores que desmayan: azul blanco, verde todavía azulado, ceniciento pálido entre verde y azul, vagos tonos remotos de colores de nubes que no lo son, amarilladamente oscurecidas de encarnado acabado. Y

todo esto es una visión que se extingue en el mismo momento en que se la tiene, un intervalo entre nada y nada, alado, puesto en lo alto, en tonalidades de cielo y angustia, prolijo e indefinido.

Siento y olvido. Una nostalgia, que es la de todo el mundo por todo, me invade como un opio desde el aire frío. Hay en mí un éxtasis de ver, íntimo y postizo.

Hacia los lados de la barra donde el haber cesado el sol se acaba cada vez más, la luz se extingue en un blanco lívido que se azula de verdoso frío. Hay en el aire un torpor de lo que no se consigue nunca. Calla alto el paisaje del cielo.

A esta hora, en que hasta me siento transbordar, quisiera tener la malicia entera de decir, el capricho libre de un estilo por destino. Pero no, sólo el cielo alto lo es todo, remoto, aboliéndose, y la emoción que siento, y que es tantas, juntas y confusas, no es más que el reflejo de ese cielo nulo en un lago mío: lago recluso entre acantilados hirsutos, callado, mirada de muerto, en que la altura se contempla olvidada.

Tantas veces, tantas, como ahora, me ha pesado sentir que siento -sentir como angustia, sólo por ser sentir, la inquietud de estar aquí, la nostalgia de otra cosa que no se ha conocido, el poniente de todas las emociones, amarillecerme esfumado en tristeza cenicienta en mi conciencia exterior de mí.

Ah, ¿quién me salvará de existir? No es la muerte lo que quiero, ni la vida: es aquella otra cosa que brilla en el fondo del ansia como un diamante posible en una caverna a la que no se puede descender. Es todo el peso y toda la angustia de este universo real e imposible, de este cielo estandarte de un ejército desconocido, de estos tonos que van empalideciendo por el aire ficticio, de donde el creciente imaginario de la luna emerge en una blancura eléctrica quieta, recortado en lejano e insensible.

Es toda la falta de un Dios verdadero que es el cadáver vacuo del cielo alto y del alma encerrada. Cárcel infinita: ¡porque eres infinita no se puede huir de ti!

16 17-10-1931.

174

Regla es de la vida que podemos, y debemos, aprender con todo el mundo. Hay cosas de la seriedad de la vida que podemos aprender con charlatanes y bandidos, hay filosofías que nos proporcionan los estúpidos, hay lecciones de firmeza y de ley que vienen en el acaso y en los que son del acaso. Todo está en todo.

En ciertos momentos muy claros de la meditación, como aquellos en que, al principio de la tarde, vago observador por las calles, cada persona me trae una noticia, cada casa me ofrece una novedad, cada letrero contiene un aviso para mí.

Mi paseo callado es una conversación continua, y todos nosotros, hombres, casas, piedras, letreros y cielo, somos una gran multitud amiga, que se codea con palabras en la gran procesión del Destino.

¿1932?

175

En las vagas sombras de luz por terminar antes que la tarde sea pronto noche, disfruto de errar sin pensar entre lo que la ciudad se vuelve, y ando como si nada tuviese remedio. Me agrada, más a la imaginación que a los sentidos, la tristeza dispersa que está conmigo. Vago, y hojeo en mí, sin leerlo, un libro intersperso de imágenes rápidas, del que voy formándome indolentemente una idea que nunca se completa.

Hay quien lee con la misma rapidez con que mira, y concluye sin haberlo visto todo. Así saco del libro que se me hojea en el alma una historia vaga por contar, memorias de otro yo vagabundo, con avenidas de parques en medio, y figuras de seda varias, pasando, pasando.

Indiscrimino con tedio y otro. Sigo, simultáneamente, por la calle, por la tarde y por la lectura soñada, y los caminos son verdaderamente recorridos. Emigro y descanso, como si estuviese a bordo con el navío ya en altamar.

Súbitamente, los faroles muertos coinciden luces en las prolongaciones dobles de una calle larga y curva. Como un batacazo, mi tristeza aumenta. Es que se ha terminado el libro. Hay tan sólo, en la viscosidad aérea de la calle abstracta, un hilo exterior de sentimiento, como la baba del Destino idiota, goteando en la conciencia del alma.

Otra vida de la ciudad que anochece. Otra alma la de quien mira a la noche. Sigo inseguro y alegórico, irrealmente sintiente. Soy como una historia que alguien hubiese contado y, de tan bien contada, anduviese carnal, pero no mucho, en este mundo novela, en el principio de un capítulo: «En este momento, se podía ver a un hombre avanzar lentamente por la calle de...»

¿Qué tengo yo que ver con la vida?

13-7-1931.

176

PAISAJE DE LLUVIA

Toda la noche, y durante horas, el chirriar de la lluvia ha bajado. Toda la noche, conmigo entredespierto, la monotonía fría me ha insistido en los cristales. Ora un jirón de viento, en un aire más alto, azotaba, y el agua ondeaba en sonido y pasaba unas manos rápidas por la ventana; ora con un sonido sordo sólo /hacía/ sueño en el exterior muerto. /Mi alma era la misma de siempre, entre sábanas como entre gentes, dolorosamente consciente del mundo./ Tardaba el día como la felicidad: a aquella hora parecía que también indefinidamente.

¡Si el día y la felicidad no llegasen nunca! Si esperar, cuando menos, pudiese ni siquiera tener la desilusión de conseguir.

El ruido casual de un carro tardío, saltando áspero sobre las piedras, crecía desde el fondo de la calle, hacia el fondo del vago sueño que yo no conseguía del todo. Batía, de cuando en cuando, una puerta de la escalera. A veces había un chapotear líquido de pasos, un rozar por si mismas de ropas mojadas. Una u otra vez, cuando los pasos eran más, sonaba alto y atacaban. Después, el silencio volvía, con los pasos que se apagaban, y la lluvia continuaba innumerablemente.

En las paredes oscuramente visibles de mi cuarto, si abría yo los ojos del sueño falso, flotaban fragmentos de sueños por hacerse, vagas luces, trazos oscuros, cosas de nada que trepaban y bajaban. Los muebles, mayores que de día, manchaban vagamente el absurdo de la tiniebla. La puerta era indicada por algo ni más blanco ni más negro que la noche, pero diferente. En cuanto a la ventana, (yo sólo) la oía.

Nueva, fluida, variable, la lluvia sonaba. Los momentos se retrasaban ante su sonido. La soledad de mi alma se ensanchaba, se arrastraba, invadía lo que yo sentía, lo que yo quería, lo que yo no iba a soñar. Los objetos vagos, participantes, en la sombra, de mi insomnio, pasaban a tener lugar y dolor en mi desolación.

177

DÍA DE LLUVIA

El aire es de un amarillo oculto, como un amarillo pálido visto a través de un blanco sucio. Apenas si hay amarillo en el aire ceniciento. La palidez del ceniciento, sin embargo, tiene un amarillo en su tristeza.

178

Vivo siempre en el presente. El futuro, no lo conozco. El pasado, ya no lo tengo. Me pesa e[uno como la posibilidad de todo, el otro como la realidad de nada. No tengo esperanzas ni nostalgias. Conociendo lo que ha sido mi vida hasta hoy –tantas veces y en tantas cosas lo contrario de lo que yo deseaba-, ¿qué puedo presumir de mi vida de mañana, sino que será lo que no presumo, lo que no quiero, lo que me sucede desde fuera, hasta a través de mi voluntad? No tengo nada en mi pasado que recuerde con el deseo inútil de repetirlo. Nunca he sido sino un vestigio y un simulacro de mí. Mi pasado es todo cuanto no he conseguido ser. Ni las sensaciones de los momentos pasados me resultan nostálgicas: lo que se siente exige el momento; pasado éste, hay un volver de página y la historia continúa, pero no el texto.

Breve sombra oscura de un árbol ciudadano, leve sonido de agua que cae en el estanque triste, verde del césped regular -jardín público casi al crepúsculo-, sois, en este momento, el universo entero para mi, porque sois el contenido pleno de mi sensación consciente. No quiero más de la vida que sentirla perderse en estas tardes imprevistas, al son de niños ajenos que juegan en estos jardines enrejados por la melancolía de las calles que los rodean, y frondosos, más allá de las ramas altas de los árboles por el cielo viejo donde las estrellas recomienzan.

13-6-1930.

179

Florece alto en la soledad nocturna un velón desconocido por detrás de una ventana. Todo lo demás, en la ciudad que veo, está oscuro, salvo donde los reflejos débiles de la luz de las calles suben vagamente y hacen acá y allá flotar a una luz de luna invertida, muy pálida. En la negrura de la noche, las mismas casas destacan poco, entre sí, sus diferentes colores, o tonos de colores: sólo diferencias vagas, se diría que abstractas, irregularizan el conjunto atropelado.

Un hilo invisible me une al dueño anónimo del velón. No es la común circunstancia de que estemos ambos despiertos: no hay en ello una reciprocidad posible, pues, estando yo a la ventana en la oscuridad, él no podrá verme nunca. Es otra cosa, sólo mía, que se prende un poco a la sensación de aislamiento, que participa de la noche y del silencio, que escoge ese velón como punto de apoyo porque es el único punto de apoyo que existe. Parece que es porque está encendido por lo que es tan oscura la noche. Parece que es por estar yo despierto, soñando en la tiniebla, por lo que está alumbrando.

Todo lo que existe existe quizá porque otra cosa existe. Nada es, todo coexiste: quizás así esté bien. Siento que yo no existiría, en este momento -que no existiría, por lo menos, del modo que estoy existiendo, con esta conciencia presente de mí, que por ser conciencia y presente es en este momento enteramente yo-, si ese velón no estuviese encendido más allá, en otra parte, faro que no está indicando nada en un falso privilegio de altura. Siento esto porque no siento nada. Siento esto porque esto es nada. Nada, nada, parte de la noche y del silencio y de lo que con ellos soy yo de nulo, de negativo, de intervalar, espacio entre mí y mí, cosa olvido de cualquier dios...

8-9-1933.

180

Hace mucho tiempo que no escribo. Han pasado meses sin que viva, y voy durando, entre la oficina y la fisiología, en un estancamiento íntimo de pensar y sentir. Esto, desgraciadamente, no descansa: en la putrefacción hay fermentación.

Hace mucho tiempo que no sólo no escribo, sino que ni siquiera existo. Creo que sólo sueño. Las calles son calles para mí. Hago el trabajo de la oficina con conciencia tan sólo para él, pero no diré bien si digo que sin distraerme: por detrás estoy, en vez de meditando, durmiendo, sin embargo estoy siempre otro por detrás del trabajo.

Hace mucho tiempo que no existo. Estoy sosegadísimo. Nadie me distingue de quien soy. Me he sentido ahora respirar como si hubiese practicado algo nuevo, o atrasado. Empiezo a tener conciencia de tener conciencia. Tal vez mañana despierte para mí mismo, y reanude el curso de mi existencia propia. No sé si, con ello, sería más feliz o menos. No sé nada. Levanto la cabeza /de paseante/ y veo que, por la cuesta del Castillo, el ocaso opuesto arde en decenas de ventanas, con una reverberación alta de fuego frío. Alrededor de esos ojos de llama dura, toda la cuesta está suave del final del día. Puedo por lo menos sentirme triste, y tener la conciencia de que, con esta tristeza mía se ha cruzado ahora -visto con el oído- el ruido súbito del tranvía que pasa, la voz casual de los conversadores jóvenes, el susurro olvidado de la ciudad viva.

Hace mucho tiempo que no soy yo.

8-1-1931.

181

Pienso a veces, con un deleite triste, que si un día, en un futuro al que ya no pertenezca yo, estas frases que escribo durasen con loor, tendré por fin gente que me «comprenda», los míos, la familia verdadera para en ella nacer y ser amado. Pero, lejos de ir a nacer en ella, habré muerto hace ya mucho. Seré comprendido sólo en efigie, cuando el afecto ya no compense a quien murió del desafecto que sólo tuvo cuando estaba vivo.

Un día tal vez comprendan que cumplí, como ningún otro, mi deber nato de intérprete de una parte de nuestro siglo; y cuando lo comprendan han de escribir que en mi época fui incomprendido, que desgraciadamente viví entre desafecciones y frialdades, y que es una pena que así me sucediese. Y el que escriba esto será, en la época en que lo escriba, incomprendedor, como los que me rodean, de mi análogo de este tiempo futuro. Porque los hombres sólo aprenden de sus bisabuelos, que ya han muerto. Sólo a los muertos sabemos enseñar las verdaderas reglas de vida.

En la tarde en que escribo, el día de lluvia ha cesado. Una alegría del aire es fresca demás contra la piel. El día va terminando, no en ceniciento, sino en azul pálido. Un azul vago se refleja, incluso, en las piedras de la calle. Duele vivir, pero es de lejos. Sentir no importa. Se enciende uno u otro escaparate.

En otra ventana alta hay gente que ve acabarse el trabajo. El mendigo que me roza se pasmaría si me conociese.

En el azul menos pálido y menos azul, que se espeja en los edificios, atardece un poco más la hora indefinida.

Cae levemente, fin del día cierto, en que los que creen y yerran se engranan en el trabajo de costumbre, y tienen, en su propio dolor, la felicidad de la inconsciencia. Cae levemente, onda de luz que cesa, melancolía de la tarde inútil, bruma sin niebla que entra en mi corazón. Cae levemente,

suavemente, indefinida palidez lúcida y azul de la tarde /acuática/ -levemente, suavemente, tristemente sobre la tierra sencilla y fría. Cae levemente, ceniza invisible, monotonía afligida, tedio sin torpor.

(Posterior a 1919.)

182

Me quedo pasmado cuando termino algo. Me quedo pasmado y desolado. Mi instinto de perfección debería inhibirme de acabar; debería inhibirme hasta de dar comienzo. Pero me distraigo y hago. Lo que consigo es un producto, en mi, no de una aplicación de la voluntad, sino de una cesión suya. Comienzo porque no tengo fuerza para pensar; acabo porque no tengo alma para suspender. Este libro es mi cobardía.

La razón por la que tantas veces interrumpo un pensamiento con un fragmento de paisaje, que de alguna manera se integra en el esquema, real o supuesto, de mis impresiones, es que este paisaje es una puerta por donde huyo del conocimiento de mi impotencia fecunda. Tengo la necesidad, en medio de las conversaciones conmigo mismo que forman las palabras de este libro, de hablar de repente con otra persona, y me dirijo a la luz que planea, como ahora, sobre los tejados de las casas, que parecen mojados de tenerla al lado; al agitarse blando de los árboles altos de la cuesta ciudadana, que parecen cercanos, en una posibilidad de desahogo mudo; a los carteles superpuestos de las casas escarpadas, con ventanas por letras donde el sol húmedo dora un almidón húmedo.

¿Por qué escribo, si no escribo mejor? ¿Pero qué seria de mí si no escribiese lo que consigo escribir, por inferior a mí mismo que sea en ello? Soy un plebeyo de la aspiración, porque intento realizar; no oso el silencio como quien recela de un cuarto oscuro. Soy como los que aprecian la medalla más que el esfuerzo, y disfrutan de la gloria en la pelliza.

Para mi, escribir es despreciarme; pero no puedo dejar de escribir. Escribir es como la droga que me repugna y tomo, el vicio que desprecio y en el que vivo. Hay venenos necesarios, y los hay sutilísimos, compuestos de ingredientes del alma, hierbas cogidas en los rincones de las ruinas de los sueños, amapolas negras encontradas al pie de las sepulturas [...], hojas largas de árboles obscenos que agitan las ramas en las márgenes oídas de los ríos infernales del alma.

Escribir, si, es perderme, pero todos se pierden, porque todo es pérdida. Pero yo me pierdo sin alegría, no como el río en la desembocadura para la que nació desconocido, sino como el lago formado en la playa por la marea alta y cuya agua nunca más regresa al mar.

183

Aunque yo quisiese crear, (...)

El único arte verdadero es el de la construcción. Pero el medio moderno torna imposible la aparición de cualidades de construcción en el espíritu.

Por eso se ha desarrollado la ciencia. La única cosa en que hay construcción, hoy, es una máquina; el único argumento en que hay encadenamiento, el de una demostración matemática.

El poder de crear necesita un punto de apoyo, la muleta de la realidad.

El arte es una ciencia...

Sufre rítmicamente.

No puedo leer, porque mi crítica hiper /encendida/ no entrevé más que defectos, imperfecciones, posibilidades de mejor. No puedo soñar, porque siento el sueño tan vivamente que lo comparo con la realidad, de modo que siento en seguida que no es real; y, así, su valor desaparece. No puedo entretenerme en la contemplación inocente de las cosas de los hombres, porque el ansia de

profundizar es inevitable y, puesto que mi interés no puede existir sin ella, o ha de morir a manos de ella o ha de secarse.

No puedo entretenerme en la especulación metafísica porque sé de sobra, y por mí, que todos los sistemas son defendibles e intelectualmente posibles; y, para disfrutar el arte intelectual de construir sistemas, me falta el poder olvidar que el fin de la especulación metafísica es la búsqueda de la verdad.

Un pasado feliz en cuyo recuerdo vuelva a ser feliz; sin nada en el presente que me alegre o me interese, en sueño o hipótesis de futuro que sea diferente de este presente, o pueda tener otro pasado que ese pasado -yazgo mi vida, consciente espectro de un paraíso en el que nunca he estado, cadáver nacido de mis esperanzas por haber.

¡Felices los que sufren con unidad! Aquellos a quienes la angustia altera pero no divide, que creen, aunque en la incredulidad, y pueden sentarse al sol sin pensamiento oculto.

(Anterior a 1929.)

184

Un quietismo estético de la vida, mediante el cual consigamos que los insultos y las humillaciones, que la vida es y los vivientes nos infligen, no lleguen a más que una periferia despreciable de la sensibilidad, al remoto exterior del alma consciente.

(Posterior a 1919.)

185

Como Diógenes a Alejandro, sólo he pedido a la vida que no me quitase el sol. He tenido deseos, pero se me ha negado la razón de tenerlos. Lo que he hallado, más valiera haberlo hallado realmente. El sueño (...)

Vacilo en todo, muchas veces sin saber por qué. Qué de veces busco, como línea recta que me resulta propia, concibiéndola mentalmente como la línea recta ideal, la distancia menos corta entre dos puntos. Nunca he tenido el arte de estar vivo activamente. He equivocado siempre los gestos en los que nadie se equivoca; lo que los demás nacieron para hacer, me he esforzado siempre en no dejar de hacerlo. Deseo siempre conseguir lo que los demás han conseguido casi sin desearlo. Entre mí y la vida ha habido siempre cristales oscuros: no he sabido de ellos por la vista, ni por el tacto; no he vivido esa vida o ese plan, he sido el devaneo de lo que he querido ser, mi sueño empezó en mi voluntad, mi propósito ha sido siempre la primera ficción del que nunca he sido.

Nunca he sabido si era excesiva mi sensibilidad para mi inteligencia o mi inteligencia para mi sensibilidad. He retraído siempre, no sé a cuál, tal vez a ambas, o una u otra, o fue la tercera la que se retrajo.

186

Soy más viejo que el Tiempo y que el Espacio porque soy consciente. Las cosas se derivan de mí; la Naturaleza entera [...] de mis sensaciones.

Me busco -no encuentro. Quiero, y no puedo.

Sin mí, el sol nace y se apaga; sin mí, la lluvia cae y el viento /gime/. No existen por mí las estaciones, ni el curso de los meses, ni el paso de las horas.

Dueño del mundo en mí, como de tierras que no puedo llevar conmigo, (...)

187

He pasado entre ellos extranjero, pero ninguno ha visto que lo era. He vivido entre ellos espía, y nadie, ni yo, ha sospechado que lo fuese. Todos me han tenido por pariente: ninguno sabía que me habían equivocado al nacer. Así, he sido igual a los demás sin semejanza, hermano de todos sin ser de la familia.

Venia de prodigiosas tierras, de paisajes mejores que la vida, pero de tierras nunca he hablado, sino conmigo, y de los paisajes, vistos si soñaba, nunca les he dado noticia. Mis pasos eran como los suyos en los entarimados y en las losas, pero mi corazón estaba lejos, aunque latiese cerca, señor falso de un cuerpo desterrado y extraño.

Nadie me ha conocido bajo la máscara de la igualdad, ni ha sabido nunca qué era una máscara, porque nadie sabía que en este mundo hay enmascarados. Nadie ha supuesto que a mi lado estuviese siempre otro, que, al final, era yo. Me creyeron siempre idéntico a mí.

Me han acogido en sus casas, sus manos han estrechado la mía, me han visto pasar por la calle como si yo estuviese allí; pero quien soy no ha estado nunca en aquellas salas, quien vivo no tiene manos que estrechen otros, quien me conozco no tiene calles por donde pase, a no ser que sean todas las calles, ni que en ellas lo vea, a no ser que él mismo sea todos los demás.

Vivimos todos lejanos y anónimos; disfrazados, sufrimos desconocidos. A unos, sin embargo, esta distancia entre un ser y él mismo nunca se les revela; para otros es de vez en cuando iluminada, de horror o de angustia, por un relámpago sin límites; pero para otros existe esa dolorosa constancia y cotidianeidad de la vida.

Saber bien quién somos no es cosa nuestra, que lo que pensamos y sentimos es siempre una traducción, que lo que queremos no lo hemos querido, ni por ventura lo quiso alguien -saber todo esto a cada minuto, sentir todo esto en cada sentimiento, ¿no será esto ser extranjero en la propia alma, exiliado en las propias sensaciones?

Pero la máscara, que estuvo mirando inerte, que hablaba en la esquina con un hombre sin máscara esta noche de fin de Carnaval, por fin ha tendido la mano y se ha despedido riendo. El hombre natural ha seguido hacia la izquierda, por la travesera en cuya esquina estaba. La máscara -dominó sin gracia- ha caminado al frente, y se ha retirado entre sombras y acasos de luces, en una despedida definitiva y ajena a lo que yo estaba pensando. Sólo entonces me he dado cuenta de que en la calle había algo más que las farolas encendidas y, enturbiando el sitio donde no estaban, una vaga luz de luna, oculta, muda, llena de nada como la vida..

7-4-1933.

188

De repente, como si un destino médico me hubiese operado de una ceguera antigua con grandes resultados súbitos, levanto la cabeza, desde mi vida anónima, al conocimiento claro de cómo existo. Y veo que todo cuanto he hecho, todo cuanto he pensado, todo cuanto he sido, es una especie de engaño y de locura. Me maravillo de lo que he conseguido no ver. Extraño cuanto he sido, y ver que, a fin de cuentas, no soy.

Miro, como en una extensión al sol que rompe nubes, mi vida pasada; y noto, con un pasmo metafísico, cómo todos mis gestos más seguros, mis ideas más claras y mis propósitos más lógicos, no han sido, al fina!, más que borrachera nata, locura natural, gran desconocimiento. Ni siquiera he representado. Me han representado. He sido, no el actor sino sus gestos.

Todo cuanto he hecho, pensado, sido, es una suma de subordinaciones, o a un ente falso que creí mío, porque actué de él para fuera, o de un peso de circunstancias que supuse ser el aire que respiraba. Soy, en este momento de ver, un solitario súbito que se desconoce desterrado donde se encontró siempre ciudadano. En lo más íntimo de lo que he pensado, no he sido yo.

Me asalta, entonces, un terror sarcástico de la vida, un desaliento que traspasa los límites de mi individualidad consciente. Sé que he sido error y extravío, que nunca he vivido, que he existido tan sólo porque he llenado tiempo con conciencia y pensamiento. Y mi sensación de mi es la de quien despierta después de un sueño lleno de sueños reales, o la de quien es liberado, por un terremoto, de la poca luz de la cárcel a la que se había acostumbrado.

Me pesa, verdaderamente me pesa, como una condena a conocer, esta noción repentina de mi individualidad verdadera, de esa que anduvo siempre viajando somnolientamente entre lo que siente y lo que ve.

Es tan difícil describir lo que se siente cuando se siente que realmente se existe, y que el alma es una entidad real, que no sé cuáles son las palabras humanas con que poder definirlo. No sé si tengo fiebre, como siento, o si he dejado de tener la fiebre de ser un dormidor de la vida. Sí, repito, soy como un viajero que se encontrase de repente en una villa extraña, sin saber cómo ha llegado allí; me acuerdo de esos casos de los que pierden la memoria, y son otros durante mucho tiempo. He sido otro durante mucho tiempo –desde la nacencia y la conciencia-, y me despierto ahora en medio del puente, asomado al río, y sabiendo que existo más firmemente de lo que he sido hasta aquí. Pero la ciudad me resulta desconocida, las calles nuevas, y el mal sin cura. Espero, pues, asomado al puente, que se me pase la verdad, y que me restablezca nulo y ficticio, inteligente y natural.

Ha sido un momento, y ya ha pasado. Ya veo los muebles que me rodean, los dibujos del papel viejo de las paredes, el sol por las ventanas polvorientas. He visto la verdad un momento. He sido un momento, con conciencia, lo que los grandes hombres son con la vida. Recuerdo sus actos y sus palabras, y no sé si no han sido también vencedoramente tentados por el Demonio de la Realidad. No saber de si es vivir. Saber mal de si es pensar. Saber de si, de repente, como en este momento lustral, es tener súbitamente la noción de la mónada íntima, de la palabra mágica del alma. Pero una luz súbita lo abrasa todo, lo consume todo. Nos deja desnudos hasta de nosotros.

Ha sido sólo un momento, y me he visto. Después, ni siquiera sé decir ya lo que ha sido. Y, por fin, tengo sueño, porque, no sé por qué, creo que el sentido es dormir.

21-2- 193

189

Estoy casi convencido de que nunca estoy despierto. No sé si no sueño cuando vivo, si no vivo cuando sueño, o si el sueño y la vida no son en mí cosas mixtas, intersecadas, de las que mi ser consciente se forme por interpenetración.

A veces, en plena vida activa, en que, evidentemente, me siento tan claramente como todos los demás, viene a mi suposición una sensación extraña de duda; no sé si existo, siento como posible ser un sueño ajeno, se me figura, casi carnalmente, que podré ser personaje de una novela, moviéndome, en las ondas largas de un estilo, en la verdad hecha de una gran narración.

He reparado, muchas veces, en que ciertos personajes de novela adquieren para nosotros un relieve que nunca podrían conseguir quienes son nuestros conocidos y amigos, quienes hablan con nosotros y nos oyen, en la vida visible y real. Y esto me hace soñar la pregunta de si no será todo, en este total del mundo, una serie entre-insertada de sueños y novelas, como cajitas dentro de cajitas mayores -unas dentro de otras y éstas en más-, siendo todo una historia con historias, como las Mil y Una Noches, sucediendo falsa en la noche eterna.

Si pienso, todo me parece absurdo; si siento, todo me parece extraño; si quiero, el que quiere es algo que hay en mí. Siempre que en mí hay acción, reconozco que no he sido yo. Si sueño, parece que me escriben. Si siento, parece que me pintan. Si quiero, parece que me ponen en un vehículo, como a la mercancía que se envía, y que avanzo con un movimiento que me parece propio hacia donde no quise que fuese sino después de estar allí.

¡Qué confusión es todo! ¡Cuánto mejor es ver que pensar, y leer que escribir! Lo que veo, puede ser que me engañe, pero no lo creo mío. Lo que leo, puede ser que me pese, pero no me perturba haberlo escrito. ¡Cómo duele todo si lo pensamos como conscientes de pensar, como seres espirituales en quien se ha dado ese segundo desdoblamiento de la conciencia mediante el cual sabemos que sabemos! Aunque el día esté lindísimo, no puedo dejar de pensar así... Pensar o sentir, ¿o qué tercera cosa entre los escenarios puestos aparte? Tedios del crepúsculo y del desaliño, abanicos cerrados, cansancio de haber tenido que vivir...

20-12-1931.

190

El mismo escribir ha perdido la dulzura para mí. Se ha trivializado tanto, no sólo el acto de dar expresión a emociones cuanto el de perfeccionar frases, que escribo como quien come o bebe, con más o menos atención, pero medio enajenado y desinteresado, medio atento y sin entusiasmo ni fulgor.

191

Organizar de tal manera nuestra vida que sea un misterio para los demás, que quien mejor nos conozca, apenas nos desconozca más de cerca que los otros. Así he tallado yo mi vida, casi sin pensar en ello, pero tanto arte instintivo he puesto en hacerlo que para mí mismo me he vuelto una no del todo clara y nítida individualidad mía.

192

Habiendo visto con qué lucidez y coherencia lógica ciertos locos (delirantes sistematizados) justifican, ante sí mismos y ante los demás, sus ideas delirantes, he perdido para siempre la segura certidumbre de la lucidez de mi lucidez.

193

ESTÉTICA DEL ARTIFICIO

La vida perjudica a la expresión de la vida. Si yo viviese un gran amor, nunca lo podría contar.

Yo mismo no sé si este yo, que os expongo, en estas sinuosas páginas, realmente existe o tan sólo es un concepto estético y falso que he formado de mí mismo. Me vivo estéticamente en otro. He esculpido mi vida como una estatua de materia ajena a mi ser. A veces no me reconozco, tan exterior a mí mismo me he puesto, y tan de un modo puramente artístico he empleado mi conciencia de mi mismo. ¿Quién soy por detrás de esta irrealidad? No lo sé. Debo de ser alguien. Y si no trato de vivir, de actuar, de sentir, es -creedme bien- para no perturbar las líneas artificiales de mi personalidad

supuesta. Quiero ser tal cual he querido ser y no soy. Si cediese, me destruiría. Quiero ser una obra de arte, del alma por lo menos, ya que del cuerpo no puedo serlo. Por eso me he esculpido con tranquilidad y enajenación y me he colocado en una estufa, lejos de los aires frescos y de las luces francas -donde mi artificialidad, flor absurda, florezca en retirada belleza.

Pienso a veces en lo bello que sería poder, [...] mis sueños, crearme una vida continua, que se sucede, dentro del transcurrir de días enteros, con invitados imaginarios, con gente creada, e ir viviendo, sufriendo, gozando esa vida falsa. Allí me sucederían desgracias; grandes alegrías caerían sobre mí. Y nada mío seria real. Pero tendría todo una lógica soberbia, seria, sería todo según un ritmo de voluptuosa falsedad, y sucedería todo en una ciudad hecha de mi alma, perdida hasta el andén de un tren tranquilo, muy lejos dentro de mi, muy lejos... Y todo claro, inevitable, como en la vida exterior, pero estética de Muerte del Sol.

194

Me busco y no me encuentro. Pertenezco a horas crisantemos, nítidas en una distancia de jarros. Debo hacer de mi alma una cosa decorativa.

No sé qué detalles excesivamente /pomposos/ y escogidos definen la hechura de mi espíritu. Mi amor a lo ornamental existe, sin duda, porque siento en él algo idéntico a la substancia de mi alma.

195

Reconozco, no sé si con tristeza, la sequedad humana de mi corazón. Vale más para mi un adjetivo que un llanto real del alma. Mi maestro Vieira [...]

Pero a veces soy diferente, y tengo lágrimas, lágrimas de las calientes, de los que no tienen ni han tenido madre; y mis ojos que arden con esas lágrimas muertas, arden dentro de mi corazón.

No me acuerdo de mi madre. Murió cuando yo tenía un año. Todo lo que hay de disperso y duro en mi sensibilidad viene de la ausencia de ese calor y de la nostalgia inútil de los besos de que no me acuerdo. Soy postizo. Me he despertado siempre contra senos ajenos, arrullado por desvío.

¡Ah, es la nostalgia del otro que yo podría haber sido la que me destroza y sobresalta! ¿Quién otro sería yo si me hubiesen dado cariño del que viene desde el vientre hasta los besos en la cara pequeña?

Soy todas esas cosas, aunque no quiera, en el fondo confuso de mi sensibilidad fatal.

Tal vez la nostalgia de no ser hijo tenga gran parte en mi indiferencia sentimental. Quien, de niño, me apretó contra la cara no podía apretarme contra el corazón. Aquélla estaba lejos, en una sepultura: aquella que me pertenecería si el Destino hubiese querido que me perteneciera.

Me dijeron, más tarde, que mi madre era bonita, y dicen que, cuando me lo dijeron, yo no dije nada. Era ya apto de cuerpo y alma, desentendido de emociones, y el hablar todavía no era una noticia de otras páginas difíciles de imaginar.

Mi padre, que vivía lejos, se mató cuando yo tenía trece años y nunca le conocí. No sé todavía por qué vivía lejos. Nunca me ha importado saberlo. Me acuerdo de la noticia de su muerte como de una gran seriedad durante las primeras comidas de después de saberse. Miraban, me acuerdo, de vez en cuando hacia mí. Y yo respondía mirando, entendiendo estúpidamente. Después comía con más compostura, pues quizá, sin que yo lo viera, continuasen mirándome.

196

No se sabe si lo que se acaba del día es con nosotros con quienes termina en amargura inútil, o si lo que somos es falso entre penumbras, y no hay más que el gran silencio sin patos salvajes que cae en los lagos donde los juncos alzan su rigidez que desfallece. No se sabe nada, ni el recuerdo queda de las historias de la infancia, algas, ni la caricia tarda de los cielos futuros, brisa en que la impresión se abre lentamente en estrellas. La lámpara votiva oscila insegura en el templo en el que ya no anda nadie, se estancan los estanques al sol de las quintas desiertas, no se conoce el nombre escrito otrora en el tronco, y los privilegios de los desconocidos han ido, como papel mal rasgado, por las calles llenas de un viento grande, a los acasos de los obstáculos que los han parado. Otros se asomarán a la misma ventana que los demás; duermen los que se han olvidado de la sombra mala, nostálgicos del sol que no tenían; y yo mismo, que me atrevo sin gestos, acabaré sin remordimientos, entre juncos encharcados, enlodado del río cercano y del cansancio blando, bajo grandes otoños por la tarde, en confines imposibles. Y a través de todo, como un silbo de angustia desnuda, sentiré a mi alma por detrás del devaneo -aullido hondo y puro, inútil en lo oscuro del mundo.

15-9-1931.

197

Fluido, el abandono del día termina entre púrpuras exhaustas. Nadie me dirá quién soy, ni sabrá quién he sido. He bajado de la montaña ignorada al valle que ignorarla, y mis pasos han sido, en la tarde lenta, vestigios dejados en los claros de la floresta. Todos cuantos amé me han olvidado en la sombra. Nadie supo del último barco. En el correo no había noticia de la carta que nadie habría de escribir.

Todo, por lo tanto, era falso. No contaron historias que otros hubiesen contado, ni se sabe con seguridad del que partió otrora, en la esperanza del embarque falso, hijo de la bruma futura y de la indecisión por venir. Tengo un nombre entre los que tardan, y ese nombre es sombra como todo.

16-9-1931.

198

Es hora quizá de que haga el último esfuerzo de mirar a mi vida. Me veo en medio de un desierto inmenso. Digo del que ayer literariamente fui, procuro explicarme a mí mismo cómo he llegado aquí.

199

El pasmo que me causa mi capacidad para la angustia. No siendo, por naturaleza, un metafísico, he pasado días de angustia aguda, incluso física, con la indecisión de los problemas metafísicos y religiosos...

He visto deprisa que lo que yo tenía por la solución del problema religioso era resolver un problema emotivo en términos de razón.

(Anterior a 1913.)

200

Me sucede a veces, y siempre que sucede es casi de repente, que surge en medio de mis sensaciones un cansancio tan terrible de la vida que ni siquiera se da la hipótesis de un acto con el que dominarlo. Para remediarlo, el suicidio parece inseguro; la muerte, incluso supuesta la inconsciencia, todavía poco. Es un cansancio que ambiciona, no el dejar de existir -lo que puede ser o puede no ser posible-, sino algo mucho más horroroso y profundo, el dejar de siquiera haber existido, lo que no hay manera de que pueda ser.

Creo entrever, a veces, en las especulaciones, en general confusas, de los indios algo de esta ambición más negativa que la nada. Pero o bien les falta la agudeza de la sensación para relatar así lo que piensan, o les falta la acuidad de pensamiento para sentir así lo que sienten. El hecho es que lo que en ellos entreveo no lo veo. El hecho es que me creo el primero en entregar a las palabras el absurdo de esta sensación sin remedio.

Y la curo con escribirla. Sí, no hay desolación, si es profunda de verdad, si no es puro sentimiento, pero participando en ella la inteligencia, para que no exista el remedio irónico de decirla. Cuando la literatura no tuviese otra utilidad, ésta, aunque para pocos, la tendría.

Los males de la inteligencia, desgraciadamente, duelen menos que los del sentimiento, y los del sentimiento, desgraciadamente, menos que los del cuerpo. Digo «desgraciadamente» porque la dignidad humana exigiría lo contrario. No hay sensación angustiada del misterio que pueda doler como el amor, los celos, la nostalgia, que pueda sofocar como el miedo físico intenso, que pueda transformar como la cólera o la ambición. Pero tampoco ningún dolor de los que destrozan el alma consigue ser tan realmente doloroso como el dolor de muelas, o el de un cólico, o (supongo) el dolor del parto.

De tal manera estamos constituidos que la inteligencia que ennoblece ciertas emociones o sensaciones, y las eleva por cima de las demás, las deprime también si extiende su análisis a la comparación entre todas.

Escribo como quien duerme, y toda mi vida es un recibo por firmar.

Dentro del gallinero desde donde irá a la muerte, el gallo canta himnos a la libertad porque le han dado dos aseladeros.

201

He asistido, desconocido, al desfallecimiento gradual de mi vida, al zozobrar lento de todo cuanto he querido ser. Puedo decir, con esa verdad que no necesita flores para que se sepa que está muerta, que no hay cosa que yo haya querido, o en que haya puesto, aunque fuese un momento, el sueño solo de ese momento, que no se me haya deshecho debajo de las ventanas como polvo que pareciese piedra, caído de una maceta de un piso alto. Parece, incluso, que el Destino ha procurado siempre, primero, hacerme amar o querer aquello que él mismo había dispuesto para que al día siguiente viese que no lo tenía o tendría.

Espectador irónico de mí mismo, nunca, sin embargo, me he desanimado de asistir a la vida. Y desde que sé, hoy, por anticipación de cada vaga esperanza, que ha de ser desengañada, sufro el gozo especial de disfrutar ya la desilusión con la esperanza, como un amargo con dulce que vuelve lo dulce dulce contra lo amargo. Soy un estratega sombrío que, habiendo perdido todas las batallas, traza ya, en el papel de sus planes, disfrutando de su esquema, los pormenores de su retirada fatal, en la víspera de cada una de sus nuevas batallas.

Me ha perseguido, como un ente maligno, el destino de no poder desear sin saber que tendré que no tener. Si un momento veo en la calle un rostro núbil de muchacha y, aunque sea indiferentemente, disfruto de un momento de suponer lo que pasaría si fuese mío, es siempre cierto que, a diez pasos de mi sueño, esa muchacha encuentra a un hombre que veo que es su marido o su amante. Un romántico haría de esto una tragedia; un extraño sentiría esto como una comedia; yo, sin embargo, mezclo las dos cosas, pues soy romántico en mí y extraño en mí, y vuelvo la página hacia otra ironía.

Unos dicen que sin esperanza la vida es imposible, otros que con esperanza es vacía. Para mí, que hoy no espero ni desespero, es un simple cuadro exterior, que me incluye a mí, y al que asisto como a un espectáculo sin enredo, hecho tan sólo para divertir a los ojos: danza sin nexo, moverse de hojas al viento, nubes en que la luz del sol cambia de colores, trazados de calles antiguos, al acaso, en puntos inadecuados de la ciudad.

Soy, en gran parte, la misma prosa que escribo. Me desarrollo en períodos y parágrafos, me pongo puntuaciones y, en la distribución desencadenada de las imágenes, me visto, como los niños, de rey con papel de periódico o, en la manera como hago un ritmo de una serie de palabras, me adorno la cabeza, como los locos, con flores secas que continúan estando vivas en mis sueños. Y, por encima de todo, estoy tranquilo como un muñeco de serrín que, adquiriendo conciencia de sí mismo, sacudiese la cabeza para que el cascabel de lo alto del gorro de pico (parte integrante de la misma cabeza) hiciese sonar algo, vida tañida del muerto, aviso mínimo del Destino.

¡Cuántas veces, sin embargo, en pleno día de esta insatisfacción sosegada, no me sube poco a poco a la emoción consciente el sentimiento del vacío y del tedio de pensar en así! ¡Cuántas veces no me siento, como quien oye hablar a través de sonidos que cesan y vuelven a empezar, la amargura esencial de esta vida extraña a la vida humana: vida en que nada pasa salvo en la conciencia de ella! ¡Cuántas veces, al despertar de mí, no entreveo, desde el exilio que soy, cuánto mejor fuera ser el nadie de todos, el feliz que tiene al menos la amargura real, el contento que siente cansancio en vez de tedio, que sufre en vez de suponer que sufre, que se mata, sí, en vez de morirse!

Me he vuelto una figura de libro, una vida leída. Lo que siento es (sin que yo quiera) sentido para escribir que se ha sentido. Lo que pienso está luego en palabras, mezclado con imágenes que lo deshacen, abierto en ritmos que son otra cosa cualquiera. De tanto recomponerme, me he destruido. De tanto pensarme, soy ya mis pensamientos pero no yo. Me he sondeado y dejado caer la sonda; vivo pensando si soy hondo o no, sin otra sonda ahora que la mirada que me muestra, de claro a negro en el espejo del pozo alto, mi propio rostro que me contempla contemplarlo.

Soy una especie de carta de jugar, de naipe antiguo y desconocido, única que queda de la baraja perdida. No tengo sentido, no sé de mi valor, no tengo a qué compararme para encontrarme, no tengo a lo que sirva para que me conozca. Y así, en imágenes sucesivas en que me describo -no sin verdad, pero con mentiras-, voy quedando más en las imágenes que en mí, diciéndome hasta no ser, escribiendo con el alma como tinta, útil para nada más que para escribirse con ella. Pero cesa la reacción y de nuevo me resigno. Vuelvo en mí a lo que soy, aunque no sea nada. Y algo de lágrima sin llanto arde en mis ojos inmóviles, algo de una angustia que no he tenido me irrita ásperamente la garganta seca. Pero ay, no sé lo que había llorado, si es que hubiese llorado, ni por qué fue por lo que no lo lloré. La ficción me acompaña como mi sombra. Y lo que quiero es dormir.

2-9-1931

202

Reconozco hoy que he fracasado; sólo me pasmo, a veces, de no haber previsto que fracasaría. ¿Qué había en mí que pronosticase un triunfo? Yo no tenía la fuerza ciega de los vencedores o la visión certera de los locos...

Era lúcido, triste como un día frío.

Tengo elementos espirituales de bohemio, de esos que dejan a la vida irse como algo que se escapa de las manos y en tal momento en que el gesto de obtenerla duerme en la mera idea de hacerlo. Pero no he tenido la compensación /exterior/ del espíritu bohemio: el desnudo fácil de las emociones inmediatas y abandonadas. Nunca he sido más que un bohemio aislado, lo que es absurdo; o un bohemio místico, lo que es algo imposible.

Ciertas horas-intervalos que he vivido, horas ante la Naturaleza, esculpidas en la ternura del aislamiento, me quedarán para siempre como medallas. En esos momentos he olvidado todos mis propósitos de vida, todas mis direcciones deseadas. He disfrutado de no ser nada con una plenitud de bonanza espiritual, cayendo en el regazo azul de mis aspiraciones. No he disfrutado nunca, quizá, de una hora /indeleble/, exenta de un fondo espiritual de fracaso y de desánimo. En todas mis horas liberadas un dolor dormía, florecía vagamente, por detrás de los muros de mi conciencia, en otros huertos, pero el aroma y el propio color de aquellas flores tristes atravesaban intuitivamente los muros, y su lado de allá, donde florecían las rosas, nunca dejó de ser, en el misterio confuso de mi ser, un lado de acá, esfumado en mi somnolencia de vivir.

Fue en un mar interior donde terminó el río de mi vida. Alrededor de mi solar soñado, todos los árboles estaban en otoño. Este paisaje circular es la corona de espinas de mi alma. Los momentos más felices de mi vida han sido sueños, y sueños de tristeza, y yo me vela en sus lagos como un Narciso ciego que ha disfrutado de la frescura cerca del agua, sintiéndose inclinado sobre ella, mediante una visión anterior y nocturna, secreteada a las emociones abstractas, vivida en los rincones de la imaginación con un cuidado maternal en /preferirse/.

Sé que he fracasado. Disfruto de la voluptuosidad indeterminada del fracaso como quien concede un aprecio exhausto a una fiebre que le enclaustra.

203

Envidio a todo el mundo no ser yo. Como de todos los imposibles, éste me ha parecido siempre el mayor de todos, ha sido el que más se ha constituido en mi ansia cotidiana, mi desesperación de todas las horas tristes.

204

INTERVALO DOLOROSO

Cosa arrojada a un rincón, trapo caído en la calle, mi ser innoble ante la vida se finge.

205

[...]

Cuando me encontré, me vi guardado. Pero no me importó. Estaba otro. Había convivido con Dios, siéndolo, y todo era fraterno para mí [...] y yo era fraterno para todo. Cuando beso las piedras y los árboles y los rayos de luz, ellos también me besan. Esos besos son oraciones que yo y las cosas rezamos juntos tan Diosmente fraternos y agradecidos de ser.

206

Hacer una obra y reconocerla mala después de hecha es una de las tragedias de mi alma. Sobre todo es grande cuando se reconoce que esa obra es la mejor que se podía hacer. Pero al ir a escribir una obra, saber de antemano que tiene que ser imperfecta y fracasada; al estar escribiéndola, estar viendo que es imperfecta y fracasada: esto es el máximo de la tortura y de la humillación del espíritu. No sólo de los versos que escribo siento que no me satisfacen, sino que sé que los versos que estoy

para escribir tampoco me satisfarán. Lo sé filosóficamente, como carnalmente, por una entrevisión oscura y gladiolada.

¿Por qué escribo entonces? Porque, predicador que soy de la renuncia, no he aprendido todavía a practicarla plenamente. No he aprendido a abdicar de la tendencia al verso y la prosa. Tengo que escribir como cumpliendo un castigo. Y el mayor castigo es el de saber que lo que escribo resulta enteramente fútil, fracasado e inseguro.

De niño, escribía ya versos. Entonces escribía versos muy malos, pero los creía perfectos. Nunca más volveré a sentir el placer falso de producir obra perfecta. Lo que escribo hoy es mucho mejor. Es mejor, incluso, que lo que podrían escribir los mejores. Pero está infinitamente por debajo de lo que yo, no sé por qué, siento que podía -o tal vez debía- escribir. Lloro por mis versos malos de la infancia como por un niño muerto, un hijo muerto, una última esperanza que desapareciese.

(Posterior a 1914)

207

Haber leído ya los Pickwick Papers es una de las grandes tragedias de mi vida. (No puedo volver a releerlo.)

208

Siento el tiempo con un dolor enorme. Es siempre con una conmoción exagerada como abandono algo. El pobre cuarto de alquiler donde he pasado unos meses, la mesa del hotel provinciano donde /he pasado/ seis días, la misma triste sala de espera de la estación de ferrocarril donde he gastado dos horas esperando al tren: sí, pero las cosas buenas de la vida, cuando las abandono y pienso, con toda la sensibilidad de mis nervios, que nunca más las veré y las tendré, por lo menos en aquel preciso y exacto momento, me duelen metafísicamente. Se me abre un abismo en el alma y un soplo frío del momento de Dios me roza en la faz lívida.

¡El tiempo! ¡El pasado! [...] ¡Lo que he sido y nunca más seré! ¡Lo que he tenido y no volveré a tener! ¡Los Muertos! Los muertos que me amaron en mi infancia. Cuando los evoco, toda el alma se me enfría y me siento desterrado de unos corazones, solo en la noche de mí mismo, llorando como un mendigo el silencio cerrado de todas las puertas.

209

Dios me creó para niño, y me dejó siempre niño. ¿Pero por qué dejó que la vida me maltratase y me quitase los juguetes, y me dejase solo en el recreo, estrujando con unas manos tan débiles el delantal azul sucio de lágrimas incesantes? Si yo no podía vivir sino acariciado, ¿por qué echaron fuera a mi cariño? Ah, cada vez que veo en la calle a un niño llorando, un niño exiliado de los otros, me duele más que la tristeza del niño en el horror desprevenido de mí corazón exhausto. Me duelo con toda la estatura de la vida sentida, y son mías las manos que retuercen el borde del delantal, son mías las bocas torcidas por las lágrimas verdaderas, es mía la debilidad, es mía la soledad, y las risas de la vida adulta que pasa me gastan como luces de fósforos frotados en el tejido sensible de mi corazón.

(Posterior a 1923.)

210

...como un niño que para de correr, arrastrando un batir alto de pies breves, y respirando cono...

211

Todo se me confunde. Cuando creo que recuerdo, es otra cosa la que pienso; si veo, ignoro, y cuando me distraigo, claramente veo.

Vuelvo la espalda a la ventana cenicienta, de cristales fríos a las manos que los tocan. Y llevo conmigo, por un sortilegio de la penumbra, de repente, el interior de la casa antigua, fuera de la cual, en el patio de al lado, el papagayo gritaba; y los ojos se me adormecen de toda la irreparabilidad de haber efectivamente vivido.

Hace dos días que llueve y cae del cielo ceniciento y frío cierta lluvia, con el color que tiene, que aflige el alma. Hace dos días... Estoy triste de sentir, y pienso en ello a la ventana y al son del agua que gotea y de la lluvia que cae. Tengo el corazón oprimido y los recuerdos convertidos en angustias.

Sin sueño, ni razón para tenerlo, hay en mí un gran deseo de dormir. Antaño, cuando era niño y feliz, vivía en una casa del patio de al lado la voz de un papagayo verde de colores.

Nunca, en los días de lluvia, se le entristecía el decir, y clamaba, sin duda al abrigo, cualquier sentimiento constante, que planeaba en la tristeza como un gramófono anticipado.

¿He pensado en este papagayo porque estoy triste y la infancia lejana lo recuerda? No, he pensado en él realmente porque desde el patio de al lado de ahora una voz de papagayo grita atravesadamente.

(...) ese episodio de la imaginación (al) que llamamos (la) realidad.

212

La academia vegetal de los silencios... tu nombre sonando como las amapolas... los estanques... mi regreso... el cura loco que se volvió loco en misa... Estos recuerdos son de mis sueños... No cierro los ojos pero no veo nada... No están aquí las cosas que veo... Aguas...

En una confusión de enmarañamientos, el verdor de los árboles es parte de mi sangre. Me late la vida en el corazón distante... /Yo no fui destinado a la realidad, y la vida quiso venir a verme/.

¡La tortura del destino! ¡Quién sabe si moriré mañana! ¡Quién sabe si no va a sucederme hoy algo terrible para mi alma!... A veces, cuando pienso en estas cosas, me aterroriza la tiranía suprema que nos hace tener los ojos puros no sabiendo de qué acontecimientos va al encuentro mi incertidumbre.

213

En la concavidad de la playa a la orilla del mar, entre las selvas y las campiñas de la orilla, subía de la incertidumbre del abismo nulo la inconstancia del deseo encendido. No habría que escoger entre los trigos y los muchos, y la distancia continuaba entre cipreses.

El prestigio de las palabras aisladas, o reunidas según una concordancia de sonido, con resonancias íntimas y sonidos divergentes al mismo tiempo que convergen, la pompa de las frases puestas entre los sentidos de las otras, malignidad de los vestigios, esperanza de los bosques, y nada más que la tranquilidad de los estanques entre las quintas de la infancia de mis subterfugios... Así, entre los muros altos de la audacia absurda, en las ringleras de los árboles y en los sobresaltos de lo que se marchita, otro que no fuera yo oiría de los labios tristes la confesión negada a mejores insistencias. Nunca, entre el retiñir de las lanzas en el patio por ver, como si los caballeros viniesen de

vuelta del camino visto desde lo alto del muro, habría más sosiego en el Solar de los Últimos, no se recordaría otro nombre, del lado de acá del camino, sino el que encantaba de noche, como el de las moras, al niño que murió después, de la vida y de la maravilla.

Leves, entre los surcos que había en la hierba, porque los pasos abrían nadas entre el verdor agitado, los tránsitos de los últimos perdidos sonaban arrastradamente, como reminiscencias de lo venidero. Eran viejos los que habrían de venir, y sólo jóvenes los que no vendrían nunca. Los tambores habían rodado al borde del camino y los clarines pendían nulos en las manos lasas, que los dejarían si todavía tuviesen fuerza para dejar algo.

Pero, de nuevo, en la conclusión del prestigio, sonaban altos los alaridos acabados, y los perros tergiversaban en las filas de árboles vistos. Todo era absurdo, como un luto, y las princesas de los sueños de los demás sepaseaban sin claustros indefinidamente.

22-3-1929.

214

En mi alma innoble y profunda registro, día a día, las impresiones que forman la substancia exterior de mi conciencia de mí. Las pongo en palabras vagabundas, que desertan de mí desde que las escribo, y yerran, independientes de mí, por pendientes y céspedes de imágenes, por hileras de conceptos, por veredas de confusiones. Esto no me sirve de nada, pues nada me sirve de nada. Pero me tranquilizo escribiendo, como quien respira mejor sin que la enfermedad haya pasado.

Hay quien, estando distraído, escriba rayas y nombres absurdos en el secante sujeto con cantoneras. Estas páginas son los garabatos de mi inconsciencia intelectual de mí mismo. Las trazo con una modorra de sentirme, como un gato al sol, y las releo, a veces, con un vago pasmo tardío, como el de haberme acordado de algo que siempre olvidara.

Cuando escribo, me visito solemnemente. Tengo salas especiales, recordadas por otro en intersticios de la representación, donde me deleito analizando lo que no siento, y me examino como a un cuadro en la sombra.

Perdí, antes de nacer, mi castillo antiguo. Fueron vendidas, antes de que yo fuese, las tapicerías de mi palacio solariego. Mi solar de antes de la vida cayó en ruinas, y sólo en ciertos momentos, cuando el claro de luna nace en mí desde por cima de los juncos del río, me enfría la nostalgia de los lados de donde el resto desdentado de los muros se recorta negro contra el cielo de un azul oscuro blancuzco que tira a amarillo lechoso.

Me distingo a esfínges. Y del regazo de la reina que me falta cae, como un episodio del bordado inútil, el ovillo olvidado de mi alma. Rueda por debajo del armario de adornos metálicos, y hay en mí aquello que lo sigue como unos ojos hasta que se pierde en un gran horror de túmulo y de final.

215

Pero la exclusión, que me he impuesto, de los fines y de los movimientos de la vida; la ruptura, que he procurado, de mi contacto con las cosas -me ha conducido precisamente a aquello de lo que yo procuraba huir. Yo no quería sentir la vida, ni tocar las cosas, sabiendo, por la experiencia de mi temperamento al contagio del mundo, que la sensación de la vida era siempre dolorosa para mí. Pero al evitar ese contacto, me he aislado y, al aislarme, he exacerbado mi ya excesiva sensibilidad. Si fuese posible cortar del todo el contacto con las cosas, le iría bien a mi sensibilidad. Pero ese aislamiento total no puede efectuarse. Por menos que yo haga, respiro; por menos que actúe, me muevo. Y, así, al conseguir exacerbar mi sensibilidad mediante el aislamiento, he conseguido que los hechos mínimos, que antes nada, incluso a mí, me harían, me hiriesen como catástrofes. He equivocado el método de

fuga. He huido, mediante un rodeo incómodo, hacia el mismo lugar en que estaba, con el cansancio del viaje sobre el horror de vivir allí.

Nunca he encarado el suicidio como una Solución, porque odio a la vida por amor a ella. Me ha llevado tiempo convencerme de este lamentable equívoco en que vivo conmigo mismo. Convencido de él, me he quedado desazonado, lo que siempre me sucede cuando me convenzo de algo, porque el convencimiento es en mí, siempre, la pérdida de una ilusión.

He matado a la voluntad a fuerza de analizarla. ¡Quién me volverá a la infancia de antes del análisis, incluso de antes de la voluntad!

En mis parques, sueño muerto, la somnolencia de los estanques al sol alto, cuando los rumores de los insectos se aglomeran en la hora y me pesa vivir, no como una angustia, sino como un dolor físico por concluir.

Palacios muy lejos, bosques absortos, la estrechez de los paseos a lo lejos, la gracia muerta de los bancos de piedra para los que han sido: pompas muertas, gracia deshecha, oropel perdido. Anhelo mío que olvido, ¡ojalá pudiera recuperar la amargura con que te he soñado!

216

¿Qué reina imperiosa guarda al pie de sus lagos la memoria de mi vida particular? Fui el paje de alamedas insuficientes a las horas aves de mi sosiego azul. Naves lejos completaron al mar que ondeaba desde mis azoteas, y en las nubes del sur perdí el alma, con un remo dejado caer.

217

y los lirios de las márgenes de ríos remotos, fríos y solemnes, en una tarde eterna a1 fondo de continentes verdaderos.

Sin nada más y sin embargo verdaderos.

218

He sido siempre un soñador irónico, infiel a las promesas interiores. He gozado siempre, como otro y extranjero, de las derrotas de mis devaneos, asistente casual a lo que pensé ser. Nunca he dado fe a aquello en que he creído. He llenado mis manos de arena, le he llamado oro, y he abierto las manos de toda ella, escurridiza. La frase había sido la única verdad. Una vez dicha la frase, todo estaba hecho; lo demás era la arena que siempre había sido.

Si no fuese por el soñar siempre, por el vivir en una perpetua enajenación, podría, de buen grado, llamarme un realista, es decir, un individuo para quien el mundo exterior es /una nación/ independiente. Pero prefiero no darme nombre, ser lo que soy con /cierta/ oscuridad y tener para conmigo mismo la malicia de no saberme prever.

Tengo una especie de deber de soñar siempre, pues, no siendo más, ni queriendo ser más, que un espectador de mí mismo, tengo que tener el mejor espectáculo que puedo. Así me construyo con oro y sedas, en salas supuestas, tablado falso, escenario antiguo, sueño creado entre juego de luces suaves y músicas invisibles.

Guardo, íntimo, como la memoria de un beso agradable, el recuerdo infantil de un teatro en que el escenario azulado y lunar figuraba la terraza de un palacio imposible. Había, pintado también, un parque vasto alrededor, y gasté el alma en vivir como real todo aquello. La música, que sonaba blanda en aquella ocasión /mental/ de mi experiencia de la vida, convertía en real de una fiebre aquel escenario gratuito.

El escenario era definitivamente azulado y lunar. En el tablado, no recuerdo quién aparecía, pero la pieza que pongo en el paisaje recordado me sale hoy de los versos de Verlaine y Pessanha; no era la que olvido, pasada en el palco vivo más acá de aquella realidad de azul música. Era mía y fluida, (la) mascarada inmensa y lunar, (el) interludio de plata y azul concluido.

Después vino la vida. Aquella noche me llevaron a cenar al León. Conservo aún el recuerdo de los filetes en el paladar de la nostalgia -filetes, lo sé porque lo supongo, como hoy nadie hace o no como yo-. Y todo se me mezcla -infancia, vivida a distancia, comida sabrosa de noche, escenario lunar, Verlaine futuro y yo presente- en una diagonal confusa, en un espacio falso entre lo que he sido y lo que soy.

16-10-1931.

219

Cuando vine por primera vez a Lisboa, había, en el piso de encima de donde vivíamos, un sonido de piano tocando en escalas, aprendizaje monótono de la señorita que nunca vi. Descubro hoy que, mediante procesos de infiltración que desconozco, tengo todavía en las bodegas del alma, audibles se abren la puerta de allá abajo, las escalas repetidas, tecleadas, de la señorita hoy señora otra, o muerta o encerrada en un lugar blanco donde verdean negros los cipreses.

Yo era un niño, y hoy no lo soy; el sonido, sin embargo, es igual en el recuerdo al que era en la verdad, y tiene, perennemente presente, si se levanta de donde finge que duerme, el mismo lento tecleo, la misma rítmica monotonía. Me invade, de considerarlo o sentirlo, una tristeza difusa, angustiosa, mía.

No lloro la pérdida de mi infancia; lloro el que todo, y en ello la infancia (mía), se pierda. Es la fuga abstracta del tiempo, no la fuga concreta del tiempo -que es mío, que me duele en el cerebro físico por la periodicidad repetida, involuntaria, de las escalas del piano de arriba, terriblemente anónimo y lejano. Es todo el misterio de que nada dura de lo que martillea repetidas cosas que no llegan a ser música, pero son nostalgia, en el fondo absurdo de mi recuerdo.

Insensiblemente, en un erguirse visual, veo la salita que nunca he visto, donde la aprendiz que no he conocido está todavía hoy relacionando, dedo a dedo cuidados, las escalas siempre iguales de lo que ya está muerto. Veo, voy viendo más, reconstruyo viendo. Y todo el hogar del piso de arriba, nostálgico hoy pero no ayer, se va alzando ficticio desde mi contemplación desentendida.

Supongo, sin embargo, que en todo esto soy translaticio, que la nostalgia que siento no es precisamente la mía, ni precisamente abstracta, sino la emoción interceptada de no sé qué tercero, para quien estas emociones, que en mí son literarias, fuesen -como diría Vieira- literales. Es en mi suposición de sentir en la que me duelo y angustio, y las nostalgias, a cuya sensación se me acercan los ojos propios, es por imaginación y otredad como las pienso y siento.

Y siempre, con una constancia que viene del fondo del mundo, con una persistencia que estudia metafísicamente, suenan, suenan, suenan, las escalas de quien estudia piano, por la espina dorsal física de mi recuerdo. Son las calles antiguas con otra gente, hoy las mismas calles diferentes; son personas muertas que me están hablando, a través de la transparencia de la falta de ellas hoy; son remordimientos de lo que hice o no hice, ruidos de regatos de noche, ruidos allá abajo, en la casa quieta.

Tengo ganas de gritar dentro de la cabeza. Quiero parar, machacar, romper ese imposible disco gramofónico que suena dentro de mí, en una casa ajena, torturador intangible. Quiero mandar pararse al alma, para que ella, como vehículo que me siga hacia delante solo y me deje. Enloquezco de tener que oir... Y por fin soy yo, en mi cerebro odiosamente sensible, en mi piel pelicular, en mis nervios a flor de piel, las teclas tecleadas en escalas, oh piano horroroso y personal de nuestro recuerdo.

Y siempre, siempre, como en una parte del cerebro, que se volviese independiente, suenan, suenan, suenan las escalas allá abajo, allá arriba, de la primera casa de Lisboa donde vine a vivir.

3-12-1931

220

Si algún día me sucediese que, con una vida firmemente segura, pudiera escribir libremente y publicar, sé que tendré nostalgia de esta vida insegura en que apenas escribo y no publico. Tendré nostalgia, no sólo porque esa vida vulgar es pasado y vida que ya no tendré, sino porque hay en cada especie de vida una cualidad propia y un placer peculiar, y cuando se pasa a otra vida, aunque sea mejor, ese placer peculiar es menos feliz, esa cualidad propia es menos buena, dejan de existir, y hay una falta.

Si algún día me sucediese que consiguiera llevar al buen calvario la cruz de mi intención, encontraré un calvario en ese buen calvario, y tendré nostalgia de cuando era fútil, vulgar e imperfecto. Seré menos de cualquier manera.

Tengo sueño. El día ha sido pesado de trabajo absurdo en la oficina casi desierta. Dos empleados están enfermos y los otros no están aquí. Estoy solo, salvo el mozo lejano. Tengo nostalgia de la hipótesis de tener un día de nostalgia, y aun así absurda.

Casi pido a los dioses que haya que me guarden aquí, como en un cofre, defendiéndome de las amarguras y también de las felicidades de la vida.

221

Todo cuanto no es mi alma es para mí, por más que quiera que no lo sea, no más que escenario y decoración. Un hombre, aunque yo pueda reconocer con el pensamiento que es un ser vivo como yo, ha tenido siempre, para el que en mí, por serme involuntario, es verdaderamente yo, menos importancia que un árbol, si el árbol es más bello. Por eso he sentido siempre los movimientos humanos -las grandes tragedias colectivas de la historia o de lo que hacen de ella- como frisos coloreados, vacíos del alma de los que pasan por ellos. Nunca me ha pesado lo que de trágico sucediese en la China. Es decoración lejana, aunque en sangre y peste.

Recuerdo, con tristeza irónica, una manifestación de obreros, hecha no sé con qué sinceridad (pues me cuesta siempre admitir sinceridad en las cosas colectivas, visto que es el individuo, a solas consigo mismo, el único ser que siente). Era un grupo compacto y suelto de estúpidos animados que pasó gritando diferentes cosas ante mi indiferentismo ajeno. Sentí súbitamente una náusea. Ni siquiera estaban suficientemente sucios. Los que verdaderamente sufren no se hacen plebe, no forman conjunto. Lo que sufre sufre solo.

¡Qué mal conjunto! ¡Qué falta de humanidad y de dolor! Eran reales y sin embargo increíbles. Nadie haría con ellos un cuadro de novela, un escenario de descripción. Corrían como la basura por un río, por el río de la vida. Tuve sueño de verlos, asqueado y supremo.

222

Siempre me ha preocupado, en esas horas ocasionales de desprendimiento en que tomamos conciencia de nosotros mismos como individuos de que somos otros para los demás, la imaginación de la figura que haré físicamente, y hasta moralmente, para aquellos que me contemplan y me hablan, o todos los días o por casualidad.

Estamos todos acostumbrados a considerarnos como primordialmente realidades mentales, y a los demás como directamente realidades físicas; vagamente nos consideramos como gente física, para efectos en los ojos de los demás; vagamente consideramos a los demás como realidades mentales, pero sólo en el amor o en el conflicto adquirimos verdadera conciencia de que los demás tienen sobre todo alma, como nosotros para nosotros.

Me pierdo, por eso, a veces en un imaginar fútil de qué especie de gente seré para quienes me ven, cómo es mi voz, qué tipo de figura dejo escrita en la memoria involuntaria de los demás, de qué manera mis gestos, mis palabras, mi vida aparente, se graban en las retinas de la interpretación ajena. No he conseguido nunca verme desde fuera. No hay espejo que nos dé a nosotros mismos como fueras, porque no hay espejo que nos saque de nosotros mismos. Seria precisa otra alma, otra colocación de la mirada y del pensamiento. Si yo fuese actor prolongado de cine o grabase en discos audibles mi voz alta, estoy seguro de que del mismo modo quedaría lejos de saber lo que soy del lado de allá, pues, quiera lo que quiera, grábese lo que de mi se grabe, estoy siempre aquí dentro, en la quinta de muros altos de mi conciencia de mi.

No sé si los otros serán así, si la ciencia de la vida no consistirá esencialmente en ser tan ajeno a si mismo que instintivamente se consiga un alejamiento y se pueda participar de la vida como extraño a la conciencia; o si los demás, más ensimismados que yo, no serán del todo la brutalidad de no ser más que ellos, viviendo exteriormente merced a ese milagro por el que las abejas forman sociedades más organizadas que cualquier nación, y las hormigas se comunican entre sí con un habla de antenas mínimas que excede en los resultados a nuestra compleja ausencia de entendernos.

La geografía de la conciencia de la realidad es de una gran complejidad de costas, accidentadísima de montañas y de lagos. Y todo me parece, si medito demás, una especie de mapa como el del «Pays du Tendre» o de los «Viajes de Gulliver», broma de exactitud inscrita en un libro irónico o fantasioso para gozo de entes superiores, que saben dónde es donde las tierras son tierras.

Todo es complejo para quien piensa, y sin duda el pensamiento lo torna más complejo por voluptuosidad propia. Pero quien piensa tiene la necesidad de justificar su abdicación con un vasto programa de comprender, expuesto, como las razones de los que mienten, con todos los pormenores excesivos que descubren, con el esparcir de la tierra, la raíz de la mentira.

Todo es complejo o soy yo quien lo soy. Pero, de cualquier modo, no importa porque, de cualquier modo, nada importa. Todo esto, todas estas consideraciones extraviadas de la calle ancha, vegetan en los huertos de los dioses exclusos como trepadoras lejos de las paredes. Y me sonrío, en la noche en que concluyo sin fin estas consideraciones sin engranaje, de la ironía vital que las hace surgir de un alma humana, huérfana, desde antes de los astros, de las grandes razones del Destino.

223

Para comprender, me he destruido. Comprender es olvidarse de amar. Nada conozco más al mismo tiempo falso y significativo que aquel dicho de Leonardo da Vinci de que no se puede amar u odiar una cosa sino después de comprenderla.

La soledad me desoía; la compañía me oprime. La presencia de otra persona me descamina los pensamientos; sueño su presencia con una distracción especial, que toda mi atención analítica no consigue definir.

224

El aislamiento me ha tallado a su imagen y semejanza. La presencia de otra persona -aunque sea de una sola persona- me atrasa inmediatamente el pensamiento y, al paso que en el hombre normal el contacto con otro es un estímulo para la expresión y para el dicho, en mi, ese contacto es un

contraestímulo, si es que esta palabra compuesta es viable ante el lenguaje. Soy capaz, a solas conmigo, de idear muchas frases ingeniosas, respuestas rápidas a lo que nadie ha dicho, fulguraciones de una sociabilidad inteligente con persona ninguna; pero todo eso se me esfuma si estoy ante un otro físico, pierdo a inteligencia, dejo de poder decir, y, al fin de unos cuartos de hora, sólo siento sueño. Sí, hablar con gente me da ganas de dormir. Sólo mis amigos espectrales e imaginados, sólo mis conversaciones resultantes del sueño tienen una verdadera realidad y un justo relieve, y en ellos el espíritu está presente como una imagen en un espejo.

Me pesa, además, toda idea de ser forzado a un contacto con otro. Una simple invitación a cenar con un amigo me produce una angustia difícil de definir. La idea de una obligación social cualquiera -ir a un entierro, tratar con alguien de un asunto de la oficina, ir a esperar en la estación a una persona cualquiera, conocida o desconocida-, sólo esa idea me estorba los pensamientos de un día, y a veces me preocupo desde la misma víspera, y duermo mal, y el caso real, cuando sucede, es absolutamente insignificante, no justifica nada; y el caso se repite y yo no aprendo nunca a aprenden

«Mis hábitos son de la soledad, que no de los hombres»; no sé si fue Rousseau, si Senancour, el que dijo esto. Pero fue un espíritu de mi especie; no podré decir, quizá, de mi raza.

225

Esclavo del temperamento como de las circunstancias, insultado por la indiferencia de los hombres lo mismo que por su afecto a quien suponen que soy- (...) los insultos humanos del Destino.

226

Aquello que, creo, produce en mí el sentimiento profundo, en que vivo, de incongruencia con los demás, es que la mayoría piensa con la sensibilidad y yo siento con el pensamiento.

Para el hombre vulgar, sentir es vivir y pensar es saber vivir. Para mí, pensar es vivir y sentir no es más que el alimento del pensar.

Es curioso que, siendo escasa mi capacidad de entusiasmo, ella es naturalmente más solicitada por los que se me oponen en temperamento que por los que son de mi especie espiritual. A nadie admiro en literatura, más que a los clásicos, que son a quienes menos me asemejo. De tener que escoger, para lectura única, entre Chateaubriand y Vieira, escogería a Vieira sin necesidad de meditar.

Cuanto más diferente de mí es alguien, más real me parece, porque menos depende de mi subjetividad. Y es por eso por lo que mi estudio atento y constante es esa misma humanidad vulgar que no acepto y de quien disto. La amo porque la odio. Me gusta verla porque detesto sentirla. El paisaje, tan admirable como cuadro, es en general incómodo como lecho.

13-4-1930.

227

Desearía construir un código de inercia para los superiores de las sociedades modernas.

-La sociedad se gobernaría espontáneamente y a si propia, si no contuviese gente de sensibilidad e inteligencia. Crean que es la única cosa que la perjudica. Las sociedades primitivas tenían una feliz existencia más o menos así.

Es una pena que la expulsión de los superiores de la sociedad tendría para ellos el resultado de morir, porque no saben trabajar. Y quizá muriesen de tedio, por no haber espacios de estupidez entre ellos. Pero yo hablo desde el punto de cura de la felicidad humana.

Cada superior que se manifestase en la sociedad seria expulsado a la isla [...] de los superiores. Los superiores serían alimentados, como animales enjaulados, por la sociedad normal.

Creedme: si no hubiese gente inteligente que tomase nota de los malestares humanos, la humanidad no se darla cuenta de ellos. Y las criaturas de sensibilidad hacen sufrir a los demás por simpatía.

Mientras tanto, visto que vivimos en sociedad, el único deber de los superiores es reducir al mínimo su participación en la vida de la tribu.

No leer periódicos, o leerlos sólo para saber lo que de poco importante y curioso sucede: no, nadie imagina la voluptuosidad que arranco al noticiario sucinto de provincias. Los meros nombres me abren puertas a lo indefinido.

El supremo estado honroso para un hombre superior es no saber quién es el jefe de Estado de su país, o si vive en una monarquía o en una república.

-Toda su actitud debe ser situar al alma de modo que el paso de las cosas, de los acontecimientos, no le incomode. Si no lo hace, tendrá que interesarse por los demás, para ocuparse de si mismo.

(¿1914?)

228

Así como, lo sepamos o no, todos tenemos una metafísica, así también, lo queramos o no, todos tenemos una moral. Tengo una moral muy sencilla: no hacer a nadie ni mal ni bien. No hacer a nadie mal, porque no sólo reconozco en los demás el mismo derecho, que creo que me corresponde, de que no me molesten, sino porque me parece que los males naturales bastan para el mal que tenga que haber en el mundo. Vivimos todos, en este mundo, a bordo de un navío zarpado de un puerto que desconocemos hacia un puerto que ignoramos; debemos tener los unos para con los otros una amabilidad de viaje. No hacer bien, porque no sé lo que es el bien, ni silo hago cuando me parece que lo hago. ¿Sé yo qué males causo si doy limosna? ¿Sé yo qué males causo si educo o instruyo? En la duda, me abstengo. Y me parece, además, que auxiliar o ilustrar es, en cieno modo, hacer el mal de intervenir en la vida ajena La bondad es un capricho temperamental: no tenemos derecho a hacer a los demás víctimas de nuestros caprichos, aunque sean de humanidad o de ternura. Los beneficios son cosas que se infligen; por eso abomino friamente de ellos.

Si no hago el bien, por moral, tampoco exijo que me lo hagan. Si me pongo enfermo, lo que más me pesa es que obligo a alguien a cuidarme, cosa que me repugnaría hacer a otro. Nunca he visitado a un amigo enfermo. Siempre que, habiéndome puesto enfermo, me han visitado, he sufrido cada visita como una molestia, un insulto, una violación injustificada de mi intimidad decisiva. No me gusta que me den cosas; parecen, con ello, obligarme a que también las dé: a los mismos o a otros, sea a quien fuere.

Soy altamente sociable de un modo altamente negativo. Soy la inofensividad encarnada. Pero no soy más que eso, no quiero ser más que eso, no puedo ser más que eso. Tengo para con todo cuanto existe una ternura visual, un cariño de la inteligencia -nada en el corazón. No tengo fe en nada, esperanza de nada, caridad para nada. Abomino con náusea y pasmo de los sinceros de todas las sinceridades y de los místicos de todos los misticismos o, antes y mejor, de todas las sinceridades de todos los sinceros y de los misticismos de todos los místicos. Esa náusea es casi física cuando esos misticismos son activos, cuando pretenden convencer a la inteligencia ajena, o mover a la voluntad ajena, encontrar la verdad o reformar al mundo.

Me considero feliz por no tener ya parientes. No me veo así en la obligación, que inevitablemente me pesarla, de tener que amar a alguien. No tengo añoranzas sino literariamente. Recuerdo mi infancia con lágrimas, pero con lágrimas rítmicas, en las que ya se prepara la prosa. La recuerdo como algo exterior y a través de cosas exteriores; recuerdo sólo las cosas exteriores. No es el sosiego de las

veladas de provincia el que me enternece por la infancia que viví en ellas, es la disposición de la mesa del té, son los bultos de los muebles por la casa, son las caras y los gestos físicos de las personas. Es de cuadros de lo que tengo nostalgia. Por esto tanto me enternece mi infancia como la de otro: son ambas, en el pasado que no sé el que es, fenómenos puramente visuales que siento con la atención literaria. Me enternezco, sí, pero no es porque recuerdo, sino porque veo.

Nunca he amado a nadie. Lo más que he amado son sensaciones mías -estados de visualidad consciente, impresiones de audición despierta, perfumes que son una manera de que hable conmigo la humildad del mundo exterior, me diga cosas del pasado (tan fácil de recordar con los olores)- es decir, de darme más realidad, más emoción, que el simple pan cociéndose allá dentro en la panadería honda, como aquella tarde lejana en que venia del entierro de mi tío, que me había amado tanto, y había en mí vagamente la ternura de un alivio, no sé bien de qué.

Es ésta mi vida moral, o mi metafísica, o yo: Transeúnte de todo -hasta de mi propia alma-, no pertenezco a nada, no deseo nada, no soy nada: centro abstracto de sensaciones impersonales, espejo caldo sintiente vuelto hacia la variedad del mundo. Con esto, no sé si soy feliz o desgraciado; ni me importa

18-9-1931.

229

Muchas veces, para entretenerme -porque nada entretiene como las ciencias, o las cosas con aire de ciencias, usadas fútilmente-, me pongo escrupulosamente a estudiar mi psiquismo a través de la forma como lo encaran los demás. Raras veces es triste el placer, a veces doloroso, que esta táctica fútil me produce.

Generalmente, procuro estudiar la impresión general que causo en los otros, /sacando conclusiones/.

En general, soy una criatura con quien los demás simpatizan, con quien simpatizan, incluso, con un vago y curioso respeto. Pero ninguna simpatía violenta despierto. Nadie será nunca conmovidamente mi amigo. Por eso pueden respetarme tantos.

230

Aquella malicia incierta y casi imponderable que alegra a cualquier corazón humano ante el dolor de los demás, y el desconsuelo ajeno, los empleo en el examen de mis propios dolores, los llevo tan lejos que en ocasiones en que me siento ridículo o mezquino gozo como si fuese otro quien lo estuviese siendo. Mediante una extraña y fantástica transformación de sentimientos, sucede que no siento esa alegría malévola y humanísima ante el dolor y el ridículo ajenos. Siento ante el envilecimiento de los demás, no un dolor, sino una incomodidad estética y una irritación sinuosa. No es por bondad por lo que sucede esto, sino porque quien se vuelve ridículo no es sólo para mí para quien se vuelve ridículo, sino también para los demás, y me irrita que alguien esté siendo ridículo para los demás, me duele que cualquier animal de la especie humana se ría a costa de otro, cuando no tiene derecho a hacerlo. De que los demás se rían a mi costa no me irrito, porque de mí hacia fuera hay un desprecio proficuo y blindado.

Más terribles que cualquier muralla, he puesto verjas altísimas para demarcar el jardín de mi ser, de modo que, viendo perfectamente a los demás, perfectísimamente los excluyo y mantengo otros.

Escoger maneras de no obrar ha sido siempre la atención y el escrúpulo de mi vida.

No me someto al Estado ni a los hombres: resisto inertemente. El Estado sólo puede quererme para una acción cualquiera. No obrando yo, nada consigue de mí. Hoy ya no se mata, y apenas puede

molestarme; si eso sucede, tendré que blindar más mi espíritu y vivir más lejos dentro de mis sueños. Pero eso no ha sucedido nunca. Nunca me ha importunado el Estado. Creo que la suerte ha sabido disponer.

231

He tenido cieno talento para la amistad, pero nunca he tenido amigos, ya porque me faltasen, ya porque la amistad que yo había concebido fuese un error de mis sueños. He vivido siempre aislado, y cada vez más aislado cuanto más consciente he sido de mí mismo.

232

Mi vida, tragedia fracasada bajo el pateo de los dioses y de la que sólo se ha representado el primer acto.

Amigos, ninguno, Sólo unos conocidos que creen que simpatizan conmigo y que tal vez sentirían pena si un tren me pasase por cima y el entierro fuese un día de lluvia.

El premio natural de mi distanciamiento de la vida ha sido la incapacidad, que he creado en los demás, de sentir conmigo. En torno a mí hay una aureola de frialdad, un halo de hielo que repele a los demás. Todavía no he conseguido no sufrir con mi soledad. Tan difícil es conseguir esa distinción de espíritu que permite al aislamiento ser un reposo sin angustia.

Nunca he concedido crédito a la amistad que me han mostrado, como no lo habría concedido al amor, si me lo hubiesen mostrado, lo que, además, sería imposible. Aunque nunca haya tenido ilusiones respecto a quienes se decían mis amigos, he conseguido siempre sufrir desilusiones con ellos: tan complejo y sutil es mi destino de sufrir.

Nunca he dudado que todos me traicionasen; y me ha asombrado siempre que me han traicionado. Cuando llegaba lo que yo esperaba, era siempre inesperado para mí.

Como nunca he descubierto en mí cualidades que atrajesen a nadie, nunca he podido creer que alguien se sintiese atraído por mí. La opinión sería de una modestia estulta, si hechos sobre hechos -esos inesperados hechos que yo esperaba- no viniesen a confirmarla siempre.

No puedo concebir que me estimen por compasión, porque, aunque sea físicamente desmañado e inaceptable, no tengo ese grado de encogimiento orgánico con que entrar en la órbita de la compasión ajena, ni tampoco esa simpatía que la atrae cuando no es patentemente merecida; y para lo que en mí merece piedad, no puede haberla, porque nunca hay piedad para los lisiados del espíritu. De modo que he caído en ese centro de gravedad del desdén ajeno en el que no me inclino hacia la simpatía de nadie.

Toda mi vida ha sido querer adaptarme a esto sin sentir en exceso su crudeza y su abyección.

Es necesario cierto coraje intelectual para que un individuo reconozca valerosamente que no pasa de ser un harapo humano, aborto superviviente, loco todavía fuera de las fronteras de la internabilidad; pero es preciso todavía más valor de espíritu para, reconocido esto, crear una adaptación perfecta a su destino, aceptar sin rebeldía, sin resignación, sin gesto alguno, o esbozo de gesto, la maldición orgánica que me ha impuesto la Naturaleza. Querer que no sufra con esto es querer demasiado, porque no cabe en el ser humano el aceptar el mal, viéndolo bien, y llamarle bien; y, aceptándolo como mal, no es posible no sufrir con él.

Concebir desde fuera ha sido mi desgracia: la desgracia para mi felicidad. Me he visto como me ven los demás, y he pasado a despreciarme, no tanto porque reconociese en mí un orden tal de cualidades que mereciese desprecio por ellas, sino porque he pasado a verme como me ven los demás y he sentido un desprecio cualquiera que ellos sienten por mí. He sufrido la humillación de conocerme. Como este calvario no tiene nobleza, ni resurrección unos días después, no he podido sino sufrir con la innobleza de esto.

He comprendido que le era imposible a nadie amarme, a no ser que le faltase del todo el sentido estético; y, entonces, yo le despreciaría por ello; y que incluso simpatizar conmigo no podía pasar de ser un capricho de la indiferencia ajena.

¡Ver claro en nosotros y en cómo nos ven los demás! ¡Ver esta verdad frente a frente! Y, al final, el rito de Cristo en el Calvario, cuando vio, frente a frente, su verdad: Señor, Señor, ¿por qué me has abandonado?

233

En todos los lugares de la vida, en todas las situaciones y convivencias, he sido siempre, para todos, un intruso. Por lo menos, he sido siempre un extraño. En medio de parientes, como de conocidos, he sido siempre como alguien de fuera. No digo que lo he sido, siquiera una sola vez, aposta. Pero lo he sido siempre por una actitud espontánea de la media de los temperamentos ajenos.

He sido siempre, en todas partes y por todos, tratado con simpatía. A poquísimos, creo, habrá alzado la voz tan poca gente, o arrugado la frente, o hablado alto o /de soslayo/. Pero la simpatía con que siempre me han tratado, ha estado siempre /exenta/ de afecto. Para los más naturalmente íntimos he sido siempre un huésped que, por ser huésped, es bien tratado, pero siempre con la atención debida al extraño y la falta de afecto merecida por el intruso.

No dudo de que todo esto, de la actitud de los demás, derive principalmente de alguna oscura causa /intrínseca/ a mi propio temperamento. Soy por ventura de una frialdad comunicativa tal que involuntariamente obligo a los otros a reflejar mi modo de poco sentir.

Trabo, por índole, rápidamente conocimientos. Me tardan poco las simpatías de los demás. Pero los afectos no llegan nunca. Dedicaciones, nunca las he conocido. Amar, ha sido cosa que siempre me ha parecido imposible, como el que me tutease un extraño.

No sé si sufro con esto, si lo acepto como un destino indiferente en que no hay ni que sufrir ni que /aceptar/.

Siempre he deseado agradar. Me ha dolido siempre la indiferencia ajena. Huérfano de la Fortuna, tengo, como todos los huérfanos, la necesidad de ser objeto del afecto de alguien. He pasado siempre hambre de la realización de esa necesidad. Tanto me he adaptado a esa hambre inútil que, a veces, no sé si siento la necesidad de comer.

Con esto o sin esto, la vida me duele.

Los demás tienen quien se dedique a ellos. Yo nunca he tenido quien siquiera pensase en dedicarse a mí. Sirven a los otros: a mí me tratan bien.

Reconozco en mí la capacidad de provocar respeto, pero no afecto. Desgraciadamente no he hecho nada con que justificar ese respeto empezado [por] quien lo siente de modo que nunca llega a respetarme de veras.

Pienso a veces que me gusta sufrir. Pero, en verdad, yo preferiría otra cosa.

No tengo cualidades de jefe, ni de secuaz. Ni siquiera las tengo de satisfecho, que son las que valen cuando aquellas otras faltan.

Otros, menos inteligentes que yo, son más fuertes.

Organizan mejor su vida entre la gente; administran más hábilmente su inteligencia. Tengo todas las cualidades necesarias para influir, menos el arte de hacerlo, o el deseo, incluso, de desearlo.

Si un día amase, no sería amado.

Basta que yo quiera una cosa para que se muera. Mi destino, sin embargo, no tiene la fuerza de ser mortal para nada. Tiene la debilidad de ser mortal en las cosas que son para mí.

18-9-1917.

234

Para quien, (aunque) en sueños, como Dite ha raptado a Proserpina, ¿qué puede ser sino sueño el amor de cualquier mujer del mundo?

He amado como Shelley [...] antes que el tiempo existiese: todo el amor temporal no ha tenido para mi otro sabor que el de recordar el que perdí.

235

No el amor, sino los alrededores es lo que vale la pena...

La represión del amor ilumina sus fenómenos con mucha más claridad que la misma experiencia. Hay virginidades de gran entendimiento. Hacer compensa pero confunde. Poseer es ser poseído, y por lo tanto perderse. Sólo la idea alcanza, sin corromperse, el conocimiento de la realidad.

236

Ser puro, no para ser noble, o para ser fuerte, sino para ser uno mismo. Quien da amor, pierde amor.

Abdicar de la vida para no abdicar de sí mismo.

La mujer, una buena fuente de sueños. Nunca la toques.

Aprende a separar las ideas de voluptuosidad y de placer. Aprende a disfrutar en todo, no lo que es, sino las ideas y los sueños que provoca. Porque nada es lo que es: los sueños siempre son los sueños. Para eso necesitas no tocar nada. Si tocas tu sueño, morirá; el objeto tocado ocupará tu sensación.

Ver y oír son las únicas cosas nobles que contiene la vida. Los otros sentidos son plebeyos y carnales. La única aristocracia es nunca tocar. No acercarse: he ahí lo que es hidalgo..

237

Todo hombre de hoy en quien la estatura moral y el relieve intelectual no sean de pigmeo o de paleto, ama, cuando ama, con amor romántico. El amor romántico es un producto extremo de siglos sobre siglos de influencia cristiana; y, tanto cuanto a su substancia, como cuanto a la secuencia de su desarrollo, puede ser dado a conocer a quien no lo perciba comparándolo con una veste, o traje, que el alma ola imaginación fabricasen para vestir con él a las criaturas, que acaso parezca, y el espíritu crea, que les cae bien.

Pero todo traje, como no es eterno, dura tanto cuanto dura; y en breve, bajo la veste del ideal que formamos, que se deshace, surge el cuerpo real de la persona humana, en quien lo vestimos.

El amor romántico, por lo tanto, es un camino de desilusión. Sólo no lo es cuando la desilusión, aceptada desde el principio, decide variar de ideal, tejer constantemente, en los talleres del alma, nuevos trajes con que constantemente se renueve el aspecto de la criatura por ellos vestida.

238

UN DÍA (ZIGZAG)

¡No haber sido Madame de harén! ¡Qué pena me da de mí por no haberme sucedido esto!

239

Dos, tres días de semejanza de principio de amor...

Todo esto vale para el esteta por las sensaciones que le produce. Avanzar sería entrar en el dominio donde comienzan los celos, el sufrimiento, la excitación. En esta antecámara de la emoción hay toda la suavidad del amor sin su profundidad –un gozo leve, por lo tanto, aroma vago de deseos; si con esto se pierde la grandeza que hay en la tragedia del amor, repárese en que, para el esteta, las tragedias son cosas interesantes de observar, pero incómodas de sufrir. El propio cultivo de la imaginación es perjudicado por el de la vida. Reina quien no está entre los vulgares.

Al final, esto me contentaría si consiguiese convencerme de que esta teoría no es lo que es, un complejo ruido que les hago a los oídos de mi inteligencia, casi para que no se dé cuenta de que, en el fondo, no hay otra cosa que mi tristeza, mi incompetencia para la vida.

240

EL RÍO DE LA POSESIÓN

Que somos todos diferentes es un axioma de nuestra humanidad. Sólo nos parecemos de lejos, en la proporción, por lo tanto, en que no somos nosotros. La vida es, por eso, para los indefinidos; sólo pueden convivir los que nunca se definen, y son, uno y otro, /nadies/.

Cada uno de nosotros es dos, y cuando dos personas se encuentran, se acercan, se unen, es raro que las cuatro puedan estar de acuerdo. El hombre que sueña en cada hombre /que/ actúa, si tantas veces se /malquista/ con el hombre que actúa, ¿cómo no se malquistará /con el hombre que actúa y el hombre que sueña en el Otro?/

Somos fuerzas porque somos vidas. Cada uno de nosotros tiende hacia sí mismo con escala en los otros. Si tenemos por nosotros mismos el respeto de encontramos interesantes, (...) Toda aproximación es un conflicto. El otro es siempre el obstáculo para quien busca. Sólo quien no busca es feliz; porque sólo quien no busca encuentra, visto que quien no busca ya tiene, y tener ya, sea lo que sea, es ser feliz (como no pensar es la parte mejor de ser rico).

Miro hacia ti, dentro de mí, novia supuesta, y ya nos /desavenimos/ antes de que existas. Mi costumbre de soñar claro me proporciona una noción justa de la realidad. Quien sueña demasiado necesita darle realidad al sueño. Quien da realidad al sueño tiene que dar al sueño el equilibrio de la realidad. Quien da al sueño el equilibrio de la realidad sufre de la realidad de soñar tanto como de la realidad de la vida (y de lo irreal del sueño con la de sentir la vida real).

Estoy esperándote, en un devaneo, en nuestro cuarto de dos puertas, y te sueño viniendo y en mi sueño entras hasta mí por la puerta de la derecha; si, cuando entras, entras por la puerta de la izquierda, hay ya una diferencia entre ti y mi sueño. Toda la tragedia humana reside en este pequeño ejemplo de cómo aquellos con quien pensamos no son aquellos en que pensamos.

El amor pierde identidad en la diferencia, lo que ya es imposible en la lógica, cuanto más en el mundo. El amor quiere poseer, quiere hacer suyo lo que tiene que quedarse fuera para que él sepa que no se vuelve suyo y no es él. Amar es entregarse. Cuanto mayor la entrega, mayor el amor. Pero la entrega total entrega también la conciencia del otro. El amor es, por eso, la muerte, o el olvido, o la renuncia [....

En la terraza antigua del palacio, alzada sobre el mar, meditaremos en silencio la diferencia entre nosotros. Yo era príncipe, y tú, princesa, en la terraza a la orilla del mar. Nuestro amor había nacido de nuestro encuentro, como la belleza nació del encuentro de la luna con las aguas.

El amor quiere la posesión, pero no sabe lo que es la posesión. Si yo no soy mío, ¿cómo seré tuyo, o tú mía? Si no poseo mi propio ser, ¿cómo poseeré un ser ajeno? Si ya soy diferente de aquel al que soy idéntico, ¿cómo ser idéntico a aquel de quien soy diferente?

El amor es un misticismo que quiere ejercitarse, una imposibilidad que sólo es soñada como debiendo ser realizada.

Metafísico. Pero toda la vida es una metafísica a oscuras, con un rumor de dioses y el desconocimiento de la derrota como única vía.

La peor astucia para conmigo de mi decadencia es mi amor a la nostalgia y a la claridad. Siempre he creído que un cuerpo bello y el ritmo feliz de un andar joven tienen más competencia en el mundo que todos los sueños que hay en mí. Es con una alegría de la vejez por el espíritu como sigo a veces -sin envidia ni deseo- a las parejas ocasionales que la tarde junta y caminan del brazo hacia la conciencia inconsciente de la juventud. Disfruto de ellos como disfruto de una verdad, sin pensar si tiene o no que ver conmigo. Si las comparo a mí, continúo disfrutándolas, pero como quien disfruta de una verdad que le hiere, uniendo al dolor de la herida la conciencia de haber comprendido a los dioses. Soy lo contrario de los espiritualistas simbolistas, para quienes todo ser, y todo acontecimiento, es la sombra de una realidad de la que es sombra apenas. Cada cosa, para mí, es, en vez de un punto de llegada, un punto de partida. Para el ocultista, todo acaba en todo; todo empieza en todo para mí. Procedo, como ellos, por analogía y sugestión, pero el jardincito que les sugiere el orden y la belleza del alma, a mí no me recuerda más que el jardín mayor donde pueda ser, lejos de los hombres, feliz la vida que no puede serlo. Cada cosa me sugiere, no la realidad de que es sombra, sino la realidad hacia la que es el camino. El jardín de la Estrella, por la tarde, es para mí la sugestión de un parque antiguo, en los siglos de antes del desencanto del alma.

241

«Te quiero sólo para un sueño», dicen a la mujer amada, en versos que no envían, los que no se atreven a decirle nada. Este «te quiero sólo para un sueño» es un verso de un viejo poema mío. Registro el recuerdo con una sonrisa, y ni la sonrisa comento.

242

En mi, todos los afectos se pasan a la superficie, pero sinceramente. He sido actor siempre, y en serio. Siempre que amé, fingí que amé, y para mí mismo lo finjo.

243

CARTA PARA NO ENVIAR

La eximo de comparecer en mi idea de sí.

Su vida (...)

Esto no es mi amor; es sólo su vida.

La amo como al poniente o al claro de luna, con el deseo de que el momento permanezca, pero sin que sea mía en él más que la sensación de tenerlo.

244

¡Si nuestra vida fuese un eterno estar en la ventana, si así nos quedásemos, como humo parado, siempre, teniendo siempre al mismo instante de crepúsculo doloriendo la curva de los montes! ¡Si nos quedásemos, así, más allá de siempre! ¡Si por lo menos, de este lado de la imposibilidad, pudiésemos así quedarnos, sin que cometiésemos una acción, sin que nuestros labios pálidos pecasen más palabras!

¡Mira cómo va oscureciendo!... El sosiego /evidente/ de todo me llena de rabia, de algo que es el amargor en el sabor de la aspiración. Me duele el alma... Una mancha lenta de humo se eleva y se dispersa allá lejos... Un tedio inquieto me hace no pensar ya en ti...

¡Tan superfluo todo, nosotros y el mundo y el misterio de ambos!

245

ANTEROS
El amante visual

Tengo del amor profundo y de su uso provechoso un concepto superficial y decorativo. Estoy sujeto a pasiones visuales. Guardo intacto el corazón entregado a más irreales destinos.

No me acuerdo de haber amado sino el «cuadro» de alguien, lo puro exterior n que el alma no entra más que para hacer ese exterior animado y vivo y, así, diferente de los cuadros que hacen los pintores.

Amo así: fijo, por bella, atrayente o, de otro modo cualquiera, amable, una figura de mujer o de hombre -donde no hay deseo no hay preferencia de sexo- y esa figura me obceca, me cautiva, se apodera de mí. Sin embargo, no quiero más que verla, ni [...] nada más [...] que la facultad de llegar a conocer y a hablar a la persona real que esa figura aparentemente manifiesta.

Amo con la mirada, y no con la fantasía. Porque nada fantaseo de esa figura que me cautiva. No me imagino unido a ella de otra manera [...] No me interesa saber qué es, qué hace, qué piensa la criatura que me da, para que lo vea, su aspecto exterior.

La inmensa serie de personas y de cosas que forma el mundo es para mí una galería interminable de cuadros, cuyo interior no me interesa. No me interesa porque el alma es monótona y siempre la misma en todo el mundo; diferentes apenas sus manifestaciones personales, y lo mejor de ella es lo que transborda hacia el sueño, hacia las maneras, hacia los gestos, y así entra en el cuadro que me cautiva [...]

Así vivo, en visión pura, el exterior animado de las cosas y de los seres, indiferente, como un dios de otro mundo, al contenido: espíritu de ellos. Profundizo el ser propio en su extensión, y cuando anhelo la profundidad, es en mi y en mi concepto de las cosas donde la busco.

¿Qué puede darme el conocimiento personal de la criatura que así amo en *décor?*. No una desilusión, porque, como en ella sólo amo el aspecto, y nada de ella fantaseo, su estupidez o mediocridad nada quita, porque yo no esperaba nada sino el aspecto que no tenía que esperar, y el aspecto persiste. Pero el conocimiento personal es nocivo porque es inútil, y lo inútil material es nocivo siempre. Saber el nombre de la criatura, ¿para qué? Y es la primera cosa de la que me entero cuando soy presentado a ella.

El conocimiento personal necesita ser, también, de libertad de contemplación, y que mi género de amar desea. No podemos mirar, contemplar en libertad a quien conocemos personalmente.

Lo que es superfluo es menos para el artista, porque, perturbándolo, disminuye el efecto.

Mi destino natural de contemplador indefinido y enamorado de las apariencias y de la manifestación de las cosas -objetivista de los sueños, amante visual de las formas y de los aspectos de la naturaleza- no es un caso de lo que los psiquiatras llaman onanismo psíquico, ni siquiera de lo que llaman erotomanía. No fantaseo, como en el onanismo psíquico; no me figuro en sueños amante carnal, ni siquiera amigo de trato, de la criatura a la que miro o recuerdo: nada fantaseo de ella. Ni, como el erotómano, la idealizo y la transporto fuera de la esfera de la estética concreta: no quiero de

ella, o pienso de ella, más que lo que me da a los ojos y a la memoria directa y pura de o que los ojos han visto.

246

UNA CARTA

Hace un vago número de muchos meses que me ve mirarla, mirarla constantemente, siempre con la misma mirada insegura y solícita. Yo sé que se ha dado cuenta de ello. Y como se ha dado cuenta, debe haberle parecido extraño que esa mirada, no siendo propiamente tímida, nunca esbozase ningún significado. Siempre atenta, vaga y la misma, como si estuviese contenta de ser sólo la tristeza de eso... Nada más... Y dentro de su pensar en ello -sea cual sea el sentimiento con que ha pensado en mi-, debe haber escrutado mis posibles intenciones. Debe haberse explicado a sí misma, sin satisfacerse, que yo soy un tímido especial y original, o una especie cualquiera de algo emparentado con estar loco.

Yo no soy, Señora mía, en el hecho de mirarla, ni estrictamente un tímido, ni decididamente un loco. Soy otra cosa primera y diferente, como, sin esperanza de que me crea, le voy a exponer. Cuántas veces murmuraba a su ser soñado: Haz tu deber de ánfora inútil, cumple tu menester de mera copa.

¡Con qué añoranza de la idea que he querido formarme de usted me he dado cuenta de que estaba casada! El día en que me di cuenta de esto fue trágico en mi vida. No tuve celos de su marido. Nunca he pensado si acaso lo tendría. Tuve sencillamente añoranza de mi idea de usted. Si un día supiese este absurdo: que una mujer de un cuadro -sí, ésa-estaba casada, el mismo sería mi dolor.

¿Poseerla? Yo no sé cómo se hace eso. Y aunque tuviese sobre mi la mancha humana de saberlo, ¡qué infame no sería para mí mismo, qué insultador agente de mi propia grandeza, al pensar siquiera en igualarme a su marido!

¿Poseerla? Un día que acaso fuese sola por una calle oscura, un asaltante podría subyugarla y poseerla, podría incluso fecundarla y dejar detrás de sí ese rastro uterino. Si poseerla es poseer su cuerpo, ¿qué valor hay en ello?

¿Que no posee su alma?... ¿cómo se posee un alma? /Y puede haber uno, hábil y amoroso que posea esa «alma»./ (...) Que sea su marido ese... ¿Querría que yo descendiese a su nivel?

¡Cuántas horas he pasado en convivencia secreta con la idea de usted! ¡Nos hemos amado tanto dentro de mis sueños! Pero incluso ahí, yo se lo juro, nunca me he soñado poseyéndola. Soy un delicado y un casto incluso en mis sueños. Respeto hasta la idea de una mujer bella.

247

CARTA

Yo no sabría nunca cómo adecuar a mi alma para que lleve a mi cuerpo a poseer el suyo. Dentro de mí, incluso al pensar en esto, tropiezo con obstáculos que no veo, me enredo en telarañas que no sé lo que son. ¿Cuánto más no me sucedería si quisiese poseerla realmente?

Que yo -lo repito- sería incapaz de intentar hacerlo. Ni siquiera me adapto a soñarme haciéndolo.

Son éstas, Señora mía, las palabras que tengo que escribir al margen del significado de su mirada involuntariamente interrogadora. Es en este libro donde, primero, leerá esta carta para usted. Si no supiera que es para usted, me resignaré a que así sea. Escribo más para entretenerme que para decirle nada... Sólo las canas comerciales van dirigidas. Todas las demás deben, por lo menos para el hombre superior, ser sólo de él para sí mismo.

Nada más tengo que decirle. Crea que la admiro todo lo que puedo. Me gustaría que pensase en mí a veces.

248

Dos veces, en aquella adolescencia mía que siento lejana y que, por así sentirla, me parece una cosa leída, un relato intimo que me hiciesen, disfruté el dolor de la humillación de amar. Desde lo alto de hoy, mirando hacia atrás, hacia ese pasado, que ya no sé designar ni como lejano ni como reciente, creo que fue bueno que esa experiencia de la desilusión me sucediese tan pronto.

No fue nada, salvo lo que pasé conmigo. En el aspecto exterior del asunto íntimo, legiones humanas de hombres han pasado por las mismas torturas. Pero (...)

Demasiado pronto obtuve, mediante una experiencia, simultánea y conjunta, de la sensibilidad y de la inteligencia, la noción de que la vida de la imaginación, por mórbida que parezca, es sin embargo aquella que conviene a los temperamentos como el mío. Las ficciones de mi imaginación (posterior) pueden cansar, pero no duelen ni humillan. A las amantes imposibles les resulta también imposible la sonrisa falsa, el dolor del cariño, la astucia de las caricias. Nunca nos abandonan, ni de cualquier manera nos faltan.

249

Sólo una vez he sido verdaderamente amado. Simpatías, las he tenido siempre, y de todos. Ni al más ocasional le ha sido fácil ser grosero, o ser brusco, o hasta ser frío para conmigo. Algunas simpatías he tenido que, con mi ayuda, podría -por lo menos una vez- haber convertido en amor o afecto. Nunca he tenido la paciencia o atención del espíritu para siquiera desear emplear ese esfuerzo.

Al principio de observar esto en mí, creí -tanto nos desconocemos- que había en este caso de mi alma una razón de timidez. Pero después descubrí que no la había; había un tedio de las emociones, diferente del tedio de la vida, una impaciencia de unirme a cualquier sentimiento continuo, sobre todo cuando hubiese que unirlo a un esfuerzo continuado. ¿Para qué?, pensaba en mí lo que no piensa. Tengo la suficiente sutileza, el suficiente tacto psicológico para saber el «cómo»; el «cómo del cómo» siempre se me ha escapado. Mi flaqueza de voluntad ha comenzado siempre por ser una flaqueza del deseo de tener voluntad. Así me ha sucedido con las emociones como me sucede con la inteligencia, y con la misma voluntad, y con todo cuanto es vida.

Pero aquella vez en que una malicia de la oportunidad me hizo creer que amaba, y comprobar de veras que era amado, me quedé, primero, aturdido y confuso, como si me hubiera tocado un premio gordo en moneda inconvertible. Me quedé, después porque nadie es humano sin serlo, ligeramente envanecido; esta emoción, sin embargo, que parecería la más natural, pasó rápidamente. Vino a continuación un sentimiento difícil de definir, pero en el que sobresalían incómodamente las sensaciones de tedio, de humillación y de fatiga.

De tedio, como si el Destino me hubiese impuesto una tarea en trabajos nocturnos desconocidos. De tedio, como si un nuevo deber -el de una horrorosa reciprocidad- me fuese impuesto por la ironía de un privilegio, que yo me tendría todavía que fastidiar agradeciéndoselo al Destino. De tedio, como si no me bastase la monotonía inconsciente de la vida, para que se le superpusiera ahora la monotonía obligatoria de un sentimiento definido.

Y de humillación, si, de humillación. Tardé en darme cuenta de a qué venía un sentimiento aparentemente tan poco justificado por su causa. El amor a ser amado debería haber aparecido en mí. Debería haberme envanecido de que alguien se fijase atentamente en mi existencia como ser amable. Pero, aparte el breve momento de verdadero envanecimiento, en que todavía no sé si el asombro tuvo más parte que la propia vanidad, la humillación fue la sensación que recibí de mí. Sentí que me era

dada una especie de premio destinado a otro -premio, si, valioso para quien naturalmente lo mereciese.

Pero fatiga, sobre todo fatiga: la fatiga que sobrepasa al tedio. Comprendí entonces una frase de Chateaubriand que siempre me había confundido por falta de experiencia de mí mismo. Dice Chateaubriand, figurándose en René que «le cansaba que le amasen» -*on le fahguait en l'aimant*. Conocí, asombrado, que esto representaba una experiencia idéntica a la mía, y cuya verdad yo no tenía, en consecuencia, el derecho a negar.

¡La fatiga de ser amado, de ser amado de verdad! ¡La fatiga de ser el objeto del fardo de las emociones ajenas! Convertir a quien quisiera verse libre, siempre libre, en el mozo de cuerda de la responsabilidad de corresponder, de la decencia de no alejarse, para que no se suponga que se es príncipe en las emociones y se reniega lo máximo que un alma puede dar. ¡La fatiga [de] convertírsenos la existencia en algo absolutamente dependiente de una relación con un sentimiento ajeno! ¡La fatiga de, en todo caso, tener forzosamente que sentir, tener forzosamente, aunque sin reciprocidad, que amar también un poco!

Se fue de mí, como hasta mí vino, aquel episodio en la sombra. Hoy no queda nada de él, ni en mi inteligencia ni en mi emoción. No me trajo experiencia alguna que yo no pudiese haber deducido de las leyes de la vida humana cuyo conocimiento instintivo albergo en mí porque soy humano. No me dio ni un placer que recuerde con tristeza, ni un pesar que recuerde también con tristeza. Tengo la impresión de que fui una cosa que leí en algún sitio, un incidente acaecido a otro, novela de la que leí la mitad, y de la que faltó la otra mitad, sin que me importara que faltase, pues hasta donde la leía estaba bien y, aunque no tuviese sentido, tal era ya que no le podría dar sentido a la parte que faltaba, cualquiera fuese su enredo.

Me queda apenas una gratitud a quien me amó. Pero es una gratitud abstracta, asombrada, más de la inteligencia que de cualquier emoción. Siento pena de que alguien hubiese sentido pena por mi culpa; es de esto de lo que tengo pena, y no tengo pena de nada más.

No es natural que la vida me traiga otro encuentro con las emociones naturales. Casi deseo que aparezca para ver cómo siento esa segunda vez, después de haber pasado a través de todo un extenso análisis de la primera experiencia. Es posible que sienta menos; es también posible que sienta más. Si el Destino lo concede, que lo conceda. Por las emociones, siento curiosidad. Por los hechos, cualesquiera que vengan a ser, no siento ninguna curiosidad.

250

LA MUERTE DEL PRÍNCIPE

¿Por qué no será todo una verdad enteramente diferente, sin dioses, ni hombres, ni razones? ¿Por qué no ha de ser todo algo que ni siquiera podemos concebir que no concebimos: un misterio totalmente de otro mundo? ¿Por qué no hemos de ser nosotros -hombres, dioses y mundo- sueños que alguien sueña, pensamientos que alguien piensa, puestos siempre fuera de lo que existe? ¿Y por qué no ha de ser ese alguien que sueña o piensa alguien que no sueña ni piensa, súbdito él mismo del abismo y de la ficción? ¿Por qué no ha de ser todo otra-cosa, y ninguna cosa, y lo que no es la única cosa que existe? ¿En qué parte estoy que veo esto como algo que puede ser? ¿Por qué puente paso, que por debajo de mí, que estoy tan alto, están las luces de todas las ciudades del mundo y del otro mundo, y las nubes de las verdades deshechas que flotan encima y todas ellas buscan, como si buscasen lo que puede abarcarse?

Tengo miedo sin sueño, y estoy viendo sin saber lo que veo. Hay grandes planicies todo alrededor, y ríos a lo lejos, y montañas... Pero al mismo tiempo no hay nada de esto, y estoy con el principio de los dioses y con un gran horror de partir o de quedarme, y de dónde estar y de qué ser, Y también este

cuarto donde te oigo mirarme es algo que conozco y que parece que veo; y todas estas cosas están juntas, y están separadas, y ninguna de ellas es lo que es otra cosa que estoy viendo si veo.

¿Para qué me han dado un reino que tener si no he de tener mejor reino que esta hora en que estoy entre lo que no he sido y lo que no seré?

5-10-1937

251

He vivido, durante unas horas incógnitas, momentos sucesivos sin relación, en el paseo en que he ido, de noche, a la orilla solitaria del mar. Todos los pensamientos, que han hecho vivir a hombres, todas las emociones, que los hombres han dejado de vivir, han pasado por mi mente, como un resumen de la historia, en esta meditación mía andada a la orilla del mar.

He sufrido en mi, conmigo, las aspiraciones detodas las eras, y conmigo se han paseado, a la orilla oída del mar, los desasosiegos de todos los tiempos. Lo que los hombres quisieron y no hicieron, lo que mataron al hacerlo, lo que las almas fueron y nadie dijo: de todo esto se ha formado el alma sensible con que he paseado de noche a la orilla del mar. Y lo que los amantes extrañaron en el otro amante, lo que la mujer ocultó siempre al marido de quien es, lo que la madre piensa del hijo que no ha tenido, lo que tuvo forma solamente en una sonrisa o en una oportunidad, en un tiempo que no fue éste o en una emoción que falta -todo esto, en mi paseo a la orilla del mar, ha ido conmigo y ha vuelto conmigo, y las olas retorcían magnamente el acompañamiento que me hacia dormirlo.

Somos quienes no somos, y la vida es veloz y triste. El ruido de las olas por la noche es un ruido de la noche; ¡y cuántos lo han oído en su propia alma, como la esperanza constante que se deshace en la oscuridad como un ruido sordo de espuma profunda! [Qué lágrimas lloraron los que obtuvieron, qué lágrimas perdieron los que consiguieron! Y todo esto, durante el paseo a la orilla del mar, se me tomó el secreto de la noche y la confidencia del abismo. ¡Cuántos somos! ¡Cuántos nos engañamos! ¡Qué mares suenan en nosotros, en la noche de ser nosotros, por las playas que nos sentimos en los encharcamientos de la emoción!

Lo que se ha perdido, lo que se debería haber perdido, lo que se ha conseguido y ha satisfecho por error, lo que amamos y perdimos y, después de perderlo, vimos, amándolo por haberlo tenido, que no lo habíamos amado; lo que creíamos que pensábamos cuando sentíamos; lo que era un recuerdo y creíamos que era una emoción; y el mar en todo, llegando allá, rumoroso y fresco, del gran fondo de toda la noche, a agitane fino en la playa, en el decurso nocturno de mi paseo a la orilla del mar...

¿Quién sabe siquiera lo que piensa, o lo que desea? ¿Quién sabe lo que es para sí mismo? ¡Cuántas cosas sugiere la música y nos sabe bien que no puedan ser! ¡Cuántas recuerda la noche y lloramos, y no han sido nunca! Como una voz suelta de la paz tumbada a lo largo, el enrollamiento de la ola estalla y se enfría y hay un salivar audible por la playa invisible.

¡Cuánto me muero si siento por todo! ¡Cuánto siento si así vagabundeo, incorpóreo y humano, con el corazón parado como una playa, y todo el mar de todo, en la noche que vivimos, batiendo alto, zumbón, y se enfría, en mi eterno paseo a la orilla del mar!

252

PASTORAL DE PEDRO

No sé dónde te he visto ni cuándo. No sé si ha sido en un cuadro o si ha sido en el campo real, al lado de los árboles y hierbas contemporáneas del cuerpo; ha sido quizás en un cuadro, tan idílica y

legible es la memoria que conservo de ti. No sé cuándo ha sucedido esto, o si realmente ha sucedido –porque puede ser que no te viese ni en un cuadro- pero sé con todo el sentimiento de mi inteligencia que ése ha sido el momento más sosegado de mi vida.

Venías, boyerita leve, al lado de un buey manso y enorme, calmosos por el trazo ancho de la carretera. Desde lejos -me parece- os vi, y llegasteis junto a mí y pasasteis. Pareciste no reparar en mi presencia. Ibas lenta y guardadora descuidada del buey grande. Tu mirada se había olvidado de recordar y tenía un gran claro de vida del alma; te había abandonado la conciencia de ti misma. En aquel momento no eras nada más que un (...)

Al verte, recordé que las ciudades cambian pero los campos son eternos. Llaman bíblicos a las piedras y a los montes porque son los mismos, del mismo modo que debieron ser los de los tiempos bíblicos.

Es en la silueta pasajera de tu figura anónima donde pongo toda la evocación de los campos, y toda la calma que nunca he tenido me llega al alma cuando pienso en ti. Tu andar tenía un balanceo leve, un ondular indefinible, /en cada gesto tuyo se posaba la idea de un ave; tenias enredaderas invisibles enroscadas al (...) de tu busto. Tu silencio -era la caída de la tarde, y balaba un cansancio de rebaños, cencerreando, por las cuestas /pálidas/ de la hora-, tu silencio era el canto del último pastor que, por olvidado de una égloga nunca escrita por Virgilio, se quedó eternamente encantado, y se eterniza en los campos, silueta. Era posible que estuvieses sonriendo; para ti tan sólo, para tu alma, viéndote a ti en tu idea, sonriendo. Pero tus labios estaban tranquilos como el perfil de los montes; y el gesto, que no recuerdo, de tus manos rústicas enguirnaldado con flores de los campos.

Ha sido en un cuadro, sí, donde te he visto. ¿Pero de dónde me viene esta idea de que te vi acercarte y pasar a mi lado y yo seguir, sin volverme para atrás para estar viéndote siempre todavía? Se detiene el Tiempo para dejarte pasar, y yo te amo cuando quiero colocarte en la vida en la semejanza de la vida.

253

Siempre habrá lucha en este mundo, sin decisión ni victoria, entre el que ama lo que no hay porque existe, y el que ama lo que hay porque no existe. Siempre, siempre, existirá el abismo entre el que reniega de lo mortal porque es mortal y el que ama lo mortal porque desearía que nunca muriese. Me veo aquel que fui en la infancia, en aquel momento en que mi barco regalado se volcó en el estanque de la quinta, y no hay filosofías que substituyan a aquel momento, ni razones que me expliquen por qué sucedió. Me acuerdo, y vivo; ¿qué vida mejor tienes tú para darme?

-Ninguna, ninguna, porque yo también recuerdo.

¡Ah, me acuerdo bien! Era en la quinta antigua y a la hora de la velada; después de coser y hacer punto, llegaba el té, y las tostadas, y el sueño bueno que yo había de dormir. Dame esto otra vez, tal cual era, con el reloj tictaqueando al fondo, y guárdate para ti todos los Dioses. ¿Qué es para mí un Olimpo que no me sabe a las tostadas del pasado? ¿Qué tengo yo que ver con unos dioses que no tienen mi reloj antiguo?

Tal vez todo sea símbolo y sombra, pero no me gustan los símbolos y no me gustan las sombras. Restitúyeme el pasado y guárdate la verdad. Dame otra vez la infancia y llévate contigo a Dios.

-¡Tus símbolos! Sí lloro de noche, como un niño que tiene miedo, ninguno de tus símbolos viene a acariciarme el hombro y a arrullarme hasta que me duerma. Si me pierdo en el camino, tú no tienes una Virgen María mejor que venga a cogerme de la mano. Me dan frío tus trascendencias. Quiero un hogar en el Más Allá. ¿Crees que alguien tiene en el alma sed de metafísicas o de misterios o de altas verdades?

-¿De qué es de lo que se tiene sed en esa alma?

-De algo como todo lo que ha sido nuestra infancia. De los juguetes muertos, de las tías viejas idas. Esas cosas son las que son la realidad, aunque se hayan muerto. ¿Qué tiene que ver conmigo lo Inefable?

-Una cosa... ¿Has tenido unas tías viejas, y una quinta antigua y un té y un reloj?

-No lo he tenido. Me gustaría haberlo tenido. ¿Y tú has vivido a la orilla del mar?

-Nunca. ¿No lo sabias?

-Lo sabia, pero creía. ¿Por qué no creer en lo que se supone?

-¿No sabes que éste es un diálogo en el jardín del Palacio, un interludio lunar, una función en la que nos entretenemos mientras las horas pasan para los demás?

Claro que sí, pero yo estoy razonando..

-Está bien: yo no. El raciocinio es la peor especie del sueño, porque es la que nos transporta al sueño la regularidad de la vida que no existe, es decir, es doblemente nada.

-¿Pero qué quiere decir eso?

(Poniéndole la mano en el otro hombro, y envolviéndole en un abrazo.) -Ay, hijo mío, ¿qué quiere decir nada?

254

Todos los días suceden en el mundo cosas que no se explican por las leyes que conocemos de las cosas. Todos los días, habladas durante un momento, se olvidan, y el mismo misterio que las ha traído se las lleva, convirtiéndose el secreto en olvido. Tal es la ley de lo que tiene que ser olvidado porque no puede ser explicado. A la luz del sol, continúa siendo normal el mundo visible. El ajeno nos acecha desde la sombra.

255

¿Dónde está Dios, aunque no exista? Quiero rezar y llorar, arrepentirme de crímenes que no he cometido, disfrutar de ser perdonado por una caricia no propiamente maternal.

Un regazo para llorar, pero un regazo enorme, sin forma, espacioso como una noche de verano, y sin embargo cercano, caliente, femenino, al lado de cualquier fuego... Poder llorar allí cosas impensables, faltas que no sé cuales son, ternuras de cosas inexistentes, y grandes dudas crispadas de no sé qué futuro...

Una infancia nueva, un ama vieja otra vez, y una cama pequeña donde acabe por dormirme, entre cuentos que arrullan, mal oídos, con una atención que se pone tibia, de rayos que penetraban en jóvenes cabellos rubios como el trigo.. .Y todo esto muy grande, muy eterno, definitivo para siempre, de la estatura única de Dios, allá en el fondo triste y somnoliento de la realidad última de las cosas...

Un regazo o una cuna o un brazo caliente alrededor de mi cuello... Una voz que canta bajo y parece querer hacerme llorar... El ruido de la lumbre en el hogar... Un calor en el invierno... Un extravío suave de mi conciencia... Y después, sin ruido, un sueño tranquilo en un espacio enorme, como la luna rodando entre estrellas...

Cuando pongo aparte mis [...] y coloco en un rincón, con un cuidado lleno de cariño -con ganas de darles besos- mis juguetes, las palabras, las imágenes, las frases -¡me quedo tan pequeño y tan inofensivo, tan solo en un cuarto tan grande y tan triste, tan profundamente triste!...

Después de todo, ¿quién soy yo cuando no juego? Un pobre huérfano abandonado en las calles de las sensaciones, tiritando de frío en las esquinas de la Realidad, teniendo que dormir en los escalones de la Tristeza y que comer el pan regalado de la Fantasía. De un padre sé el nombre; me han dicho que se llama Dios, pero el nombre no me da idea de nada. A veces, de noche, cuando me siento solo, le

llamo y lloro, y me hago una idea de él a la que poder amar... Pero después pienso que no le conozco, que quizá no sea así, que quizá no sea nunca ese padre de mi alma...

¿Cuándo se terminará todo esto, estas calles por las que arrastro mi miseria, y estos escalones donde encojo mi frío y siento las manos de la noche entre mis harapos? Si un día viniese Dios a buscarme y me llevase a su casa y me diese calor y afecto... A veces pienso esto y lloro con alegría al pensar que puedo pensarlo... Pero el viento se arrastra por la calle y las hojas caen en la acera... Alzo los ojos y veo las estrellas que no tienen ningún sentido... Y de todo esto apenas quedo yo, un pobre niño abandonado, que ningún Amor quiso por hijo adoptivo, ni ninguna Amistad por compañero de juegos.

Tengo mucho frío. Estoy tan cansado en mi abandono. Ve a buscar, oh Viento, a mi Madre. Llévame por la Noche a la casa que no he conocido... Vuelve a darme, oh Silencio [...], mi alma y mi cuna y mi canción con que me dormía.

256

Nunca duermo: vivo y sueño o mejor dicho, sueño en vida y al dormir, que también es vida. No hay interrupción en mi conciencia: siento lo que me rodea si todavía no duermo, o si no duermo bien; entro luego a soñar desde que duermo de verdad. Así, lo que soy es un perpetuo desenrollarse de imágenes, conexas o inconexas, que fingen siempre que son exteriores, unas situadas entre los hombres y la luz si estoy despierto, otras situadas entre los fantasmas y la sin-luz que se ve, si estoy durmiendo. Verdaderamente, no sé cómo distinguir una cosa de la otra, ni oso afirmar si no duermo cuando estoy despierto, si no estoy despertando cuando duermo.

La vida es un ovillo que alguien ha enmarañado. Hay un sentido en ella, si estuviera desenrollada y puesta a lo largo, o bien enrollada. Pero, tal como está, es un problema sin ovillo propio, un embrollarse sin donde.

Siento esto, que después escribiré, puesto que ya voy soñando las frases a decir, cuando, a través de la noche de medio-dormir, siento, juntamente con los paisajes de sueños vagos, el ruido de la lluvia allá fuera, haciéndomelos más vagos todavía. Son adivinos de lo vacuo, trémulos de abismo, y a través de ellos resbala, inútil, el plañir exterior de la lluvia constante, minucia abundante del paisaje del oído. ¿Esperanza? Nada. Del cielo invisible baja en son de duelo agua que un viento alza. Continúo durmiendo.

Era, sin duda, en las alamedas del parque donde sucedió la tragedia de que ha resultado la vida. Eran dos y bellos y deseaban ser otra cosa; el amor se les retrasaba en el tedio del futuro, y la nostalgia de lo que habría de ser venia ya siendo hija del amor que no habían disfrutado. Así, al claro de luna de los bosques cercanos, pues a través de ellos se filtraba la luna, se paseaban, de la mano, sin deseos ni esperanzas, a través del desierto propio de los paseos abandonados. Eran completamente niños, pues no lo eran de verdad. De paseo en paseo, siluetas entre árbol y árbol, recorrían sin papel recortado aquel escenario de nadie. Y así desaparecieron por el lado de los estanques, cada vez más juntos y separados, y el ruido de la vaga lluvia que cesa es el de los surtidores de hacia donde iban. Soy el amor que disfrutaron y por eso lo sé oír en la noche en que no duermo, y también sé vivir desgraciado.

2-5-1937

257

Tener un puro caro y los ojos cerrados es ser rico.

Como quien visita un lugar donde ha pasado la juventud, consigo, con un cigarro barato, regresar entero al lugar de mi vida en que mi costumbre era fumarlos. Y a través del sabor leve del humo todo lo pasado /me revive/.

Otras veces será cierto dulce. Un simple bombón de chocolate me destroza a veces los nervios con el exceso de recuerdos que los estremece. ¡La infancia! Y entre mis dientes que se clavan en la masa oscura y blanda, parto y /saboreo/ mis humildes felicidades de compañero alegre del soldado de plomo, del caballero congruente con la caña casual que era mi caballo. Me suben las lágrimas a los ojos y se mezcla con el olor a chocolate mi sabor a mi felicidad pasada, mi infancia ida, y pertenezco voluptuosamente a la suavidad de mi dolor.

No por sencillo es menos solemne este ritual mío del paladar.

Pero es el humo del cigarro el que más espiritualmente me reconstruye momentos pasados. Apenas roza mi conciencia de tener paladar. Por eso más [...] me evoca las horas que he muerto, más lejanas las hace presentes, más nebulosas cuando me envuelven, más etéreas cuando las materializo. Un cigarro mentolado, un puro trivial, embriagan de familiaridad algunos momentos míos. Con qué sutil plausibilidad de sabor- aroma reconstruyo los escenarios y presto otra vez las [...] de un pasado, tan siglo dieciocho siempre debido al alejamiento malicioso y cansado, tan medievales siempre debido a lo inevitablemente perdido.

¿1914?

258

Es la última muerte del Capitán Nemo. En breve, moriré también.

Ha sido toda mi infancia pasada la que en este momento ha quedado privada de poder durar.

(transformation of Sherlock Holmes article)
should it be done?

259

Como hay quien trabaja por tedio, escribo a veces por no tener qué decir. El devaneo en que naturalmente se pierde quien no piensa, me pierdo yo en él por escrito, pues sé soñar en prosa. Y hay mucho sentimiento sincero, mucha emoción legítima que saco de no estar sintiendo.

Hay momentos en que la vacuidad de sentirse vivir llega a tener el espesor de algo positivo. En los grandes hombres de acción, que son los santos, puesto que actúan con la emoción entera y no sólo con parte de ella, este sentimiento de que la vida no es nada conduce al infinito. Se enguirnaldan de noche y de astros, se ungen de silencio y de soledad. En los grandes hombres de inacción, a cuyo número humildemente pertenezco, el mismo sentimiento conduce a lo infinitesimal; se estiran las sensaciones, como elásticos, para ver los poros de su falsa continuidad floja.

Y unos y otros, en estos momentos, aman al sueño, como el hombre vulgar que no actúa ni deja actuar, mero reflejo de la existencia genérica de la especie humana. Sueño es la fusión con Dios, el Nirvana, sea en las definiciones lo que fuese; sueño es el análisis lento de las sensaciones, sea usado como una ciencia atómica del alma, sea dormido como una música de la voluntad, anagrama lento de la monotonía.

Escribo demorándome en las palabras, como por escaparates donde no veo, y son medio-sentidos, casi-expresiones lo que me queda, como colores de tejidos que no he visto lo que son, armonías exhibidas compuestas de no sé qué objetos. Escribo arrullándome, como una madre loca a un hijo muerto.

Me encontré en este mundo cieno día, que no sé cuál fue, y hasta allí, desde que evidentemente nací, había vivido sin sentir. Si pregunté donde estaba, todos me engañaron, y todos se contradecían. Si pedí que me dijesen lo que haría, todos me hablaron con falsedad, y cada uno me dijo una cosa suya. Si, de no saber, me paré en el camino, todos se pasmaron de que no siguiese hacia donde nadie sabía lo que había, o no me volviese para atrás -yo, que, despierto en la encrucijada, no sabía de dónde había venido. Vi que estaba en escena y no sabía el papel que los demás recitaban en seguida, sin saberlo tampoco. Vi que estaba vestido de paje, y no me habían dado la reina, y me culpaban de no tenerla. Vi que tenía en las manos el mensaje que entregar, y cuando les dije que el papel estaba en blanco, se rieron de mí. Y todavía no sé si se rieron porque todos los papeles estaban en blanco o porque todos los mensajes se adivinan.

Por fin, me senté en la piedra de la encrucijada como al hogar que me ha faltado. Y empecé, a solas conmigo, a hacer barcos de papel con la mentira que me habían dado. Nadie quiso creerme, ni por mentiroso, y no tenía yo un lago con el que probar la verdad.

Palabras ociosas, perdidas, metáforas sueltas, que una vaga angustia encadena a sombras... Vestigios de mejores horas, vividas no sé dónde en alamedas... Lámpara apagada cuyo oro brilla en la oscuridad por la memoria de la extinguida luz... Palabras dadas, no al viento, sino al suelo, dejadas ir por los dedos sin avaricia, como hojas secas que en ellos hubiesen caldo de un árbol invisiblemente infinito... Nostalgia de los estanques de las quintas ajenas... Ternura de lo nunca sucedido...

¡Vivir! ¡Vivir! Y la sospecha al menos, de si acaso en el lecho de Proserpina habría de dormirme bien.

10-3-1931.

260

Releo en una de estas somnolencias sin sueño, en que nos entretenemos inteligentemente sin la inteligencia, algunas de las páginas que formarán, todas juntas, mi libro de impresiones sin nexo. Y de ellas me sube, como un olor de cosa conocida, una impresión desierta de monotonía. Siento que, incluso al decir que soy siempre diferente, he dicho siempre lo mismo; que soy más análogo a mí mismo que lo que querría confesar; que, a fin de cuentas, no he tenido la alegría de ganar ni la emoción de perder. Soy una ausencia de saldo de mí mismo, sin un equilibrio involuntario que me desoía y debilita.

Todo cuanto he escrito es pardo. Se diría que mi vida, incluso la mental, es un día de lluvia lenta, en que todo es desacontecimiento y penumbra, privilegio vacío y razón olvidada. Me desolo a seda rota. Me desconozco a luz y tedio.

Mi esfuerzo humilde, de siquiera decir quién soy, de registrar, como una máquina de nervios, las impresiones mínimas de mi vida subjetiva y aguda, todo esto se me ha vaciado como un balde en el que hubiesen tropezado, y se derramó por la tierra como el agua de todo. Me he fabricado con pinturas falsas, he resultado a imperio de trampa. Mi corazón, a quien fié los grandes acontecimientos de la prosa vivida, me parece hoy, escrito en la distancia de estas páginas releídas con otra alma, una bomba de huerto de provincias, instalada por instinto y maniobrada por servicio. He naufragado sin tormenta en un mar en el que se puede estar de pie.

Y pregunto a lo que me queda de consciente en esta serie confusa de intervalos entre cosas que no existen, de qué me ha servido llenar tantas páginas de frases en las que he creído como mías, de emociones que he sentido como pensadas, de banderas y pendones que son, al final, papeles pegados con saliva por la hija del mendigo debajo de los aleros.

Pregunto a lo que me queda de mi a qué vienen estas páginas inútiles, consagradas a la basura y al extravío, perdidas antes de ser entre los papeles rotos del Destino.

Pregunto y prosigo. Escribo la pregunta, la envuelvo en nuevas frases, desmadejada de nuevas emociones. Y mañana volveré a escribir, en la secuencia de mi libro estúpido, las impresiones diarias de mi desconvencimiento con frío.

Sigan, tales como son. Jugado el dominó, y ganado el juego, o perdido, las fichas se ponen bocabajo y el juego terminado es negro.

261

y los crisantemos debilitan su vida exhausta en jardines apenumbrados de encerrarlos.

la lujuria japonesa de tener evidentemente sólo dos dimensiones.

la existencia en colores sobre transparencias empañadas de las figuras japonesas de las tazas.

una mesa puesta para un té discreto -mero pretexto para conversaciones completamente inútiles- ha tenido siempre para mí algo de ente e individualidad con alma. ¡Forma, como un organismo, un todo sintético! Que no es la pura suma de las partes (que lo componen).

262

Nunca dejo saber a mis sentimientos lo que voy a hacerles sentir... Juego con mis sensaciones como una princesa llena de tedio con sus grandes gatos prontos y crueles...

Cierro súbitamente puertas, dentro de mí, por donde ciertas sensaciones iban a pasar para realizarse. Retiro bruscamente de su camino los objetos espirituales que les van a marcar ciertos gestos.

Pequeñas frases sin sentido, metidas en las conversaciones que suponemos estar manteniendo, afirmaciones absurdas hechas con [...] de otras que ya no significan nada de por sí.

-Su mirada tiene algo de música tocada a bordo de un barco, en la mitad misteriosa de un río con florestas en la margen opuesta...

-No diga que es fría una noche de luna. Abomino las noches de luna... Hay quien suele realmente tocar música las noches de luna...

-Eso también es posible... Y es lamentable, claro está... Pero su mirada tiene realmente el deseo de ser nostálgica de algo...

Le falta el sentimiento que expresa... Encuentro en la falsedad de su expresión una cantidad de ilusiones que he tenido...

-Crea que siento a veces lo que digo, y hasta, a pesar de ser mujer, lo que digo con la mirada...

-¿No está siendo cruel para consigo misma? ¿Sentimos realmente lo que pensamos que estamos sintiendo? Esta conversación nuestra, por ejemplo, ¿tiene visos de realidad? No los tiene. En una novela no seria admitida.

-Con mucha razón... Yo no tengo la absoluta seguridad de estar hablando con usted, fíjese... A pesar de ser mujer, me he impuesto el deber de ser estampa de un libro de impresiones de un dibujante loco... Tengo en mi detalles exageradamente claros... Da un poco, lo sé bien, la impresión de una realidad excesiva y un poco forzada... Me parece que la única cosa digna de una mujer contemporánea es este ideal de ser una estampa. Cuando yo era niña creía ser la reina de un naipe cualquiera de una baraja antigua que había en mi casa... Encontraba ese oficio de una heráldica realmente compasiva... Pero cuando se es niño, se tienen aspiraciones morales de éstas... Sólo después, en la edad en que todas nuestras aspiraciones son inmorales, es cuando pensamos en eso en serio...

-Yo, como nunca les hablo a los niños, creo en su instinto artístico... Sabe, mientras estoy hablando, ahora mismo, estoy queriendo penetrar el Intimo sentido de esas cosas que me estaba diciendo... ¿Me perdona?

-No del todo... Nunca se debe invadir los sentimientos que los demás fingen que tienen.

Son siempre demasiado íntimos... Crea que me duele realmente estar haciéndole estas confidencias íntimas que, si bien todas ellas son falsas, representan verdaderos jirones de mi pobre alma... En el fondo, créame, lo que somos de más doloroso es lo que no somos realmente, y nuestras mayores tragedias suceden en la idea que nos hacemos de nosotros.

-Eso es tan verdadero... ¿Para qué decirlo? Me ha ofendido.¿Por qué privar a nuestra conversación de su irrealidad constante? Así es casi una conversación posible, mantenida junto a una mesa de té, entre una mujer linda y un imaginador de sensaciones.

-Sí, si... Ahora me toca a mi pedir perdón... Pero mire que yo estaba distraída y no me di cuenta en realidad de que había dicho una cosa justa... Cambiemos de asunto... ¡Qué tarde que es siempre! No vuelva a enfadarse... Mire que esta frase mía no tiene absolutamente ningún sentido...

-No me pida disculpas, no se fije en que estamos hablando... Toda buena conversación debe ser un monólogo de dos... Debemos, al final, no poder tener la seguridad de si hemos conversado realmente con alguien o si hemos imaginado totalmente la conversación... Las mejores y más íntimas conversaciones, y sobre todo las menos moralmente instintivas, son aquellas que los novelistas mantienen entre dos personajes de sus novelas... Por ejemplo...

-¡Por el amor de Dios! Seguro que no iba a citarme un ejemplo... Eso sólo se hace en las gramáticas; no sé si recuerda que hasta nunca los leemos.

-¿Ha leído alguna vez una gramática?

-Yo, nunca. Siempre he tenido una aversión profunda a saber cómo se dicen las cosas... Mi única simpatía, en las gramáticas, era para las excepciones y para los pleonasmos... Escapar a las reglas y decir cosas inútiles resume bien la actitud esencialmente moderna. ¿No es así como se dice?

-Absolutamente... Lo más antipático que hay en las gramáticas (¿ya se ha fijado en la deliciosa imposibilidad de que estemos hablando de este asunto?), lo más antipático que hay en las gramáticas es el verbo, los verbos... Son las palabras que dan sentido a las frases... Una frase decente debe poder tener siempre varios sentidos... ¡Los verbos! Un amigo mío que se suicidó -cada vez que mantengo una conversación un poco larga suicido a un amigo- había tratado de dedicar toda su vida a destruir los verbos...

-(Por qué se suicidó?)

-Espere, todavía no lo sé... Pretendía descubrir y fijar la manera de no completar las frases sin parecer hacerlo. Solía decirme que buscaba el microbio de la significación... Se suicidó, claro está, porque un día se dio cuenta de la responsabilidad enorme que iba a echarse encima. La importancia del problema acabó con su cerebro... Un revólver...

-Ah, no... Eso de ninguna manera... ¿No ve que no podía ser un revólver?...

Un hombre de esos nunca se pega un tiro en la cabeza... Usted se entiende poco con los amigos que nunca ha tenido... Es un defecto grande, ¿sabe?... Mi mejor amiga: una chica deliciosa que yo he inventado.

-¿Se llevan bien?

-Hasta donde es posible... Pero esa chica, no se imagina, (...)

Las dos criaturas que estaban a la mesa de té no mantuvieron con seguridad esta conversación. Pero estaban tan arregladas y bien vestidas que era una pena que no hablasen así... Por eso he escrito esta conversación para que la hayan tenido... Sus actitudes, sus pequeños gestos, sus niñerías de miradas y sonrisas en los momentos de la conversación que ambos mantuvimos en el sentimiento de existir dijeron claramente lo que falsamente finjo que respondo... Cuando un día vayan ambos, y sin duda casados, cada uno para su lado [...] si por acaso mirasen estas páginas, crea que reconocerán lo que nunca dijeron y que no dejarán de estarme agradecidos por haber interpretado tan bien, no sólo lo que realmente son, sino lo que nunca desearon ser ni sabían que eran...

Si me leen, crean que fue esto lo que realmente dijeron. En la conversación aparente que escucharon el uno al otro faltaban tantas cosas que (...) -faltó el perfume del momento, el aroma del té, la significación para el asunto del ramo de (...) que ella llevaba al pecho... Todo eso, que así formó

parte de su conversación, se olvidan de decirlo... Pero todo esto estaba allí y lo que yo hago es, más que un trabajo literario, un trabajo de historiador. Reconstruyo completando... y eso me servirá de disculpa, con ellos, de haber estado escuchándoles tan atentamente lo que no decían y no querían decir.

263

[Las] sens[aciones] nacen analizadas.

Afinamiento entre la sensación y la c[onciencia] de ella, no entre la sens[ación] y el «hecho».

Regla de vida: someterse a todo servil[mente]. El matrimonio, bueno por artificial. -El artificio y lo absurdo es el signo de lo /humano/.

264

Cuando vivimos constantemente en lo abstracto -ya sea lo abstracto del pensamiento, ya sea lo de la sensación pensada-, no tardan, contra nuestro mismo pensamiento o deseo, en volvérsenos fantasmas las cosas de la vida real que, de acuerdo con nosotros mismos, más deberíamos sentir.

Por más amigo, y verdaderamente amigo, que yo sea de alguien, el saber que está enfermo, o que ha muerto, no me produce más que una impresión vaga, incierta, apagada, que me avergüenzo de sentir. Sólo la visión directa del caso, su paisaje, me producirla emoción. A fuerza de vivir de imaginar, se gasta el poder de imaginar, sobre todo el de imaginar lo real. Viviendo mentalmente de lo que no existe ni puede existir, acabamos por no poder pensar en lo que puede existir.

Me han dicho hoy que había ingresado en el hospital, para ser operado, un viejo amigo mío al que no veo hace mucho tiempo, pero al que sinceramente recuerdo siempre con lo que supongo que es nostalgia. La única sensación positiva y clara que he tenido ha sido la del fastidio que forzosamente me producirla tener que ir a visitarlo, con la alternativa irónica de, no teniendo paciencia para hacer la visita, arrepentirme de no haberla hecho.

Nada más... De tanto andar con sombras, yo mismo me he convertido en una sombra -en lo que pienso, en lo que siento,en lo que soy. La añoranza de lo normal que nunca he sido entra pues en la substancia de mi ser. Pero es sin embargo esto, y sólo esto, lo que siento. No me da propiamente pena del amigo que va a ser operado. No me da propiamente pena de todas las personas que van a ser operadas, de todos cuantos sufren y padecen en este mundo. Siento pena, tan sólo, de no saber ser quien sintiese pena.

Y, en un momento, estoy pensando en otra cosa, inevitablemente, debido a un impulso que no sé lo que es. Y entonces, como si estuviese delirando, se me mezcla con lo que no he llegado a sentir, con lo que he podido ser, un rumor de árboles, un ruido de agua que corre hacia los estanques, una quinta inexistente... Me esfuerzo por sentir, pero ya no sé cómo se siente. Me he vuelto la sombra de mi mismo, a la que entregase mi ser. Al contrario de aquel señor Peter Schlemil del cuento alemán, no he vendido mi sombra al diablo, sino mi substancia. Sufro de no sufrir. ¿Vivo o finjo que vivo? ¿Duermo o estoy despierto? Una vaga brisa, que sale fresca del calor del día, me hace olvidarlo todo. Me pesan los párpados agradablemente... Siento que este mismo sol dora los campos en los que no estoy y en los que no quiero estar... De en medio de los ruidos de la ciudad sale un gran silencio... ¡Qué suave! ¡Pero qué suave, quizá, si yo pudiese sentir!

19-6-1934.

265

Una de las grandes tragedias de mi vida -aunque de esas tragedias que suceden en la sombra y en el subterfugio- es la de no poder sentir nada naturalmente. Soy capaz de amar y odiar, como todos, de, como todos, desconfiar y entusiasmarme; pero ni mi amor, ni mi odio, ni mi recelo, ni mi entusiasmo son exactamente esas cosas que son. O les falta algún elemento o les sobra alguno. La verdad es que son cualquier otra cosa, y lo que siento no se ajusta a la vida.

En los espíritus llamados calculadores -y la palabra está muy bien traída-, los sentimientos sufren la delimitación del cálculo, del escrúpulo egoísta, y parecen otros. En los espíritus propiamente escrupulosos, se nota la misma dislocación de los instintos naturales. En mí se nota la misma perturbación de la conveniencia del sentimiento, pero no soy calculador, ni soy escrupuloso. No tengo disculpa para sentir mal. Por instinto, desnaturalizo los instintos. Sin querer, quiero equivocadamente.

266

La vida puede ser sentida como una náusea en el estómago; la existencia de la propia alma, como una molestia muscular. La desolación del espíritu, cuando se la siente agudamente, produce mareas, desde lejos, en el cuerpo, y duele por delegación.

Soy consciente de mí en un día en que el dolor de ser consciente es, como dice el poeta,

> languidez, mareo
> y angustioso afán.

16-7-1930.

267

Pienso a veces con una satisfacción (en bisección) en la posibilidad futura de una geografía de nuestra conciencia de nosotros mismos. A mi modo de ver, el historiador futuro de nuestras propias sensaciones podrá quizá reducir a una ciencia exacta su actitud para con su conciencia de su propia alma. De momento, estamos en el principio de este arte difícil -arte todavía; química dc las sensaciones en su estado alquímico por ahora. Este científico de pasado mañana sentirá un escrúpulo especial por su propia vida interior. Creará de si mismo el instrumento de precisión para reducirla a analizada. No veo dificultad esencial en fabricar un instrumento de precisión, para uso autoanalítico, con aceros y bronces sólo del pensamiento. Me refiero a aceros y bronces realmente aceros y bronces, pero del espíritu. Y tal vez así mismo deba ser construido. Será quizá preciso concertar la idea de un instrumento de precisión, viendo materialmente esa idea, para poder proceder a un riguroso análisis intimo. Y naturalmente será necesario reducir también el espíritu a una especie de materia real con una especie de espacio en el que existe. Depende todo esto del aguzamiento extremo de nuestras sensaciones interiores, que llevados hasta donde pueden ser, sin duda revelarán, o crearán, en nosotros un espacio real como el espacio que existe donde están las cosas de la materia, y que, además, es irreal como cosa.

Ni siquiera sé si este espacio interior no será tan sólo una nueva dimensión del otro. Tal vez la investigación científica del futuro venga a descubrir que todo son dimensiones del mismo espacio, ni material ni espiritual por eso. En una dimensión viviremos como cuerpo; en otra viviremos como alma. Y hay quizás otras dimensiones donde vivimos otras cosas igualmente reales de nosotros. Me gusta a veces dejarme poseer por la meditación inútil del punto hasta donde esta investigación puede llevar.

Tal vez se descubra que aquello a lo que llamamos Dios, y que tan patentemente está en otro plano que no la lógica o la realidad espacial y temporal, es un modo nuestro de existencia, una sensación de nosotros mismos en otra dimensión del ser. Esto no me parece imposible. Los sueños también serán tal vez o también otra dimensión en que vivimos, o un cruce de dos dimensiones; como un cuerpo vive en la altura, en la anchura y en la longitud, nuestros sueños, quién sabe, vivirán en lo ideal, en el yo y en el espacio. En el espacio, por su representación visible; en lo ideal, por su presentación de otro género que la de la materia; en el yo, por su íntima dimensión de nuestros. El propio Yo, el de cada uno de nosotros, es quizás una dimensión divina. Todo es complicado y a su tiempo, sin duda, será aclarado. Los soñadores actuales son tal vez los grandes precursores de la ciencia final del futuro. Pero eso no viene al caso.

Hago a veces metafísica de éstas, con la atención escrupulosa y respetuosa de quien trabaja de veras y hace ciencia. Ya he dicho que hasta es posible que esté haciéndola realmente. Lo esencial es que yo no me enorgullezca mucho de esto, dado que el orgullo es perjudicial para la exacta imparcialidad de la precisión científica.

268

Las cosas más sencillas, más verdaderamente sencillas, que nada puede convertir en semi-sencillas, me las torna complicadas el vivirlas. Dar a alguien los buenos días me intimida a veces. Se me seca la voz, como si hubiese una audacia extraña en decir esas palabras en voz alta. Es una especie de pudor de existir -/¡no tiene otro nombre!/

El análisis temperamental de nuestras sensaciones crea un modo nuevo de sentir que parece artificial a quien analiza sólo con la inteligencia, y no con la propia sensación.

Toda la vida he sido fútil metafísicamente, serio jugando. Nada he hecho en serio, por más que quisiese. Se ha divertido conmigo, en mí, un destino /mordaz/.

¡Tener sensaciones de etamina, o de seda, o de brocado! ¡Tener emociones descriptibles de esta manera! ¡Tener emociones descriptibles!

Sube por mí, en el alma, un arrepentimiento que es un Dios por todo, una pasión sorda de lágrimas por la condenación de los sueños en la carne de quienes los soñaron.., Y odio sin odio a todos los poetas que han escrito versos, /a todos los idealistas que han hecho ver su ideal, a todos los que han conseguido lo que querían/.

Vagabundeo indefinidamente por las calles tranquilas, ando hasta cansar al cuerpo de acuerdo con el alma, me duele hasta ese extremo del dolor conocido que experimenta un gozo en sentirse, una compasión maternal por sí mismo, que es musicada e indefinible.

¡Dormir! ¡Adormecerse! ¡Tranquilizarse! ¡Ser una conciencia abstracta de respirar sosegadamente, sin mundo, sin astros, sin alma -mar muerto de emoción que refleja una ausencia de estrellas!

269

... como un náufrago ahogándose a la vista de islas maravillosas, en aquellos mismos mares dorados de violeta de los que en lechos remotos había verdaderamente soñado.

Supongo que sea lo que llaman un decadente que haya en mí, como definición exterior de mi espíritu, esos centelleos tristes de una extrañeza postiza que incorporan en palabras inesperadas un alma ansiosa y malabar. Siento que soy así y que soy absurdo. Por eso busco, mediante una imitación de una hipótesis de los clásicos, figurar por lo menos en una matemática expresiva las sensaciones decorativas de mi alma substituida. A cierta altura de la cogitación escrita, ya no sé dónde tengo el centro de la atención -si en las sensaciones dispersas que procuro describir, como tapicerías desconocidas, si en las palabras con que, queriendo describir la propia descripción, me embreño, me

descamino y veo otras cosas-. Se forman en mí asociaciones de ideas, de imágenes, de palabras -todo lúcido y difuso-, y tanto estoy diciendo lo que siento como lo que supongo que siento; ni distingo lo que el alma sugiere de lo que las imágenes, que el alma ha dejado caer, me enfloran en el suelo, ni, incluso, si un sonido de palabra bárbara, o un ritmo de frase interpuesta, no me sacan del asunto ya confuso, de la sensación ya en vivero, y me absuelven de pensar y de decir, como grandes viajes para distraen Y todo esto, que, si lo repito, debería producirme una sensación de futilidad, de fracaso, de sufrimiento, no consigue sino darme alas de oro. Una vez que hablo de imágenes, tal vez porque fuese a condenar el abuso de ellas, me nacen imágenes; una vez que me yergo de mí para repudiar lo que no siento, lo estoy sintiendo ya y el propio repudio es una sensación con bordados; una vez que, perdida en fin la fe en el esfuerzo, me quiero abandonar al extravío, un término clásico, un adjetivo espacial y sobrio, me hacen de repente, como una luz solar, ver clara delante de mi la página escrita durmientemente, y las letras de mi tinta de la pluma son un mapa absurdo de signos mágicos. Y me dejo como a la pluma, y tercio la capa de reclinarme sin nexo, lejano, lejano, intermedio y súcubo, final como un náufrago ahogándose etc.

270

Volver puramente literaria la receptividad de los sentidos, y las emociones, cuando acaso se rebajan a aparecer; convertirlas en materia aparecida para con ella esculpir estatuas de palabras fluidas y [...]

271

... la acuidad dolorosa de mis sensaciones, incluso de las que sean de alegría; la alegría de la acuidad de mis sensaciones, aunque sean de tristeza.

272

Súbdito incoherente de todas las sensaciones que hieren más allá de la razón de ser de la herida1 celoso de todos los derechos de lo absurdo y de lo (...)

273

EDUCACIÓN SENTIMENTAL (¿)

Para quien hace del sueño la vida, y del cultivo en estufa de sus sensaciones una religión y una política, para ése, el primer paso, lo que acusa en el alma que ha dado el primer paso, es el sentir las cosas mínimas extraordinaria y desmedidamente. Éste es el primer paso, y el paso simplemente primero no es más que esto. Saber poner en el saboreo de una taza de té la voluptuosidad extremada que el hombre normal sólo puede encontrar en las grandes alegrías que proceden de la ambición súbitamente satisfecha por completo o de las añoranzas de repente desaparecidas, o bien en los actos carnales y finales del amor; poder encontrar en la visión de un ocaso o en la contemplación de un detalle decorativo esa exasperación de sentirlos que generalmente sólo puede producir, no lo que se ve o se oye, sino lo que se huele y se saborea -esa proximidad del objeto de la sensación que sólo las sensaciones carnales (el tacto, el gusto, el olfato) esculpen al llegar a la conciencia-; poder convertir la visión interior, el oído del sueño -todos los sentidos supuestos y de lo supuesto- en recibidores y tangibles como sentidos vueltos hacia lo exterior: escojo éstas, y supónganse las análogas, de entre las

sensaciones que el cultivador de sentirse logra, educado ya, espasmar para que den una noción concreta y próxima de lo que trato de decir.

El llegar, sin embargo, a este grado de sensación acarrea al amante de sensaciones el correspondiente peso o gravamen físico de que correspondientemente siente, con idéntica exasperación consciente, lo que de doloroso endosa de lo exterior, y a veces también de lo interior, sobre su momento de atención. Es cuando así constata que sentir excesivamente, si a veces es gozar en exceso, otras es sufrir con prolijidad, y porque lo constata, es por lo que el sonador es llevado a dar el segundo paso en su ascensión hacia sí mismo. Dejo aparte el paso que podrá o no dar, y que, según pueda o no darlo, determinará tal o tal otra actitud, manera de marchar, en los pasos que va dando, según pueda o no aislarse por completo de la vida real (si es rico o no-redunda en eso). Porque supongo comprendido en las entrelíneas de lo que narro que, según sea o no posible al soñador aislarse y darse a si, o no sea, con menor o mayor intensidad debe concentrarse sobre su obra de despertar morbosamente el funcionamiento de sus sensaciones de las cosas y de los sueños. Quien tiene que vivir entre los hombres, activamente y encontrándolos -y es realmente posible reducir al mínimo la intimidad que se ha de tener con ellos (la intimidad, y no el mero contacto, con gente, es lo que es perjudicial)-, tendrá que hacer helarse a su superficie de convivencia para que todo gesto fraternal y social a él dirigido resbale y no entre o no se imprima. Parece mucho esto, pero es poco. Los hombres son fáciles de alejar: basta con no aproximarnos. En fin, paso sobre este punto y vuelvo a lo que estaba explicando.

El crear una agudeza y una complejidad inmediata a las sensaciones más simples y fatales conduce, decía, si a aumentar inmoderadamente el placer que produce sentir, también a elevar con despropósito el sufrimiento que procede de sentir. Por eso el segundo paso del soñador deberá ser el evitar el sufrimiento. No deberá evitarlo como un estoico o un epicúreo de la primera manera: desnidificándose, porque así se endurecerá para el placer, lo mismo que para el dolor. Deberá, por el contrario, ir a buscar al dolor el placer, y pasar en seguida a educarse para sentir el dolor falsamente, es decir, a tener, al sentir el dolor, un placer cualquiera. Hay varios caminos hacia esa actitud. Uno es aplicarse exageradamente a analizar el dolor, habiendo preliminarmente dispuesto al espíritu, y ante el placer no analizar sino sólo sentir; es una actitud más fácil, para los superiores, claro, de lo que parece al decirla. Analizar el dolor y acostumbrarse a entregar al dolor siempre que aparece, y hasta que esto ocurra instintivamente, al análisis añade a todo dolor el placer de analizar. Una vez exagerado el poder y el instinto de analizar, su ejercicio lo absorbe pronto todo y del dolor sólo queda una materia indefinida para el análisis.

Otro método, más sutil éste y más difícil, es acostumbrarse a encarnar al dolor en una determinada figura ideal. Crear otro Yo que sea el encargado de sufrir en nosotros, de sufrir lo que sufrimos. Crear después un sadismo interior, todo masoquista, que disfrute su sufrimiento como si fuese el de otro. Este método -cuyo aspecto primero, leído, es de imposible- no es fácil, pero está lejos de presentar dificultades para los entrenados en la mentira interior. Pero es eminentemente realizable. Y entonces, una vez conseguido esto, qué sabor a sangre y a enfermedad, qué extraño amargor de gozo lejano y decadente, visten el dolor y el sufrimiento: doler se emparenta con el inquieto y enojoso auge de los espasmos. Sufrir, el sufrir largo y lento, tiene el amarillo intimo de la vaga felicidad de las convalecencias profundamente sentidas. Y un refinamiento consumido con desasosiego y enfermedad aproxima esa sensación compleja a la inquietud que causan los placeres con la idea de que huirán, y a la dolencia que los placeres sacan del antecansancio que nace de pensar en el cansancio que provocarán.

Hay un tercer método para sutilizar en placeres los dolores y hacer de las dudas y de las inquietudes un blando lecho. Es el dar a las angustias y a los sufrimientos, mediante una aplicación irritada de la atención, una intensidad tan grande que, por su propio exceso, traigan el placer del exceso, así como mediante la violencia sugieran, a quien por hábito y educación del alma al placer se consagra y dedica, el placer que duele porque es mucho placer, el gozo que sabe a sangre porque ha herido. Y cuando, como en mi -refinador que soy de refinamientos falsos, arquitecto que me construyo con

sensaciones sutilizadas a través de la inteligencia, de la abdicación de la vida, del análisis y del propio dolor-, los tres métodos son empleados juntamente, cuando un dolor, sentido inmediatamente, y sin demoras para la estrategia íntima, es analizado hasta la impasibilidad, situado en un Yo exterior hasta la tiranía, y enterrado en mí hasta el auge de ser dolor, entonces me siento yo verdaderamente el triunfador y el héroe. Entonces me para la vida, y el arte se arroja a mis pies.

Todo esto constituye solamente el segundo paso que el soñador debe dar hacia su sueño.

El tercer paso, el que conduce al umbral del Templo, ése ¿quién que no sea yo ha sabido darlo? Ése es el que cuesta porque exige aquel esfuerzo interior que es inmensamente más difícil que el esfuerzo en la vida, pero que ofrece compensaciones al alma que la vida nunca podrá ofrecer. Ese paso es, todo esto sucedido, todo esto total y conjuntamente hecho -sí, empleados los tres métodos sutiles y empleados hasta gastarlos-, pasar a la sensación inmediatamente a través de la inteligencia pura, filtrarla por el análisis superior para que se esculpa en forma literaria y adquiera volumen y relieve propio. Entonces la he fijado del todo. Entonces he convertido lo irreal en real y he ofrecido a lo inaccesible un pedestal eterno. Entonces he sido yo, dentro de mí, coronado Emperador.

Porque no creáis que escribo para publicar, ni para escribir ni para hacer arte siquiera. Escribo porque es el fin, el refinamiento supremo, el refinamiento temperamentalmente ilógico, (...) de mi cultivo de estados de alma. Si agarro una sensación mía y la deshilo hasta poder, con ella, tejerte a la realidad interior la que llamo La Floresta de la Enajenación, o el Viaje Nunca Hecho, creed que lo hago, no para que la prosa suene lúcida y trémula, o incluso para gozar yo con la prosa –aunque también eso quiero, también ese primor final añado, como un caer bello de telón en mis escenarios soñado, sino para que otorgue exterioridad completa a lo que es interior, para que así realice lo irrealizable, conjugue lo contradictorio y, volviendo al sueño exterior, le dé su máximo poder de puro sueño, estancador de la vida que soy, burilador de inexactitudes, paje doliente de mi alma Reina, leyéndole al crepúsculo, no los poemas que están en el libro, abierto encima de mis rodillas, de mi Vida, sino los poemas que voy construyendo y fingiendo que leo, y ella fingiendo que oye, mientras la Tarde, allá fuera no sé cómo o dónde, dulcifica sobre esta metáfora erguida dentro de mi en Realidad Absoluta la luz tenue y última de un misterioso día espiritual.

274

La leve embriaguez de la fiebre ligera, cuando un desconsuelo suave y penetrante y frío por los huesos doloridos y calientes en los ojos bajo las sienes que laten -a ese desconsuelo quiero como un esclavo a un tirano amado. Me da esa vencida pasividad trémula en la que entreveo visiones, vuelvo esquinas de ideas y entre interpolaciones de sentimientos /me desconcierto/.

Pensar, sentir, querer, se vuelven una sola cosa confusa. Las creencias, las sensaciones, las cosas imaginadas y las reales están desordenadas, son como el contenido mezclado en el suelo de varios cajones volcados.

¿1915?

275

Y así soy fútil y sensible, capaz de impulsos violentos y absorbentes, malos y buenos, nobles y viles, pero nunca de un sentimiento que subsista, nunca de una emoción que continúe, y entre hasta la substancia de mi alma. Todo en mi es la tendencia a ser inmediatamente otra cosa; una impaciencia del alma consigo misma, como un niño inoportuno; un desasosiego siempre creciente y siempre igual. Todo me interesa y nada me retiene.

Atiendo a todo soñando siempre; fijo los mínimos gestos faciales de con quien hablo, recojo las entonaciones milimétricas de sus decires expresados; pero, al oírlo, no lo escucho, estoy pensando en otra cosa, y lo que menos he captado de la conversación ha sido la noción de lo que en ella se ha dicho, por mi parte o por parte de con quien he hablado. Así, muchas veces repito a alguien lo que ya he repetido, le pregunto de nuevo aquello a lo que ya me ha respondido; pero puedo describir, en cuatro palabras fotográficas, el semblante muscular con que ha dicho lo que no recuerdo, o la inclinación de oír con los ojos con que ha acogido la narración que no recordaba haberle hecho. Soy dos, y ambos mantienen la distancia -hermanos siameses que no están pegados.

276

Más «pensamientos».

Día de Navidad. (Humanismo. La «realidad» de la Navidad es subjetiva. Sí, en mi ser. La emoción, como vino, ha pasado. Pero durante un momento he convivido con las esperanzas y las emociones de generaciones innumerables, con las imaginaciones muertas de todo un linaje muerto de místicos.

¡Navidad en mi)

277

Los sentimientos que más duelen, las emociones que más afligen, son los que son absurdos l ansia de cosas imposibles, precisamente porque son imposibles, la añoranza de lo que jamás ha existido, el deseo de lo que podría haber sido, la pena de no ser otro, la insatisfacción de la existencia del mundo. Todos estos mediostonos de la conciencia del alma crean en nosotros un paisaje dolorido, una eterna puesta de sol de lo que somos.

El sentirnos es entonces un campo desierto al oscurecer, triste de juncos al pie de un río sin barcos, negreando claramente entre márgenes alejadas.

No sé si estos sentimientos son una locura lenta del desconsuelo, si son reminiscencias de cualquier otro mundo en que hubiésemos estado -reminiscencias cruzadas y mezcladas, absurdas en la figura que vemos pero no en el origen silo supiésemos. No sé si han existido otros seres que fuimos, cuya mayor plenitud sentimos hoy, en la sombra de ellos que somos, de una manera incompleta-perdida la solidez y figurándonosla nosotros mal en las dos únicas dimensiones de la sombra que vivimos.

Sé que estos pensamientos de la emoción duelen con rabia en el alma. La imposibilidad de figurarnos una cosa a la que correspondan, la imposibilidad de encontrar algo que sustituya a aquella a la que se abrazan en una visión -todo esto pesa como una condena pronunciada no se sabe dónde, o por quién, o por qué.

Pero lo que queda de sentir todo esto es con seguridad un disgusto de la vida y de todos sus gestos, un cansancio anticipado de los deseos y de todas sus maneras, un disgusto anónimo de todos los sentimientos. En estas horas de angustia sutil se nos vuelve imposible, hasta en sueños, ser amante, ser héroe, ser feliz. Todo esto está vacío, hasta de la idea de que existe. Todo esto está dicho en otro lenguaje, para nosotros incomprensible, meros sonidos de sílabas sin forma en el entendimiento. La vida está hueca, el alma está hueca, el mundo está hueco. Todos los dioses mueren de una muerte mayor que la muerte. Todo está más vacío que el vacío. Es todo un caos de cosas ningunas.

Si pienso esto y miro, para ver si la realidad me mata de sed, veo casas inexpresivas, caras inexpresivas, gestos inexpresivos. Piedra, cuerpos, ideas -todo está muerto-. Todos los movimientos son paradas, la misma parada todos ellos. Nada me dice nada. Nada me es conocido, no porque lo extrañe sino porque no sé lo que es. Se ha perdido el mundo. Y en el fondo de mi alma -como única

realidad de este momento- hay una congoja intensa e invisible, una tristeza como el ruido de quien llora en un cuarto oscuro.

3-9-1931.

278

Un hálito de música o sueño, algo que haga casi sentir, algo que haga no pensar.

279

¡El peso de sentir! ¡El pesode tener que sentir!

¿1930?

280

... la hiperacuidad no sé si de las sensaciones, si de su sola expresión, o si, más propiamente, de la inteligencia que hay entre unas y otra y forma del propósito de expresar la emoción ficticia que existe sólo para ser expresada. (Tal vez no sea más en mí que la máquina de revelar quien no soy.)

281

La sensación de la convalecencia, sobre todo si se ha hecho sentir /malamente/ en los nervios de la enfermedad que la ha precedido, tiene algo de alegría triste. Hay un otoño en las sensaciones y en los pensamientos o, mejor dicho, uno de esos principios de primavera que, salvo que no caen hojas, parecen, en el aire y en el cielo, el otoño.

El cansancio sabe bien, y lo bien que sabe duele un poco. Nos sentimos un poco aparte de la vida, aunque en ella, como en el balcón de la casa de vivir. Somos contemplativos sin pensar, sentimos sin una emoción definible. La voluntad se tranquiliza, pues no hay necesidad de ella.

Es entonces cuando ciertos recuerdos, ciertas esperanzas, ciertos vagos deseos suben lentamente la rampa de la conciencia, como caminantes vagos vistos desde lo alto del monte. Recuerdos de cosas fútiles, esperanzas de cosas que no dolió que no fuesen, deseos que no tuvieron violencia de naturaleza o de emisión, que nunca pudieron querer sen

Cuando el día se ajusta a estas sensaciones, como hoy, que, aunque estío, está medio nublado con azules, y un vago viento por no ser caliente es casi frío, entonces se acentúa ese estado de alma en que pensamos, sentimos, vivimos estas impresiones. No es que sean más claros los recuerdos, las esperanzas, los deseos que teníamos. Pero se siente más, y la suma incierta pesa un poco, absurdamente, en el corazón.

Hay algo de lejano en mí en este momento. Estoy de verdad en el balcón de la vida, pero no exactamente de esta vida. Estoy por cima de ella, y viéndola desde donde la veo. Yace delante de mí, bajando en escalones y resbaladeros, como un paisaje diferente, hasta los humos que hay sobre las casas blancas de las aldeas del valle. Si cierro los ojos, continúo viendo, puesto que no veo. Si los abro, nada más veo, puesto que no veía. Soy todo yo una vaga añoranza del presente, anónima, prolija e incomprendida.

16-7-1932.

282

En mi, ha sido siempre menor la intensidad de las sensaciones que la intensidad de la conciencia de ellas. He sufrido siempre más con la conciencia de estar sufriendo que con el sufrimiento de que tenía conciencia.

La vida de mis emociones se mudó, desde su origen, a las salas del pensamiento, y allí he vivido siempre más ampliamente el conocimiento emotivo de la vida.

Y como el pensamiento, cuando alberga a la emoción, se vuelve más exigente con ella, el régimen de conciencia en que ha pasado a vivir lo que sentía me ha convertido en más cotidiana, más epidémica, más titilante, la manera como sentía.

283

Soy una de esas almas que las mujeres dicen que aman, y nunca reconocen cuando las encuentran; de ésas que, si ellas las reconocen, incluso así no las reconocerían. Sufro la delicadeza de mis sentimientos con una atención desdeñosa. Poseo todas las cualidades por las que son admirados los poetas románticos, incluso esa falta de esas cualidades mediante la cual se es /realmente/ poeta romántico. Me encuentro descrito (en parte) en varias novelas, como protagonista de varios enredos; pero lo esencial de mi vida, lo mismo que de mi alma, es no ser nunca protagonista.

No tengo una idea de mi mismo; ni la que consiste en una falta de idea de mi mismo. Soy un nómada de la conciencia de mi mismo. /Se descarriaron durante la lª. guardia los rebaños de mi riqueza intima./

La única tragedia es no poder concebirnos trágicos. He visto siempre claramente mi coexistencia con el mundo. Nunca he sentido con claridad mi falta de coexistir con él; por eso nunca he sido normal.

Hacer es descansar.

Todos los problemas son insolubles. La esencia de que haya un problema es que no hay una solución. Buscar un dato significa no haber un dato. Pensar es no saber existir.

284

MILÍMETROS (SENSACIONES DE COSAS MÍNIMAS)

Como el presente es antiquísimo, porque todo cuanto ha existido ha sido presente, tengo para todas las cosas, porque pertenecen al presente, cariños de anticuario, y furias de coleccionista precedido contra quien me saca de mis errores sobre las cosas con plausibles, y hasta verdaderas, explicaciones científicas y fundamentadas.

Las varias posiciones de una mariposa que vuela ocupa sucesivamente en el espacio son para mis ojos maravillados varias cosas que permanecen en el espacio visiblemente. Mis reminiscencias son tan vívidas que (...)

Pero sólo las sensaciones mínimas, y de cosas pequeñísimas, son las que vivo intensamente. Será por mi amor a lo fútil por lo que esto me sucede. Puede que sea por mi escrúpulo en el detalle. Pero más bien creo -no lo sé, estas cosas nunca las analizo- que es porque lo mínimo, por no tener en absoluto importancia ninguna social o práctica, tiene, debido a la mera ausencia de esto, una independencia absoluta de asociaciones sucias con la realidad. Lo mínimo me sabe a irreal. Lo inútil es bello porque es menos real que lo útil, que se continúa y prolonga, al paso que lo maravilloso fútil,

lo glorioso infinitesimal, se queda donde está, no pasa de ser lo que es, vive libre e independiente. Lo inútil y lo fútil abren en nuestra vida real intervalos de estática humilde. ¡Cuánto de sueño y amorosas delicias no me provoca en el alma la mera existencia insignificante de un alfiler clavado en una cinta! ¡Triste de quien no sabe la importancia que esto tiene!

Después, entre las sensaciones que más penetrantemente duelen hasta ser agradables, el desasosiego del misterio es una de las más complejas y extensas. Y el misterio nunca se transparenta tanto como en la contemplación de las pequeñitas cosas, que, como se mueven, son perfectamente translúcidas a él, pues se detienen para dejarlo pasan Es más difícil poseer el sentimiento del misterio contemplando una batalla, -y eso que pensar en lo absurdo que es que haya gente, y sociedades y combates entre ellas, es una de las cosas que más pueden desplegar dentro de nuestro pensamiento la bandera de conquista del misterio- que ante la contemplación de una piedrecita quieta en un camino, que, porque no provoca ninguna idea además de la de que existe, otra idea no puede provocar, si continuamos pensando, que, inmediatamente, la de su misterio de existir.

¡Benditos sean los instantes, y los milímetros, y las sombras de las cosas pequeñas, todavía más humildes que ellas! Los instantes, (...) Los milímetros -qué impresión de asombro y de osadía me causa su existencia, uno al lado del otro y muy cercana, en una cinta métrica. A veces sufro y gozo con estas cosas. Tengo un /orgullo tosco/ en esto.

Soy una placa fotográfica prolijamente impresionable. Todos los detalles se me graban desproporcionadamente y forman parte de un todo. Sólo me ocupo de mí. El mundo exterior me resulta siempre evidentemente una sensación. Nunca olvido que siento.

¿1914?

285

Saber que será mala la obra que no se hará nunca. Peor, sin embargo, será la que nunca se haga. La que se hace queda, por lo menos, hecha. Será pobre pero existe, como la planta mezquina en la maceta única de mi vecina tullida. Esta planta es su alegría, y a veces también la mía. Lo que escribo, y reconozco que es malo, puede también proporcionar unos momentos de distracción de algo peor a un u otro espíritu afligido o triste. Eso me basta, o no me basta, pero sirve de alguna manera, y así es toda la vida.

Un tedio que incluye sólo la anticipación de más tedio; la pena, ya, de tener mañana pena de haber tenido pena hoy -grandes enmarañamientos sin utilidad ni verdad, grandes enmarañamientos...

... donde, encogido en un banco de espera de la estación apeadero, mi desprecio duerme entre el gabán de mi desaliento...

... el mundo de imágenes soñadas de que se compone, por igual, mi conocimiento y mi vida...

Para nada me pesa o dura en mi el escrúpulo de la hora presente. Tengo hambre de la extensión del tiempo, y quiero ser yo sin condiciones.

286

Releo, lúcido, detenidamente, trecho a trecho, todo cuanto he escrito. Y encuentro que todo es vano y más valiera que no lo hubiese hecho. Las cosas conseguidas, sean imperios o frases, tienen, porque se han conseguido, esa peor parte de las cosas reales que es el saber que son perecederas. No es esto, sin embargo, lo que siento y me duele en lo que hice, en estos lentos momentos en que lo releo. Lo que me duele es que no ha valido la pena hacerlo, y que el tiempo que he perdido en lo que hice no lo he ganado sino con la ilusión, ahora destruida, de haber valido la pena hacerlo.

Todo cuanto buscamos, lo buscamos debido a una ambición, pero esa ambición o no se consigue, y somos pobres, o creemos que la hemos conseguido, y somos unos locos ricos.

Lo que me duele es que lo mejor es malo, y que otro, si lo hubiese, y que yo sueño, lo habría hecho mejor Todo cuanto hacemos, en el arte o en la vida, es la copia imperfecta de lo que hemos pensado hacer. Desdice, no sólo de la perfección exterior, sino también de la perfección interior; falla, no sólo la regla de lo que debería ser, sino también la regla de lo que creíamos que podía sen Estamos huecos, no sólo por dentro, sino también por fuera, parias de la anticipación y de la promesa.

¡Con qué vigor del alma solitaria hice página sobre página, viviendo sílaba a sílaba la magia falsa, no de lo que escribía, sino de lo que suponía que escribía! ¡Con qué encantamiento de hechicería irónica me creí poeta de mi prosa, en el momento alado en que ella me nacía, más rápida que los movimientos de la pluma, como un desagravio falaz a los insultos de la vida! Y al final, hoy, releyendo, veo destriparse a mis muñecos, salírseles la paja por los rotos, vaciarse sin haber sido...

287

Tan dado como soy al tedio, es curioso que nunca, hasta hoy, se me haya ocurrido meditar en qué consiste. Estoy hoy, de veras, en ese estado intermedio del alma en que no apetece la vida ni otra cosa. Y empleo el súbito recuerdo de que nunca he pensado en lo que fuese, en soñar, a lo largo de pensamientos medio impresiones, el análisis, un poco facticio, de lo que sea.

No sé, realmente, si el tedio en tan sólo la correspondencia despierta de la somnolencia del vagabundo, o si es cosa, en verdad, más noble que ese entorpecimiento En mí es frecuente el tedio pero, que yo sepa, porque me fijase, no obedece a reglas de aparición. Puedo pasar sin tedio un domingo inerte; puedo sufrirlo repentinamente, como una nube exterior, en pleno trabajo atento. No consigo relacionarlo con un estado de salud o de falta de ella; no alcanzo a conocerlo como producto de causas que se encuentren en la parte evidente de mi.

Decir que es una angustia metafísica disfrazada, que es una gran desilusión desconocida, que es una poesía sorda del alma que aflora aburrida a la ventana que da a la vida -decir esto, o lo que sea hermano de esto, puede colorear al tedio, como un niño al dibujo cuyos contornos transborde o apague, pero no me proporciona más que un sonido de palabras que producen eco en las cuevas del pensamiento.

El tedio... Pensar sin que se piense, con el cansancio de pensar; sentir sin que se sienta, con la angustia de sentir; no querer sin que no se quiera, con la náusea de no querer -todo esto está en el tedio sin ser el tedio, ni es de él más que una paráfrasis o una traducción-. Es en la sensación directa, como si sobre el foso del castillo del alma se elevase el puente levadizo, no quedase, entre el castillo y las tierras, más que el poder mirarlas sin poderlas recorrer. Hay un aislamiento de nosotros en nosotros mismos, pero un aislamiento donde lo que separa está estancado como nosotros, agua sucia que rodea a nuestro desentendimiento. El tedio... Sufrir sin sufrimiento, querer sin deseo, pensar sin raciocinio... Es como la posesión por un demonio negativo, un embrujamiento por nada. Dicen que los brujos, o los pequeños magos, haciendo imágenes de nosotros, e infligiendo a ellas malos tratos, que esos malos tratos, debido a una transferencia astral, se reflejan en nosotros. El tedio me surge, en la sensación transpuesta de esta imagen, como el reflejo maligno de hechicerías de un demonio de las hadas, ejercidas, no sobre una imagen mía, sino sobre su sombra. Es en la sombra íntima de mi, en lo exterior del interior de mi alma, donde se pegan papeles o se clavan alfileres. Soy como el hombre que vendió su sombra o, más bien, como la sombra del hombre que la vendió.

El tedio... Trabajo mucho. Cumplo lo que los moralistas de la acción llamarían mi deber social. Cumplo ese deber, o esa suerte, sin gran esfuerzo ni notable desentendimiento. Pero, unas veces en pleno trabajo, otras veces en el pleno descanso que, según los mismos moralistas, merezco y me debe ser agradable, me transborda del alma una hiel de inercia, y estoy cansado, no de la obra o del reposo, sino de mi.

¿Por qué de mí, si no pensaba en mí? ¿De qué otra cosa, si no pensaba en ella? ¿El misterio del universo que baja a mis cuentas o a mi retrepamiento? ¿El dolor universal de vivir que se particulariza súbitamente en mi alma mediúmnica? ¿Para qué ennoblecer tanto a quien no se sabe quién es? Es una sensación de vacío, un hambre sin ganas de comer, tan noble como estas sensaciones del simple cerebro, del simple estómago, procedentes del fumar demasiado o del nodigerir bien.

El tedio... Es tal vez, en el fondo, la insatisfacción del alma íntima porque no le hemos proporcionado una creencia, la desolación del niño triste que íntimamente somos, porque no le hemos comprado el juguete divino. Es tal vez la inseguridad de quien necesita una mano que le guíe y no siente, en el camino negro de la sensación profunda, más que a la noche sin ruido de no poder pensar, al camino sin nada de no saber sentir...

El tedio... Quien tiene Dioses nunca tiene tedio. El tedio es la falta de mitología. Para quien no tiene creencias, hasta la duda le es imposible, hasta el escepticismo carece de fuerza para que dude. Sí, el tedio es eso: la pérdida, en el alma, de su capacidad de engañarse, la falta, en el pensamiento, de la escalera inexistente por donde sube segura a la verdad.

1-12-1931.

288

Ni con pintar en ese cristal sombras de colores me oculto el rumor de la vida ajena a mi mirada, del otro lado.

¡Dichosos los hacedores de sistemas pesimistas! No sólo se amparan con haber hecho algo, sino que también se alegran de lo explicado, y se incluyen en el dolor universal.

Yo no me quejo por el mundo. No protesto en nombre del universo. No soy pesimista. Sufro y me quejo pero no sé si lo que hay de malo es el sufrimiento ni sé si es humano sufrir.¿Qué me impona saber si eso es cierto o no?

Yo sufro, no sé si merecidamente. (Corza perseguida.)

Yo no soy pesimista, soy triste.

No me indigno, porque la indignación es para los fuertes; no me resigno, porque la resignación es para los nobles; no me callo, porque el silencio es para los grandes. Y yo no soy fuerte, ni noble, ni grande. Sufro y sueño. Me quejo porque soy débil y, porque soy artista, me entretengo en tejer musicales mis quejas y en organizar mis sueños conforme le parece mejor a mi idea de encontrarlos bellos.

Sólo lamento no ser niño, para que pudiese creer en mis sueños; el no ser loco, para que pudiese alejar el alma de todos los que me rodean, [...]

Tomar el sueño por real, vivir demasiado los sueños, me ha dado esta espina para la rosa falsa de mi /soñada/ vida: que ni los sueños me agradan, porque les encuentro defectos.

(Posterior a 1913.)

289

A mi incapacidad de vivir le llamarían genio, a mi cobardía [...] delicadeza.

Me he puesto a mi mismo -/Dios dorado con oro falso/- en un altar de cartón pintado para que pareciese mármol.

290

Antes que cese el estío y llegue el otoño, en el cálido intervalo en que el aire pesa y los colores se ablandan, las tardes suelen llevar un traje sensible de gloria falsa. Son comparables a esos artificios de la imaginación en que las añoranzas lo son de nada, y se prolongan indefinidas como estelas de navíos que forman la misma serpiente sucesiva.

En estas tardes me llena, como un mar en plena marea, un sentimiento peor que el tedio pero al que no le cuadra otro nombre que el de tedio -un sentimiento de desolación sin lugar, de naufragio de toda el alma. Siento que he perdido un Dios complaciente, que la Substancia de todo ha muerto. Y el universo sensible es para mí un cadáver al que amé cuando era vida; mas todo él se ha vuelto nada en la luz caliente de las últimas nubes iluminadas.

Mi tedio asume aspectos de horror; mi aburrimiento es un miedo. Mi sudor no es frío, pero está fría mi conciencia de mi sudor. No hay malestar físico, salvo que el malestar del alma es tan grande que pasa por los poros del cuerpo y lo enfría también a él.

Es tan magno el tedio, tan soberano el horror de estar vivo, que no concibo qué cosa puede haber que pudiese servir de lenitivo, de antídoto, de bálsamo u olvido para él. Dormir me horroriza como todo. Morir me horroriza como todo. Ir y pararse son la misma cosa imposible. Esperar y no creer se equivalen en frío y ceniza. Soy un anaquel con frascos vacíos.

Y sin embargo, ¡qué añoranza del futuro si dejo a los ojos vulgares recibir el saludo muerto del día iluminado que se acaba!¡Qué gran entierro de la esperanza va por el silencio dorado aún de los cielos inertes, qué cortejo de vacíos y nadas se extiende en azul encarnado que va a ser pálido por las vastas planicies del espacio blanquecino!

No sé lo que quiero o lo que no quiero. He dejado de saber querer, de saber cómo se quiere, de saber las emociones o los pensamientos con que ordinariamente se conoce que estamos queriendo, o queriendo querer. No sé quién soy o lo que soy. Como alguien soterrado bajo un muro que se desmoronase, yazgo bajo la vacuidad tumbada del universo entero. Y así voy, por el rastro de mí mismo, hasta que la noche entre y un poco del halago de ser diferente ondule, como una brisa, por el comienzo de mi impaciencia de mí.

¡Ah, y la luna alta y mayor de estas noches plácidas, tibias de angustia y desasosiego! La paz siniestra de la belleza celeste, ironía fría del aire caliente, azul negro nublado de claro de luna y tímido de estrellas.

22-8-1931.

291

FRAGMENTOS DE UNA AUTOBIOGRAFÍA

Primero me entretuvieron las especulaciones metafísicas, las ideas científicas después. Me atrajeron finalmente las (...) sociológicas. Pero en ninguno de estos estadios de mi busca de la verdad encontré seguridad y alivio. Poco leía, sobre cualquiera de las preocupaciones. Pero, en lo poco que leía, me cansaba ver tantas teorías, contradictorias, igualmente asentadas en ideas desarrolladas, todas ellas igualmente probables y de acuerdo con cierta selección de los hechos que tenía siempre el aire de ser todos los hechos. Si levantaba de los libros los ojos cansados, o si de mis pensamientos desviaba hacia el mundo exterior mi perturbada atención, sólo una cosa veía yo, que me desmentía toda la utilidad de leer y pensar, que me arrancaba uno a uno todos los pétalos de la idea del esfuerzo: la infinita complejidad de las cosas, la inmensa suma (...), la prolija inaccesibilidad de los mismos pocos hechos que se podrían concebir como precisos para el planteamiento de una ciencia.

292

Al disgusto de no encontrar nada lo encuentro conmigo poco a poco. No he encontrado razón ni lógica sino a un escepticismo que ni siquiera busca una lógica para defenderse. En curarme de esto no he pensado -¿por qué había de curarme yo de esto?

¿Y qué es estar sano? ¿Qué seguridad tenía yo de que ese estado de alma debe pertenecer a la enfermedad? ¿Quién nos asegura que, de ser enfermedad, la enfermedad no era más deseable, o más lógica o más (...) que la salud? De ser la salud preferible, ¿por qué estaba yo enfermo sino por serlo naturalmente, y si naturalmente lo era, por qué ir contra la naturaleza, que para algún fin, si fines tiene, me quería con seguridad enfermo?

Nunca he encontrado argumentos sino para la inercia. Día tras día, más y más, se ha infiltrado en mi la conciencia sombría de mi inercia de abdicador. Buscar modos de inercia, resolverme a huir de todo esfuerzo respecto a mí, de toda responsabilidad social -he tallado en esta materia de (...) la estatua pensada de mi existencia.

He dejado lecturas, he abandonado casuales caprichos de este o aquel modo estético de la vida. De lo poco que leía, aprendí a extraer tan sólo elementos para el sueño. De lo poco que presenciaba, me apliqué a sacar tan sólo lo que se podía, en reflejo /distante/ y [...], prolongar más dentro de mí. /Me esforcé/ porque todos mis pensamientos, todos los capítulos cotidianos de mi experiencia me proporcionasen tan sólo sensaciones. Le creé a mi vida una orientación estética. Y orienté esa estética para que fuese puramente individual. La hice mía tan sólo.

Me apliqué después, en el transcurso buscado de mi hedonismo interior, a hurtarme a las sensibilidades sociales. Lentamente me acoracé contra el sentimiento del ridículo. Me enseñé a ser insensible ya a las llamadas de los instintos, ya a las solicitaciones (...)

Reduje al mínimo mi contacto con los demás. Hice cuanto pude por perder toda inclinación hacia la vida, (...) Del propio deseo de la gloria me despojé lentamente, como quien lleno de cansancio se desnuda para reposar.

293

Del estudio de la metafísica, (...) pasé a las ocupaciones del espíritu más violentas para el equilibrio de los nervios. Gasté aterrorizadas noches inclinado sobre volúmenes de místicos y de cabalistas, que nunca tenía paciencia para leer del todo de otra manera que intermitentemente trémulo y (...)

Los ritos y las razones de los Rosacruces, la simbología (...) de la Cábala y de los Templarios (...) -sufrí durante mucho tiempo la cercanía de todo eso-. Y llenaron la fiebre de mis días especulaciones venenosas, de la razón demoníaca de la metafísica -la magia (...) la alquimia- y extraje un falso estímulo vital de sensación dolorosa y presciente de estar siempre como al borde de saber un misterio supremo. Me perdí por los sistemas secundarios, excitados, de la metafísica, sistemas llenos de analogías perturbadoras, de trampas para la lucidez, que disponen paisajes misteriosos donde reflejos de lo sobrenatural despiertan misterios en los contornos.

Envejecí por las sensaciones... Me gasté disfrutando de los pensamientos... Y mi vida pasó a ser una fiebre metafísica, siempre descubriendo sentidos ocultos en las cosas, jugando con el fuego de las analogías misteriosas, procrastinando la lucidez integral, la síntesis normal para [...]se.

Caí en una compleja indisciplina cerebral, llena de indiferencias. ¿Dónde me refugié? Tengo la impresión de que no me refugié en ninguna parte. Me abandoné pero no sé a qué.

Concentré y limité mis deseos, para poder elaborarlos mejor. Para llegar al infinito, y creo que se puede llegar allí, es preciso que tengamos un puerto, uno sólo, firme, y partir de él hacia lo Indefinido.

Hoy soy ascético en mi religión de mí mismo. Una jícara de café, un cigarro y mis sueños substituyen bien al universo y a sus estrellas, al trabajo, al amor, hasta a la belleza y a la gloria. Casi no tengo necesidad de estímulos. Opio tengo yo en el alma.

¿Qué sueños tengo? No lo sé. Me he esforzado en llegar a un punto donde no sepa ya en qué pienso, en qué sueño, qué visiones tengo. Me parece que sueño cada vez desde más lejos, que cada vez sueño más lo vago, lo impreciso, lo no susceptible de visiones.

No tengo teorías respecto a la vida. Si es buena o mala, no lo sé, no lo pienso. A mis ojos es dura y triste, con sueños deliciosos por medio. ¿Qué me importa lo que es para los demás?

La vida de los demás sólo me sirve para vivirle a cada uno la vida que me parece que les conviene en mi sueño.

294

No sé qué vaga caricia, tanto más suave cuanto no es caricia, la brisa incierta de la tarde me trae a la frente y a la comprensión. Sé sólo que el tedio que sufro se me ajusta mejor, durante un momento, como una veste que dejase de tocar una llaga.

¡Pobre de la sensibilidad que depende de un pequeño movimiento del arte para la consecución, aunque episódica, de su tranquilidad! Pero así es toda sensibilidad humana, y yo no creo que pese más en la balanza de los seres el dinero súbitamente ganado, o la sonrisa súbitamente recibida, que son para otros lo que para mí ha sido, en este momento, el paso breve de una brisa sin continuación.

Puedo pensar en dormir. Puedo soñar en soñar. Veo más claro la objetividad de todo. Uso con más comodidad el sentimiento exterior de la vida. Y todo esto, efectivamente, porque, al llegar casi a la esquina, un cambio en el aire de la brisa me alegra la superficie de la piel.

Todo cuanto amamos o perdemos -cosas, seres, significaciones- nos roza la piel y así nos llega al alma, y el episodio no es, en Dios, más que la brisa que no me ha traído nada salvo el alivio supuesto, el momento propicio y el poder perderlo todo espléndidamente.

23-4-1930.

295

No sé cuántos habrán contemplado con la mirada que merece una calle desierta con gente en ella. Ya esta manera de decir parece querer decir cualquier cosa, y efectivamente la quiere decir. Una calle desierta no es una calle por la que no pasa nadie, sino una calle donde los que pasan, pasan por ella como si estuviese desierta. No hay dificultad en comprender esto una vez se haya visto: una cebra es imposible para quien no conozca más que un burro.

Las sensaciones se ajustan, dentro de nosotros, a ciertos grados y tipos de comprensión de ellas. Hay maneras de entender que tienen maneras de ser entendidas.

Hay días en que sube en mí, como de la tierra lejana a la cabeza propia, un tedio, un disgusto de vivir que sólo no me parece insoportable porque en realidad lo soporto Es un estrangulamiento de la vida en mí mismo, un deseo de ser otra persona en todos los poros, una breve noticia del final.

(¿1932?)

296

Lo que tengo sobre todo es cansancio, y ese desasosiego que es gemelo del cansancio cuando éste no tiene otra razón de ser sino el estar siendo. Tengo un recelo Intimo de los gestos a esbozar, una timidez intelectual de las palabras a decir. Todo me parece anticipadamente frustrado.

El insoportable tedio de todas estas caras, estúpidas de inteligencia o de falta de ella, grotescas hasta la náusea por felices o desgraciadas, horrorosas porque existen, marea separada de las cosas vivas que son ajenas a mí...

(¿1932?)

297

Somos muerte. Esto, que consideramos vida, es el sueño de la vida real, la muerte de lo que verdaderamente somos. Los muertos nacen, no mueren. Están trocados, para nosotros, los mundos. Cuando creemos que vivimos, estamos muertos; vamos a vivir cuando estamos moribundos.

Esa relación que hay entre el sueño y la vida es la misma que hay entre lo que llamamos vida y lo que llamamos muerte. Estamos durmiendo, y esta vida es un sueño, no en un sentido metafórico o poético, sino en un sentido verdadero.

Todo aquello que en nuestras actividades consideramos superior, todo eso participa de la muerte, todo eso es muerte. ¿Qué es el ideal sino la confesión de que la vida no sirve? ¿Qué es el arte sino la negación de la vida? Una estatua es un cuerpo muerto, tallado para fijar a la muerte, en materia de incorrupción. El mismo placer, que tanto parece una inmersión en la vida, es antes una inmersión en nosotros mismos, una destrucción de las relaciones entre nosotros y la vida, una sombra agitada de la muerte.

El propio vivir es morir, porque no tenemos un día más en nuestra vida que no tengamos, con eso, un día menos en ella.

Poblamos sueños, somos sombras que yerran a través de norestas imposibles, en que los árboles son casas, costumbres, ideas, ideales y filosofías.

¡Nunca encontrar a Dios, nunca saber, siquiera, si Dios existe! Pasar de mundo a mundo, de encarnación a encarnación, siempre con la ilusión que halaga, siempre en el error que acaricia.

¡La verdad nunca, la parada nunca! ¡La unión con Dios, nunca! ¡Nunca enteramente en paz sino siempre un poco de ella, siempre el deseo de ella!

298

...Y yo, que odio la vida con timidez, temo a la muerte con fascinación. Tengo miedo de esa nada que puede ser otra cosa, y tengo miedo de ella simultáneamente como nada y como otra cosa cualquiera, como si en ella se pudiesen reunir lo nulo y lo horrible, como si en el ataúd me encerrasen la respiración eterna de un alma corpórea, como si allí triturasen, a fuerza de clausura, lo inmortal. La idea del infierno, que sólo un alma satánica podría haber inventado, me parece derivarse de una confusión de esta suerte -ser la mezcla de dos miedos diferentes, que se contradicen e inficionan.

(Posterior a 1923.)

299

Lleve yo al menos, para la inmensidad posible del abismo de todo, la gloria de mi desilusión como si fuese la de un gran sueño, el esplendor de no creer como un pendón de derrota -pendón sin

embargo en las manos débiles, pero pendón arrastrado por el barro y la sangre de los débiles... pero alzado en alto, al sumirnos en las arenas movedizas, nadie sabe si como protesta, si como desafío, si como gesto de desesperación... Nadie sabe, porque nadie sabe nada, y las arenas engolfan a los que tienen pendones como a los que no los tienen...

Y las arenas lo cubren todo, mi vida, mi prosa, mi eternidad.

Llevo en mí la conciencia de la derrota como un pendón de victoria.

300

Son siempre cataclismos del cosmos las grandes angustias de nuestra alma. Cuando nos llegan, en torno a nosotros se extravía el sol y se perturban las estrellas. En toda alma que siente llega el día en que el Destino representa en ella un Apocalipsis de angustia -un volcarse de los cielos y de los mundos sobre su desconsuelo.

Sentirse superior y verse tratado por el Destino como inferior a los ínfimos -quién puede vanagloriarse de ser hombre en tal situación.

Si un día pudiese yo adquirir un rasgo tan grande de expresión que concentrase todo el arte en mí, escribiría una apoteosis del sueño. No sé de un placer mayor, en toda mi vida, que el de poder dormir. El apagamiento integral de la vida y del alma, el alejamiento completo de todo cuanto es seres y gente, el no tener pasado ni futuro (...)

301

Mi orgullo lapidado por ciegos y mi desilusión pisada por mendigos.

302

Existe un cansancio de la inteligencia abstracta y es el más horroroso de los cansancios. No pesa como el cansancio del cuerpo, ni inquieta como el cansancio de la emoción. Es un peso de la conciencia del mundo, un no poder respirar con el alma.

Entonces, como si el viento en ellas diese, y fuesen nubes, todas las ideas en que hemos sentido la vida, todas las ambiciones y designios en que hemos fundado la esperanza en su continuación, se rasgan, se abren, se alejan convertidas en cenizas de nieblas, harapos de lo que no ha sido ni podrá ser. Y tras de la derrota surge pura la soledad negra e implacable del cielo desierto y estrellado. El misterio de la vida nos duele y nos empavorecemos de muchas maneras. Unas veces viene sobre nosotros como un fantasma sin forma, y el alma tiembla con el peor de los miedos -el de la encarnación disforme del no ser-. Otras veces está detrás de nosotros, visible sólo cuando nos volvemos para ver, y es la verdad toda en su horror profundísimo de que la desconozcamos.

Pero este horror que hoy me anula, es menos /noble y más roedor/. Es un deseo de no querer tener pensamiento, un deseo de nunca haber sido nada, una desesperación consciente de todas las células del cuerpo y del alma. Es el sentimiento súbito de estar enclaustrado en una celda infinita. ¿Hacia dónde pensar en huir, si sólo la celda es el Todo?

Y entonces me asalta el deseo desbordante, absurdo, de una especie de satanismo que ha precedido a Satán, de que un día -un día sin tiempo ni substancia- se encuentre una fuga hacia fuera de Dios y lo más profundo de nosotros deje, no sé cómo, de formar parte del ser o del no ser.

23-3-1930.

303

Tengo por una intuición que para las criaturas como yo ninguna circunstancia material puede ser propicia, ningún caso de la vida tener una solución favorable. Si ya por estas razones me aparto de la vida, ésta contribuye también a que yo me aparte. Esas sumas de hechos que, para los hombres vulgares, inevitabilizarían el éxito, tienen, cuando a mí se refieren, otro resultado cualquiera, inesperado y adverso.

Me nace, a veces, de esta constatación una impresión dolorosa de enemistad divina. Me parece que sólo por una disposición consciente de los hechos, de modo que me resulten maléficos, la /serie de desastres/ que define a mi vida podría haberme acontecido,

Resulta de todo esto que, para mi esfuerzo, yo no intento nada demasiadamente. La suerte, si quiere, que venga a estar conmigo. Sé de sobra que mi mayor esfuerzo no logra la consecución que en otros tendría. Por eso me abandono a la suerte, sin esperar mucho de ella. ¿Para qué? Mi estoicismo es una necesidad orgánica. Necesito acorazarme contra la vida. Como todo estoicismo no pasa de ser un epicureísmo severo, deseo, cuanto es posible, hacer que mi desgracia me divierta. No sé hasta qué punto lo consigo. No sé hasta qué punto consigo algo. No sé hasta qué punto se puede conseguir algo...

Donde otro vencería, no por su esfuerzo, sino por una inevitabilidad de las cosas, yo, ni por esa inevitabilidad, ni por ese esfuerzo, venzo o vencería.

Quizás he nacido espiritualmente un día corto de invierno. La noche ha llegado pronto a mi ser. Sólo en frustración y abandono puedo realizar mi vida.

En el fondo, nada de esto es estoico. Es tan sólo en las palabras donde está la nobleza de mi sufrimiento. Me quejo como un niño enfermo. Me amohíno como un ama de casa. Mi vida es enteramente fútil y enteramente triste.

304

Las cosas claras consuelan, y las cosas al sol consuelan. Ver pasar a la vida bajo un día azul me compensa de muchas cosas. Olvido indefinidamente, olvido más de lo que podía recordar. Mi corazón translúcido y aéreo se penetra de la suficiencia de las cosas, y me basta mirar cariñosamente. Nunca he sido yo otra cosa que una visión incorpórea, desnuda de toda el alma salvo un vago aire que pasó y veía.

305

Todo cuanto es acción, sea la guerra o el raciocinio, es falso; y todo cuanto es abdicación es falso también.

¡Ojalá pudiese yo saber cómo no hacer ni abdicar de hacer! Seria ésa la Corona-de-sueño de mi gloria, el Cetro-de-silencio de mi grandeza.

Yo, ni siquiera sufro. Mi desdén por todo es tan grande que me desdeño a mí mismo; que, como desprecio los sufrimientos ajenos, desprecio también los míos y así aplasto bajo mi desdén a mi propio sufrimiento.

/Ah/ pero así sufro más... Porque dar valor al propio sufrimiento le pone el oro [¿ideal?] del orgullo. Sufrir mucho puede producir la ilusión de ser el Elegido del Dolor. Así (...)

306

INTERVALO DOLOROSO

Todo me cansa, hasta lo que no me cansa. Mí alegría es tan dolorosa como mi dolor.

Ojalá fuese un niño que echa barcos de papel en el estanque de una quinta con un dosel-rústico de entrelazamientos de emparrado que pone ajedreces de luz y sombra verde en los reflejos sombríos de la poca agua.

Entre mí y la vida hay un cristal tenue. Por más claramente que vea y comprenda la vida, no puedo tocarla.

¿Raciocinar mi tristeza? ¿Para qué, si el raciocinio es un esfuerzo? Y quien es triste no puede esforzarse.

Ni siquiera abdico de esos gestos triviales de la vida de los que tanto querría abdicar. Abdicar es un esfuerzo, y yo no poseo el del alma con que esforzarme.

¡Cuántas veces me aflige el no ser el accionador de aquel coche, el conductor de aquel tren! ¡Cualquier trivial Otro supuesto, cuya vida, por no ser mía, deliciosamente se me penetra de yo quererla y se me empostiza ajena!

Yo no tendría el horror a la vida como a una Cosa. La noción de la vida como un Todo no me agobiaría los hombros del pensamiento.

Mi sueños son un refugio estúpido, como un paraguas contra un rayo.

Soy tan inerte, tan pobrecillo, tan falto de gestos y de actos.

Por más que por mí me embreñe, todos los atajos de mi sueño van a dar en los claros de la angustia.

Incluso yo, el que sueña tanto, tengo intervalos en que el sueño huye de mí. Entonces, las cosas se me aparecen claras. Se desvanece la niebla de que me rodeo. Y todas las aristas visibles hieren a la carne de mi alma. Todas las durezas miradas me lastiman lo que en mí las sabe durezas. Todos los pesos visibles de objetos me pesan por dentro del alma.

Mi vida es como si me golpeasen con ella.

307

Vivir una vida desapasionada y culta, al relente de las ideas, leyendo, soñando, y pensando en escribir, una vida lo suficientemente lenta como para estar siempre al borde del tedio, lo bastante meditada como para nunca caer en él. Vivir esa vida lejos de las emociones y en la emoción de los pensamientos. Estancarse al sol, doradamente, como un lago oscuro rodeado de flores. Tener, en la sombra, esa hidalguía de la individualidad que consiste en no insistir para nada con la vida. Ser en el volteo de los mundos como un polvo de flores que un viento desconocido levanta por el aire de la tarde, y el torpor del anochecer deja bajar en el lugar del acaso, indistinto entre cosas mayores. Ser esto con un conocimiento seguro, ni alegre ni triste, reconocido al sol de su brillo y a las estrellas de su alejamiento. No ser más, no tener más, no querer más... La música del hambriento, la canción del ciego, la reliquia del viandante desconocido, las huellas en el desierto del camello descargado sin destino...

308

Me flota en la superficie del cansancio algo de áureo que está sobre las aguas cuando el sol concluido las abandona. Me veo como el lago que he imaginado, y lo que veo en ese lago soy yo.

No sé cómo explicar esta imagen, o este símbolo, o este yo en que me figuro. Pero lo que tengo por cierto es que veo, como si en realidad lo viese, un sol por detrás de los montes, lanzando rayos perdidos sobre el lago que los recibe en oro oscuro.

Uno de los maleficios de pensar es ver cuándo se está pensando. Los que piensan con el raciocinio están distraídos. Los que piensan con la emoción están durmiendo. Los que piensan con la voluntad están muertos. Yo, sin embargo, pienso con la imaginación, y todo cuanto debería ser en mí o razón, o angustia, o impulso, se me reduce a algo indiferente y distante, como este lago muerto entre rocas donde el último sol flota alargadamente.

Porque me he parado, se han estremecido las aguas. Porque he reflexionado, el sol se ha recogido. Cierro los ojos lentos y llenos de sueño, y no hay dentro de mi sino una región lacustre donde la noche empieza a dejar de ser día en un reflejo castaño oscuro de aguas de las que surgen algas.

Porque he escrito, nada he dicho. Mi impresión es que lo que existe existe siempre en otra región, más allá de los montes, y que hay grandes viajes por hacer, si tuviéramos alma con la que tener pasos.

He cesado, como el sol en mi paisaje. No queda, de lo que ha sido dicho o visto, sino una noche ya cerrada, llena de un brillo muerto de lagos, en una planicie sin patos salvajes, muerta, fluida, húmeda y siniestra.

28-3-1932.

309

... en el desaliño triste de mis emociones confusas..

Una tristeza de crepúsculo, hecha de cansancios y de renuncias falsas, un tedio si siento algo, un dolor como de un sollozo parado o de una verdad conseguida. Se despliega en el alma distraída este paisaje de abdicaciones -paseos de gestos abandonados, macizos altos de sueños ni siquiera bien soñados, inconsecuencias, como muros de boj que separan caminos vacíos, suposiciones, como viejos estanques sin surtidor vivo, todo se enmaraña y se visualiza pobre en el desaliño triste de mis sensaciones confusas.

310

Hay un sueño de la atención voluntaria, que no sé explicar, y que frecuentemente me ataca, si de cosa tan esfumada se puede decir que ataca a alguien. Voy por una calle como quien está sentado, y mi atención, despierta a todo, tiene todavía la inercia de un reposo del cuerpo entero. No seria capaz de desviarme conscientemente de un transeúnte opuesto. No seria capaz de responder con palabras, o siquiera, dentro de mi, con pensamientos, a una pregunta de cualquier casual que hiciese escala en mi casualidad coincidente. No sería capaz de tener un deseo, una esperanza, cualquier cosa que representase un movimiento, no ya de la voluntad de mi ser completo, sino hasta, si así puedo decirlo, de la voluntad parcial y propia de cada elemento en que soy descomponible. No seria capaz de pensar, de sentir, de querer. Y ando, avanzo, vago. Nada en mis movimientos (me doy cuenta porque los demás no se dan cuenta) transfiere hacia lo observable el estado de estancamiento en que voy. Y este estado de falta de alma, que sería cómodo, seguramente, en un echado o en un recostado, es singularmente incómodo, hasta doloroso, en un hombre que va andando por la calle.

Es la sensación de una ebriedad de inercia, de una borrachera sin alegría, ni en ella, ni en su origen. Es una enfermedad que no tiene sueño de convalecen Es una muerte alacre.

311

Considerar nuestra mayor angustia como un incidente sin importancia, no sólo en la vida del universo, sino en la de nuestra misma alma, es el principio de la sabiduría. Considerar esto en la misma mitad de esa angustia es la sabiduría eterna. En el momento en que sufrimos parece que el dolor humano es infinito. Pero ni el dolor humano es infinito, pues nada humano hay que sea infinito, ni nuestro dolor vale más que el ser un dolor que sentimos nosotros.

Cuántas veces, bajo el peso de un tedio que parece ser locura, o de una angustia que parece ir más lejos que ella, me paro, dudando, antes de rebelarme, dudo, al pararme, antes de divinizarme. Dolor de no saber lo que es el misterio del mundo, dolor de que no nos amen, dolor de que sean injustos con nosotros, sofocando y agarrando, dolor de muelas, dolor de zapatos apretados -¿quién puede decir cuál es el mayor de sí mismo, cuanto más en los demás, o en la generalidad de los que existen?

Para algunos que me hablan y me escuchan, soy un insensible. Soy, sin embargo, más sensible re que la vasta mayoría de los hombres. Lo que soy, no obstante, es un sensible que se conoce y que, por lo tanto, conoce a la sensibilidad.

Ah, no es verdad que la vida sea dolorosa o que sea doloroso pensar en la vida. Lo que es verdad es que nuestro dolor sólo es serio y grave cuando lo fingimos tal. Si somos naturales, se pasará lo mismo que ha llegado, se esfumará como ha crecido. Todo es nada, y nuestro dolor en ello.

Escribo esto bajo la opresión de un tedio que parece no caber en mí o necesitar de algo más que mi alma para tener donde estar; de una opresión de todos y de todo que me estrangula y desvaría; de un sentimiento físico de la incomprensión ajena que me perturba y aplasta. Pero levanto la cabeza hacia el cielo azul ajeno, expongo la cara al viento inconscientemente fresco, bajo los párpados después de haber visto, olvido la cara después de haber sentido. No me siento mejor, pero me siento diferente. Verme me libera de mí Casi sonrío, no porque me comprenda, sino porque, habiéndome vuelto otro, he dejado de poder comprenderme. En lo alto del cielo, como una nada visible, una nube pequeñísima es un olvido blanco del universo entero.

5-4-1933.

312

He llegado a ese punto en que el tedio es una persona, la ficción encarnada de mi convivencia conmigo mismo.

¿1932?

313

La oportunidad es como el dinero, que, además, no es más que una oportunidad. Para quien actúa, la oportunidad es un episodio de la voluntad, y la voluntad no me interesa. Para quien, como yo, no actúa, la oportunidad es el canto de la falta de sirenas. Tiene que ser despreciado con voluptuosidad, colocado alto para ningún uso.

Tener ocasión de... En ese campo se colocará la estatua de la renuncia.

Oh anchos campos al sol, el espectador para quien estáis vivos os contempla desde la sombra.

El alcohol de las grandes palabras y de las anchas frases que como olas elevan la respiración de su ritmo y se deshacen sonriendo, en la ironía de las culebras de espuma, en la magnificencia triste de las penumbras.

314

Nadie ha definido todavía, con un lenguaje comprensible para quien no lo haya experimentado, lo que es el tedio. Aquello a lo que algunos llaman tedio no es más que aburrimiento; aquello a lo que otros lo llaman, no es sino malestar; hay otros, todavía, que llaman tedio al cansancio. Pero el tedio, aunque partícipe del cansancio, y del malestar, y del aburrimiento, participa de ellos como el agua participa del hidrógeno y del oxígeno de que se compone. Los incluye sin parecerse a ellos.

Si unos dan así al tedio un sentido restringido e incompleto, uno u otro le presta una significación que en cierto modo lo trasciende -como cuando se llama tedio al disgusto íntimo y espiritual de la variedad y de la incertidumbre del mundo. Lo que hace abrir la boca, que es el aburrimiento; lo que hace cambiar de posición, que es el malestar; lo que hace no poder moverse, que es el cansancio -ninguna de estas cosas es el tedio; pero tampoco lo es el sentimiento profundo de la vacuidad de las cosas, mediante el cual se libera la aspiración frustrada, el ansia desilusionada se levanta, y se forma en el alma la simiente de la que nace el místico o el santo.

El tedio es, sí, el aburrimiento del mundo, el malestar de estar viviendo, el cansancio de haberse vivido; el tedio es, en verdad, la sensación carnal de la vacuidad prolija de las cosas. Pero el tedio es, más que esto, el aburrimiento de los otros mundos, existan o no; el malestar de tener que vivir, aunque otro, aunque de otro modo, aunque en otro mundo; el cansancio, no sólo de ayer y de hoy, sino de mañana también, (y) de la eternidad, si la hay, (y) de la nada, si él es la eternidad. No es solamente la vacuidad de las cosas y de los seres lo que duele en el alma cuando siente tedio: es también la vacuidad de otra cosa cualquiera, que no las cosas y los seres, la vacuidad de la propia alma que siente el vacío, que se siente vacío, y que en él de sí misma se enoja y se repudia.

El tedio es la sensación física del caos, y de que el caos lo es todo. El aburrido, el malestante, el cansado, se sienten presos en una celda estrecha. El disgustado de la estrechez de la vida se siente esposado en una celda grande. Pero el que tiene tedio se siente preso en libertad ordinaria en una celda infinita. Sobre el que se aburre, o tiene malestar, o fatiga, pueden derrumbarse los muros de la celda, y enterrarlo. Al que se disgusta de la pequeñez del mundo pueden caérsele las esposas, y él huir; o dolerse de no poder quitárselas, y él, con sentir el dolor, revivirse sin disgusto. Pero los muros de la cada infinita no nos pueden soterrar, porque no existen; ni siquiera nos pueden hacer vivir por el dolor las esposas que nadie nos ha puesto.

Y esto es lo que siento ante la belleza plácida de esta tarde que termina imperecibleme nte. Miro al cielo alto y claro, donde cosas vagas, rosadas, como sombras de nubes, son un plumón impalpable de una vida alada y lejana. Bajo los ojos hacia el río, donde el agua, no más que levemente trémula, es de un azul que parece espejado desde un cielo más profundo. Alzo de nuevo los ojos al cielo, y ya hay, entre lo que de vagamente coloreado se deshilacha sin harapos en el aire invisible, un tono glacial de blanco empañado, como si también algo de las cosas, donde son más altas y ordinarias, tuviese un tedio material propio, una imposibilidad de ser lo que es, un cuerpo imponderable de angustia y de desolación.

¿Pero qué? ¿Qué hay en el aire alto más que el aire alto, que no es nada? ¿Qué hay en el cielo más que un color que no es suyo? ¿Qué hay en esos harapos de menos que nubes, de que ya dudo, más que unos reflejos de luz materialmente incidentes de un sol ya sumiso? ¿Qué hay en todo esto sino yo? Ah, pero el tedio es eso, sólo eso. ¡Es que en todo esto -cielo, tierra, mundo-, lo que hay en todo esto no es sino yo!

28-9-1932.

315

eternamente a la luz del sol que no hay, y de la luna que no puede haber.

316

El lema que hoy más requiero para definición de mi espíritu es el de creador de indiferencias. Más que otra, querría que mi actuación por la vida fuese la de educar a los demás para que sientan cada vez más para sí mismos, y cada vez menos según la ley /dinámica/ de la colectividad...

Educar en esa antisepsia espiritual, gracias a la cual no puede haber contagio de vulgaridad, me parece el más constelado destino del pedagogo /íntimo/ que yo querría ser. Que cuantos me leyesen aprendiesen -poco a poco sin embargo, como requiere el asunto- a no experimentar sensación alguna ante las miradas ajenas y las opiniones de los demás, y ese destino enguirnaldaría de sobra el estancamiento escolástico de mi vida.

La imposibilidad de hacer ha sido siempre en mí una enfermedad de etiología metafísica. Hacer un gesto ha sido siempre, para mi sentimiento de las cosas, una perturbación, un desdoblamiento, en el universo exterior; moverme me ha dado siempre la impresión de que no dejaría intactas las estrellas ni los cielos sin cambio. Por eso, la importancia metafísica del más pequeño gesto adquirió pronto un relieve atónito dentro de mí. He adquirido ante el hacer un escrúpulo de honestidad trascendental que me inhibe, desde que lo he fijado en mi conciencia, de tener relaciones muy acentuadas con el mundo palpable.

1915?

317

La vida práctica siempre me ha parecido el menos cómodo de los suicidios. Hacer ha sido siempre para mí la condenación violenta del sueño injustamente condenado. Tener influencia en el mundo exterior, alterar cosas, transponer entes, influir en la gente -todo esto me ha parecido siempre de una substancia más nebulosa que la de los devaneos. La futilidad inmanente de todas las formas de la acción ha sido, desde mi infancia, una de las medidas más queridas de mi desapego hasta de mí.

Hacer es reaccionar contra uno mismo. Influenciar es salir de casa.

Siempre que he meditado en lo absurdo que era que, donde la realidad substancial es una serie de sensaciones, hubiese cosas tan complicadamente sencillas como comercios, industrias, relaciones sociales y familiares, tan desoladoramente incomprensibles ante la actitud interior del alma para con la idea de la verdad...

318

De mi abstención de colaborar en la existencia del mundo exterior resulta, entre otras cosas, un fenómeno psíquico curioso.

Al abstenerme interiormente de la acción desinteresándome de las cosas, consigo ver al mundo exterior, cuando reparo en él, con una objetividad perfecta. Como nada interesa o conduce a tener razón para alterarlo, no lo altero.

Y así consigo (...)

319

Todo esfuerzo es un crimen porque todo gesto es un sueño inerte.

320

ESTÉTICA DE LA INDIFERENCIA

Ante cada cosa, lo que el soñador debe procurar sentir es la clara indiferencia que ella, en cuanto cosa, le causa.

Sabe, como un inmediato instinto, abstraer de cada objeto o acontecimiento lo que puede tener de soñable, dejando muerto en el Mundo Exterior todo cuanto tiene de real -he ahí lo que el sabio debe tratar de realizar en sí mismo.

No sentir nunca sinceramente sus propios sentimientos, y elevar su pálido triunfo al punto de mirar indiferentemente a sus propias ambiciones, ansias y deseos; pasar por sus alegrías y angustias como quien pasa por lo que no le interesa...

El mayor dominio de sí mismo es la indiferencia por sí mismo, estándose, alma y cuerpo, por la casa y la quinta donde el destino quiso que pasásemos nuestra vida.

Tratar sus propios sueños e íntimos deseos altivamente, en *grand seigneur*, (...), poniendo una íntima delicadeza en no reparar en ellos. Tener el pudor de sí mismo; percibir que en nuestra presencia no estamos solos, que somos testigos de nosotros mismos, y que por eso importa comportarse ante nosotros mismos como ante un extraño, con una estudiada y serena línea exterior, indiferente por hidalga, y fría por indiferente.

Para que no descendamos ante nuestros ojos, basta con que nos acostumbremos a no tener ni ambiciones, ni pasiones, ni deseos, ni esperanzas, ni impulsos, ni desasosiego. Para conseguir esto, acordémonos siempre de que estamos en nuestra presencia, que nunca estamos solos, para que podamos estar a nuestras anchas. Y así dominaremos el tener pasiones y ambiciones porque pasiones y ambiciones son desescudarnos; no tendremos deseos ni esperanzas porque deseos y esperanzas son gestos bajos e inelegantes; ni tendremos impulsos y desasosiegos porque la precipitación es una indelicadeza para con los ojos de los demás, y la impaciencia es siempre una grosería.

El aristócrata es aquel que nunca olvida que jamás está solo; por eso los usos y los protocolos son /atributo/ de las aristocracias. Interioricemos al aristócrata. Arranquémoslo a los salones y /a los jardines/ y pasémoslo a nuestra alma y a nuestra conciencia de que existimos. Estemos siempre ante nosotros con protocolos y usos, con gestos estudiados y para-(los)-otros.

Cada uno de nosotros es todo un barrio, [...], conviene que al menos tornemos elegante y distinguida la vida de ese barrio, que en las fiestas de nuestras sensaciones haya refinamiento y recato, y [...] sobria la cortesía en los banquetes de nuestros pensamientos. En torno a nosotros, podrán las otras almas erigir sus barrios sucios y pobres; marquemos claramente dónde acaba y comienza el nuestro, y que desde la fachada de las casas hasta las alcobas de nuestras timideces, todo sea hidalgo y sereno, construido con una /sobriedad/ o sordina de exhibición. Saber encontrar a cada sensación el modo sereno de realizarse. Hacer al amor reducirse apenas a una sombra de ser sueño de amor, pálido y trémulo intervalo entre las crestas de dos pequeñas olas en las que da el claro de luna. Convertir al deseo en una cosa inútil e inofensiva, en una especie de sonrisa delicada del alma a solas consigo misma; hacer de ella una cosa que nunca piense en realizarse ni en decirse. Al odio, adormecerlo como a una serpiente prisionera, y decir al miedo que de sus gestos sólo guarde la agonía en la mirada, y en la mirada de nuestra alma, única actitud compatible con el ser estética.

321

Si existiese en el arte el oficio de perfeccionador, yo tendría en la vida (de mi arte) una función...

Tomar la obra hecha por otro, y trabajar sólo en perfeccionarla. Así, tal vez, fue hecha la Ilíada...

¡Sólo el no hacer el esfuerzo de la creación primitiva!

¡Cómo envidio a los que escriben novelas, que las empiezan y las hacen, y las terminan! Sé imaginarlos, capitulo a capítulo, a veces con las frases del diálogo y las que están entre el diálogo, pero no sabría decir en el papel esos sueños de escribir [...]

322

Hubo un tiempo en que me irritaban las cosas que hoy me hacen sonreír. Y una de ellas, que casi todos los días me recuerdan, es la insistencia con que los hombres cotidianos y activos en la vida se sonríen de los poetas y de los artistas. No siempre lo hacen, como creen los pensadores de los periódicos, con un aire de superioridad. Muchas veces lo hacen con cariño. Pero es siempre como quien acaricia a un niño, alguien ajeno a la certeza y a la exactitud de la vida.

Esto me irritaba antes, porque suponía, como los ingenuos, y yo era ingenuo, que esa sonrisa dedicada a las preocupaciones de soñar y decir era un efluvio de una sensación íntima de superioridad. Es solamente un estallido de diferencia. Y, si antes consideraba yo esa sonrisa como un insulto, porque implicase una superioridad, hoy la considero como una duda inconsciente; como los hombres adultos reconocen muchas veces en los niños una agudeza de espíritu superior a la suya, así nos reconocen, a nosotros que soñamos y lo decimos, un algo diferente del que desconfían como extraño. Quiero creer que, muchas veces, los más inteligentes de entre ellos entrevén nuestra superioridad; y entonces sonríen superiormente para ocultar que la entrevén.

Pero esa superioridad nuestra no consiste en aquello que tantos soñadores han considerado como la superioridad propia. El soñador no es superior al hombre activo porque el sueño sea superior a la realidad. La superioridad del soñador consiste en que soñar es mucho más práctico que vivir, y en que el soñador extrae de la vida un placer mucho más vasto mucho más variado que el hombre de acción. En mejores y más directas palabras, el soñador es quien es el hombre de acción.

Siendo la vida esencialmente un estado mental, y todo cuanto hacemos o pensamos, válido para nosotros en la proporción en que lo pensamos válido, depende de nosotros la valorización. El soñador es un emisor de billetes, y los billetes que emite circulan por la ciudad de su espíritu del mismo modo que los de la realidad. ¿Qué me importa que el papel moneda de mi alma no sea nunca convertible en oro, si no hay oro nunca en la alquimia facticia de la vida? Después de todos nosotros viene el diluvio, pero es sólo después de todos nosotros. Mejores, y más felices, los que, reconociendo la ficción de todo, hacen la novela antes que les sea hecha, y, como Maquiavelo, visten los trajes de la corte para escribir bien en secreto.

15-5-1930.

323

El placer de elogiarnos a nosotros mismos...

324

INT[ERVALO] DOL[OROSO]

Ni en el orgullo encuentro consolación. De qué enorgullecerme si no soy el creador de mi mismo. Y aunque haya en mí de qué envanecerme, cuánto para no envanecerme.

Yazgo mi vida. Y no sé hacer con el sueño el gesto de levantarme, tan hasta el alma estoy desnudo de saber hacer un esfuerzo.

Los hacedores de sistemas metafísicos, los (...) de explicaciones psicológicas son todavía peores en el sufrimiento. Sistematizar, explicar, ¿qué es sino (...) y construir? Y todo esto -componer, disponer, organizar- qué es sino esfuerzo realizado -¡y cuán desoladoramente es eso vida!

Pesimista, yo no lo soy. Dichosos los que consiguen traducir a lo universal su sufrimiento. Yo no sé si el mundo es triste o malo ni eso me importa, porque lo que los demás sufren me resulta aburrido e indiferente. Una vez que no lloren o giman, lo que me irrita y molesta, ni un encoger de hombros tengo –tan hondo me pesa mi desdén por ello para su sufrimiento.

Pero soy quien cree que la vida es medio luz medio sombras. Y no soy pesimista. No me quejo del horror de la vida. Me quejo del horror de la mía. El único hecho importante para mí es el hecho de que yo existo y de que yo sufro y de no poder siquiera soñarme del todo por fuera de mi sentir sufriendo.

Soñadores felices son los pesimistas. Forman el mundo a su imagen y, así, siempre consiguen estar en casa. A mí, lo que me duele más es la diferencia entre el ruido y la alegría del mundo y mi tristeza y mi silencio aburrido.

La vida, con todos sus dolores y recelos y vaivenes, debe ser buena y alegre, como para un viaje en diligencia para quien va acompañado (y lo puede ver).

Ni, por lo menos, puedo sentir mi sufrimiento como una señal de Grandeza. No sé lo que es. Pero sufro por cosas tan despreciables, me hieren cosas tan triviales, que no oso insultar con esa hipótesis a la hipótesis de que yo pueda tener genio.

La gloria de un poniente bello, con su belleza me entristece. Ante ellos, yo digo siempre; ¡qué contento debe sentirse quien es feliz al ver esto!

Y este libro es un gemido. Una vez escrito él, el *Só* ya no es el libro más triste que hay en Portugal.

Al lado de mi dolor, todos los demás dolores me parecen falsos o mínimos. Son dolores de gente feliz y dolores de gente que vive y se queja. Los míos son los de quien se encuentra un encarcelado en la vida, aparte...

Entre mí y la vida...

De manera que veo todo lo que angustia. Y todo lo que alegra no lo siento. Y me he dado cuenta de que el mal más se ve que se siente, la alegría más se siente que se ve. Porque no pensando, no viendo, cierto contentamiento se adquiere, como el de los místicos y el de los bohemios y el de los /canallas/. Pero todo, al final, entra [en] casa por la ventana de la observación y por la puerta del pensamiento.

325

SEN[TIMIEN]TO APOCALÍPTICO

Pensando que cada paso en mi vida era el contacto con el horror de lo Nuevo, y que cada nueva persona que yo conocía era un nuevo fragmento vivo de lo desconocido que yo ponía encima de mi mesa para una cotidiana meditación horrorizada, decidí abstenerme de todo, no avanzar hacia nada, reducir la acción al mínimo, hurtarme lo más posible a que yo fuese encontrado ya por los hombres, ya por los acontecimientos, refinar la abstinencia y bizantinizar la abdicación. Tanto (el) vivir me horroriza y me tortura.

Decidirme, terminar algo, salir de lo dudoso y de lo oscuro, son cosas [que] se me figuran catástrofes, cataclismos universales.

Siento a la vida en apocalipsis y cataclismo. Cada día, aumenta en mi la incompetencia para siquiera esbozar gestos para concebirme siquiera en situaciones claras de realidad.

La presencia de los otros -tan inesperado de alma en todo momento- cada día me resulta más dolorosa y angustiadora. Hablar de los demás me recorre de escalofríos. Si muestran interés por mí, huyo. Si me miran, me estremezco. Si (...)

Estoy perpetuamente a la defensiva. Me quejo a la vida y a los demás. No puedo mirar a la realidad frente a frente. El propio sol ya me desanima y me desoía. Sólo de noche, y de noche a solas conmigo, ajeno, olvidado, perdido -sin atadura con la realidad ni parte con la utilidad- me encuentro y me consuelo.

Tengo frío de la vida. Todo es cuevas húmedas y catacumbas sin luz en mi existencia. Soy la gran derrota del último ejército que defendía al último imperio. Me sé al final de una civilización antigua y dominadora. Estoy solo y abandonado, yo que me parece que solía mandar a otros. Estoy sin amigo, sin guía, yo a quien siempre habían guiado otros.

Algo pide en mí compasión eternamente -y llora sobre mi como sobre un dios muerto, sin altares en su culto, cuando la venida cándida de los bárbaros moceó en las fronteras y la vida vino a pedir cuentas al imperio de lo que había hecho de su alegría.

Siento siempre recelo de que hablen de mí. He fracasado en todo. Nada he osado siquiera pensar en ser; pensar que lo desearía ni siquiera lo he soñado porque en el propio sueño me he conocido incompatible con la vida, hasta en mi estado visionario de soñador solamente.

Ni un sentimiento levanta mi cabeza de la almohada donde la hundo por no poder con el cuerpo, ni con la idea de que vivo, o siquiera con la idea absoluta de la vida.

No hablo la lengua de las realidades, y entre las cosas de la vida me tambaleo como un enfermo que ha guardado mucha cama y que se levanta por primera vez. Sólo en la cama me siento en la vida normal. Cuando llega la fiebre, me agrada como cosa natural (...) a mi estar recostado. Como una llama al viento, tiemblo y me aturdo. Sólo en el aire muerto de los cuartos cerrados respiro la normalidad de mi vida.

Ni una añoranza me queda ya de las caracolas a la orilla de los mares. Me he comparado con tenerme a mi alma por convento y no ser yo para mi más que otoño sobre los descampados secos, sin más /vida viva/ que un reflejo vivo como una luz que termina en la obscuridad endovelada (*sic*) de los estanques, sin más esfuerzo y color que el esplendor violeta -exilio del final del poniente sobre los montes.

En el fondo, ningún otro placer que el análisis del dolor, ni otra voluptuosidad, que la del culebrear liquido y doliente de las sensaciones cuando se desmenuzan y se descomponen -leves pasos en la sombra incierta, suaves al oído, y nosotros ni nos volvemos para saber de quién son, vagos cantos lejanos, cuyas palabras no tratamos de captar, pero donde nos arrulla más lo indeciso de lo que dirán y la incertidumbre del lugar de donde vienen; tenues secretos de aguas pálidas, que llenan de lejanías leves los espacios (...) y nocturnos; campanillas de carros lejanos ¿regresando a dónde? y qué alegrías allá dentro que no se oyen aquí, somnolientos en el torpor tibio de la tarde donde el verano se olvida en otoño. Han muerto las flores del jardín y, marchitas, son otras flores -más antiguas, más nobles, más coevas en amarillo muerto del misterio y el silencio y el abandono. Las culebras de agua que afloran en los estanques tienen su razón para los sueños. ¿Croar distante de las ranas? ¡Oh campo muerto en mi! ¡Oh sosiego rústico pasado en sueños! ¡Oh mi vida fútil como un campesino que no trabaja y duerme al borde de los caminos con el aroma de los prados entrándole en el alma como una niebla, en un sonido translúcido y fresco, hondo y lleno de entender en todo que nada ata a nada, nocturno, ignorado, nómada y cansado bajo la compasión fría de las estrellas.

Sigo el curso de mis sueños, haciendo de las imágenes escalones para otras imágenes; desplegando, como un abanico, las metáforas casuales en grandes cuadros de visión interior; desato de mí a la vida, y la desecho como a un traje que aprieta. Me oculto entre los árboles lejos de los caminos. Me pierdo. Y logro, durante unos momentos que corren levemente, olvidar el gusto a vida, dejar [...] de luz y de bullicio y acabar conscientemente, absurdamente por las sensaciones, como un imperio en ruinas angustiadas, y una entrada entre pendones y tambores de victoria en una gran ciudad final donde no lloraría nada, ni desearía nada y ni a mí mismo pediría el ser.

Me duelen las superficies de los azules de los estanques que he creado en sueños. Es mía la palidez de la luna que entreveo sobre paisajes de florestas. Es mi cansancio el otoño de los cielos estancados que recuerdo y no he visto nunca. Me pesa toda mi vida muerta, todos mis sueños faltos, todo lo mío no ha sido mío, en el azul de mis cielos interiores, en el vibrar a la vista del correr de mis ríos del alma, en el vasto e inquieto sosiego de los trigos de las planicies que veo y que no veo.

Una jícara de café; un tabaco que se fuma y cuyo aroma nos atraviesa, los ojos casi cerrados en un cuarto en penumbra... no quiero más de la vida que mis sueños y esto... ¿Que si es poco? No lo sé. ¿Sé yo acaso lo que es poco o lo que es mucho?

Cómo me gustaría ser otro allá por la tarde de verano... Abro la ventana. Todo allá fuera es suave, pero me aflige como un dolor inconcreto, como una sensación vaga de descontento.

Y una última cosa me hiere, me rasga, me destroza el alma toda. Es que yo, a esta hora, a esta ventana, ante estas cosas tristes y suaves, debía ser una figura estética, bella, como una figura de un cuadro -y no lo soy, ni esto soy...

La hora, que pase y olvide... La noche, que venga, que crezca, que caiga sobre todo y nunca se levante. Que esta alma sea mi túmulo para siempre, y que (...) si absoluto en tinieblas, y yo nunca piense vivir sintiendo y deseando.

326

... y un profundo y tedioso desdén por todos cuantos trabajan para la humanidad, por todos cuantos se baten por la patria y dan su vida para que la civilización continúe...

... un desdén lleno de tedio por ellos, que desconocen que la única realidad para cada uno es su propia alma, y el resto –el mundo exterior y los demás- una pesadilla inestética, como un resultado de los sueños de la indigestión del espíritu.

Mi aversión hacia el esfuerzo se excita hasta el horror casi gesticulante ante todas las formas de esfuerzo violento. Y la guerra, el trabajo productivo y enérgico, la ayuda a los demás (...) todo esto no me parece más que el producto de un impudor, (...)

Y, ante la realidad suprema de mi alma, todo lo que es útil y exterior me sabe a frívolo y trivial ante la soberana y pura grandeza de mis más vivos y frecuentes sueños. Esos, para mi, son más reales.

327

Es noble ser tímido, ilustre no saber hacer, grande no tener habilidad para vivir.

Sólo el Tedio, que es un alejamiento, y el Arte, que es un desdén, doran de una semejanza de contentamiento nuestra (...)

Los fuegos fatuos que nuestra podredumbre /genera/ son al menos luz en nuestras tinieblas.

Sólo la desventura elemental y el tedio puro de las desventuras continuas, es heráldica como lo son los descendientes de los héroes lejanos.

Soy un pozo de gestos que ni en mí se han esbozado todos, de palabras que no he pensado poniendo curvas en mis labios, de sueños que me he olvidado de soñar hasta el final.

Soy ruinas de edificios que nunca han sido más que esas ruinas, que alguien se hurtó, en medio del construirlas, de pensar en quién construyó.

No nos olvidemos de odiar a los que gozan porque gozan, de despreciar a los que son alegres, porque no supimos nosotros ser alegres como ellos... Ese sueño falso, ese odio flaco no es sino el pedestal tosco y sucio de la tierra en que se apoya, sobre el cual, altiva y única, la estatua de nuestro Tedio se yergue, oscuro bulto cuya faz una sonrisa impenetrable nimba vagamente de secreto.

Benditos los que no confían la vida a nadie.

328

La dulzura de no tener familia ni compañía, ese suave gusto como el del exilio, en que sentimos al orgullo del destierro desdibujarnos en una voluptuosidad inconstante la vaga inquietud de estar lejos -todo esto lo disfruto a mi modo indiferentemente. Porque uno de los detalles característicos de mi actitud espiritual es que la atención no debe ser cultivada exageradamente, e incluso el sueño debe ser mirado altivamente, con una conciencia aristocrática de estar haciéndole existir. Dar demasiada importancia al sueño sería dar demasiada importancia, a fin de cuentas, a una cosa que se ha separado de nosotros, que se ha erigido, conforme ha podido, en realidad, y que, por eso, ha perdido el derecho absoluto a nuestra delicadeza para con ella.

Las figuras imaginarias tienen más relieve y verdad que las reales.

Mi mundo imaginario ha sido siempre el único mundo verdadero para mí. Nunca he tenido amores tan reales, tan llenos de vigor de sangre y de vida como los que he tenido con figuras que yo mismo he creado. ¡Qué pena! Siento añoranzas de ellos, porque, como los demás, pasan..

329

Las frases que nunca escribiré, los paisajes que no podré describir nunca, con qué claridad las dicto cuando, recostado, no pertenezco, sino lejanamente, a la vida. Cincelo frases enteras, perfectas palabra por palabra, contexturas de dramas se me narran construidas en el espíritu, siento el movimiento métrico y verbal de grandes poemas en todas las palabras, y un gran [...] como un esclavo al que no veo, me sigue en la penumbra. Pero si diese un paso, desde la silla donde yazgo entre sensaciones casi realizadas, hacia la mesa donde querría escribirlas, las palabras huyen, los dramas mueren, del nexo vital que unió al murmullo rítmico no queda más que una añoranza lejana, un resto de sol sobre unos montes alejados, un viento que eleva a las hojas al lado del umbral desierto, un parentesco nunca revelado, la orgía de los demás, la mujer que nuestra intuición dice que mirarla para atrás, y que nunca llega a existir.

Proyectos, los he tenido todos. La Ilíada que he compuesto tenía una lógica de impulso, una concatenación orgánica de epodos que Homero no podía conseguir. La perfección estudiada de mis versos por completar en palabras deja pobre a la precisión de Virgilio y débil a la fuerza de Milton. Las sátiras alegóricas que he hecho excedían todas a Swift en la precisión simbólica de los detalles exactamente fijados. ¡Cuántos /Verlaines/ y cuántos Horacios he sido!

Y siempre que me levanto de la silla donde, en verdad, estas cosas no han sido absolutamente soñadas, he tenido [*sic*] la doble tragedia de saberlas nulas y de saber que no han sido todas sueño, que algo ha quedado de ellas en el umbral abstracto de pensar yo, y ellas ser.

He sido genio más que en los sueños y menos que en la vida. Mi tragedia es ésta. He sido el corredor que se cayó casi en la meta, cuando era, hasta allí, el primero.

330

Vivir del sueño y para el sueño, deshaciendo el universo y recomponiéndolo (distraídamente) confiere más apego a nuestro momento de soñar. Hacer esto consciente, muy conscientemente, concede la inutilidad y (...) de hacerlo. Ignorar la vida con todo el cuerpo, perderse en la realidad con todos los sentidos, abdicar del amor con toda el alma. Llenar de arena vana los cántaros de nuestra ida a la fuente y verterlos para volver a llenar y verter, futilísimamente.

Tejer guirnaldas para, una vez terminadas, deshacerlas totalmente y minuciosamente.

Coger pinturas y mezclarlas en la paleta sin tela ante nosotros en la que poder pintar. Mandar traer piedra para burilar sin tener buril ni ser escultor. Hacer de todo un absurdo, perfeccionar haciéndolas fútiles todas nuestras estériles horas Jugar a escondidas con nuestra conciencia de vivir.

Esculpir en silencio nulo todos nuestros sueños de hablar. Estancar en torpor todos nuestros pensamientos en acción.

Oir a las horas decirnos que existimos con una sonrisa encantada e incrédula. Ver al Tiempo pintar el mundo y encontrar al cuadro, no sólo falso, sino hueco.

Pensar en frases que se contradigan, hablando alto con sonidos que no son sonidos y colores que no son colores. Decir y comprenderlo, lo que es además imposible -que tenemos conciencia de no tener conciencia, y que no somos lo que somos. Explicar todo esto mediante un sentido oculto y paradoja que las cosas tengan en su aspecto otro-lado y divino, y no creer demasiado en la explicación para que no tengamos que abandonarla. Y sobre todo esto, como un cielo uno y azul, el horror de vivir paria y enajenadamente.

Pero los paisajes soñados son apenas humos de paisajes conocidos y el tedio de soñarlos también es casi tan grande como el tedio de mirar al mundo.

(Posterior a 1913.)

331

Por lo demás, yo no sueño, yo no vivo, salvo la vida real. Todas las naves son naves de sueño siempre que esté en nosotros el poder de soñar(las). Lo que mata al soñador es no vivir cuando sueña; lo que hiere al [...] es no soñar cuando vive. Yo /he fundido/ en un color uno de felicidad la belleza del sueño y la realidad de la vida. Por más que poseamos un sueño, nunca se posee un sueño tanto como se posee el pañuelo que se tiene en el bolsillo, o, si queremos, como se posee nuestra propia carne.

Por más que se viva la vida en plena [...] y triunfante acción, nunca desaparecen el (...) del contacto con los demás, el tropezar en obstáculos, aunque mínimos, el sentir transcurrir al tiempo.

Matar al sueño es matarnos. Es mutilar nuestra alma. El sueño es lo que tenemos de realmente nuestro, de impenetrablemente e inexpugnablemente nuestro.

El Universo, la Vida -sea eso real o ilusión- es de todos, todos pueden ver lo que yo veo, y poseer lo que yo poseo -o, por lo menos, puede concebirse viéndolo y pasando y eso es

Pero lo que yo sueño nadie puede verlo sino yo, nadie, de no ser yo, poseerlo. Y si, desde el mundo exterior, mi verlo difiere de como otros lo ven, eso procede de lo que de mi sueño pongo en verlo sin querer, de lo que de mi sueño se pega a mis ojos y a mis oídos.

332

Mis sueños: como me creo amigos al soñar, ando con ellos. Su imperfección otra, (...)

333

(a child hand's playing with coton-reels, etc.)

Yo nunca he hecho más que soñar. Ha sido ése, y sólo ése, el sentido de mi vida. Nunca he tenido otra preocupación verdadera que mi escenario. Los mayores dolores de mi vida se me esfuman cuando, abriendo la ventana que da a la calle de mi sueño, puedo olvidarme en la visión de su movimiento.

Nunca he pretendido ser más que un soñador. A quien me ha hablado de vivir nunca le he prestado atención. He pertenecido siempre a lo que no está donde estoy a lo que nunca he podido ser. Todo lo que no es mío, por bajo que sea, ha tenido siempre poesía para mi. Nunca he amado sino a ninguna cosa. Nunca he deseado sino lo que no podía imaginar. A la vida, nunca le he pedido sino que pasase por mí sin que yo la sintiese. /Del amor apenas he exigido que nunca dejase de ser un sueño lejano./ En mis propios paisajes interiores, irreales todos ellos, ha sido siempre lo lejano lo que me ha atraído, y los acueductos que se esfuman -casi en la distanciar de mis paisajes soñados, tenían una dulzura de sueño en relación a las otras partes del paisaje-, una dulzura que hacía que yo pudiese amarlos. Mi /manía/ de crear un mundo falso todavía me acompaña, y sólo cuando muera me abandonará. No alineo hoy en mis gavetas carretes de cuerda y peones de ajedrez -con un alfil o un caballo acaso sobresaliendo- pero me da pena no hacerlo... y alineo en mi imaginación, cómodamente, como quien en el invierno se calienta a la lumbre, figuras que habitan, y son constantes y vivas, mi vida interior. Tengo un mundo de amigos dentro de mi, con vidas propias, reales,, definidas e imperfectas.

Algunos pasan dificultades, otros llevan una vida bohemia, pintoresca y humilde. Hay otros que son viajantes de comercio. (Poder soñarme viajante de comercio siempre ha sido una de mis grandes ambiciones ¡desgraciadamente irrealizable!-.) Otros viven en aldeas y villas, allá hacia las fronteras de un /Portugal/ que hay dentro de mí; vienen a la ciudad, donde por casualidad los encuentro y reconozco, y les abro los brazos emotivamente. Y cuando sueño esto, y me veo encontrándolos, todo yo me alegro, me realizo, me exalto, me brillan los ojos, abro los brazos y siento la felicidad enorme, real.

¡Ah, no hay añoranzas más dolorosas que las de las cosas que nunca han sido! Lo que siento cuando pienso en el pasado que he tenido en el tiempo real, cuando lloro sobre el cadáver de la vida de mi infancia ida..., eso mismo no llega al fervor doloroso y trémulo con que lloro el que no sean reales las figuras humildes de mis sueños, las mismas figuras secundarias que me acuerdo de haber visto una sola vez, por casualidad, al volver una esquina de mis visiones, al pasar por un portón en una calle que he recorrido por ese sueño.

¡La rabia de que la nostalgia no pueda revivir y levantarse nunca es tan lacrimosa contra Dios que ha creado imposibilidades, como cuando medito que mis amigos de sueño, con quienes he compartido tantos pormenores de una vida supuesta, con quien tantas conversaciones iluminadas, en cafés imaginarios, he tenido, no han pertenecido, al final, a ningún espacio en el que pudiesen ser, realmente, con independencia de mi conciencia de ellos!

¡Oh, el pasado muerto que traigo conmigo y jamás ha estado sino en mí! ¡Las huertas, los pomares, el pinar de la quinta que fue sólo en mi sueño! ¡Mis vacaciones supuestas, mis paseos por un campo que nunca ha existido! Los árboles de al borde de la carretera, los atajos, las piedras, los campesinos que pasan... todo esto, que nunca ha pasado de un sueño, está conservado en mi memoria haciendo de dolor, y yo, que he pasado horas soñándolos, paso después horas recordando haberlos soñado y es, en verdad, nostalgia lo que siento, un pasado que lloro, una vida-real muerta que miro, /solemne/, en su ataúd.

Existen también los paisajes y las vidas que no han sido completamente interiores. Ciertos cuadros, sin subido relieve artístico, ciertos óleo-grabados que había en paredes con las que he convivido muchas horas -pasan a ser realidad dentro de mi. Aquí, la sensación era otra, más hiriente y /triste/. Me quemaba no poder estar allí, fuesen reales o no. ¡No ser yo, al menos, una figura más, dibujada junto a aquel bosque al claro de luna que había en un grabado pequeño de un cuarto donde dormí de más pequeño! ¡No poder pensar que estaba allí oculto, en el bosque a la orilla del río, por aquel claro de luna eterno (aunque mal dibujado), viendo al hombre que pasa en una barca por debajo de la inclinación del sauce! Entonces, el no poder soñar enteramente me dolía. Las facciones de mi nostalgia eran otras. Los gestos de mi desesperación eran diferentes. La imposibilidad que me torturaba pertenecía a otro orden de angustia. ¡Ah, no tener todo esto un sentido en Dios, realización conforme al espíritu de nuestros deseos, no sé dónde, por un tiempo vertical, consubstanciado con la dirección de mis nostalgias y de mis devaneos! ¡No haber, por lo menos sólo para mi, un paraíso

hecho de esto! No poder yo encontrar a los amigos que he soñado, pasear por las calles que he creado, despertar, entre el ruido de los gallos y de las gallinas y el rumorear matutino de la casa, en la quinta en que me supuse... y todo esto más perfectamente organizado por Dios, puesto en ese orden perfecto para existir, en la precisa forma para tenerlo yo, que ni mis propios sueños llegan sino a la falta de [...] conciencia del espacio íntimo que entretienen esas pobres realidades.

Levanto la cabeza de encima del papel en que escribo... Es pronto todavía. Apenas ha pasado el mediodía y es domingo. El mal de la vida, la enfermedad de ser consciente, entra en mi propio cuerpo y me perturba. ¡No haber islas para los incómodos, alamedas vetustas, inencontrables por otros, para los aislados en el soñar! ¡Tener que vivir y, por poco que sea, que hacer cosas; tener que rozarse con el hecho de que haya otra gente, también real, en la vida! Tener que estar aquí escribiendo esto, por serme preciso para el alma el hacerlo, e, /incluso esto/, no poder soñarlo apenas, expresarlo sin palabras, hasta sin conciencia, mediante una construcción de mi mismo en música y desvanecimiento, de modo que me subiesen las lágrimas a los ojos sólo de sentirme expresarme, y yo floreciese, como un río encantado, por lentos declives de mi mismo, cada vez más hacia lo inconsciente y lo Distante, sin sentido ninguno excepto /Dios/.

334

SEGUNDA PARTE

Lo que de primordial hay en mí es la costumbre y la manera de soñar. Las circustancias de mi vida, desde niño solo y tranquilo, otras fuerzas tal vez, moldeándome de lejos, por heredamientos oscuros, a su siniestro corte, han hecho de mi espíritu una constante corriente de devaneos. Todo lo que soy reside en esto, e incluso aquello que en mi parece más lejos de poner de relieve al soñador, pertenece sin escrúpulo al alma de quien únicamente sueña, elevada a su más alto grado.

Quiero, para mi propio gusto de analizarme, ir, a medida que esto me acomode, poniendo en palabras los procesos mentales que en mi son uno solo, ése, el de una vida consagrada al sueño, de un alma educada tan sólo en soñar.

Viéndome desde fuera, como casi siempre me veo, soy un inepto para la acción, perturbado ante el tener que dar pasos y hacer gestos, inhábil para hablar con los demás, sin lucidez interior para entretenerme con lo que provoque esfuerzo a mi espíritu, ni secuencia física para aplicarme a ningún mero mecanismo de entretenimiento trabajando.

Esto es natural que yo sea. El soñador se entiende que sea así. Toda realidad me perturba. El habla de los demás me sumerge en una angustia enorme. La realidad de las demás almas me sorprende constantemente. La vasta red de inconsciencias que es toda acción que veo me parece una ilusión absurda, sin coherencia plausible, nada.

Pero si se cree que desconozco los trámites de la psicología ajena, que yerro en la percepción clara de los motivos y de los íntimos pensamientos de los demás, se producirá un error sobre lo que soy.

Porque yo no soy un soñador, sino que soy exclusivamente un soñador. La costumbre única de soñar me ha proporcionado una extraordinaria nitidez de visión interior. No sólo veo con espantoso y a veces perturbador relieve las figuras y los decorados de mis sueños, sino que con igual relieve veo mis ideas abstractas, mis sentimientos humanos -lo que me queda de ellos-, mis secretos impulsos, mis actitudes psíquicas ante mí mismo. Afirmo que mis propias ideas abstractas, yo las veo en mí, yo las veo con una interior visión real en un espacio interior. Y, así, mis meandros me son más visibles en sus mínimos [*sic*].

Por eso, me conozco enteramente y, a través de conocerme enteramente, conozco enteramente a toda la humanidad. No hay un bajo impulso, como no hay una noble intención que no haya sido relámpago en mi alma; yo sé con qué gestos se muestra cada uno. Bajo las máscaras, que usan las malas ideas, de buenas o indiferentes, incluso dentro de nosotros y por los gestos, las conozco por quienes son. sé lo que en nosotros se esfuerza por engañarnos. Y así, a la mayoría de los que veo los

conozco mejor que ellos a si mismos. Me aplico muchas veces a sondearlos, porque así los vuelvo míos. Conquisto el psiquismo que explico, porque para mí soñar es poseer. Y así se ve cuán natural es que yo, soñador como soy, sea el analítico que me reconozco.

Entre las pocas cosas que me gusta leer, destaco, por eso, las piezas teatrales. Todos los días suceden en mi piezas, y yo conozco a fondo cómo se proyecta un alma en la proyección del Mercator, planamente. Me entretengo poco, además, con esto; tan constantes, vulgares y enormes son los errores de los dramaturgos. Nunca me ha satisfecho ningún drama. Conociendo la psicología humana con una claridad de relámpago que sondea todos los rincones con una sola mirada, el grosero análisis y construcción de los dramaturgos me hiere, y lo poco que leo de este género me disgusta como un borrón de tinta atravesado en la escritura.

Las cosas son la materia de mis sueños; por eso aplico una atención distraídamente superatenta a ciertos detalles de lo Exterior.

Para darle relieve a mis sueños, necesito conocer cómo es cómo los paisajes reales y los personajes de la vida se nos aparecen en relieve. Porque la visión del soñador no es como la visión del que ve las cosas. En el sueño, no se da el posarse la vista sobre lo importante y lo no importante de un objeto que hay en la realidad. Sólo lo importante es lo que ve el sonador. La realidad verdadera de un objeto es sólo parte de él; el resto es el pesado tributo que paga a la materia a cambio de existir en el espacio. De manera semejante, no hay en el espacio realidad para ciertos fenómenos que en el sueño son palpablemente reales. Un ocaso real es imponderable y transitorio. Un ocaso de sueño es fijo y eterno. Quien sabe escribir es el que sabe ver sueños claramente (y es así) o ver en sueños la vida, ver la vida inmaterialmente, sacándole fotografías con la máquina del devaneo, sobre la que los rayos de lo pasado, de lo inútil y de lo circunscrito no tienen acción, y dan negro en la placa espiritual.

En mí, esta actitud, que el mucho soñar me ha enquistado, me hace ver siempre, en la realidad, la parte que es sueño. Mi visión de las cosas suprime siempre en ellas lo que mi sueño no puede utilizar. Y así vivo siempre en sueños, incluso cuando vivo en la vida. Mirar a un ocaso en mí o a un ocaso en lo Exterior es para mí lo mismo, porque veo de la misma manera, puesto que mi visión está cortada igualmente.

Por eso, la idea que me hago de mí es una idea que a muchos les parecerá equivocada. En cierto modo, es equivocada. Pero yo me sueño a mí mismo y escojo de mí lo que es soñable, y me compongo y recompongo de todas las maneras hasta estar bien ante lo que exijo de lo que soy y no soy. A veces, el mejor modo de ver un objeto es anularlo, pero él subsiste, no sé explicar cómo, hecho de materia de negación y anulación; así hago a grandes espacios de mi ser, que suprimidos en mi cuadro de mí, me transfiguran para mi realidad.

¿Cómo, entonces, no me engaño respecto a mis íntimos procesos de ilusión de mí? Porque el proceso que arranca para una realidad más que real un aspecto del mundo o una figura del sueño, arranca también para que sea más real, una emoción o un pensamiento; lo despoja, por tanto, de todo pertrecho de noble o puro cuando, lo que casi siempre sucede, no lo es. Repárese en que mi objetividad es absoluta, la más absoluta de todas. Yo creo el objeto absoluto, con cualidades de absoluto en su concreción. Yo no he huido propiamente de la vida, en el sentido de procurar para mi alma una cama más blanda, sólo he mudado de vida y he encontrado en mis sueños la misma objetividad que encontraba en la vida. Mis sueños -esto lo estudio en otra página- se yerguen independientes de mi voluntad y muchas veces me golpean y me hieren. Muchas veces, lo que he descubierto en mí me desoía, me avergüenza (quizá debido a un resto de humanidad en mí -¿qué es la vergüenza?) y me asusta.

En mí, el devaneo ininterrumpido sustituye a la atención. He pasado a superponer a las cosas vistas, incluso cuando ya soñadamente vistas, otros sueños que llevo conmigo. Distraído ya lo suficiente para hacer bien aquello a lo que llamo ver las cosas en sueños, aun así, porque esa distracción era motivada por un perpetuo devaneo y una, tampoco exageradamente atenta, preocupación por el decurso de mis sueños, superpongo lo que sueño al sueño que veo e intersecciono la realidad ya despojada de la materia con una inmaterialidad absoluta.

De ahí la habilidad que he adquirido de seguir varias ideas al mismo tiempo, observar las cosas y al mismo tiempo soñar asuntos muy diferentes, estar al mismo tiempo soñando un ocaso real sobre el Tajo real y una mañana soñada en un Pacífico interior; y las dos cosas soñadas se intercalan la una en la otra, sin mezclarse, sin propiamente confundir más que el estado emotivo diferente que cada una provoca, y soy como alguien que viese pasar por la calle mucha gente y simultáneamente sintiese dentro las almas de todos -lo que tendría que realizar en una unidad de sensación- al mismo tiempo que veía los varios cuerpos -ese tenía que verlos diferentes- cruzarse en la calle llena de movimientos de piernas.

(Posterior a 1914.)

335

LEYENDA IMPERIAL

Mi Imaginación es una ciudad en el Oriente. Toda su composición de realidad en el espacio tiene la voluptuosidad de superficie de una alfombra rica y blanda. Las tiendas que multicolorean sus calles se destacan sobre no sé qué fondo /que no es suyo/ como bordados de amarillo o rojo sobre satenes azul clarísimo. /Toda la historia/ progresa, desde esa ciudad vuela en torno a la lámpara de mi sueño una especie de mariposa apenas oída en la penumbra del cuarto. Mi fantasía ha vivido entre pompas otra ocasión y recibido de manos de reinas joyas veladas de antigüedad. Han alfombrado indolencias intimas los arenales de mi existencia y, hálitos de /penumbra/, las algas han flotado a la ostensiva de mis ríos. He sido por eso pórticos de civilizaciones perdidas, fiebres de arabescos en frisos muertos, ennegrecimientos de eternidad en los serpenteos de las columnas partidas, mástiles apenas en los naufragios remotos, escalones sólo de tronos abatidos, velos nada velando, y como velando sombras, fantasmas erguidos del suelo como humos de turíbulos arrojados. Funesto fue mi reinado y lleno de guerras en las fronteras alejadas de mi paz imperial en mi palacio. Próximo siempre al ruido indeciso de las fiestas distantes; procesiones siempre para ir a pasar bajo mis ventanas; pero ni peces de oro encarnado en mis piscinas, ni pomos entre los verdores /parados/ de mi pomar; ni siquiera, pobres chozas donde los otros son felices, el humo de chimeneas de más allá de los árboles, adormecen con baladas de simplicidad el misterio inquieto de mi conciencia de mí.

336

(¿PREFACIO?)

Tengo que escoger lo que detesto -o el sueño, al que odia mi inteligencia, o la acción, a la que repugna mi sensibilidad; o la acción, para la que no he nacido, o el sueño, para el que nadie ha nacido.

Resulta que, como detesto a ambos, no escojo ninguno: pero como tengo, en determinada ocasión, que soñar o hacer, mezclo una cosa con otra.

337

Quien haya leído las páginas de este libro que están antes que ésta, se habrá formado, sin duda, la idea de que soy un soñador. Se habrá engañado si se la formó. Para ser soñador me falta el dinero.

Las grandes melancolías, las tristezas llenas de tedio, no pueden existir sino en un ambiente de comodidad y sobrio lujo. Por eso, al Egeus de Poe, concentrado horas y horas en una absorción

morbosa, lo hace un castillo antiguo, abolengo, donde, más allá de las puertas de la gran sala donde yace la vida, mayordomos invisibles administran la casa y la comida.

El gran sueño requiere ciertas circunstancias sociales. Un día que, embebecido por cierto movimiento rítmico triste de lo que había escrito, me acordé de Chateaubriand, no tardé en acordarme de que yo no era vizconde, ni siquiera bretón. Otra vez que creí sentir, en el sentido de lo que había dicho, una semejanza con Rousseau, no tardó, tampoco, en ocurrírseme que no [habiendol tenido el privilegio de ser hidalgo y castellano, tampoco había tenido el de ser suizo y vagabundo.

Pero, en fin, también hay universo en la Calle de los Doradores. También concede Dios aquí que no falte el enigma de vivir. Y por eso, si son pobres, como el paisaje de carros y cajones, los sueños que consigo extraer de entre las ruedas y las tablas, aun así son para mí lo que tengo, lo que puedo ser.

En otro lugar, sin duda, es donde se producen los ocasos. Pero hasta desde este cuarto piso sobre la ciudad se puede pensar en el infinito. Un infinito con almacenes abajo, es cierto, pero con estrellas al final... Es lo que pienso, en este acabarse de la tarde, junto a la ventana alta, con la insatisfacción del burgués que no soy y con la tristeza del poeta que nunca podré ser.

338

La miseria de mi condición no es estorbada por estas palabras conjugadas con que formo, poco a poco, mi libro casual y meditado. Sobrevivo nulo en el fondo de cada expresión, como un polvo indisoluble en el fondo del vaso en el que sólo se ha bebido agua. Escribo mi literatura como escribo mis asientos: con cuidado e indiferencia. Ante el vasto cielo estrellado y el enigma de muchas almas, la noche del abismo desconocido y el llanto de no comprender nada -ante todo esto, lo que escribo en el libro auxiliar de caja y lo que escribo en este papel del alma son cosas igualmente limitadas a la Calle de los Doradores, muy poco a los grandes espacios millonarios del universo.

Todo esto es sueño y fantasmagoría, y poco vale que el sueño sea asientos como prosa de buen porte. ¿De qué más sirve soñar con princesas que soñar con la puerta de entrada de la oficina? Todo lo que sabemos es una impresión nuestra, y todo lo que somos es una impresión ajena, melodrama de nosotros, que, sintiéndonos, nos constituimos en nuestros propios espectadores activos, en nuestros dioses por licencia de la [...]

339

Ficciones del interludio, cubriendo coloridamente el marasmo y la desidia de nuestra íntima incredulidad.

340

EL COMANDANTE

Nada hay que tan íntimamente revele, que tan completamente interprete la substancia de mi infortunio nato como el tipo de devaneo que, en verdad, más acaricio, el bálsamo que con más íntima frecuencia escojo para mi angustia de existir. El resumen de la esencia de lo que deseo es sólo esto: dormir la vida. Quiero demasiado a la vida para que la pueda desear vivida; quiero demasiado no vivirla para tener respecto a la vida un anhelo demasiado importuno.

Así, es éste, que voy a dejar escrito, el mejor de mis sueños preferidos. Por la noche, a veces, con la casa tranquila porque los dueños hayan salido o se callen, cierro las vidrieras de mis ventanas, las tapo con las pesadas contraventanas; [...] en un traje viejo, me retrepo en la silla profunda, y me fijo

en el sueño de que soy un comandante retirado en un hotel de provincias a la hora de después de la cena, cuando éste sea, con otro más sobrio, el comensal lento que se ha quedado sin motivo.

Supongo que he nacido así. No me interesa la juventud del comandante retirado, ni los destinos militares por los que ha ascendido hasta este anhelo mío. Independientemente del Tiempo y de la Vida, el comandante que me supongo no es posterior a ninguna vida que haya tenido, no tiene ni ha tenido parientes; existe eternamente en ese vivir de ese hotel provinciano, cansado ya de conversaciones sobre anécdotas que le sucedieron con los compañeros en la dilación.

8-10-1919.

341

Por escalones de sueños y cansancios más baja de tu irrealidad, baja y ven a substituir al mundo.

342

Nada pesa tanto como el afecto ajeno -ni el odio ajeno, puesto que el odio es más intermitente que el afecto; siendo una emoción desagradable, tiende, por instinto de quien la siente, a ser menos frecuente. Pero tanto el odio como el amor nos oprime; ambos nos buscan y procuran, no nos dejan (solos).

Mi ideal sería vivirlo todo en plan de novela, reposando en la vida -leer mis emociones, vivir mi desprecio de ellas. Para quien tenga la imaginación a flor de piel, las aventuras de un protagonista de novela son emoción propia suficiente, y más, porque son suyas y nuestras. No hay gran aventura como haber amado a Lady Macbeth con amor verdadero y directo; ¿qué hacer quien no ha amado así sino, por descanso, no amar en esta vida a nadie?

No sé qué sentido tiene este viaje que he sido forzado a hacer, entre una noche y otra noche, en compañía del universo entero. Sé que puedo leer para distraerme. Considero a la lectura como el modo más sencillo de entretener este, lo mismo que otro, viaje; y, de vez en cuando, levanto los ojos del libro donde estoy sintiendo verdaderamente y veo, como un extranjero, el paisaje que huye -campos, ciudades, hombres y mujeres, afectos y añoranzas- y todo esto no es para mi más que un episodio de mi reposo, una distracción inerte en la que descanso los ojos de las páginas demasiado leídas.

Sólo lo que soñamos es lo que verdaderamente somos, porque lo demás, por estar realizado, pertenece al mundo y a todo el mundo. Si realizase algún sueño, tendría celos de él, pues me habría traicionado con el dejarse realizar. He realizado todo cuanto he querido, dice el débil, y es mentira; la verdad es que ha soñado proféticamente todo cuanto la vida ha realizado de él. Nada realizamos. La vida nos arroja como una piedra y vamos diciendo por el aire «Por aquí voy moviéndome».

Sea lo que sea este interludio mimado bajo el proyector del sol y las lentejuelas de las estrellas, no duele por cierto saber que es un interludio; si lo que está más allá de las puertas del teatro es la vida, viviremos; si es la muerte, moriremos, y la pieza nada tiene que ver con eso.

Por eso, nunca me siento tan cerca de la verdad, tan sensiblemente iniciado, como cuando en las raras veces que voy al teatro o al circo: sé entonces que por fin estoy asistiendo a la perfecta figuración de la vida. Y los actores y las actrices, los payasos y los prestidigitadores son cosas importantes y fútiles, como el sol y la luna, el amor y la muerte, la peste, el hambre, la guerra, en la humanidad. Todo es teatro. Ah, ¿quiero la verdad? Voy a seguir con la novela...

15-5-1937

343

Como todo individuo de gran movilidad mental, tengo un amor orgánico y fatal a la fijación. Abomino la vida nueva y el lugar desconocido.

344

La vida es un viaje experimental, hecho involuntariamente. Es un viaje del espíritu a través de la materia y, como es el espíritu quien viaja, es en él donde se vive. Hay, por eso, almas contemplativas que han vivido más intensa, más extensa, más tumultuosamente que otras que han vivido externas. El resultado lo es todo. Lo que se ha sentido ha sido lo que se ha vivido. Uno se recoge de un sueño como de un trabajo visible. Nunca se ha vivido tanto como cuando se ha pensado mucho.

Quien está en el rincón de la sala baila con todos los bailarines. Lo ve todo y, porque lo ve todo, lo vive todo. Como todo, en súmula y ultimidad, es una sensación nuestra, tanto vale el contacto con un cuerpo como su visión o, incluso, su simple recuerdo. Bailo, pues, cuando veo bailar. Digo, como el poeta inglés, al narrar que contemplaba, tumbado en la hierba, a tres segadores: «Un cuarto está segando, y ése soy yo».

Viene todo esto, que va dicho como va sentido, a propósito del gran cansancio, aparentemente sin causa, que ha descendido hoy súbitamente sobre mí. Estoy, no sólo cansado, sino amargado, y la amargura es también desconocida. Estoy, de tan angustiado, al borde del llanto -no de lágrimas que se lloran, sino que se reprimen, lágrimas de una enfermedad del alma, que no de un dolor sensible.

¡Tanto he vivido sin haber vivido! ¡Tanto he pensado sin haber pensado! Pesan sobre mí mundos de violencias paradas, de aventuras tenidas sin movimiento. Estoy harto de lo que nunca he tenido ni tendré, tedioso de dioses por existir. Llevo conmigo las heridas de todas las batallas que he evitado. Mi cuerpo muscular está molido del esfuerzo que no he pensado en hacer.

Empañado, mudo, nulo... El cielo alto es el de un verano muerto, imperfecto. Lo miro como si no estuviese allí. Duermo lo que pienso, estoy echado andando, sufro sin sentir. Mi gran nostalgia lo es de nada, es nada, como el cielo alto que no veo, y que estoy mirando impersonalmente.

26-3-1932

345

Todos aquellos incidentes desgraciados de nuestra vida en los que hemos sido o ridículos, o despreciados, o embarazosos, considerémoslos, a la luz de nuestra serenidad íntima, como incomodidades de viaje. En este mundo, viajeros, voluntarios o involuntarios entre nada y nada o entre todo y todo, somos solamente pasajeros que no deben dar demasiado relieve a los percances del recorrido, a las contundencias de la trayectoria. Me consuelo con esto, no sé si porque me consuelo, si porque hay en esto algo que me consuele. Pero la consolación ficticia se me vuelve verdad si no pienso en ella.

Además, ¡hay tantas consolaciones! Existe el cielo alto, limpio y sereno, donde flotan siempre nubes imperfectas. Existe la brisa leve, que agita las ramas duras de los árboles, si es en el campo; que hace oscilar las ropas tendidas, en los cuartos pisos, o quintos, si es en la ciudad. Existe el calor o el fresco, si los hay, y siempre, en el fondo, viene [...] con su nostalgia, o su esperanza, y una sonrisa de magia a la ventana del mundo, lo que deseamos llamando a la puerta de lo que somos, como mendigos que son el Cristo.

23-12-1933.

346

La idea de viajar me provoca náuseas.

Ya he visto todo lo que nunca había visto.

Ya he visto todo lo que todavía no he visto.

El tedio de lo constantemente nuevo, el tedio de descubrir, bajo la falsa diferencia de las cosas y de las ideas, la perenne identidad de todo, la semejanza absoluta entre la mezquita, el templo y la iglesia, la igualdad de la cabaña y del castillo, el mismo cuerpo que es rey vestido y salvaje desnudo, la eterna concordancia de la vida consigo misma, el estancamiento de todo lo que, vivo sólo por moverse, está pasando.

Los paisajes son repeticiones. En un simple viaje en tren inútil y angustiadamente entre la distracción ante el paisaje y la distracción ante el libro que me entretendría si yo fuese otro. Tengo de la vida una náusea vaga, y el movimiento me la acentúa.

Únicamente no hay tedio en los paisajes que no existen, en los libros que nunca he de leer. La vida, para mí, es una somnolencia que no llega al cerebro. A ése lo conservo yo libre para poder estar triste en él.

¡Ah, que viajen los que no existen! Para quien no es nada, como un río, el correr debe ser vida. Pero a los que piensan y sienten, a los que están despiertos, la horrorosa histeria de los trenes, de los automóviles, no les deja dormir ni despertar.

De cualquier viaje, aunque pequeño, regreso como de un sueño lleno de sueños -una confusión túrpida, con las sensaciones pegadas las unas a las otras, borracho de lo que he visto.

Para el reposo, me falta la salud del alma. Para el movimiento, me falta algo que hay entre el alma y el cuerpo; se me niegan, no los movimientos, sino el deseo de tenerlos.

Muchas veces me ha sucedido querer atravesar el río, estos diez minutos del T[erreiro] do Pao a Cailhas. Y casi siempre he tenido como timidez de tanta gente, de mí mismo y de mi propósito. Una u otra vez he ido, siempre oprimido, siempre poniendo solamente el pie en tierra cuando estoy de vuelta.

Cuando se siente de más, el Tajo es el Atlántico sin número, y Caqilhas, otro continente, o hasta otro universo.

347

¿Viajar? Para viajar basta con existir. Voy de día a día, como de estación a estación, en el tren de mi cuerpo, o de mi destino, asomado a las calles y a las plazas, a los gestos y a los rostros, siempre iguales y siempre diferentes como, al final, lo son todos los paisajes.

Si imagino, veo. ¿Qué más hago si viajo? Sólo la debilidad extrema de la imaginación justifica que haya que desplazarse para sentir.

«Cualquier carretera, esa misma carretera de Entepfuhl, te llevará hasta el fin del mundo.» Pero el fin del mundo, desde que el mundo se ha acabado dándole la vuelta, es el mismo Entepfuhl de donde se ha partido. En realidad, el fin del mundo, como el principio, es nuestro concepto del mundo. Es en nosotros donde los paisajes tienen paisaje. Por eso, si los imagino, los creo; si los creo, existen; si existen, los veo como a los otros. ¿Para qué viajar? En Madrid, en Berlín, en Persia, en la China, en ambos Polos, ¿dónde estaría yo sino en mi mismo, y en el tipo y género de mis sensaciones?

La vida es lo que hacemos de ella. Los viajes son los viajeros. Lo que vemos no es lo que vemos, sino lo que somos.

348

El único viajero con alma verdadera que he conocido era un chico de la oficina que había en otra casa en la que, en tiempos, estuve empleado. Este muchachito coleccionaba folletos de propaganda de ciudades, países y compañías de transportes; tenía mapas -unos arrancados de periódicos, otros que pedía aquí y allí-; tenía, recortadas de diarios y de revistas, ilustraciones de paisajes, grabados de costumbres exóticas, retratos de barcos y navíos. Iba a las agencias de turismo, en nombre de una oficina hipotética, o quizás en nombre de cualquier oficina existente, posiblemente la misma en que estaba, y pedía folletos sobre viajes a Italia, folletos de viajes a la India, folletos con las combinaciones entre Portugal y Australia.

No sólo era el mayor viajero, por ser el más verdadero, que he conocido: era también una de las personas más felices que me ha sido dado encontrar. Me da pena no saber lo que ha sido de él o, en realidad, supongo solamente que debería darme pena; en realidad, no me da, pues hoy, cuando han pasado diez años, o más, sobre el breve tiempo en que le conocí, debe ser un hombre, estúpido, cumplidor de sus deberes, quizá casado, sustentáculo social de cualquiera -muerto, en fin, en su misma vida. Hasta es posible que haya viajado con el cuerpo, él, que tan bien viajaba con el alma.

Me acuerdo de repente: él sabia exactamente por qué vías férreas se iba de París a Bucarest, por qué vías férreas se recorría Inglaterra y, a través de las pronunciaciones equivocadas de los nombres extraños, estaba la certeza aureolada de su grandeza de alma. Hoy, sí, debe haber subsistido para muerto, pero tal vez un día, de viejo, se acuerde de que es no sólo mejor, sino más verdadero, soñar con Burdeos que desembarcar en Burdeos.

Y, entonces, tal vez todo esto tuviese otra explicación cualquiera, y él estuviese solamente imitando a alguien. O... Si, creo a veces, al considerar la diferencia hedionda entre la inteligencia de los niños y la estupidez de los adultos, que somos acompañados durante la infancia por un espíritu de la guarda, que nos presta su propia inteligencia astral y que después, tal vez con pena, pero debido a una ley alta, nos abandona, como las madres animales a las crías crecidas, a la ceba que es nuestro destino.

349

Hay una erudición del conocimiento, que es propiamente lo que se llama erudición, y hay una erudición del entendimiento, que es lo que se llama cultura. Pero hay también una erudición de la sensibilidad.

La erudición de la sensibilidad nada tiene que ver con la experiencia de la vida. La experiencia de la vida nada enseña, lo mismo que la historia nada informa. La verdadera experiencia consiste en restringir el contacto con la realidad y aumentar el análisis de ese contacto. Así, la sensibilidad se ensancha y profundiza, porque en nosotros está todo; basta que lo busquemos y lo sepamos buscar.

¿Qué es viajar, y para qué sirve viajar? Cualquier ocaso es el ocaso; no es menester ir a verlo a Constantinopla. ¿La sensación de liberación que nace de los viajes? Puedo sentirla saliendo de Lisboa hacia Benfica, y sentirla más intensamente que quien va de Lisboa a la China, porque si la liberación no está en mí, no está, para mí, en ninguna parte. «Cualquier carretera -ha dicho Carlyle-, hasta esta carretera de Entepfuhl, te lleva hasta el fin del mundo.» Pero la carretera de Entepfuhl, si se la sigue toda, hasta el final, vuelve a Entepfuhl; de modo que el Entepfuhl, donde ya estábamos, es ese mismo fin del mundo que íbamos a buscar.

Condillac comienza su libro célebre: «Por más alto que subamos y más bajo que bajemos, nunca salimos de nuestras sensaciones». Nunca desembarcamos de nosotros. Nunca llegamos a otro sino otrándonos mediante la imaginación sensible de nosotros mismos. Los verdaderos paisajes son los que nosotros mismos creamos, porque así, siendo dioses de ellos, los vemos como verdaderamente son,

que es como han sido creados. No es ninguna de las siete partidas del mundo la que me interesa y puedo verdaderamente ver; la octava partida es la que recorro y es mía.

Quien ha cruzado todos los mares ha cruzado tan sólo la monotonía de si mismo. Ya he cruzado más mares que todos. Ya he visto más montañas que las que hay en la tierra. He pasado ya por ciudades más que existentes, y los grandes ríos de ningunos mundos han fluido, absolutos, bajo mis ojos contemplativos. Si viajase, encontraría la copia débil de lo que ya había visto sin viajar.

En los países que visitan los demás, los visitan anónimos y peregrinos. En los países que he visitado, he sido, no sólo el placer oculto del viajero desconocido, sino la majestad del rey que allí reina, y el pueblo cuya costumbre allí habita, y la historia entera de aquella nación y de las demás. Los mismos paisajes, las mismas casas, yo los he visto porque los he sido, hechos en Dios con la substancia de mi imaginación.

350

La renuncia es la liberación. No querer es poder.

¿Qué puede darme la China que mi alma no me haya dado ya? Y si mi alma no me lo puede dar, ¿cómo me lo dará la China, si es con mi alma como veré la China, si la veo? Podré ir a buscar riqueza al Oriente, pero no riqueza del alma, porque la riqueza de mi alma soy yo, y estoy donde estoy, sin Oriente o con él.

Comprendo que viaje quien es incapaz de sentir. Por eso son siempre tan pobres como libros de experiencia los libros de viajes, que valen solamente por la imaginación de quien los escribe. Y si quien los escribe tiene imaginación, tanto nos puede encantar con la descripción minuciosa, fotográfica pelo por pelo, de paisajes que ha imaginado como con la descripción, forzosamente menos minuciosa, de los paisajes que ha supuesto ver. Somos todos miopes, excepto hacia dentro. Sólo el sueño ve con (el) mirar.

En el fondo, hay en nuestra experiencia de la tierra dos cosas sólo: lo universal y lo particular. Describir lo universal es describir lo que es común a toda alma humana y a toda experiencia humana -el cielo vasto, con el día y la noche que acontecen dentro de él; el correr de los ríos -todos de la misma agua sororal y fresca; los mares, montañas trémulamente extensas, que guardan la majestad de la altura en el secreto de la profundidad; los campos, las estaciones, las casas, las caras, los gestos; el traje y las sonrisas; el amor y las guerras; los dioses, finitos e infinitos; la Noche sin forma, madre del origen del mundo; el Hado, el monstruo intelectual que lo es todo... Al describir esto, o cualquier cosa universal como esto, hablo con el alma el lenguaje primitivo y divino, el idioma adámico que todos entienden. ¿Pero qué lenguaje astillado y babélico hablaría yo cuando describiese el Ascensor de Santa Justa, la catedral de Reims, los calzones zuavos, la manera como el portugués se pronuncia en Trasosmontes? Estas cosas son accidentes de superficie; pueden sentirse con el andar pero no con el sentir. Lo que en el Ascensor de Santa Justa es lo Universal es la mecánica que facilita el mundo. Lo que en la catedral de Reims es verdad no es la catedral de Reims, sino la majestad religiosa de los edificios consagrados al conocimiento de la profundidad del alma humana. Lo que en los calzones de los zuavos es eterno es la ficción colorida de los trajes, lenguaje humano que crea una simplicidad soial que es a su manera una nueva desnudez. Lo que en las pronunciaciones locales es universal es el timbre casero de las voces de la gente que vive con espontaneidad la diversidad de los seres juntos, la sucesión multicolor de las maneras, las diferencias de los pueblos, y la vasta variedad de las naciones.

Transeúntes eternos por nosotros mismos, no hay paisaje sino el que somos. Nada poseemos, porque ni a nosotros poseemos. Nada tenemos porque nada somos. ¿Qué manos extenderé hacia el universo? El universo no es mío: soy yo.

(¿1930?)

351

Me gustaría estar en el campo para que me pudiera gustar estar en la ciudad. Me gusta, sin eso, estar en la ciudad aunque con eso mi gusto seria dos.

352

Todo paisaje /no/ está en parte ninguna.

353

LA DIVINA ENVIDIA

Siempre que tengo una sensación agradable en compañía de otros, les envidio la parte que han tenido en esa sensación. Me parece un impudor que ellos sintiesen lo mismo que yo, que invadiesen mi alma por intermedio del alma, unisonamente sintiendo, de ellos.

La gran dificultad del orgullo que para mí ofrece la contemplación de los paisajes es la dolorosa circunstancia de que es seguro que ya los haya contemplado alguien con una mirada igual.

A horas diferentes, es cierto, y en otros días. Pero me hacen notar cómo seria acariciarme y amansarme con una escolástica que soy superior a merecer. Sé que poco importa la diferencia, que con el mismo espíritu al mirar, otros han tenido ante el paisaje un modo de ver, no como, sino parecido al mío.

Me esfuerzo por eso en alterar siempre lo que veo de una manera que lo torne irrefragablemente mío -de alterar, mintiendo- el momento bello y en el mismo orden de línea de belleza, la línea del perfil de las montañas; en sustituir ciertos árboles y flores por otros, vastamente los mismos diferentísimamente; en ver otros colores de efecto idéntico en el ocaso -y así creo, por como estoy educado, y con el propio gesto de mirar con que espontáneamente veo, un modo interior de lo exterior.

Esto, sin embargo, es el grado ínfimo de substitución de lo visible. En mis buenos y abandonados momentos de sueño invento mucho más.

Hago al paisaje tener para mí los efectos de la música, evocarme imágenes -curioso y dificilísimo triunfo del éxtasis, tan difícil porque el agente evocativo es del mismo orden de sensaciones que lo que ha de evocar. Mi triunfo máximo en el género fue cuando, a cierta hora ambigua de aspecto y luz, al mirar al Muelle del Sodré, claramente lo vi una pagoda china con extraños cascabeles en las puntas de los tejados como sombreros absurdos -curiosa pagoda china pintada en el espacio, en el espacio-satén, no sé cómo, en el espacio que hace perdurar a la abominable tercera dimensión.

Y el momento me huele verdaderamente y un [...] y lejano y con esa gran envidia de realidad...

354

Cada vez que viajo, viajo /inmenso/. El cansancio que traigo conmigo de un viaje en tren a Cascaes es como si fuese el de haber, en ese poco tiempo, recorrido los paisajes de campo y ciudad de cuatro o cinco países.

Cada casa por la que paso, cada chalet, cada casita aislada encalada de blanco y de silencio -en cada una de ellas me concibo viviendo, primero feliz, después aburrido, cansado después; y siento que habiéndola abandonado, llevo en mí una nostalgia enorme del tiempo que allí he vivido. De modo que

todos mis viajes son una cosecha dolorosa y feliz de grandes alegrías, de tedios enormes, de innumerables falsas nostalgias.

Además, al pasar delante de casas, de «villas», de chalets, voy viviendo en mi todas las vidas domésticas al mismo tiempo. Soy el padre, la madre, los hijos, los primos, la criada y el primo de la criada, al mismo tiempo y todo junto, mediante el arte especial que tengo de sentir al mismo [tiempo] varias sensaciones diferentes, de vivir al mismo tiempo -y al mismo tiempo por fuera, viéndolas, y por dentro, sintiéndolas- las vidas de varias criaturas.

355

Paisajes inútiles como los que dan la vuelta a las tazas chinas, partiendo del asa y yendo a acabar en el asa, de repente. Las tazas son siempre tan pequeñas... ¿Hacia dónde se prolongaría y con qué (...)de porcelana, el paisaje que no se ha prolongado más allá del asa de la taza?

Es posible a ciertas almas sentir un dolor profundo porque el paisaje pintado en un /abanico/ chino no tenga tres dimensiones.

356

-¿Naufragios? No, nunca he tenido ninguno. Pero tengo la impresión de que en todos mis viajes he naufragado, mi salvación escondida en [...]

-Sueños vagos, luces confusas, paisajes perplejos -he ahí lo que me queda en el alma de tanto como he viajado.

Tengo la impresión de que he conocido momentos de todos los colores, amores de todos los sabores, ansias de todos los tamaños. Me he desmandado por la vida, y nunca me he bastado ni me he soñado bastándome.

-Necesito explicar que he viajado realmente. Pero todo me sabe a constarme que he viajado, pero no he vivido. He llevado de un lado a otro, de norte a sur... de este a oeste, el cansancio de haber tenido un pasado, el desasosiego de estar viviendo el presente, y el tedio detener que tener un futuro. Pero tanto me esfuerzo que me quedo en el presente al matar dentro de mi al pasado y al futuro.

-He pasado por las orillas de los ríos cuyo nombre me he encontrado ignorando. En las mesas de los cafés de las ciudades visitadas, me descubrí notando que todo me sabia a sueño, a vago. ¡He llegado a tener a veces la duda de si no continuaba sentado a la mesa de nuestra casa antigua, universal y deslumbrado por sueños! No puedo afirmarle que esto no suceda, que ahora no esté allí todavía, que todo esto, incluyendo esta conversación con usted, no sea /falso/ y supuesto. ¿Qué es usted? Se da el caso también absurdo de no poder explicarlo...

357

No desembarcar no tiene muelles donde se desembarque. Nunca llegar implica no llegar nunca.

358

La idea de viajar me seduce por translación, como si fuese la idea propia para seducir a alguien que no fuera yo. Toda la vasta visibilidad del mundo me recorre, en un movimiento de tedio coloreado, la imaginación despierta; esbozo un deseo como quien ya no quiere hacer gestos, y el cansancio

anticipado de los paisajes posibles me aflige, como un viento torpe, a flor del corazón que se ha estancado.

Y como los viajes las lecturas, y como las lecturas todo... Sueño una vida erudita, entre la familiaridad muda de los antiguos y de los modernos, renovando las emociones mediante las emociones ajenas, llenándome de pensamientos contradictorios en la contradicción de los meditadores y de los que casi han pensado, que son la mayoría de los que han escrito. Pero sólo la idea de leer se me desvanece si tomo de encima de la mesa un libro cualquiera, el hecho físico de tener que leer me anula la lectura... Del mismo modo se me marchita la idea de viajar si acaso me aproximo a donde pueda haber un embarque. Y regreso a las dos cosas nulas de las que estoy seguro, de nulo que soy yo también -a mi vida cotidiana de transeúnte desconocido, ya mis sueños como insomnios de despierto.

Y como las lecturas todo... Desde que algo pueda soñarse como interrumpiendo de veras el transcurso de mis días, levanto los ojos de protesta pesada hacia la sílfide que me es propia, esa, pobrecilla que quizá sen a sirena si hubiese aprendido a cantar.

359

El orgullo es la certidumbre emotiva de la grandeza propia. La vanidad es la certidumbre emotiva de que los demás ven en nosotros, o nos atribuyen, tal grandeza. Los dos sentimientos no se conjugan necesariamente, ni por naturaleza se oponen. Son diferentes aunque conjugables.

El orgullo, cuando existe solo, sin la añadidura de la vanidad, lo que es posible aunque raro, se manifiesta, en su resultado, por la audacia. Quien tiene la seguridad de que los demás ven valor en él, nada recela de ellos. Puede haber valor físico sin vanidad; puede haber valor moral sin vanidad; no puede haber audacia sin vanidad. Y por audacia se entiende la confianza en la iniciativa. La audacia puede no estar acompañada por el valor, físico o moral, pues estas disposiciones de la índole son de orden diferente, y con ella inconmensurables.

360

La vida, para la mayoría de los hombres, es un fastidio pasado sin darse cuenta de él, una cosa triste compuesta con intervalos alegres, algo como los momentos de los chistes que cuentan los veladores de los muertos para pasar el sosiego de la noche y la obligación de velar. Siempre me ha parecido fútil considerar la vida como un valle de lágrimas: es un valle de lágrimas, sí, pero en el que raras veces se llora. Dijo Heme que, después de las grandes tragedias, acabamos siempre por sonarnos la nariz. Como judío, y por tanto universal, vio con claridad la naturaleza universal de la humanidad.

La vida sería insoportable si tomásemos conciencia de ella. Afortunadamente, no lo hacemos. Vivimos con la misma inconsciencia que los animales, del mismo modo fútil e inútil, y si prevemos la muerte, que es de suponer, sin que sea seguro, que ellos no prevén, la prevemos a través de tantos olvidos, de tantas distracciones y desvíos, que apenas podemos decir que pensamos en ella.

Así se vive, y es poco para que nos creamos superiores a los animales. Nuestra diferencia con ellos consiste en el detalle puramente externo de que hablamos y escribimos, de que tenemos inteligencia abstracta para distraernos de tener la concreta, y de imaginar cosas imposibles. Todo esto, sin embargo, son accidentes de nuestro organismo fundamental. El hablar y escribir nada hacen de nuevo en nuestro instinto primordial de vivir sin saber cómo. Nuestra inteligencia abstracta no sirve sino para formular sistemas, o ideas medio-sistemas, de lo que en los animales es estar al sol. Nuestra imaginación de lo imposible no es por ventura propia, pues ya he visto gatos mirando a la luna, y no sé si no la querrían.

Todo el mundo, toda la vida, es un vasto sistema de inconsciencias que opera a través de conciencias individuales. Así como con dos gases, cuando se pasa por ellos una corriente eléctrica, se

hace un líquido, así con dos conciencias -la de nuestro ser concreto y la de nuestro ser abstracto- se hace, pasando por ellas la vida y el mundo, una inconsciencia superior.

Feliz, pues, el que no piensa, porque realiza por instinto y destino orgánico lo que todos nosotros tenemos que realizar por desvío y destino inorgánico o social. Feliz el que más se asemeja a los brutos, porque es sin esforzarse lo que todos nosotros somos con un trabajo impuesto; porque sabe el camino de casa, que nosotros no encontramos sino por atajos de ficción y regreso; porque, enraizado como un árbol, es parte del paisaje y por lo tanto de la belleza, y no, como nosotros, mitos del paso, figurantes de traje vivo de la inutilidad y del olvido.

23-3-1933.

361

Aparte esos sueños vulgares, que son las vergüenzas corrientes de los estercoleros del alma, que nadie osará confesar, y oprimen las vigilias como fantasmas sucios, viscosidades y ampollas sebáceas de la sensibilidad reprimida, ¡lo que de ridículo, lo que de empavorecedor, e indecible, puede todavía el alma, aunque con esfuerzo, reconocer en sus rincones!

El alma humana es un manicomio de caricaturas. Si un alma pudiera revelarse con verdad, no hubiese un pudor más profundo que todas las vergüenzas conocidas y definidas, sería, como dicen de la verdad, un pozo, pero un pozo siniestro lleno de ecos vagos, habitado por vidas innobles, viscosidades sin vida, babosas sin ser, mucosidades de la subjetividad.

362

Adoramos la perfección porque no la podemos tener; la repugnaríamos si la tuviésemos. Lo perfecto es lo inhumano, porque lo humano es imperfecto.

El odio sordo al paraíso -el deseo como el de la pobre desgraciada de [que] hubiese un campo en el cielo. Sí, no son los éxtasis de lo abstracto, ni las maravillas de lo absoluto lo que puede encantar a un alma que siente: son los lares y las cuestas de los montes, las islas verdes en los mares azules, los caminos entre los árboles y las anchas horas de reposo en las quintas abolengas, aunque nunca las tengamos. Si no hubiese tierra en el cielo, más valdría que no hubiese cielo. Sea entonces todo la nada y termine la novela que /no tenía enredo/.

Para poder conseguir la perfección sería preciso una frialdad de fuera del hombre y no habría entonces corazón de hombre con que amar a la propia perfección.

Nos pasmamos, adorando, de la tensión hacia lo perfecto de los grandes artistas. Amamos su aproximación a lo perfecto pero la amamos porque es sólo aproximación.

(Posterior a 1923.)

363

El hombre vulgar, por más dura que sea con él la vida, tiene al menos la felicidad de no pensarla. Vivir la vida transcurriendo, exteriormente, como un gato o un perro -así hacen los hombres generales, y así se debe vivir la vida para que pueda incluir la satisfacción del gato y del perro.

Pensar es destruir. El propio sistema del pensamiento lo indica para el mismo pensamiento, porque pensar es descomponer. Si los hombres supiesen meditar el misterio de la vida, si supiesen sentir las mil complejidades que acechan al alma en cada pormenor de la acción, no actuarían nunca, incluso no

vivirían. Se matarían de tan asustados, como los que se suicidan para no ser guillotinados al día siguiente.

364

La persistencia instintiva de la vida a través de la apariencia de la inteligencia es para mí una de las contemplaciones más íntimas y más constantes. El disfraz irreal de la conciencia sirve tan sólo para ponerme de relieve a la inconsciencia que no disfraza.

Desde el nacimiento hasta la muerte, el hombre vive como siervo de la propia exterioridad de sí mismo que tienen los animales. No vive toda la vida, sino que vegeta en mayor grado y de manera más compleja. Se guía por normas que no sabe que existen, ni que por ellas se guía, y sus ideas, sus sentimientos, sus actos, son todos inconscientes -no porque en ellos falte la conciencia, sino porque no hay en ellos dos conciencias.

Vislumbres de tener la ilusión -tanto, y no más, tiene el más grande de los hombres.

Sigo, en un pensamiento divagatorio, la historia vulgar de las vidas vulgares. Veo cómo en todo son siervos del temperamento subconsciente, de circunstancias externas ajenas, de los impulsos de familiaridad y falta de ella que en él, por él y con él, se incuban como cosa de poco.

Cuántas veces les he oído decir la misma frase que simboliza todo lo absurdo, toda la nada, toda la ignorancia hablada de sus vidas. Es esa frase que dicen a propósito de cualquier placer material: «es lo que uno se lleva de esta vida».. ¿A dónde se lo lleva? ¿Para dónde se lo lleva? ¿Para qué se lo lleva? Seria triste despertarlos de la sombra con una pregunta como éstas... Habla así un materialista, porque todo hombre que habla así es, aunque subconscientemente, materialista. ¿Qué es lo que piensa llevarse de la vida, y de qué manera? ¿A dónde se lleva las chuletas de cerdo y el vino tinto y la chica casual? ¿A qué cielo en el que no cree? ¿A qué tierra a la que no se lleva sino la podredumbre que toda su vida ha sido a escondidas? No conozco frase más trágica ni más plenamente reveladora de la humanidad humana. Así dirían de sus placeres sonámbulos los animales inferiores al hombre en la expresión de sí mismos. Y, quién sabe si, yo que hablo, al escribir estas palabras con una vaga impresión de que podrán durar, no creo también que la memoria de haberlas escrito es lo que «me llevo de esta vida». Y, como el inútil cadáver del vulgar a la tierra común, baja al olvido común el cadáver igualmente inútil de mi prosa hecha atendiendo. ¿Las chuletas de cerdo, el vino, la chica del otro? ¿Por qué me burlo yo de ellos?

Hermanos en la común ignorancia, maneras diferentes de la misma sangre, formas diferentes de la misma herencia -¿cuál de nosotros podrá renegar del otro? Se reniega de la mujer, pero no de la madre, no del padre, no del hermano.

365

La mayoría de los hombres vive con espontaneidad una vida ficticia y ajena. La mayoría de la gente es otra gente, dijo Oscar Wilde, y dijo bien. Unos gastan la vida en busca de algo que no quieren; otros la emplean en buscar lo que quieren y no les sirve; otros todavía se pierden (...).

Pero la mayoría es feliz y disfruta de la vida sin que eso cuente. En general, el hombre vive poco y, cuando se queja, es su literatura. El pesimismo goza de poca viabilidad como fórmula /democrática/. Los que lloran el mal del mundo son los aislados -no lloran más que el propio. ¿Un Leopardi, un Antero no tienen amado o amante? El universo es un mal. ¿Un Vigny es mal o poco amado? El mundo es una cárcel. ¿Un Chateaubriand sueña más de lo posible? La vida humana es tedio. ¿Un Job está cubierto de ampollas? La tierra está cubierta de ampollas. ¿Le pisan los callos al triste? Ay de los pies de los soles y las estrellas.

Ajeno a todo esto, y llorando sólo lo preciso, y en el menos tiempo que puede, cuando se le muere el hijo al que olvidará al correr de los años, salvo en los aniversarios... [...]

La vitalidad recupera y reanima. Los muertos se quedan enterrados [...]

366

Todo esfuerzo, cualquiera que sea el fin hacia el que tienda, sufre, al manifestarse, los desvíos que la vida le impone; se convierte en otro esfuerzo, sirve a otros fines, consuma a veces exactamente lo contrario de lo que pretendía realizar. Sólo un bajo fin merece la pena, porque sólo un bajo fin se puede realizar enteramente. Si quiero emplear mis esfuerzos en amasar una fortuna, podré en cierto modo amasarla; el fin es bajo, como todos los fines cuantitativos, personales o no, y es alcanzable y verificable. ¿Pero cómo he de efectuar el intento de servir a la patria, o engrandecer la cultura humana, o mejorar a la humanidad? Ni puedo tener la certeza de los procedimientos, ni la verificación de los fines; (...)

367

La lectura de los diarios, siempre penosa desde el punto de vista estético, lo es también con frecuencia desde el moral, aun para quien tenga pocas preocupaciones morales.

Las guerras y las revoluciones -hay siempre una u otra en curso- llegan, en la lectura de sus efectos, a causar, no horror, sino tedio. No es la crueldad de todos esos muertos o heridos, el sacrificio de todos los que mueren combatiendo, o son muertos sin que combatan, lo que pesa duramente en el alma; es la estupidez que sacrifica vidas y haberes a algo inevitablemente inútil. Todos los ideales y todas las ambiciones son un desvarío de comadres hombres. No hay imperio que valga el que por él se rompa la muñeca de una niña. No hay ideal que merezca el sacrificio de un tren de juguete. ¿Qué imperio es útil o qué ideal proficuo? Todo es humanidad, y la humanidad es siempre la misma -variable pero imperfectible, oscilante pero improgresiva-. Ante el decurso inimplorable de las cosas, la vida que hemos tenido sin saber cómo y perderemos sin saber cuándo, el juego de diez mil ajedreces que es la vida en común y en lucha, el tedio de contemplar sin utilidad lo que no se realiza nunca (...)-qué puede hacer el sabio sino pedir el reposo, el no tener que pensar en vivir, pues basta con tener que vivir, un poco de sitio al sol y al aire, y por lo menos el sueño de que hay paz del lado de acá de los montes.

368

La historia niega las cosas ciertas. Hay períodos de orden en que todo es vil y períodos de desorden en que todo es alto. Las decadencias son fértiles en virilidad mental; las épocas de fuerza, en debilidad del espíritu. Todo se mezcla y se cruza, y no hay verdad más que en el suponerla.

¡Tantos nobles ideales caídos entre el estiércol, tantas ansias verdaderas extraviadas entre la escoria!

Para mí son iguales dioses u hombres, en la confusión prolija del destino inseguro. Desfilan ante mi, en este cuarto piso desconocido, en sucesiones de sueños, y no son más para mi de lo que fueron para quienes creyeron en ellos. Ídolos de los negros de ojos inseguros y espantados, dioses animales de los salvajes de sertones enmarañados, símbolos figurados de los egipcios, claras divinidades griegas, rígidos dioses romanos, Mitra, señor del Sol y de la emoción, Jesús Mesías de la conclusión y de la caridad, criterios varios del mismo Cristo, santos nuevos dioses de las nuevas villas, todos desfilan, todos, en la marcha fúnebre (romería o entierro) del error o de la ilusión. Marchan todos, y

detrás de ellos marchan, sombras vacías, los sueños que, por ser sombras en el suelo, los peores soñadores creen que permanecen firmes sobre la tierra -pobres conceptos sin alma ni figura, Libertad, Humanidad, Felicidad, el Futuro Mejor, la Ciencia Social, y se arrastran en la soledad de la tiniebla como hojas movidas un poco hacia el frente por una cola de manto regio que hubiese sido robado por unos mendigos.

369

... el sagrado instinto de no tener teorías...

(Posterior a 1923.)

370

Todo cuanto de desagradable nos sucede en la vida -figuras ridículas que hacemos, malos gestos que tenemos, lapsos en que caemos de cualquiera de las virtudes- debe ser considerado como meros accidentes exteriores, incapaces de afectar a la substancia del alma. Tomémoslos por dolores de muelas, o de callos, de la vida, cosas que nos molestan, son exteriores a nosotros aunque nuestras, o que sólo tienen que suponer nuestra existencia orgánica, o que preocuparse de lo que hay de vital en nosotros.

Cuando logramos esta actitud, que es, de otro modo, la de los místicos, nos encontramos defendidos, no sólo del mundo, sino de nosotros mismos, pues vencemos a lo que en nosotros hay de exterior, es otro, es lo contrario de nosotros y, por eso, nuestro enemigo.

Por eso Horacio, cuando hablaba del varón justo, que seguiría impávido aunque alrededor de él se hundiese el mundo. La imagen es absurda, justo su sentido. Aunque alrededor de nosotros se hunda lo que fingimos que somos, porque coexistimos, debemos seguir impávidos -no porque seamos justos, sino porque somos nosotros, y ser nosotros es no tener nada que ver con esas cosas exteriores que se hunden, aunque se hundan sobre lo que somos para ellas.

La vida debe ser, para los mejores, un sueño que se niega a confrontaciones.

371

La experiencia directa es el subterfugio, o el escondrijo, de quienes están desprovistos de imaginación.

Leyendo los riesgos que ha corrido el cazador de tigres, tengo cuantos riesgos ha valido la pena tener, salvo el del mismo riesgo, que tanto no valió la pena sufrir, que ha pasado.

Los hombres de acción son los esclavos involuntarios de los hombres de entendimiento. Las cosas no valen más que en su interpretación. Unos, pues, crean cosas para que los otros, transmutándolas en significación, las tornen vivas. /Narrar es crear, pues vivir es tan sólo ser vivido./

372

No subordinarse a nada -ni a un hombre, ni a un amor, ni a una idea-, tener esa independencia lejana que consiste en no creer en la verdad, ni, si la hubiese, en la utilidad de su conocimiento -tal es el estado en que, me parece, debe transcurrir, para consigo misma, la vida íntima intelectual de los que no viven sin pensar-. Pertenecer: he ahí la trivialidad. Credo, ideal, mujer o profesión -todo eso es la

celda y las cadenas. Ser es estar libre. La misma ambición, si vano orgullo y pasión, es un fardo; no nos enorgulleceríamos si comprendiésemos que es un cordel con el que tiran de nosotros. No: ¡ni ligaduras con nosotros! Libres de nosotros como de los demás, contemplativos sin éxtasis, pensadores sin conclusión, viviremos, liberados de Dios, el pequeño intervalo que las distracciones de los verdugos conceden a nuestros éxtasis en la parada. Tenemos mañana la guillotina. Si no la tuviésemos mañana, la tendríamos pasado mañana. Paseemos al sol el reposo de antes del final, ignorantes voluntariamente de los propósitos y de las persecuciones. El sol dorará nuestras frentes sin arrugas y la brisa tendrá frescura para quien deje de esperar.

Empujo la pluma por la escribanía y rueda, regresando, sin que yo la coja, por el declive en el que trabajo.

Lo he sentido todo de repente. Y mi alegría se manifiesta en este gesto de una rabia que no tengo.

373

¿Quién soy yo para mi? Soy una sensación mía.

Mi corazón se vacía sin querer como un balde roto. /¿Pensar? ¿Sentir? ¡Cuánto cansa todo, si es una cosa definida!/

(Posterior a 1923.)

374

Nunca amamos a nadie. Amamos, tan solamente, a la idea que nos hacemos de alguien. Es a un concepto nuestro -en suma, a nosotros mismo a lo que amamos.

Esto es verdad en toda la escala del amor. En el amor sexual buscamos un placer nuestro dado por intermedio de un cuerpo extraño. En el amor diferente del sexual, buscamos un placer nuestro dado por intermedio de una idea nuestra. El onanista es abyecto pero, en exacta verdad, el onanista es la perfecta expresión lógica del amante. Es el único que no disimula ni se engaña.

Las relaciones entre un alma y otra, a través de cosas tan inciertas y divergentes como las palabras corrientes y los gestos que se hacen, son una materia de extraña complejidad. En el propio arte en que nos conocemos, nos desconocemos. Dicen los dos «te amo» o piensan y sienten mediante una permuta, y cada uno quiere decir una idea diferente, una vida diferente, hasta, por ventura, un color o un aroma diferente, en la suma abstracta de impresiones que constituye la actividad del alma.

Estoy hoy lúcido como si no existiese. Mi pensamiento es, en claro, como un esqueleto, sin los trapos carnales de la ilusión de expresar. Y estas consideraciones, que formo y abandono, no han nacido de nada e nada, /por lo/ menos, que esté en la platea de mi conciencia. Tal vez esa desilusión del dependiente con la chica que tenía, tal vez cualquier frase leída en los sucesos pasionales que los periódicos transcriben de los extranjeros, tal vez hasta una vaga náusea que traigo conmigo y no he expelido físicamente...

Dijo mal el escoliasta de Virgilio. Es comprensible que sobre todo nos cansemos. Vivir es no pensar.

25-7-1930.

375

No creo en voz alta en la felicidad de los animales, sino cuando me apetece hablar de ella como marco de un sentimiento que es la suposición derivada. Para ser feliz es necesario saber que se es feliz. No hay felicidad en dormir sin sueños, sino solamente en despertarse sabiendo que se ha dormido sin sueños. La felicidad está fuera de la felicidad.

No hay felicidad sino con conocimiento. Pero el conocimiento de la felicidad es infeliz; porque saberse feliz es conocerse pasando por la felicidad, y teniendo, en seguida, que dejarla atrás. Saber es matar, en la felicidad como en todo. No saber, sin embargo, es no existir.

Sólo el absoluto de Hegel ha conseguido, en las páginas, ser dos cosas al mismo tiempo. El no-ser y el ser no se funden y confunden en las sensaciones y razones de la vida: se excluyen, mediante una síntesis al revés.

¿Qué hacer? Aislar el momento como una cosa y ser feliz ahora, en el momento en que se siente la felicidad, sin pensar más que en lo que se siente, excluyendo lo demás, excluyéndolo todo. Enjaular al pensamiento en la sensación, (...) la clara sonrisa maternal de la tierra plena, el esplendor cerrado de las tinieblas altas, (...)

Es ésta mi creencia, esta tarde. Mañana por la mañana no será ésta, porque mañana por la mañana seré ya otro. ¿Qué creyente seré mañana? No lo sé, porque seria preciso estar allí para saberlo. Ni el Dios eterno en el que hoy creo la sabrá mañana ni hoy, porque hoy soy yo y mañana quizá ya no haya existido él nunca.

376

El verdadero sabio es aquel que se dispone de manera que los acontecimientos exteriores le alteren mínimamente. Para eso, necesita acorazarse rodeándose de realidades más próximas a él que los hechos, y a través de las cuales los hechos, alterados de acuerdo con ellas, le lleguen.

377

Desde el momento en que podamos considerar este mundo como una ilusión y un fantasma, podremos considerar todo lo que nos sucede como un sueño, una cosa que ha fingido ser porque dormíamos. Y entonces nace en nosotros una indiferencia sutil y profunda para con todos los desaires y desastres de la vida. Los que mueren han vuelto una esquina, y por eso dejamos de verlos; los que sufren pasan por delante de nosotros, si sentimos, como una pesadilla; si pensamos, como un devaneo ingrato. Y nuestro propio sufrimiento no será más que esa nada. En este mundo dormimos sobre el costado izquierdo y olmos en los sueños la existencia opresa del corazón.

Nada más... Un poco de sol, un poco de brisa, unos árboles que enmarcan a la distancia, el deseo de ser feliz, el disgusto de que los días pasen, la ciencia siempre insegura y la verdad siempre por descubrir... Nada más, nada más... Si, nada más...

378

Cuanto más avanzamos en la vida, más nos convencemos de dos verdades que sin embargo se contradicen. La primera es que, ante la realidad de la vida, suenan pálidas todas las ficciones de la literatura y el arte. Producen, es cierto, un placer más noble que los de la vida; pero son como los sueños, en los que experimentamos sentimientos que en la vida no se experimentan, y se conjugan formas que en la vida no se encuentran; son, a pesar de todo, sueños, de los que se despierta, que no constituyen memorias ni nostalgias con las que vivamos después una segunda vida.

La segunda es que, siendo deseo de toda alma noble el recorrer la vida por entero, tener experiencia de todas las cosas, de todos los lugares y de todos los sentimientos vividos, y siendo esto imposible, la vida sólo subjetivamente puede ser vivida por entero, sólo negada puede ser vivida en su substancia total.

Estas dos verdades son irreductibles la una a la otra. El sabio se abstendrá de querer conjugarlas, y se abstendrá también de repudiar una u otra. Tendrá sin embargo que seguir una, añorante de la que no sigue; o repudiar ambas, elevándose por cima de sí mismo en un nirvana personal.

Feliz quien no exige de la vida más de lo que ella espontáneamente le da, guiándose por el instinto de los gatos, que buscan el sol cuando hace sol, y cuando no hace sol el calor, donde quiera que esté. Feliz quien abdica de su personalidad mediante la imaginación, y se deleita en la contemplación de las vidas ajenas, viviendo, no todas las impresiones, sino el espectáculo exterior de todas las impresiones. Feliz, por fin, ese que abdica de todo y a quien, porque ha abdicado de todo, nada puede ser quitado ni disminuido.

El rústico, el lector de novelas, el puro asceta -estos tres son los felices de la vida, porque son estos tres los que abdican de la personalidad: uno, porque vive del instinto, que es impersonal; otro, porque vive de la imaginación, que es olvido; el tercero, porque no vive y, no habiendo muerto, duerme.

Nada me satisface, nada me consuela, todo -haya sido o no- me sacia. No quiero tener al alma y no quiero abdicar de ella. Deseo lo que no deseo y abdico de lo que no tengo. No puedo ser nada sin todo: soy el puente entre lo que no tengo y lo que no quiero.

379

la tristeza solemne que habita en todas las cosas grandes -en las cimas como en las grandes vidas, en las noches profundas como en los poemas eternos.

(Posterior a 1923.)

380

Algunos tienen en la vida un gran sueño y faltan a ese sueño. Otros no tienen en la vida ningún sueño, y también faltan a ése.

381

Veo los paisajes soñados con la misma claridad con que miro los reales. Si me inclino sobre mis sueños, es sobre algo sobre lo que me inclino. Si veo a la vida pasar, sueño cualquier cosa.

De alguien dijo alguien que las figuras de los sueños tenían para él el mismo relieve y perfil que las figuras de la vida. Para mí, aunque comprendería que se me aplicase semejante frase, no la aceptarla. Las figuras de los sueños no son para mí iguales a las de la vida. Son paralelas. Cada vida -la de los sueños y la del mundo- tienen una realidad igual y propia, pero diferente. Como las cosas próximas y las cosas remotas. Las figuras de los sueños están cerca de mi, pero (...)

(¿1930?)

382

Todos los movimientos de la sensibilidad, por agradables que sean, son siempre interrupciones de un estado, que no sé en qué consiste, que es la vida íntima de esa misma sensibilidad. No son las grandes preocupaciones las que nos distraen de nosotros, sino que hasta los pequeños enfados perturban una quietud a la que todos, sin saberlo, aspiramos.

Vivimos casi siempre fuera de nosotros, y la misma vida es una perpetua dispersión. Pero es hacia nosotros hacia donde tendemos, como hacia un centro en torno al cual hacemos, como los planetas, elipses absurdas y distantes.

383

Reconocer la realidad como una forma de ilusión, y la ilusión como una forma de realidad, es igualmente necesario e igualmente inútil. La vida contemplativa, para siquiera existir, tiene que considerar los accidentes objetivos como premisas dispersas de una conclusión inalcanzable; pero tiene al mismo tiempo que considerar las contingencias del sueño como en cierto modo dignas de esa atención a ellas por la que nos volvemos contemplativos.

Cualquier cosa, conforme se la considera, es un asombro o un estorbo, un todo o una nada, un camino o una preocupación. Considerarla cada vez de un modo diferente es renovarla, multiplicarla por sí misma. Por eso es por lo que el espíritu contemplativo que nunca ha salido de su aldea tiene a pesar de todo a sus órdenes al universo entero. En una celda o en un desierto está el infinito. En una piedra se duerme cósmicamente.

Hay, sin embargo, ocasiones de la meditación -y a todos cuantos meditan les llegan- en que todo está gastado, todo viejo, todo visto, aunque esté por ver. Porque, por más que meditemos cualquier cosa, y meditándola la transformemos, nunca la transformaremos en algo que no sea substancia de meditación. Nos llega entonces el ansia de la vida, de conocer sin que sea con el conocimiento, de meditar sólo con los sentidos o pensar de un modo táctil o sensible, desde dentro del objeto pensado, como si fuésemos agua y él esponja. Entonces tenemos también nuestra noche, y el cansancio de todas las emociones se ahonda con ser emociones del pensamiento, ya de por sí profundas. Pero es una noche sin reposo, sin resplandor de luna, sin estrellas, una noche como si todo hubiera sido vuelto del revés -el infinito tornado interior y apretado, el día hecho forro negro de un traje desconocido.

Más vale, sí, más vale siempre ser limaza humana que ama y desconoce, la sanguijuela que es repugnante sin saberlo. ¡Ignorar como vida! ¡Sentir como olvido! ¡Qué episodios perdidos en la estela verde blanca de las naves idas, como una baba fría del timón alto que hace de nariz bajo los ojos de los camarotes viejos!

14-5-1930.

384

En el alto yermo de los montes naturales tenemos, cuando llegamos, la sensación del privilegio. Somos más altos, de toda nuestra estatura, que lo alto de los montes. Lo máximo de la Naturaleza, por lo menos en aquel lugar, nos queda bajo las plantas de los pies. Somos, por posición, reyes del mundo visible. En torno a nosotros todo es más bajo: la vida es una cuesta que baja, una planicie que yace ante la elevación y la cima que somos.

Todo en nosotros es accidente y malicia, y esta altura que tenemos, no la tenemos; no somos más altos, en lo alto, que nuestra altura. Aquello mismo que pisamos nos eleva; y si somos altos, es por aquello mismo de lo que somos más altos.

Se respira mejor cuando se es rico; se es más libre cuando se es célebre; el propio tener un título de nobleza es un pequeño monte. Todo es artificio, pero el artificio ni siquiera es nuestro. Subimos a él, o nos han llevado hasta él, o nacemos en la casa del monte.

Grande, sin embargo, es el que considera desde el valle al cielo o desde el monte al cielo; la distancia que es diferencia no crea diferencia. Cuando el diluvio creciese estaríamos mejor en los montes. Pero cuando la maldición de Dios fuese de rayos, como la de Júpiter, de vientos, como la de Eolo, el abrigo sería el que no hubiéramos subido, y la defensa el arrastrarnos.

Sabio de veras es e] que tiene la posibilidad dc la altura en los músculos y la negación de subir en el conocimiento. Él tiene, por visión, todos los montes; y tiene, por posición, todos los valles. El sol que dora las cimas, las dora para él más [que] para quien allí lo sufre; y el palacio alto entre florestas será más bello para el que lo contempla desde el valle que para el que lo olvida en las salas que le hacen de prisión.

Con estas reflexiones me consuelo, puesto que no puedo consolarme con la vida. Y el símbolo se me funde con la realidad cuando, transeúnte de cuerpo y alma por estas calles bajas que van a dar al Tajo, veo las alturas claras de la ciudad resplandecer, como la gloria ajena /de las luces variadas de un sol que ya no está en el poniente./

14-4-1930.

385

Toda la vida del alma humana es un movimiento en la penumbra. Vivimos, en un anochecer de la conciencia, nunca seguros de lo que somos y de lo que nos suponemos ser. En los mejores de nosotros vive la vanidad de algo, y hay un error cuyo ángulo no conocemos. Somos algo que sucede en el descanso de un espectáculo; a veces, por determinadas puertas, entrevemos lo que tal vez no sea más que escenario. Todo el mundo es confuso, como unas voces en la noche.

Estas páginas en las que anoto con una claridad que dura para ellas, ahora mismo las he releído y me interrogo. ¿Qué es esto, y para qué es esto? ¿Quién soy cuando siento? ¿Qué cosa muero cuando soy?

Como alguien que, desde muy alto, intentase distinguir las vidas del valle, yo así mismo me contemplo desde una cima, y soy, a pesar de todo, un paisaje vago y confuso.

Es en estas horas de un abismo en el alma cuando el más pequeño pormenor me oprime como una carta de adiós.

Me siento constantemente en una víspera de despertar, me sufro la envoltura de mi mismo, en una sofocación de conclusiones. De buen grado gritaría si mi voz llegase a algún sitio. Pero hay un gran sueño en mí, y se desplaza de unas sensaciones a otras como una sucesión de nubes, de las que dejan de distintos colores de sol y verde la hierba menos ensombrecida de los campos prolongados.

Soy como alguien que busca al acaso, no sabiendo dónde fue escondido el objeto que no le han dicho lo que es. Jugamos al escondite con nadie. Hay, en algún sitio, un subterfugio trascendente, una divinidad fluida y sólo oída.

Releo, si, estas páginas que representan horas pobres, pequeños sosiegos o ilusiones, grandes esperanzas desviadas hacia el paisaje, penas como cuartos en los que no se entra, ciertas voces, un gran cansancio, el evangelio por escribir.

Cada uno tiene su vanidad, y la vanidad de cada uno es su olvido de que hay otros con un alma igual. Mi vanidad son algunas páginas, unos fragmentos, ciertas dudas...

¿Releo? ¡He mentido! No oso releer. No puedo releer. ¿De qué me sirve releer? El que está ahí es otro. Ya no comprendo nada...

10-4-1930.

386

No toquemos a la vida ni con la punta de los dedos.
No amemos ni con el pensamiento.
Que ningún beso de mujer, ni siquiera en sueños, sea una sensación nuestra.

387

Y hoy, pensando en lo que ha sido mi vida, me siento un cualquier animal vivo, transportado en un cesto de los de encorvar el brazo, entre dos estaciones suburbanas. La imagen es estúpida, pero la vida que he definido es todavía más estúpida que ella. Esos cestos suelen tener dos tapas, como medios óvalos, que se levantan un poco en uno y otro de los bordes curvos si el bicho se agita. Pero el brazo de quien lo transporta, apoyado un poco a lo largo de las articulaciones centrales, no deja a una cosa tan débil levantar vilmente más que los extremos inútiles, como las alas de una mariposa que está perdiendo fuerzas.

Me he olvidado de que hablaba de mi con la descripción del cesto. Lo veo claramente, y al brazo gordo y blanco quemado de la criada que lo transporta. No consigo ver a la criada más allá del brazo y su vello. No consigo sentirme bien sino -de repente- una gran frescura de (...) de esas varillas y cintas con que se tejen los cestos y donde me agito, bicho, entre dos paradas que siento. Entre ellas reposo en lo que parece ser un banco y hablan allá, fuera de mi cesto. Me duermo porque me tranquilizo, hasta que me levanten de nuevo en la parada.

5-4-1930.

388

Me duelen la cabeza y el universo. Los dolores físicos, más claramente dolores que los morales, desarrollan, mediante un reflejo del espíritu, tragedias no contenidas en ellos. Provocan una impaciencia de todo que, como es de todo, no excluye a ninguna de las estrellas.

No comulgo, no he comulgado nunca, no podré, supongo, comulgar nunca con ese concepto bastardo según el cual somos, en cuanto almas, consecuencia de una cosa natural llamada cerebro, que existe, por nacimiento, dentro de otra cosa material llamada cráneo. No puedo ser materialista, que es lo que, creo, se llama ese concepto, porque no puedo establecer una relación clara -una relación visible, diré- entre una masa visible de materia cenicienta, o de otro color cualquiera, y esta cosa yo que por detrás de mi mirada ve los cielos y los piensa, e imagina cielos que no existen. Pero, aunque nunca pueda caer en el abismo de suponer que una cosa pueda ser otra sólo porque ambas están en el mismo lugar, como una gran pared y mi sombra en ella, o que depender el alma del cerebro sea más que depender yo, para mi trayecto, del vehículo en el que voy, creo, sin embargo, que hay entre lo que en nosotros es sólo espíritu y lo que en nosotros es espíritu del cuerpo una relación de convivencia en la que pueden surgir discusiones. Y la que surge vulgarmente es la de que la persona más ordinaria moleste a la que lo es menos.

Me duele la cabeza hoy, y es quizá desde el estómago desde donde me duele. Pero el dolor, una vez sugerido a la cabeza desde el estómago, va a interrumpir las meditaciones que tengo por detrás del cerebro. Quien me tapa los ojos no me ciega pero me impide ver. Y así ahora, porque me duele la cabeza, juzgo sin valía ni nobleza el espectáculo, en este momento monótono y absurdo, de lo que hay fuera y apenas quiero ver como mundo. Me duele la cabeza y esto quiere decir que tengo conciencia

de una ofensa que la materia me hace, y que, porque, como todas las ofensas, me indigna, me predispone a estar a mal con todo el mundo, incluidos los que están cerca pero no me han ofendido.

Mi deseo es morir, por lo menos temporalmente, pero esto, como ya he dicho, sólo porque me duele la cabeza. Y en este momento, de repente, recuerdo con cuánta mayor nobleza diría esto uno de los grandes prosistas. Desarrollaría, periodo por período, la amargura anónima del mundo; ante sus ojos imaginadores de parágrafos surgirían, diferentes, los dramas humanos que hay en la tierra, y a través del latir de las sienes febriles se elevaría en cl papel toda una metafísica de la desgracia. Yo, sin embargo, no tengo nobleza estilística. Me duele la cabeza porque me duele la cabeza. Me duele el universo porque la cabeza me duele. Pero cl universo que realmente me duele no es el verdadero, el que existe porque no sabe que existo, sino ése, mío de mí, que, si me paso las manos por los cabellos me hace parecer sentir que sufren todos ellos para hacerme sufrir.

5-2-1932.

389

Me siento a veces conmovido, no sé por qué, por un presagio de muerte... Ya sea una vaga dolencia, que no se materializa en dolor y por eso tiende al fin a espiritualizarse, ya sea un cansancio que necesita un sueño tan profundo que el dormir no le basta -lo cierto es que siento como si, al fin de un empeoramiento de enfermo, quitase por fin, sin violencia o nostalgia, las manos débiles de encima de la colcha sentida.

Considero entonces qué cosa es ésta a la que llamamos muerte. No quiero decir el misterio de la muerte, que no penetro, sino la sensación física de dejar de vivir. La humanidad tiene miedo a la muerte, pero de modo confuso; el hombre normal se bate bien en activo; el hombre normal, enfermo o viejo, raras veces mira con horror al abismo de la nada que él atribuye a ese abismo. Todo eso es falta de imaginación. No hay nada menos propio de quien piensa que suponer a la muerte un sueño. ¿Por qué ha de serlo si la muerte no se parece al sueño? Lo esencial del sueño es el despertarse de él, y de la muerte, suponemos, no se despierta. Y si la muerte se asemeja al sueño, debemos tener la noción de que se despierta de ella. No es eso, sin embargo, lo que el hombre normal se figura: imagina para si a la muerte como un sueño del que no despierta, o que nada quiere decir. La muerte, decía, no se parece al sueño, pues en el sueño se está vivo y durmiendo: no sé cómo puede alguien comparar la muerte a nada, pues no puede tener experiencia de ella, o cosa con que compararla.

A mí, cuando veo un muerto, la muerte me parece una partida. El cadáver me produce la impresión de un traje que se ha dejado. Alguien se ha ido y no ha necesitado llevarse ese traje único que vestía.

390

No sé lo que es el tiempo. No sé cuál es su verdadera medida, si tiene alguna. La del reloj sé que es falsa: divide al tiempo espacialmente, por fuera. La de las emociones sé también que es falsa: divide, no al tiempo, sino a la sensación de él. La de los sueños es errónea: en ellos rozamos al tiempo, una vez prolongadamente, otra vez deprisa, y lo que vivimos es apresurado o lento conforme alguna propiedad del decorrer cuya naturaleza ignoro.

Creo, a veces, que todo es falso, y que el tiempo no es más que la moldura para encuadrar lo que le es extraño. En el recuerdo que tengo de mi vida pasada, los tiempos están dispuestos en niveles y planos absurdos, siendo yo más joven en determinado episodio de los quince años solemnes que en otro de la infancia sentada entre juguetes.

Se me enmaraña la conciencia si pienso en estas cosas. Presiento un error en todo esto; no sé, sin embargo, a qué lado cae. Es como si presenciase una especie de prestidigitación, donde, por ser tal, me supiese engañado, aunque no concibiese cuál es la técnica, o la mecánica, del engaño.

Me asaltan, entonces, pensamientos absurdos, que no consigo sin embargo rechazar como absurdos del todo. Pienso si un hombre que medita despacio dentro de un coche que va deprisa está yendo deprisa o despacio. Pienso si serán iguales las velocidades idénticas con que caen en el mar el suicida y el que ha perdido el equilibrio en la explanada. Pienso si son realmente sincrónicos los movimientos, que ocupan el mismo tiempo, mediante los cuales fumo un cigarrillo, escribo este fragmento y pienso oscuramente.

De dos ruedas en el mismo eje podemos pensar que hay una que está siempre más delante, aunque sea unas fracciones de milímetro. Un microscopio exageraría esta dislocación hasta convertirla en casi increíble, imposible si no fuese real. ¿Y por qué no ha de tener razón contra mi vista el microscopio? ¿Son consideraciones inútiles? Bien lo sé. ¿Son ilusiones de la consideración? Lo concedo. ¿Qué es, sin embargo, esto que nos mide sin medida y nos mata sin ser? Y es en estos momentos, en que no sé si el tiempo existe, cuando siento como una persona y tengo ganas de dormir.

23-5-1932.

391

Nadie comprende a otro. Somos, como dijo el poeta, islas en el mar de la vida; corre [sic] entre nosotros el mar que nos define y separa. Por más que un alma se esfuerce por saber lo que es otra alma, no sabrá sino lo que le diga una palabra -sombra disforme en el suelo de su entendimiento.

Amo a las expresiones porque no sé nada de lo que expresan. Soy como el maestro de Santa Marta: me contento con lo que me dan. Veo, y ya es mucho. ¿Quién es capaz de entender?

Tal vez sea debido a este escepticismo de lo inteligible por lo que encaro de igual modo un árbol y una cara, un cartel y una sonrisa. (Todo es natural, todo artificial, todo igual.) Todo lo que veo es para mí lo único visible, sea el cielo alto azul de verde blanco de la mañana que ha de venir, sea la mueca /falsa/ en que se contrae el rostro de quien está sufriendo ante testigos la muerte de quien ama.

Muñecos, ilustraciones, páginas que existen y se vuelven. Mi corazón no está en ellos ni casi mi atención que los recorre desde fuera, como una mosca por un papel.

¿Sé yo siquiera si siento, si pienso, si existo? Nada: sólo un esquema objetivo de colores, de formas, de expresiones del que soy el espejo oscilante por vender inútil.

14-6-1932.

392

Detrás de los primeros menos-calores del estío terminado, han venido, en los acasos de las tardes, ciertas coloraciones más suaves del cielo amplio, ciertos retoques de brisa fría que anuncian al otoño. No era todavía el desverdecer del follaje, o el desprenderse de las hojas, ni esa vaga angustia que acompaña a nuestra sensación de muerte exterior, porque lo ha de ser también la nuestra. Era como un cansancio del esfuerzo existente, un vago sueño sobrevenido a los últimos gestos del hacer. Ah, son las tardes de una tan afligida indiferencia que, antes que comience en las cosas, comienza en nosotros el otoño.

Cada otoño que viene está más cerca del otoño que tendremos, y lo mismo es verdad del verano y del estío; pero el otoño recuerda, por lo que es, el acabarse de todo, y en el verano o en el estío es fácil, de mirar, que lo olvidemos. No es todavía el otoño, no está todavía en el aire el amarillo de las

hojas caldas o la tristeza húmeda del tiempo que va a ser más tarde invierno. Pero hay un resquicio de tristeza anticipada, una angustia vestida para el viaje, en el sentimiento en el que estamos vagamente atentos a la difusión colorida de las cosas, al otro tono del viento, al sosiego más viejo que se arrastra, si cae la noche, por la presencia inevitable del universo.

Si, pasaremos todos, pasaremos todo. Nada quedará de lo que gastó sentimientos y guantes, de lo que habló de la muerte y de la política local. Como es la misma luz la que ilumina las faces de los santos y las polainas de los transeúntes, así será la misma falta de luz la que dejará en lo oscuro la nada que quede de haber sido unos santos y otros gastadores de polainas. En el vasto remolino, como el de las hojas secas, en que yace indolentemente el mundo entero, tanto importan los reinos como los vestidos de las costureras, y las trenzas de las niñas rubias van en el mismo giro mortal que los cetros que han figurado a los imperios. Todo es nada, y en el atrio de lo Invisible, cuya puerta abierta muestra apenas, en frente, una puerta cerrada, bailan, esclavas de ese viento que las revuelve sin manos, todas las cosas, pequeñas y grandes, que han formado, para nosotros y en nosotros, el sistema sentido del universo. Todo es sombra y polvo removido, no hay más voz que la del ruido que hace lo que el viento levanta y arrastra, ni más silencio que el de lo que el viento abandona. Unos, hojas leves, menos presas de la tierra por más leves, van altos por el vórtice del atrio y caen más lejos que el círculo de los pesados. Otros, casi invisibles, polvo igual, diferente sólo si lo viésemos de cerca, se hacen cama a si mismos en el remolino. Otros todavía, miniaturas de troncos, son arrastrados circularmente y terminan acá y allá. Un día, al final del conocimiento de las cosas, se abrirá la puerta del fondo, y todo lo que fuimos -basura de estrellas y de alma será barrido hacia fuera de casa, para que lo que existe vuelva a empezar.

El corazón me duele como un cuerpo extraño. Mi cerebro duerme todo cuanto siento. Sí, es el principio del otoño el que trae al aire y a mi alma esa luz sin sonrisa que va orlando de amarillo muerto el redondeamiento confuso de las pocas nubes del poniente. Sí, es el principio del otoño, y el conocimiento claro, en la hora límpida, de la insuficiencia anónima de todo. El otoño, si, el otoño, el que hay o el que va a haber, y el cansancio anticipado de todos los gestos, la desilusión anticipada de todos los sueños. ¿Qué puedo yo esperar y de qué? Ya, en lo que pienso de mí, voy entre las hojas y los polvos del atrio, en la órbita sin sentido de ninguna cosa, haciendo ruido de vida en las losas limpias que un sol angular dora de final no sé dónde.

Todo cuanto he pensado, todo cuanto he soñado, todo cuanto he hecho o no he hecho -todo esto se irá en el otoño, como las cerillas usadas que tapizan el suelo en diferentes sentidos, o los papeles estrujados en falsas pelotas, o los grandes imperios, las religiones todas, las filosofías con que han jugado, al hacerlas, los hijos soñolientos del abismo. Todo cuanto ha sido mi alma, desde todo a lo que he aspirado a la casa vulgar en que vivo, desde los dioses que he tenido hasta el patrón Vasques que también he tenido, todo se va en el otoño, todo en el otoño, en la ternura indiferente del otoño. Todo en el otoño, sí, todo en el otoño...

14-9-1931.

393

¡Remolinos, remolinos, en la futilidad fluida de la vida! En la gran plaza del centro de la ciudad, el agua sobriamente multicolor de la gente que pasa se desvía, forma charcos, se abre en arroyos, se junta en riachuelos. Mis ojos ven distraídamente, y construyo en mí esta imagen aquea que, mejor que cualquier otra, y porque he pensado que iba a llover, se ajusta a este incierto movimientos.

Al escribir esta última frase, que para mi dice exactamente lo que define, he pensado que seria útil poner al final de mi libro, cuando lo publique, debajo de las «Errata» unas «No-Errata», y decir: la frase «a este incierto movimientos», de la página tal, es así mismo, con las voces adjetivas en singular

y el substantivo en plural. ¿Pero qué tiene que ver esto con lo que estaba pensando? Nada, y por eso me ha dejado que lo piense.

Alrededor de en medio de la plaza, como cajas de cerillas móviles, grandes y amarillas, en que un niño espetase una cerilla quemada inclinada, para hacer mal de trole, los tranvías gruñen y tintinean; al arrancar, silban a hierro alto. Alrededor de la estatua central, las palomas son migajas negras que se mueven, como si les diese un viento esparcidor. Dan pasitos, gordas sobre las patas pequeñas.

Y son sombras, sombras...

Vista de cerca, toda la gente es monótonamente diferente. Decía Vieira que Frei Luis de Sousa escribía «lo vulgar con singularidad». Esta gente es singular con vulgaridad, al revés del estilo de la Vida del Arzobispo. Todo esto me da pena, siéndome sin embargo indiferente. He venido a parar aquí sin motivo, como todo en la vida.

Del lado de oriente, entrevista, la ciudad se levanta casi a plomada, asalta casi extáticamente al Castillo. El sol pálido moja de un aureolamiento vago esta mole súbita de casas que para aquí lo oculta. El cielo es de un azul húmedamente blancuzco. La lluvia de ayer quizá se repita hoy, pero más suave. El viento parece Este, tal vez porque aquí mismo, de repente, huele vagamente al maduro y verde del mercado cercano. Del lado oriental de la plaza hay más forasteros que del otro. Como descargas tapizadas, los cierres ondulados bajan hacia arriba; no sé por qué es así la frase que me transmite ese ruido. Es quizá porque hacen más mido al bajar, aunque ahora suben. Todo se explica.

De repente, estoy solo en el mundo. Veo todo esto desde lo alto de un tejado espiritual. Estoy solo en el mundo. Ver es ser distante. Ver claro es parar. Analizar es ser extranjero. Toda la gente pasa junto a mí sin rozarme. Sólo tengo aire a mi alrededor. Me siento tan aislado que siento la distancia que hay entre mi y mi traje. Soy un niño, con una palmatoria mal encendida, que atraviesa, en camisón de dormir, una gran casa desierta.

Viven sombras que me rodean -sólo sombras hijas de los muebles rígidos y de la luz que me acompaña. Ellas me rondan aquí, al sol, pero son gente.

25-4-1930.

394

Cuanto más alto está el hombre, de más cosas tiene que privarse. En la cumbre no hay sitio sino para el hombre solo. Cuanto más perfecto es, más completo; y cuanto más completo, menos otro.

Estas consideraciones han venido a hacerme compañía después de leer en un diario la noticia de la gran vida múltiple de un hombre célebre. Era un millonario americano, y lo había sido todo. Había tenido cuanto ambicionaba -dinero, amores, afectos, dedicaciones, viajes, colecciones. No es que el dinero lo pueda todo, pero el gran magnetismo con el que se obtiene mucho dinero lo puede, efectivamente, casi todo.

Cuando dejaba el diario en la mesa del café, ya reflexionaba que lo mismo, en su esfera, podría decir el dependiente de comercio, más o menos conocido mío, que almuerza todos lo días, como hoy está almorzando, en la mesa del fondo del rincón. Todo cuanto el millonario ha tenido, este hombre lo ha tenido; en menor grado, es cierto, pero en proporción a su estatura. Los dos hombres han conseguido lo mismo; no hay diferencia de celebridad, porque, también allí, la diferencia de ambientes establece la identidad. No hay nadie en el mundo que no conozca el nombre del millonario americano, pero no hay nadie en la plaza de Lisboa que no conozca el nombre del hombre que está almorzando allí.

Estos hombres, al final, han conseguido todo cuanto la mano puede alcanzar extendiendo el brazo. Variaba en ellos la longitud del brazo; en lo demás eran iguales. No he conseguido nunca tener envidia de esta especie de gente. Siempre he opinado que la virtud estaba en conseguir lo que no se

alcanza, en vivir donde no se está, en estar más vivo después de muerto que cuando se está vivo, en conseguir en fin, algo imposible, absurdo, en vencer, como a obstáculos, la propia realidad del mundo.

Si me dijesen que es nulo el placer de durar después de no existir, responderla, primero, que no sé silo es o no, pues no sé la verdad sobre la supervivencia humana; respondería, después, que el placer de la fama futura es un placer presente -la fama es la que es futura-. Y es un placer de orgullo igual a ninguno que cualquier posesión material consiga proporcionar. Puede ser, en efecto, ilusorio, pero, sea lo que sea, es más generoso que el placer de disfrutar tan sólo de lo que está aquí. El millonario americano no puede creer que la posteridad vaya a apreciar sus poemas, visto que no ha escrito ningunos; el dependiente de comercio no puede suponer que el futuro vaya a deleitarse con sus cuadros, visto que no ha pintado ningunos.

Yo, sin embargo, que en la vida transitoria no soy nada, puedo disfrutar de la visión del futuro leyendo esta página, pues efectivamente la escribo; puedo enorgullecerme, como de un hijo, de la fama que tendré, porque, por lo menos, tengo con qué tenerla. Y cuando pienso esto, al levantarme de la mesa, es con una íntima majestad como mi estatura invisible se yergue por cima de Detroit, Michigan, y de toda la plaza de Lisboa.

Me doy cuenta, sin embargo, de que no ha sido con estas reflexiones con las que he empezado a reflexionar. En lo que pensé en seguida fue en lo poco que tiene que ser en la vida quien tiene que sobrevivir. Tanto vale una reflexión como la otra, pues son la misma. La gloria no es una medalla, sino una moneda: de un lado tiene la Cara, del otro una indicación del valor. Para los valores mayores no hay moneda: son de papel y ese valor es siempre poco.

Con estas psicologías metafísicas se consuelan los humildes como yo.

2-2-1931.

395

Todo placer es un /vicio/ -porque buscar el placer es lo que todos hacen en la vida, y el único vicio negro es hacer lo que hace toda la gente.

396

Si algo hay que esta vida tenga para nosotros y, salvo la misma vida, tengamos que agradecer a los Dioses, es el don de desconocernos: de desconocernos a nosotros mismos y de desconocernos los unos a los otros. El alma humana es un abismo oscuro y viscoso, un pozo que no se usa en la superficie del mundo. Nadie se amaría a si mismo si de verdad se conociese, y así, si no existiese la vanidad, que es la sangre de la vida espiritual, moriríamos de anemia en el alma. Nadie conoce a otro, y menos mal que no le conoce, y, si le conociese, conocería en él, aunque madre, mujer o hijo, al íntimo, metafísico enemigo.

Nos entendemos porque nos ignoramos. Qué sería de tantos cónyuges felices si pudiesen ver el uno en el alma del otro, si pudiesen comprenderse, como dicen los románticos, que no conocen el peligro -si bien el peligro fútil- de lo que dicen. Todos los casados del mundo son malcasados, porque cada uno guarda consigo, en los secretos en los que no el alma es del Diablo, la imagen sutil del hombre deseado que no es aquél, la figura voluble de la mujer sublime a la que aquélla no ha realizado. Los más felices ignoran en si mismos estas disposiciones suyas frustradas; los menos felices no las ignoran, pero no las conocen, y sólo un que otro arrebato ordinario, una que otra aspereza en el trato, evoca, en la superficie casual de los gestos y de las palabras, al Demonio oculto, a la Eva antigua, al Caballero o a la Sílfide.

La vida que se vive es una incomprensión fluida, una media alegre entre la grandeza que no hay y la felicidad que no puede haber. Estamos contentos porque, hasta al pensar y al sentir, somos capaces de no creer en la existencia del alma. En el baile de máscaras que vivimos, nos basta el agrado del traje, que en el baile lo es todo. Somos esclavos de las luces y de los colores, vamos en la danza como en la verdad, no hay para nosotros -salvo si, abandonados, no bailamos- conocimiento del gran frío alto de la noche exterior, del cuerpo mortal debajo de los trapos que le sobreviven, de todo cuanto, a solas, creemos que es esencialmente nosotros, pero al final no es más que la parodia íntima de la verdad de lo que nos suponemos.

Todo cuanto hacemos o decimos, todo cuanto pensamos o sentimos, lleva la misma máscara y el mismo dominé. Por más que nos quitemos lo que vestimos, nunca llegamos a la desnudez, pues la desnudez es un fenómeno del alma y no de quitarse el traje. Así, vestidos de cuerpo y alma, con nuestros múltiples trajes tan pegados a nosotros como las plumas de las aves, vivimos felices o desgraciados, o hasta no sabiendo lo que somos, el breve espacio que nos conceden los dioses para que los divirtamos, como niños que juegan a juegos serios.

Uno u otro de nosotros, liberado o maldito, ve de repente -pero hasta ése raras veces ve- que todo cuanto somos es lo que no somos, que nos engañamos en lo que es verdadero y no tenemos razón en lo que concluimos justo. Y ése, que, durante un breve período, ve el universo desnudo, crea una filosofía, o sueña una religión; y la filosofía se divulga y la religión se propaga, y los que creen en la filosofía pasan a usarla como una veste que no ven, y los que creen en la religión pasan a ponérsela como una máscara de la que se olvidan.

Y siempre, desconociéndonos a nosotros y a los demás, y entendiéndonos alegremente por eso, pasamos por las volutas de la danza o por las conversaciones del descanso, humanos, fútiles, seriamente, al son de la gran orquesta de los astros, bajo las miradas desdeñosas y ajenas de los organizadores del espectáculo.

Sólo ellos saben que nosotros somos presa de la ilusión que nos han creado. Pero cuál es la razón de esa ilusión, y por qué existe esa, o cualquier, ilusión, o por qué es por lo que ellos, ilusos también, nos han concedido que tuviésemos la ilusión que nos concedieron -eso, por cierto ellos mismos no lo saben.

29-11-1931.

397

La ladera lleva al molino, pero el esfuerzo no lleva a nada.

Era una tarde de otoño, cuando el cielo tiene un calor frío, muerto, y hay nubes que sofocan la luz entre cobertores de lentitud.

Sólo dos cosas me ha concedido el Destino: unos libros de contabilidad y el don de soñar.

398

¿Has pensado ya, /oh Otra,/ cuán invisibles somos los unos para los otros? ¿Has meditado ya cuánto nos desconocemos? Nos vemos y no nos vemos. Nos olmos y cada uno escucha tan sólo una voz que está dentro de él.

Las palabras de los demás son errores de nuestra audición, naufragios de nuestro entendimiento. Con qué confianza creemos en /nuestro/ sentido de las palabras de los demás. Nos saben a muerte las voluptuosidades que otros ponen en palabras. Leemos voluptuosidad y vida en lo que los otros dejan caer sin intención de darle un sentido profundo.

La voz de los regatos que interpretamos [...] explicadora, la voz de los árboles en cuyo murmurar ponemos un sentido -¡ah, amor mío desconocido, hasta qué punto todo esto es nosotros y fantasías, todo de ceniza que resbala por las rejas de nuestra celda!

(Posterior a 1923.)

399

CASCADA

La niña sabe que la muñeca no es real, y la trata como real hasta llorarla y disgustarse cuando se rompe. El arte del niño es el de irrealizar. ¡Bendita esa edad equivocada de la vida, cuando se niega el amor porque no hay sexo, cuando se niega la realidad por jugar, tomando por reales a cosas que no lo son!

Que sea yo vuelto niño y me quede siéndolo siempre, sin que me importen los valores que los hombres conceden a las cosas ni las relaciones que los hombres establecen entre ellas. Yo, cuando era pequeño, ponía los soldados de plomo, muchas veces, patas arriba... ¿Y hay algún argumento, con aptitudes lógicas para convencer, que me demuestre que los soldados reales no deben andar cabeza abajo?

El niño no da más valor al oro que al vidrio. Y, en verdad, ¿vale más el oro? El niño juzga oscuramente absurdos las pasiones, las rabias, los recelos que ve esculpidos en los gestos adultos. ¿Y no son en verdad absurdos y vanos todos nuestros recelos y todos nuestros odios y todos nuestros amores?

¡Oh divina y absurda ambición infantil! ¡Visión verdad de las cosas que nosotros revestimos de /convenciones/ en el más desnudo verlas, que nos embrumamos de ideas nuestras en el más directo mirarlas!

¿Será Dios un niño muy grande? El universo entero ¿no parece un juego, una partida de niño Travieso? Tan irreal, tan (...), tan (...)

Os he lanzado, riendo, esta idea al aire y ved cómo, al verla distante de mí, de repente veo lo horrorosa que es. (¿Quién sabe si no contiene la verdad?) Y cae y se rompe a mis pies, en polvo de honor y fragmentos de angustia...

Despierto para saber que existo...

Un gran tedio indeterminado gargariza equivocadamente fresco al oído, por las cascadas, colmenar abajo, allá al fondo /estúpido/ del jardín.

400

La única manera de que tengas sensaciones nuevas es que te construyas un alma nueva. /Baldío/ esfuerzo el tuyo si quieres sentir otras cosas sin sentir de otra manera, y sentirte de otra manera sin cambiar de alma. Porque las cosas son como nosotros las sentimos -¿cuánto tiempo hace que tú sabes esto sin saberlo?- y el único modo de que haya cosas nuevas, de sentir cosas nuevas, es que haya novedad en el sentirlas.

¿Cambio de alma cómo? Descúbrelo tú.

Desde que nacemos hasta que morimos, cambiamos de alma lentamente, como de cuerpo. Consigue un medio de volver rápido ese cambio, como con ciertas enfermedades, o ciertas convalecencias, el cuerpo nos cambia rápidamente.

No descender nunca a dar conferencias para que no se crea que tenemos opiniones, o que descendemos hasta el público para hablar con él. Si quiere, que nos lea.

Y es que además el conferenciante parece un actor -una criatura que el buen artista desprecia, un mozo de cuerda del Arte.

401

El alma humana es una víctima tan inevitable del dolor, que sufre el dolor de la sorpresa dolorosa, incluso con lo que debía esperar. Tal hombre, que toda la vida ha hablado de la inconstancia y de la volubilidad femenina como de cosas naturales y típicas, experimentará toda la angustia de la sorpresa cuando se vea traicionado en amor -tal cual, no otro, como si hubiese tenido siempre por dogma o esperanza la fidelidad y la firmeza de la mujer. Tal otro, que tiene a todo por hueco y vacío, sentirá como un rayo súbito el descubrimiento de que tienen por nada lo que escribe, o que es estéril su esfuerzo por enseñar o que es falsa la comunicabilidad de su emoción.

No hay que creer que los hombres a quien estas desgracias suceden, y otras desgracias como éstas, hubiesen sido poco sinceros en las cosas que decían, o que escribían, y en cuya substancia esas desgracias eran previsibles o seguras. Nada tiene que ver la sinceridad de la afirmación inteligente con la naturalidad de la emoción espontánea. Y esto parece poder ser así, el alma parece poder tener sorpresas de éstas, sólo porque el dolor no le falte, el oprobio no deje de caberle en suerte, la angustia no le escasee como parte /igualitaria/ en la vida. Todos somos iguales en la capacidad para el error y para el sufrimiento. Sólo no le pasa a quien no siente; y los más altos, los más nobles, los más previsores, son lo que ven, pasando y sufriendo, lo que preveían y lo que desdeñaban. Es a esto a lo que se llama la Vida.

402

El hombre no debe poder ver su propia cara. Eso es lo más terrible que hay. La naturaleza le ha concedido el don de no poder verla, así como el de no poder mirar a sus propios ojos.

Sólo en el agua de los ríos y de los lagos podía mirar su rostro. Y la postura, incluso, que tenía que adoptar era simbólica. Tenía que inclinarse, que rebajarse para cometer la ignominia de verse.

El creador del espejo envenenó al alma humana.

403

y todo es una enfermedad incurable.

La ociosidad de sentir, el disgusto de tener que no saber hacer nada, la incapacidad de hacer, como un (...)

404

Ser comandante jubilado me parece una cosa ideal. Es una pena no poder haber sido eternamente tan sólo comandante jubilado.

/La sed de ser completo me ha dejado en este estado de congoja inútil./

La futilidad trágica de mi vida.

Mi curiosidad hermana de las /cogujadas/.

/La angustia pérfida de los ocasos, tímida jarcia en las auroras./

Sentémonos aquí. Desde aquí se ve más el cielo. Es consoladora la expansión enorme de esta altura estrellada. Duele la vida menos al verla; pasa por nuestra faz caliente de la vida la seña pequeña de un abanico breve.

405

En esta era metálica de los bárbaros sólo un culto excesivo de nuestras facultades de soñar, de analizar y de atraer puede servir de salvaguarda a nuestra personalidad, para que no se transforme en nula o en idéntica a las demás.

Lo que nuestras sensaciones tienen de real es precisamente lo que tienen de no-nuestras. Lo que hay de común en las sensaciones es lo que forma la realidad. Por eso nuestra individualidad en nuestras sensaciones reside tan sólo en la parte enorme de ellas. La alegría que yo sentiría si viese un día el sol escarlata. ¡¡Sería tan mío ese sol, sólo mío!!

Amores con la china de una taza de porcelana.
Razones: (...)
Nuestros amores transcurrían tranquilos, como ella quería, sólo en las dos dimensiones del espacio.

406

El instinto infante de la humanidad que hace que el más orgulloso de nosotros, si es un hombre y no un loco, anhele, [...] la mano paternal que lo guíe a través del misterio y de la confusión del mundo. Cada uno de nosotros es un grano de polvo que el viento de la vida levanta, y después deja caer. Tenemos que arrimarnos a un amparo, que no a una vana figura o amante vano; porque la forma es siempre incierta, el cielo siempre lejano y la vida siempre ajena.

El más alto de nosotros no es más que un conocedor más cercano a lo hueco y a lo incierto de todo.

Puede ser que nos guíe una ilusión; la conciencia, sin embargo, es la que no nos guía.

407

Las cosas /modernas/ son:
(1) La evolución de los espejos
(2) Los guardarropas

Hemos pasado a ser criaturas vestidas, de cuerpo y alma.

Y, como el alma corresponde siempre al cuerpo, se ha establecido un traje espiritual. Pasamos a tener el alma esencialmente vestida, así como hemos pasado -hombres, cuerpo a la categoría de animales vestidos.

No es sólo el hecho de que nuestro traje se convierta en una parte de nosotros. Es también la complicación de ese traje y su curiosa cualidad de no tener casi ninguna relación con los elementos de la elegancia natural del cuerpo ni con la de sus movimientos.

Si me pidiesen que explicara lo que es este estado de alma mío, por medio de una razón sensible, yo respondería mudamente apuntando hacia un espejo, hacia una percha y hacia una pluma con tinta.

408

La más vil de todas las necesidades: la de la confidencia, la de la confesión. Es la necesidad del alma de ser exterior.

Confiesa, si; pero confiesa lo que no sientes. Libra a tu alma, si, del peso de sus secretos, diciéndolos; pero qué bien que el secreto que dices nunca lo hayas dicho. Miéntete a ti mismo antes de decir esa verdad. Expresar(se) es siempre equivocarse. Sé consciente: decir sea, para ti, mentir.

409

Hay una técnica del sueño, como las hay de las diferentes realidades, desde la (...)

(¿1932?)

410

La inacción consuela de todo. No hacer nos lo da todo. Imaginar es todo, siempre que nada tienda a la acción. Nadie puede ser rey del mundo más que en sueños. Y cada uno de nosotros, si de verdad se conoce, quiere ser rey del mundo.

No ser, pensando, es el trono. No querer, deseando, es la corona. Tenemos lo que abdicamos, porque lo conservamos, soñado, intacto.

411

MÁXIMAS

Tener opiniones definidas y seguras, instintos, pasiones y carácter estable y conocido -todo esto monta al horror de convertir a nuestra alma en un hecho, de materializaría y volverla exterior. Vivir es un dulce y fluido estado de desconocimiento de las cosas y de sí mismo (es el único modo de vida que a un sabio conviene y anima).

-Saber interponerse constantemente entre sí mismo y las cosas es el más alto grado de sabiduría y prudencia.

-Nuestra personalidad debe ser impenetrable, incluso por nosotros mismos: de ahí nuestro deber de soñarnos siempre, e incluirnos en nuestros sueños, para que no nos sea posible tener opiniones sobre nosotros.

Y debemos evitar en especial la invasión de nuestra personalidad por parte de los demás, Todo interés ajeno por nosotros es una indelicadeza sin par. Lo que separa al saludo vulgar -¿cómo está?- de ser una indisculpable grosería es el ser en general absolutamente vano e insincero.

-Amar es cansarse de estar solo: es, sin embargo, una cobardía, y una traición a nosotros mismos (importa soberanamente que no amemos).

-Dar buenos consejos es insultar la facultad de equivocarse que Dios ha concedido a los demás. Y, sobre todo, los actos ajenos deben tener la ventaja de no ser también nuestros. Sólo es comprensible que se pida consejo a los otros: para saber bien, al actuar al contrario, que somos precisamente nosotros, y muy en desacuerdo con el Otraje.

412

-La única ventaja de estudiar es disfrutar de cuanto no han dicho los demás.

-El arte es un aislamiento. Todo artista debe tratar de aislar a los demás, llevar a sus almas el deseo de estar solos. El triunfo supremo de un artista se produce cuando, al leer sus obras, el lector prefiere tenerlas y no leerlas. No es porque esto les suceda a los consagrados; /es porque es el mayor atributo (...)/

-Ser lúcido es estar indispuesto consigo mismo. El legítimo estado de espíritu respecto al mirar hacia dentro de sí mismo es el estado /(...) de quien mira nervios e indecisiones./

La única actitud intelectual digna de una criatura superior es la de una tranquila y fría compasión por todo cuanto no es él mismo. No es que esta actitud tenga el menor carácter de justa y verdadera, /pero es tan envidiable que es preciso tenerla./

413

El campo es donde no estamos. Allí, sólo allí, hay sombras verdaderas y verdadero arbolado.

La vida es la duda entre una exclamación y una interrogación. ¡En la duda hay un punto final./

El milagro es la pereza de Dios, o, mejor dicho, la pereza que le atribuimos, inventando el milagro.

Los dioses son la encarnación de lo que nunca podremos ser. El cansancio de todas las hipótesis...

414

La libertad es la posibilidad de aislamiento. Eres libre si puedes alejarte de los hombres sin que te obligue a buscarlos la necesidad de dinero, o la necesidad gregaria, o el amor, o la gloria, o la curiosidad, que en el silencio y en la soledad no pueden encontrar alimento. Si te resulta imposible vivir solo, has nacido esclavo. Puedes poseer todas las grandezas del espíritu, todas las del alma: eres un esclavo noble, o un siervo inteligente: no eres libre. Y no es cosa tuya la tragedia, porque la tragedia de que hayas nacido así no es cosa tuya, sino del Destino, solamente suya. Ay de ti, sin embargo, si la opresión de la vida, ella misma, te fuerza a que seas esclavo. Ay de ti si, habiendo nacido libre, capaz de bastarte y de apartarte, la penuria te fuerza a convivir. Ésa, si, es tu tragedia, y la que llevas contigo.

Nacer libre es la mayor grandeza del hombre, lo que hace al ermitaño superior a los reyes, y hasta a los dioses, que se bastan por la fuerza, pero no por el desprecio de ella.

La muerte es una liberación porque morir es no necesitar a otro. El pobre esclavo se ve libre a la fuerza de sus placeres, de sus aflicciones, de su vida deseada y continua. Se ve libre el rey de sus dominios, que no querría dejar. Los que han sembrado amor se ven libres de los triunfos que adoran. Los que han vencido se ven libres de las victorias para las que su vida fue predestinada.

Por eso ennoblece la muerte, viste de galas desconocidas al pobre cuerpo absurdo. Es que allí está un libre, aunque no quisiera serlo. Es que allí no está un esclavo, aunque llorando perdiese la esclavitud. Como un rey cuya mayor pompa es su nombre de rey, y que puede ser risible como hombre, pero como rey es superior, así el muerto puede ser deforme, pero es superior, porque la muerte le ha liberado.

Cierro, cansado, mis contraventanas, excluyo al mundo y durante un momento tengo libertad. Mañana volveré a ser esclavo; pero, ahora, solo, sin necesidad de nadie, receloso tan sólo de que alguna voz o presencia venga a interrumpirme, tengo mi pequeña libertad, mis momentos de excelsis.

En la silla, en la que me recuesto, olvido a la vida que me oprime. No me duele sino el que me haya dolido.

415

El dinero, los niños (los locos) (...)
Nunca se debe envidiar la riqueza, sino platónicamente: la riqueza es libertad.

416

El dinero es bello, porque es una liberación.

Querer ir a morir a Pequín y no poder es una de las cosas que pesan sobre mí como la idea de un futuro cataclismo.

Los compradores de cosas inútiles siempre son más sabios de lo que se creen: compran sueños pequeños. Son niños en el adquirir. Todos los pequeños objetos inútiles cuya provocación al saber que se tiene dinero hace comprarlos, los poseen en la actitud feliz de un niño que coge conchas en la playa -imagen que más que ninguna otra muestra toda la felicidad posible-. ¡Coge conchas en la playa! Nunca hay dos iguales para el niño. Se duerme con las dos más bonitas en la mano, y cuando se las pierden o las tiran -¡un crimen! ¡robarle trozos exteriores del alma! ¡arrancarle pedazos de sueño!-, lloran como un Dios a quien han robado el universo recién creado.

417

El entusiasmo es una grosería.

La expresión del entusiasmo es, más que nada, una violación de los derechos de nuestra insinceridad.

Nunca sabemos cuándo somos sinceros. Quizá no lo seamos nunca. Y aunque seamos sinceros hoy, mañana podemos serlo por todo lo contrario.

En cuanto a mí, no he tenido convicciones. He tenido siempre impresiones. Nunca podría odiar una tierra en que hubiese visto un ocaso escandaloso.

Exteriorizar impresiones es más persuadirnos de que las tenemos que tenerlas.

418

ABSURDO

Nos convertimos en esfinges, aunque falsas, hasta llegar al punto de no saber ya quién somos. Porque, de verdad, lo que nosotros somos es esfinges falsas, y no sabemos lo que somos realmente. El único modo de estar de acuerdo con la vida es estar en desacuerdo con nosotros mismos. Lo absurdo es (lo) divino.

Establecer teorías, pensándolas paciente y honestamente, sólo para proceder después contra ellas -proceder y justificar nuestras acciones con teorías que las condenan-, abrirse un camino en la vida y proceder en seguida de manera contraria a seguir por ese camino. Tener todos los gestos y todas las actitudes de algo que no somos ni pretendemos ser, ni pretendemos ser tomados como siéndolo.

Comprar libros /para/ no leerlos; ir a conciertos, no para oír música ni para ver quién está allí; dar largos paseos por estar harto de andar e ir a pasar unos días en el campo porque el campo nos aburre.

419

Saber ser supersticioso todavía es una de las artes que, realizadas con elevación, marcan al hombre superior.

420

Pensar, aun así, es hacer. Sólo en el devaneo absoluto, donde nada de activo interviene, donde por fin hasta nuestra conciencia de nosotros mismos se /atolla/ en un lodazal -sólo ahí, en ese tibio y húmedo no-ser, la abdicación de la acción se consigue de manera competente.

No querer comprender, no analizar... Verse como a la naturaleza; mirar a sus impresiones como a un campo -la sabiduría es esto.

(¿1914?)

421

LETANÍA

Nosotros no nos realizamos nunca.

Somos un abismo que va hacia otro abismo -un pozo que mira al Cielo.

422

LAGUNA DE LA POSESIÓN

/La posesión es para mi pensamiento una laguna absurda –muy grande, muy oscura, muy poco profunda. Parece honda el agua porque es falsa de tan sucia como está./

¿La muerte? Pero la muerte está dentro de la vida. ¿Muero totalmente? No sé de la vida. ¿Me sobrevivo? Continúo viviendo.

¿El sueño? Pero el sueño está dentro de la vida. ¿Vivimos el sueño? Vivimos. ¿Tan sólo lo soñamos? Morimos. Y la muerte está dentro de la vida.

Como nuestra sombra, la vida me persigue. Y únicamente no hay sombra cuando todo es sombra. La vida no nos persigue únicamente cuando nos entregamos a ella.

Lo que hay de más doloroso en el sueño es el no existir. Realmente, no se puede soñar.

¿Qué es poseer? No lo sabemos. Cómo querer, entonces, poseer algo. Diréis que no sabemos lo que es la vida y vivimos...

Pero ¿vivimos realmente? ¿Vivir sin saber lo que es la vida será vivir?

423

L[AGUNA] DE LA POSESIÓN

Nada se penetra, ni átomos ni almas. Por eso nada posee nada. Desde la verdad hasta el pañuelo -todo es imposible. (La propiedad no es un robo: no es nada.)

424

Sociología: la inutilidad de las teorías y prácticas políticas.

425

El gobierno del mundo comienza en nosotros mismos. No son los sinceros quienes gobiernan el mundo, pero tampoco son los insinceros. Son los que fabrican en sí una sinceridad real por medios artificiales y automáticos; esa sinceridad constituye su fuerza, y es ella la que irradia hacia la sinceridad menos falsa de los demás. Saber engañarse bien es la primera cualidad del estadista. Sólo a los poetas y a los filósofos compete la visión práctica del mundo, porque sólo a éstos les es concedido el no tener ilusiones. Ver claro es no hacer.

426

El hombre perfecto del pagano era la perfección del hombre que existe; el hombre perfecto del cristiano es la perfección del hombre que no existe; el hombre perfecto del budista, la perfección de no existir el hombre.

La naturaleza es la diferencia entre el alma y Dios.

Todo cuanto el hombre expone o expresa es una nota al margen de un texto del todo apagado. Más o menos, por el sentido de la nota, sacamos el sentido que había de ser el del texto; pero queda siempre una duda, y los sentidos posibles son muchos.

427

Desde mediados del siglo dieciocho, una enfermedad terrible descendió progresivamente sobre la civilización. Diecisiete siglos de aspiración cristiana constantemente engañada, cinco siglos de aspiración pagana perennemente postergada -el catolicismo que había quebrado como cristianismo, el Renacimiento que había quebrado como paganismo, la reforma que había quebrado como fenómeno universal. El desastre de todo cuanto se había soñado, la vergüenza de todo cuanto se había conseguido, la miseria de vivir sin una vida digna que los demás pudiesen llevar con nosotros, la sin vida de los demás que pudiésemos dignamente llevar.

Esto cayó en las almas y las envenenó. El horror a la acción, por tener que ser vil en una sociedad vil, inundó los espíritus. La actividad superior del alma se enfermó; sólo la actividad inferior, por más vitalizada, no decayó; inerte la otra, asumió la regencia del mundo.

Así nació la literatura y un arte hechos de elementos secundarios del pensamiento -el romanticismo; y una vida social hecha de elementos secundarios de la actividad- la democracia moderna.

Las almas nacidas para mandar sólo tenían el remedio de abstenerse. Las almas nacidas para crear, en una sociedad donde las fuerzas creadoras quebraban, tenían por único mundo plástico cómodo el mundo social de sus sueños, la esterilidad introspectiva de la propia alma.

Llamamos «románticos», por igual, a los grandes que fracasaron y a los pequeños que se revelaron. Pero no hay una semejanza más que en la sentimentalidad evidente; pero en unos la sentimentalidad muestra la imposibilidad del uso activo de la inteligencia; en otros muestra la ausencia de la misma inteligencia. Son fruto de la misma época un Chateaubriand y un Hugo, un Vigny y un Michelet. Pero un Chateaubriand es un alma grande que disminuye; un Hugo es un alma pequeña que se distiende con el viento del tiempo; un Vigny es un genio que tuvo que huir; un Michelet, una mujer que tuvo que ser hombre de genio. En el padre de todos, Jean-Jacques Rousseau, las dos tendencias están juntas. La inteligencia, en él, era de creador, la sensibilidad de esclavo. Afirma ambas por igual. Pero la sensibilidad social que tenía envenenó sus teorías, que la inteligencia apenas [¿dispuso?]

claramente. La inteligencia que tenía sólo servía para gemir la miseria de coexistir con semejante sensibilidad.

J. J. Rousseau es el hombre moderno, pero más completo que cualquier hombre moderno. De las flaquezas que le hicieron fracasar sacó -¡ay de él y de nosotros!- las fuerzas que le hicieron triunfar. Lo que partió de él venció, pero en los lábaros de su victoria, cuando entró en la ciudad, se veía que estaba escrita [...] la palabra «Derrota». En lo que de él queda por detrás, incapaz del esfuerzo de vencer, fueron las coronas y los cetros, la majestad de mandar y la gloria de vencer por destino interior.

El mundo, en el cual nacemos, sufre de ambos -medio de renuncia y de violencia- de la renuncía de los superiores y de la violencia de los inferiores, que es su victoria.

Ninguna cualidad superior puede afirmarse modernamente, tanto en la acción como en el pensamiento, en la esfera política como en la especulativa.

La ruina de la influencia aristocrática ha creado una atmósfera de brutalidad y de indiferencia por las artes, donde un medidor de la /forma/ no encuentra refugio. Duele más, cada vez más, el contacto del alma con la vida. El esfuerzo es cada vez más doloroso, porque son cada vez más odiosas las condiciones exteriores del esfuerzo.

La ruina de los ideales clásicos ha hecho de todos artistas imposibles, y por lo tanto, malos artistas. Cuando el criterio del arte era la construcción sólida, la observancia cuidadosa de las reglas, pocos podían intentar ser artistas, y gran parte de éstos son muy buenos. Pero cuando el arte pasó a ser tenido por expresión de sentimientos, cada cual podía ser artista porque todos tienen sentimientos.

428

Dios es bueno pero el diablo tampoco es malo.

A pesar de todo, el equilibrio romántico es más perfecto que el del siglo XVII en Francia.

429

OMAR KHAYYÁN

El tedio de Khayyán no es el tedio de quien no sabe qué hacer, porque en verdad nada puede o sabe hacer. Ese es el tedio de los que han nacido muertos, y de los que legítimamente se orientan hacia la morfina o la cocaína. Es más profundo y más noble el tedio del sabio persa. Es el tedio de quien pensó claramente y vio que todo era oscuro; de quien midió todas las religiones y todas las filosofías y dijo después, como Salomón: «He visto que todo era vanidad y aflicciones de ánimo», o como, al despedirse del poder y del mundo, otro rey, que era emperador en él, Septimio Severo, «Omnia fui, nihil...» «Lo he sido todo; nada vale la pena».

La vida, dijo Tarde, es la busca de lo imposible a través de lo inútil; así diría, si lo hubiese dicho, Omar Khayyán.

De ahí la insistencia del persa en el consumo del vino. ¡Bebe! ¡Bebe! es toda su filosofía práctica. No es el beber de la alegría, que bebe para alegrarse más, para ser más ella misma. No es el beber de la desesperación, que bebe para olvidar, para ser menos ella misma. Al vino junta la alegría, la acción y el amor; y hay que fijarse en que no hay en Khayyán nota alguna de energía, ninguna frase de amor. Aquella Saki, cuya grácil figura entrevista surge (pero surge poco) en los Rubayat, no es más que la «muchacha que sirve el vino». El poeta es agradecido a su esbeltez como lo fue a la esbeltez del ánfora que contuviese el vino.

La alegría habla, del vino, como el Deán Aldrich:...

La filosofía práctica de Khayyán se reduce, pues, a un epicureísmo suave, difuminado hasta el mínimo del deseo de placer. Le basta ver rosas y beber vino. Una brisa leve, una conversación sin objeto ni propósito, una jarrita de vino, flores, en eso, y en no más que eso, pone el sabio persa su deseo máximo. El amor agita y cansa, la acción dispersa y fracasa, nadie sabe saber, y pensar lo empeña todo. Más vale pues cesar, en nosotros, de desear o de esperar, de tener la pretensión fútil de explicar el mundo, o el propósito estulto de enmendarlo o gobernarlo. Todo es nada o, como se dice en la Antología Griega, «todo procede de la sinrazón», y es un griego, y por lo tanto un racional, quien lo dice.

430

Permaneceremos indiferentes a la verdad o mentira de todas las religiones, de todas las filosofías, de todas las hipótesis inútilmente verificables a las que llamamos ciencias. Tampoco nos preocupará el destino de la llamada humanidad, o lo que sufra o no sufra en su conjunto. Caridad, sí, para con el «prójimo», como se dice en el Evangelio, y con el hombre de que en él se habla. Y todos, hasta cierto punto, somos así: ¿qué nos pesa, al mejor de todos nosotros, una mortandad en la China? Pero nos duele, al que de nosotros más imagine, la bofetada injusta que hemos visto dar a un niño en la calle.

Caridad para con todos, intimidad con ninguno. Así interpreta Fitzgerald en un punto de una nota suya algo de la ética de Khayyán.

Recomienda el Evangelio el amor al prójimo: no dice amor al hombre o a la humanidad, de la que verdaderamente nadie puede preocuparse.

Se preguntará quizá si hago mía la filosofía de Khayyán, tal como aquí, creo que con justeza, la he escrito de nuevo y la interpreto. Responderé que no lo sé. Hay días en que ésa me parece la mejor, y hasta la única, de todas las filosofías prácticas. Hay otros días en que me parece nula, muerta inútil, como un vaso vacío. No me conozco, porque pienso. No seria así si tuviese fe; pero tampoco seria así si estuviese loco. En verdad, si fuese otro, seria otro.

Más allá de estas cosas del mundo profano, están, es cierto, las lecciones secretas de las órdenes iniciáticas, los misterios patentes, cuando secretos, o velados, cuando los figuran los ritos públicos. Hay lo que está oculto o medio oculto en los grandes ritos católicos, sea en el Ritual de María en la Iglesia Romana, sea en la Ceremonia del Espíritu en la Francmasonería.

¿Pero quién nos dice al final que el iniciado, cuando íncola de los penetrales de los misterios, no es sino avara presa de nuestra nueva faz de la ilusión? ¿Qué es la certidumbre que tiene, si más firme que él la tiene un loco en lo que en él es locura? Decía Spenser que lo que sabemos es una esfera que, cuanto más se ensancha, en tantos más puntos tiene contacto con lo que no sabemos. No me olvido, en este capítulo de lo que las iniciaciones pueden proporcionar, de las palabras terribles de un maestro de Magia: «Ya he visto a Isis -dice-, ya he tocado a Isis: no sé, a pesar de ello, si existe».

El poeta persa Maestro del desconsuelo y de la desilusión.

431

La fe es el instinto de la acción.

432

Más de una vez, al pasear lentamente por las calles de la tarde, me ha sacudido el alma, con una violencia súbita y perturbadora, la extrañísima presencia de la organización de las cosas. No son las cosas naturales las que tanto me afectan, las que tan poderosamente me provocan esta sensación: son,

por el contrario los trazados de las calles, los letreros, las personas vestidas y hablando, los empleos, los diarios, la inteligencia de todo. O, mejor dicho, el hecho de que existan trazados de calles, letreros, empleos, hombres, sociedad, todo entendiéndose y continuando y abriendo caminos.

Reparo en el hombre directamente, y veo que es tan inconsciente como un perro o un gato; habla debido a una inconsciencia de otro orden; se organiza en sociedad debido a una inconsciencia de otro orden, absolutamente inferior a la que emplean las hormigas y las abejas en su vida social. Y entonces, tanto o más que la existencia de organismos, tanto o más que la existencia de leyes rígidas físicas o intelectuales, se me revela mediante una luz evidente la inteligencia que crea e impregna al mundo.

Me impresiona entonces, siempre que así siento, la vieja frase de no sé qué escolástico: Deus est anima brutorum, Dios es el alma de los brutos. Así entendió el autor de la frase, que es maravillosa, explicar la seguridad con que el instinto guía a los animales inferiores, en los que no se divisa inteligencia, o nada más que un esbozo de ella. Pero todos somos animales inferiores -hablar y pensar no son más que nuevos instintos, menos seguros que los otros porque son nuevos. Y la frase del escolástico, tan justa en su belleza, se ensancha, y digo: Dios es el alma de todo.

Nunca he comprendido que quien una vez ha considerado este gran hecho de la relojería universal pudiese negar al relojero en el que el mismo Voltaire no dejó de creer. Comprendo que, atendiendo a ciertos hechos aparentemente desviados de un plan (y seria preciso conocer el plan para saber si son desviados), se atribuya a esa inteligencia suprema algún elemento de imperfección. Eso lo comprendo, aunque no lo acepte. Comprendo hasta que, atendiendo al mal que existe en el mundo, no se pueda aceptar la bondad infinita de esa inteligencia creadora. Eso lo comprendo, aunque tampoco lo acepte. Pero que se niegue la existencia de esa inteligencia, o sea de Dios, es cosa que me parece una de esas estupideces que tantas veces afligen, en un punto de la inteligencia, a hombres que, en todos sus demás puntos, pueden ser superiores; como los que se equivocan siempre en las sumas o, también, y poniendo ya en juego la inteligencia de la sensibilidad, los que no sienten la música, o la pintura, o la poesía.

No acepto, decía, ni el criterio del relojero imperfecto, ni el del relojero carente de benevolencia. No acepto el criterio del relojero imperfecto porque esos pormenores del gobierno y ajuste del mundo, que nos parecen lapsus o sinrazones, no pueden ser verdaderamente tenidos por tales sin que conozcamos el plan. Vemos claramente un plan en todo; vemos ciertas cosas que nos parecen sin razón, pero es de ponderar que si hay en todo una razón, habrá en esto también la misma razón que hay en todo. Vemos la razón pero no el plan; ¿cómo diremos, entonces, que ciertas cosas se encuentran fuera del plan que no sabemos lo que es? Así como un poeta de ritmos sutiles puede intercalar un verso arrítmico con fines rítmicos, es decir, para el propio fin del que parece apartarse, y un crítico más purista de lo rectilíneo que del ritmo llamará equivocado a ese verso, así el Creador puede intercalar lo que nuestra estrecha [¿razón?] considera arritmias en el decurso majestuoso de su ritmo metafísico.

No acepto, decía, el criterio del relojero carente de benevolencia. Estoy de acuerdo en que es un argumento de más difícil respuesta, pero lo es aparentemente. Podemos decir que no sabemos bien lo que es el mal, no pudiendo por eso afirmar si una cosa es mala o buena. Lo cierto, sin embargo, es que un dolor, aunque sea para nuestro bien, es en si mismo un mal, y basta esto para que haya mal en el mundo. Basta un dolor de muelas para no creer en la bondad del Creador. Ahora bien, el yerro esencial de este argumento parece residir en nuestro completo desconocimiento del plan de Dios, y en nuestro igual desconocimiento de lo que puede ser, como persona inteligente, el Infinito Intelectual. Una cosa es la existencia del mal, y otra la razón de esa existencia. La distinción es tal vez sutil hasta el punto de parecer sofística, pero lo cierto es que es justa. La existencia del mal no puede ser negada, pero la maldad de la existencia del mal puede no ser aceptada. Confieso que el problema subsiste porque subsiste nuestra imperfección.

433

Ah, es un error doloroso y craso esa distinción que los revolucionarios establecen entre burgueses y pueblo, o hidalgos y pueblo, o gobernantes y gobernados. La distinción existe entre adaptados e inadaptados: lo demás es literatura, y mala literatura. El mendigo, si es un adaptado, puede ser rey mañana, sin embargo: ha perdido con eso la virtud de ser mendigo. Ha pasado la frontera y ha perdido la nacionalidad.

Esto me consuela en esta oficina estrecha, cuyas ventanas mal lavadas dan a una calle sin alegría. Esto me consuela, porque tengo por hermanos a los creadores de la conciencia del mundo -al dramaturgo atrabancado William Shakespeare, al maestro de escuela John Milton, al vagabundo Dante Alighieri, (...) y hasta, si la cita se me permite, a aquel Jesucristo que no fue nada en el mundo, tanto que la historia duda de él-. Los otros son de otra especie -el consejero de estado Johann Wolfgang Goethe, el senador Victor Hugo, el jefe Lenin, el jefe Mussolini.

Nosotros, en la sombra, entre los cargadores y los barberos, constituimos la humanidad.

De un lado están los reyes, con su prestigio, los emperadores, con su gloría, los genios, con su aura, los santos, con su aureola, los jefes de pueblo, con su dominio, las prostitutas, los profetas y los ricos.. - Del otro estamos nosotros -el cargador de la esquina, el dramaturgo atrabancado William Shakespeare, el barbero de los chistes, el maestro de escuela John Milton, el hortera de la tienda, el vagabundo Dante Alighieri, los que la muerte olvida o consagra, y [la] vida ha olvidado sin consagrarlos.

434

El ambiente es el alma de las cosas. Cada cosa tiene una expresión propia y esa expresión le viene de fuera.

Cada cosa es la intersección de tres líneas, y esas tres líneas forman esa cosa: una cantidad de materia, el modo como interpretamos, y el ambiente en que está. Esta mesa, a la que estoy escribiendo, es un pedazo de madera, es una mesa, y es un mueble entre otros de este cuarto. Mi impresión de esta mesa, si quisiera transcribirla, tendrá que estar compuesta de las nociones de que es madera, de que yo le llamo a eso una mesa y le atribuyo ciertos usos y fines, y de que en ella se reflejan, en ella se insertan, y la transforman, los objetos en cuya yuxtaposición tiene alma exterior, [con] lo que tiene puesto encima. Y el propio color que le ha sido dado, el desteñimiento de ese color, las manchas y rotos que tiene -todo eso, fijémonos, le ha venido de fuera, y eso es lo que, más que su esencia de madera, le proporciona el alma. Y lo íntimo de esa alma, que es el ser mesa, también le ha sido dado desde fuera, que es la personalidad.

Creo, pues, que no hay error humano, ni literario, en atribuir alma a las cosas que llamamos inanimadas. Ser una cosa es ser objeto de una atribución. Puede ser falso decir que un árbol siente, que un río «corre», que un ocaso es triste o el mar está tranquilo (azul por el cielo que no tiene), es sonriente -por el sol que está fuera de él). Pero igual error es atribuir belleza a algo. Igual error es atribuir color, forma, por ventura hasta ser, a algo. Este mar es agua salada. Este ocaso es empezar a faltar la luz del sol en esta latitud y longitud. Este niño, que juega delante de mí, es una acumulación intelectual de células -pero es una relojería de movimientos subatómicos, extraño conglomerado eléctrico de millones de sistemas solares en miniatura mínima.

Todo viene de fuera y la misma alma humana no es por ventura más que el rayo de sol que brilla y aísla del suelo donde yace el montón de estiércol que es el cuerpo.

En estas consideraciones hay por ventura toda una filosofía, para quien pudiese tener la fuerza de sacar conclusiones. No la tengo yo, me surgen atentos pensamientos vagos, con posibilidades lógicas,

y todo se me esfuma en una visión de un rayo de sol que dora un estiércol como paja oscura húmedamente aplastada, en el suelo casi negro, al pie de un muro de pedrejones.

Así soy. Cuando quiero pensar, veo. Cuando quiero bajar a mi alma, me quedo parado de repente, olvidado, al comienzo de la espiral de la escalera profunda, viendo por la ventana del piso alto el sol que moja de despedida fulva la aglomeración difusa de los tejados.

6-4-1930.

435

La metafísica me ha parecido siempre una forma prolongada de locura latente. Si conociésemos la verdad, la veríamos; todo lo demás es sistema y alrededores. Nos basta, si pensamos, la incomprensibilidad del universo; querer comprenderlo es ser menos que hombres, porque ser hombre es saber que no se comprende.

Me traen la fe como un paquete cerrado en una bandeja ajena. Quieren que lo acepte, pero que no lo abra. Me traen la ciencia, como un cuchillo en un plato, con el que abriré las hojas de un libro de páginas blancas. Me traen la duda, como polvo dentro de una caja, pero ¿para qué me traen la caja si no tiene más que polvo?

A falta de saber, escribo; y uso los grandes términos de la /Verdad ajenos/ conforme a las exigencias de la emoción. Si la emoción es clara y fatal, hablo, naturalmente, de los Dioses, y así la encuadro en una conciencia del mundo múltiple. Si la emoción es profunda, hablo, naturalmente, de Dios, y así la engasto en una conciencia una. Si la emoción es un pensamiento, hablo, naturalmente, del Destino, y así la arrimo a la pared.

Unas veces, el propio ritmo de la frase exigirá Dioses, y no Dios; otras veces, se impondrán las dos sílabas de Dioses y cambio verbalmente de universo; otras veces pesaré las necesidades de una rima íntima, una dislocación del ritmo, un sobresalto de la emoción y el politeísmo o el monoteísmo se amolda y se prefiere. Los Dioses son una función del estilo.

6-5-1930.

436

Muchos han definido al hombre, y en general lo han definido en contraste con los animales. Por eso, en las definiciones del hombre, es frecuente el uso de la frase «el hombre es un animal...» y un adjetivo, o «el hombre es un animal que...» y se dice el qué. «El hombre es un animal enfermo», dijo Rousseau, y en parte es verdad. «El hombre es un animal racional», dice la Iglesia, y en parte es verdad. «El hombre es un animal que usa herramientas», dice Carlyle, y en parte es verdad. Pero estas definiciones, y otras como ellas, son siempre imperfectas y laterales. Y la razón es muy simple: no es fácil distinguir al hombre de los animales, no hay un criterio seguro para distinguir al hombre de los animales. Las vidas humanas transcurren en la misma íntima inconsciencia que las vidas de los animales. Las mismas leyes profundas que rigen desde fuera los instintos de los animales rigen, también desde fuera, la inteligencia del hombre, que parece no ser más que un instinto en formación, tan inconsciente como todo instinto, menos perfecto por todavía no formado.

«Todo viene de la sinrazón», se dice en la Antología Griega. Y, en verdad, todo viene de la sinrazón. Fuera de las matemáticas, que no tienen que ver sino con números muertos y fórmulas vacías, y por eso pueden ser perfectamente lógicas, la ciencia no es más que un juego de niños en el crepúsculo, un querer agarrar sombras de aves y parar sombras de hierbas al viento.

Y es curioso y extraño que, no siendo fácil encontrar palabras con las que verdaderamente se defina al hombre como distinto de los animales, sea sin embargo fácil encontrar la manera de diferenciar al hombre superior del hombre vulgar.

Nunca se me ha olvidado aquella frase de Haeckel, el biólogo, que leí en la infancia de la inteligencia, cuando se leen las divulgaciones científicas y las razones contra la religión. La frase es ésta, o casi ésta: que mucho más lejos está el hombre superior (un Kant o un Goethe, creo que dice) del hombre vulgar que el hombre vulgar del mono. Nunca he olvidado la frase porque es verdadera. Entre mí, que poco soy en el orden de los que piensan, y un campesino de Loures hay, sin duda, mayor distancia que entre ese campesino y, no digo ya un mono, sino un gato o un perro. Ninguno de nosotros, desde el gato hasta mí, lleva de hecho la vida que le es impuesta, o el destino que le es concedido; todos somos igualmente derivados de no sé qué, sombras de gestos hechos por otro, efectos encarnados, consecuencias que sienten. Pero entre mí y el campesino hay una diferencia de cualidad, procedente de la existencia en mi del pensamiento abstracto y de la emoción desinteresada; y entre él y el gato no hay, en el espíritu, más que una diferencia de grado.

El hombre superior difiere del hombre inferior, y de los animales hermanos de éste, por la simple cualidad de la ironía. La ironía es el primer indicio de que la conciencia se ha tornado consciente. Y la ironía atraviesa dos estadios: el estadio marcado por Sócrates cuando dijo «sólo sé que no sé nada» y el estadio marcado por Sanches cuando dijo: «no sé si nada sé». El primer paso llega a aquel punto en el que dudamos de nosotros dogmáticamente, y todo hombre superior lo da y consigue. El segundo paso llega a aquel punto en que dudamos de nosotros y de nuestra duda, y pocos hombres lo han conseguido en la corta extensión ya tan larga del tiempo que, humanidad, hemos visto el sol y la noche sobre la varia superficie de la tierra.

Conocerse es errar, y el oráculo que dijo «Conócete» propuso un trabajo mayor que los de Hércules y un enigma más negro que el de la Esfinge. Desconocerse conscientemente, he ahí el camino. El desconocerse concienzudamente es el empleo activo de la ironía, No conozco cosa mayor, ni más propia del hombre que es de verdad grande, que el análisis paciente de la inconsciencia de nuestras conciencias, la metafísica de las sombras autónomas, la poesía del crepúsculo de la desilusión.

Pero siempre nos engaña algo, siempre se nos embota algún análisis, siempre la verdad, aunque falsa, está más allá de la otra esquina. Y es esto lo que cansa más que la vida, cuando ésta cansa, y que su conocimiento y meditación, que nunca dejan de cansar.

Me levanto de la silla en donde, apoyado distraídamente en la mesa, me he entretenido en narrar para mi estas impresiones irregulares. Me levanto, yergo el cuerpo en sí mismo, y voy a la ventana, alta por cima de los tejados, desde donde puedo ver a la ciudad ir a dormir en un comienzo lento de silencio. La luna, grande y de un blanco blanco, elucida tristemente las diferencias apretujadas de las casas. Y el claro de luna parece iluminar álgidamente todo el misterio del mundo. Parece mostrarlo todo, y todo es sombras con mezclas de luz mala, intervalos falsos, desniveladamente absurdos, incoherencias de lo visible. No hay brisa, y parece que el misterio es mayor. Siento náuseas en el pensamiento abstracto. Nunca he escrito una página que me revele o que revele algo. Una nube muy leve flota vaga por cima de la luna, como un escondrijo. Ignoro, como estos tejados. He fracasado, como la naturaleza entera.

3-3-1931.

437

Todo el día, en toda su desolación de nubes leves y tibias, ha sido ocupado por las informaciones de que había una revolución. Estas noticias, falsas o ciertas, me llenan siempre de un desaliento especial, mezcla de desdén y de náusea física. Me duele en la inteligencia que alguien crea que altera algo agitándose. La violencia, sea la que fuere, ha sido siempre para mí una forma desencajada de la

estupidez humana. Además, todos los revolucionarios son estúpidos como, en menor grado, porque menos incómodo, lo son todos los reformadores.

Revolucionario o reformador, el error es el mismo. Impotente para dominar y reformar su propia actitud para con la vida, que es todo, o su propio ser, que es casi todo, el hombre huye hacia el querer modificar a los demás y al mundo exterior. Todo revolucionario, todo reformador es un /evadido/. Combatir es no ser capaz de combatirse. Reformar es no tener enmienda posible.

El hombre de sensibilidad justa y recta razón, si se encuentra preocupado con el mal y la injusticia del mundo, busca naturalmente enmendarla, primero, en aquello en que más cerca se manifiesta; y eso lo encontrará en su propio ser. Esa obra le llevará toda la vida.

Todo reside, para nosotros, en nuestro concepto del mundo; modificar nuestro concepto del mundo es modificar el mundo para con nosotros, es decir, es modificar el mundo, pues nunca será, para nosotros, sino lo que es para nosotros. Esa justicia íntima debido a la cual escribimos una página fluyente y bella, esa reforma verdadera mediante la que tornamos viva a nuestra sensibilidad muerta -esas cosas son la verdad, nuestra verdad, la única verdad. Lo demás que hay en el mundo es paisaje, marcos que encuadran sensaciones nuestras, encuadernaciones de lo que pensamos. Y lo es, ya sea el paisaje colorido de las cosas y de los seres -los campos, las casas, los carteles y los trajes-, ya sea el paisaje incoloro de las almas monótonas, que sube un momento a la superficie en palabras viejas y gestos gastados, y baja otra vez al fondo en la estupidez fundamental de la expresión humana.

¿Revolución? ¿Cambio? Lo que yo quiero de verdad, con toda la intimidad del alma, es que cesen las nubes átonas que enjabonan cenicientamente al cielo; lo que yo quiero es ver al azul empezar a surgir de entre ellas, verdad segura y clara porque nada es ni quiere.

8-4-1931.

438

Si considero atentamente la vida que viven los hombres, nada encuentro en ella que la diferencie de la vida que viven los animales. Unos y otros son lanzados inconscientemente a través de las cosas y el mundo; unos y otros se entretienen con intervalos; unos y otros recorren diariamente el mismo trayecto orgánico; unos y otros no piensan más allá de lo que piensan, ni viven más allá de lo que viven. El gato se revuelca al sol y allí duerme. El hombre se revuelca en la vida, con todas sus complejidades, y allí duerme. Ni uno ni otro se libera de la ley fatal de ser como es. Ninguno intenta levantar el peso de ser. Los mayores de entre los hombres aman la gloria, pero la aman, no como a una inmortalidad propia, sino como a una inmortalidad abstracta, de la que quizá no participen.

Estas consideraciones, que en mí son frecuentes, me llevan a una admiración súbita por esa especie de individuos que instintivamente me repugnan. Me refiero a los místicos y a los ascetas -a los remotos de todos los Tibets, a los Simones Estilitas de todas las columnas. Éstos, aunque en el absurdo, intentan de hecho liberarse de la ley animal. Estos, aunque en la locura, intentan de hecho negar la ley de la vida, el revolcarse al sol y el aguardar a la muerte sin pensar en ella. Buscan, aunque parados en lo alto de la columna; anhelan, aunque en una celda sin luz; quieren lo que no conocen, aunque en el martirio prestado y en la amargura impuestas.

Todos nosotros, que vivimos como animales con más o menos complejidad, atravesamos el escenario como figurantes que no hablan, contentos de la solemnidad vanidosa del trayecto. Perros y hombres, gatos y héroes, pulgas y genios, jugamos a existir, sin pensar en eso (que los mejores piensan sólo en pensar) bajo el gran sosiego de las estrellas. Los otros -los místicos de la mala hora y del sacrificio- sienten al menos, con el cuerpo y lo cotidiano, la presencia mágica del misterio. Son libres porque niegan al sol visible; son plenos porque se han vaciado del vacío del mundo.

Estoy casi místico, con ellos, al hablar de ellos, pero seria incapaz de ser más que estas palabras escritas al sabor de mi inclinación ocasional. Seré siempre de la Calle de los Doradores, como la

humanidad entera. Seré siempre, en verso o en prosa, empleado de pupitre. Seré siempre, en lo místico y en lo no místico, local y sumiso, siervo de mis sensaciones y de la hora en que las tenga. Seré siempre, bajo el gran palio azul del cielo mudo, paje de un rito incompren4ido, vestido de vida para ejecutarlo, y ejecutado, sin saber por qué, gesto y pasos, posiciones y maneras, hasta que se termine la fiesta, o mi papel en ella, y pueda ir a comer cosas de gala en las grandes barracas que están, según dicen, allá abajo, al fondo del jardín.

18-6-1931.

439

Desde que, conforme puedo, medito y observo, he reparado en que en nada saben los hombres la verdad, o están de acuerdo, que sea realmente supremo en la vida o útil al vivirla. La ciencia más exacta es la matemática, que vive en la clausura de sus propias reglas y leyes; sirve, si, por aplicación, para elucidar otras ciencias, pero elucida lo que éstas descubren, no las ayuda a descubrir. En las demás ciencias no es cierto y aceptado sino lo que nada pesa para los fines supremos de la vida. La física sabe bien cuál es el coeficiente de dilatación del hierro; no sabe cuál es la verdadera mecánica de la constitución del mundo. Y cuanto más subimos en lo que desearíamos saber, más bajamos en lo que sabemos. La metafísica, que seria la guía suprema porque es ella y sólo ella la que se dirige hacia los fines supremos de la verdad y de la vida -esa no es una teoría científica, sino solamente un montón de ladrillos que forma, en estas manos o en aquéllas, casas de ninguna forma que ninguna argamasa une.

Reparo también en que entre la vida de los hombres y la de los animales no hay otra diferencia que no sea la de la manera como se engañan o se ignoran. No saben los animales lo que hacen: nacen, crecen, viven, mueren sin pensamiento reflejo o verdaderamente futuro. ¿Cuántos hombres, sin embargo, viven de modo diferente al de los animales? Dormimos todos, y la diferencia está sólo en los sueños, y en el grado y calidad del soñar. Tal vez la muerte nos despierte, pero a eso tampoco hay respuesta, sino la de la fe, para quien creer es tener; la de la esperanza, para quien desear es poseer; la de la caridad, para quien dar es recibir.

Llueve, esta tarde de invierno triste, como si hubiese llovido, así de monótonamente, desde la primera página de mundo. Llueve, y mis sentimientos, como si la lluvia los abatiese, doblan su mirada bruta hacia la tierra de la ciudad, donde corre un agua que nada alimenta, que nada lava, que nada alegra. Llueve, y yo siento súbitamente la opresión inmensa de ser un animal que no sabe lo que es, que sueña el pensamiento y la emoción, encogido, como en un tugurio, en una región espacial del ser, contento de un pequeño calor como de una verdad eterna.

13-12-1932.

440

En cualquier espíritu que no sea disforme existe la creencia en Dios. En cualquier espíritu que no sea disforme no existe la creencia en un Dios definido. Es cualquier ente, existente e imposible, que lo rige todo; cuya persona, si la tiene, nadie puede definir; cuyos fines, si de ellos usa, nadie puede comprender. Llamándole Dios lo decimos todo, porque, no teniendo la palabra Dios sentido alguno preciso, así lo afirmamos, sin decir nada. Los atributos de infinito, de eterno, de omnipotente, de sumamente justo o bondadoso, que a veces le pegamos se despegan por sí solos como todos los adjetivos innecesarios cuando el substantivo basta. Y él, al que, por indefinido, no podemos dar atributos, es, por eso mismo, el substantivo absoluto.

La misma certeza, y la misma vaguedad, existen en cuanto a la supervivencia del alma. Todos nosotros sabemos que morimos; todos nosotros sentimos que no moriremos. No es precisamente un deseo, ni una esperanza, lo que nos trae esa visión en lo oscuro de que la muerte es un malentendido: /es un raciocinio hecho con las entrañas, que repudia (...)/

441

Nada me pesa tanto en el disgusto como las palabras sociales de moral. Ya la palabra «deben» me resulta tan desagradable como un intruso. Pero el que tengamos un «deber cívico», «solidaridad», «humanitarismo», y otros de la misma estirpe, me repugnan [*sic*] como porquerías que me arrojasen desde las ventanas. Me siento ofendido por la suposición, que alguien pueda hacer por ventura, de que esas expresiones tengan algo que ver conmigo, de que les encuentre, no sólo un valor, sino siquiera un sentido.

He visto hace poco, en el escaparate de una tienda de juguetes, unas cosas que me han recordado exactamente lo que son estas expresiones. He visto, en unos platos fingidos, unos manjares fingidos para mesas de muñecas. Al hombre tal como es, sensual, egoísta, vanidoso, amigo de los demás porque posee el don del habla, enemigo de los demás porque posee el don de la vida, a ese hombre ¿qué hay que ofrecerle con que juegue a las muñecas con palabras vacías de sonido y de entonación?

El gobierno se asienta en dos cosas: refrenar y engañar. El mal de esos términos cubiertos de lentejuelas es que no refrenan ni engañan. Emborrachan, cuando mucho, y eso es otra cosa.

Si a algo odio, es a un reformador. Un reformador es un hombre que ve los males superficiales del mundo y se propone curarlos agravando los fundamentales. El médico trata de adaptar el cuerpo enfermo al cuerpo sano; pero nosotros no sabemos lo que está sano o enfermo en la vida social.

No puedo considerar a la humanidad sino como una de las últimas escuelas de la pintura decorativa de la naturaleza. No distingo, fundamentalmente, un hombre de un árbol; y, desde luego, prefiero al que sea más decorativo, al que más interese a mis ojos pensantes. Si el árbol me interesa más, me pesa más que corten el árbol que el que muera el hombre. Hay idas del ocaso que me duelen más que muertes de niños. En todo soy el que no siente, para sentir.

Casi me culpo de estar escribiendo estas medias reflexiones a esta hora en que de los confines de la tarde sube, coloreándose, una brisa ligera. Coloreándose no, que no es ella la que se eolorea, sino el aire en el que boga insegura; pero, como me parece que es ella misma la que se colorea, es eso lo que digo, pues por fuerza he de decir lo que me parece, visto que soy yo.

442

El mundo es de quien no siente. La condición esencial para ser un hombre práctico es la ausencia de sensibilidad. La cualidad principal en la práctica de la vida es aquella cualidad que conduce a la acción, es decir, la voluntad. Ahora bien, las dos cosas que estorban a la acción son la sensibilidad y el pensamiento analítico, que no es, a fin de cuentas, más que el pensamiento con sensibilidad. Toda acción es, debido a su naturaleza, la proyección de la personalidad sobre el mundo exterior y, como el mundo exterior está en grande y principal parte compuesto por entes humanos, se deduce que esa proyección de la personalidad es esencialmente el atravesarnos en el camino ajeno, el estorbar, herir y aplastar a los otros, conforme nuestro modo de hacer.

Para hacer es, pues, preciso que no nos figuremos con facilidad a las personalidades ajenas, a sus dolores y alegrías. Quien simpatiza se para. El hombre de acción considera al mundo exterior como compuesto exclusivamente de materia inerte –o inerte en sí misma, como una piedra sobre la que pasa o aparta del camino, o inerte como un ente humano que, porque no puede oponerle resistencia, lo

mismo da que sea hombre o piedra, pues, como a la piedra, o se le ha apartado o se ha pasado por cima de él.

El ejemplo máximo del hombre práctico, porque reúne a la extrema concentración de la acción con su extrema importancia, es el estratega. Toda la vida es una guerra, y la batalla es, pues, la síntesis de la vida. Ahora bien, el estratega es un hombre que juega con las vidas como el jugador de ajedrez con las piezas del juego. ¿Qué sería del estratega si pensase que cada lance de su juego lleva la noche a mil hogares y la congoja a tres mil corazones? ¿Qué seria del mundo si fuésemos humanos? Si el hombre sintiese de verdad, no habría civilización. El arte sirve de fuga a la sensibilidad a la que ha tenido que olvidar la acción. El arte es la Gata Cenicienta, que se quedó en casa porque tuvo que ser.

Todo hombre de acción es esencialmente animoso y optimista porque quien no siente es feliz. Se conoce a un hombre de acción porque nunca está mal dispuesto. Quien trabaja aunque esté mal dispuesto es un subsidiario de la acción; puede ser en la vida, en la gran generalidad de la vida, un contable, como lo soy yo en su particularidad. Lo que no puede ser es un regente de cosas o de hombres. A la regencia pertenece la insensibilidad. Gobierna quien es alegre porque para ser triste es preciso sentir.

El patrón Vasques ha hecho hoy un negocio con el que ha arruinado a un individuo enfermo y a su familia. Mientras hacía el negocio, olvidó por completo que ese individuo existía, excepto como parte contraria comercial. Una vez hecho el negocio, le vino la sensibilidad. Sólo después, claro está, pues si le hubiese venido antes, el negocio no se habría hecho nunca. «Me da pena de ese tipo -me ha dicho-. Va a quedarse en la miseria.» Después, encendiendo el puro, ha añadido: «En todo caso, si necesita algo de mí -entendiéndose una limosna- yo no olvido que le debo un buen negocio y unas decenas de billetes».

El patrón Vasques no es un bandido: es un hombre de acción. El que perdió el lance en este juego puede, de verdad, pues el patrón Vasques es un hombre generoso, contar en el futuro con su limosna.

Como el patrón Vasques son todos los hombres de acción -jefes industriales y comerciales, políticos, hombres de armas, idealistas religiosos y sociales, grandes poetas y grandes artistas, mujeres hermosas, niños que hacen lo que quieren. Manda quien no siente. Vence quien sólo piensa en lo que necesita para vencer. El resto, que es la vaga humanidad general, amorfa, sensible, imaginativa y frágil, es no más que el telón de fondo contra el que destacan estas figuras de la escena hasta que termine la pieza de marionetas, el fondo plano de cuadrados sobre el que se levantan las piezas del ajedrez hasta que las guarde el Gran Jugador que, engañándose con una doble personalidad, juega, y se entretiene siempre consigo mismo.

17-1-1932.

443

He sentido siempre una repugnancia casi física por las cosas secretas -intrigas, diplomacia, sociedades secretas, ocultismo-. Sobre todo me han molestado estas dos últimas cosas -la pretensión, que tienen ciertos hombres, de que, mediante entendimientos con los Dioses o Maestros o Demiurgos, saben (allá entre ellos, excluidos todos nosotros) los grandes secretos que son los cimientos del mundo.

No puedo creer que eso sea así. Puedo creer que alguien lo juzgue así. ¿Por qué no ha de estar toda esa gente loca, o engañada? ¿Por ser varios? Pero hay alucinaciones colectivas.

Lo que me impresiona sobre todo de estos maestros y sabedores de lo invisible es que, cuando escriben para contarnos o sugerir sus misterios, todos escriben mal. Me ofende el entendimiento que un hombre que sea capaz de dominar al Diablo no sea capaz de dominar la lengua portuguesa. ¿Por qué ha de ser el comercio con los demonios más fácil que el comercio con la gramática? Quien, a través de largos ejercicios de la atención y de la voluntad, consigue, conforme dice, tener visiones astrales, ¿por qué no puede, con menos dispendio de una y otra cosa, tener la visión de la sintaxis? [¿]

Qué hay en el dogma y ritual de la Alta Magia que impida a alguien escribir -no digo ya con claridad, pues puede ser que la oscuridad sea propia de la ley oculta-, sino al menos con elegancia y fluidez, puesto que en lo propiamente abstruso puede haberla [?] ¿Por qué ha de gastarse toda la energía del alma en el estudio del lenguaje de los Dioses y no ha de sobrar un despreciable fragmento con el que se estudie el color y el ritmo del lenguaje de los hombres?

Desconfío de los maestros que no pueden serlo de enseñanza primaria. Son para mí como esos poetas extraños que son incapaces de escribir como los demás. Admito que sean extraños; me gustaría, sin embargo, que me demostrasen que lo son por superioridad a lo normal y no por impotencia.

Dicen que hay grandes matemáticos que se equivocan en las sumas fáciles; pero, aquí, la comparación no es con equivocarse, sino con desconocer. Admito que un gran matemático sume dos y dos para que resulte cinco: es una distracción, y a todos puede sucedemos. Lo que no admito es que no sepa lo que es sumar o cómo se suma. Y éste es el caso de los maestros de lo oculto, en su formidable mayoría.

444

El pensamiento puede tener elevación sin tener elegancia y, en la proporción en que no tenga elegancia, perderá la acción sobre los demás. La fuerza sin la destreza es una simple masa.

445

El mundo, estercolero de fuerzas instintivas, que en todo caso brilla al sol con tonos pajizos de oro claro y oscuro.

En mi opinión, silo pienso, pestes, tormentas, guerras, son productos de la misma fuerza ciega, que opera una vez por medio de microbios inconscientes, otra vez por medio de rayos y aguas insconscientes, otra vez por medio de hombres inconscientes. Un terremoto y una mortandad no tienen para mí más diferencia que la que hay entre asesinar con un cuchillo y asesinar con un puñal. El monstruo inmanente en las cosas tanto se sirve -para su bien o su mal, que, a lo que parece, le son indiferente de la desviación de un pedrusco en la altura o de la desviación de los celos o de la codicia de un corazón. El pedrusco cae, y mata a un hombre; la codicia y los celos arman a un brazo, y el brazo mata a un hombre. Así es el mundo, estercolero de fuerzas instintivas que todavía brilla al sol con tonos pajizos de oro claro y oscuro.

Para hacerle cara a la brutalidad de indiferencia que constituye el fondo visible de las cosas, descubrieron los místicos que lo mejor era repudiar. Negar el mundo, apartarse de él como de un pantano a cuya orilla nos encontrásemos. Negar como el Buda, negándole la realidad absoluta; negar como el Cristo, negándole la realidad relativa; negar (...) satisfecho del sueño sólo cuando no estoy soñando, satisfecho del mundo sólo cuando sueño lejos de él. Péndulo oscilante, moviéndose siempre para no llegar, yendo sólo para volver, preso eternamente a la doble fatalidad de un centro y de un movimiento inútil.

No he pedido a la vida más que el que no me exigiese nada. A la puerta de la cabaña que no he tenido me he sentado al sol que nunca ha habido y he gozado la vejez futura de mi realidad /cansada/ (con cl placer de no tenerla todavía). No haber muerto aún basta para los pobres de la vida, y tener todavía la esperanza de (..)

446

(El) Cristo es una forma de la emoción.

En el panteón hay un sitio para los dioses que se excluyen los unos a los otros, y todos tienen asiento y regencia. Cada uno puede serlo todo, porque aquí no hay límites, ni siquiera lógicos, y disfrutamos, en la compañía de varios eternos, de la coexistencia de diferentes infinitos y de varias eternidades.

447

El mundo exterior existe como un actor en un escenario: está allí pero es otra cosa.

(¿1932?)

448

Cuanto más completo el espectáculo del mundo, y el flujo y reflujo de la mutación de las cosas, más profundamente me convenzo de la ficción ingénita de todo, del prestigio falso de la pompa de todas las realidades. Y en esta contemplación, que a todos los que reflexionan les habrá sucedido tener alguna vez, la marcha multicolor de las costumbres y de las modas, el camino complejo de los progresos y de las civilizaciones, la confusión grandiosa de los imperios y de las culturas -todo esto se me representa como un mito y una ficción, soñado entre sombras y olvidos-. Pero no sé si la definición suprema de todos esos propósitos muertos, hasta cuando son conseguidos, debe estar en la abdicación extática del Buda, que, al comprender la vacuidad de las cosas, se alzó de su éxtasis diciendo «Ya lo sé todo», o en la indiferencia demasiado experta del emperador Severo: «omnia fui, nihil expedit» -«lo he sido todo, nada vale la pena».

449

MANERA DE BIEN SOÑAR

-Aplázalo todo. Nunca se debe hacer hoy lo que también se puede dejar de hacer mañana.

Ni siquiera es necesario que se haga algo, mañana u hoy.

-Nunca pienses en lo que vas a hacer. No lo hagas.

-Vive tu vida. No seas vivido por ella.

En la verdad y en el error, en el gozo y en el malestar, sé tu propio ser. Sólo podrás hacer eso soñando, porque tu vida real, tu vida humana es aquella que no es tuya, sino de los demás. Así, substituirás el sueño a la vida y te cuidarás tan sólo de soñar con perfección. En todos tus actos de la vida-real, desde el de nacer hasta el de morir, tú no actúas: eres actuado; tú no vives: eres vivido tan sólo.

Vuélvete para los demás una esfinge absurda. Enciérrate, pero sin dar un portazo, en tu torre de marfil. Y tu torre de marfil eres tú mismo.

Y si alguien te dice que esto es falso y absurdo, no lo creas. Pero tampoco creas en lo que yo te digo, porque no se debe creer en nada.

...

-Despréciálo todo, pero de modo que el despreciar no te cause molestias. No te juzgues superior a tu despreciar. El arte del desprecio está en eso.

450

(CHAPTER ON INDIFFERENCE OR SOMETHING LIKE THAT)

Toda alma digna de sí misma desea vivir la vida en Extremo. Contentarse con lo que le dan a uno es propio de esclavos. Pedir más es propio de niños. Conquistar más es propio de locos, porque toda conquista es (...)

Vivir la vida en Extremo significa vivirla hasta el límite, pero hay tres maneras de hacerlo, y a cada alma elevada compete escoger una de las maneras. Puede vivirse la vida en [E]xtremo mediante la posesión extrema de ella, mediante el viaje uliseico a través de todas las sensaciones vividas, a través de todas las formas de energía exteriorizada. Raros, sin embargo, son, en todas las épocas del mundo, los que pueden cerrar los ojos llenos del cansancio suma de todos los cansancios, los que lo han poseído todo de todas las maneras.

Raros pueden, así, exigir de la vida, y conseguirlo, que se les entregue en cuerpo y alma; sabiendo no ser celosos de ella por saber tener todo su amor, Pero éste debe ser, sin duda, el deseo de toda alma elevada y frene. Cuando esa alma, sin embargo, comprueba que le [resulta] imposible semejante realización, que no tiene fuerzas para la conquista de todas las partes del Todo, tiene otros dos caminos que seguir -uno, la abdicación entera, la abstención formal, completa, relegando a la esfera de la sensibilidad aquello que no puede poseer integralmente en la región de la actividad y la energía. Más vale supremamente no hacer que hacer inútilmente, fragmentariamente, imbastantemente, como la innumerable superflua mayoría inane de los hombres; otro, el camino del perfecto equilibrio, la busca del Límite en la Proporción Absoluta, por donde el ansia de lo Extremo pasa de la voluntad y de la emoción a la Inteligencia, siendo toda la ambición, no de vivir toda la vida, no de sentir toda la vida, sino de ordenar toda la vida, de cumplirla en Armonía y Coordinación inteligente.

El ansia de comprender, que para tantas mas nobles sustituye a la de hacer, pertenece a la esfera de la sensibilidad. Sustituir a la energía por la Inteligencia, romper el eslabón entre la voluntad y la emoción, despojando de interés a todos los gestos de la vida material, he ahí lo que, una vez conseguido, vale más que la vida, tan difícil de poseer completa, y tan triste de poseer parcial.

Decían los argonautas que navegar es preciso. Argonautas, nosotros, de la sensibilidad enfermiza, digamos que sentir es preciso, pero que no es preciso vivir.

451

Perder tiempo comporta una estética. Hay, para los sutiles en las sensaciones, un formulario /de la inercia/ en el que hay recetas para todas las formas de lucidez. La estrategia con que se lucha con la noción de las conveniencias sociales, con los impulsos de los instintos, con las solicitaciones del sentimiento, exige un estudio que cualquier mero esteta no soporta /el tener que hacerlo/. A una apurada etiología de los escrúpulos debe seguir una /diagnosis/ irónica de las servidumbres a la normalidad. Hay que cultivar, también, la agilidad contra las intromisiones de la vida; un cuidado (...) debe protegernos contra el sentir las opiniones ajenas, y una indolente indiferencia arroparnos el alma contra los golpes sordos de la coexistencia con los demás.

(¿1915?)

452

Por fácil que sea, todo gesto representa la violación de un secreto espiritual. Todo gesto es un acto revolucionario; (un exilio, quizá de la verdadera (...) de nuestros propósitos).

La acción es una enfermedad del pensamiento, un cáncer de la imaginación. Hacer es exiliarse. Toda acción es incompleta e imperfecta. El poema que sueño no tiene faltas sino cuando intento realizarlo. (En el mito de Jesús está escrito esto; Dios, al volverse hombre, no puede terminar más que en el martirio. El supremo soñador tiene por hijo al martirio supremo.)

Las sombras rotas de los follajes, el canto trémulo de las aves, los brazos extendidos de los ríos, que estremecen al sol su lucir fresco, los verdores, las amapolas, y la simplicidad de las sensaciones -al sentir esto, siento nostalgia /de ello/, como si al sentirlo no lo sintiese.

Las horas, como un carro al atardecer, regresan chirriando por las sombras de mis pensamientos. Si levanto los ojos de encima del pensamiento, me arden con el espectáculo del mundo.

Para realizar un sueño es preciso olvidarlo, distraer de él la atención. Por eso, realizar es no realizar. La vida está llena de paradojas lo mismo que las rosas de espinas.

Yo desearía realizar la apoteosis de una incoherencia nueva que se afirmase como la constitución negativa de la anarquía de las almas. Compilar un digesto de mis sueños me ha parecido siempre que seria útil a la humanidad. Por eso no me he abstenido nunca de intentarlo. La idea de que lo que yo hacía pudiese ser aprovechable me ofendió, me importunó para mí.

Tengo casas de campo en los alrededores de la vida. Paso ausencias de ciudad de mi Acción entre los árboles y las flores de mi devaneo. A mi retiro verde no llegan los ecos de la vida de mis gestos. Duermo mi memoria como procesiones infinitas. En las copas de mi meditación sólo bebo el [...] del vino rubio; sólo lo bebo con los ojos, cerrándolos, y la vida pasa como una vela lejana.

Los días de sol me saben a lo que yo no tengo. El cielo azul, y las nubes blancas, los árboles, la flauta que allí falta -églogas incompletas por el estremecimiento de las ramas... Todo esto es el arpa muda por donde yo rozo la levedad de mis dedos.

453

Reparando, a veces, en trabajo literario abundante o, por lo menos, hecho de cosas extensas y completas, de tantas criaturas que o conozco o de quienes sé, siento en mí una vaga envidia, una admiración despreciadora, una mezcla incoherente de sentimientos mezclados.

Hacer algo completo, entero, sea bueno o sea malo -y, si nunca es enteramente bueno, muchas veces no es enteramente malo-, si, hacer una cosa completa me provoca, quizá, más envidia que cualquier otro sentimiento. Es como un hijo; es imperfecta como todo ente humano, pero es nuestra como lo son los hijos.

Y yo, cuyo espíritu de crítica propia no me permite sino que vea los defectos, las faltas, yo, que no oso escribir más que fragmentos, pedazos, trozos de lo inexistente, yo mismo, en lo poco que escribo, soy también imperfecto.

Más valiera, pues, o la obra completa, aunque mala, que en todo caso es obra, o la ausencia de palabras, el silencio entero del alma que se reconoce incapaz de hacer.

Pienso si todo en la vida no será la degeneración de algo. El ser no será una aproximación -unas vísperas o unos alrededores.

Así como el Cristianismo no fue sino la degeneración profética del neoplatonismo rebajado (...) la romanización del helenismo falso, romano así en nuestra época [...] es el desvío múltiple de todos los grandes propósitos, confluyentes u opuestos, de cuyo fracaso surgió la suma de negaciones en que nos afirmamos.

Vivimos una bibliofilia de analfabeto.

Pero ¿qué tengo yo que ver, en este cuarto piso, con todas estas sociologías? Todo esto me resulta un sueño, como las princesas de Babilonia, y ocuparnos de la humanidad es fútil, fútil -una arqueología del presente.

Desapareceré entre la niebla, como un extraño a todo.
Viña humana desprendida del sueño del muro y navío con ser superfluo a ras de todo.

454

Visto que tal vez no todo sea falso, que nada, oh amor mío, nos cure del placer cuasiespasmo de mentir.

¡Refinamiento último! ¡Perversión /máxima/! La mentira absurda tiene todo el encanto de lo perverso con el último y mayor encanto de ser inocente. La perversión de propósito inocente -¿quién excederá, oh (...), el refinamiento máximo de esto? ¡La perversión que no aspira a producirnos placer, que no tiene la furia de causarnos dolor, que cae al suelo entre el placer y el dolor, inútil y absurda como un juguete mal hecho con el que un adulto quisiera divertirse!

Y cuando la mentira empieza a producirnos placer, digamos la verdad para mentirle. Y cuando nos produzca angustia, paremos, para que el sufrimiento no signifique para nosotros ni perversamente placer...

¿No conoces, oh Deliciosa, el placer de comprar cosas que no son necesarias? ¿Conoces el sabor a los caminos que, si los tomásemos distraídos, sería por error por lo que los tomaríamos? ¿Qué acción humana tiene un color tan bello como las acciones espurias -(...) que mienten a su propia naturaleza y desmienten a lo que es su intención?

¡La sublimidad de desperdiciar una vida que podría ser útil, de nunca ejecutar una obra que por fuerza seria bella, de abandonar a medio camino la vía segura de la victoria!

Ah, amor mío, la gloria de las obras que se han perdido y nunca se encontrarán, de los tratados que hoy no son más que títulos, de las bibliotecas que ardieron, de las estatuas que fueron rotas.

Qué santificados de lo Absurdo los artistas que quemaron una obra muy bella, de aquellos que, pudiendo hacer una obra bella, a propósito la hicieron imperfecta, de aquellos poetas máximos del Silencio que, reconociendo que podrían hacer una obra del todo perfecta, prefirieron osar no hacerla nunca. (Si fuera imperfecta, va.)

¡Cuánto más bella la Gioconda si no la pudiésemos ver! ¡Y si quien la robase la quemara, cuán artista seria, qué mayor artista que el que la pintó!

¿Por qué es bello el arte? Porque es inútil. ¿Por qué es fea la vida? Porque es toda fines y propósitos e intenciones. Todos sus caminos son para ir de un punto a otro. ojalá hubiera un camino hecho desde un lugar del que nadie parte hasta un lugar al que nadie va.

Quién diera su vida construyendo un camino empezado en medio de un campo y que fuese a dar en medio de otro; que, prolongado, seria inútil, pero que se quedaba, sublimemente, en sólo la mitad de un camino.

¿La belleza de las minas? El no servir para nada. ¿La belleza del pasado? El recordarlo, porque recordarlo es volverlo presente, y no lo es, ni puede serlo -lo absurdo, amor mío, lo absurdo.

Y yo, que digo esto, ¿por qué escribo yo este libro? Porque lo reconozco imperfecto. Callado, sería la perfección; escrito, se imperfecciona; por eso lo escribo.

Y, sobre todo, porque defiendo la inutilidad, lo absurdo, (...) -yo escribo este libro para mentirme a mí mismo, para traicionar a mi propia teoría.

Y la suprema gloria de todo esto, amor mío, es pensar que quizás esto no sea verdad, ni yo lo crea verdadero.

(¿1913?)

455

El arte es un esquivarse a hacer, o a vivir. El arte es la expresión intelectual de la emoción, distinta de la vida, que es la expresión volitiva de la emoción. Lo que no tenemos, o no osamos, o no conseguimos, podemos poseerlo en sueños, y es con esos sueños con los que hacemos arte. Otras veces, la emoción es hasta tal punto fuerte que, aunque reducida a acción, la acción, a la que se ha reducido, no la satisface; con la emoción que sobra, que ha quedado inexpresada en la vida, se forma la obra de arte. Así, hay dos tipos de artista: el que expresa lo que no tiene y el que expresa lo que ha sobrado de lo que tuvo.

456

La búsqueda de la verdad -sea la verdad subjetiva del convencimiento, la objetiva de la realidad o la social del dinero y del poder- trae siempre consigo, si en ella se emplea quien merece premio, el conocimiento último de su inexistencia. El premio gordo de la vida les toca solamente a los que han comprado por casualidad.

El arte tiene valor porque nos saca de aquí.

457

Es legítima toda violación de la ley moral que se haga en obediencia a una ley moral superior. No es disculpable robar un pan porque se tiene hambre. Se disculpa a un artista que robe diez mil escudos para asegurar durante dos años su vida y su tranquilidad, siempre que su obra tienda a un fin [...]; si es una mera obra estética, no vale el argumento.

458

No el placer, no la gloria, no el poder: la libertad, únicamente la libertad.

Pasar de los fantasmas de la fe a los espectros de la razón es solamente ser cambiado de celda. El arte, si nos libera de los fetiches establecidos y anticuados, también nos libera de las ideas generosas y de las preocupaciones sociales -fetiches también.

459

El arte consiste en hacer sentir a los demás lo que nosotros sentimos, en liberarlos de ellos mismos, proponiéndoles nuestra personalidad como una especial liberación. Lo que siento, en la verdadera substancia con que lo siento, es absolutamente incomunicable; y cuanto más profundamente lo siento, tanto más incomunicable es. Para que yo, pues, pueda transmitir a otro lo que siento, tengo que traducir mis sentimientos a su lenguaje, es decir, que decir tales cosas, como si fueran las que yo siento, que él, al leerlas, sienta exactamente lo que yo he sentido. Y como este otro es, por hipótesis de arte, no esta o aquella persona, sino todo el mundo, es decir, aquella persona que es común a todas las personas, lo que al final tengo que hacer es convertir mis sentimientos en un sentimiento humano típico, aunque lo haga pervirtiendo la verdadera naturaleza de aquello que he sentido.

Todo cuanto es abstracto resulta difícil de comprender, porque es difícil de conseguir para ello la atención de quien lo lea. Pondré, por eso, un ejemplo sencillo en que se concretizarán las abstracciones que he formado. Supóngase que, por un motivo cualquiera, que puede ser el cansancio de hacer cuentas o el tedio de no tener qué hacer, cae sobre mí una tristeza vaga de la vida, una angustia de mí que me perturba e inquieta. Si voy a traducir esta emoción en frases que la ciñan de cerca, cuanto más de cerca la ciño, más la doy como propiamente mía, menos, por lo tanto, la

comunico a los demás. Y, si no se da el comunicar a otros, es más justo y más fácil sentirla sin escribirla.

Supóngase, sin embargo, que deseo comunicarla a otros, es decir, hacer de ella arte, pues el arte es la comunicación a otros de nuestra identidad íntima con ellos; sin lo que no hay comunicación ni necesidad de hacer. Indago cuál será la emoción humana general que tenga el tono, el tipo, la forma de esa emoción que siento ahora, por las razones inhumanas y particulares de ser (un) contable cansado o (un) lisboeta aburrido. Y compruebo que el tipo de emoción vulgar que produce, en el alma vulgar, esta emoción es la añoranza de la infancia perdida.

Tengo la llave de la puerta de mi tema. Escribo y lloro mi infancia perdida; me detengo conmovidamente en los pormenores de personas y muebles de la vieja casa provinciana; evoco la felicidad de no tener derechos ni deberes, de ser libre por no saber pensar ni sentir -y esta evocación, si está bien hecha como prosa y visiones, va a despertar en mi lector exactamente la emoción que yo he sentido, y que nada tenía que ver con mi infancia.

¿He mentido? No, he comprendido. Que la mentira, salvo la que es infantil y espontánea, y nace del deseo de estar soñando, es tan sólo la noción de la existencia real de los demás y de la necesidad de armonizar con esa existencia la nuestra, que no se puede armonizar con ella. La mentira es simplemente el lenguaje ideal del alma, pues, así como nos servimos de palabras, que son sonidos articulados de una manera absurda, para traducir a un lenguaje real los más íntimos y sutiles movimientos de la emoción y el pensamiento, que las palabras por fuerza no podrán traducir, así nos servimos de la mentira y de la ficción para entendernos los unos a los otros, lo que con la verdad, propia e intransmisible, no se podría hacer nunca.

El arte miente porque es social. Y sólo hay dos grandes formas de arte; una, que se dirige a nuestra alma profunda; la otra, que se dirige a nuestra alma atenta. La primera es la poesía, la novela es la segunda. La primera empieza a mentir en la propia estructura; la segunda empieza a mentir en la propia intención.

Una pretende darnos la verdad por medio de líneas variadamente pautadas, que mienten a la inherencia del habla; la otra pretende darnos la verdad mediante una realidad que todos sabemos que nunca ha existido.

Fingir es amar. No veo nunca una linda sonrisa o una mirada significativa sin que medite, de repente, y sea de quien sea la mirada o la sonrisa, cuál es, en el fondo del alma cuyo rostro se sonríe o mira, el estadista que nos quiere comprar o la prostituta que quiere que la compremos. Pero el estadista que nos compra ha amado, por lo menos, el comprarnos; y la prostituta, a quien compremos, ha amado, por lo menos, el que la compremos. No huimos, por más que queramos, de la fraternidad universal. Todos nos amamos los unos a los otros, y la mentira es el beso que cambiamos.

1-12-1931.

460

Escribir es olvidar. La literatura es la manera más agradable de ignorar la vida. La música arrulla, las artes visuales animan, las artes vivas (como la danza y la representación) entretienen. La primera, sin embargo, se aleja de la vida porque hace de ella un sueño; las segundas, a pesar de todo, no se alejan de la vida -unas porque usan de fórmulas visibles y por lo tanto vitales, otras porque viven de la misma vida humana.

No es éste el caso de la literatura. Esta simula la vida. Una novela es una historia de lo que nunca ha sido y un drama es una novela ofrecida sin narración. Un poema es la expresión de ideas o de sentimientos en un lenguaje que nadie emplea, puesto que nadie habla en verso.

461

¿Qué me pesa que nadie lea lo que escribo? Lo escribo para distraerme de vivir, y lo publico porque el juego tiene esa regla. Si mañana se perdiesen todos mis escritos, tendría pena pero, creo con verdad, no una pena violenta y loca como seria de suponer, puesto que en todo esto iba toda mi vida. [...]

La gran tierra que cuida todos los montes cuidaría, menos maternalmente, esos papeles. No importa nada, y estoy convencido de que hubo quien viese la vida sin una gran paciencia para ese hijo [...] y con gran deseo del sosiego de cuando, en fin, se haya ido a dormir.

462

[...] Siento una gran indiferencia por su obra. Ya lo he visto... Nunca he podido admirar a un poeta que me ha sido imposible ver.

463

Ha sido siempre con disgusto como he leído en el diario de Amiel las referencias que recuerdan que publicó libros. La figura se rompe allí. Si no fuera por eso, ¡qué grande!

El diario de Amiel me duele siempre por mi culpa.

Cuando llegué a ese punto en el que dice que sobre él descendió el fruto del espíritu como «la conciencia de la conciencia», sentí una referencia directa a mi alma.

(Posterior a 1915.)

464

Parecerá a muchos que este diario mío, hecho para mí, es demasiado artificial. Pero es de mi naturaleza el ser artificial. ¡Con qué he de entretenerme, además, sino con escribir estos apuntes espirituales! Por lo demás, no cuidadosamente los escribo. Es, incluso, sin cuidado limador como los agrupo. Pienso naturalmente en este lenguaje mío refinado.

Soy un hombre para quien el mundo exterior es una realidad interior. Siento esto, no metafísicamente, sino con los sentidos usuales con que captamos la realidad.

Mi frivolidad de ayer es hoy una nostalgia (constante) que me roe la vida.

Hay claustros en esta hora. Ha atardecido en los retraimientos. En los ojos azules de los estanques, una última desesperanza refleja la muerte del sol. ¡Eramos tantas cosas de los parques antiguos, de tan voluptuoso modo estábamos incorporados en presencia de las estatuas, en la /poda inglesa de los paseos/! ¡Los vestidos, los espadines, las pelucas, los meneos y los cortejos pertenecían tanto a la substancia de que está hecho nuestro espíritu! ¿Nosotros quién? El surtidor apenas, en el jardín desierto, agua alada, onda ya menos alta en su acto triste de /querer volar/.

(Posterior a 1915.)

465

Hay criaturas que sufren realmente porque no han podido vivir en la vida real como el Sr. Pickwick y estrechar la mano al Sr. Wardle. Soy uno de ésos. He llorado lágrimas verdaderas sobre esa novela porque no he podido vivir en aquel tiempo, con aquella gente, gente real.

Las desgracias de las novelas son siempre bellas porque en ellas no corre sangre auténtica, ni se pudren los muertos en las novelas, ni la podredumbre está podrida en las novelas.

Cuando el Sr. Pickwick es ridículo, no es ridículo, porque lo es en una novela. ¿Quién sabe si la novela será una realidad y vida más perfecta que Dios crea a través de nosotros, que nosotros -quién sabe- existimos sólo para crear? Las [...] parecen no existir sino para producir literatura; es, palabras, lo que de ellas habla y queda. ¿Por qué no serán esas figuras extrahumanas verdaderamente reales? Me duele malamente en la existencia mental pensar que esto pueda ser así...

466

El haber tocado los pies de Cristo no es disculpa para las faltas de puntuación.

Si un hombre escribe bien sólo cuando está borracho, le diré; emborráchate. Y si me dice que su hígado sufre con ello, le responderé: ¿qué es tu hígado? Es una cosa muerta que vive mientras tú vives, y los poemas que escribas viven sin plazo.

467

Si yo hubiese escrito el Rey Lear, soportaría con remordimiento toda mi vida posterior. Porque esa obra es tan grande, qué enormes abultan sus defectos, sus monstruosos defectos, las cosas hasta mínimas que hay entre ciertas escenas y su posible perfección. No es el sol con manchas; es una estatua griega rota. Todo cuanto ha sido hecho está lleno de errores, de faltas de perspectiva, de ignorancias, de rasgos de mal gusto, de debilidades y distracciones. Escribir una obra de arte del tamaño preciso para ser grande, y la perfección precisa para ser sublime, nadie posee el don divino de hacerlo, la suerte de haberlo hecho. Lo que no puede salir de una vez sufre de lo accidentado de nuestro espíritu.

Si pienso en esto, entra en mi imaginación un desconsuelo enorme, una dolorosa certeza de nunca poder hacer nada de bueno y útil para la Belleza. No hay método para conseguir la perfección excepto ser Dios. Nuestro mayor esfuerzo dura tiempo; el tiempo que dura atraviesa diferentes estados de nuestra alma, y cada estado de alma, como no es otro cualquiera, perturba con su personalidad la individualidad de la obra. Sólo tenemos la seguridad de escribir mal cuando escribimos; la única obra grande y perfecta es aquella que nunca se sueñe realizar.

Sigue escuchándome y compadécete. Oye todo esto y dime después si el sueño no vale más que la vida. El trabajo nunca da resultado. El esfuerzo nunca llega a ninguna parte. Sólo la abstención es noble y elevada, porque ella es la que reconoce que la realización es siempre inferior, y que la obra hecha es siempre la sombra grotesca de la obra soñada.

Poder escribir, en palabras sobre papel, que se puedan después leer en voz alta y oír, los diálogos de los personajes de mis dramas imaginados: Esos dramas tienen una acción perfecta y sin interrupción, diálogos sin quiebra, pero ni la acción se esboza en mi en longitud, para que yo la pueda proyectar en realización, ni son propiamente palabras lo que forma la substancia de esos diálogos íntimos, para que, oídas con atención, yo las pueda traducir a escritas.

Amo a algunos poetas líricos porque no fueron poetas épicos o dramáticos, porque tuvieron la justa intuición de nunca querer más realización que la de un momento de sentimiento o ensueño. Lo que se puede escribir inconscientemente –tanto mide lo posible perfecto-. Ningún drama de Shakespeare satisface como una poesía lírica de Heme. Es perfecta la lírica de Heme, y todo drama -de un Shakespeare o de otro- es imperfecto siempre. ¡Poder construir, elevar un Todo, componer una cosa

que sea como un cuerpo humano, con perfecta correspondencia de sus partes, y con una vida, una vida de unidad y congruencia, que unifique la dispersión de hechuras de las de sus partes!

¡Tú, que me oyes y apenas me escuchas, no sabes lo que es una tragedia! Perder padre y madre, no conseguir la gloria ni la felicidad, no tener un amigo ni un amor -todo eso se puede soportar; lo que no se puede soportar es soñar una cosa bella que no sea posible lograr en acto o palabra. La conciencia del trabajo perfecto, la hartura de la obra conseguida -suave es como el sueño bajo esa sombra de árbol, en el verano tranquilo.

468

Las mujeres contemporáneas tales arreglos de su porte y de su rostro preparan, que dan la dolorosa impresión de efímeras e insustituibles..,

Sus (...) y aderezos tales las pintan y colorean, que más decorativas se vuelven que carnalmente vivientes...

El mero voltear de un chal por cima de los hombros usa hoy más conciencia de la visión del gesto en quien lo hace que antaño. Antes, el chal era /parte del traje;/ hoy es un detalle resultante de intuiciones de puro /gozo estético/.

Así, en estos días nuestros, tan vividos a través de hacer de todo arte, todo arranca pétalos a lo consciente y se integra (...) en volubilidades de extático.

Tránsfugas de cuadros no-hechos, todas esas figuras femeninas... Hay, a veces, detalles de más en ellos... Ciertos perfiles existen con exagerada nitidez. Juegan a irreales por el exceso con que se separan, líneas puras, del fondo ambiente.

469

A veces, en mis diálogos conmigo mismo, en las tardes exquisitas de la Imaginación, en coloquios importunos en crepúsculos de salones supuestos, me pregunto, en esos intervalos de la conversación en que me quedo a solas con un interlocutor más yo que los otros, por qué razón verdadera no habrá nuestra época científica extendido su voluntad de comprender hasta los asuntos que son artificiales, Y una de las preguntas en que con más languidez me demoro es la de por qué no se hace, a la par de la psicología usual de las criaturas humanas e infrahumanas, una psicología también -que la debe haber- de las figuras artificiales y de las criaturas cuya existencia transcurre tan sólo en los tapices y en los cuadros. Triste noción tiene de la realidad quien la limita a lo orgánico y no pone la idea de un alma dentro de las estatuillas y de los tejidos. Donde hay forma hay alma.

No son una ociosidad estas consideraciones mías conmigo mismo, sino una elucubración científica como cualquier otra que lo sea. Por eso, antes de, y sin tener una respuesta, supongo lo posible actual y me entrego, en análisis interiores, a la visión imaginada de aspectos posibles de este /desideratum/ realizado. Apenas pienso en ello, surgen en seguida dentro de la visión de mi espíritu científicos inclinados sobre estampas, sabiendo bien que ellas son vidas; microscopistas de la textura surgen de los tapices; físicos del diseño ancho y oscilante en los contornos; químicos, sí, de la idea de las formas y de los colores de los cuadros; geólogos de las capas estráticas de los camafeos; psicólogos, en fin -y es lo que más me interesa- que una a una anotan y congregan las sensaciones que debe sentir una estatuilla, las ideas que deben pasar por el psiquismo estrecho de una figura de cuadro o de vitral, los impulsos locos, las pasiones sin freno, las compasiones y odios ocasionales y (...) que sienten en una conciencia, la especie de tenacidades y muerte en los gestos eternos de los bajorrelieves, en las conciencias ocasionales de los figurantes de las telas.

Más que otras artes, son la literatura y la música propicias a las sutilezas de un psicólogo. Las figuras de novela son –como todos saben- tan reales como cualquiera de nosotros. Ciertos aspectos de

unos sonidos tienen un alma-alada y rápida, pero susceptible de psicología y sociología. Porque, bueno es que lo sepan los ignorantes: las sociedades existen dentro de los colores, de los sonidos, de las frases y hay regímenes y revoluciones, reinados, políticas y (...) -lo hay en absoluto y sin metafísica- en el conjunto instrumental de las sinfonías, en todo organismo de las novelas, en los metros cuadrados de un cuadro complejo, donde gocen, sufran y se mezclen las actitudes coloreadas de guerreros, de amantes o de simbólicos.

Cuando se rompe una taza de mi colección japonesa, sueño que más que un descuido de las manos de una criada haya sido la causa, o hayan sido las ansiedades de las figuras que habitan las curvas de aquella (...) de loza; la resolución tenebrosa de suicidio que las posee no me causa espanto: Se ha servido de la criada, como me sirvo de un revólver. Saber esto es estar más allá de [...] ¡y con qué precisión sé esto!

470

EL AMANTE VISUAL

Ni en torno a esas figuras, con cuya contemplación me entretengo, es mi costumbre urdir cualquier enredo de la fantasía. Las veo, y su valor para mí está en ser vistas. Todo lo demás que les añadiese las disminuiría, por que disminuiría, por así decirlo, su «visibilidad».

Cuanto yo fantasease sobre ellas, forzosamente, en el propio momento de fantasear, yo lo conocería como falso; y, si lo soñado me agrada, lo falso me repugna. El sueño puro me encanta, el sueño que no tiene relación con la realidad ni puntos de contacto con ella. El sueño imperfecto con punto de partida en la vida, me disgusta o, más bien, me disgustaría si me embreñase en él.

Para mí, la humanidad es un vasto motivo de decoración que vive gracias a los ojos y los oídos y, además, mediante la asociación psicológica. Nada más quiero de la vida que asistir a ella. Nada más quiero de mí que asistir a la vida.

Soy como un ser de otra existencia que pasa indefinidamente interesado a través de ésta. En todo soy ajeno a ella. Hay entre mí y ella una especie de cristal. Quiero ese cristal siempre muy claro para poderla examinar sin defecto de medio intermedio; pero quiero siempre el cristal.

Para todo espíritu científicamente constituido, ver en una cosa más de lo que allí está es ver menos esa cosa. Lo que materialmente se añade, espiritualmente la disminuye.

Atribuyo a este estado de alma mi repugnancia por los museos. El museo, para mí, es la vida entera, en que la pintura es siempre exacta, y sólo puede haber inexactitud en la imperfección del contemplador. Pero esa imperfección, o hago por disminuirla, o, si no puedo, me contento con que así sea, puesto que como todo, no puede ser más que así.

471

El curioso hecho de que todos los grandes constructivos hayan sido hombres de carácter, por lo menos de limpieza moral. (Milton, Dante, Virgilio (Flaubert), Hugo relativamente, normal y fuerte en el grado de carácter correspondiente a su grado de construcción.)

472

La mayoría de la gente se enferma de no sabe[r] decir lo que ve o lo que piensa. Dicen que no hay nada más difícil que definir con palabras una espiral: es preciso, dicen, hacer en el aire, con la mano sin literatura, el gesto, ascendentemente enrollado en orden, con que esa figura abstracta de los

muelles o de ciertas escaleras se manifiesta a los ojos. Pero, siempre que nos acordemos de que decir es renovar, definiremos sin dificultad una espiral: es un círculo que sube sin conseguir cerrarse nunca. La mayoría de la gente, lo sé bien, no osaría definir así, porque supone que definir es decir lo que los demás quieren que se diga, que no lo que es preciso decir para definir. Lo diré mejor: una espiral es un círculo virtual que se desdobla subiendo sin realizarse nunca. Pero no, la definición es todavía abstracta. Buscaré lo concreto, y todo será visto: una espiral es una serpiente sin serpiente enroscada verticalmente en ninguna cosa.

Toda la literatura consiste en un esfuerzo por tornar real a la vida. Como todos saben, hasta cuando hacen sin saber, la vida es absolutamente irreal en su realidad directa; los campos, las ciudades, las ideas, son cosas absolutamente ficticias, hijas de nuestra compleja sensación de nosotros mismos. Son intransmisibles todas las impresiones salvo si las convertimos en literarias. Los niños son muy literarios porque dicen como sienten y no como debe sentir quien siente según otra persona. Un niño, al que una vez oí, dijo, queriendo decir que estaba al borde del llanto, no «tengo ganas de llorar», que es lo que diría un adulto, es decir, un estúpido, sino esto: «Tengo ganas de lágrimas.» Y esta frase, absolutamente literaria, hasta el punto de que resultan a afectada en un poeta célebre, si él la pudiese decir, alude decididamente a la presencia caliente de las lágrimas rompiendo en los párpados conscientes de la amargura líquida. «¡Tengo ganas de lágrimas!» Aquel niño pequeño definió bien su espiral.

¡Decir! ¡Saber decir! ¡Saber existir por medio de la voz escrita y la imagen intelectual! Todo esto es cuanto la vida vale: lo demás es hombres y mujeres, amores supuestos y vanidades falsas, subterfugios de la digestión y del olvido, gentes que se agitan, como bichos cuando se levanta una piedra, bajo el gran pedrusco abstracto del cielo azul sin sentido.

27-7-1930.

473

El arte nos libera ilusoriamente de la sordidez de ser. Mientras sentimos los males y las injurias de Hamíet, príncipe de Dinamarca, no sentimos los nuestros -viles porque son nuestros y viles porque son viles.

El amor, el sueño, las drogas e intoxicantes, son formas elementales del arte, o, más bien, de producir el mismo efecto que él. Pero amor, sueño y drogas tienen cada uno su desilusión. El amor harta o desilusiona. Del sueño se despierta y cuando se ha dormido no se ha vivido. Las drogas se pagan con la ruina de ese mismo físico para estimular al cual han servido. Pero en el arte no hay desilusión porque la ilusión ha sido admitida desde el principio. No hay que despenar del arte, porque en él no dormimos, aunque Soñásemos. En el arte no hay tributo o multa que pagar por haber gozado de él.

El placer que nos ofrece, como en cieno modo no es nuestro, no tenemos que pagarlo o que arrepentimos de él.

Por arte se entiende todo lo que nos deleita sin que sea nuestro -el rastro del paso, la sonrisa ofrecida a otro, el ocaso, el poema, el universo objetivo.

Poseer es perder. Sentir sin poseer es guardar, porque es extraer la esencia de algo.

474

ESTÉTICA DEL DESALIENTO

Ya que no podemos extraer belleza de la vida, busquemos al menos extraer belleza de no poder extraer belleza de la vida. Hagamos de nuestro fracaso una victoria, algo positivo y erguido, con columnas, majestad y aquiescencia espiritual.

Si la vida [no] nos ha dado más que una celda de reclusión, hagamos por ornamentarla, aunque más no sea, con las sombras de nuestros sueños, diseños y colores /mezclados/, esculpiendo nuestro olvido bajo la quieta exterioridad de los muros.

Como todo soñador, siempre he sentido que mi oficio era crear. Como nunca he sabido hacer un esfuerzo o activar una intención, crear me ha coincidido siempre con soñar, querer o desear; y hacer gestos, con soñar los gestos que desearía poder hacer.

475

La literatura, que es el arte casada con el pensamiento, y la realización sin la mácula de la realidad, me parece ser el fin hacia el que debería tender todo esfuerzo humano, si fuese verdaderamente humano, y no una superfluidad de lo animal. Creo que decir una cosa es conservarle la virtud y quitarle el terror. Los campos son más verdes en el decirse que en su verdor. Las flores, si son descritas con frases que las definan en el aire de la imaginación, tendrán colores de una permanencia que la vida celular no permite.

Moverse es vivir, decirse es sobrevivir. No hay nada real en la vida que no lo sea porque se ha descrito bien. Los críticos de casa pequeña suelen señalar que tal poema, generosamente rimado, no quiere, al final, decir sino que hace un buen día. Pero decir que hace un buen día es difícil y el día bueno, él mismo, pasa. Tenemos, pues, que conservar el buen día que hace en una memoria florida y prolija, y que constelar así de nuevas flores o de nuevos astros los campos o los cielos de la exterioridad vacía y pasajera.

Todo es lo que somos, y todo será, para los que nos sigan en la diversidad del tiempo, conforme nosotros lo hayamos imaginado intensamente, es decir, lo hayamos, con la imaginación metida en el cuerpo, verdaderamente sido. No creo que la historia sea más, en su gran panorama desteñido, que un decurso de interpretaciones, un consenso confuso de testimonios distraídos. El novelista es todos nosotros, y narramos cuanto vemos, porque ver es complejo como todo.

Tengo en este momento tantos pensamientos fundamentales, tantas cosas verdaderamente metafísicas que decir, que me canso de repente y decido no escribir más, no pensar más, sino dejar que la fiebre de decir me dé sueño, y yo haga fiestas con los ojos cerrados, como un gato, a todo cuanto podría haber dicho.

y 476

Me sosiego por fin. Todo cuanto ha sido vestigio y desperdicio se me borra del alma como si no hubiera sido nunca. Me quedo solo y tranquilo. La hora que ha pasado es como aquella en la que me convirtiese a una religión. Nada, sin embargo, me atrae hacía lo alto, aunque nada me ataría ya para abajo. Me siento libre, como si dejase de existir, conservando la conciencia de ello.

Me sosiego, si, me sosiego. Una gran calma, suave como una inutilidad, desciende en mí hasta el fondo de mi ser. Las páginas leídas, los deberes cumplidos, los pasos y los acasos del vivir -todo esto se me ha vuelto una vaga penumbra, un halo apenas visible, que rodea a algo tranquilo que no sé lo que es-. El esfuerzo en que puse, una u otra vez, al olvido del alma; el pensamiento, en que he puesto, una vez u otra, el olvido de la acción -ambos se me convirtieron en una especie de ternura sin sentimiento, de compasión vulgar y vacía.

No es el día lento y suave, nublado y blando. No es la brisa imperfecta, casi nada, poco más que el aire que ya no se siente. No es el color anónimo del cielo acá y allá azul, débilmente. No. No, porque

no siento. Veo sin intención ni remedio. Asisto atento a ningún espectáculo. No siento alma, pero me sosiego. Las cosas exteriores, que están nítidas y paradas, aun las que se mueven, son para mí como para el Cristo seria el mundo, cuando desde la altura de todo, Satán le tentó. Son nada, y comprendo que el Cristo no se tentase. Son nada, y no comprendo cómo Satán, viejo de tanta ciencia, pensara que con eso tentaría.

¡Corre leve, vida que no se siente, riachuelo en silencio móvil bajo árboles olvidados! ¡Corre blanda, alma que no se conoce, murmullo que no se ve más allá de las grandes ramas caídas! ¡Corre inútil, corre sin razón, conciencia que no lo es de nada, vago brillo a lo lejos, entre claros de hojas, que no se sabe de dónde vienen ni a dónde van! ¡Corre, corre, y déjame olvidar!

Vago soplo de lo que no oso vivir, remedio ruin de lo que nada puede sentir, murmullo inútil de lo que no quise pensar, ve lento, ve débil, ve en torbellinos que tienes que tener y en declives que te dan, ve hacia la sombra o hacia la luz, hermano del mundo, ve hacia la flor o hacia el abismo, hijo del caos y de la Noche, recordando todavía, en cualquier rincón tuyo, que los Dioses vinieron después, y que los Dioses también pasan

5-6-1934.

APÉNDICE

1

SUEÑO TRIANGULAR

La luz se había tornado de un amarillo exageradamente lento, de un amarillo sucio de lividez. Habían crecido los intervalos entre las cosas, y los sonidos, más espaciados de una manera nueva, se producían inconexamente. Cuando se oían, terminaban de repente, como cortados. El calor, que parecía haber aumentado, parecía estar, siendo calor, frío. Por la leve rendija de las contraventanas se veía la actitud de exagerada expectativa del único árbol visible. El silencio le había entrado con el

color. En la atmósfera se habían cerrado pétalos. Y en la propia composición del espacio una interrelación diferente de algo como planos había alterado y roto el modo como los sueños, las luces y los colores usan la extensión.

(Posterior a 1913.)

2

[LETANÍA DE LA DESESPERANZA]

Junta las manos, ponlas entre las mías y escúchame, oh amor mío.

Quiero, hablando con una voz suave y arrulladora, como la de un confesor que aconseja, decirte cuán acá de lo que conseguimos queda el ansia de conseguir.

Quiero rezar contigo, mi voz con tu atención, la letanía de la /desesperanza/.

No hay obra de artista que no pudiese haber sido más perfecta. Leído verso por verso, el mayor de los poemas tendría pocos versos que no pudiesen ser mejores, pocos episodios que no pudiesen ser más intensos, y nunca es su conjunto tan perfecto que no pudiese serlo muchísimo más.

¡Ay del artista que se da cuenta de esto, que un día piensa en esto! Nunca más su trabajo es alegría, ni su sueño sosiego. Es un joven sin juventud y envejece descontento.

¿Y para qué expresarse? Lo poco que se dice mejor seria que se quedase por decir.

¡Si yo pudiese compenetrarme realmente de cuán bella es la renuncia, qué dolorosamente feliz seria para siempre!

Porque tú no amas lo que digo con los oídos con que yo me oigo decirlo. Yo mismo, si me oigo hablar alto, los oídos con que me oigo hablar alto no me escuchan del mismo modo que el oído íntimo con que me oigo pensar palabras. Si me equivoco, oyéndome, y tengo que preguntarme tantas veces a mí mismo lo que he querido decir, ¡cuánto no me entenderán los demás!

-De qué complejas ininteligencias no está hecha la comprensión que los demás tienen de nosotros.

La delicia de verse comprendido no puede tenerla quien se quiere no comprendido, porque sólo a los complejos e incomprendidos les sucede esto; y los otros, los sencillos, aquellos a quienes los demás pueden comprender, ésos nunca sienten el deseo de ser comprendidos.

3

PERISTILO

A las horas en que el paisaje es una aureola de vida, y el sueño es tan sólo soñarse, yo he construido, oh amor mío, en el silencio del desasosiego, este libro extraño con portones abiertos al fin de una alameda en una casa abandonada.

He cogido para escribirlo el alma de todas las flores, y con los momentos efímeros de todos los cantos de todas las aves he tejido eternidad e inercia. Tejedora (...), me he sentado a la ventana de mi vida y he olvidado que vivía y era, tejiendo mortajas para amortajar mi tedio en los manteles de lino casto hechos para los altares de mi silencio, (...)

Y yo te ofrezco este libro porque sé que es bello e inútil. Nada enseña, nada hace creer, nada hace sentir. Regato que corre hacia un abismo-ceniza que el viento esparce y ni fecunda ni es dañina, -he puesto toda mi alma al hacerlo, pero no he pensado en él mientras lo hacia, sino sólo en mí, que soy triste, y en ti, que no eres nadie.

Y porque este libro es absurdo, yo lo amo; porque es inútil, yo quiero darlo; y porque de nada sirve quiero dártelo, yo te lo doy...

Reza por mí al leerlo, bendíceme por amarlo y olvídalo como el sol de hoy al sol de ayer (como yo olvido a las mujeres de los sueños que nunca he sabido soñar).

Torre del Silencio de mis ansias, ¡que este libro sea el claro de luna que te hizo otra en la noche del Misterio Antiguo!

Río de imperfección dolorida, que este libro sea el barco dejado ir por tus aguas abajo para acabar en un mar que se suene.

Paisaje de la Enajenación y del Abandono, que este libro sea tuyo como tu Hora, y se ilimite de ti como de la hora de la púrpura falsa.

4

Corren ríos, ríos eternos por debajo de la ventana de mi silencio. Veo la otra margen siempre y no sé por qué no sueño estar /allí/, otro y feliz. Tal vez porque sólo tú consuelas, y sólo tú arrullas y sólo tú te lamentas y oficias.

¿Qué misa blanca interrumpes para echarme la bendición de mostrarte siendo? ¿En qué punto ondeado de la danza te paras de repente, y el Tiempo contigo, para hacer de tu pararte un puente hasta mi alma, y de tu sonrisa púrpura de mi pompa?

Cisne de desasosiego rítmico, lira de horas inmortales, arpa incierta de pesares /místicos/, tú eres la Esperada y la Ida, la que acaricia y hiere, la que dora de dolor las alegrías y corona de rosas la tristeza.

¿Qué Dios te ha creado, qué Dios odiado por el Dios que se hizo el mundo?

Tú no lo sabes, tú no sabes que no lo sabes, tú no quieres saber ni no saber. Has desnudado de propósitos a tu vida, has nimbado de irrealidad a tu mostrarte, te has vestido de perfección y de intangibilidad para que ni las Horas te besasen, ni los Días te sonriesen, ni las Noches viniesen a ponerte la luna entre las manos para que pareciese un lirio.

Deshoja, oh /amor mío/, sobre mí pétalos de mejores rosas, de más perfectos lirios, pétalos de crisantemos (...) olorosos a la melodía de su nombre.

Y yo moriré en mí tu vida, oh Virgen que ningún abrazo espera, que ningún beso buscas, que ningún pensamiento desflora.

5

Atrio (sólo atrio) de todas las esperanzas, Umbral de todos los deseos, Ventana de todos los sueños, (...)

Mirador para todos los paisajes que son floresta nocturna y río lejano trémulo de la mucha claridad lunar...

Versos, prosas que no se piensen escribir, sino tan sólo soñar.

6

I

Tú no existes, bien lo sé, pero ¿sé con seguridad si existo? Yo, que te existo en mí, ¿tendré más vida real que tú, que la propia vida que te vive?

Llama convertida en aureola, presencia ausente, silencio rítmico y hembra, crepúsculo de vaga carne, copa olvidada para el festín, vitral /pintado/ por un pintor-sueño en una Edad Media de otra Tierra.

Cáliz y hostia de esmero casto, altar abandonado de una santa todavía viva, corola de lirio soñado del jardín donde nunca ha entrado nadie...

Eres la única forma que no produce tedio, porque eres siempre variable con nuestro sentimiento, porque lo mismo que besas nuestra alegría arrullas nuestro dolor, y nuestro tedio, eres para él el opio que consuela y el sueño que descansa, y la muerte que cruza y junta las manos.

Ángel (...), ¿de qué materia está hecha tu materia alada? ¿Qué vida te prende a la tierra, a ti que eres vuelo nunca alzado, ascensión detenida, gesto de arrobo y de descanso?

FIN (ÚLTIMO TRECHO)

II

Creemos, oh Apenas-Mía, tú por existir y yo por verte existir, un arte diferente de todo arte. De tu cuerpo de ánfora inútil sepa yo sacar /el alma de nuevos versos/ y a tu ritmo de ola silenciosa sepan mis dedos trémulos ir a buscar las líneas pérfidas de una prosa impura de ser oída.

Tu sonrisa /melodiosa/ sea, al irse, para mí símbolo y emblema visible del /sollozo callado/ del [...] mundo al saberse error e imperfección. Tus manos de tañedora de arpa me cierren los ojos, los párpados cuando yo muera de haber dado mi vida construyéndote. Y tú, que no eres nadie, serás para siempre, oh Suprema, el arte querido de los dioses que nunca han existido, y la madre virgen y estéril de los dioses que nunca existirán.

7

Haré de soñarte el ser fuerte, y mi pena, cuando hable a tu Belleza, tendrá melodías de forma, curvas de estrofas, esplendores súbitos como los de los versos inmortales.

8

EN LA FLORESTA DE LA ENAJENACIÓN

Sé que he despertado y que todavía duermo. Mi cuerpo antiguo, molido de que yo viva, me dice que todavía es muy pronto... Me siento febril de lejanía. Me peso, no sé por qué...

En un torpor lúcido, pesadamente incorpóreo, me estanco, entre el sueño y la vigilia, en un sueño que es la sombra de soñar. Mi atención flota entre dos mundos y ve ciegamente la profundidad de un mar y la profundidad de un cielo; y estas profundidades se interpenetran, mezclándose, y yo no sé dónde estoy ni lo que sueño.

Un viento de sombras sopla cenizas de propósitos muertos sobre lo que yo soy de despierto. Cae de un firmamento desconocido un relente tibio de tedio. Una gran angustia inerte me manosea el alma por dentro e, incierta, me agita, como la brisa a los perfiles de las copas.

En la alcoba mórbida y tibia, la alborada de ahí fuera es apenas un hálito de penumbra. Soy todo confusión quieta... ¿Para qué ha de rayar un día?... Me cuesta saber que rayará, como si fuese un esfuerzo mío el que tuviese que hacerlo aparecer.

Con una lentitud confusa, me tranquilizo. Me entorpezco. Floto en el aire, entre velar y dormir, y otra especie de realidad surge, y yo en medio de ella, no sé de qué donde que no es este...

Surge pero no extingue a ésta, ésta de la alcoba tibia, ésa de una floresta extraña. Coexisten en mi atención esposada las dos realidades, como dos humos que se mezclan.

¡Qué nítido de otro y de él este trémulo paisaje transparente!

¿Y quién es esta mujer que conmigo viste de observada a esta floresta ajena? ¿Para qué tengo que preguntármelo un momento? Yo no sé querer saberlo...

La alcoba vaga es un cristal oscuro a través del cual, consciente de él, veo este paisaje... y este paisaje lo conozco hace mucho, y hace mucho que con esa mujer que desconozco yerro, otra realidad, a través de la irrealidad de ella. Siento en mí siglos de conocer esos árboles y esas flores y esas vías en desviaciones y ese ser mío que por allí vaga, antiguo y ostensivo a mi mirada, que el saber que estoy en esta alcoba viste de penumbras de ver...

De vez en cuando, por la floresta donde desde lejos me veo y siento, un viento lento barre un humo, y ese humo es la visión nítida y oscura de la alcoba en la que soy actual, de esos vagos muebles y reposteros y de su tibieza de nocturno. Después, este viento pasa y torna a ser todo sólo-él el paisaje de ese otro mundo...

Otras veces, este cuarto estrecho es apenas una ceniza de bruma en el horizonte de esta tierra diferente... Y hay momentos en que el suelo que allí pisamos es esta alcoba visible...

Sueño y me pierdo, doble de ser yo y esa mujer... Un gran cansancio y un fuego negro que me consume... Una gran ansia pasiva es la vida falsa que me oprime...

¡Oh felicidad empañada!... ¡Oh eterno estar en la bifurcación de dos caminos!... Sueño, y por detrás de mi atención sueña alguien conmigo... Y tal vez yo no sea sino un sueño de ese Alguien que no exíste...

¡Allá fuera, la alborada tan lejana! ¡La floresta tan aquí ante otros ojos míos!

Y yo, que lejos de ese paisaje casi lo olvido, es al tenerlo cuando siento añoranzas de él, es al recorrerlo cuando lloro y a él aspiro...

¡Los árboles! ¡Las flores! ¡El esconderse frondoso de los caminos!...

Paseábamos a veces, del brazo, bajo los cedros y los algarrobos y ninguno de nosotros pensaba en vivir. Nuestra carne era para nosotros un perfume vago y nuestra vida un eco de rumor de fuente. Nos dábamos la mano y nuestras miradas se preguntaban lo que sería ser sensual y querer realizar en la carne la ilusión del amor...

En nuestro jardín había flores de todas las bellezas... –rosas de contornos enrollados, lirios de un blanco amarilleciéndose, amapolas que estarían ocultas si su rojo no les atisbase presencia, violetas poco en la margen rizada de los bancales, miosotis mínimos, camelias estériles de perfume... Y, pasmados por cima de las hierbas altas, ojos, los girasoles aislados nos miraban grandemente.

Nosotros rozábamos el alma toda vista por el frescor visible de los musgos y teníamos, al pasar junto a las palmeras, la intuición esbelta de otras tierras. Y el llanto nos subía al recuerdo, porque ni aquí, al ser felices, lo éramos...

Robles llenos de siglos nudosos hacían a nuestros pies tropezar en los tentáculos muertos de sus raíces. Los plátanos se estacaban... Y a lo lejos, entre árbol y árbol de cerca, pendían en el silencio de las glorietas los racimos negreantes de las uvas...

Nuestro sueño de vivir iba delante de nosotros, alado, y nosotros teníamos para él una sonrisa igual y ajena, combinada en las almas, sin mirarnos, sin saber el uno del otro más que la presencia apoyada de un brazo contra la atención abandonada del otro brazo que lo sentía.

Nuestra vida no tenía dentro. Eramos fuera y otros. Nos desconocíamos como si nos hubiéramos aparecido a nuestras almas después de un viaje a través de sueños...

Nos habíamos olvidado del tiempo, y el espacio inmenso se nos había empequeñecido en la atención. Fuera de aquellos árboles cercanos, de aquellas glorietas apartadas, de aquellos montes últimos en el horizonte, ¿habría algo real, merecedor de la mirada abierta que se dirige a las cosas que existen?...

En la clepsidra de nuestra imperfección, gotas regulares de sueño marcaban horas irreales... Nada vale la pena, oh amor mío lejano, sino el saber qué suave es saber que nada vale la pena...

El movimiento parado de los árboles; el sosiego quieto de las fuentes; el hálito indefinible del ritmo íntimo de las savias; el atardecer lento de las cosas, que parece venirles de dentro para dar manos de concordancia espiritual al entristecerse lejano, y próximo al alma, del alto silencio del cielo;

el caer de las hojas, acompasado e inútil, gotas de enajenación, en que el paisaje se nos vuelve todo para los oídos y se entristece en nosotros como una patria recordada -todo esto, como un cinturón que se está desatando, nos ceñía inseguramente.

Allí vivimos un tiempo que no sabía transcurrir, un espacio para el que no existía el pensamiento de poder medirlo. Un transcurrir fuera del Tiempo, una extensión que desconocía los hábitos de la realidad en el espacio... ¡Qué horas, oh compañera inútil de mi tedio, qué horas de desasosiego feliz se fingieron nuestras allí!... Horas de ceniza del espíritu, días de nostalgia espacial, siglos interiores de espacio exterior... Y nosotros no nos preguntábamos para qué era aquello, por qué disfrutábamos el saber que aquello no era para nada.

Nosotros sabíamos allí, gracias a una intuición que por cierto no tentamos, que este dolorido mundo en el que seríamos dos, si existía, era más allá de la línea extrema donde las montañas son hálitos de formas, y más allá de ésa no había nada. Y era debido a la contradicción de saber esto por lo que nuestra hora de allí era oscura como una caverna en tierra de supersticiosos, y nuestro sentirla, extraño como una silueta de ciudad morisca contra un cielo de crepúsculo autumnal...

Orillas de mares desconocidos tocaban, en el horizonte de oírnos, playas que nunca podríamos ver, y era nuestra felicidad escuchar, hasta verlo en nosotros, ese mar por el que sin duda singlaban carabelas con otros fines al recorrerlo que los fines útiles y dirigidos desde la Tierra.

Reparábamos de repente, como quien se da cuenta de que vive, en que el aire estaba lleno de cantos de aves, y que, como perfumes antiguos en satén, la marejada restregada de las hojas estaba más entrañada en nosotros que la conciencia de oírla.

Y, así, el murmullo de las aves, el susurro de las arboledas y el fondo monótono y olvidado del mar eterno ponían a nuestra vida abandonada una aureola de no conocerla. Dormimos allí despiertos días, contentos de no ser nada, de no tener deseos ni esperanzas, de habernos olvidado del color de los amores y del sabor de los odios. Nos creíamos inmortales...

Allí vivimos horas llenas de otro sentirlas, horas de una imperfección vacía y tan perfectas por eso, tan diagonales a la certidumbre rectangular de la vida... Horas imperiales depuestas, horas vestidas de púrpura gastada, horas caldas en este mundo desde otro mundo más lleno del orgullo de tener más desmanteladas angustias...

Y nos dolía disfrutar aquello, nos dolía... Porque, a pesar de lo que tenía de exilio sosegado, todo aquel paisaje nos sabía a que éramos de este mundo, todo él estaba húmedo de la pompa de un vago tedio, triste y enorme y perverso como la decadencia de un imperio desconocido...

En las cortinas de nuestra alcoba, la mañana es una sombra de luz. Mis labios, que yo sé que están pálidos, le saben el uno al otro a no querer tener vida.

El aire de nuestro cuarto neutro es pesado como un repostero. Nuestra atención soñolienta para el misterio de todo esto es indolente como una cola de vestido arrastrada en un ceremonial durante el crepúsculo.

Ninguna ansia nuestra tiene razón de ser. Nuestra atención es un absurdo consentido por nuestra inercia alada.

No sé qué óleos de penumbra ungen a nuestra idea de nuestro cuerpo. El cansancio que tenemos es la sombra de un cansancio. Nos viene de muy lejos, como nuestra idea de que existe nuestra vida...

Ninguno de nosotros tiene nombre o existencia plausible. Si pudiésemos ser ruidosos hasta el punto de imaginarnos riendo, nos reiríamos sin duda de creernos vivos. El frescor calentado de la sábana nos acaricia (a ti como a mi ciertamente) los pies que se sienten, el uno al otro, desnudos.

Desengañémonos, amor mío, de la vida y de sus maneras. Huyamos a ser nosotros... No nos quitemos del dedo el anillo mágico que llama, cuando se lo mueve, a las hadas del silencio y a los elfos de la sombra y a los gnomos del olvido...

Y he aquí que, al ir a soñar en hablar de ella, surge otra vez ante nosotros la floresta mucha, pero ahora más perturbada que nuestra perturbación y más triste que nuestra tristeza. Huye de delante de ella, como una niebla que se deshoja, nuestra idea del mundo real, y yo me poseo otra vez en mi sueño errante, que esa floresta misteriosa enmarca...

¡Las flores, las flores que he vivido allí! Flores que la vista traducía a sus nombres, al conocerlas, y cuyo perfume el alma cogía, no de ellas, sino en la melodía de sus nombres... Flores cuyos nombres eran, repetidos en secuencia, orquestas de perfumes sonoros... Árboles cuya voluptuosidad verde ponía sombra y frescor en como eran llamados... Frutos cuyo nombre era un clavar dc dientes en el alma de su pulpa... Sombras que eran reliquias de antaños felices... Claros, claros altos, que eran sonrisas más francas del paisaje que se bostezaba en próximo... ¡Oh horas multicolores!... Instantes-flores, minutos-árboles, ¡oh tiempo detenido en el espacio, tiempo muerto de espacio y cubierto de flores, y del perfume de flores, y del perfume de nombres de flores!...

¡Locura de sueño en aquel silencio ajeno!...

Nuestra vida era toda la vida... Nuestro amor era el perfume del amor... Vivíamos horas imposibles, llenas de ser nosotros... Y esto porque sabíamos, con toda la carne de nuestra carne, que no éramos una realidad...

Éramos impersonales, huecos de nosotros, otra cosa cualquiera... Éramos aquel paisaje esfumado en conciencia de sí mismo... Y así como él era dos -de realidad que era, e ilusión-, así éramos nosotros oscuramente dos, no sabiendo bien ninguno de nosotros si el otro no era él-mismo, si el incierto otro vivirla...

Cuando emergíamos de repente ante el estancamiento de los lagos, nos sentíamos queriendo sollozar... Allí, aquel paisaje tenía los ojos llenos de lágrimas, ojos parados, llenos del tedio innumerable de ser... Llenos, sí, del tedio de ser, de tener que ser algo, realidad o ilusión; y ese tedio tenía su patria y su voz en la mudez y en el exilio de los lagos... Y nosotros, caminando siempre y sin saberlo o quererlo, parecía, aun así, que nos demorábamos a la orilla de aquellos lagos, tanto de nosotros quedaba y moraba con ellos, simbolizado y absorto...

¡Y qué fresco y feliz horror el de no haber allí nadie! Ni nosotros, que por allí íbamos, allí estábamos... Porque nosotros no éramos nadie. Ni siquiera éramos algo... No teníamos vida que la muerte necesitase para matarla. Éramos tan tenues y rastreritos que el viento del transcurrir nos había dejado inútiles y el tiempo pasaba por nosotros acariciándonos como una brisa por la cima de una palmera.

No teníamos época ni propósito. Toda la finalidad de las cosas y de los seres se nos quedó a la puerta de aquel paraíso de ausencia. Se había inmovilizado, para sentirnos sentirla, el alma rugosa de los troncos, el alma extendida de las hojas, el alma núbil de las flores, el alma inclinada de los frutos...

Y así morimos nuestra vida, tan atentos separadamente muriéndola que no reparamos en que éramos uno solo, que cada uno de nosotros era una ilusión del otro, y cada uno, dentro de sí, el mero eco de su propio ser...

Zumba una mosca, incierta y mínima...

Rayan en mi atención vagos ruidos, nítidos y dispersos, que hinchen de ser ya de día a mi conciencia de nuestro cuarto... ¿Nuestro cuarto? ¿Nuestro de qué dos, si yo estoy solo? No lo sé. Todo se funde y sólo queda, huyendo, una realidad-bruma en que mi incertidumbre zozobra y mi comprenderme, arrullado por opios, se duerme...

La mañana ha roto, como una caída, desde la cima pálida de la Hora...

Han terminado de arder, amor mío, en el hogar de nuestra vida, las astillas de nuestros sueños...

Desengañémonos de la esperanza, porque traiciona, del amor, porque cansa, de la vida, porque harta y no sacia, y hasta de la muerte, porque trae más de lo que se quiere y menos de lo que se espera.

Desengañémonos, oh Velada, de nuestro propio tedio, porque se envejece de si mismo y no osa ser toda la angustia que es.

No lloremos, no odiemos, no deseemos...

Cubramos, oh Silenciosa, con un sudario de lino fino el perfil rígido y muerto de nuestra Imperfección...

9

Pasábamos, jóvenes todavía, bajo los árboles altos y el vago susurro de la floresta. En los claros, súbitamente surgidos del acaso del camino, el claro de luna los hacía lagos, y las márgenes, enmarañadas de ramas, eran más noche que la misma noche. La brisa vaga de los grandes bosques respiraba con ruido entre los árboles. Hablábamos de las cosas imposibles; y nuestras voces eran parte de la noche, del claro de luna y de la floresta. Las oíamos como si fuesen de otros.

No carecía de caminos la floresta incierta. Había atajos que, sin querer, conocíamos, y nuestros pasos fluctuaban en ellos entre los moteados de las sombras y la vibración vaga de la luz dura y fría. Hablábamos de las cosas imposibles y todo el paisaje real era también imposible.

(¿1931?)

10

Caminábamos juntos y separados, entre las desviaciones bruscas de la floresta. Nuestros pasos, que era lo ajeno de nosotros, iban unidos, por unísonos, en la blandura estallante de las hojas, que alfombraban, amarillas y medioverdes, las irregularidades del suelo. Pero iban también disyuntos porque éramos dos pensamientos, no había de común entre nosotros sino que lo que no éramos pisaba unísono el mismo suelo oído.

Había entrado ya el principio del otoño, y, además de las hojas que pisábamos, oíamos caer continuamente, en el acompañamiento brusco del viento, otras hojas, el ruido de hojas, por todos los sitios por donde íbamos o habíamos ido. No había más paisaje que la floresta que los velaba a todos. Bastaba, sin embargo, como sitio y lugar para los que, como nosotros, no teníamos por vida más que el caminar unísono y diverso sobre un suelo mortecino. Era re el final de un día, o de cualquier día, o por ventura de todos los días, en un otoño todos los otoños, en la floresta simbólica y verdadera.

Qué casas, qué deberes, qué amores habíamos abandonado, nosotros mismos no sabríamos decirlo. No éramos, en aquel momento, más que caminantes entre lo que habíamos olvidado y lo que no sabíamos, caballeros a pie del ideal abandonado. Pero en eso, como en el ruido constante de las hojas pisadas, y en el ruido siempre brusco del viento incierto, estaba la razón de ser de nuestra ida, o de nuestra venida, pues, no sabiendo el camino o por qué el camino, no sabíamos si partíamos, si llegábamos. Y siempre, a nuestro alrededor, sin lugar sabido o caída vista, el ruido de las hojas que se amontonaban adormecía de tristeza a la floresta.

Ninguno de nosotros quería saber del otro, aunque ninguno de nosotros proseguiría sin él. La compañía que nos hacíamos era una especie de sueño que cada uno de nosotros tenía. El ruido de los pasos unísonos ayudaba a cada uno a pensar sin el otro, y los propios pasos solitarios le habrían despertado. La floresta era toda ella claros falsos, como si fuese falsa, o se estuviese acabando, pero no se acababa la falsedad, ni se acababa la floresta. Nuestros pasos unísonos seguían siendo constantes, y en torno de lo que oíamos de las hojas pisadas iba el ruido vago de hojas que caían, en la floresta convertida en todo, en la floresta igual al universo.

¿Quién éramos? ¿Seriamos dos o dos formas de uno? No lo sabíamos ni lo preguntábamos. Un sol vago debía de existir, pues en la floresta no era de noche. Un fin vago debía de existir, puesto que caminábamos. Un mundo cualquiera debía de existir, pues existía una floresta. Nosotros, sin embargo, éramos ajenos a lo que fuese o pudiera ser, caminantes unísonos e interminables sobre hojas muertas, oidores anónimos e imposibles de hojas cayendo. Nada más. Un susurro, ora brusco ora suave, del viento desconocido, un murmullo, ora alto ora bajo, de las hojas presas, un resquicio, una duda, un propósito que había terminado, una ilusión que ni siquiera había existido: la floresta, los dos caminantes, y yo, yo que no sé cuál de ellos era, o si era o dos o ninguno, y asistía, sin ver el final, a la tragedia de no haber nunca más que el otoño y la floresta, y el viento siempre brusco e incierto, y las

hojas siempre caídas o cayendo. Y siempre, como si por cierto hubiese fuera un sol y un día, se veía claramente sin ninguna finalidad, en el silencio rumoroso de la floresta.

28-11-1932.

11

NUESTRA SEÑORA DEL SILENCIO

A veces cuando, abatido y humilde, la propia fuerza de soñar se me deshoja y se me seca, y mi único sueño sólo puede ser pensar en mis sueños, los hojeo entonces, como un libro que se hojea y se vuelve a hojear sin que tenga más que palabras inevitables. Es entonces cuando me interrogo sobre quién eres tú, figura que atraviesas todas mis visiones lentas de paisajes /otros/ y de interiores antiguos y de ceremoniales fastuosos de silencio. En todos mis sueños o apareces, sueño, o, realidad falsa, me acompañas. Visito contigo regiones que son tal vez sueños tuyos, tierras que son tal vez cuerpos tuyos de ausencia e inhumanidad, tu cuerpo esencial desperfilado para planicie calma y monte de perfil frío en jardín de palacio oculto. Tal vez yo no tenga otro sueño que tú, tal vez sea en tus ojos, acercando mi cara a la tuya, donde lea esos paisajes imposibles, esos tedios falsos, esos sentimientos que viven a la sombra de mis cansancios y en las grutas de mis desasosiegos. ¿Quién sabe silos paisajes de mis sueños no son mi manera de no soñarte? Yo no sé quién eres, pero ¿sé con seguridad el que soy? ¿Sé lo que es soñar para saber lo que vale llamarte mi sueño? ¿Sé si no eres una parte, quién sabe si la parte esencial y real, de mí? ¿Y sé si no soy yo el sueño y tú la realidad, yo un sueño tuyo y no tú un sueño que yo he soñado?

¿Qué especie de vida tienes? ¿Qué modo de ver es el modo como te veo? ¿Tu perfil? Nunca es el mismo, pero nunca cambia. Y yo digo esto porque lo sé, aunque no sepa que lo sé. ¿Tu cuerpo? Desnudo está lo mismo que vestido, sentado está en la misma actitud que cuando echado o de pie. ¿ Qué significa esto, que no significa nada?

12

Mi vida es tan triste, y yo no pienso en llorarla; mis horas tan falsas, y yo no sueño el gesto de apartarías.

¿Cómo no soñarte? ¿Cómo no soñarte?

Señora de las Horas que Pasan, Madonna de las aguas estancadas y de las algas muertas, Diosa Tutelar de los desiertos abiertos y de los paisajes negros de rocas estériles..., líbrame de mi juventud.

Consoladora de los que no tienen consolación, Lágrima de los que nunca lloran, Hora que nunca suena -líbrame de la alegría y de la felicidad.

-Opio de todos los silencios, Lira para no ser tañida, Vitral de lejanía y de abandono, haz que yo sea odiado por los hombres y escarnecido por las mujeres.

-Címbalo de Extrema-Unción, /Caricia sin gesto, Paloma muerta a la sombra, Óleo de las horas pasadas soñando/, líbrame de la religión, porque es suave, y de la incredulidad, porque es fuerte; (...)

-Lirio mustiando la tarde, Cofre de rosas marchitas, Silencio entre prez y prez, lléname de náusea de vivir, de odio de estar sano, de desprecio de8 ser joven.

¡Vuélveme inútil y estéril, oh Acogedora de todos los sueños vagos; hazme puro sin razón para serlo, y falso sin amor a serlo, oh Agua Corriente de las Tristezas Vividas; que mi boca sea un piaisaje de hielos, mis ojos dos lagos muertos, mis gestos un deshojar lento de árboles viejecitos, oh Letanía de desasosiegos, oh Misa-Violada de Cansancios, oh Corola, oh Fluido, oh Asciensión!...

¡(Y) Qué pena tener que rezarte como a una mujer, y no quererte (...) como a un hombre, y no poder alzarte los ojos de mis sueños como Aurora-al-contrario del sexo irreal de los ángeles que nunca entraron en el cielo!

(Posterior a 1916.)

13

Tú eres del sexo de las formas soñadas, del sexo nulo de las figuras (...)

Mero perfil a veces, mera actitud otras veces, otras gesto lento apenas -eres momentos, actitudes espiritualizadas en /mía(s)/.

Ninguna fascinación del sexo se /subentiende/ en mi soñarte, bajo tu veste vaga de madonna de los silencios interiores. Tus senos no son de los que se pudiese pensar en besarse. Tu cuerpo es todo él carne-alma, pero no es alma, es cuerpo. La materia de tu carne no es espiritual pero es espiritualidad. (Eres la mujer anterior a la Caída.) [...]

Mi horror a las mujeres reales que tienen sexo es el camino por el que he ido a tu encuentro. A las de la tierra, que para ser (...) tienen que soportar el peso movedizo de un hombre, ¿quién las puede amar sin que se le deshoje el amor en la antevisión del placer que sirve al sexo [...]? ¿Quién puede respetar a la Esposa sin tener que pensar que es una mujer en otra posición de cópula?... ¿Quién no se enoja de tener madre por haber sido tan vulgar en su origen, tan repulsivamente parido? Qué asco de nosotros no estimula la idea del origen carnal de nuestra alma e ese inquieto (...) corpóreo donde nuestra carne nace y, por bella que sea, se afea de origen y se nos nausea de nata.

Los idealistas falsos de la vida-real hacen versos a la Esposa, se arrodillan ante la idea de Madre... Su idealismo es una veste que tapa, no es un sueño que cree.

Pura sólo tú, Señora de los Sueños, que yo puedo concebir amante sin concebir mancha, porque eres irreal. A ti puedo concebirte madre, adorándolo, porque nunca te has manchado ni del horror de ser fecundada ni del horror de parir.

¿Cómo no adorarte si sólo tú eres adorable? ¿Cómo no amarte si sólo tú eres digna del amor?

Quién sabe si soñándote yo no te creo, real en otra realidad; si no serás mía allí, en un distinto y puro mundo donde sin cuerpo táctil nos amemos, con otra manera de abrazos y otras actitudes esenciales de posesión(es)? ¿Quién sabe, incluso, si no existirás ya y no te he creado ni te he visto apenas, con otra visión, interior y pura, en otro y perfecto mundo? ¿Quién sabe si mi soñarte no ha sido el encontrarte simplemente, si el amarte no ha sido el pensar-en-ti, si mi desprecio por la carne y mi propio asco del amor no han sido la oscura ansia con que, ignorándote, te esperaba, y la vaga aspiración con que, desconociéndote, te quería?

Ni siquiera sé ya [si] no te he amado ya, en un vago donde cuya añoranza tal vez sea este perenne tedio mío. Quizá seas una nostalgia mía, /cuerpo de ausencia/, presencia de Distancia, hembra tal vez por distintas razones que el serlo.

Puedo pensarte virgen y también madre porque no eres de este mundo. El niño que tienes en los brazos nunca fue más joven para que tuvieses que ensuciarlo de tenerlo en tu vientre. Nunca has sido otra de lo que eres ¿y cómo no ser virgen por consiguiente? Puedo amarte y también adorarte porque mi amor no te posee y mi adoración no te aleja.

Sé el Día-Eterno y que mis ponientes sean rayos de tu sol, poseídos en ti.

Sé el Crepúsculo Invisible y que mis ansias y desasosiegos sean las tintas de tu indecisión, las sombras de tu incerteza.

Sé la Noche-Total, vuélvete la Noche Única y que todo yo me pierda y me olvide en ti, y que mis sueños brillen, estrellas, en tu cuerpo de distancia y negación...

Sea yo los pliegues de tu manto, las joyas de tu /tiara/, y el oro otro de los anillos de tus dedos.

Ceniza en tu hogar, ¿qué importa que yo sea polvo? Ventana en tu cuarto, ¿qué importa que yo sea espacio? Hora (...) en tu clepsidra, ¿qué importa que yo pase si por ti quedaré, que yo muera si por ser tuyo [no he de] morir, que yo te pierda si el perderte es encontrarte?

Realizadora de los absurdos, seguidora de frases sin nexo.

Que tu silencio me arrulle, que tu (...) me duerma, que tu mero-ser me acaricie y me suavice y me consuele, oh [...] del Más Allá, oh imperial de la /Ausencia/; Virgo-Madre de todos los silencios, Hogar de las almas que tienen frío, Ángel de la guarda de los abandonados, Paisaje humano -irreal de tan triste -eterna Perfección.

14

NUESTRA SEÑORA DEL SILENCIO
(fragmento)

Tú no eres mujer. Ni siquiera dentro de mí evocas nada que yo pueda sentir femenina. Es cuando hablo de ti cuando las palabras te llaman hembra, y las expresiones te perfilan de mujer. Porque tengo que hablarte con ternura y amoroso sueño, las palabras encuentran voz para ello tan sólo tratándote como femenina.

Pero tú, en tu vaga esencia, no eres nada. No tienes realidad, ni siquiera una realidad /sólo/ tuya. Propiamente, no te veo, ni siquiera te siento. Eres como un sentimiento que fuese su propio objeto y perteneciese por completo a lo intimo de sí mismo. Eres siempre el paisaje que he estado casi a punto de (poder) ver, la orla de la veste que por poco no pude ver, perdido en un eterno Ahora más allá de la curva del camino. Tu perfil es no ser tú nada, y el contorno de tu cuerpo irreal desata en perlas separadas el collar de la idea de contorno. Ya pasaste, y ya fuiste y ya te amé -el sentirte presente es sentir esto.

Ocupas el intervalo de mis pensamientos y los intersticios de mis sensaciones. Por eso no te pienso ni te siento, pero mis pensamientos son /opiales/ de sentirte, y mis sentimientos góticos de evocarte.

Luna de memorias perdidas sobre el negro paisaje, nítida de vacío, de mi imperfección comprendiéndose. Mi ser se siente reflujo como si fuese un cinturón tuyo que te sintiese. Me inclino sobre tu rostro blanco en las aguas nocturnas de mi desasosiego, en mi saber que eres luna en mi cielo para que lo origines, o extraña luna submarina para que, no sé cómo, lo finjas.

¡Quién pudiese crear la Nueva Mirada con que te viese, los Nuevos Pensamientos y Sentimientos que hubiesen de poder pensarte y sentirte!

Al querer tocar tu manto, mis expresiones cansan al esfuerzo extendido de los gestos de sus manos, y un cansancio rígido y doloroso se hiela en mis palabras. Por eso, se curva un vuelo de ave que parece que se aproxima y nunca llega, en torno a lo que yo querría decir de ti, pero la materia de mis frases no sabe imitar a la substancia o del ruido de tus pasos o del rastro de tus miradas, o del color triste y vacío de la curva de los gestos que no has hecho nunca.

15

FINAL

Y si acaso hablo con alguien lejano, y si, hoy nube de posible, mañana cayeses, lluvia de real sobre la tierra, no te olvides nunca de tu divinidad original de sueño mío. Sé siempre en la vida aquello que pueda ser el sueño de un aislado y nunca el refugio de un amoroso. Haz tu deber de mera copa. Cumple tu menester de ánfora inútil. Nadie diga de ti lo que el río puede decir de las márgenes, que existen para limitarlo. Antes no correr por la vida, antes secarse que soñar.

Que tu genio sea el ser superflua, y tu vida el arte de mirar hacia ella, de ser la mirada, la nunca idéntica. No seas nunca nada más.

Hoy eres apenas el perfil creado de este libro, una hora carnalizada y separada de las otras horas. Si yo tuviese la seguridad de que existías, levantaría una religión sobre el (sueño de) amarte.

Eres lo que le falta a todo. Eres lo que a cada cosa falta para que la podamos amar siempre. Llave perdida de las puertas del Templo, camino /encubierto/ del Palacio, Isla lejana que la bruma no deja ver nunca...

16

Tus manos son tórtolas cautivas.

Tus labios son tórtolas mudas.

(que a mis ojos ven arrullar)

Todos tus gestos son aves. Eres golondrina al abatirte, cóndor al mirarme, águila en tus éxtasis de orgullosa indiferente.

Eres toda crujir de alas, como de los (..), la laguna de verte yo.

Tú eres toda alada, toda (...)

17

No sueño poseerte. ¿Para qué? Sería traducir a plebeyo mi sueño. Poseer un cuerpo es ser trivial. Soñar poseer un cuerpo es quizá peor, aunque sea difícil serlo: es soñarse trivial –horror supremo.

Y ya que queremos ser estériles, seamos también castos, porque nada puede haber de más innoble y bajo que, renegando de la Naturaleza lo que en ella es fecundado, guardar villanamente de ella lo que nos place en lo que renegamos. No hay noblezas a pedazos.

Seamos castos como eremitas, puros como cuerpos soñados, resignados a ser todo esto, como monjitas locas..

Que nuestro amor sea una oración,.. Úngeme de verte, que yo haré de mis momentos de soñarte un rosario en el que tus tedios serán padrenuestros y mis angustias avemarías...

Quedémonos aquí eternamente como una figura de hombre en un vitral frente a una figura de mujer en otro vitral... Entre nosotros, sombras cuyos pasos suenan fríos, la humanidad pasando... Murmullos de rezos, secretos de (...) pasarán entre nosotros... Unas veces se llena el aire de (...) de inciensos. Otras veces, por este lado o por aquél, una figura de estatua rezará aspersiones... Y nosotros siempre los mismos vitrales, en los colores cuando nos dé el sol, en las líneas cuando caiga la noche... Los siglos no tocarán a nuestro silencio vítreo... Por allá fuera pasarán civilizaciones, estallarán revueltas, se arremolinarán fiestas, correrán mansos cotidianos pueblos... Y nosotros, oh amor mío viril, tendremos siempre el mismo gesto inútil, la misma existencia falsa, y la misma (...)

Hasta [que] un día, después de varios siglos, de imperios, la Iglesia se derrumbe por fin y todo termine...

Pero nosotros, que no sabemos de ella, seguiremos todavía, no sé cómo, no sé en qué espacio, no sé por qué tiempo, siendo vitrales eternos, horas de ingenuo dibujo pintado por algún artista que duerme hace mucho tiempo bajo un túmulo godo en el que dos ángeles, con las manos juntas, hielan en mármol la idea de la muerte.

18

Te rezo a ti mi amor porque mi amor es ya una oración; pero no te concibo como amada ni te elevo ante mí como santa.

Que tus acciones sean la estatua de la renuncia, tus gestos el pedestal de la indiferencia, tus palabras los /vitrales/ de la negación.

19

De tan suave y aérea, la hora era un ara donde orar. Por cierto que en el horóscopo de nuestro encuentro benéficas conjunciones culminaban. Tal, tan sedosa y tan sutil, la materia incierta del sueño visto que se entrometía en nuestra conciencia de sentir. Había cesado por completo, como un verano cualquiera, nuestra noción ácida de que no vale la pena vivir. Renacía aquella primavera que, aunque por error, podíamos pensar que hubiésemos tenido. En el desprestigio de nuestras semejanzas, los estanques se lamentaban de la misma manera, entre árboles, y las rosas en los arriates descubiertos, y la melodía indefinida de vivir -todo irresponsablemente.

No vale la pena presentir ni conocer. Todo el futuro es una niebla que nos rodea y mañana sabe a hoy cuando se entrevé. Mis destinos, los payasos que la caravana abandonó, y esto sin mejor claro de luna que el claro de luna en los caminos, ni otros estremecimientos en las hojas que la brisa, y la incertidumbre del momento y nuestro pensar allí estremecimientos. Púrpuras distantes, sombras fugitivas, el sueño siempre incompleto y no creyendo que la muerte lo complete, rayos de sol mortecino, la lámpara de la casa en la ladera, la noche angustiosa, el perfume de muerte entre los libros sólo, con la vida allá fuera, árboles oliendo a verdes en la inmensa noche más estrellada del otro lado del monte. Así tus amarguras tuvieron su consorcio benigno; tus pocas palabras consagraron regio al embarque, no volverán nunca ningunas naves, ni las verdaderas, y el humo de vivir ha desnudado los contornos de todo, dejando sólo las sombras, y los engastes, penas de las aguas en los lagos aciagos entre bojes por portones (la vista de lejos) Watteau, la angustia, y nunca más. Copas sólo para las cicutas inevitables -no las tuyas, sino la vida de todos, e incluso los faroles, los recesos, las alas vagas, oídas sólo, y con el pensamiento, en la noche inquieta, sofocada, que minuto a minuto se alza de si misma y avanza por su angustia. Amarillo, verdinegro, azul-amor –todo muerto, alma mía, todo muerto, ¡y todos los navíos aquel navío sin partir! Reza por mi y quizá Dios exista por ser por mí por quien rezas. Bajito, la fuente lejos, la vida insegura, el humo que acaba en el caserío donde anochece, la memoria turbia, el río apanado... Dame que duerma, dame que me olvide, señora de los Designios Inciertos, Madre de las Caricias y de las bendiciones inconciliables con existir...

20

Tus collares de perlas falsas han amado conmigo mis horas mejores. Eran claveles las flores preferidas, tal vez porque no significaban primores. Tus labios festejaban sobriamente la ironía de su propia sonrisa ¿Comprendías bien tu destino? Era por conocerlo sin que lo comprendieses por lo que el misterio escrito en la tristeza de tus ojos había sombreado tanto tus labios /desistidos/. Nuestra Patria estaba demasiado lejos para las rosas. En las cascadas de nuestros jardines el agua era diáfana de silencios. En las pequeñas cavidades rugosas de las piedras, por donde el agua optaba había secretos que tuvimos cuando niños, sueños del tamaño parado de nuestros soldados de plomo, que podían ser puestos en las piedras de la cascada, en la ejecución estática de una gran acción militar, sin que faltase nada a nuestros sueños, ni nada detuviese a nuestras suposiciones.

21

Nosotros no podemos amar, hijo. El amor es la más carnal de las ilusiones. Amar es poseer, escucha. ¿Y qué posee quien ama? ¿El cuerpo? Para poseerlo seria necesario hacer nuestra su materia, comerlo, incluirlo en nosotros... Y esa imposibilidad sería temporal, porque nuestro propio cuerpo pasa y se transforma, porque nosotros no poseemos otro cuerpo (poseemos tan sólo la sensación de él), y porque, una vez poseído ese cuerpo amado, se volvería nuestro, dejaría de ser otro, y el amor, por eso, con la desaparición del otro-ente, desaparecería.

¿Poseemos el alma? -Óyeme en silencio-. No la poseemos nosotros. Ni siquiera nuestra alma es nuestra. ¿Cómo, por lo demás, poseer un alma? Entre alma y alma existe el abismo de ser almas.

¿Qué poseemos? ¿Qué poseemos? ¿Qué nos lleva a amar? ¿La belleza? ¿Y la poseemos amando? La más feroz y dominadora posesión de un cuerpo, ¿qué posee de él? Ni el cuerpo, ni el alma, ni siquiera la belleza. La posesión de un cuerpo lindo no abraza a la belleza, abraza a la carne celulada y grasienta; el beso no toca la belleza de la boca, sino la carne húmeda de los labios perecederos con /mucosas/; la propia cópula es sólo un contacto, un contacto restregado y cercano, pero no una penetración real siquiera de un cuerpo por otro cuerpo... ¿Qué poseemos nosotros? ¿Qué poseemos?

¿Nuestras sensaciones, al menos? ¿Al menos el amor es un medio de poseernos, a nosotros, en nuestras sensaciones? ¿Es, al menos, un modo de soñar nítidamente, y más gloriosamente por lo tanto, el sueño de existir? Y, al menos, desaparecida la sensación, queda el recuerdo de ella siempre con nosotros y, así, poseemos realmente...

Desengañémonos hasta de eso. Ni nuestras sensaciones poseemos. No hables. La memoria, al final, es la sensación del pasado.. Y toda sensación es una ilusión...

-Escúchame, escúchame siempre. -Escúchame y no mires por la ventana abierta la llana otra margen del río, ni el crepúsculo (...), ni este silbido de un tren que corta la vaga lejanía (...) -Escúchame en silencio...

Nosotros no poseemos nuestras sensaciones... Nosotros no nos poseemos en ellas.

(Urna inclinada, el crepúsculo vierte sobre nosotros un óleo de (...) donde las horas, pétalos de rosas, flotan espaciadamente.)

22

Yo no poseo mi cuerpo, ¿cómo puedo poseer con él? Yo no poseo mi alma, ¿cómo puedo poseer con ella? No comprendo a mi espíritu, ¿cómo comprender a través de él?

Nuestras sensaciones pasan -cómo poseerlas pues- o lo que ellas muestran mucho menos. ¿Posee alguien un río que corre, pertenece a alguien el viento que pasa?

No poseemos ni un cuerpo ni una verdad -ni siquiera una ilusión-. Somos fantasmas de mentiras, sombras de ilusiones y mi vida es vana por fuera y por dentro.

¿Conoce alguien las fronteras de su alma, para que pueda decir: yo soy yo?

Pero sé que lo que yo siento, lo siento yo.

Cuando otro posee ese cuerpo, ¿posee en él lo mismo que yo? No. Posee otra sensación.

¿Poseemos algo nosotros? Si no sabemos lo que somos, ¿cómo sabemos lo que poseemos?

23

Faltamos si entretuvimos. (Podemos morir si apenas amamos.)

21-10-1931.

24

GLORIFICACIÓN DE LAS ESTÉRILES

Si de entre las mujeres de la tierra viniera yo un día a tomar (una) esposa, que tu oración por mí sea ésta: que, de cualquier manera, sea estéril. Pero pide también, si por mí rezases, que yo no venga nunca a robar para mí a esa esposa supuesta.

Sólo la esterilidad es noble y digna. Sólo matar lo que nunca ha sido es alto y /perverso/ y absurdo.

25

VÍA LACTEA

... con meneos de frase de una espiritualidad venenosa...

... rituales de púrpura rota, ceremoniales misteriosos de ritos contemporáneos de nadie,

... secuestradas sensaciones sentidas en un cuerpo distinto del físico, pero cuerpo físico a su modo, espaciando sutilezas entre complejo y sencillo...

... laguna donde flota, diáfana, una intuición de oro fosco, tenuemente desnuda de haberse realizado alguna vez, y sin duda por ondulantes primores lirio entre manos muy blancas..

... pactos entre el torpor y la angustia, verdinegros, templados para la vista, cansados entre centinelas de tedio...

... nácar de inútiles consecuencias, alabastro de frecuentes maceraciones -oro, cárdeno y orla(s) los entretenimientos con ocasos, pero no barcos para mejores márgenes, ni puentes para crepúsculos mayores...

... ni siquiera al borde de la idea de los estanques, de muchos estanques, lejanos a través de los chopos, o cipreses tal vez, según las sílabas de ofendida con que la hora pronunciaba su nombre...

... por eso ventanas abiertas sobre muelles, continuo maretear contra diques, séquito confuso como ópalos, loco y absorto, entre lo que amarantos y terebintos escriben a insomnios de entendimiento en los muros oscuros de poder oír...

... hilos de plata rara, nexos de púrpura deshilada, bajo tilos sentimientos inútiles, y por avenidas donde bojes callan, parejas antiguas, abanicos súbitos, gestos vagos, y mejores jardines sin duda esperan al cansancio plácido de no más que paseos y alamedas..

... quincunces, enramadas, cavernas artificiales, macizos hechos, surtidores, todo el arte subsistente de maestros muertos que habían, entre duelos íntimos de insatisfecho con evidente, decidido procesiones de cosas para sueños por las calles estrechas de las aldeas antiguas de las sensaciones..

... tonadas en mármol en lejanos palacios, reminiscencias poniendo manos sobre las nuestras, miradas casuales de indecisiones ocasos en cielos fatídicos anocheciendo en estrellas sobre silencios de imperios que decaen...

Reducir la sensación a una ciencia, hacer del análisis psicológico un método preciso como un instrumento de micróscopo-pretensión que ocupa, sed calma, el nexo de voluntad de mi vida...

Es entre la sensación y la conciencia de ella donde suceden todas las grandes tragedias de mi vida. En esa región indeterminada, sombría, toda de florestas y ruidos de agua, neutral hasta al ruido de nuestras guerras, transcurre aquel ser mío cuya visión busco en vano...

Yazgo mi vida. (Mis sensaciones son un epitafio, extenso por demás, sobre mi vida muerta.) Me acontezco a muerte y ocaso. Lo más que puedo esculpir es sepulcro mío con belleza interior.

Los portones de mi alejamiento se abren hacia parques de infinito, pero nadie pasa por ellos, ni en mi sueño -sino abiertos siempre hacia lo inútil y de hierro eternamente para lo falso...

Deshojo apoteosis en los jardines de las pompas interiores y entre bojes de sueño piso, con una sonoridad dura, los paseos que conducen a Confuso.

He acampado imperios en lo Confuso, a la orilla de silencios, en la guerra flava en que acabará lo Exacto.

El hombre de ciencia reconoce que la única realidad para sí es él mismo, y el único mundo real el mundo como su sensación se lo da. Por eso, en lugar de seguir el falso camino de procurar ajustar sus sensaciones a las de los demás, haciendo ciencia objetiva, procura, por el contrario, conocer perfectamente su mundo y su personalidad. Nada más objetivo que sus sueños. Nada más suyo que su conciencia de sí. Sobre esas dos realidades perfecciona él su ciencia. Es muy diferente ya de la ciencia de los antiguos científicos, que, lejos de buscar las leyes de su propia personalidad y la organización de sus sueños, buscaban las leyes de lo «exterion» y la organización de aquello a lo que llamaban «Naturaleza».

26

/EL SENSACIONISTA/

En este crepúsculo de las disciplinas en que las creencias mueren y los cultos se cubren de polvo, nuestras sensaciones son la única realidad que nos queda. El único escrúpulo que preocupa, la única ciencia que satisface son los de la sensación.

Un decorativismo interior se me acentúa como el modo superior y esclarecido de dar un destino a nuestra vida. Si mi vida pudiese ser vivida en paños de Arrás del espíritu, yo no tendría abismos que lamentar.

Pertenezco a una generación -o más bien a una parte de generación- que ha perdido todo el respeto por el pasado y toda creencia o esperanza en el futuro. Vivimos por eso del presente con la gana y el hambre de quien no tiene otra casa. Y, como es en nuestras sensaciones, y sobre todo en nuestros sueños, sólo sensaciones inútiles, donde encontramos un presente, que no recuerda ni al pasado ni al futuro, sonreímos a nuestra vida interior y nos desinteresamos con una somnolencia altiva de la realidad /cuantitativa/ de las cosas.

No somos tal vez muy diferentes de aquellos que, por la vida, sólo piensan en divertirse. Pero el sol de nuestra preocupación egoísta está en el ocaso, y es en colores de crepúsculo y contradicción como nuestro hedonismo se crea escrúpulos.

Convalecemos. En general, somos criaturas que no aprendemos ningún arte u oficio, ni siquiera el de disfrutar de la vida. Extraños a convivencias prolongadas, nos aburrimos en general de los mejores amigos después de estar con ellos media hora; sólo ansiamos verlos cuando pensamos en verlos, y las mejores horas en que los acompañamos son aquellas en que sólo soñamos que estamos con ellos. No sé si esto indica poca amistad. Por ventura no lo indica. Lo que es cierto es que las cosas que más amamos, o creemos amar, sólo tienen su pleno valor real cuando son simplemente soñadas.

No nos gustan los espectáculos. Despreciamos a los actores y a los danzarines. Todo espectáculo es la imitación degradada de lo que sólo tenía que soñarse.

Indiferentes-no de origen, sino debido a una educación de los sentimientos que varias experiencias, dolorosas en general, nos obligan a darnos- a la opinión de los demás, siempre corteses para con ellos, e incluso gustándonos, a través de una indiferencia interesada, porque todo el mundo es interesante y convertible en sueño, pasamos (...)

Sin habilidad para amar, nos antecansan aquellas palabras que sería preciso decir para convertirse en amado. Por lo demás, ¿quién de nosotros quiere ser amado? El «on le fatigait en l'aimant» de René no es nuestra divisa justa. La propia idea de ser amados nos cansa, nos cansa hasta la alarma.

Mi vida es una fiebre perpetua, una sed siempre renovada. La vida /real/ me fastidia como un día de calor. Hay cierta bajeza en el modo como fastidia.

(¿1914?)

27

MARCHA FÚNEBRE PARA EL REY LUIS SEGUNDO DE BAVIERA

Hoy, más parsimoniosa que nunca, ha venido la Muerte a vender a mi umbral. Delante de mí, más parsimoniosa que nunca, ha desdoblado las alfombras, las sedas y los damascos de su olvido y de su consolación. Se sonreía ante ellos, por elogio, y no importándole que yo la viese. Pero cuando yo me tentaba a comprar, me dijo que no los vendía. No había venido para que yo quisiese lo que mostraba, sino para que, por lo que traía, la quisiese a ella. Y, de sus alfombras, me dijo que eran las que se pisaban en su palacio lejano; de sus sedas, que otras no se vestían en su castillo de sombra; de sus damascos, que mejores todavía eran los que cubrían, manteles, los retablos de su estancia más allá del mundo.

El apego natal, que me prendía a mi umbral desnudo, con gesto suave (lo) desató. «Tu lar -dijo- no tiene lumbre: ¿para qué quieres tú tener un lar?» «Tu casa -me dijo- no tiene pan: ¿con qué te sonríe tu mesa?» «Tu vida -me dijo- no tiene quien la acompañe: ¿con quién te seduce tu vida?»

«Yo soy -dijo ella- la lumbre de los hogares apagados, el pan de las mesas desiertas, la compañera solícita de los solitarios y de los /incomprendidos/. La gloria, que falta en el mundo, es pompa en mi /negro/ dominio. En mi imperio, el amor no cansa porque sufra p or tener; ni duele porque se canse de nunca haber tenido. Mi mano se posa con levedad en los cabellos de los que piensan, y olvidan; contra mi seno se recuestan los que en vano esperaban, y por fin confían.»

«El amor que me tienen -dijo ella- no tiene pasión que consuma; celo que desvaríe; olvido que /deslustre/. Amarme es como una noche de verano, cuando los mendigos duermen al relente, y parecen sombras al borde de los caminos. De mis labios mudos no viene un canto como el de las sirenas ni una melodía como la de los árboles y las fuentes; pero mi silencio acoge como una música indecisa, mi sosiego acaricia como el torpor de una brisa.»

«¿Qué tienes tú -dijo ella- que te ate a la vida?» El amor no te busca, la gloria no te preocupa, el poder no te encuentra. La casa que heredaste la heredaste en ruinas. Las tierras que recibiste, había quemado el cielo sus /primicias/ y el sol ardido sus promesas. Nunca has visto, sino seco, el pozo de tu hacienda. Se pudren, desde antes que las veas, las hojas de tus estanques. Las malas hierbas cubrían los paseos y las alamedas por donde tus pies nunca han pasado.

«Pero en mi dominio, donde sólo la noche reina, tendrás el consuelo, porque no tendrás la esperanza; tendrás el olvido, porque no tendrás el deseo; tendrás el reposo, porque no tendrás la vida.»

Y me mostró cuán estéril era la esperanza de mejores días, cuando no se ha nacido con alma, en que los días mejores se pueden conseguir. Me mostró cómo el sueño no consuela, porque la vida duele más cuando se despierta. Me mostró cómo el sueño no descansa, porque lo habitan fantasmas, sombras de cosas, restos de los gestos, embriones muertos de los deseos, despojos del naufragio de vivir.

Y, así diciendo, dobló despacio, más parsimoniosa que nunca, sus alfombras, en las que mis ojos se seducían, sus sedas, que mi alma codiciaba, los damascos de sus retablos, donde sólo mis lágrimas caían.

¿Por qué has de tratar de ser como los demás, si estás condenado a ti? ¿Para qué has de reír, si, cuando ríes, tu propia alegría sincera es falsa porque nace de olvidarte de quién cres? ¿Para qué has de llorar, si sientes que de nada te sirve, y lloras más que las lágrimas no te consuelen que porque las lágrimas te consuelen?

Si eres feliz cuando ríes, cuando ríes he vencido; si entonces eres feliz porque no te acuerdas de quién eres, ¿cuánto más feliz no serás conmigo, donde ya no te acordarás de nada? Si descansas perfectamente, si acaso duermes sin soñar, ¿cómo no descansarás en mi lecho, donde el sueño nunca tiene sueños? Si un momento te elevas porque ves la Belleza, y te olvidas de ti y de la vida, ¿cómo no te elevarás en mi palacio, cuya belleza nocturna no sufre discordia, ni edad, ni comparación; en mis salas donde ningún viento perturba los reposteros, ningún polvo cubre los espaldarcetes, ninguna luz deslustra, poco a poco, los veludos y los paños, ningún tiempo amarillece la /blancura de los ornatos blancos/.

¡Ven a mi cariño, que no sufre mudanza; a mi amor, que nunca cesa! Bebe de mi copa, que no se agota, el néctar supremo que no enfada ni amarga, que no disgusta ni embriaga. ¡Contempla, desde la ventana de mi castillo, no el claro de luna y el mar, que son cosas bellas y por eso imperfectas, sino la noche vasta y maternal, el esplendor indiviso del abismo profundo!

En mis brazos olvidarás el propio camino doloroso que te ha traído a ellos. ¡Contra mi seno no sentirás ya el propio amor que hizo que lo buscases! Siéntate a mi lado, en mi trono, y eres para siempre el emperador indestronable del Misterio y del Graal, coexistes con los Dioses y con los destinos, en no ser nada, en no tener aquende y allende, en no precisar ni de lo que te falte, ni siquiera incluso de lo que te baste.

Seré tu esposa maternal, tu hermana gemela encontrada. Y casadas conmigo todas tus angustias, reservado a mi todo lo que en ti buscabas y no tenias, tú mismo te perderás en mi substancia mística, en mi existencia negada, en mi seno en el que los Dioses se desvanecen. [»]

¡Señor Rey del Desapego y de la Renuncia, Imperador de la Muerte y del Naufragio, sueño vivo errando, fastuoso, entre las ruinas y los exilios del mundo!

¡Señor Rey de la Desesperanza entre pompas, dueño doloroso de los palacios que no le satisfacen, maestro de los cortejos y de los aparatos que no consiguen apagar la vida!

¡Señor Rey erguido de los túmulos, que viniste en la noche y a la luz de la luna a contar tu vida a las vidas, paje de los lirios deshojados, heraldo imperial de la frialdad de los marfiles!

¡Señor Rey Pastor de las Vigilias, caballero andante de las Angustias, sin gloria y sin dama a la claridad lunar de los caminos, señor en las florestas en las escarpas, perfil mudo, con la visera caída, pasando por los valles, incomprendido por las aldeas, chasqueado por las villas, despreciado por las ciudades!

Señor Rey que la Muerte ha consagrado Suyo, pálido y absurdo, olvidado y desconocido, reinando entre piedras foscas y velludos viejos, en un trono final de lo Posible, con su corte ideal rodeándole, sombras, y su milicia fantástica, guardándolo, misteriosa y vacía.

Traed, pajes; traed, vírgenes; traed, siervos y siervas, las copas, las salvas y las guirnaldas para el festín a que la Muerte asiste. ¡Traedlas y venid de negro, con la cabeza coronada de /mirtos/!

Mandrágora sea lo que traigáis en las copas, (...) en las salvas, y las guirnaldas sean de violetas (...)de las flores tristes que recuerden a la tristeza.

Va el Rey a /cenar/ con la Muerte, en su palacio antiguo, a la orilla del lago, entre las montañas, lejos de la vida, ajeno al mundo.

Una brisa de atención recorre las alas.

Helo que va a llegar, con la muerte que nadie ve y la (...) que no llega nunca.

¡Heraldos, tocad! ¡Atended!

Tu amor por las cosas soñadas era tu desprecio por las cosas vividas.

¡Rey-Virgen que despreciaste el amor,

Rey-Sombra que desdeñaste la luz,

Rey-Sueño que no quisiste la vida!

¡Entre el estrépito sordo de címbalos y atabales, la Sombra te aclama Emperador!

Luz en el ocaso tu adviento a estas regiones donde la Muerte reina

Te coronaron con flores misteriosas, de colores ignorados, guirnalda absurda que te cabe como a un dios depuesto.

... tu /purpúreo culto/ del sueño, (...) fausto de la antecámara de la Muerte.

hetarios imposibles del abismo

¡Tocad, heraldos, desde lo alto de las almenas, saludando a esta gran madrugada!

¡El Rey de la Muerte va a llegar a su dominio!

Flores del abismo, rosas negras, claveles de color blanco de luna, amapolas de un rojo que tiene luz.

28

¡Y para ti, oh Muerte, va nuestra alma y nuestra creencia, nuestra esperanza y nuestra salutación!

¡Señora de las Últimas Cosas, Nombre Carnal del Misterio y del abismo -alienta y consuela a quien te busca, sin osar buscarte!

Señora de la Consolación.

¡Virgen-Madre del Mundo absurdo, forma del Caos incomprendido, arrastra y extiende tu reino sobre todas las cosas -sobre las flores que presienten que se marchitan, sobre las fieras que se estremecen de viejas, sobre las almas que han nacido para amarte- entre el error y la ilusión de la vida!

La vida, espiral de la Nada, infinitamente ansiosa por lo que no puede haber.

29

Artífices de la morbidez, esmerémosnos en enseñar a desilusionarse. Curiosos de la vida, observemos todos los muros, antecansados de saber que no vamos a ver nada /de nuevo o de bello/.

Tejedores de la desesperanza, tejamos tan sólo mortajas -mortajas blancas para los sueños que nunca soñamos, mortajas negras para los días que morimos, mortajas color ceniza para los gestos que apenas soñamos, mortajas imperiales-de-púrpura para nuestras sensaciones inútiles.

Por las montaneras y por los valles y por las márgenes (...) de (...) pantanos, cazan cazadores el lobo y la corza (...) y el pato salvaje también. Odiémoslos, no porque matan, sino porque gozan (y nosotros no gozamos).

Sea la expresión de nuestro rostro una sonrisa pálida, como de alguien que va a llorar, una mirada vaga, como de alguien que no quiere ver, un desdén esparcido por todas las facciones, como de alguien que desprecia la vida y sólo la vive para tener que despreciarla.

Y sea nuestro desprecio para los que trabajan y luchan y nuestro odio para los que esperan y confían.

(Fin)

30

VIAJE NUNCA HECHO

Fue por culpa de un crepúsculo de vago otoño por lo que partí para ese viaje que nunca hice.

El cielo -imposiblemente me acuerdo- era de un resto cárdeno de oro triste, y la línea agónica de los montes, clara, tenía una aureola cuyos tonos de /muerte/ le penetraban, suavizadores, en la /astucia/ de su contorno. Desde la otra amurada del barco (hacía más frío y era más de noche sobre ese

lado del toldo) el océano temblaba hasta donde el horizonte este se entristecía, y donde, poniendo penumbras de noche en la línea /líquida/ y oscura del mar extremo, un hálito de tiniebla flotaba como una niebla en un día de calor.

El mar, me acuerdo, tenía tonalidades de sombra, de mezcla con fugas onduladas de vaga luz -y era todo misterioso como una idea triste en un momento de alegría, profético no sé de qué.

Yo no partí de un puerto conocido. Ni sé hoy qué puerto era, porque todavía no he estado allí. Tampoco, igualmente, el propósito ritual de mi viaje era ir en demanda de puertos inexistentes -puertos que fuesen tan sólo el entrar-hacia-puertos; ensenadas olvidadas de ríos, estrechos entre ciudades irreprensiblemente irreales. Pensáis, sin duda, al leerme, que mis palabras son absurdas. Es que nunca habéis viajado como yo.

¿Partí yo? Yo no os juraría que partí. Me encontré en otras partes, en otros puertos, pasé por ciudades que no eran aquélla, aunque ni aquélla ni ésas fueran ciudades ningunas. Juraros que fui yo quien partió y no el paisaje, que fui yo quien visitó otras tierras y no ellas las que me visitaron -no puedo hacéroslo. Yo que, no sabiendo lo que es la vida, no sé si soy yo quien vivo o si es ella quien me vive (tenga este verbo al «vivir» el sentido que quiera tener), seguro que no iré a juraros nada.

He viajado. Creo inútil explicaros que no llevé ni meses, ni días, ni otra cantidad cualquiera de cualquier tiempo viajando. Viajé en el tiempo, es cierto, pero no del lado de acá del tiempo, donde lo contamos por horas, días y meses; fue del otro lado del tiempo por donde yo viajé, donde el tiempo no se cuenta con una medida. Transcurre, pero sin que sea posible medirlo. Es como más rápido que el tiempo que hemos visto vivirnos. Me preguntáis a vosotros, seguro, qué sentido tienen estas frases. Nunca erréis así. Despedios del error de preguntar el sentido a las cosas y a las palabras. Nada tiene un sentido.

¿En qué barco hice ese viaje? En el vapor Cualquiera. /Os reís./ Yo también, y de vosotros tal vez ¿Quién os dice, y a mí, que no escribo símbolos para que los comprendan los Dioses?

No importa. Partí por el crepúsculo. Tengo todavía en el oído el ruido férreo de alzar el anda a vapor. En el soslayo de mi memoria se mueven todavía lentamente, para entrar por fin en su posición de inercia, los brazos del guindaste de a bordo que hacia horas había abrumado a mi vista de continuos cajones y barriles. Estos rompían súbitos, cogidos alrededor por una cadena, de por cima de la amurada donde tropezaban, arañando, y después, oscilando, se iban dejando empujar, empujar, hasta quedar por cima de la bodega, hacia donde, súbitos, bajaban (...), hasta, con un choque sordo de madera, llegar aplastantemente a un lugar oculto de la bodega. Después sonaban allá abajo al desatarlos; en seguida subía sólo la cadena agitándose en el aire, y volvía a empezar todo, como inútilmente.

¿Para qué os cuento yo esto? Porque es absurdo estar contándoslo, visto que es de mis viajes de lo que dije que hablaría.

He visitado Nuevas Europas, y Constantinoplas otras han acogido a mi llegada /velera/ en Bósforos falsos. ¿De llegada velera os espantáis? Es como lo digo, así mismo. El vapor en que partí llegó hecho un barco de vela al puerto [...] Que esto es imposible, decís. Por eso me ha sucedido.

Nos llegaron, en otros vapores, noticias de guerras soñadas en Indias imposibles. Y, al oír hablar de esas tierras teníamos inoportunamente añoranzas de la nuestra, dejada tan atrás, /quién sabe si en aquel mundo/.

31

VIAJE NUNCA HECHO

Y así me escondo detrás de la puerta, para que la Realidad, cuando entra, no me vea. Me escondo debajo de la mesa, donde súbitamente le pego sustos a la Posibilidad. De modo que me despego de mi

como a los dos brazos de un abrazo, los dos grandes tedios que me aprietan -el tedio de poder vivir sólo lo Real, el tedio de poder concebir sólo lo Posible.

Triunfo así de toda realidad. ¿Castillos de arena, mis triunfos?... ¿De qué cosa esencialmente divina son los castillos que no son de arena?

¿Cómo sabéis que viajando así no me he seguido oscuramente?

Infantil de absurdo, revivo mi niñez, y /juego con las ideas de las cosas como con soldados de plomo, con los cuales, de niño, hacía cosas que se antipatizaban con la idea de soldado./

Ebrio de errores, me pierdo por unos momentos de sentirme vivir.

32

(PREFACIO)

Cuando, como una noche de tempestad a la que sigue el día, el cristianismo pasó de sobre las almas, se vio el estrago que, invisiblemente, había causado; la ruina, que había causado, sólo se vio cuando había pasado ya. Creyeron unos que fue por su falta por lo que vino esa ruina; pero fue por su ida por lo que se había mostrado, no por lo que se había causado.

Quedó, entonces, en este mundo de almas, la ruina visible, patente la desgracia, sin la tiniebla que la cubriese de su cariño falso. /Las almas se volvieron tales cuales eran./

Empezó, entonces, en las almas recientes, aquella enfermedad a la que se llamó romanticismo, aquel cristianismo sin ilusiones, aquel cristianismo sin mitos, que es la propia sequedad de su esencia morbosa.

Todo el mal del romanticismo es la confusión entre lo que nos es preciso y lo que deseamos. Todos nosotros /necesitamos/ de las cosas indispensables a la vida, a su conservación y a su continuación; todos nosotros deseamos una vida más perfecta, una felicidad completa, la realidad de nuestros sueños y (...)

Es humano querer lo que nos es necesario, y es humano desear lo que no nos es preciso, pero es deseable para nosotros. Lo que es una enfermedad es desear con igual intensidad lo necesario y lo que es deseable, sufrir por no ser perfecto como si se sufriese por no tener pan. El mal romántico es éste: es querer la luna como si hubiese una manera de obtenerla.

«No se puede comer pastel sin perderlo.»

En la esfera /baja/ de la política, como en el íntimo recinto de las almas -el mismo mal.

El pagano desconocía, en el mundo real, este sentido enfermizo de las cosas y de sí mismo. Como era un hombre, deseaba también lo imposible; pero no lo quería. Su religión era (...) y sólo en los penetrales del misterio, a los iniciados tan sólo, lejos del pueblo y de los (...) eran enseñadas esas cosas trascendentes de las religiones que llenan las almas del vacío del mundo.

(Anterior a 1929.)

33

DECLARACIÓN DE DIFERENCIA

Las cosas del estado y de la ciudad no ejercen poder sobre nosotros. Nada nos importa que los ministros y los áulicos hagan falsa gerencia de las cosas de la nación. Todo esto sucede allá fuera, como el barro en los días de lluvia. Nada tenemos que ver con eso que tenga al mismo tiempo que ver con nosotros,

De modo semejante, no nos interesan las grandes convulsiones, como la guerra y las crisis de los países. Mientras no entran en nuestra casa, nada nos importa a qué puertas llaman. Esto, que parece que se apoya en un gran desprecio por los demás, en realidad sólo tiene por base nuestro aprecio escéptico de nosotros mismos.

No somos bondadosos ni caritativos -no porque seamos lo contrario, sino porque no somos ni una cosa ni la otra. La bondad es la delicadeza de las almas groseras. Tiene para nosotros el interés de un episodio sucedido en otras almas, y con otras formas de pensar. Observamos, y no aprobamos ni dejamos de aprobar. Nuestro oficio es no ser nada.

Seríamos anarquistas si hubiésemos nacido en las clases que a sí mismas se llaman desprotegidas, o en otras cualesquiera desde las que se pueda bajar o subir. Pero, en verdad, nosotros somos, en general, criaturas nacidas en los intersticios de las clases y de las divisiones sociales -casi siempre en ese estado decadente que está entre la aristocracia y la (alta) burguesía, el lugar social de los genios y de los locos con quien se puede simpatizar.

La acción nos desorienta, en parte por incompetencia física, aún más por inapetencia moral. Nos parece inmoral actuar. Todo pensamiento nos parece degradado por la expresión de las palabras, que lo convienen en cosa de los demás, que lo hacen comprensible a los que lo comprenden.

Es grande nuestra simpatía por el ocultismo y por las artes de lo escondido. No somos, sin embargo, ocultistas. Nos falta para esto la voluntad innata y, además, la paciencia para educarla de modo que se convierta en el perfecto instrumento de los magos y de los magnetizadores. Pero simpatizamos con el ocultismo, sobre todo porque suele expresarse de manera que muchos que leen, e incluso muchos que creen comprender, nada comprenden. Es soberbiamente superior esa actitud misteriosa. Y, además de esto, fuente copiosa de sensaciones del misterio y del terror: las larvas de lo astral, los extraños entes de cuerpos diferentes que la magia ceremonial evoca en sus templos, las presencias desencarnadas de la materia de este plano, que flotan en torno a nuestros sentidos cerrados, en el silencio físico del sonido interior -todo esto nos acaricia con una mano viscosa, terrible, en el desamparo y en la oscuridad.

Pero no simpatizamos con los ocultistas en la parte en que son apóstoles y amantes de la humanidad; esto los desnuda de su misterio. La única razón de que un ocultista funcione en lo astral es bajo la condición de hacerlo por estética superior, y no para el siniestro fin de hacer bien a ninguna persona.

Casi sin saberlo, hace presa en nosotros una simpatía atávica por la magia negra, por las formas prohibidas de la ciencia trascendente, por los Señores del Poder que se vendieron a la Condenación y a la Reencarnación degradada. Nuestros ojos de débiles y de inseguros se pierden, con un celo femenino, en la teoría de los grados invertidos, en los ritos inversos, en la curva siniestra de la jerarquía descendente.

Satán, sin que lo queramos, posee para nosotros una sugestión como de macho respecto a la hembra. La serpiente de la Inteligencia Material se nos ha enroscado al corazón, como al caduceo simbólico del Dios que comunica: Mercurio, señor de la Comprensión.

Aquellos de nosotros que no son pederastas desearían tener el valor de serlo. Toda inapetencia por la acción inevitablemente feminiza. Malogramos nuestra verdadera profesión de amas de casa y castellanas sin quehacer por desvío del sexo en la encarnación presente. Aunque no creamos absolutamente en esto, sabe la sangre de la ironía actuar en nosotros como si lo creyésemos.

Todo esto no es por maldad, sino por debilidad. Adoramos, a solas, al mal, no por ser el mal, sino porque es más intenso y fuerte que el bien, y todo cuanto es intenso y fuerte atrae a los nervios que debían de ser de mujer. Pecca fortiter no puede ir con nosotros, que no tenemos fuerza, ni siquiera la de la inteligencia, que es la que tenemos. Piensa en pecar fuertemente –es lo más que para nosotros puede valer esa indicación aguda. Mas ni siquiera eso nos es a veces posible: la propia vida interior tiene una realidad que a veces nos duele por ser una realidad cualquiera. Que haya leyes para la asociación de ideas, como para todas las operaciones delespíritu insulta a nuestra indisciplina nativa.

(¿1914?)

34

CENOTAFIO

Ni una viuda ni un hilo le puso en la boca el óbolo con que pagase a Caronte. Están velados para nosotros los ojos con que transpuso la Estigia y vio nueve veces reflejado en las aguas ínferas el rostro que no conocemos. No tiene nombre entre nosotros la sombra ahora errante por las márgenes de los ríos soturnos; su nombre es sombra también.

Murió por la Patria, sin saber cómo ni por qué. Su sacrificio tuvo la gloria de no conocerse. Dio la vida con toda la entereza del alma: por instinto, no por deber; por amor a la Patria, no por conciencia de ella. La defendió como quien defiende a una madre de quien somos hijos, no por lógica, sino por nacimiento. Fiel al secreto primevo, no pensó ni quiso, pero vivió su muerte instintivamente, como había vivido su vida. La sombra que usa ahora se hermana con las que cayeron en las Termópilas, fieles en la carne al juramento en que habían nacido.

Murió por la Patria como el sol nace todos los días. Fue por naturaleza aquello en que había de tornarlo la Muerte.

No cayó siervo de una fe ardiente, no le mataron combatiendo por la bajeza de un gran ideal. Libre de la injuria de la fe y del insulto del humanitarismo, no cayó en defensa de una idea política, o del futuro de la humanidad, o de una religión por haber. Lejos de la fe en el otro mundo, con que se engañan los crédulos de Mahoma y los secuaces de Cristo, vio a la muerte llegar sin esperar en ella la vida, vio a la vida pasar sin que esperase una vida mejor.

Pasó naturalmente, como el viento y el día, llevando consigo el alma, que le había hecho diferente. Se sumergió en la sombra como quien entra por la puerta donde llega. Murió por la Patria, la única cosa superior a nosotros de que tenemos conocimiento y razón. El paraíso del mahometano o cristiano, el olvido trascendente del Budista, no se le reflejaron en los ojos cuando en ellos se apagó la llama que le hacia vivo en la tierra.

No supo quién fue, como no sabemos quién es. Cumplió el deber, sin saber que lo cumplía. Le guió lo que hace florecer a las rosas y ser bella la muerte de las hojas. La vida no tiene mejor razón, ni la muerte mejor galardón.

... del heroísmo sencillo, sin cielo que ganar por el martirio, o humanidad que ganar mediante el esfuerzo; de la vieja raza pagana que pertenece a la Ciudad y fuera de la que están los bárbaros y los enemigos.

... pero en la emoción con que el hijo quiere a la madre, porque ella es la suave madre y no por ser él su hijo (?)

Visita ahora, conforme los dioses lo conceden, las regiones donde no hay luz, pasando los lamentos del Cocito, y el fuego de Flegetonte y oyendo en la noche el lapso leve de la lívida onda letea.

Es anónimo como el instinto que le mató. No pensó que iba a morir por la Patria; murió por ella. No decidió cumplir su deber; lo cumplió. A quien no tuvo nombre en el alma, justo es que no preguntemos qué nombre definió a su cuerpo. Fue portugués; no siendo tal portugués, es el portugués sin limitación.

Su lugar no está al lado de los fundadores de Portugal, cuya estatura es otra, y otra la conciencia. No le cabe la compañía de los semidioses, por cuya audacia crecieron los caminos del mar y hubo más tierra que caber a nuestro alcance.

Ni estatua ni lápida narre quién fue el que fue todos nosotros; como es todo el pueblo, debe tener por túmulo toda esta tierra. En su propia memoria lo debemos sepultar, y ponerle por lápida tan sólo su ejemplo.